KARL MARX
FRIEDRICH ENGELS
OBRAS

Edición dirigida por Manuel Sacristán

grijalbo

BARCELONA - BUENOS AIRES - MÉXICO, D.F.

KARL MARX
FRIEDRICH ENGELS
OBRAS

VOLUMEN
40

grijalbo

BARCELONA - BUENOS AIRES - MÉXICO, D.F.

1976

R. 312

330.14
Marx

KARL MARX

EL CAPITAL

CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

LIBRO I

El proceso de producción
del capital

*

148334
Libro

El texto traducido para esta edición de *El Capital,* libro primero, en lengua castellana es el publicado en el vol. 23 de KARL MARX - FRIEDRICH ENGELS, *Werke,* Berlín, Dietz-Verlag, 1962, establecido, sobre la base de la 4.ª edición (Hamburgo 1890), realizada por Engels, por el Instituto de Marxismo-Leninismo del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania.

Traducción: Manuel Sacristán

Redacción y edición: Enric Borràs, Montserrat Oñate, Ramón Sol, Manuel Sacristán y Josep M. Pujol, director de la producción del volumen.

Cubierta: Ricardo Recio

Composición en tipos Garamond/Simoncini.
Papel offset editorial de Torras Hostench, S. A.

Derechos exclusivos de edición para todos los países de habla española y propiedad de la traducción castellana:
© 1976, Ediciones Grijalbo, S. A.
Deu y Mata 98 - Barcelona (España)

ISBN: 84 253 0625 6 rústica
ISBN: 84 253 0626 4 tela

Depósito Legal: B. 52432 - 1975

Gráficas Diamante, Zamora 83, Barcelona-5

ÍNDICE GENERAL

Nota editorial sobre OME 40-44 (*El Capital*) xiii

Karl Marx: Prólogo a la primera edición 5
Karl Marx: Epílogo a la segunda edición 11
Karl Marx: Prólogo a la primera edición francesa 21
Karl Marx: Epílogo a la primera edición francesa 23
Friedrich Engels: A la tercera edición 25
Friedrich Engels: Prólogo a la edición inglesa 29
Friedrich Engels: A la cuarta edición 35

LIBRO PRIMERO

EL PROCESO DE PRODUCCIÓN DEL CAPITAL

SECCIÓN PRIMERA

MERCANCÍA Y DINERO

Capítulo primero: LA MERCANCÍA 43
1. *Los dos factores de la mercancía: valor de uso y valor (substancia de valor, magnitud de valor)* 43
2. *Dúplice carácter del trabajo representado en las mercancías* 49
3. *La forma de valor, o valor de cambio* 55
A) La forma de valor simple singular o casual 56
1. *Los dos polos de la expresión de valor: forma de valor relativa y forma de equivalente* 56
2. *La forma de valor relativa* 57
a) Contenido de la forma de valor relativa 57
b) Determinación cuantitativa de la forma de valor relativa 61
3. *La forma de equivalente* 64
4. *El todo de la forma simple de valor* 69
B) La forma de valor total, o desplegada 71
1. *La forma de valor desplegada relativa* 72
2. *La forma particular de equivalente* 73

3. *Deficiencias de la forma de valor total o desplegada* 73
C) La forma de valor general 74
1. *Cambio de carácter de la forma de valor* 74
2. *Correlación de desarrollo entre la forma de valor relativa y la forma de equivalente* 77
3. *Transición de la forma de valor general a la forma de dinero* 79
4. *El carácter de fetiche de la mercancía y su secreto* 81

Capítulo segundo: EL PROCESO DE CAMBIO 95

Capítulo tercero: EL DINERO, O SEA, LA CIRCULACIÓN DE LAS MERCANCÍAS 105
1. *Medida de los valores* 105
2. *Medio de circulación* 115
a) La metamorfosis de las mercancías 115
b) La rotación del dinero 126
c) La moneda. El signo de valor 136
3. *Dinero* 142
a) Atesoramiento 142
b) Medio de pago 147
c) Dinero mundial 155

SECCIÓN SEGUNDA

LA CONVERSIÓN DE DINERO EN CAPITAL

Capítulo cuarto: CONVERSIÓN DE DINERO EN CAPITAL 161
1. *La fórmula general del capital* 161
2. *Contradicciones de la fórmula general* 171
3. *Compra y venta de la fuerza de trabajo* 181

SECCIÓN TERCERA

LA PRODUCCIÓN DE LA PLUSVALÍA ABSOLUTA

Capítulo quinto: PROCESO DE TRABAJO Y PROCESO DE VALORIZACIÓN 193
1. *Proceso de trabajo* 199
2. *Proceso de valorización* 202

Capítulo sexto: CAPITAL CONSTANTE Y CAPITAL VARIABLE 217

Capítulo séptimo: LA CUOTA DE LA PLUSVALÍA 231
1. *El grado de explotación de la fuerza de trabajo* 231
2. *Exposición del valor del producto en partes proporcionales del producto* 239
3. *La «última hora» de Senior* 243
4. *El plusproducto* 248

Capítulo octavo: LA JORNADA DE TRABAJO 251
1. *Los límites de la jornada de trabajo* 251
2. *El hambre voraz del plustrabajo. Fabricante y boyardo* 256
3. *Ramas industriales inglesas sin limitación legal de la explotación* 264
4. *Trabajo diurno y nocturno. El sistema de turnos* 278
5. *La lucha por la jornada de trabajo normal. Leyes coercitivas para la prolongación de la jornada de trabajo desde la mitad del siglo XIV hasta el final del siglo XVII* 286
6. *La lucha por la jornada de trabajo normal. Limitación del tiempo de trabajo por la fuerza de la ley. La legislación fabril inglesa de 1833-1864* 299
7. *La lucha por la jornada de trabajo normal. Repercusión de la legislación fabril inglesa en otros países* 321

Capítulo noveno: CUOTA Y MASA DE LA PLUSVALÍA 327

SECCIÓN CUARTA

LA PRODUCCIÓN DE LA PLUSVALÍA RELATIVA

Capítulo décimo: CONCEPTO DE LA PLUSVALÍA RELATIVA 337

Capítulo décimoprimero: COOPERACIÓN 347

Capítulo décimosegundo: DIVISIÓN DEL TRABAJO Y MANUFACTURA 363
1. *Origen doble de la manufactura* 363
2. *El trabajador parcial y su herramienta* 366
3. *Las dos formas básicas de la manufactura: manufactura heterogénea y manufactura orgánica* 369
4. *División del trabajo dentro de la manufactura y división del trabajo dentro de la sociedad* 378
5. *El carácter capitalista de la manufactura* 387

Índice de conceptos 399

Índice de nombres 413

Relación de pesos, medidas y monedas 423

NOTA EDITORIAL SOBRE OME 40-44
(El Capital)

La forma en que se presenta en OME *El Capital* es la más corriente en la tradición editorial, la forma última que le dio Engels: la de la cuarta edición alemana del libro I y las primeras ediciones alemanas de los libros II y III. En cuanto al libro IV, es decir, a las *Teorías sobre la plusvalía,* éste se ofrecerá de acuerdo con los últimos resultados a que haya llegado en su momento la investigación del equipo editor de la Nueva MEGA. El criterio de OME para la edición de Capital I - III es el de MEW, edición tomada como base.

Esa solución editorial es discutible, nada inconcusa. Y ha sido ya puesta en discusión y abandonada en la práctica en un caso digno de nota: Maximilien Rubel, pese a expresar gran estimación del trabajo editorial de Engels, ha optado por separarse de él en algunos puntos de su edición de las obras económicas de Marx (también se aparta en un punto de los criterios del mismo Marx, al organizar el libro I de *El Capital*). De acuerdo con los principios generales de OME, aquí no se va a emprender la discusión posible sobre ese asunto, del mismo modo que, en general, los prólogos y las notas de esta edición intentarán abstenerse de afirmaciones doctrinales y de interpretaciones. En la presente nota se trata sólo de reunir para comodidad del lector informaciones, elementos de juicio acerca de la forma editorial en que se suele presentar y se presenta en OME la obra: principalmente, se ofrece un fichero de textos de Marx y Engels que documentan el proceso editorial de *El Capital.*

La publicación de una Nueva MEGA, que pondrá a disposición de los lectores interesados los manuscritos de Marx, da particular oportunidad a la tarea de reunir informaciones acerca de la génesis de la forma editorial de *El Capital.*

Antes de hacerlo conviene indicar la única diferencia entre esta edición y la cuarta de *El Capital I,* preparada por Engels: las notas de Marx en lenguas no alemanas (griego, latín, italiano, francés, inglés), conservadas de la misma forma por Engels en sus ediciones, aparecen en OME traducidas al castellano (salvo cuando su uso por Marx en aquellas lenguas originales se debe a razones técnicas y cuando tiene un valor estilístico. Se trata del mismo criterio aplicado por Rubel en su traducción de otros textos de Marx). Esta solución ha parecido la más concorde con la naturaleza de la edición.

LOS ORÍGENES DEL PROYECTO LITERARIO DE MARX

La forma final de *El Capital* tiene una larga historia. Marx ha trabajado en su proyecto científico, con numerosas interrupciones, durante unos 24 años contados hasta la aparición del libro primero de *El Capital.* Al preparar para la imprenta la 4.ª edición alemana de *Capital I,* en junio de 1890, Engels ha tenido que retocar citas de autores ingleses que Marx había tomado de sus cuadernos de apuntes y extractos de 1844, aún utilizados, pues, por él para la redacción definitiva de 1866-1867. Entre los textos que le han presentado dificultades edito-

Índice de conceptos 399

Índice de nombres 413

Relación de pesos, medidas y monedas 423

NOTA EDITORIAL SOBRE OME 40-44
(El Capital)

La forma en que se presenta en OME *El Capital* es la más corriente en la tradición editorial, la forma última que le dio Engels: la de la cuarta edición alemana del libro I y las primeras ediciones alemanas de los libros II y III. En cuanto al libro IV, es decir, a las *Teorías sobre la plusvalía,* éste se ofrecerá de acuerdo con los últimos resultados a que haya llegado en su momento la investigación del equipo editor de la Nueva MEGA. El criterio de OME para la edición de Capital I - III es el de MEW, edición tomada como base.

Esa solución editorial es discutible, nada inconcusa. Y ha sido ya puesta en discusión y abandonada en la práctica en un caso digno de nota: Maximilien Rubel, pese a expresar gran estimación del trabajo editorial de Engels, ha optado por separarse de él en algunos puntos de su edición de las obras económicas de Marx (también se aparta en un punto de los criterios del mismo Marx, al organizar el libro I de *El Capital*). De acuerdo con los principios generales de OME, aquí no se va a emprender la discusión posible sobre ese asunto, del mismo modo que, en general, los prólogos y las notas de esta edición intentarán abstenerse de afirmaciones doctrinales y de interpretaciones. En la presente nota se trata sólo de reunir para comodidad del lector informaciones, elementos de juicio acerca de la forma editorial en que se suele presentar y se presenta en OME la obra: principalmente, se ofrece un fichero de textos de Marx y Engels que documentan el proceso editorial de *El Capital.*

La publicación de una Nueva MEGA, que pondrá a disposición de los lectores interesados los manuscritos de Marx, da particular oportunidad a la tarea de reunir informaciones acerca de la génesis de la forma editorial de *El Capital.*

Antes de hacerlo conviene indicar la única diferencia entre esta edición y la cuarta de *El Capital I,* preparada por Engels: las notas de Marx en lenguas no alemanas (griego, latín, italiano, francés, inglés), conservadas de la misma forma por Engels en sus ediciones, aparecen en OME traducidas al castellano (salvo cuando su uso por Marx en aquellas lenguas originales se debe a razones técnicas y cuando tiene un valor estilístico. Se trata del mismo criterio aplicado por Rubel en su traducción de otros textos de Marx). Esta solución ha parecido la más concorde con la naturaleza de la edición.

LOS ORÍGENES DEL PROYECTO LITERARIO DE MARX

La forma final de *El Capital* tiene una larga historia. Marx ha trabajado en su proyecto científico, con numerosas interrupciones, durante unos 24 años contados hasta la aparición del libro primero de *El Capital.* Al preparar para la imprenta la 4.ª edición alemana de *Capital I,* en junio de 1890, Engels ha tenido que retocar citas de autores ingleses que Marx había tomado de sus cuadernos de apuntes y extractos de 1844, aún utilizados, pues, por él para la redacción definitiva de 1866-1867. Entre los textos que le han presentado dificultades edito-

riales, escribe Engels en su prólogo a la edición dicha (véaselo más adelante, pág. 27), hay

> algunos trozos citados a partir de los viejos cuadernos de París de los años 1843-1845, cuando Marx no sabía inglés y leía a los economistas ingleses en lengua francesa <...>

En el año 1857, cuando las perspectivas de una nueva crisis económica —así como, tal vez, la reciente aparición de escritos proudhonianos, según lo han observado varios autores— le incitan a terminar una de sus numerosas interrupciones del trabajo literario, Marx escribe por dos veces a Lassalle fechando en 1843 el comienzo de su proyecto científico:

> After all <después de todo>, me huelo que, ahora que tras 15 años de estudio había llegado al punto de poder poner manos a la obra, es probable que interfere <interfieran> tempestuosos movimientos exteriores. Never mind <No importa>. Si termino demasiado tarde para poder aún hallar al mundo atento a cosas semejantes, la culpa será evidentemente my own <mía>.» (Carta de Marx a Lassalle, 22/2/1858; MEW 29, 551).

> Por lo que hace a mi retraso en el envío del manuscrito, primero me impidió hacerlo la enfermedad, y luego tuve que hacer trabajos atrasados para ganarme la vida. Pero la verdadera causa es ésta: tenía ante mí el material; no se trataba ya más que de la forma. Pero en todo lo que escribía, el estilo me dejaba sabor a enfermedad hepática. Y tengo motivo doble para no permitirle a este escrito estropearse por causas médicas:
> 1.°: es el resultado de 15 años de investigaciones, o sea, de la mejor época de mi vida <...>.» (Carta de Marx a Lassalle, 11/11/1858; MEW 29, 566).

El retraso que Marx justifica ante Lassalle en 1858 no había sido el primero. Baste recordar por vía de ejemplo que en febrero de 1845 Marx había concertado un contrato para publicar una *Crítica de la política y de la economía política* en dos volúmenes, que nunca llegó a escribir con ese título y en esa forma. Los 15 años de estudio a que se refiere Marx en 1858 —y que llegarían a ser, al menos, 35, puesto que en 1878 Marx ha trabajado todavía en un manuscrito de temas del libro II de *El Capital*— han sido interrumpidos muy frecuentemente por acontecimientos político-sociales y por desgracias personales y familiares. Desde finales de 1843 Marx ha trabajado con cierta continuidad en su proyecto hasta 1848. Ha interrumpido ese trabajo durante el período revolucionario de 1848-1849. Lo reanuda en 1850, exiliado en Londres, con estudios (principalmente) sobre la historia de la propiedad y la renta de la tierra, la rotación del dinero, los precios, las crisis económicas, la historia de la técnica y la aplicación de la ciencia natural moderna a la agricultura. En 1853 se produce una interrupción de unos 3 años, por causa de la pobreza. Un nuevo período de estudio culmina en

1857-1858 con la redacción del manuscrito *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política* (*Grundrisse*) y la publicación de la *Contribución a la crítica de la economía poltica* (1859). De nuevo una interrupción de más de un año (1860). En 1861 empieza otro período de investigación intensa, que afloja en 1864 por causa de la fundación de la Internacional, pero ya no se corta del todo hasta la publicación del libro I de *El Capital* (1867). Luego, la mala salud y otras causas hacen que el trabajo científico de Marx y su materialización literaria sean cada vez menos continuos. Marx no consiguió publicar los libros restantes de *El Capital* y su trabajo editorial en ellos (no así el estudio, ni la redacción de partes nuevas de manuscritos) se redujo a las modificaciones para la 2.ª edición alemana, la 1.ª edición rusa (1872), y la 1.ª francesa (1872-1875). Marx murió en 1883. Engels publicó el libro II de *El Capital* en 1885 y el tercero en 1890.

En el curso de los 24 años anteriores a la publicación de *El Capital I* Marx ha pensado en varios proyectos editoriales o literarios diferentes.

El primer proyecto editorial, al que remite Marx cuando habla de los 15 años de estudio que lleva, se encuentra formulado, en dos variantes, en textos de 1843-1844:

> Así, pues, la *tarea de la historia,* una vez desaparecido el más allá de la verdad <una vez concluida la crítica de la religión>, consiste en establecer *la verdad del más acá.* La *tarea de la filosofía* que está al servicio de la historia es, por de pronto, una vez desenmascarada la figura santificada de la autoalienación humana, desenmascarar la alienación en sus *figuras no santas.* La crítica del cielo se transforma con eso en crítica de la tierra, la *crítica de la religión* en *crítica del derecho,* la *crítica de la teología* en *crítica de la política.*» (*Contribución a la crítica de la filosofía del derecho hegeliana*; MEW 1, 379).

La economía política, o «nacional», está ahí incluida en la crítica del estado, o de la política.

> En los «Anales franco alemanes» he anunciado <...> la crítica de la ciencia del derecho y del estado. En la elaboración para la imprenta, la mezcla de la crítica dirigida exclusivamente contra la especulación con la crítica de las diferentes materias mismas resultó muy inadecuada, obstáculo para el desarrollo y dificultad para la comprensión <...>. Por eso haré que se vayan sucediendo en varios folletos independientes la crítica del derecho, de la moral, de la política, etc., y al final intentaré reproducir en un trabajo especial la conexión del todo, la relación entre las partes singulares, así como, por último, la crítica de la elaboración especulativa de aquel material. Por eso, en el presente escrito <dedicado a la economía> la conexión entre la economía nacional y el estado, el derecho, la moral, la vida civil, etc., no se toca más que en la medida en que la economía nacional misma toca ex professo esos ob-

jetos.» (*Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Prólogo; MEW EB I, 467).

El prólogo a los *Manuscritos* de 1844 está escrito no más tarde de agosto de aquel año. La publicación parecía inminente, pues el 10/5/1845 Engels la anunciaba en el periódico *New Moral World*:

«También se está imprimiendo "Crítica de la política y de la economía nacional", del Dr. Marx <...>.» (MEW 2, 519).

La primera noticia suficientemente segura de que Marx ha pasado a considerar un proyecto editorial reducido a temas económicos, aunque en un sentido amplio de economía, se refiere a su oferta a la editorial Rütten und Lünning de una obra en tres partes: crítica de la economía política, socialismo e historia de la economía política. La gestión es de 1851. El 7/1/1851 Marx había escrito a Engels de un modo que sugiere también un proyecto editorial reducido a temática económica, como parece indicarlo el uso del adverbio «naturalmente» en este paso de la carta:

Te escribo hoy para exponerte una questiuncula theoretica <pequeña cuestión teórica>, naturalmente naturæ politico-economicæ <de naturaleza político-económica>.» (MEW 27, 157).

Poco después, Engels escribe a Marx urgiéndole la «publicación de la Economía»:

Ahora ya has puesto en claro el asunto <la renta de la tierra>, y eso es un motivo más para darte prisa con la terminación y publicación de la economía.» (Carta de Engels a Marx 29/1/1851; MEW 27, 171).

El 2/4/1851 Marx considera casi terminados sus estudios para «la Economía», lo que sugiere cuál debía de ser la dimensión prevista de ésta. Con esa fecha escribe a Engels:

Estoy tan adelantado que en 5 semanas terminaré <en la biblioteca del British Museum de Londres> con toda la mierda económica. Et cela fait <y una vez hecho eso> prepararé en casa la Economía y en el Museum me lanzaré a otra ciencia. Ça commence à m'ennuyer <Esto empieza a aburrirme>.» (MEW 27, 228).

Ése era, dicho sea de paso, el estilo de trabajo intelectual de Engels, que aquel año, por ejemplo, estudiaba, entre otras cosas, fisiología y táctica y estrategia militares.

Entre 1843 y 1851 Marx ha pasado, pues, de contemplar un proyecto editorial temáticamente amplio, que incluía la crítica del derecho, del estado y de la vida civil y presuponía la de la religión, a trabajar por de pronto en el proyecto de una «Economía», los estudios para la cual creía poder terminar cinco semanas después del 2 de abril de 1851. A finales de ese año seguía en pie un plan

para la ejecución de ese proyecto: el de su propuesta editorial de tres partes (crítica de la economía política, socialismo, historia de la economía política). Así lo indica el que le preocupe en esa fecha el deseo del presunto editor de alterar el orden de esas partes:

<...> Ebner me ha escrito que Löwenthal quiere hacer la prueba con un solo volumen, pero no mencionó que yo tendría que empezar por la «*Historia de la Economía*». Y eso sería la inversión de todo mi plan.» (Carta de Marx a Engels 24/11/1851; MEW 27, 370).

De hecho, el proyecto de la «Economía» sería objeto de varios planes editoriales diferentes, sin que la alteración de los planes indique cambio del proyecto general.

EL PLAN DE LOS *GRUNDRISSE*

El manuscrito de 1857-1858, que es el primer borrador amplio de la «Economía», de *El Capital*, y, en sus partes correspondientes, precedente inmediato de la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), ofrece un esquema general desde el cual es ya posible seguir con claridad el hilo de una evolución hasta la publicación del libro primero de *El Capital* (1867). En las primeras páginas del borrador se encuentra el siguiente párrafo, escrito durante el mes de septiembre de 1857:

La división, evidentemente, hacerla de tal modo que 1) las determinaciones genéricamente abstractas, las cuales, por serlo, convienen más o menos a todas las formas de sociedad <...>. 2) Las categorías que constituyen la articulación interna de la sociedad burguesa y en las que descansan las clases fundamentales. Capital, trabajo asalariado, propiedad de la tierra. Su relación unas con otras. Ciudad y campo. Las tres grandes clases sociales. Intercambio entre las mismas. Circulación. Sistema del crédito (private). 3) Condensación de la sociedad burguesa en la forma del estado. Considerado en relación consigo mismo. Las clases «improductivas». Impuestos. Deuda pública. Crédito público. La población. Las colonias. Emigración. 4) Aspecto internacional de la producción. División internacional del trabajo. Intercambio internacional. Exportación e importación. Tipo de cambio. 5) El mercado mundial y las crisis.» (*Grundrisse* 28/29).

El plan de septiembre de 1857 se puede esquematizar así:

1. Determinaciones genéricamente abstractas.

2. Categorías de la sociedad burguesa: capital, trabajo asalariado, propiedad de la tierra (por este orden).
3. El estado.
4. Intercambio internacional.
5. Mercado mundial y crisis.

Ese plan estará presente, con algunas variaciones, durante muchos años en las gestiones y el trabajo literario de Marx, aunque el título de la obra económica principal de éste acabe por ser sólo uno de los términos centrales del punto 2 («capital»).

Variantes de interés y casi inmediatas las hay en el mismo manuscrito de los *Grundrisse,* en dos pasos escritos en noviembre de 1857:

> I. 1) Concepto general del capital. 2) Particularidad del capital: capital circulant, capital fixe. (Capital como medio de vida, como materia prima, como instrumento de trabajo). 3) *El capital como dinero.* II. 1) *Cantidad del capital. Acumulación.* 2) *El capital medido consigo mismo. Beneficio. Interés. Valor del capital*: i. e., el capital en la diferencia de sí como interés y beneficio. 3) *La circulación de los capitales*: α) Intercambio del capital por capital. Intercambio del capital por renta. Capital y *precios.* β) *Concurrencia de los capitales.* γ) *Concentración de los capitales.* III. El capital como crédito. IV. El capital como capital por acciones. V. *El capital como mercado monetario.* VI. El capital como fuente de la riqueza. El capitalista. Después del capital habría entonces que tratar la propiedad de la tierra. Después de ésta el trabajo asalariado. Presupuestos los tres, *el movimiento de los precios,* en cuanto la circulación ahora ya determinada en su interna totalidad. Por otra parte las tres clases, una vez puesta la producción en sus tres formas básicas y presupuestos de la circulación. Luego el *estado* (Estado y sociedad burguesa. — El impuesto, o la existencia de las clases improductivas. — La deuda pública. La población. — El estado hacia fuera: colonias. Comercio exterior. Tipo de cambio. Dinero como moneda internacional. — Por último el mercado mundial. Rebasamiento del estado por la sociedad burguesa. Las crisis. Disolución del modo de producción y forma de sociedad fundado en el valor de cambio. Instauración real del trabajo individual como trabajo social y viceversa.) (*Grundrisse* 175).

El plan, que detalla mucho más la parte referente al capital que las demás, se puede esquematizar resumidamente así :

El capital
- I. El capital en general.
- II. La cantidad del capital
- III. El capital como crédito
- IV. El capital como capital por acciones
- V. El capital como mercado monetario
- VI. El capital como fuente de la riqueza.

} Los precios. Las tres clases fundamentales de la sociedad.

La propiedad de la tierra
El trabajo asalariado

El estado en sí mismo
El estado hacia fuera: comercio exterior, colonias
El mercado mundial. Las crisis. Disolución de la sociedad capitalista.

Esa variante del plan de 1857 presenta por vez primera el tratamiento del trabajo asalariado después del de la propiedad y la renta de la tierra. El hecho de que la parte referente al capital esté mucho más detallada en el plan que las otras partes se explica porque los *Grundrisse* son principalmente un borrador de esa parte.

En el mismo mes de noviembre de 1857 está escrito otro plan, que empieza siendo sólo esquema de la parte sobre el capital y luego, a partir de la referente a la propiedad y renta de la tierra, se amplía hasta ser desarrollo razonado (*Grundrisse* 186 ss.). He aquí su comienzo:

> *Capital.* I. *Generalidad*: 1) a) Devenir del capital a partir del dinero. b) Capital y trabajo (mediándose a través del trabajo *ajeno*). c) Los elementos del capital, sueltos, según su relación con el trabajo (Producto. Material bruto. Instrumento de trabajo). 2) *Particularización del capital*: a) capital circulant, capital fixe. Rotación del capital. 3) *La singularidad del capital*: capital y beneficio. Capital e interés. El capital como valor, distinto de sí como interés y beneficio. II. *Particularidad*: 1) Acumulación de los capitales. 2) Competición entre los capitales. 3) Concentración de los capitales (diferencia cuantitativa del capital como al mismo tiempo cualitativamente, como *medida* de su magnitud y de su efecto. III. *Singularidad*: 1) El capital como crédito. 2) El capital como capital por acciones. 3) El capital como mercado monetario. <...>

Durante los primeros meses de 1858, mientras sigue trabajando el borrador conocido por *Grundrisse,* Marx describe su plan literario en varias cartas de interés:

> El trabajo de que se trata por de pronto es *Crítica de las categorías económicas,* o bien, if you like <si lo prefieres así>, el sistema de la economía burguesa expuesto críticamente. Es simultánea-

mente exposición del sistema y, mediante la exposición, crítica del mismo. No tengo en absoluto en claro cuántos pliegos hará el total. Si tuviera tiempo, tranquilidad y medios para trabajar completamente el conjunto antes de entregarlo al público, lo condensaría mucho, pues siempre he sido aficionado al método de la condensación. Pero impreso así, en cuadernos sucesivos, la cosa —quizás en beneficio de la comprensión del público, pero seguro que en perjuicio de la forma— se alarga algo inevitablemente. <...> La exposición, quiero decir, la manera, es completamente científica, o sea, no es subversiva en sentido corriente. El conjunto se divide en 6 libros. 1.° Del capital (contiene algunos Vorchapters <capítulos previos>). 2.° De la propiedad de la tierra. 3.° Del trabajo asalariado. 4.° Del estado. 5.° Comercio internacional. 6.° Mercado mundial. Como es natural, no puedo dejar de considerar críticamente de vez en cuando a otros economistas. <...> Pero en general la crítica e historia de la economía política y del socialismo tendrían que ser objeto de otro trabajo. Y un tercero, por último, el breve *boceto histórico* de la evolución de las categorías y relaciones económicas. (Carta de Marx a Lassalle 22/2/1858; MEW 29, 551).

En la fecha de esa carta Marx tiene, pues, un proyecto literario de tres obras, y el plan de una de ellas, titulada *Crítica de las categorías económicas* y cuyo primer libro se titula a su vez «Del Capital». En cuanto a las intenciones sobre el trabajo inmediato, otra carta del mes siguiente, también a Lassalle, da cuenta de lo que Marx pensaba hacer y permite también echar un vistazo a alguna de las causas por las cuales la obra económica final de Marx se llamó como tenía que llamarse el «primer libro» de la primera obra de este proyecto:

> Tampoco es, de ninguna manera, mi intención elaborar por igual los 6 libros en los que divido el conjunto, sino dar más bien en los 3 últimos sólo los trazos fundamentales, mientras que en los 3 primeros, que contienen el desarrollo económico propiamente dicho, no son siempre evitables los desarrollos de detalle. (Carta de Marx a Lassalle 11/3/1858; MEW 29, 554).

En esa misma carta Marx indica a Lassalle el contenido de la primera entrega —parte de la cual habían de ser los «capítulos previos»— y revela así que en esa fecha las miles de páginas que hoy conocemos como *El Capital* eran en la imaginación del autor un mero fascículo, el primero de la primera obra económica del proyecto:

> La primera entrega tendría que ser a toda costa un todo relativo <...> Contiene: 1.° valor, 2.° dinero, 3.° el capital en general

(proceso de producción del capital, proceso de circulación del capital, unidad de ambos o capital y beneficio, interés). Eso constituye un folleto por sí mismo.» (Mismo lugar, 554).

El último documento aquí importante anterior a la *Contribución a la crítica de la economía política* es la carta de Marx a Engels del 2/4/1858 (MEW 29, 312-318), la cual contiene un esquema detallado de la obra prevista:

> Lo que sigue es short outline of the first part <breve esbozo de la primera parte>. La entera mierda se dividirá en 6 libros: 1.° Del capital. 2.° Propiedad de la tierra. 3.° Trabajo asalariado. 4.° Estado. 5.° Comercio internacional. 6.° Mercado mundial.
>
> I. *Capital* se descompone en 4 secciones. a) Capital en général (Esto es la materia del primer cuaderno). b) La *competición* o acción de los muchos capitales unos sobre otros. c) *Crédito,* donde el capital aparece como elemento general frente a los capitales individuales. d) El *capital por acciones* como la forma más consumada (que muta en comunismo), al mismo tiempo en todas sus contradicciones <...>.
>
> I. *Capital. Primera sección. El capital en general.* <...> 1.° *Valor* <...> 2.° *Dinero* <...> a) *Dinero como medida* <...> b) *El dinero como medio de cambio, o sea, la circulación simple* <...> c) *El dinero como dinero* <...> d) *Esta circulación simple considerada en sí misma* <...>
>
> 3.° *El capital* <...>

Este texto tiene el particular interés de mostrar muy llamativamente cómo una de las principales causas de las alteraciones de esquemas de Marx es que éste empieza por poner como apartados puntos de vista que luego se funden unos con otros sin diferenciación redaccional. En este hecho basó gran parte de su interpretación de la génesis de *El Capital* Roman Rosdolsky, de cuya obra al respecto se da información más adelante.

El plan de los *Grundrisse* ha empezado a realizarse con la publicación de la *Contribución a la crítica de la economía política.* En el prólogo, escrito en enero de 1859, figura este paso muy conocido por el lector de lengua castellana, a la que está traducido hace tiempo. Se reproduce aquí por ser una referencia tradicional:

> Considero el sistema de la economía burguesa en esta sucesión: *capital, propiedad de la tierra, trabajo asalariado; estado, comercio exterior, mercado mundial.* Bajo las tres primeras rúbricas investigo las condiciones económicas de vida de las tres grandes clases en que se divide la moderna sociedad burguesa; la conexión entre las otras tres rúbricas salta a la vista. La primera división del primer libro, el que trata del capital, consta de los siguientes

capítulos: 1.° la mercancía; 2.° el dinero, o sea, la circulación simple; 3.° el capital en general. Los dos primeros capítulos constituyen el contenido del presente volumen. (MEW 13, 7).

En el momento de escribir el prólogo a la *Contribución,* lo que finalmente serán los tres libros teóricos de *El Capital* son para Marx, si se toma su exposición al pie de la letra, la primera división del primer libro de la obra que proyecta. Lo mismo se aprecia en la carta a Weydemeyer del 1/2/1859, documento útil por su esquematismo para fijar esta cuestión:

Divido toda la economía política en 6 libros: capital; propiedad de la tierra; trabajo asalariado; estado; comercio exterior; mercado mundial.

El libro I, del capital, se descompone en 4 divisiones. *División I: El capital en general,* se descompone en 3 capítulos: 1.° *La mercancía;* 2.° *El dinero, o sea, la circulación simple;* 3.° *El capital.* <...>. (MEW 29, 572).

La manera de decir de ese paso ilustra la concepción marxiana de la «economía política» e impide afirmar, dada esa concepción —la cual incluye el estudio del estado—, que el proyecto literario de Marx haya dejado de contar con la crítica de la política.

Todavía en el conjunto del manuscrito habitualmente llamado *Grundrisse,* aunque en anotación de fecha ya tardía (probablemente marzo de 1859), detalla Marx el plan de la primera sección del tercer capítulo («Capital») del plan en que entonces piensa. He aquí los epígrafes principales del esquema:

I
EL PROCESO DE PRODUCCIÓN DEL CAPITAL

1) Transformación de dinero en capital.
.....
2) La plusvalía absoluta.
.....
3) La plusvalía relativa.
.....
4) La acumulación originaria.
.....
5) Trabajo asalariado y capital.

II
EL PROCESO DE CIRCULACIÓN DEL CAPITAL

.....
.....

III
CAPITAL Y BENEFICIO

.....

VARIA

Cuando Marx deja de trabajar en el manuscrito de 1857-1858, para dedicarse a tareas políticas y polémicas, el plan de su obra tiene este aspecto (aunque con variantes menores):

CRÍTICA DE LAS CATEGORÍAS ECONÓMICAS, O DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Libro primero: Del capital

Sección primera: El capital en general

Capítulo primero: La mercancía

Capítulo segundo: El dinero

Capítulo tercero: El capital
División primera: El proceso de producción del capital (ya subdividida, pero con vacilaciones)
División segunda: El proceso de circulación del capital
División tercera: La unidad de ambos, o sea, capital y beneficio, interés.

Sección segunda: La competición

Sección tercera: El crédito

Sección cuarta: El capital por acciones

Libro segundo: Propiedad de la tierra

Libro tercero: Trabajo asalariado

Libro cuarto: Estado

Libro quinto: Comercio exterior

Libro sexto: Mercado mundial. Las crisis.

No hay, por otra parte, ningún documento que obligue a suponer que Marx

hubiera desistido de las otras dos obras previstas en el proyecto de esta época, aunque no planeadas con detalle (véase atrás, carta a Lassalle del 22/2/1858).

DE LOS *GRUNDRISSE* A *EL CAPITAL*

Al reanudar su trabajo científico intenso después de la interrupción de 1859-1861, Marx piensa todavía en realizar el plan que he llamado de los *Grundrisse,* el plan cuya ejecución empezó con la publicación de la *Contribución a la crítica de la economía política* en agosto de 1859. Así lo indica la carta a Kugelmann del 28/12/1862, que llama «segunda parte» a la continuación de aquella publicación:

> Finalmente, la segunda parte está lista, es decir, salvo ponerla en limpio y darle el último toque para la impresión. Serán aproximadamente 30 pliegos. Es la continuación del cuaderno I <la *Contribución*>, pero aparece autónomamente con el título «*El capital*», y «Contribución a la crítica de la economía política» sólo como subtítulo. De hecho no abarca más que lo que había de constituir el tercer capítulo de la primera sección, a saber, «El capital en general». No están, pues, incluidos en ella la competición entre los capitales ni el crédito. Es la quintaesencia (junto con la primera parte), y el desarrollo del resto (tal vez con la excepción de la relación entre las diferentes formas de estado y las diferentes estructuras económicas de la sociedad) sería fácil de ejecutar también por otros sobre la base de lo ya entregado.» (MEW 30, 639).

De las alusiones a tratamiento separado de la competición y el crédito, así como a «lo que sigue» —entre lo cual Marx menciona el estudio del estado—, parece desprenderse la persistencia del plan de los *Grundrisse.*

La misma carta recién citada tiene un curioso paso, poco aducido, que documenta por vez primera la organización de materiales que será luego la del volumen primero de *El Capital.* Marx escribe a Kugelmann que, una vez terminado el texto en el que está trabajando,

> <...> escribiré la continuación, esto es, el final de la exposición del capital, la competición y el sistema del crédito, o bien reuniré en un solo escrito, para el público inglés, los dos primeros trabajos <la *Contribución* y el texto que dice haber terminado> (MEW 30, 640).

Ese texto que Marx considera prácticamente acabado, como borrador, a finales de 1862 es el manuscrito de 1861-1863, cuya descripción se encuentra en el prólogo de Engels al libro II de *El Capital.* Ese manuscrito (un conjunto de 23 cuadernos) conserva el título inicial de «Contribución a la crítica de la economía política» y empieza, efectivamente, tratando el tema del capital, el capítulo 3.º

del plan aún no abandonado. Pero pronto se desvía de él y empieza a exponer los temas histórico-doctrinales de las *Teorías sobre la plusvadía.* De todos modos, el manuscrito de 1861-1863 trata con mayor o menor extensión temas de todos los libros de *El Capital.* Y contiene, por otra parte, esquemas que planean los futuros libros I y III de *El Capital.* He aquí el esquema del primero. El texto es de enero de 1863:

> La primera sección, «*Proceso de producción del capital*», dividirla así:
>
> 1.º Introducción. Mercancía. Dinero.
> 2.º Conversión de dinero en capital.
> 3.º *La plusvalía absoluta.* a) Proceso de trabajo y proceso de valorización. b) Capital constante y capital variable. c) La plusvalía absoluta. d) Lucha por la jornada normal de trabajo. e) *Jornadas de trabajo simultáneas* (número de trabajadores ocupados simultáneamente). Importe de la plusvalía y cuota de la plusvalía. (¿Magnitud y altura?)
> 4.º *La plusvalía relativa.* a) Cooperación simple. b) División del trabajo. c) Maquinaria, etc.
> 5.º Combinación de plusvalía absoluta y relativa. Razón (proporción) entre trabajo asalariado y plusvalía. Subsunción formal y real del trabajo bajo el capital. Productividad del capital. Trabajo productivo e improductivo.
> 6.º Reconversión de plusvalía en capital. La acumulación originaria. La teoría colonial de Wakefield.
> 7.º *Resultado del proceso de producción.*
> (Sub 6 o sub 7 se puede exponer el change of appropriation <cambio de apropiación>).
> 8.º Teorías sobre la plusvalía.
> 9.º Teorías sobre trabajo productivo e improductivo.
>
> (MEW 26.1, 389).

El esquema del futuro libro III de *El Capital* se recoge en nota del volumen correspondiente de OME (OME 43).

De 1864 a 1866 es la redacción de los manuscritos luego utilizados por Engels para la composición y publicación de los libros II y III de *El Capital.* Al publicar los volúmenes correspondientes de OME se reunirá información acerca de todos los manuscritos de la obra económica de Marx. Como el libro I ha rebasado la fase de borrador en vida de Marx, la atención a los manuscritos no es tan interesante cuando, como aquí, se trata principalmente de él. De todos modos, ya ahora vale la pena mencionar que en el manuscrito utilizado por Engels como base para componer *Capital III* hay por lo menos un par de pasos que indican la persistencia de las líneas generales del plan de los *Grundrisse,* por ejemplo, el mantenimiento de un tratamiento de la competición

de los capitales después del estudio del capital en general. Marx, en efecto, remite el estudio del precio de monopolio

> <...> a la doctrina de la competición, en la que se investiga el movimiento real de los precios de mercado. (*Capital III;* MEW 25, 772).

o bien expone las limitaciones del estudio que luego será *El Capital* —ilustrando inequívocamente acerca del carácter incompleto de éste, e incompleto en lo más importante para el conocimiento revolucionario— con las siguientes palabras:

> En la exposición de la cosificación de las relaciones de producción y de su independización frente a los agentes de la producción, no entramos en el modo como las conexiones a través del mercado mundial, sus coyunturas, el movimiento de los precios de mercado, los períodos del crédito, los ciclos de la industria y del comercio, la alternancia de prosperidad y crisis, se aparecen a los agentes de la producción como leyes naturales que los dominan sin ejercicio de la voluntad y se les imponen como necesidad ciega. Y no entramos en eso porque el movimiento real de la competición queda fuera de nuestro plan, y sólo tenemos que exponer la organización interna del modo de producción capitalista, en su promedio ideal, por así decirlo. (*Capital III;* MEW 25, 839).

Puesto que esas líneas pueden estar escritas en 1866, su interés es grande para la reconstrucción de la historia de la génesis de *El Capital*: unos dos años antes de la publicación del libro I, Marx había reducido ya la obra entera (su esquema) al tratamiento de la parte «El capital en general» más la historia crítica de la teoría. Como lo ha señalado Roman Rosdolsky, esa reducción del esquema o plan ha ido acompañada por un enriquecimiento del material y los temas incluidos en el esquema reducido: no se puede ignorar, en efecto, que el texto último del libro I y de los manuscritos de los libros II y III contiene numerosas e importantes incursiones por temas de la competición, etc., es decir, por temas de otras partes e incluso otros libros del plan de los *Grundrisse*.

El lugar clásico del plan definitivo de *El Capital* es la carta de Marx a Kugelmann del 13/10/1866:

> Mis circunstancias (constantes interrupciones por causa del cuerpo y por causas ciudadanas) hacen que tenga que aparecer primero el *Primer volumen,* no los dos a la vez, como yo pretendía. Además, probablemente van a ser ahora 3 volúmenes.
>
> La obra entera, en efecto, se divide en las partes siguientes:
>
> *Libro I. Proceso de producción del capital.*
> *Libro II. Proceso de circulación del capital.*
> *Libro III. Configuración del proceso global.*
> *Libro IV. Contribución a la historia de la teoría.*

> El primer volumen contiene los 2 primeros libros.
>
> El tercer libro llenará, según creo, el segundo volumen; el 4.° el 3.°.
>
> He considerado necesario volver a empezar ab ovo en el libro primero, esto es, resumir en *un* capítulo sobre mercancía y dinero mi escrito publicado por Duncker <la *Contribución a la crítica de la economía política*>. (MEW 31, 534).

Como se ve, incluso en vísperas de la publicación del libro I —y en el mismo prólogo a este libro, véaselo más adelante— el plan editorial de Marx discrepa algo de lo que va a ser la edición. Marx seguirá aferrado mucho tiempo a la idea de tres volúmenes para los cuatro libros, aunque luego compone el segundo volumen con los libros II y III. En una carta a Schott del 3/11/1877 se lee:

> De hecho empecé privatim «El capital» exactamente en el orden inverso (empezando por la parte 3.ª, la histórica) del orden en que se presenta al público, con la única salvedad de que el primer volumen, último en emprenderse, se dispuso inmediatamente para la impresión, mientras que los otros dos se quedaron en la forma en bruto que toda investigación tiene originaliter. (MEW 34, 307).

Aún más llamativo es el error, incluso a última hora, una vez terminado el trabajo en el libro I, acerca de los plazos de publicación de los libros siguientes. El 30/4/1867 Marx escribe a Sigfried Meyer:

> Espero que dentro de un año haya aparecido toda la obra. El *volumen II* da la continuación y el final de la teoría, el *volumen III la historia de la economía política desde la mitad del siglo* XVII. (MEW 31, 543).

Aunque trabajó hasta casi el final de la década de 1870 en los manuscritos luego utilizados por Engels para la edición de los libros II y III de *El Capital,* Marx no ha publicado más que el libro I. Cuatro años después de la publicación de éste enfría resueltamente las esperanzas de amigos y colaboradores en una próxima publicación del resto:

> Por lo que hace a la continuación de mi obra, la información of our Friend <de nuestro Amigo: Lopatin, el traductor que comenzó la versión rusa del libro I de *El Capital*> se basa en una confusión. He considerado necesaria una reelaboración completa del manuscrito. Además, por el momento me faltan documentos necesarios, los cuales, de todos modos, llegarán finalmente de United States. (Carta de Marx a Nicolai Franzevich Danielson, el traductor que terminó la versión rusa de *Capital* I, 13/6/1871; MEW 33, 231).

La mala salud de Marx y de sus familiares ha influido mucho en la suerte última de los manuscritos de *El Capital*. Pero no menos importante ha sido el hecho insinuado por la alusión a los Estados Unidos de Norteamérica en esa carta. En el prólogo a la primera edición del libro primero de *El Capital* Marx había escrito lo siguiente:

> Lo que tengo que investigar en esta obra es el modo de producción capitalista y las relaciones de producción y de tráfico que le corresponden. Su lugar clásico es hasta ahora Inglaterra. Ésa es la razón por la cual Inglaterra sirve de ilustrador principal de mi desarrollo teórico. (MEW 40, 5).

En 1867, pues, Marx no había pensado todavía que el «lugar clásico» del capitalismo lo fueran ya los Estados Unidos. (Aunque desde la época de los *Grundrisse* estaba atento a los hechos de Norteamérica.) En cambio, en 1871 lo sospecha ya, del mismo modo que da mucha importancia a las noticias, que pide a Danielson, sobre la evolución económica de Rusia. Y la sospecha de 1871 es convicción en 1878:

> El campo más interesante para el economista se encuentra ahora, sin duda, en los Estados Unidos y, ante todo, en el período de 1873 (desde el crac de septiembre) a 1878, el período de crisis crónica. Transformaciones cuya consecución exigió en Inglaterra siglos se realizan aquí en pocos años. (Carta de Marx a Danielson, 15/11/1878; MEW 34, 359).

Una larga carta de Marx a Danielson fechada el 10/4/1879 explica y enumera causas de que no se concluya *El capital*. La explicación empieza por causas externas a la obra:

> Cuando recibí su carta de febrero (y al mismo tiempo llegaron a mis manos los valiosos impresos y las demás cosas que menciona usted), mi mujer estaba tan enferma que los médicos ponían en duda que sobreviviera al ataque; y desde entonces yo también he tenido que aguantar lo mío en materia de salud. (Desde que, por la situación de Alemania y Austria, no puedo emprender mi viaje anual a Karlsbad, mi estado de salud no ha sido particularmente bueno). En estas circunstancias, que no han mejorado hasta hace muy poco tiempo, no podía estudiar el material que se me enviaba. (MEW 34, 370).

Luego Marx presenta una justificación algo enfática —y por eso mismo poco convincente— seguida de la abierta declaración de que no tiene ganas de publicar sus manuscritos económicos:

> Y ahora he de empezar por comunicarle (cela est tout-à-fait confidentiel <esto es completamente confidencial>) que he recibido de Alemania la información de que mi segundo volumen *no se puede publicar* mientras se mantenga el presente régimen con su actual rigor. A la vista del status quo, esa noticia no ha sido ninguna sorpresa para mí, y he de confesar que tampoco me ha molestado; por los siguientes motivos:
>
> *En primer lugar*: De ninguna manera habría publicado el segundo volumen antes de que alcanzara su punto culminante la crisis inglesa del momento. Los fenómenos son esta vez muy peculiares, se distinguen en muchos respectos de los anteriores, y esto —prescindiendo totalmente de otras circunstancias modificadoras— se explica perfectamente por el hecho de que nunca anteriormente *precedieron* a la *crisis inglesa* crisis gigantescas y ya de cinco años de duración en *los Estados Unidos, Suramérica, Alemania, Austria,* etc. Hay, pues, que observar el presente decurso hasta que las cosas maduren. Sólo entonces se las puede «consumir productivamente», o sea, «teóricamente». (MEW 34, 370-371).

Marx piensa que esas novedades tienen raíces también ellas nuevas, de importancia suficiente para desear el retraso de la publicación de una obra que estaba basada en otro ámbito de desarrollo principal del capitalismo:

> *En segundo lugar*: La masa de material que he recibido no sólo de Rusia, sino también de los *Estados Unidos,* etc., me da afortunadamente el «pretexto» para continuar mis investigaciones, en vez de «concluirlas definitivamente para la publicación». (MEW 34, 372).

El último argumento aducido en esta carta a Danielson es la prevención médica:

> *En primer lugar:* Mi consejero médico me ha intimado <...>. (Mismo lugar).

Poco más de un año después, Marx llama ya «nuevo estadio de la evolución» —no sólo simple cambio de lugar— a la novedad ocurrida respecto del planteamiento de los manuscritos de *El Capital*:

> En las actuales circunstancias, la 2.ª parte de *El Capital* no puede aparecer en Alemania, lo cual me resulta hasta oportuno, porque precisamente en este momento ciertos fenómenos económicos han entrado en un nuevo estadio de la evolución y, por lo tanto, exigen nueva elaboración. (Carta de Marx a Ferdinand Domela Nieuwenhuis, 27/6/1880; MEW 34, 447).

Por último, ese mismo año indicó Marx a Danielson algunos elementos del nuevo estadio de la evolución económico-social. La carta de Marx a su traductor

fechada el 17/9/1880 es quizás el último documento importante de la crisis última del trabajo literario principal de su autor:

> La crisis presente es, por lo que hace a duración, dimensión e intensidad, la mayor que ha atravesado nunca Inglaterra. Pero, pese a la quiebra de algunos bancos provinciales escoceses e ingleses, ha faltado completamente el punto culminante de las anteriores grandes crisis periódicas inglesas, el crac de la Bolsa de Londres. Este hecho totalmente extraordinario, la falta de lo que con razón se llama *pánico del dinero,* se tiene que atribuir a un encadenamiento de circunstancias cuyo análisis en este momento me llevaría muy lejos. Pero una de las circunstancias más decisivas ha sido la siguiente: el intenso drenaje de metales nobles en 1879 quedó compensado en gran medida por la colaboración de la Banque de France y de la Deutsche Reichsbank. Por otra parte, la repentina reanimación de los Estados Unidos actuó como un deus ex machina desde la primavera de 1879 (MEW 34, 463-464).

LA FIJACIÓN DEL TEXTO DEL LIBRO I DEL CAPITAL

La primera edición de *Capital I* apareció en 1867. En la segunda, preparada en 1872 y con un epílogo fechado en enero de 1873, Marx practica algunas modificaciones, de las que da cuenta en ese epílogo (véaselo).

En 1872 aparece la traducción rusa del libro I de *El Capital* Entre 1872 y 1875, la traducción francesa de Roy, por entregas. Marx ha revisado el texto francés. Con motivo de la preparación de la segunda edición rusa, Marx tiene ocasión de expresar su estimación de conjunto del texto francés. Escribe a su traductor ruso:

> Referente a la segunda edición de *El Capital* en ruso ruego tener en cuenta lo siguiente:
> 1.° Querría que la *división en capítulos* —y lo mismo vale de las *subdivisiones*— se hiciera según la edición francesa.
> 2.° Que el traductor compare siempre cuidadosamente la segunda edición alemana con la francesa, porque esta última contiene muchas alteraciones y complementaciones importantes (aunque también, ciertamente, me vi a veces obligado a «aplatir» <achatar> la exposición en la versión francesa, sobre todo en el primer capítulo). (Carta de Marx a Danielson, 15/11/1878; MEW 34, 358).

Engels ha recogido en sus ediciones alemanas de *Capital I* (la 3.ª y la 4.ª) las versiones de la edición francesa indicadas por Marx. Pero su aprecio del texto francés de Roy no era mucho:

> Ayer leí en francés el capítulo sobre la legislación fabril. Con todo respeto por el arte con que ese capítulo se ha convertido en elegante francés, lo siento por el hermoso capítulo. Fuerza, jugo y vida se han ido al diablo. La posibilidad para el escritor cotidiano de expresarse con cierta elegancia se ha pagado con la castración del lenguaje. Engendrar pensamientos en este moderno francés coactivo se hace cada vez más imposible. Ya la inversión de las oraciones, impuesta casi en todas partes por la pedantesca lógica formal, arrebata a la exposición todo lo llamativo, toda vivacidad. (Carta de Engels a Marx, 29/11/1873; MEW 33, 94).

Ese juicio de Engels, fácil de comprender teniendo en cuenta su alemán y espontáneamente compartible, según me parece, por cualquiera que escriba el castellano como lengua materna, es un argumento más para atenerse a su tradición editorial en la traducción de *El Capital*. Sin embargo, por la importancia que le da Marx, en Apéndice a esta nota se reproduce, para cómoda comparación por el lector, la división y subdivisión de la traducción francesa del texto.

En la tercera edición de *Capital I* (noviembre de 1883), ya muerto Marx, Engels empieza a practicar las rectificaciones planeadas por Marx en anotaciones marginales a la segunda edición alemana y a la traducción francesa. En nota a esta tercera edición (véasela entera más adelante, 25-27) Engels advierte:

> Al principio Marx se proponía reelaborar en gran parte el texto del tomo primero, formular más afiladamente algunos puntos teóricos, añadir otros nuevos, completar hasta los últimos tiempos el material histórico y estadístico. Su mal estado de salud y el deseo de pasar a la redacción final del segundo tomo le hicieron renunciar a aquella tarea. Se trataría sólo de alterar lo más imprescindible y de insertar los añadidos que ya contenía la edición francesa aparecida entre tanto <...>.
>
> Entre los textos que han quedado para edición póstuma se ha encontrado un ejemplar alemán parcialmente corregido por Marx y con remisiones a la edición francesa; también se ha encontrado un ejemplar francés en el que había señalado exactamente los trozos que había que utilizar. Estas alteraciones y esos añadidos se limitan, con pocas excepciones, a la última parte del libro, a la sección «El proceso de acumulación del capital».
>
> <...>
>
> Por lo que hace al estilo, el mismo Marx había revisado a fondo varias subsecciones y con ello, así como en frecuentes alusiones de viva voz, me indicó la medida en que yo podía proceder a suprimir expresiones técnicas inglesas y otros anglicismos. En cualquier caso, Marx habría trabajado aún los añadidos y las complementa-

ciones, substituyendo el liso francés por su propio condensado alemán; yo he tenido que contentarme con traducir unos y otras con la mayor adecuación posible al texto original.

Por último, la cuarta edición alemana (1890) de *Capital I,* última publicada por Engels, es el texto definitivo de la obra según el criterio editorial de OME. Engels ha expresado en una nota (véasela entera más adelante, 35-40) su intención editorial en la 4.ª edición:

> La cuarta edición me exigía en lo posible una fijación definitiva del texto y de las notas. He aquí breves indicaciones acerca de cómo he atendido a esa exigencia.
>
> Luego de una comparación más con la edición francesa y con los apuntes manuscritos de Marx, he introducido todavía en el texto alemán unos añadidos más tomados de aquélla. <...> Otras modificaciones son de naturaleza puramente técnica.
>
> He añadido, además, algunas notas aclaratorias, a saber, dónde parecían exigirlo las nuevas circunstancias históricas.

(Las inserciones de Engels van entre llaves: { }. Las de OME van entre grapas: < >. Entre corchetes, [ ], van las de los editores de MEW o las de editores franceses o ingleses, etc., cuando OME las recoge. Como queda dicho, la única discrepancia entre la cuarta edición del libro I de *El Capital* y esta traducción de OME es que ésta da en castellano, igual que el resto del texto, las citas de Marx en lengua no alemana).

No hay más que una edición importante de *Capital I* que se aparte en algo de la organización del texto en las cuatro ediciones aparecidas en vida de Marx o Engels: la de MAXIMILIEN RUBEL (KARL MARX, *Oeuvres. Economie* I, París, Gallimard, 1965). Rubel es insuficientemente conocido en España, pese a ser uno de los principales conocedores contemporáneos de la obra de Marx y tal vez el más destacado intérprete anarquista de la misma. Rubel invierte el orden de los dos últimos capítulos de *Capital I,* pensando que el orden en que los ha puesto Marx, orden respetado por Engels en las ediciones tercera y cuarta, fue sólo un expediente para esquivar la censura prusiana y conseguir la publicación de la obra en Alemania: «*El Capital*», escribe Rubel, «termina en todas las ediciones anteriores con el capítulo titulado "Sobre la teoría moderna de la colonización", precedido por el capítulo "Sobre la tendencia histórica de la acumulación capitalista". Un examen atento de esas páginas sugiere que Marx ha invertido el orden de los dos capítulos en el momento de la publicación. Ha debido obrar así —obedeciendo acaso al consejo o a la exigencia de su editor— con el fin de adormecer la desconfianza del censor. Los párrafos apocalípticos de la conclusión se dejaban en segundo plano, sustituidos al final del volumen por consideraciones de corte más profano. La astucia ha tenido éxito. Pero ya no es necesario dar a leer un ataque a la explotación colonial, visiblemente enlazado con los capítulos anteriores, luego del hasta la vista del autor, verdadera suma de sus cóleras y de sus esperanzas.» (Obra citada, 541).

SOBRE LA POLÉMICA A PROPÓSITO DEL PLAN DE LA OBRA ECONÓMICA DE MARX

Sin pretender dar más que una noticia breve de la polémica suscitada por las varias indicaciones de Marx acerca de la organización de su obra económica, se puede decir que el principal autor entre los que la suscitaron fue HENRYK GROSSMANN («Die Änderung des ursprünglichen Aufbauplans des Marxchen *Kapitals* und ihre Ursachen <La alteración del plan originario de *El Capital* de Marx y sus causas>», *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung,* año 14, n.° 1, Leipzig 1929, págs. 305-338). Según Grossmann hay un cambio de plan (1857-1865) que se debe a «consideraciones gnoseológico-metodológicas»: Marx habría pasado del punto de vista descriptivo del material en bruto de la economía política —punto de vista propio de los clásicos burgueses de esa ciencia— a un punto de vista de verdadero conocimiento, de conocimiento de las funciones del capital. Este punto de vista, posibilitado por la construcción de los esquemas de reproducción, habría movido a Marx a abandonar el planteamiento triádico tradicional beneficio-renta de la tierra-salario; Grossmann, pues, entiende la presencia de un «libro del capital», otro sobre «la propiedad y la renta de la tierra» y otro sobre «el salario» (el trabajo asalariado) en el plan de los *Grundrisse* no como inspirado por el estudio de las tres clases principales de la sociedad de la época, sino como trasunto de la doctrina clásica burguesa de los «factores de la producción» y su «remuneración».

La atonía del pensamiento marxista causada por el estalinismo y por la represión en los estados burgueses explica quizá que el tema planteado por Grossmann fuera objeto de poca discusión. La primera intervención crítica de importancia sobre la tesis de Grossmann que sea imprescindible citar aquí no aparece hasta el período de postguerra. Se debe a Otto Morf. El siguiente párrafo puede ser muestra de la concepción de este autor: «La alteración del plan no consiste en un paso del tratamiento material al tratamiento funcional. Todo lo que precede al plan I <Morf llama así al plan de los *Grundrisse*>, como el plan I mismo, tiene presentes las tres grandes clases de la sociedad burguesa y sus intereses antagónicos. En ningún lugar ha tomado Marx para su elaboración *sólo* el material empírico, sino que siempre se ha esforzado por explicar las leyes de movimiento de la existencia económica de esas tres clases y las relaciones de producción subyacentes. Por lo tanto, Marx tiene siempre presente lo «funcional» <...>» (OTTO MORF, *Geschichte und Dialektik in der politischen Oekonomie,* Frankfurt am Main, Europäische Verlagsanstalt, 1970, pág. 105. Este libro, del que hay en preparación edición castellana en la colección Teoría y Realidad de Grijalbo, es edición ampliada y retocada de *Das Verhältnis von Wirtschaftstheorie und Wirtschfatsgeschichte bei Karl Marx* <La relación entre teoría económica e historia económica en Karl Marx>, Bern Francke Verlag, 1951).

Roman Rosdolsky es el autor que más sistemáticamente ha discutido esta cuestión (*Zur Entstehungsgeschichte des Marxschen «Kapital»* <Sobre la historia de la génesis del «Capital» de Marx>, 2 vols., 2.ª edición retocada, Frankfurt am Main, Europäische Verlagsanstalt, 1968); la obra, apenas terminada al morir el autor en 1967, es básicamente un estudio de los *Grundrisse.* Rosdolsky, muy concienzudo en su trabajo, era un autor de tradición trotskista. Su opinión sobre el tema se resume en unos párrafos de las páginas 39 y 40 de su obra: «En

primer lugar, que el paso del plan viejo <el de los *Grundrisse*> al plan nuevo no se realizó antes de los años 1864-1865; y, en segundo lugar, que, respecto a la modificación del plan, hemos de distinguir estrictamente entre los iniciales libros I-III por un lado y IV-VI por otro.»

Se recordará que los libros del plan de los *Grundrisse* se distribuían así: I: capital; II: propiedad de la tierra; III: trabajo asalariado; IV: estado; V: comercio internacional; VI: mercado mundial y crisis.

Sigue escribiendo Rosdolsky: «Por lo que hace a estos últimos libros <o sea, los libros IV, V y VI> <...>, no fueron nunca «abandonados», es decir, los temas que caen en su ámbito no fueron nunca asimilados del todo por la segunda estructura de la obra, sino que en el fondo se reservaron para la «posible continuación» de la misma. En todo caso, los temas correspondientes no se tratan en *El Capital* más que ocasionalmente, de modo que también respecto de ellos parece justificada la llamada «teoría de las lagunas» <...>».

El plan de 1857-1858 subdivide el libro del capital en los apartados siguientes: a) el capital en general; b) la competición entre los capitales; c) el sistema del crédito; d) el capital por acciones. Rosdolsky dice luego: «Del todo diferente el caso de los libros II y III. Éstos se tuvieron que incorporar a la nueva estructura de la obra <la última> pues *El Capital* habría sido inimaginable sin el tratamiento de las cuestiones que caían en el ámbito de esos libros. (Lo mismo vale, naturalmente, también para las secciones b-d del «Libro del capital» del plan antiguo). Y sólo respecto de los libros II y III, así como de las secciones b-d del libro I, puede subsistir el problema de la alteración del plan. <...>» Rosdolsky piensa que el cambio de plan del proyecto económico de Marx ha consistido en reducir la amplitud del esquema, el número de libros y secciones, mientras que enriquecía el contenido de éstos, porque unas son las necesidades analíticas, diferenciadoras, propias de la investigación cuando empieza, y otras y en cierto sentido contrapuestas las exigencias de síntesis de la comprensión y la exposición. Aparte de eso, Rosdolsky piensa que gran parte del proyecto económico de Marx —y aun más por lo que hace a *todo* su proyecto económico, político y filosófico— contiene lagunas importantes.

Maximilien Rubel sostiene una tesis análoga, aunque no cita ni aprovecha a este propósito el importante estudio de Rosdolsky. Conoce, en cambio, el de Morf, y remite a él. Rubel se opone a la idea de un cambio de plan deliberado, debido a reflexiones profundas de Marx: «<...> ni antes ni después de la publicación del prólogo <a la *Contribución*> de 1859 ha comunicado Marx la menor intención de cambiar el plan de la «Economía». En cambio, el periodismo y las disputas políticas le roen el tiempo y, aunque constantemente reanuda sus estudios, le cuesta muchísimo condensar su exposición. <...> en realidad, éste es el único «cambio de plan» de acuerdo con el método de trabajo de Marx: no ha realizado más que una parte ínfima de su enorme programa, aunque dando a esa parte un volumen imprevisto. <...> Nada de cambio de plan, sino una ampliación perpetua a ojos vistas; y, desde luego, descubrimientos y reflexiones nuevas <...>» (Obra citada, vol. II, págs. cvj, cvij, ex). Un resumen muy característico del estilo apasionado del erudito Rubel: «Marx había concebido pronto el plan de una «Economía» para publicar por entregas <...> cuyos temas principales existen desde 1844 o 1847 y que en 1857 decide dividir en seis «rúbricas»: 1.° El capital; 2.° la propiedad de la tierra; 3.° el trabajo asalariado; 4.° el estado; 5.° el comercio exterior; 6.° el mercado mundial. Nunca ha podido pasar de escribir «la quintaesencia» de eso, es decir, una parte de la primera

rúbrica, aunque esta «quintaesencia» haya quedado, al menos en su mitad, en estado de borrador. Que haya podido terminar esa parte de su tarea en lo más negro de los miserables años 1860 tiene algo de milagro. Así, pues, es algo indecente, por no decir más, sostener que esta obra está *concluida*: eso es lo que afirman algunos comentaristas cuando registran un «cambio de plan» gracias al cual Marx habría dicho ya en *El Capital* lo que pensaba exponer en sus «seis libros», y sólo la ignorancia puede disculpar a los que creen en una revelación definitiva.» (Lugar citado, pág. liv).

Los editores de MEW —los Institutos de Marxismo-Leninismo del Partido Comunista de la Unión Soviética y del Partido Socialista Unificado de Alemania (RDA)— presentan los volúmenes correspondientes de su edición limitándose a describir cronológicamente los manuscritos pertinentes, desde los de 1844 hasta los de la década de 1870. Para ilustrar su concepción de la historia formal de la principal empresa científica de Marx se puede aducir esta nota al volumen 29 de MEW (pág. 689): «En el otoño de 1856 las investigaciones económicas de Marx, que habían durado años, habían madurado ya lo suficiente como para que pudiera empezar la sistematización y generalización del material reunido. De agosto de 1857 a junio de 1858 elaboró su manuscrito <los *Grundrisse*>, que representa un esbozo del futuro *Capital*. En el verano y el otoño de 1857 proyectó el primer plan de su obra. Expuso los puntos principales de ese plan en varias cartas a Engels y otras personas <...>, así como en el esbozo inacabado de una "introducción general" a esta obra <...>. Durante los ulteriores trabajos de investigación ese plan se alteró repetidamente. Se detalló, se precisó sustancialmente y nacieron las obras "Contribución a la crítica de la economía política" <...> y "El capital".»

Querría recordar, por último, que no faltan textos de Marx que mueven a negar o reducir la importancia presunta de esta debatida cuestión de la estructura literaria de *El Capital*, dando más peso a factores accidentales o, a lo sumo, didáctico-literarios. He aquí dos ejemplos:

> En toda esta sección, esto es, en la sección sobre «el capital en general», se presupone que el salario del trabajo es siempre igual a su mínimo <...>. También se pone la propiedad de la tierra=0, esto es, que aquí no interesa todavía nada la propiedad de la tierra como relación económica particular. Sólo a este paso es posible no hablar de todas las relaciones a propósito de cualquiera de ellas. (Carta de Marx a Engels, 2/4/1858; MEW 29, 312-315).

> Con la parte propiamente teórica no he podido seguir adelante. Tenía los sesos demasiado débiles para eso. Por ello he ampliado históricamente la sección sobre la «jornada de trabajo», lo cual caía fuera de mi plan inicial. (Carta de Marx a Engels, 10/2/1866; MEW 31, 174).

APÉNDICE: LA DIVISIÓN DEL TEXTO DE *EL CAPITAL I* EN LA TRADUCCIÓN FRANCESA DE J. ROY

(El título dado al libro no es «El proceso de producción del capital», sino «Desarrollo de la producción capitalista».)

Primera sección: Mercancía y dinero
- Capítulo primero: La mercancía
  - I. Los dos factores de la mercancía: valor de uso y valor de cambio o valor propiamente dicho (Substancia del valor. Magnitud del valor)
  - II. Doble carácter del trabajo presentado por la mercancía
  - III. Forma del valor
    - A. — Forma simple o accidental del valor
      - a) Los dos polos de la expresión del valor: su forma relativa y su forma equivalente
      - b) La forma relativa del valor
        1. Contenido de esta forma
        2. Determinación cuantitativa de la forma de valor relativa
      - c) La forma de equivalente y sus particularidades
      - d) Conjunto de la forma de valor simple
    - B. — Forma valor total o desarrollada
      - a) La forma desarrollada del valor relativo
      - b) La forma equivalente particular
      - c) Defectos de la forma valor total o desarrollada
    - C. — Forma valor general
      - a) Cambio de carácter de la forma valor
      - b) Relación de desarrollo de la forma valor relativa y la forma equivalente
      - c) Transición de la forma valor general a la forma dinero
    - D. — Forma moneda o dinero
  - IV. El carácter fetiche de la mercancía y su secreto
- Capítulo II: De los cambios
- Capítulo III: La moneda o la circulación de las mercancías
  - I. Medida de los valores
  - II. Medio de circulación
    - a) La metamorfosis de las mercancías
    - b) Curso de la moneda
    - c) El numerario o las especies. — El signo de valor
  - III. La moneda o el dinero
    - a) Atesoramiento
    - b) Medio de pago
    - c) La moneda universal

Segunda sección: La transformación del dinero en capital
- Capítulo IV: La fórmula general del capital
- Capítulo V: Contradicción de la fórmula general del capital
- Capítulo VI: Compra y venta de la fuerza de trabajo

Tercera sección: La producción de la plus-valía absoluta
- Capítulo VII: Producción de valores de uso y producción de la plus-valía
  - I. Producción de valores de uso
  - II. Producción de la plus-valía
- Capítulo VIII: Capital constante y capital variable
- Capítulo IX: La tasa de la plus-valía
  - I. El grado de explotación de la fuerza de trabajo
  - II. Expresión del valor del producto en partes proporcionales del mismo producto
  - III. La «última hora» de Senior
  - IV. El producto neto
- Capítulo X: La jornada de trabajo
  - I. Límite de la jornada de trabajo
  - II. El capital hambriento de plustrabajo. — Boyardo y fabricante
  - III. La jornada de trabajo en las ramas de la industria inglesa en que la explotación no está limitada por la ley
  - IV. Trabajo de día y de noche. — El sistema de relevos
  - V. Leyes coercitivas para la prolongación de la jornada de trabajo desde la mitad del siglo XIV hasta el final del siglo XVII
  - VI. Lucha por la jornada de trabajo normal. — Limitación legal coercitiva del tiempo de trabajo. — La legislación manufacturera inglesa de 1833 a 1864
  - VII. La lucha por la jornada de trabajo normal. Repercusión de la legislación inglesa en los demás países
- Capítulo XI: Tasa y masa de la plus-valía

Cuarta sección: La producción de la plus-valía relativa
- Capítulo XII: La plus-valía relativa
- Capítulo XIII: Cooperación
- Capítulo XIV: División del trabajo y manufactura
  - I. Doble origen de la manufactura
  - II. El trabajo parcelario y su herramienta
  - III. Mecanismo general de la manufactura. Sus dos formas fundamentales: manufactura heterogénea y manufactura serial
  - IV. División del trabajo en la manufactura y en la sociedad
  - V. Carácter capitalista de la manufactura
- Capítulo XV: Maquinismo y gran industria
  - I. Desarrollo de las máquinas y de la producción mecánica
  - II. Valor transmitido por la máquina al producto
  - III. Reacción inmediata de la industria mecánica sobre el trabajador
    - a) Apropiación de las fuerzas de trabajo suplementarias. Trabajo de las mujeres y de los niños
    - b) Prolongación de la jornada de trabajo
    - c) Intensificación del trabajo
  - IV. La fábrica
  - V. Lucha entre trabajador y máquina
  - VI. Teoría de la compensación
  - VII. Repulsión y atracción de los obreros por la fábrica. Crisis de la industria algodonera

VIII. Revolución obrada en la manufactura, el oficio y el trabajo a domicilio por la gran industria
  a) Supresión de la cooperación fundada en el oficio y la división del trabajo
  b) Reacción de la fábrica sobre la manufactura y el trabajo a domicilio
  c) La manufactura moderna
  d) El trabajo moderno a domicilio
  e) Paso de la manufactura moderna y del trabajo a domicilio a la gran industria
IX. Legislación de fábrica
X. Gran industria y agricultura

Quinta sección: Investigaciones ulteriores sobre la producción de la plus-valía
Capítulo XVI: Plus-valía absoluta y plus-valía relativa
Capítulo XVII: Variaciones de la relación de magnitud entre la plus-valía y el valor de la fuerza de trabajo
I. Datos: duración e intensidad de trabajo constantes. Productividad variable
II. Datos: duración y productividad del trabajo constantes. Intensidad variable
III. Datos: productividad e intensidad del trabajo constantes. Duración del trabajo variable
IV. Datos: variaciones simultáneas de la duración, la productividad y la intensidad del trabajo
Capítulo XVIII: Fórmulas varias de la tasa de la plus-valía

Sexta sección: El salario
Capítulo XIX: Transformación del valor o del precio de la fuerza de trabajo en salario
Capítulo XX: El salario por tiempo
Capítulo XXI: El salario por pieza
Capítulo XXII: Diferencia de la tasa de los salarios nacionales

Séptima sección: Acumulación del capital
Introducción
Capítulo XXIII: Reproducción simple
Capítulo XXIV: Transformación de la plus-valía en capital
I. Reproducción a escala progresiva. — Cómo el derecho de propiedad de la producción mercantil se convierte en el derecho de apropiación capitalista
II. Falsa interpretación de la producción a escala progresiva
III. División de la plus-valía en capital y en renta. — Teoría de la abstinencia
IV. Circunstancias que, independientemente de la división proporcional de la plus-valía en capital y en renta, determinan la extensión de la acumulación. — Grado de explotación de la fuerza obrera. — Productividad del trabajo. — Diferencia creciente entre el capital empleado y el capital consumido. — Magnitud del capital adelantado
V. El pretendido fondo de trabajo (Labour-fund)

Capítulo XXV: Ley general de la acumulación capitalista
I. Si permanece igual la composición del capital, el progreso de la acumulación tiende a hacer subir la tasa de los salarios
II. Cambios sucesivos de la composición del capital en el progreso de la acumulación y disminución relativa de la parte del capital que se cambia por la fuerza obrera
III. Producción creciente de una superpoblación relativa o de un ejército industrial de reserva
IV. Formas de existencia de la superpoblación relativa. — La ley general de la acumulación capitalista
V. Ilustración de la ley general de la acumulación capitalista
  a) Inglaterra de 1846 a 1866
  b) Las capas industriales mal pagadas
  c) La población nómada. — Los mineros
  d) Efecto de las crisis en la parte mejor pagada de la clase obrera
  e) El proletariado agrícola inglés
  f) Irlanda

Octava sección: La acumulación primitiva
Capítulo XXVI: El secreto de la acumulación primitiva
Capítulo XXVII: La expropiación de la población campesina
Capítulo XXVIII: Legislación sanguinaria contra los expropiados a partir del final del siglo XV. — Leyes sobre los salarios
Capítulo XXIX: Génesis de los granjeros capitalistas
Capítulo XXX: Repercusión de la revolución agrícola en la industria. — Establecimiento del mercado interior para el capital industrial
Capítulo XXXI: Génesis del capitalista industrial
Capítulo XXXII: La tendencia histórica de la acumulación capitalista

EL CAPITAL

CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

LIBRO I

El proceso de producción
del capital

*

Dedicado a mi inolvidable amigo,
valiente, fiel, noble luchador adelantado del proletariado,
WILHELM WOLFF
Nacido en Tarnau el 21 de junio de 1809.
Muerto en el exilio en Manchester
el 9 de mayo de 1864

Das Kapital.

Kritik der politischen Oekonomie.

Von

Karl Marx.

Erster Band.

Buch I: Der Produktionsprocess des Kapitals.

Das Recht der Uebersetzung wird vorbehalten.

Hamburg.
Verlag von Otto Meissner.
1867.

New-York: L. W. Schmidt. 24 Barclay-Street.

La obra cuyo primer tomo entrego hoy al público constituye la continuación de mi escrito *Contribución a la crítica de la economía política,* publicado en 1859. La larga pausa entre el comienzo y la continuación se debe a una enfermedad de muchos años que ha interrumpido repetidamente mi trabajo.

El contenido de aquel escrito anterior se resume en el primer capítulo de este tomo.*[1] Se ha hecho así no sólo por cohesionar y completar el conjunto: también se ha mejorado la exposición. En la medida en que lo permitía el estado de la cuestión, muchos puntos antes sólo aludidos se han desarrollado aquí, mientras que, a la inversa, cosas allí detalladamente desarrolladas son aquí sólo aludidas. Como es natural, se prescinde ahora totalmente de las secciones sobre la historia de la teoría del valor y del dinero. Pero el lector del anterior escrito encontrará en las notas al primer capítulo nuevas fuentes de la historia de aquella teoría.

Para toda ciencia vale que lo difícil es empezar. Por eso la dificultad mayor será la comprensión del primer capítulo, particularmente de la sección que contiene el análisis de la mercancía. Por lo que hace, más detalladamente, al análisis de la substancia y la magnitud del valor, lo he popularizado todo lo posible.[1] La forma valor, cuya figura consumada es la forma dinero, tiene muy poco contenido y es sencilla. A pesar de ello, el espíritu humano ha intentado en vano desde hace más de 2000 años escrutarla en su profundidad, mientras que, en cam-

[1] Esto parecía particularmente necesario porque incluso la parte del escrito de F. Lassalle contra Schulze-Delitzsch en la que dice dar «la quintaesencia intelectual» de mi desarrollo sobre esos temas contiene importantes errores de comprensión. En passant: *[2] el que Lassalle haya tomado de mis escritos, casi literalmente con la terminología establecida por mí, y sin indicar la fuente, todas las proposiciones teóricas generales de sus trabajos económicos —por ejemplo, sobre el carácter histórico del capital, sobre la cohesión entre relaciones de producción y modo de producción, etc., etc.— es una conducta probablemente determinada por consideraciones propagandísticas. No me refiero, naturalmente, a sus exposiciones de detalle ni a sus aplicaciones, con las que no tengo nada que ver.

---

*[1] En los tres primeros capítulos, que, bajo el título de «Mercancía y dinero», eran uno solo en la primera edición.

*[2] Dicho sea de paso.

bio, se lograba al menos aproximadamente el análisis de otras formas más llenas de contenido y más complicadas. ¿Por qué? Porque el cuerpo ya formado es más fácil de estudiar que las células del cuerpo. Además de lo cual, en el análisis de las formas económicas no pueden prestar ayuda ni el microscopio ni los reactivos químicos. La fuerza de abstracción tiene que substituir a ambos. Pero para la sociedad burguesa la forma económica celular es la forma mercancía del producto del trabajo, o forma valor de la mercancía. El análisis de ésta le parece a la persona no instruida un dar vueltas por meras sutilezas. Y sin duda se trata de sutilezas, pero sólo en el sentido en que también se trata de ellas en la anatomía microscópica.

Así, pues, con excepción de la sección sobre la forma valor, no se podrá acusar a este libro de ser difícil de comprender. Presupongo, naturalmente, lectores que quieran aprender algo nuevo y, por lo tanto, pensar también ellos mismos.

El físico observa los procesos de la naturaleza allí donde aparecen en la forma más pregnante y menos enturbiados por influencias perturbadoras, o bien, cuando es posible, realiza experimentos en condiciones que aseguran el decurso puro del proceso. Lo que tengo que investigar en esta obra es el modo de producción capitalista y las relaciones de producción y de tráfico que le corresponden. Su lugar clásico es hasta ahora Inglaterra. Ésa es la razón por la cual Inglaterra sirve de ilustrador principal de mi desarrollo teórico. Pero si el lector alemán se encoge farisaicamente de hombros respecto de la situación de los trabajadores industriales y agrícolas ingleses, o si se tranquiliza con optimismo diciéndose que en Alemania las cosas no están aún ni mucho menos tan mal, tendré que gritarle: De te fabula narratur! *[3]

Propiamente no se trata aquí del grado de desarrollo más elevado o más bajo de los antagonismos sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de esas leyes mismas, de esas tendencias que actúan y se imponen con necesidad de bronce. El país más desarrollado industrialmente muestra sencillamente al menos desarrollado la estampa de su propio futuro.

Pero, aparte de eso: donde la producción capitalista ha tomado plena ciudadanía entre nosotros, por ejemplo, en las fábricas propiamente dichas, la situación es mucho peor que en Inglaterra, porque falta el contrapeso de las leyes fabriles. En todas las demás esferas nos tortura, al igual que al resto de la Europa continental del oeste, no sólo el desarrollo de la producción capitalista, sino también la insuficiencia de su desarrollo. Además de las modernas calamidades, nos oprime toda una serie de calamidades heredadas nacidas del continuado vegetar de modos de producción arcaicos, caducos, con su séquito de relaciones y situaciones sociales y políticas anacrónicas. Sufrimos no sólo por causa de los vivos, sino también por causa de los muertos. Le mort saisit le vif! *[4]

La estadística social de Alemania y del resto de la Europa continental del oeste es lamentable en comparación con la inglesa. Pese a ello, el velo se está levantando lo suficiente como para adivinar detrás de él una cabeza de Medusa. Nos aterraríamos de nuestra propia situación si nuestros gobiernos y parlamentos nombraran, como en Inglaterra, periódicamente comisiones investigadoras de la situación económica, si esas comisiones se dotaran de los mismos poderes que en Inglaterra para averiguar la verdad, si se consiguiera encontrar para ese efecto hombres tan competentes, tan imparciales y tan sin miramientos como lo son los inspectores fabriles de Inglaterra, sus informadores médicos del «Public Health» (salud pública), sus comisarios investigadores sobre la explotación de las mujeres y los niños, sobre las condiciones de vivienda y alimentación, etc. Perseo necesitó una capucha de niebla para perseguir a los monstruos.*[5] Nosotros nos encasquetamos profundamente la capucha de niebla, tapándonos los ojos y los oídos, para poder negar la existencia de los monstruos.

No hay que dejarse engañar por ello. Así como la guerra de la independencia norteamericana tocó en el siglo XVIII a arrebato para la clase media europea, así también la guerra civil norteamericana del siglo XIX lo hace para la clase obrera europea. En Inglaterra el proceso de revolución se puede tocar con las manos. Llegado a cierta altura tiene que repercutir en el continente. Allí se moverá con formas más o menos brutales o humanas según el grado de desarrollo de la clase obrera misma. Así, pues, prescindiendo de motivos superiores, su más propio interés impone a las clases ahora dominantes quitar de en medio todos los obstáculos legalmente controlables que inhiban el desarrollo de la clase obrera. Por esa causa, entre otras, he dado tanto lugar en este tomo a la historia, el contenido y los resultados de la legislación fabril inglesa. Una nación tiene que aprender de otra, y puede hacerlo. Ni siquiera cuando ha encontrado la pista de la ley natural de su movimiento —y el fin último de esta obra es revelar la ley económica de movimiento de la sociedad moderna— puede una nación

*[3] «Sobre ti se cuenta el cuento», HORACIO, sátira 1 del libro I.

*[4] «Lo muerto aferra lo vivo».

*[5] Perseo: héroe de la mitología griega, vencedor de la Gorgona Medusa.

saltarse o apartar por decreto fases naturales de desarrollo. Pero puede abreviar y suavizar los dolores del parto.

Una palabra para evitar posibles equívocos. No coloco precisamente bajo una luz rosa las figuras del capitalista y el terrateniente. Pero aquí sólo se trata de personas en la medida en que son personificación de categorías económicas, portadores de determinadas relaciones e intereses de clase. Mi punto de vista, que concibe el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico-natural, es el que menos puede hacer al individuo responsable de relaciones y situaciones de las que socialmente es criatura por mucho que pueda elevarse sobre ellas subjetivamente.

En el terreno de la economía política la libre investigación científica no tropieza sólo con el mismo enemigo que se encuentra en todos los demás campos. La peculiar naturaleza de la materia que trata convoca en su contra las pasiones más violentas, mezquinas y odiosas que sufre el pecho humano, las furias del interés privado. La Alta Iglesia inglesa, por ejemplo, perdona antes el ataque a 38 de sus 39 artículos de fe que el ataque a 1/39 de sus ingresos en dinero. Hoy día el mismo ateísmo es una culpa levis *[6] comparado con la crítica de las relaciones de producción tradicionales. Pero a pesar de ello hay en este punto un progreso inequívoco. Me remito, por ejemplo, al Libro Azul publicado estas últimas semanas, *Correspondence with Her Majesty's Missions Abroad, regarding Industrial Questions and Trades Unions.*[*7] Los representantes de la corona británica en el extranjero dicen con secas palabras que en Alemania, en Francia, en suma, en todos los estados cultos del continente europeo, es tan perceptible y tan inevitable como en Inglaterra una transformación de las relaciones y condiciones existentes del capital y el trabajo. Al mismo tiempo y al otro lado del Océano Atlántico, el señor Wade, vicepresidente de los Estados Unidos de Norteamérica, declaraba en meetings públicos: tras la eliminación de la esclavitud, se pone al orden del día la transformación de las relaciones de capital y propiedad de la tierra. Son signos de los tiempos que no se pueden esconder ni tras mantos de púrpura ni tras hábitos negros. No significan que mañana vayan a ocurrir milagros.

*6 Pecado venial.

*7 Los «Libros Azules» —*Blue Books*—, así llamados por el color de sus tapas, son publicaciones de textos parlamentarios y diplomáticos ingleses. Su publicación empezó en el siglo XVII. Se repartían entre los miembros del Parlamento y determinados funcionarios. Pese a su gran importancia documental, no debían de interesar mucho a todos sus receptores, pues Marx se hizo con bastantes de ellos en los mercadillos de cosas viejas.

Muestran cómo en las mismas clases dominantes asoma el barrunto de que la presente sociedad no es ningún cristal rígido, sino un organismo capaz de transformación y constantemente cogido en el proceso de transformarse.

El segundo tomo de este escrito tratará el proceso de circulación del capital (Libro II) y las configuraciones del proceso conjunto (Libro III); el tomo tercero y último (Libro IV) la historia de la teoría.

Todo juicio de crítica científica me es bienvenido. Frente a los prejuicios de la llamada opinión pública, a la que nunca he hecho concesiones, sigue para mí vigente, como siempre, la sentencia del gran florentino:

Segui il tuo corso, e lascia dir le genti! *[8]

London, 25 de julio de 1867

Karl Marx

*8 «Sigue tu camino, y que las gentes digan.» Cita modificada del verso 13 del Canto V del *Purgatorio* de DANTE, *Divina Commedia.* El verso dice en realidad: «Ven detrás mío y que la gente diga» (*Vien dietro a me e lascia dir le genti*).

Epílogo a la segunda edición

Para empezar he de dar a los lectores de la primera edición noticia de las modificaciones hechas en la segunda. Salta a los ojos la división más dominable del libro. Las notas añadidas se indican en todo caso como notas a la segunda edición. Por lo que hace al texto mismo, lo principal es lo siguiente:

En el capítulo I, 1, se ha ejecutado con más rigor científico la deducción del valor mediante el análisis de las ecuaciones en las que se expresa todo valor de cambio; así mismo se ha destacado explícitamente la conexión, sólo aludida en la primera edición, entre la substancia del valor y la determinación de la magnitud de valor por el tiempo de trabajo socialmente necesario. El capítulo I, 3 (La forma de valor), está completamente reelaborado, como lo imponía la doble exposición de la primera edición. — Indicaré de paso que fue mi amigo, el Dr. L. Kugelmann, de Hannover, el que me indujo a aquella doble exposición. Me encontraba yo en su casa, de visita, durante la primavera de 1867 cuando me llegaron de Hamburgo los primeros pliegos de pruebas, y él me convenció de que era necesaria para la mayoría de los lectores una explicación ulterior y más didáctica de la forma valor. — La última sección del primer capítulo, «El carácter de fetiche de la mercancía», etc., está cambiada en gran parte. El capítulo III, 1 (Medida de los valores), está revisado cuidadosamente, porque en la primera edición, tras remitir a la discusión ya dada en la *Contribución a la crítica de la economía política,* Berlín, 1859, esa sección se trataba descuidadamente. El capítulo VII está muy reelaborado, especialmente la Parte 2.

Sería inútil detallar las modificaciones parciales del texto, que a menudo son sólo estilísticas. Se extienden por todo el libro. Pero al revisar la edición francesa que aparece en París veo que varias partes del original alemán habrían requerido aquí una reelaboración más profunda, allí mayor corrección estilística o acaso una corrección más detenida de descuidos ocasionales. Me faltó tiempo para ello, porque estábamos ya en el otoño de 1871 cuando, en medio de otros trabajos urgentes, recibí la noticia de que el libro se había agotado y que la impresión de la segunda edición tenía que empezar en enero de 1872.

El mejor premio de mi trabajo es la comprensión que ha encontrado prontamente *El Capital* en amplios círculos de la clase obrera

alemana. Un hombre que económicamente se encuentra en posición burguesa, el fabricante vienés señor Mayer, expuso acertadamente en un folleto aparecido durante la guerra franco-alemana que el gran sentido teórico tenido por herencia alemana se ha perdido completamente en las llamadas clases cultas de Alemania, mientras que revive de nuevo en su clase obrera.*[9]

Hasta este momento la economía política no pasó en Alemania de ser ciencia extranjera. Gustav von Gülich ha discutido en gran parte en *Geschichtliche Darstellung des Handels, der Gewerbe,* etc., principalmente en los dos primeros tomos de su obra, aparecidos en 1830, las circunstancias históricas que retrasaron entre nosotros el desarrollo del modo de producción capitalista y, con él, el crecimiento de la sociedad burguesa moderna. Faltaba, pues, el suelo vivo de la economía política. Se importó de Inglaterra y Francia, como mercancía terminada; sus profesores alemanes no pasaron de alumnos. Bajo su mano la expresión teórica de una realidad ajena se convirtió en una colección de dogmas interpretados por ellos en el sentido del mundo pequeñoburgués que los rodeaba, o sea, mal interpretados. Se intentó ocultar el sentimiento, no del todo reprimible, de impotencia científica y la inquietante consciencia de tener que hacer de dómines en un terreno de hecho ajeno bajo la pompa de la erudición histórico-literaria o mediante la mezcla de material extraño tomado de las llamadas ciencias cameralistas, revoltijo de conocimientos cuyo purgatorio tiene que dominar el esperanzado opositor a la burocracia alemana.

Desde 1848 la producción capitalista se ha desarrollado rápidamente en Alemania, y ya florecen hoy día sus engañosas corolas. Pero el destino siguió vuelto de espaldas a nuestros especialistas. Mientras pudieron cultivar libremente la economía política, les faltaron las circunstancias económicas modernas en la realidad alemana. En cuanto que esas circunstancias cobraron vida, ello ocurrió en condiciones que no permitían ya su estudio sin prejuicios dentro del ámbito visual burgués. En la medida en que es burguesa —esto es, en la medida en que concibe el orden capitalista no como estadio evolutivo histórico transitorio, sino, por el contrario, como forma absoluta y última de la producción social—, la economía política no se puede mantener como ciencia sino mientras la lucha de clases se encuentra en estado latente o no se manifiesta más que en apariciones aisladas.

Tomemos Inglaterra. Su economía política clásica cae en el período

*[9] Los cuatro párrafos anteriores en la cuarta edición alemana del libro I (1890). En esto siguió Engels lo que había hecho el mismo Marx en la edición francesa (1875).

de lucha de clases no desarrollada. Su último gran representante, Ricardo, hace final y conscientemente de la contraposición de los intereses de clase, del salario del trabajo y el beneficio, del beneficio y la renta de la tierra, el centro vivo de sus investigaciones, concibiendo ingenuamente esa contraposición como ley natural social. Pero con eso la ciencia burguesa de la economía llegaba a su límite insuperable. Aún en vida de Ricardo y en oposición a él se le enfrentó la crítica en la persona de Sismondi.[1]

El período siguiente, de 1820 a 1830, se caracteriza en Inglaterra por la vitalidad científica en el terreno de la economía política. Es la época de vulgarización y difusión de la teoría ricardiana, así como de su lucha con la vieja escuela. Se celebraron brillantes torneos. El continente conoce poco lo que entonces se produjo, porque la polémica anda en gran parte dispersa por artículos de revistas, escritos ocasionales y pamphlets.*[10] El carácter espontáneo y sin prejuicios de esta polémica —pese a que, en casos excepcionales, la teoría ricardiana sirvió de arma agresiva contra la economía burguesa— se explica por las circunstancias de la época. Por una parte, la misma gran industria no hacía aún más que salir de su propia infancia, como queda probado ya por el hecho de que hasta la crisis de 1825 no inaugura el ciclo periódico de su vida moderna. Por otra parte, la lucha de clases entre el capital y el trabajo quedaba relegada al fondo: políticamente, por la pugna entre los gobiernos y los señores feudales reunidos en torno a la Santa Alianza y la masa popular dirigida por la burguesía; económicamente, por el litigio del capital industrial con la propiedad aristocrática de la tierra, oculto en Francia tras la contraposición entre la propiedad de parcelas y el latifundio, mientras en Inglaterra estallaba abiertamente desde las leyes sobre el trigo.*[11] La literatura de la economía política recuerda en Inglaterra, durante ese período, la agitada época que tuvo la economía en Francia a la muerte del Dr. Quesnay, pero sólo al modo como el veranillo de San Martín recuerda la primavera. El año 1830 empezó la crisis decisiva para siempre.

[1] Ver mi escrito *Contribución a la crítica de la economía política,* pág. 39 [capítulo I, A.].

*[10] Folletos.

*[11] Las leyes inglesas sobre el trigo, promulgadas en 1815, limitaban la importación de cereal. Esta medida beneficiaba a los terratenientes y perjudicaba a la burguesía industrial, porque al mantener elevado el precio del trigo dificultaba una disminución de los salarios. La Liga contra la ley del trigo, más adelante citada por Marx, fue una asociación de fabricantes. Las leyes sobre el tirgo fueron abolidas en 1846.

La burguesía había conquistado fuerza política en Francia y en Inglaterra. A partir de entonces la lucha de clases cobró práctica y teóricamente formas cada vez más explícitas y amenazadoras. La campana tocó a muerto por la economía burguesa científica. No se trata ya de si tal o cual teorema es verdadero, sino de si es útil o dañino, cómodo o incómodo para el capital, de si es reglamentario o no. En el lugar de la investigación desinteresada apareció la esgrima polémica mercenaria; en el lugar de la investigación científica sin prejuicios la mala conciencia y la mala intención de la apologética. Pese a todo, hasta los impertinentes tratadillos que lanzó al mundo la Anti-Corn-Law League, con los fabricantes Cobden y Bright en vanguardia, ofrecieron un interés histórico, ya que no científico, por su polémica contra la aristocracia terrateniente. La legislación librecambista iniciada por Sir Robert Peel le arrancó a la economía vulgar incluso esa última púa.

La revolución continental de 1848 repercutió también en Inglaterra. Los hombres que aún aspiraban a tener alguna importancia científica y que querían ser algo más que meros sofistas y sicofantes de las clases dominantes intentaron poner en armonía la economía política del capital con las aspiraciones del proletariado, que ya no se podían pasar por alto. Ésa es la causa de un sincretismo sin nervio, representado del mejor modo por John Stuart Mill. Se trata de una declaración de bancarrota de la economía «burguesa», bancarrota que el gran sabio y crítico N. Chernichevski ha iluminado ya magistralmente en su obra *Esbozo de la economía política según Mill*.

Así, pues, el modo de producción capitalista maduró en Alemania cuando su carácter antagónico se había revelado ya ruidosamente en Francia y en Inglaterra a través de luchas históricas, mientras que el proletariado alemán poseía ya una consciencia teórica de clase mucho más resuelta que la burguesía alemana. De modo que apenas pareció hacerse posible en Alemania una ciencia burguesa de la economía política, de nuevo se hizo imposible.

En esas circunstancias sus portavoces se dividieron en dos columnas. Los unos, gentes prudentes, amigas de la ganancia y prácticas, formaron en torno a la bandera de Bastiat, el más superficial y, por lo mismo, el más logrado de los representantes de la apologética económica vulgar; los otros, orgullosos de la dignidad profesoral de su ciencia, siguieron a J. St. Mill en el intento de reconciliar lo irreconciliable. Los alemanes siguieron siendo meros alumnos, adoradores y secuaces, vendedores a domicilio del gran negocio extranjero también en la época de decadencia de la economía burguesa, igual que lo habían sido en la época clásica de ésta.

КАПИТАЛЪ.

КРИТИКА ПОЛИТИЧЕСКОЙ ЭКОНОМІИ.

СОЧИНЕНІЕ

КАРЛА МАРКСА.

ПЕРЕВОДЪ СЪ НѢМЕЦКАГО.

ТОМЪ ПЕРВЫЙ.

КНИГА I. ПРОЦЕССЪ ПРОИЗВОДСТВА КАПИТАЛА.

С.-ПЕТЕРБУРГЪ.
ИЗДАНІЕ Н. П. ПОЛЯКОВА.
1872

El peculiar desarrollo histórico de la sociedad alemana excluyó, pues, aquí toda continuación original de la economía «burguesa». Pero no su crítica. En la medida en que esa crítica representa alguna clase, no puede representar más que a la clase cuya tarea histórica es la revolución del modo de producción capitalista y la final abolición de las clases: el proletariado.

Los portavoces doctos e indoctos de la burguesía alemana intentaron primero la conspiración del silencio contra *El Capital,* cosa que habían logrado con mis anteriores escritos. En cuanto que esa táctica dejó de corresponder a las circunstancias del tiempo, escribieron, con el pretexto de criticar mi libro, instrucciones «Para tranquilizar la conciencia burguesa», pero hallaron en la prensa obrera —véase, por ejemplo, los artículos de Joseph Dietzgen en el *Volksstaat*— superiores campeones a los que no han conseguido contestar hasta ahora.[1]

En la primavera de 1872 apareció en San Petersburgo una acertada traducción rusa del *Capital.* La edición, de 3.000 ejemplares, está ya casi agotada. Ya en 1871 el señor N. Sieber, profesor de economía política en la Universidad de Kiev, había mostrado en su obra *Teoria tsiennosti i kapitala D. Ricardo* (*La teoría del valor y del capital de D. Ricardo* etc.) que mi teoría del valor, del dinero y del capital es en sus rasgos básicos una continuación necesaria de la doctrina de Smith y de Ricardo. Lo que sorprende a los europeos occidentales en la lectura de su logrado libro es el mantenerse consecuentemente en el punto de vista puramente teórico.

Se ha entendido poco el método aplicado en *El Capital,* como lo muestran ya las concepciones recíprocamente contradictorias del mismo.

Así, la *Revue Positiviste* de París me reprocha, por una parte, que trato la economía metafísicamente y, por otra —adivínese—, que me

[1] Los bocazas y pavos reales de la economía vulgar alemana condenan el estilo y la exposición de mi libro. Nadie condenará más severamente que yo mismo los defectos literarios de *El Capital.* Pero, para deleite e instrucción de esos caballeros y de su público, voy a citar aquí un juicio inglés y otro ruso. La *Saturday Review,* del todo hostil a mis opiniones, decía en su reseña de la primera edición alemana: la exposición «presta un peculiar encanto (charm) incluso a las cuestiones económicas más secas». La *Gaceta de San Petersburgo* observa en su número del 20 de abril de 1872 entre otras cosas: «La exposición, salvo las pocas partes demasiado especializadas, se caracteriza por su comprensibilidad general, su claridad y su insólita vivacidad, pese a la elevación científica del objeto. En este respecto el autor no se parece ... ni de lejos a la mayoría de los científicos alemanes, los cuales ... escriben sus libros en un lenguaje tan tenebroso y seco que ante él les cruje la cabeza a los mortales corrientes». A los lectores de la corriente literatura profesoral germano-nacional-liberal les cruje, en cambio, una cosa muy distinta de la cabeza.

limito a una mera descomposición crítica de lo dado, en vez de prescribir recetas (¿comtistas?) para el figón del futuro. El profesor Sieber observa contra el reproche de metafísica:

«En la medida en que se trata de teoría propiamente dicha, el método de Marx es el método deductivo de toda la escuela inglesa, cuyos defectos y cuyas ventajas son comunes a los mejores economistas teóricos.»

El señor M. Block —*Les Théoriciens du Socialisme en Allemagne. Extrait du Journal des Économistes, juillet et août 1872*— descubre que mi método es analítico, y dice entre otras cosas:

«Par cet ouvrage M. Marx se classe parmi les esprits analytiques les plus éminents.» *[12]

Los autores de las reseñas alemanas ponen el grito en el cielo, naturalmente, condenando la sofística hegeliana. El *Viestnik Europy* (*Mensajero europeo*) de San Petersburgo, en un artículo que trata exclusivamente del método del *Capital* (número de mayo de 1872, págs. 427-436), encuentra mi método de investigación rigurosamente realista, pero el método de exposición desgraciadamente germano-dialéctico. Dice así:

«A primera vista, a juzgar por la forma externa de la exposición, Marx es el mayor filósofo idealista, y precisamente en el sentido alemán de la palabra, o sea, en el mal sentido. Pero de hecho es infinitamente más realista que todos sus predecesores en el asunto de la crítica económica ... De ningún modo se le puede llamar idealista.»

No puedo dar mejor respuesta al señor redactor que algunos extractos de su propia crítica, los cuales, además, podrían interesar a algunos de mis lectores a los que el original ruso sea inaccesible.

Luego de una cita de mi discurso preliminar a la *Crítica de la economía política,* Berlín, 1859, págs. iv-vij, donde he expuesto el fundamento materialista de mi método, el señor redactor sigue escribiendo:

«Para Marx no hay más que una cosa importante: hallar la ley de los fenómenos de cuya investigación se ocupa. Y no sólo da importancia a la ley que los domina cuando tienen una forma terminada y se encuentran en una conexión observada en un período dado. Le importa además sobre todo la ley de su alteración, de su desarrollo, esto es, de la transición de una forma a otra, de un orden de conjunto a otro. Una vez que ha descubierto esa ley, estudia detalladamente las consecuencias a través de las cuales se manifiesta en la vida social... Consiguientemente, Marx no se preocupa más que de una cosa: probar mediante exacta investigación científica la necesidad de determinadas ordenaciones de las relaciones sociales y comprobar lo más irreprochablemente posible los hechos que le sirven de puntos de partida y de apoyo. Para ello le basta plenamente con probar, al

[12] «Con esta obra el señor Marx se coloca entre las mentes analíticas más eminentes.»

mismo tiempo que el orden presente, la necesidad de otro orden en el que tiene que desembocar inevitablemente el primero, independientemente de que los hombres lo crean o no lo crean, tengan consciencia de ello o no la tengan. Marx considera el movimiento social como un proceso histórico-natural dirigido por leyes que no sólo son independientes de la voluntad, la consciencia y la intención de los hombres, sino que, además y a la inversa, determinan la voluntad, la consciencia y las intenciones de aquéllos... Si el elemento consciente tiene en la historia de la cultura un papel tan subordinado, entonces se entiende sin más que la crítica cuyo objeto es la cultura misma no puede tener, aun menos que cualquier otra actividad, su fundamento en ninguna forma o ningún resultado de la consciencia. Esto es: no la idea, sino sólo la manifestación externa puede servirle de punto de partida. La crítica se limitará a la comprensión y confrontación de un hecho no con la idea, sino con otro hecho. Lo único importante para ella es que los dos hechos se investiguen con la mayor precisión posible y que realmente cada uno constituya respecto del otro un momento evolutivo diferente, y ante todo será importante que se indague con no menor precisión la serie de los órdenes, la sucesión y el enlace en que aparecen los estadios evolutivos. Pero —se objetará— las leyes generales de la vida económica son siempre las mismas; con toda independencia de que se apliquen al presente o al pasado. Precisamente eso es lo que niega Marx. Según él no existen tales leyes abstractas... En su opinión, por el contrario, cada período histórico posee sus propias leyes... En cuanto que la vida ha rebasado un período de desarrollo dado, pasando de un estadio dado a otro, empieza también a ser orientada por otras leyes. Dicho con una palabra: la vida económica nos ofrece un fenómeno análogo a la historia de la evolución en otros terrenos de la biología... Los viejos economistas erraron la naturaleza de las leyes económicas al compararlas con las leyes de la física y la química... Un análisis más profundo mostró que los organismos sociales se diferencian unos de otros tan profundamente como los organismos vegetales y animales... Aun más: un mismo fenómeno está sometido a leyes totalmente distintas según las diferencias de la construcción global de aquellos organismos, de las condiciones en las que funcionan, etc. Marx niega, por ejemplo, que la ley de la población sea la misma en todos los tiempos y lugares. Él asegura, por el contrario, que todo estadio de desarrollo tiene su propia ley de la población... Con el diverso desarrollo de la fuerza productiva se alteran también las circunstancias y relaciones y las leyes que las regulan. Al proponerse Marx la finalidad de investigar y explicar el orden económico capitalista desde ese punto de vista, no hace sino formular con rigor científico la finalidad que ha de tener toda investigación precisa de la vida económica... El valor científico de una tal investigación reside en la aclaración de las particulares leyes que regulan el nacimiento, la existencia, el desarrollo, la muerte de un organismo social dado y su sustitución por otro superior. Y el libro de Marx tiene efectivamente ese valor.»

Al representar el señor redactor tan acertadamente —y, por lo que hace a mi aplicación personal, tan benévolamente— lo que llama mi método real, ¿qué ha representado, sino el método dialéctico?

Cierto que el modo de exposición debe distinguirse formalmente del modo de investigación. La investigación tiene que apropiarse detalladamente el material, analizar sus diferentes formas de desarrollo y rastrear su vínculo interno. Sólo cuando se ha consumado ese trabajo

se puede representar adecuadamente el movimiento real. Si se consigue esto y la vida del material se refleja idealmente, puede parecer como si se estuviera ante una construcción a priori.

Mi método dialéctico es por su fundamento no sólo diferente del hegeliano, sino su contrario directo. Para Hegel el proceso del pensamiento, al que bajo el nombre de Idea transforma incluso en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real, lo cual constituye sólo su manifestación exterior. En mi caso, a la inversa, lo ideal no es más que lo material transpuesto y traducido en la cabeza del hombre.

Hace casi treinta años que critiqué el lado mistificador de la dialéctica hegeliana, en una época en la que aún era la moda del día. Pero precisamente cuando componía el primer tomo del *Capital,* los impertinentes, soberbios y mediocres epígonos que hoy tienen la gran palabra en la Alemania instruida, se complacían en tratar a Hegel como el bueno de Moses Mendelssohn a Spinoza en tiempos de Lessing, esto es, como a «perro muerto». Por eso me profesé abiertamente discípulo de aquel gran pensador, y hasta coqueteé aquí y allá, en el capítulo sobre la teoría del valor, con el modo de expresión que le era característico. La mistificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel no impide en modo alguno que él sea el primero en exponer de un modo abarcante y consciente sus formas generales de movimiento. La dialéctica queda bocabajo en manos de Hegel. Hay que revolverla para descubrir el núcleo racional en el místico tegumento.

La dialéctica fue moda alemana en su forma mistificada porque parecía transfigurar lo existente. En su figura racional es un escándalo y un horror para la burguesía, porque abarca en la comprensión positiva de lo existente también y al mismo tiempo la comprensión de su negación, de su ocaso necesario, concibe toda forma devenida en el flujo del movimiento, o sea, también por su lado perecedero, no se deja impresionar por nada y es por su esencia crítica y revolucionaria.

El contradictorio movimiento de la sociedad capitalista se hace perceptible del modo más llamativo para el burgués práctico en las peripecias del ciclo periódico que recorre la industria moderna, y en su punto culminante, la crisis general. Ésta se vuelve a poner en marcha, aunque aún se encuentra en los estadios previos, y con la universalidad de su escenario y la intensidad de su efecto, meterá la dialéctica en la cabeza incluso de los niños mimados del nuevo Sacro Imperio Alemán de la Nación Prusiana.

London, 24 de enero de 1873

Karl Marx

Londres 18 Mars 1872.

Au citoyen Maurice La Châtre

Cher citoyen,

J'applaudis à votre idée de publier la traduction de "Das Kapital" en livraisons périodiques. Sous cette forme l'ouvrage sera plus accessible à la classe ouvrière et pour moi cette considération l'emporte sur toute autre.

Voilà le beau côté de cette médaille, mais en voici le revers: La méthode d'analyse que j'ai employée et qui n'avait pas encore été appliquée aux sujets économiques, rend assez ardue la lecture des premiers chapitres, et il est à craindre que le public français toujours impatient de conclure, avide de connaître le rapport des principes généraux avec les questions immédiates qui le passionnent, ne veuille poursuivre parce qu'il n'aura pas tout d'abord passer outre.

C'est là un désavantage contre lequel je ne puis rien sinon avertir et prémunir les lectrices qui cherchent la vérité. Il n'y a pas de route royale pour la science et ceux là seulement ont chance d'arriver à ses sommets lumineux qui ne craignent pas de se fatiguer à gravir ses sentiers escarpés.

Recevez, cher citoyen, l'assurance de mes sentiments dévoués.

Karl Marx.

Prólogo a la primera edición francesa

Londres, 18 de marzo de 1872

Al ciudadano Maurice La Châtre

Querido ciudadano,

Aplaudo su idea de publicar la traducción de *Das Kapital* por entregas periódicas. En esta forma la obra será más accesible a la clase obrera, y para mí esta consideración pasa por delante de cualquier otra.

He ahí la cara de su medalla, pero he aquí la cruz: el método de análisis que he utilizado, y que aún no se había aplicado a los temas económicos, hace bastante ardua la lectura de los primeros capítulos, y hay que temer que el público francés, siempre impaciente de conclusión, ávido de conocer la relación entre los principios generales y las cuestiones inmediatas que le apasionan, se sienta rechazado por no poder saltarse eso desde el principio.

Ésa es una desventaja contra la cual no puedo emprender nada, como no sea avisar y armar previamente a los lectores que se preocupen por la verdad. No hay camino real en la ciencia, y sólo tienen posibilidad de llegar a sus cimas luminosas los que no temen cansarse ascendiendo por sus senderos escarpados.

Reciba usted, querido ciudadano, la expresión de mis efusivos sentimientos.

Karl Marx

Epílogo a la primera edición francesa

Aviso al lector

El señor J. Roy se ha propuesto ofrecer una traducción tan exacta y hasta tan literal como fuera posible; ha cumplido su tarea con puntual precisión. Pero precisamente su puntual precisión me ha obligado a modificar la formulación para hacerla más accesible al lector. Estas alteraciones, hechas al hilo de los días, porque el libro aparecía por entregas, no se han ejecutado siempre con el mismo cuidado y tenían que provocar inevitablemente desigualdades de estilo.

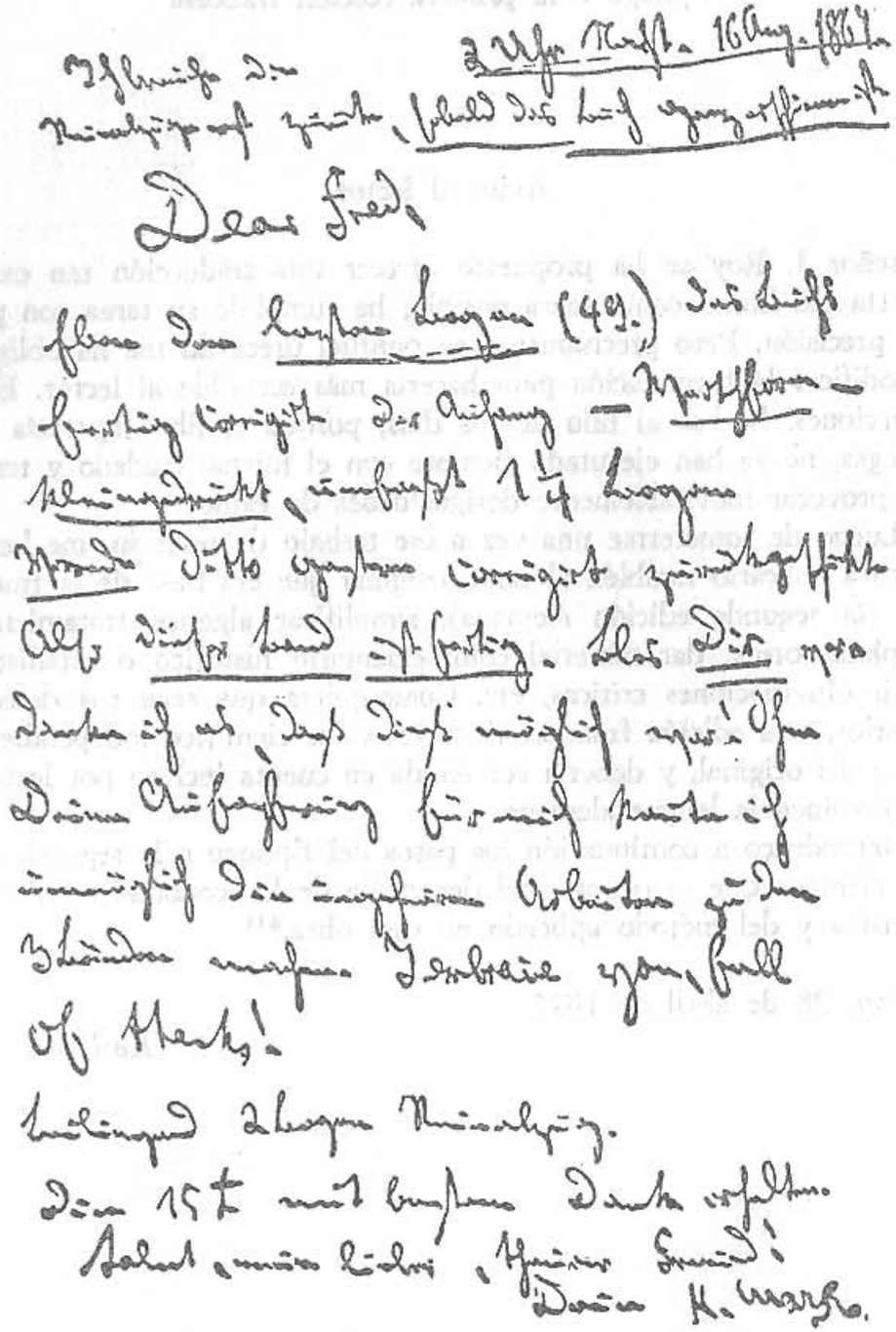
Luego de someterme una vez a ese trabajo de revisión, me he resuelto a aplicarlo también al texto original que era base de la traducción (la segunda edición alemana), simplificar algunos tratamientos, completar otros, dar material complementario histórico o estadístico, añadir observaciones críticas, etc. Cualesquiera que sean sus defectos literarios, esta edición francesa tiene un valor científico independientemente del original, y debería ser tenida en cuenta incluso por lectores que dominen la lengua alemana.

Reproduzco a continuación los pasos del Epílogo a la segunda edición alemana que se ocupan del desarrollo de la economía política en Alemania y del método aplicado en esta obra.*[13]

London, 28 de abril de 1875

Karl Marx

*[13] Ver nota *9.



No le fue concedido a Marx preparar él mismo para la imprenta esta tercera edición. El imponente pensador ante cuya grandeza se inclinan ahora incluso los enemigos murió el 14 de marzo de 1883.

En mí, que he perdido con él el amigo mejor y más absoluto, el amigo de una amistad de cuarenta años, el amigo al que debo más de lo que se puede decir con palabras, en mí ha recaído el deber de cuidar la publicación tanto de esta tercera edición cuanto del segundo tomo, que ha quedado en manuscrito. Debo aquí dar cuenta al lector del modo como he cumplido la primera parte de ese deber.

Al principio Marx se proponía reelaborar en gran parte el texto del tomo primero, formular más afiladamente algunos puntos teóricos, añadir otros nuevos, completar hasta los últimos tiempos el material histórico y estadístico. Su mal estado de salud y el deseo de pasar a la redacción final del segundo tomo le hicieron renunciar a aquella tarea. Se trataría sólo de alterar lo más imprescindible y de insertar los añadidos que ya contenía la edición francesa aparecida entre tanto (*Le Capital. Par Karl Marx,* París, Lachâtre 1873).

En los textos que han quedado para edición póstuma se ha encontrado un ejemplar alemán parcialmente corregido por Marx y con remisiones a la edición francesa; también se ha encontrado un ejemplar francés en el que había señalado exactamente los trozos que había que utilizar. Estas alteraciones y esos añadidos se limitan con pocas excepciones a la última parte del libro, a la sección «El proceso de acumulación del capital». En esa sección el texto de las ediciones anteriores seguía más que en otros lugares el proyecto primitivo, mientras que las secciones anteriores habían sido elaboradas más a fondo. Por eso el estilo era más vivo, más de una pieza, pero también más descuidado, cuajado de anglicismos y poco claro a veces; el desarrollo presentaba lagunas aquí o allá, porque algunos momentos importantes eran sólo aludidos.

Por lo que hace al estilo, el mismo Marx había revisado a fondo varias subsecciones y con ello, así como en frecuentes alusiones orales, me indicó la medida en que yo podía proceder a suprimir expresiones técnicas inglesas y otros anglicismos. En cualquier caso, Marx habría trabajado aún los añadidos y las complementaciones, substituyendo el liso francés por su propio y condensado alemán; yo he tenido que con-

tentarme con traducir unos y otras con la mayor adecuación posible al texto original.

Así, pues, no se ha cambiado en esta tercera edición ni una sola palabra de la que yo no sepa con toda certeza que el autor mismo la habría cambiado. No se me podía ocurrir siquiera introducir en *El Capital* la corriente jerga en la que suelen expresarse los economistas alemanes, ese galimatías en el que, por ejemplo, el que mediante pago al contado hace que otros le den su trabajo se llama *dador* de trabajo, mientras que se llama *tomador* de trabajo aquel cuyo trabajo se toma a cambio de salario. También en francés se usa en la vida corriente la voz travail en el sentido de «ocupación». Pero los economistas franceses considerarían, con razón, chiflado al que pretendiera llamar al capitalista donneur de travail y al trabajador receveur de travail.

Tampoco me he permitido reducir a sus equivalentes alemanes modernos las unidades inglesas de moneda, medida y peso constantemente usadas en el texto. Cuando apareció la primera edición había en Alemania tantas clases de medidas y pesos cuantos días en el año, y encima de eso dos marcos diferentes (la Reichsmark no tenía vigencia por entonces más que en la cabeza de Soetbeer, que la había inventado a finales de la década de 1830), dos clases de florines y por lo menos tres de táleros, cuya unidad era el «nuevo dos tercios». En la ciencia natural imperaba el sistema métrico decimal, y en el mercado mundial imperaban los pesos y medidas ingleses. En esas condiciones, el uso de unidades inglesas era natural para un libro que estaba obligado a tomar sus documentaciones de hecho casi exclusivamente de las relaciones y circunstancias industriales inglesas, principalmente porque esas relaciones y circunstancias apenas han variado en el mercado mundial, de modo que, sobre todo para las industrias decisivas —el hierro y el algodón—, los pesos y las medidas ingleses siguen dominando casi en exclusiva.

Una palabra, más, por último, acerca del modo de citar de Marx, que se ha entendido escasamente. Cuando se trata de aducir y describir puramente hechos, las citas —por ejemplo, las de los libros azules ingleses— sirven, como es natural, de simple documentación. Diferente es el caso cuando se citan opiniones teóricas de otros economistas. Entonces se trata sólo de precisar dónde, cuándo y por quién se ha enunciado claramente por vez primera un pensamiento económico producido en el curso de la evolución histórica. En este caso se trata sólo de que la idea económica en cuestión tiene importancia para la historia de la ciencia, de que es una expresión teórica más o menos adecuada de la situación económica de su época. No interesa, en cambio,

ni poco ni mucho si la idea tiene aún validez absoluta o relativa desde el punto de vista del autor, o si es ya puramente historia. Así, pues, esas citas constituyen sólo un comentario continuo al texto, tomado de la historia de la ciencia económica, y precisan la fecha y el autor de los principales avances individuales de la teoría económica. Eso era muy necesario en una ciencia cuyos historiadores no se caracterizan hasta el momento más que por su ignorancia tendenciosa y casi de aduladores carreristas. Resultará comprensible que Marx, de acuerdo con el epílogo a la segunda edición, no se vea sino excepcionalmente en el caso de tener que aducir economistas alemanes.

Es de esperar que el tomo segundo pueda aparecer en el curso del año 1884.

London, 7 de noviembre de 1883

Friedrich Engels

Prólogo a la edición inglesa

No necesita justificación alguna la publicación de una edición inglesa de *El Capital*. Al contrario; lo que sí puede esperarse es una explicación de por qué se ha retrasado hasta ahora esta edición inglesa, cuando se observa que desde hace algunos años las teorías presentadas en este libro han sido constantemente mencionadas, atacadas y defendidas, explicadas y mal entendidas en la prensa periódica y la literatura de actualidad tanto de Inglaterra cuanto de Norteamérica.

Cuando quedó claro, poco después de la muerte del autor en el año 1883, que realmente se necesitaba una edición inglesa de la obra, el señor Samuel Moore, amigo de años de Marx y del que escribe estas líneas y tal vez más familiarizado que ninguna otra persona con el libro mismo, se declaró dispuesto a emprender la traducción que los ejecutores testamentarios de Marx querían presentar urgentemente al público. Se llegó al acuerdo de que yo confrontaría el manuscrito de la traducción con el original y propondría las modificaciones que considerara aconsejables. A medida que quedó claro que las ocupaciones profesionales del señor Moore le impedían terminar la traducción tan deprisa como todos lo deseábamos, aceptamos gustosamente el ofrecimiento del Dr. Aveling; al mismo tiempo, la señora Aveling, la hija menor de Marx, se ofreció para comprobar las citas y restaurar el texto original de los numerosos autores ingleses y de los libros azules traducidos por Marx al alemán. Así se ha hecho a lo largo de toda la obra salvo en unas pocas excepciones inevitables.

El Dr. Aveling ha traducido las siguientes partes del libro; 1.°: los capítulos X (La jornada de trabajo) y XI (Cuota y masa de la plusvalía); 2.°: la sección VI (El salario del trabajo, que abarca los capítulos XIX a XXII); 3.°: desde Capítulo XXIV, división 4 (Circunstancias, etc.) hasta el final del libro, comprendiendo la última parte del capítulo XXIV, el capítulo XXV y toda la sección VIII (los capítulos XXVI a XXXIII); *[14] 4.° los dos prólogos del autor. El resto del libro ha sido traducido por el señor Moore. Cada uno de los traductores es responsable de su parte del trabajo, y yo tengo una responsabilidad global por el conjunto.

*[14] La numeración de los capítulos de la edición inglesa no coincide con la de la alemana, que se sigue aquí.

La tercera edición alemana, que ha sido siempre el fundamento de nuestro trabajo, fue preparada por mí en 1883 con ayuda de los apuntes dejados por el autor y que indican los lugares de la segunda edición que se tenían que substituir por pasos que había acotado del texto francés publicado en 1873.[1] Las alteraciones así producidas en el texto de la segunda edición coinciden en general con las modificaciones indicadas por Marx en una serie de instrucciones manuscritas para una traducción inglesa que se proyectó en Norteamérica hace diez años, y que se abandonó luego, principalmente por falta de un traductor capaz y adecuado. Nuestro viejo amigo el señor F. A. Sorge, de Hoboken, N.J., puso a nuestra disposición ese manuscrito. Éste señala todavía algunas inserciones más que habría que hacer con textos de la edición francesa; pero como ese manuscrito es anterior en muchos años a las últimas instrucciones para la tercera edición, no me he creído autorizado a utilizarlo más que excepcionalmente y, sobre todo, en casos en que nos ayudaba a superar dificultades. Así también el texto francés ha sido tenido en consideración en la mayoría de los pasos difíciles, como criterio de lo que el autor mismo estaba dispuesto a sacrificar cada vez que había que hacer sacrificio, en la traducción, de algo de la significación plena del original.

Queda, a pesar de todo, una dificultad que no hemos podido ahorrar al lector: la utilización de ciertas expresiones en un sentido no sólo diferente del uso lingüístico de la vida cotidiana, sino también del de la corriente economía política. Pero eso era inevitable. Toda nueva concepción de una ciencia implica una revolución de las expresiones técnicas de esa ciencia. La química lo prueba del modo mejor, en la cual se altera radicalmente cada veinte años más o menos toda la terminología y apenas se encontrará una combinación orgánica que no haya pasado por toda una serie de nombres diferentes. La economía política se ha solido contentar con tomar las expresiones de la vida comercial e industrial tal como eran y operar con ellas, pasando por completo por alto el hecho de que con eso se limitaba al estrecho ámbito de las ideas expresas por esas palabras. Así, ni siquiera la economía política clásica —pese a tener plena consciencia de que tanto el beneficio cuanto la renta son simples divisiones, trozos de la parte no pagada del producto que el trabajador tiene que entregar a su empresario (primero en apropiarse ese producto, aunque no poseedor último y exclu-

[1] *Le Capital. Par Karl Marx,* trad. de M. J. Roy, totalmente revisada por el autor, París, Lachâtre. Esta traducción contiene, particularmente en la última parte del libro, considerables alteraciones y complementaciones del texto de la segunda edición alemana.

sivo de él)— ha rebasado nunca los corrientes conceptos de beneficio y renta, ni ha estudiado nunca en su totalidad, como un todo, esa parte no pagada del producto (llamada por Marx plusvalía), ni ha llegado, por lo tanto, nunca a una comprensión clara de su origen y de su naturaleza, ni de las leyes que gobiernan la posterior distribución de su valor. Análogamente se reúne sin distinción, con la expresión manufactura, toda industria que no sea agricultura ni artesanía, disolviendo así la distinción entre dos períodos dilatados y esencialmente diferentes de la historia económica: el período de la manufactura propiamente dicha, basada en la división del trabajo manual, y el período de la industria moderna, que se basa en la maquinaria. Es evidente, por lo demás, que una teoría que contempla la moderna producción capitalista como mero estadio evolutivo de la historia económica de la humanidad tiene que utilizar otras expresiones diferentes de aquellas a las que están acostumbrados los escritores que consideran ese modo de producción imperecedero y definitivo.

Tal vez no sean inoportunas unas palabras acerca del método de citar del autor. En la mayoría de los casos las citas sirven, como es corriente, para documentar afirmaciones hechas en el texto. Pero en muchos casos se aducen pasos de escritores economistas para mostrar cuándo, dónde y por quién se enunció claramente por vez primera una opinión determinada. Esto ocurre en casos en los cuales la opinión aducida es importante en cuanto expresión más o menos adecuada de las condiciones de la producción social y del intercambio dominantes en una época determinada, y ello con completa independencia de que Marx la admita o de que sea universalmente válida. Por eso esas citas dotan al texto de un comentario ininterrumpido tomado de la historia de la ciencia.

Nuestra traducción no abarca más que el libro primero de la obra. Pero este libro primero es en gran medida un todo completo, y durante veinte años ha valido como obra independiente. El libro segundo, que edité en 1885 en lengua alemana, es claramente incompleto a falta del tercero, el cual no puede aparecer antes de finales de 1887. Cuando se publique el libro III en el original alemán será el momento de pensar en la preparación de una edición inglesa de ambos.

En el continente se llama a menudo al *Capital* la «Biblia de la clase obrera». Nadie que esté familiarizado con este movimiento negará que las conclusiones obtenidas en esta obra se convierten cada día más en principios básicos del gran movimiento de la clase obrera, no sólo en Alemania y Suiza, sino también en Francia, Holanda y Bélgica, en Norteamérica e incluso en Italia y España; ni que en todas partes

la clase obrera reconoce cada vez más en esas conclusiones la expresión más adecuada de su situación y de sus aspiraciones. Y también en Inglaterra ejercen las teorías de Marx en este momento una poderosa influencia en el movimiento socialista, el cual se extiende por las filas de los «cultos» no menos que por las de la clase obrera. Pero no es sólo eso. Se está acercando rápidamente el momento en el cual se impondrá como irresistible necesidad nacional una investigación cuidadosa de la situación económica de Inglaterra. La marcha del sistema industrial de Inglaterra, imposible sin una ampliación constante y rápida de la producción y, por lo tanto, de los mercados, se ha detenido. El librecambio ha agotado sus fuentes; hasta Manchester duda ahora de éste que fue su evangelio económico.[1] La industria extranjera, en rápido desarrollo, contempla cara a cara a la producción inglesa, por todas partes, no sólo en mercados protegidos aduaneramente, sino también en mercados neutrales e incluso a este lado del Canal. Mientras que la fuerza productiva crece en progresión geométrica, la ampliación de los mercados procede, en el mejor de los casos, en progresión aritmética. El ciclo decenal de estancamiento, prosperidad, sobreproducción y crisis, en constante recurrencia de 1825 a 1867, parece, ciertamente, terminado; pero sólo para arrojarnos a la playa pantanosa y desesperanzada de una depresión duradera y crónica. El ansiado período de prosperidad no acaba de llegar; apenas creemos divisar los síntomas que lo anuncian, éstos vuelven a disiparse en el aire. Mientras tanto, cada invierno renueva la pregunta: «¿Qué hacer con los parados?» Pero no hay nadie que dé la respuesta, mientras el número de los sin trabajo aumenta de año en año; y pronto podremos calcular el momento en el cual los parados perderán la paciencia y tomarán en sus manos su propio destino. En ese momento se oirá sin duda la voz de un hombre cuya entera teoría es resultado de un estudio de la historia y la situación económicas de Inglaterra realizado durante toda una vida y al que ese estudio ha llevado a la conclusión de que, por lo menos en Europa, Inglaterra es el único país en el que la inevitable revolución social se podría realizar totalmente por medios pacíficos y legales. Claro que

[1] «En la reunión trimestral de la cámara de comercio de Manchester celebrada esta tarde se desarrolló una viva discusión sobre la cuestión del libre comercio. Se presentó una resolución en el sentido de que "durante 40 años se ha esperado en vano a que otras naciones siguieran el ejemplo de la libertad de comercio dado por Inglaterra, y la cámara considera llegado el momento de cambiar esa posición". La resolución fue rechazada por un solo voto de mayoría, con la relación 21 votos a favor y 22 en contra.» (*Evening Standard,* 1 de noviembre de 1886.)

nunca se ha olvidado de añadir que no esperaba grandemente que las clases dominantes de Inglaterra se fueran a someter sin «proslavery rebellion» a esa revolución pacífica y legal.

5 de noviembre de 1886

Friedrich Engels

La cuarta edición me exigía en lo posible una fijación definitiva del texto y de las notas. He aquí breves indicaciones acerca de cómo he atendido a esa exigencia.

Luego de una comparación más con la edición francesa y con los apuntes manuscritos de Marx, he introducido todavía en el texto alemán unos añadidos más tomados de aquélla. Se encuentran en la pág. 80 (tercera edición: pág. 88), en 458-460 (tercera edición: 509-510), 547-551 (tercera: 600), 591-593 (tercera: 644) y 596 (tercera: 648) en la nota 79.*[15] Análogamente he pasado al texto, según el ejemplo de las ediciones francesa e inglesa, la larga nota sobre los mineros (tercera edición, págs. 509-515, cuarta, págs. 461-467).*[16] Otras pequeñas modificaciones son de naturaleza puramente técnica.

He añadido, además, algunas pocas notas aclaratorias, a saber, donde parecían exigirlo las nuevas circunstancias históricas. Todas esas notas añadidas van entre corchetes y firmadas con mis iniciales o con «D.H.».*[17]

La edición inglesa que ya ha aparecido ha impuesto una revisión completa de las numerosas citas. La hija menor de Marx, Eleanor, había cargado con el trabajo de comparar todos los lugares aducidos con los originales, de modo que en las citas de fuentes inglesas, que son, con mucho, las predominantes, no se hiciera en la edición inglesa ninguna retraducción del alemán, sino que apareciera el texto original inglés. Yo tenía, pues, que tener a la vista ese texto en la cuarta edición. Al repasarlo se manifestaron muchas pequeñas inexactitudes. Indicaciones equivocadas de páginas, en parte trastocadas al copiarlas de los cuadernos, en parte por erratas de impresión acumuladas en el curso de tres ediciones. Comillas o puntos suspensivos para denotar lagunas colocados inexactamente, como resulta inevitable cuando se cita masivamente textos recogidos en apuntes de extractos. Aquí y allá una traducción poco afortunada. Algunos trozos citados a partir de los viejos cuadernos de París de los años 1843-1845, cuando Marx no sabía inglés y leía a los economistas ingleses en traducción francesa; la doble

*[15] El primer añadido se encuentra en este vol., pág. 127. Los demás en OME 41.

*[16] En este vol., págs. 127-128.

*[17] *Der Herausgeber*: El Editor.

traducción redundaba en una ligera alteración del tono, por ejemplo en el caso de Steuart, Ure, y otros, y ahora había que utilizar el texto inglés. Y otros semejantes y pequeños descuidos o inexactitudes. Si, pues, se compara esta cuarta edición con las anteriores, se llegará a la convicción de que todo ese laborioso proceso de corrección no ha alterado el libro absolutamente en nada que valga la pena mencionar. Sólo una cita no se ha podido encontrar: la cita de Richard Jones (4.ª ed., pág. 562, nota 47); *[18] probablemente se ha equivocado Marx en el título del libro. Todas las demás conservan plenamente su fuerza probatoria o incluso la aumentan en su actual correcta formulación.

Pero en este punto me veo obligado a volver a un viejo asunto.

Sólo conozco un caso en el que se haya puesto en duda la veracidad de una cita de Marx. Pero como ese caso se ha manejado incluso después de la muerte de Marx, no lo puedo pasar por alto decentemente.

En la *Concordia* de Berlín, órgano de la asociación de los fabricantes alemanes, apareció el 7 de marzo de 1872 un artículo anónimo titulado «Cómo cita Marx». En él se afirmaba, con generosísimo dispendio de ética indignación y de expresiones nada parlamentarias, que la cita tomada del discurso de Gladstone sobre el presupuesto de 16 de abril de 1863 (hecha en la Comunicación inaugural a la Asociación Internacional de Trabajadores de 1864 y repetida en *El Capital* I, pág. 617, cuarta ed.; págs. 670-671 de la tercera ed.) *[19] está falseada. El artículo afirma que la frase «Este embriagador aumento de riqueza y poder... se limita exclusivamente a las clases poseedoras» no se encuentra ni aludida en el informe taquigráfico (quasi oficial) de Hansard. «Pero esa frase no se encuentra en ningún lugar del discurso de Gladstone. Lo que allí se dice es precisamente lo contrario.» (Y en negrita:) **«¡Marx miente formal y materialmente al introducir la frase!»**

Marx, al que se envió ese número de la *Concordia* en el siguiente mes de mayo, contestó al anónimo en el *Volksstaat* del 1 de junio. Pero como no recordaba ya de qué reseña periodística había tomado la cita, se limitó a probar que dos periódicos ingleses daban el mismo texto que su cita, y a citar luego la reseña del *Times,* según el cual Gladstone dijo:

«That is the state of the case as regards the wealth of this country. I must say for one, I should look almost with apprehension and with pain upon this

*[18] En OME 41.
*[19] En OME 41.

intoxicating augmentation of wealth and power, if it were my belief that it was confined to classes who are in easy circumstances. This takes no cognizance at all of the conditions of the labouring population. The augmentation I have described and which is founded, I think, upon accurate returns, is an augmentation entirely confined to classes of property.»

Gladstone dice, pues, que le dolería que ocurriera así, pero que *así es*: ese embriagador aumento de poder y de riqueza se limita, dice, totalmente a las clases poseedoras. Y por lo que hace al quasi-oficial Hansard, Marx dice más adelante: «En su edición recompuesta más tarde el señor Gladstone fue lo suficientemente listo como para eliminar chapuceramente un paso sin duda comprometedor en la boca de un canciller inglés del tesoro. Se trata, por lo demás, de un uso parlamentario tradicional en Inglaterra, en modo alguno de una invención de Laskercín contra Bebel.» *[20]

El anónimo se enfada cada vez más. Recusando en su respuesta —*Concordia,* 4 de julio— las fuentes de segunda mano, insinúa pudorosamente que es «costumbre» citar los discursos parlamentarios según los informes taquigráficos; pero también la reseña del *Times* (en la que se encuentra la frase «añadida con mentira») y la de Hansard (en la que falta) «coinciden materialmente del todo», y así también contiene la reseña del *Times* lo «contrario precisamente de ese sospechoso paso de la Comunicación inaugural»; el hombre silencia mientras tanto que esa reseña contiene, además de lo «contrario precisamente», también y explícito precisamente el «sospechoso paso». Pese a todo ello, el anónimo nota que ha metido la pata, y que sólo un nuevo subterfugio le puede salvar. Mientras salpica con edificantes insultos —como «mala fides», «falta de honradez», «dato mentiroso», «cita mentirosa», «cínica mentira», «cita totalmente falseada», «esta falsificación», «sencillamente infame», etc.— su artículo que, como queda probado, rebosa de «cínica mentira», considera necesario desplazar la cuestión litigiosa a otro terreno, y promete, consiguientemente, «exponer en un segundo artículo cuál es la significación que nosotros» (el anónimo no «mentiroso») «damos al contenido del discurso de Gladstone». Como si esa opinión irrelevante tuviera algo que ver con la cuestión. Ese segundo artículo se encuentra en la *Concordia* del 11 de julio.

Marx contestó de nuevo en el *Volkstaat* del 7 de agosto, aportando además las reseñas del paso en cuestión en el *Morning Star* y en el

*[20] Alusión al diputado nacional-liberal Lasker, que hizo alterar en las actas parlamentarias uno de sus discursos (sustituyendo «matar a porrazos a los obreros» que quisieran repetir en Alemania la Comuna de París de 1871 por «mantenerlos reprimidos»).

Morning Advertiser del 17 de abril de 1863. Según ambas Gladstone dice que vería con preocupación, etc., ese embriagador aumento de riqueza y poder si lo creyera limitado a las clases en posición desahogada (classes in easy circumstances). Pero que ese aumento se limita a clases que poseen propiedad (entirely confined to classes possessed of property). De modo que también estas reseñas reproducen literalmente la frase supuestamente «añadida con mentira». Luego comprueba Marx una vez más, mediante comparación de los textos del *Times* y de Hansard, que la frase que constatan como pronunciada realmente tres reseñas periodísticas independientes entre sí y aparecidas a la mañana siguiente falta en la reseña de Hansard, revisada de acuerdo con la conocida «costumbre», y que Gladstone, con palabras de Marx «la había barrido posteriormente»; por último Marx declara que no tiene tiempo para seguir comunicándose con el anónimo. También a éste parece haberle bastado; por lo menos, el hecho es que Marx no recibió más números de la *Concordia.*

Con eso el asunto parecía muerto y enterrado. Es verdad que desde entonces nos llegaron una o dos veces, de gente en relación con la Universidad de Cambridge, misteriosos rumores acerca de un crimen literario indecible cometido por Marx en *El Capital;* pero a pesar de todas las averiguaciones fue imposible saber nada más preciso. De repente, el 28 de noviembre de 1883, ocho meses después de la muerte de Marx, apareció en el *Times* una carta fechada en el Trinity College de Cambridge y firmada por Sedley Taylor, en la cual, con un pretexto intranscendente, este hombrecillo que trabaja en el más timorato cooperativismo nos procura finalmente luz no sólo acerca de los cotilleos de Cambridge, sino también sobre el anónimo de la *Concordia.*

«Lo que resulta sumamente curioso», dice el hombrecillo del Trinity College, «es que quedara reservado al *profesor* Brentano (entonces en Breslau, hoy en Estrasburgo) ... revelar la mala fides que evidentemente ha dictado la cita del discurso de Gladstone en la Comunicación (inaugural). El señor Karl Marx, que ... intentó defender la cita, tuvo la osadía de afirmar, en las ansias de la muerte (deadly shifts) en que le sumieron rapidísimamente los ataques magistrales de Brentano, que el señor Gladstone había corregido chapuceramente la reseña de su discurso en el *Times* del 17 de abril de 1863 antes de que apareciera en Hansard, para barrer un paso que ciertamente era comprometedor para un canciller inglés del tesoro. Cuando Brentano probó, mediante una detallada comparación de los textos, que las reseñas del *Times* y de Hansard coincidían en excluir absolutamente el sentido que había introducido subrepticiamente en las palabras de Gladstone un citar desvergonzado y aislado, Marx se retiró con el pretexto de que no tenía tiempo.»

Ése es, pues, el meollo de la cuestión. Tan gloriosamente se reflejaba en la fantasía productivo-cooperativista de Cambridge la campaña

anónima del señor Brentano en la *Concordia.* Hele allí, esgrimiendo su tizona en un «ataque magistral», ese San Jorge de la asociación alemana de fabricantes, mientras el infernal dragón Marx gime a sus pies hasta sumirse «rapidísimamente en las ansias de la muerte».

De ello sin embargo, toda esa descripción guerrera a lo Ariosto no sirve más que para disimular las estratagemas de nuestro San Jorge. Ya aquí no se trata de «introducir con mentira», ni de «falsear», sino sólo de una cita astutamente aislada (craftily isolated quotation). Toda la cuestión quedaba desplazada y San Jorge y su escudero de Cambridge sabían muy bien por qué.

Eleanor Marx contestó en la revista mensual *To-Day* de febrero de 1884 —ya que el *Times* se negó a publicar su respuesta—, reconduciendo la polémica al único punto del que se trataba: ¿«Ha introducido mentirosamente» Marx aquella frase o no? A ello contestó el señor Sedley Taylor:

«La cuestión de si una determinada frase se pronunció o no en el discurso del señor Gladstone» es en su opinión de muy poca importancia en la polémica entre Marx y Brentano «comparada con la cuestión de si la cita está hecha con la intención de reproducir el sentido que le dio Gladstone o deformarlo».

A continuación reconoce que la reseña del *Times* «contiene de hecho una contradicción en los términos; pero, pero, el resto del contexto, explicado correctamente, o sea, en el sentido liberal-gladstoniano, muestra qué *quiso* decir Gladstone. (*To-Day,* marzo de 1884.) Lo más cómico de todo eso es que el hombrecillo de Cambridge se empeña en *no citar* el discurso según Hansard, como es «costumbre», según dice el anónimo Brentano, sino de acuerdo con la reseña del *Times* que el mismo Brentano llama «necesariamente chapucera». Lo que pasa, naturalmente, es que la frase fatal *falta* en Hansard.

Le fue fácil a Eleanor Marx pulverizar esa argumentación en el mismo número de *To-Day.* O bien el señor Taylor había leído la controversia de 1872, y entonces había «mentido» ahora no sólo para «añadir», sino también para «eliminar»; o bien no la había leído, y entonces su deber era no abrir la boca. En todo caso, queda fuera de duda que no se atrevía a sostener ni por un momento la acusación de su amigo Brentano de que Marx había «mentido». Ahora, por el contrario, resulta que Marx no sólo no ha añadido mentirosamente nada, sino que ha ocultado una frase importante. Pero resulta que esa frase supuestamente ocultada está citada por Marx en la página 5 de la Comunicación inaugural, pocos renglones antes de la supuesta añadida con «mentira». Y por lo que hace a la «contradicción» del discurso de

Gladstone, ¿no ha sido precisamente Marx el que en *El Capital,* página 618 (pág. 672 de la 3.ª ed.),*[21] nota 105, ha hablado de las «constantes e hirientes contradicciones de los discursos presupuestarios de Gladstone de 1863 y 1864»? Lo que pasa es que Marx no se enreda, como Sedley Taylor, en la tarea de resolverlas con complacencia liberal. El resumen final de la respuesta de E. Marx dice así: «Por el contrario, Marx no ha suprimido nada digno de cita ni ha añadido falsamente lo más mínimo. Sino que ha restaurado y salvado del olvido una determinada frase de un discurso de Gladstone que sin duda fue pronunciada, pero que, de un modo u otro, ha encontrado la puerta de salida de la reseña de Hansard.»

También eso le bastó al señor Sedley Taylor, y el resultado de toda esa madeja profesoral hilada durante dos décadas y en dos grandes países fue que ya no se ha osado nunca más poner en entredicho la escrupulosidad literaria de Marx, y que desde entonces el señor Sedley Taylor va a depositar probablemente tan escasa confianza en los partes de batalla literarios del señor Brentano como el señor Brentano en la pontificia infalibilidad de Hansard.

London, 25 de junio de 1890

F. Engels

*[21] En OME 41.

LIBRO PRIMERO

EL PROCESO DE PRODUCCIÓN DEL CAPITAL

SECCIÓN PRIMERA

MERCANCÍA Y DINERO

Capítulo primero
LA MERCANCÍA

1. *Los dos factores de la mercancía: valor de uso y valor (substancia de valor, magnitud de valor)*

La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista aparece como una «gigantesca acumulación de mercancías»,[1] y la mercancía como la forma elemental de esa riqueza. Por eso nuestro estudio empieza con el análisis de la mercancía.

La mercancía es por de pronto un objeto exterior, una cosa que, por sus propiedades, satisface necesidades humanas de alguna clase. La naturaleza de estas necesidades —el que procedan, por ejemplo, del estómago o de la fantasía— no hace a la cosa.[2] Tampoco se trata aquí de cómo satisface la cosa la necesidad humana, si inmediatamente como medio de subsistencia, esto es, como objeto de goce, o por un rodeo, como medio de producción.

Toda cosa útil, como el hierro, el papel, etc., se tiene que considerar desde dos puntos de vista, según la cualidad y según la cantidad. Cada una de esas cosas es un conjunto de muchas propiedades y por eso puede ser útil en varios aspectos. Descubrir estos diferentes aspectos y, consiguientemente, los múltiples modos de usar las cosas, es una hazaña histórica.[3] Así también lo es el hallazgo de medidas so-

[1] KARL MARX, *Zur Kritik der Politischen Oekonomie,* Berlín 1859, pág. 3.

[2] «El deseo incluye la necesidad; es el apetito del espíritu, y tan natural como el hambre para el cuerpo... La mayoría de cosas obtienen su valor del hecho de que satisfacen las necesidades del espíritu.» (NICHOLAS BARBON, *A Discourse on coining the new money lighter. In answer to Mr. Locke's Considerations,* etc., London 1696, págs. 2, 3.)

[3] «Las cosas tienen una intrinsick vertue» (ésta es la denominación específica del valor de uso utilizada por Barbon) «que es la misma en todas partes, como la del imán de atraer el hierro» (*loc. cit.,* pág. 6). La propiedad de atraer el hierro que tiene el imán no fue útil hasta que por medio de ella se hubo descubierto la polaridad magnética.

ciales de la cantidad de las cosas útiles. La diversidad de medidas de las mercancías se debe en parte a la diferente naturaleza de los objetos que hay que medir, y en parte a convención.

La utilidad de una cosa la convierte en valor de uso.[4] Pero esa utilidad no es nada que flote en el aire. Condicionada por las propiedades del cuerpo de la mercancía, no existe sin ellas. Por lo tanto, el cuerpo mismo de la mercancía, como hierro, trigo, diamante, etc., es un valor de uso, un bien. Ese carácter suyo no depende de que la apropiación de sus propiedades útiles le cueste al hombre mucho o poco trabajo. Al considerar los valores de uso se presupone siempre su determinación cuantitativa, como por ejemplo docenas de relojes, codos de lienzo, toneladas de hierro, etc. Los valores de uso de las mercancías suministran el material de una disciplina especial, la merceología.[5] El valor de uso no se realiza más que en el uso o el consumo. Son valores de uso los que constituyen el contenido material de la riqueza, cualquiera que sea la forma social de ésta. En la forma de sociedad que hemos de considerar constituyen al mismo tiempo los portadores materiales del valor de cambio.

El valor de cambio aparece por de pronto como la razón cuantitativa, la proporción en la cual se cambian valores de uso de una clase por valores de uso de otra clase,[6] relación que cambia constantemente con el tiempo y el lugar. Por eso el valor de cambio parece cosa de azar y puramente relativa, y un valor de cambio interior a la mercancía, inmanente (valeur intrinsèque) se presenta como una contradictio in adjecto.[7] Contemplemos el asunto más de cerca.

Cierta mercancía, por ejemplo, un quarter de trigo, se cambia

[4] «El worth natural de cada cosa consiste en su adecuación para satisfacer las necesidades inevitables o para servir a las amenidades de la vida humana.» (John Locke, *Some Considerations on the Consequences of the Lowering of Interest,* 1691, en *Works,* ed. de Lon. 1777, vol. II, pág. 28.) En el siglo xviii encontramos aún frecuentemente en los escritos ingleses «worth» para significar valor de uso y «value» por valor de cambio, de un modo totalmente conforme con el espíritu de una lengua que gusta de expresar la cosa directa con raíces germánicas y la refleja con raíces románicas.

[5] En la sociedad burguesa reina la fictio juris de que todo hombre posee, en cuanto comprador de mercancías, un conocimiento enciclopédico de ellas.

[6] «El valor consiste en la relación de cambio que se da entre una cosa y otra, entre la cantidad de un producto y la de otro.» (Le Trosne, *De l'Intérêt Social,* [en] *Physiocrates,* éd. Daire, Paris 1846, pág. 889.)

[7] «Nada puede tener un valor de cambio intrínseco» (N. Barbon, *loc. cit.,* pág. 6), o, como dice Butler:

«El valor de una cosa
es justo lo que rente.»

por *x* betún para las botas, o por *y* de seda, o por *z* de oro, etc., en suma, por todas las demás mercancías, en las más diversas proporciones. Así, pues, el trigo tiene múltiples valores de cambio, en vez de uno solo. Pero como *x* de betún, igual que *y* de seda y que *z* de oro, etcétera, son el valor de cambio de un quarter de trigo, *x* de betún, *y* de seda, *z* de oro, etc., tienen que ser valores de cambio substituibles unos por otros, valores de cambio de la misma magnitud. De eso se sigue, primero: Los vigentes valores de cambio de una misma mercancía expresan una misma cantidad. Y, segundo: El valor de cambio no puede ser, por principio, más que el modo de expresión, la «forma de aparición» de un contenido distinguible de él.

Tomemos luego dos mercancías, por ejemplo, trigo y hierro. Su relación de cambio, cualquiera que ella sea, es siempre representable en una ecuación en la cual se iguala un determinado quantum de trigo con un cierto quantum de hierro, por ejemplo, 1 quarter de trigo=*a* quintales de hierro. ¿Qué dice esa ecuación? Que un algo común de la misma magnitud existe en dos cosas diferentes, en 1 quarter de trigo y también en *a* quintales de hierro. Así, pues, ambos son iguales a una tercera cosa que por sí misma no es ni lo uno ni lo otro. Cada uno de los dos primeros, en la medida en que es valor de cambio, tiene, pues, que ser reducible a esa tercera cosa.

Un simple ejemplo geométrico lo ilustra. Para determinar y comparar el área de todas las figuras de lados rectos se las descompone en triángulos. El triángulo mismo se reduce a una expresión totalmente distinta de su figura visible: el semiproducto de su base por su altura. Así precisamente hay que reducir los valores de cambio de las mercancías a un algo común del que representan un más o un menos.

Ese algo común no puede ser una propiedad geométrica, física, química, ni ninguna otra propiedad natural de las mercancías. Sus propiedades naturales no entran en consideración más que en la medida en que las hacen utilizables, esto es, valores de uso. Pero, por otra parte, lo que evidentemente caracteriza la relación de intercambio entre las mercancías es precisamente el abstraer de sus valores de uso. Dentro de esa relación un valor de uso vale tanto como cualquier otro, ni más ni menos, con sólo que exista en la proporción correspondiente. O, como dice el viejo Barbon:

«Una especie de mercancías es tan buena como cualquier otra si su valor de cambio es de la misma magnitud. En esto no existe ninguna diferencia ni distinguibilidad entre cosas de valor de cambio igual.» [8]

[8] «One sort of wares are as good as another, if the value be equal. There is no difference or distinction in things of equal value... One hundred pounds

En cuanto valores de uso, las mercancías son ante todo de cualidades diferentes; en cuanto valores de cambio, no pueden diferir más que en cantidad, por lo que no contienen ni un átomo de valor de uso. Si se prescinde, empero, del valor de uso de los cuerpos de las mercancías, no les queda más que una propiedad: la de ser productos del trabajo. Aunque también el producto del trabajo se nos ha transformado ya mientras lo teníamos en la mano. Cuando abstraemos de su valor de uso hacemos también abstracción de los elementos y las formas corpóreas que lo convertían en valor de uso. Ya ha dejado de ser mesa, o casa, o hilado o cualquier otra cosa útil. Se han disuelto todas sus características constitutivas sensibles. Tampoco es ya producto del trabajo del carpintero, o del albañil, o del hilandero, ni de ningún otro trabajo productivo determinado. Con el carácter útil de los productos del trabajo desaparece el carácter útil de los trabajos representados en ellos, desaparecen, pues, también las diferentes formas concretas de esos trabajos, que dejan de diferenciarse y se reducen todos juntos a trabajo humano igual, a trabajo humano abstracto.

Consideremos el residuo de los productos del trabajo. No ha quedado de ellos más que esa fantasmal objetualidad, mera gelatina de trabajo humano indiferenciado, esto es, de gasto de fuerza de trabajo humana sin considerar la forma en que se gasta. Lo único que representan ya esas cosas es que en su producción se ha gastado fuerza de trabajo humano, se ha acumulado trabajo humano. Como cristales de esa substancia social que les es común, son valores, valores de mercancías.

El valor de cambio de las mercancías mismas se nos mostró en su relación de intercambio como algo del todo independiente de sus valores de uso. Si realmente se hace abstracción del valor de uso de los productos del trabajo se obtiene su valor, tal como éste acaba de ser determinado. Así, pues, lo común que se presenta en la relación de intercambio o valor de cambio de las mercancías es su valor. La marcha de la investigación nos reconducirá al valor de cambio como modo necesario de expresión o forma necesaria de manifestación del valor, el cual, sin embargo, se tiene que estudiar primero independientemente de esa forma.

El valor de uso, un bien no tiene valor sino porque en él se objetiva o materializa trabajo humano abstracto. ¿Cómo medir la magnitud de su valor? Mediante el quantum de «substancia formadora de valor»,

---

worth of lead or iron, is of as great a value as one hundred pounds worth of silver and good.» (N. BARBON, *loc. cit.*, págs. 53 y 7.)

el quantum de trabajo contenido en él. Por su parte, la cantidad de trabajo se mide por su duración temporal, y el tiempo de trabajo tiene a su vez su criterio de medida en determinadas partes del tiempo, como la hora, el día, etc.

Podría parecer que, si el valor de una mercancía se determina por el quantum de trabajo gastado durante su producción, entonces, cuanto más perezoso o inhábil sea un hombre tanto más valiosa será su mercancía, porque tanto más tiempo necesita para su elaboración. Pero el trabajo que constituye la substancia de los valores es trabajo humano igual, gasto de una misma fuerza de trabajo humana. Toda la fuerza de trabajo de la sociedad representada en los valores del mundo de las mercancías figura aquí como una sola fuerza de trabajo humana, aunque consta de innumerables fuerzas de trabajo individuales. Cada una de esas fuerzas de trabajo individuales es la misma fuerza de trabajo humana que las demás en la medida en que posee el carácter de fuerza de trabajo media social y obra como tal fuerza de trabajo media social, esto es, no necesita para la producción de una mercancía más que el tiempo de trabajo necesario por término medio, o socialmente necesario. Tiempo de trabajo socialmente necesario es tiempo de trabajo exigido para representar cualquier valor de uso en las condiciones sociales normales dadas de la producción y con el grado medio social de habilidad e intensidad del trabajo. Por ejemplo, tras la introducción del telar de vapor en Inglaterra bastó tal vez la mitad del trabajo que antes para transformar un quantum dado de hilado en tejido. El tejedor a mano inglés necesitaba en realidad para esa transformación el mismo tiempo de trabajo que antes, pero el producto de su hora de trabajo individual no representaba ahora más que media hora social de trabajo y, por lo tanto, bajaba a la mitad de su valor anterior.

Así, pues, lo que determina la magnitud de valor de un valor de uso es sólo el quantum de trabajo socialmente necesario o tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción.[9] La mercancía individual no cuenta aquí más que como ejemplar medio de su especie.[10]

[9] Nota a la 2.ª ed.: «The value of them (the necessaries of life) when they are exchanged the one for another, is regulated by the quantity of labour necessarily required, and commonly taken in producing them.» «El valor de los objetos de uso cuando se cambian los unos por los otros se regula por la cantidad de trabajo necesaria y comúnmente aplicada para producirlos.» (*Some Thoughts on the Interest of Money in general, and particularly in the Public Funds*, etc., London, págs. 36, 37.) Este notable escrito anónimo del siglo pasado no lleva fecha. Pero de su contenido se desprende que se publicó bajo Jorge II, en 1739 o 1740 probablemente.

[10] «Todos los productos de la misma especie no constituyen propiamente sino

Por lo tanto, mercancías que contienen los mismos quanta de trabajo o que se pueden producir en el mismo tiempo de trabajo tienen la misma magnitud de valor. El valor de la mercancía es al valor de cualquier otra mercancía como el tiempo de trabajo necesario para la producción de la una es al tiempo de trabajo necesario para la producción de la otra. «En cuanto valores, todas las mercancías son simplemente determinadas cantidades de tiempo de trabajo cuajado.» [11]

Por ello la magnitud de valor de una mercancía sería constante si fuera constante el tiempo de trabajo requerido para su producción. Pero éste varía con cada cambio de la productividad del trabajo. La fuerza productiva del trabajo está determinada por múltiples circunstancias, entre otras el grado medio de habilidad de los trabajadores, el estadio de evolución de la ciencia y de su aplicabilidad tecnológica, la combinación social del proceso de producción, el alcance y la eficacia de los medios de producción; y también por condiciones naturales. Por ejemplo, un mismo quantum de trabajo se representa, con condiciones climáticas favorables, en 8 bushels de trigo, y en circunstancias desfavorables sólo en 4. Un mismo quantum de trabajo arroja más metal en minas ricas que en minas pobres, etc. Los diamantes existen escasamente en la corteza terrestre, y por eso hallarlos cuesta por término medio mucho tiempo de trabajo. Consiguientemente, los diamantes representan mucho trabajo en poco volumen. Jacob pone en duda que el oro haya pagado jamás su valor. Aun más se puede decir eso del diamante. Según Eschwege, en 1823 el producto entero de las minas brasileñas de diamantes durante ochenta años no había alcanzado aún el precio del producto medio de año y medio de las plantaciones brasileñas de azúcar o de café, pese a representar mucho más trabajo, o sea, más valor. En el caso de minas más ricas, ese quantum de trabajo se representaría en más diamantes, y el valor de éstos disminuiría. Si se consigue transformar con poco trabajo carbón en diamante, el valor de éste puede caer hasta por debajo del de los ladrillos. En general cuanto mayor la fuerza productiva del trabajo, tanto menor el tiempo de trabajo requerido para la producción de un artículo, tanto menor la masa de trabajo en él cristalizada, tanto menor su valor. A la inversa: cuanto menor la fuerza productiva del trabajo, tanto mayor el tiempo de trabajo necesario para la producción de un artículo, tanto mayor su valor. La magnitud de valor de una mercancía varía, pues, en razón

una masa cuyo precio se determina de un modo general y sin considerar las circunstancias particulares.» (LE TROSNE, *loc. cit.*, pág. 893.)

[11] K. MARX, *loc. cit.*, pág. 6.

directa del quantum de trabajo y en razón inversa de la fuerza productiva del trabajo que se realiza en ella.

Una cosa puede ser un valor de uso sin ser un valor. Así ocurre cuando su utilidad para el hombre no está mediada por el trabajo. Así, por ejemplo, el aire, la tierra virgen, los prados naturales, la leña no plantada, etc. Una cosa puede ser útil y producto de trabajo humano sin ser mercancía. El que satisface su propia necesidad mediante su producto crea sin duda valor de uso, pero no mercancía. Para producir mercancía no basta con que produzca valor de uso, sino que tiene que producir valor de uso para otros, valor de uso social. {Y no sólo para otros sin más. El campesino medieval producía para el señor feudal el trigo de su prestación obligada, y para el cura el trigo del diezmo. Pero ni uno ni otro se convertían en mercancías por el mero hecho de ser producidos para otros. Para convertirse en mercancía el producto tiene que ser transferido mediante intercambio al otro que lo utiliza como valor de uso.}[11a] Por último, ninguna cosa puede ser valor sin ser un objeto de uso. Si es inútil, entonces también es inútil el trabajo contenido en ella; éste no cuenta como trabajo y, por lo tanto, no constituye valor alguno.

2. *Dúplice carácter del trabajo representado en las mercancías*

Al comienzo la mercancía se nos presentó como algo discordante en sí mismo, como valor de uso y valor de cambio. Luego se vio que tampoco el trabajo, en cuanto expreso en el valor, sigue poseyendo los mismos rasgos que le convienen como productor de valores de uso. Yo he sido el primero en mostrar críticamente esta dúplice naturaleza del trabajo contenido en la mercancía.[12] Como este punto es el punto crítico en torno al cual gira la comprensión de la economía política, vale la pena iluminarlo aquí más detalladamente.

Tomemos dos mercancías, por ejemplo, una levita y 10 codos de tela de lino. Supongamos que la primera vale el doble que los segundos, de modo que si 10 codos de lino = V, la levita = 2 V.

La levita es un valor de uso que satisface una particular necesidad. Para producirla hace falta un tipo determinado de actividad productiva.

[11a] [Nota a la 4.ª ed.: Inserto lo puesto entre llaves porque por prescindir de ello se ha producido a menudo la confusión de que Marx considera mercancía todo producto consumido por alguien que no sea el productor. F. E.]

[12] *loc. cit.*, págs. 12, 13, *passim*.

Ésta se determina por su fin, su modo de operación, su objeto, sus medios y su resultado. Llamamos por abreviar trabajo útil al trabajo que se expresa así en el valor de uso de su producto, o en el hecho de que su producto es un valor de uso. Desde este punto de vista se lo contempla siempre respecto de su efecto útil.

Del mismo modo que la levita y el lino son valores de uso cualitativamente diversos, así también son cualitativamente diversos los trabajos que procuran su existencia: sastrería y tejido. Si aquellas cosas no fueran valores de uso cualitativamente diversos y, por lo tanto, productos de trabajos útiles cualitativamente diversos, no podrían siquiera enfrentarse la una a la otra como mercancías. No se intercambia una levita por sí misma, el mismo valor de uso por el mismo valor de uso.

En la totalidad de los varios valores de uso o cuerpos de mercancía aparece una totalidad igualmente múltiple de trabajos útiles diferentes por su género, especie, familia, subespecie, variedad: una división social del trabajo. Ella es condición de existencia de la producción de mercancías, aunque la producción de mercancías no es, a la inversa, la condición de existencia de la división social del trabajo. En la antigua comunidad india el trabajo está dividido socialmente sin que los productos se conviertan en mercancías. O bien, ejemplo más próximo, en toda fábrica el trabajo está dividido sistemáticamente, pero esa división no está mediada porque los trabajadores intercambien sus productos individuales. Sólo se enfrentan como mercancías productos de trabajos privados autónomos e independientes unos de otros.

Se ve, pues, que en el valor de uso de toda mercancía hay una determinada actividad productiva según fines, un trabajo útil. Los valores de uso no pueden enfrentarse como mercancías si no hay en ellos trabajos útiles cualitativamente diversos. En una sociedad cuyos productos toman de un modo general la forma de mercancía, esto es, en una sociedad de productores de mercancías, esa diferencia cualitativa entre los trabajos útiles realizados independientemente los unos de los otros, como negocios privados de productores autónomos, se desarrolla hasta convertirse en un sistema de muchos miembros, en una división social del trabajo.

Por lo demás, a la levita le da lo mismo que la vista el sastre o el cliente del sastre. En ambos casos obra como valor de uso. Tampoco se altera la relación misma entre la levita y el trabajo que la produce por el mero hecho de que la sastrería se convierta en una profesión especial, en un miembro propio de la división social del trabajo. Siempre que se lo impuso la necesidad de vestido, el hombre ha hecho ropas durante milenios antes de que de un hombre naciera un sastre.

Pero la existencia de levitas, de tela de lino, de todo el elemento de la riqueza material no presente por naturaleza tuvo siempre que ser mediada por una actividad productiva y finalística especial, la cual asimila determinadas materias naturales para la satisfacción de determinadas necesidades humanas. Por eso el trabajo en cuanto constituye valores de uso, en cuanto trabajo útil, es una condición de existencia del hombre, independiente de todas las formas sociales, una necesidad natural para mediar el metabolismo entre el hombre y la naturaleza, o sea, la vida humana.

Los valores de uso levita, lino, etc., en suma, los cuerpos de mercancía, son combinaciones de dos elementos, materia natural y trabajo. Si se substrae la suma de todos los diferentes trabajos útiles que hay en la levita, en el lino, etc., queda siempre un substrato material presente por naturaleza, sin acción del hombre. El hombre no puede proceder en su producción sino como la naturaleza misma, esto es, alterando la forma de las materias.[13] Aun más: en ese trabajo mismo de formación le ayudan constantemente fuerzas naturales. El trabajo no es, pues, la fuente única de los valores que produce, de la riqueza material. El trabajo es su padre, como dice William Petty, y la Tierra es su madre.

Pasemos ahora de la mercancía en cuanto objeto de uso al valor de mercancía.

De acuerdo con nuestro supuesto, la levita vale el doble de la pieza de lino. Pero eso es sólo una diferencia cuantitativa que no nos interesa todavía. Recordamos, pues, que, si el valor de una levita es el doble del de 10 codos de lino, 20 codos de lino tendrán la misma magnitud de valor que una levita. En cuanto valores, levita y lino son cosas de la misma substancia, expresiones objetivas de trabajo de la misma especie. Pero la sastrería y el tejido son trabajos cualitativamente diversos. Hay, sin embargo, situaciones sociales en las cuales un mismo

[13] «Ningún fenómeno del universo, ya sea producido por la mano del hombre, ya por las leyes generales de la física, es una efectiva creación, sino sólo una transformación de la materia. Composición y separación son los únicos elementos que encuentra el espíritu humano constantemente en el análisis de la idea de reproducción; y lo mismo ocurre con la reproducción del valor» (valor de uso, aunque aquí, en su polémica con los fisiócratas, el mismo Verri no sabe exactamente de qué clase de valor está hablando) «y de la riqueza, cuando la tierra, el aire y el agua se transforman en los campos en trigo, o también cuando por la mano del hombre la secreción de un insecto se transforma en tela, o se ordenan algunos trocitos de metal para formar un reloj de repetición.» (Pietro Verri, *Meditazioni sulla Economia Politica,* impreso por vez primera en 1771: en la edición de los economistas italianos por Custodi, Parte Moderna, tomo XV, págs. 21, 22.)

hombre trabaja unas veces de sastre y otras de tejedor, con lo que esos dos modos diferentes de trabajar son sólo modificaciones del trabajo de un mismo individuo y aún no funciones especiales fijas de individuos diferentes, exactamente igual que la levita que nuestro sastre hace hoy y el pantalón que hará mañana no suponen más que variaciones de un mismo trabajo individual. Basta echar una mirada para aprender, además, que en nuestra sociedad capitalista, según la cambiante orientación de la demanda de trabajo, una determinada porción de trabajo humano se suministra alternativamente en forma de trabajo de sastrería o de trabajo textil. Es posible que esa alternancia de forma del trabajo no funcione sin roces, pero tiene que funcionar. Si se prescinde de la determinación de la actividad productiva y, por lo tanto, del carácter útil del trabajo, aún queda en ella el hecho de ser un gasto de fuerza de trabajo humana. Sastrería y tejido, aunque actividades productivas cualitativamente diversas, son ambas gasto productivo del cerebro, los músculos, los nervios, la mano, etc., del hombre, y en ese sentido son ambas trabajo humano. Son sólo dos formas diferentes de gastar fuerza de trabajo humana. Es verdad que la fuerza de trabajo humana misma tiene que estar más o menos desarrollada para gastarse en tal o cual forma. Pero el valor de la mercancía representa trabajo humano sin más, gasto de trabajo humano como tal. Del mismo modo que en la sociedad burguesa un general o un banquero desempeña un gran papel, mientras que el hombre, sin más, representa, en cambio, un papel muy deslucido,[14] así también ocurre con el trabajo humano. Éste es gasto de simple fuerza de trabajo, que todo hombre corriente, sin particular desarrollo, posee por término medio en su organismo corporal. *El trabajo medio simple* varía, sin duda, él mismo de carácter en los varios países y las varias épocas culturales, pero se da en una sociedad presente. El trabajo complicado cuenta sólo como trabajo simple *potenciado* o, más bien, *multiplicado,* de modo que un quantum menor de trabajo complicado es igual a un quantum mayor de trabajo simple. La experiencia muestra que esa reducción se realiza constantemente. Una mercancía será el producto del trabajo más complicado, pero su *valor* la iguala con el producto del trabajo simple, y por ello la mercancía misma no representa más que un determinado quantum de trabajo simple.[15] Las diferentes proporciones en las cuales

[14] Cfr. HEGEL, *Philosophie des Rechts,* Berlín 1840, pás. 250, 190.

[15] El lector ha de notar que aquí no se habla del salario, valor que el trabajador recibe, por ejemplo, por una jornada de trabajo, sino del valor de mercancía en el que se objetiva su jornada de trabajo. La categoría salario del trabajo no existe siquiera en este estadio de nuestra exposición.

diferentes especies de trabajo se reducen a trabajo simple como unidad de medida de todas ellas se fijan a espaldas de los productores por un proceso social, razón por la cual a los productores les parecen dadas por la tradición. En lo que sigue tomaremos, por simplificar, toda especie de fuerza de trabajo directamente como fuerza de trabajo simple, lo cual no tiene más valor que el de ahorrarnos el trabajo de reducirla a ésta.

Del mismo modo, pues, que en los valores levita y lino se hace abstracción de la diferencia entre sus valores de uso, así también en los trabajos que se representan en esos valores se hace abstracción de sus formas útiles, la sastrería y el tejido. Y así como los valores de uso levita y lino son combinaciones de actividades productivas finalísticas con paño e hilado, mientras que los valores levita y lino no son, en cambio, sino meras gelatinas homogéneas de valor, análogamente los trabajos contenidos en estos valores no cuentan por su relación productiva con el paño y el hilado, sino sólo en cuanto gastos de fuerza de trabajo humana. La sastrería y el trabajo textil son elementos constitutivos de los valores de uso levita y lino precisamente por sus diferentes cualidades; pero sólo son substancia del valor levita y del valor lino en cuanto se hace abstracción de su particular cualidad y no poseen ambos más que una misma cualidad, la cualidad de trabajo humano.

Pero la levita y el lino no son sólo valores en general, sino valores de determinada magnitud, y de acuerdo con nuestro supuesto la levita vale el doble que 10 codos de lino. ¿De dónde procede esa diferencia entre sus magnitudes de valor? De que el lino no contiene más que la mitad de trabajo que la levita, de modo que para la producción de esta última la fuerza de trabajo se tiene que gastar durante un tiempo doble que el consumido para la producción del primero.

Mientras que respecto del valor de uso el trabajo contenido en la mercancía importa sólo cualitativamente, respecto de la magnitud de valor cuenta sólo cuantitativamente, una vez reducido a trabajo humano sin ulterior cualidad. En el primer caso se trata del Cómo y el Qué del trabajo, en el segundo sólo de su Cuánto, de su duración temporal. Como la magnitud de valor de una mercancía representa sólo el quantum del trabajo contenido en ella, las mercancías, tomadas en cierta proporción, tienen que ser siempre valores de igual magnitud.

Si se mantiene inalterada la fuerza productiva, digamos, por ejemplo, todos los trabajos útiles requeridos para la producción de una levita, la magnitud de valor de las levitas aumenta con su propia cantidad. Si una levita representa x jornadas de trabajo, 2 levitas representan $2x$ jornadas de trabajo, etc. Pero supóngase que el trabajo necesario para la

producción de una levita aumenta hasta el doble o disminuye en la mitad. En el primer caso una levita tiene el mismo valor que dos levitas antes, en el segundo caso dos levitas tienen el mismo valor que una levita antes, aunque en ambos casos una levita presta los mismos servicios antes que después y el trabajo útil contenido en ella sigue siendo de la misma calidad antes que después. Lo que ha cambiado es el quantum de trabajo gastado en su producción.

Un quantum mayor de valor de uso constituye ya en sí mismo una riqueza material mayor, y dos levitas más que una. Con dos levitas es posible vestir a dos hombres, mientras que con una sólo se puede vestir a uno, etc. Pese a ello puede corresponder al aumento de la masa de la riqueza material una disminución simultánea de su magnitud de valor. Este contrapuesto movimiento nace del dúplice carácter del trabajo. Como es natural, fuerza productiva es siempre fuerza productiva de trabajo útil, concreto, y no determina de hecho más que el grado de eficacia de una actividad productiva finalística en un tiempo dado. Por eso el trabajo útil es una fuente de productos más rica o más débil en razón directa del aumento o la disminución de su fuerza productiva. En cambio, la alteración de la fuerza productiva no altera en absoluto por sí misma el trabajo representado en el valor. Como la fuerza productiva es cosa de la concreta forma útil del trabajo, no puede, como es natural, afectar ya al trabajo en cuanto que se hace abstracción de la forma útil concreta de éste. Por eso un mismo trabajo da siempre en los mismos tiempos la misma magnitud de valor, por mucho que cambie la fuerza productiva. Pero en un mismo espacio de tiempo suministra diferentes quanta de valores de uso: más cuando aumenta la fuerza productiva, menos cuando disminuye. Así, pues, el mismo cambio de la fuerza productiva que aumenta la fecundidad del trabajo y, por lo tanto, la masa de los valores de uso suministrados por él disminuye la magnitud de valor de esa masa total aumentada si abrevia la suma de tiempo de trabajo necesario para su producción. Y a la inversa.

Todo trabajo es, por una parte, gasto de fuerza de trabajo humana en sentido fisiológico, y en esa condición de trabajo humano igual, o trabajo humano abstracto, constituye el valor de mercancía. Por otra parte, todo trabajo es gasto de fuerza de trabajo humana en una forma particular determinada por los fines, y en esa condición de trabajo útil concreto produce valores de uso.[16]

[16] Nota a la 2.ª ed. Para probar «que el trabajo exclusivamente es la medida definitiva y real con la cual se puede estimar y comparar en todo tiempo el valor de todas las mercancías» dice A. Smith: «Cantidades iguales de trabajo tienen que tener para el trabajador mismo el mismo valor en todo tiempo y en todo lugar. En su estado normal de salud, vigor y actividad, y con el grado medio de habilidad que poseerá, el trabajador tiene que sacrificar siempre la misma porción de su descanso, de su libertad y de su felicidad.» (*Wealth of Nations,* b. I, ch. V). Por una parte, A. Smith confunde aquí (no siempre) la determinación del valor por el quantum de trabajo gastado en la producción de la mercancía con la determinación de los valores de las mercancías por el valor del trabajo, y por eso intenta mostrar que unas mismas cantidades de trabajo tienen siempre el mismo valor. Por otra parte, barrunta que, en cuanto representado en el valor de las mercancías, el trabajo no cuenta más que como gasto de fuerza de trabajo, pero no concibe ese gasto sino como sacrificio de descanso, libertad y felicidad, y no, además, como actuación normal de la vida. Cierto que Smith tiene presente el moderno trabajador asalariado.

Mucho más acertadamente dice el anónimo precursor de A. Smith citado en la nota 9: «Un hombre ha dedicado una semana a la producción de este objeto de uso ... y el que le da a cambio otro objeto no puede apreciar lo que realmente vale lo mismo de una manera más acertada que mediante el cálculo de lo que a él le cuesta ese mismo labour y tiempo. Esto significa de hecho el intercambio por el labour de otro aplicado en el mismo tiempo a otro objeto». (*Some Thoughts on the Interest of Money in general,* etc., pág. 39). {Nota a la 4.ª edición: La lengua inglesa tiene la ventaja de poseer dos palabras diferentes para esos dos diferentes aspectos del trabajo. El trabajo que produce valores de uso y está determinado cualitativamente se llama work, frente a labour; el trabajo que produce valor y se mide sólo cuantitativamente se llama labour, frente a work. V. nota a la traducción inglesa, pág. 14. F. E.}

3. *La forma de valor, o valor de cambio*

Las mercancías nacen en forma de valores de uso, o cuerpos de mercancías: hierro, tela de lino, trigo, etc. Ésa es su forma natural y sin misterios. Pero son mercancías sólo porque son cosas dobles: objetos de uso, y al mismo tiempo, portadoras de valor. Por eso no aparecen como mercancías, no poseen forma de mercancías, más que en la medida en que poseen forma doble: forma natural y forma de valor.

La realidad-valor de las mercancías se diferencia, pues, de la señora Quickly, la amiga de Falstaff, en que no se sabe dónde hallarla. Ni un átomo de materia natural integra la realidad-valor de la mercancía, exactamente al contrario de lo que pasa con la grosera objetividad sensible de los cuerpos de las mercancías. Y así, por muchas vueltas que se dé a cualquier mercancía suelta, será imposible aferrarla en cuanto cosa-valor. Pero si recordamos que las mercancías no poseen una realidad-valor más que en cuanto son expresiones de una misma unidad social que es el trabajo humano, y que, por tanto, su realidad-valor es

puramente social, entonces se entiende por sí mismo que esa realidad como valor no puede presentarse más que en la relación social entre mercancías. Hemos partido, en efecto, del valor de cambio o relación de intercambio de las mercancías, con objeto de rastrear su valor, escondido en ese valor de cambio o relación de intercambio. Ahora hemos de volver a esa forma de manifestación del valor.

Todo el mundo, incluso el que ignore todo lo demás, sabe que las mercancías tienen una forma de valor común, que contrasta muy llamativamente con las abigarradas formas naturales de sus valores de uso: esa forma de valor común es la forma de dinero. Y en este punto hay que conseguir lo que la ciencia económica burguesa no ha intentado siquiera, a saber, mostrar la génesis de esa forma-dinero, lo que equivale a seguir el despliegue de la expresión de valor contenida en la relación de valor de las mercancías, desde su forma más sencilla e inaparente hasta la brillante forma dineraria. Con eso se disipa al mismo tiempo el enigma del dinero.

La más sencilla relación de valor es, manifiestamente, la relación de valor de una mercancía con otra de diversa especie y única, cualquiera que ésta sea. Por eso la relación de valor entre dos mercancías ofrece la expresión de valor más sencilla para una mercancía.

A) La forma de valor simple, singular o casual

x mercancía A = *y* mercancía B; o sea: *x* mercancía A vale *y* mercancía B

(20 codos de lino = 1 levita; o bien: 20 codos de lino valen 1 levita)

1. *Los dos polos de la expresión de valor: forma de valor relativa y forma de equivalente*

El misterio de toda forma de valor está embutido en esta forma de valor simple. Por eso es su análisis el que presenta la verdadera dificultad.

Es manifiesto que en este punto dos mercancías, A y B, de especies diferentes —en nuestro ejemplo la tela de lino y la levita— desempeñan dos papeles diferentes. El lino expresa su valor en la levita; la levita sirve de material de esa expresión de valor. La primera mercancía desempeña un papel activo; la segunda un papel pasivo. El valor de la primera mercancía está representado como valor relativo, o, lo que es lo mismo, se encuentra en forma de valor relativa. La segunda

mercancía funciona como equivalente, o, lo que es lo mismo, se encuentra en forma de equivalente.

La forma de valor relativa y la forma de equivalente son momentos inseparables, que se corresponden el uno al otro y se condicionan mutuamente; pero al mismo tiempo son extremos que se excluyen el uno al otro, extremos contrapuestos, esto es, polos de una misma expresión de valor; siempre se distribuyen entre las diferentes mercancías relacionadas por la expresión de valor. Pues no se puede expresar, por ejemplo, el valor del lino en lino. 20 codos de lino=20 codos de lino no es ninguna expresión de valor. Esa igualdad dice más bien, por el contrario, que 20 codos de lino no son sino 20 codos de lino, una determinada cantidad del objeto de uso lino. El valor del lino no se puede expresar, pues, sino relativamente, o sea, en otra mercancía. Consiguientemente, la forma de valor relativa del lino presupone que alguna otra mercancía se encuentre respecto de ella en forma de equivalente. A su vez, esta otra mercancía que figura como equivalente no se puede hallar al mismo tiempo en forma de valor relativa. Ella no expresa su valor. Lo único que hace es suministrar el material de la expresión de valor de otra mercancía.

Es verdad que la expresión 20 codos de lino = 1 levita, o bien 20 codos de lino valen 1 levita incluye también la relación recíproca 1 levita = 20 codos de lino, o bien 1 levita vale 20 codos de lino. Pero precisamente se trata de que para expresar el valor de la levita en forma relativa he de invertir la igualdad, y en cuanto que hago eso el equivalente es el lino, en vez de la levita. Así, pues, una misma mercancía no se puede presentar simultáneamente en ambas formas en una misma expresión de valor. Estas dos formas, por el contrario, se excluyen polarmente.

El que una mercancía se encuentre en forma de valor relativa o en la contrapuesta forma de equivalente depende sólo del lugar que en cada caso ocupe en la expresión de valor, esto es, de que sea la mercancía cuyo valor se expresa o la mercancía con la que se expresa valor.

2. *La forma de valor relativa*

a) Contenido de la forma de valor relativa

Para averiguar cómo está inserta en la relación de valor entre dos mercancías la expresión simple de valor de una mercancía hay que considerar por de pronto aquella relación con completa independencia de su aspecto cuantitativo. La mayoría de las veces se procede a la inversa,

y no se ve en la relación de valor mas que la proporción en la cual se equivalen cantidades determinadas de dos clases de mercancías. Así se pasa por alto que las magnitudes de cosas diferentes no resultan cuantitativamente comparables sino después de reducirlas a una misma unidad. Sólo son magnitudes homónimas y, por lo tanto, conmensurables en cuanto expresiones de la misma unidad.[17]

Que 20 codos de lino = 1 levita, o = 20, o = *x* levita, esto es, que una cantidad dada de lino valga muchas o pocas levitas: en cualquier caso, toda proporción así implica siempre que el lino y las levitas son, en cuanto magnitudes de valor, expresiones de una misma unidad, cosas de una misma naturaleza. El fundamento de la igualdad es: lino = levita.

Pero las dos mercancías equiparadas cualitativamente no desempeñan el mismo papel. El único valor que se expresa es el del lino. Y ¿cómo se expresa? Mediante su relación con la levita como «equivalente» suyo, como «cosa intercambiable» con él. En este respecto la levita funciona como forma de existencia del valor, como cosa-valor, pues sólo en esa condición es lo mismo que el lino. Por otra parte, se manifiesta el ser-valor del lino, cobra una expresión propia, pues sólo en cuanto mercancía es referible a la levita como a cosa equivalente o intercambiable con él. De ese mismo modo el ácido butírico es un cuerpo diferente del formiato de propilo. Y, sin embargo, ambos cuerpos constan de las mismas substancias químicas: carbono (C), hidrógeno (H) y oxígeno (O), y precisamente en la misma composición porcentual, a saber $C_4H_8O_2$. Si se equiparara el formiato de propilo al ácido butírico, en esa relación el formiato de propilo no funcionaría más que como forma de existencia de $C_4H_8O_2$ y, en segundo lugar, quedaría dicho que también el ácido butírico consta de $C_4H_8O_2$. Así, pues, la equiparación del formiato de propilo con el ácido butírico expresaría la substancia química de éste, no su forma física.

Cuando decimos que las mercancías no son, en cuanto valores, más que gelatina de trabajo humano, nuestro análisis las reduce, pues, a la abstracción valor; pero no por eso les da ninguna forma de valor distinta de sus formas naturales. La situación cambia cuando se trata de la relación de valor entre una mercancía y otra. En este caso su carácter de valor destaca por la relación propia de la mercancía con la otra mercancía.

[17] Los pocos economistas que, como S. Bailey, se han ocupado del análisis de la forma de valor no pudieron llegar a ningún resultado, primero, porque confundían la forma de valor con el valor; segundo, porque, bajo la ruda influencia del burgués práctico, contemplan desde el principio exclusivamente la determinación cuantitativa. «La disposición sobre la cantidad ... constituye el valor» (*Money and its Vicisitudes,* Lond. 1837, pág. 11). Autor S. Bailey.

Por ejemplo; cuando la levita, tomada como cosa-valor, se equipara al lino, el trabajo contenido en la primera se equipara al trabajo contenido en el segundo. Es verdad que la sastrería que hace la levita es un trabajo concreto diferente del tejer que hace la tela de lino. Pero la igualación con el trabajo de tejer reduce de hecho el de sastrería a lo que realmente es igual en ambos trabajos, a su común carácter de trabajo humano. Por este rodeo queda entonces dicho que también el tejer, en cuanto teje valor, carece de todo rasgo que lo diferencie del trabajo del sastre o sea, que es trabajo humano abstracto. La expresión de equivalencia de mercancías diferentes es lo que saca a la luz el carácter específico del trabajo que constituye valor, porque efectivamente reduce los diferentes trabajos contenidos en las diferentes mercancías a lo que tienen de común, a trabajo humano en general.[17a]

Mas no basta con expresar el carácter específico del trabajo del que consta el valor del lino. Pues la fuerza de trabajo humana en estado flúido, o trabajo humano, constituye valor, pero no es valor. Para expresar el valor del lino como gelatina de trabajo humano es necesario expresarlo como una «realidad» distinta del lino mismo como cosa, y común, al mismo tiempo, a él con otra mercancía. Pero esta tarea está ya resuelta.

En la relación de valor del lino la levita vale como algo cualitativamente igual, como cosa de la misma naturaleza, porque es un valor. Vale, pues, como una cosa en la cual aparece valor, como una cosa que ya en su forma natural y tangible representa valor. Cierto que la levita, el cuerpo de la mercancía levita, es un mero valor de uso. Una levita no representa valor, exactamente igual que tampoco representa valor ninguna pieza de lino. Pero eso sólo prueba que dentro de la relación de valor con el lino la levita significa más que fuera de esa relación, al modo como bastantes personas significan dentro de una levita con galones más de lo que significan fuera de ella.

[17a] Nota a la 2.ª edición. Uno de los primeros economistas que penetraron en la naturaleza del valor después de William Petty, el célebre Franklin, dice: «Puesto que el comercio en sí mismo no es sino el cambio de un trabajo por otro trabajo, lo mejor es medir el valor de todas las cosas en trabajo» (*The Works of B. Franklin,* etc., edited by Sparks, Boston 1836, vol. II, pág. 267). Franklin no se da cuenta de que, al estimar «en trabajo» el valor de todas las cosas, hace abstracción de la diversidad de los trabajos intercambiados, y los reduce así a trabajo humano igual. No lo sabe, pero lo dice. Primero habla de «uno de los trabajos», luego del «otro trabajo», y al final del «trabajo», sin más determinación, como substancia del valor de todas las cosas.

En la producción de la levita se ha gastado de hecho fuerza de trabajo humana en la forma propia de la sastrería. Hay, pues, trabajo humano amontonado en ella. Desde este punto de vista la levita es «portadora de valor», aunque esta propiedad suya no se manifiesta, a causa, precisamente, de lo muy tenue que es. Y en la relación de valor del lino la levita no funciona más que en ese aspecto, como valor hecho cuerpo, pues, como cuerpo de valor. Pese a la abrochada estampa de la levita, el lino ha descubierto en ella la hermosa y afin alma del valor. Pero la levita no puede representar valor frente al lino sin que, al mismo tiempo, el valor tome para el lino la forma de una levita, al modo como el individuo A no puede comportarse respecto del individuo B como respecto de una majestad sin que al mismo tiempo la majestad tome para A la imagen corpórea de B, y sus rasgos, sus cabellos y bastante otras cosas más varían al mismo tiempo que el padre de la patria de cada caso.

Así, pues, en la relación de valor en la que la levita constituye el equivalente del lino la forma-levita funciona como forma-valor, como forma de valor. Por lo tanto, el valor de la mercancía lino se expresa en el cuerpo de la mercancía levita: el valor de una mercancía en el valor de uso de la otra. En cuanto valor de uso, el lino es una cosa sensorialmente diversa de la levita; en cuanto valor es «levítico» y tiene, por lo tanto, aspecto de levita. De este modo recibe el lino una forma de valor diferente de su forma natural. Su ser valor se manifiesta en su igualdad con la levita, al modo como la naturaleza de oveja del cristiano se manifiesta en su igualdad con el Cordero de Dios.

Como se ve, el lino mismo nos dice, en cuanto que entra en trato con la otra mercancía, con la levita, todo lo que antes nos había dicho el análisis del valor de las mercancías. Sólo que traiciona sus pensamientos en el único lenguaje que le es corriente, en el lenguaje de las mercancías. Para decir que el trabajo, en su propiedad abstracta de trabajo humano, constituye su propio valor, el lino dice que la levita consta del mismo trabajo que él mismo en la medida en que le es equivalente, o sea, en la medida en que es valor. Para decir que su sublime objetividad de valor es cosa diferente de su rígido cuerpo de lino, dice que el valor tiene el aspecto de una levita, y que por eso él mismo, el lino, se parece, en cuanto cosa-valor, a la levita como un huevo a otro. Dicho sea de paso: aparte del hebreo, el lenguaje de la mercancía tiene otros muchos dialectos más o menos correctos. El término alemán «Wertsein», por ejemplo, expresa menos perentoriamente que el verbo románico valere, valer, valoir que la equiparación de la

mercancía B con la mercancía A es la expresión propia del valor de la mercancía A. Paris vaut bien une messe! *[22]

Así, pues, mediante la relación de valor la forma natural de la mercancía B se convierte en la forma de valor de la mercancía A, o sea, el cuerpo de la mercancía B se convierte en espejo del valor de la mercancía A.[18] La mercancía A, al referirse a la mercancía B como a cuerpo de valor, como a materialización de trabajo humano, convierte el valor de uso B en material de su propia expresión de valor. El valor de la mercancía A, así expreso en el valor de uso de la mercancía B, tiene la forma del valor relativo.

b) Determinación cuantitativa de la forma de valor relativa

Cualquier mercancía cuyo valor se trate de expresar es un objeto de uso de determinada cantidad, como 15 fanegas de trigo, 100 libras de café, etc. Esta cantidad dada de mercancía contiene una cantidad determinada de trabajo humano. De modo que la forma de valor no tiene que expresar simplemente valor, sino valor cuantitativamente determinado, magnitud de valor. En la relación de valor entre la mercancía A y la mercancía B, el lino y la levita, no ocurre, pues, simplemente que la especie mercantil levita, tomada como cuerpo de mercancía, se equipare cualitativamente al lino, sino que lo que se equipara a una determinada cantidad de lino, por ejemplo, 20 codos, es una determinada cantidad de cuerpo de valor o equivalente, por ejemplo, 1 levita.

La igualdad «20 codos de lino = 1 levita, o bien 20 codos de lino valen 1 levita» presupone que haya en 1 levita exactamente tanta substancia de valor como en 20 codos de lino, o sea, que ambas cantidades de mercancía cuesten la misma cantidad de trabajo, el mismo tiempo de trabajo. Pero el tiempo de trabajo necesario para la producción de 20 codos de lino o de 1 levita cambia cada vez que cambia la fuerza

[18] En cierto modo pasa con el hombre como con la mercancía. Puesto que no llega al mundo con ningún espejo, ni tampoco en condición de filósofo fichteano, con su «Yo soy yo», el hombre empieza por reflejarse en otro ser humano. El hombre Peter no se relaciona consigo mismo en cuanto ser humano sino a través de la relación con el hombre Paul. Mas con eso mismo resulta que Paul es para él, con todos sus detalles, con toda su paulina corporeidad, la forma de manifestación del género humano.

*[22] «¡París vale de sobra una misa!» Frase atribuida a Enrique IV de Francia, como comentario a su conversión al catolicismo para salir vencedor de la guerra civil en 1593.

productiva del tejer o de la sastrería. Hay que estudiar ahora más detalladamente la influencia de este cambio en la expresión relativa de la magnitud de valor.

I. Supóngase que el valor del lino cambia [19] mientras que el valor levita permanece constante. Si se duplica el tiempo de trabajo necesario para la producción del lino, a consecuencia, por ejemplo, de la esterilidad del terreno en que se cultiva el lino, se duplica su valor. En vez de 20 codos de lino = 1 levita, tendríamos 20 codos de lino = 2 levitas, porque ahora 1 levita no contiene más que la mitad del tiempo de trabajo contenido en 20 codos de lino. Si, por el contrario, el tiempo de trabajo necesario para la producción del lino disminuye a la mitad, a consecuencia, por ejemplo, de un perfeccionamiento de los telares, el valor del lino disminuye hasta la mitad. Según esto, ahora 20 codos de lino = 1/2 levita. El valor relativo de la mercancía A, esto es, su valor expresado en la mercancía B, aumenta y disminuye, pues, en razón directa del valor de la mercancía A si se mantiene igual el valor de la mercancía B.

II. Supóngase que el valor del lino permanece constante, mientras cambia el valor levita. Si en estas circunstancias se duplica el tiempo de trabajo necesario para la producción de la levita, por causa, por ejemplo, de un esquileo poco productivo, tenemos ahora, en vez de 20 codos de lino = 1 levita, 20 codos de lino = 1/2 levita. Si, por el contrario, el valor de la levita disminuye a la mitad, entonces 20 codos de lino = 2 levitas. Por tanto, si permanece constante el valor de la mercancía A, su valor relativo, su valor expresado en la mercancía B disminuye o aumenta en razón inversa del cambio de valor de B.

Comparando los varios casos incluidos sub I y II, resulta que un mismo cambio de magnitud del valor relativo puede nacer de causas totalmente contrapuestas. Así, partiendo de 20 codos de lino = 1 levita se tiene, 1.º, la igualdad 20 codos de lino = dos levitas ya porque se duplique el valor del lino, ya porque el valor de las levitas disminuya hasta la mitad, y, 2.º, la igualdad 20 codos de lino = 1/2 levita ya porque el valor del lino disminuya en una mitad, ya porque el valor de la levita aumente hasta el doble.

III. Supongamos que las cantidades de trabajo necesarias para la producción de lino y de levitas cambien simultáneamente en el mismo sentido y en la misma proporción. En este caso 20 codos de

[19] La expresión «valor» se utiliza aquí para significar valor cuantitativamente determinado, esto es, magnitud de valor, como ya ha ocurrido antes —dicho sea de paso— algunas veces.

lino = 1 levita, igual que antes, cambien como cambien los valores respectivos. No se descubre el cambio de sus valores sino en cuanto se compara ambas mercancías con una tercera cuyo valor haya permanecido constante. Si los valores de todas las mercancías aumentaran o disminuyeran simultáneamente y en la misma proporción, sus valores relativos se mantendrían inalterados. Su real cambio de valor se apreciaría por el hecho de que ahora se obtendría globalmente en el mismo tiempo de trabajo una cantidad de mercancía mayor o menor que antes.

IV. Supóngase que los tiempos de trabajo respectivamente necesarios para la producción de lino y levita y, por lo tanto, sus valores, cambien simultáneamente y en el mismo sentido, pero en grado desigual, o bien en sentidos contrapuestos, etc. La influencia de todas esas combinaciones posibles en el valor relativo de una mercancía se obtiene sencillamente por aplicación de los casos I, II y III.

Así, pues, los cambios reales de la magnitud de valor no se reflejan ni inequívoca ni completamente en su expresión relativa, en la magnitud del valor relativo. El valor relativo de una mercancía puede cambiar aunque permanezca constante su valor. Su valor relativo puede permanecer constante aunque su valor cambie, y, por último, no es forzoso que coincidan los cambios simultáneos de su magnitud de valor con los de la expresión relativa de esa magnitud.[20]

[20] Nota a la 2.ª ed. Esta incongruencia entre la magnitud de valor y su expresión relativa ha sido aprovechada por la economía vulgar con su habitual agudeza. Ejemplo: «Conceded nada más que A disminuye porque aumenta B, con la cual se intercambia, pese a que mientras tanto no se gasta menos trabajo en A: vuestro principio general del valor se derrumba... Si se reconoce que el valor de B respecto de A disminuye porque aumenta el valor de A respecto de B, se amputa el suelo sobre el cual había levantado Ricardo su gran teorema de que el valor de una mercancía está siempre determinado por la cantidad del trabajo incorporado en ella; pues si un cambio de los costes de A altera no sólo su propio valor respecto de B, con la cual se intercambia, sino también el valor de B respecto de A, pese a no haber habido cambio alguno en la cantidad de trabajo requerido para la producción de B, entonces se derrumba no sólo la doctrina que asegura que la cantidad de trabajo gastado en un artículo regula su valor, sino también la doctrina de que los costes de producción de un artículo regulan su valor.» (J. Broadhurst, *Political Economy,* London 1842, págs. 11, 14.)

Con la misma razón habría podido decir el señor Broadhurst: Considérese las relaciones numéricas 10/20, 10/50, 10/100, etc. El número 10 permanece inalterado y, sin embargo, su magnitud proporcional, su magnitud respecto de los denominadores 20, 50, 100, disminuye constantemente. Por lo tanto, se derrumba el gran principio de que la magnitud de un número entero, como, por ejemplo, 10, se «regula» por el número de unidades contenidas en él.

3. La forma de equivalente

Como se ha visto, cuando una mercancía A (el lino) expresa su valor en el valor de uso de una mercancía de otra especie, B (la levita), imprime a esta última una peculiar forma de valor, la forma de equivalente. La mercancía lino pone de manifiesto su valer a través del hecho de que la levita, sin tener que suponer una forma de valor diferente de su forma corpórea, vale lo mismo que ella. Así, pues, el lino expresa de hecho su propio valer por la circunstancia y en la circunstancia de que la levita es inmediatamente intercambiable con él. Consiguientemente, la forma de equivalente de una mercancía es la forma de su intercambiabilidad inmediata con otra mercancía.

El que una especie de mercancías, como las levitas, sirva de equivalente de otra especie de mercancías, como el lino, y las levitas cobren con ello la propiedad característica de hallarse en una forma inmediatamente intercambiable con el lino no da en modo alguno la proporción en la cual son intercambiables levitas y lino. Puesto que está dada la magnitud de valor del lino, esa proporción depende de la magnitud de valor de las levitas. Ya se exprese la levita como equivalente y el lino como valor relativo, ya se exprese, a la inversa, el lino como equivalente y la levita como valor relativo, la magnitud de valor de la levita está determinada en todos los casos por el tiempo de trabajo necesario para su producción, o sea, con independencia de su forma de valor. Pero en cuanto que la especie de mercancía levita toma en la expresión de valor el lugar del equivalente, su magnitud de valor no tiene ninguna expresión como tal magnitud de valor. Esta especie de mercancía no figura en la ecuación de valor más que como cantidad determinada de una cosa.

Por ejemplo: 40 codos de lino «valen» ¿qué? 2 levitas. Como la especie mercantil levita desempeña aquí el papel de equivalente, como el valor de uso levita funciona como cuerpo de valor respecto del lino, basta una determinada cantidad de levitas para expresar una determinada cantidad de valor de lino. Por eso dos levitas pueden expresar la magnitud de valor de 40 codos de lino, pero no pueden nunca expresar su propia magnitud de valor, la magnitud de valor de levitas. La comprensión superficial de este hecho de que en la ecuación del valor el equivalente no posee nunca sino la forma de una simple cantidad de una cosa, de un valor de uso, ha confundido a Bailey y a muchos de sus seguidores, llevándoles a no ver en la expresión de valor más que una relación cuantitativa. Pero el hecho es que la forma de equivalente de una mercancía no contiene ninguna determinación cuantitativa de valor.

La primera peculiaridad que llama la atención al considerar la forma de equivalente es ésta: un valor de uso se convierte en forma de manifestación de su opuesto, el valor.

La forma natural de la mercancía se convierte en forma de valor. Pero —nota bene— ese quidproquo no se produce para una mercancía B (levita, o trigo, o hierro, etc.) más que dentro de la relación de valor en que entra con ella otra mercancía cualquiera, A (lino, etc.), sólo dentro de esa relación. Como ninguna mercancía se refiere a sí misma como equivalente, o sea, ninguna puede hacer de su propio pellejo natural expresión de su propio valor, tiene que referirse como a equivalente a otra mercancía, tiene que convertir el natural pellejo de otra mercancía en forma de valor suya propia.

Nos ilustrará eso el ejemplo de una medida que conviene a los cuerpos de mercancías en cuanto cuerpos de mercancías, esto es, en cuanto valores de uso. Un pilón de azúcar, como es un cuerpo, gravita y, consiguientemente, tiene peso; pero no es posible percibir con la vista o con el tacto el peso de un pilón de azúcar. Tomamos, entonces, diversos trozos de hierro cuyo peso está determinado previamente. La forma corpórea del hierro tomada en sí misma no es en absoluto forma de manifestación de la gravedad, exactamente igual que ocurre con la del pilón de azúcar. A pesar de ello, para expresar el pilón de azúcar en cuanto grave le ponemos en una relación de peso con el hierro. En esta relación el hierro funciona como cuerpo que no representa absolutamente nada más que gravedad. Por lo tanto, las cantidades de hierro sirven de medida del peso del azúcar y no representan, respecto del cuerpo del azúcar, más que mera forma de la gravedad, forma de manifestación de la gravedad. El hierro no desempeña ese papel más que dentro de esta relación en la cual entra con él el azúcar o cualquier otro cuerpo cuyo peso se trate de averiguar. Si las dos cosas no fueran graves, no podrían entrar en esa relación ni, por lo tanto, podría la una servir de expresión de la gravedad de la otra. Cuando las ponemos ambas en la balanza, vemos efectivamente que son lo mismo en cuanto gravedad y, por lo tanto, que, en determinadas proporciones, son del mismo peso. Del mismo modo que el cuerpo férreo en cuanto medida de peso no representa respecto del pilón de azúcar más que gravedad, así también en nuestra expresión de valor el cuerpo de la levita no representa frente al lino más que valor.

Pero con esto se acaba la analogía. En la expresión de peso del pilón de azúcar el hierro representa una propiedad natural común a

ambos cuerpos, su gravedad; mientras que en la expresión de valor del lino la levita representa una propiedad sobrenatural de ambos: representa su valor, una cosa puramente social.

Ya por el hecho de que la forma relativa de una mercancía —por ejemplo, del lino— expresa su valer como algo del todo distinto de su cuerpo y de sus propiedades —por ejemplo, como cosa igual a levitas—, esta expresión misma indica que está escondiendo una relación social. Y a la inversa por lo que hace a la forma de equivalente. Pues ésta expresa precisamente que un cuerpo de mercancía, una levita, por ejemplo, la cosa tal cual es, expresa valor, es decir, posee por naturaleza forma de valor. Es verdad que esto sólo vale dentro de la relación de valor en la cual la mercancía lino se refiere a la mercancía levita como a equivalente.[21] Pero como las propiedades de una cosa no nacen de su relación con otras, sino que en esta relación no hacen más que actuarse, la levita parece poseer por naturaleza su forma de equivalente, su propiedad de intercambiabilidad inmediata, exactamente igual que su propiedad de ser pesada o de dar calor. Aquí tiene su origen el carácter enigmático de la forma de equivalente, carácter que no salta a la embotada vista burguesa de los cultivadores de la economía política más que en el momento en que esa forma se les enfrenta, ya terminada, en el dinero. Entonces el economista intenta quitarse de encima el carácter místico del oro y de la plata mediante una explicación que consiste en deslizar bajo ellos mercancías menos esplendorosas y canturrear, con satisfacción constantemente renovada, el catálogo de todas las mercancías de a pie que en otros tiempos desempeñaron el papel de equivalente de mercancías. No se da cuenta siquiera de que ya la más sencilla expresión de valor, como 20 codos de lino = 1 levita, plantea el enigma de la forma de equivalente.

El cuerpo de la mercancía que sirve de equivalente vale siempre como encarnación de trabajo abstractamente humano y es siempre producto de un determinado trabajo útil, concreto. Este trabajo concreto

[21] Semejantes determinaciones de la reflexión *[23] tienen siempre su peculiaridad. Tal hombre, por ejemplo, es rey por la única razón de que otros seres humanos se comportan respecto de él como súbditos. Ellos, a la inversa, creen que son súbditos porque el otro es rey.

*[23] «Determinaciones de la reflexión» quiere decir conceptos fijos aplicados a las cosas para comprenderlas en una primera aproximación, prescindiendo de su movimiento, de su cambiar, de su relatividad, de su historia. La noción procede de la filosofía de Hegel.

se convierte, pues, en expresión de trabajo abstractamente humano. Por ejemplo: igual que la levita funciona como mera realización de trabajo abstractamente humano, así también el trabajo sartorio que materialmente se ha realizado en la levita funciona como mera forma de realización de trabajo abstractamente humano. En la expresión de valor del lino, la utilidad de la sastrería no estriba en que hace ropas —y, con los hábitos, también los monjes—, sino en que hace un cuerpo al que se le ve que es valor, o sea, gelatina de trabajo, en nada diferente del trabajo materializado en el valor del lino. Para hacer un espejo así del valor, el trabajo mismo de sastrería no tiene que reflejar nada que no sea su propiedad abstracta de ser trabajo humano.

Fuerza de trabajo humana se gasta en la forma de la sastrería igual que en la forma del tejer. Ambas actividades tienen, por ello, la propiedad general de trabajo humano y es posible, consiguientemente, que en determinados casos —por ejemplo, en la producción de valor— no se tomen en cuenta más que desde ese punto de vista. Nada de eso es misterioso. Pero en la expresión de valor de la mercancía la cosa se retuerce. Para expresar, por ejemplo, que el tejer constituye el valor del lino no en su concreta forma de trabajo textil, sino en su propiedad general de trabajo humano, se le enfrenta el trabajo de sastrería, el trabajo concreto que produce el equivalente del lino, como forma tangible de realización de trabajo abstractamente humano.

Hay, pues, una segunda peculiaridad de la forma de equivalente: que en ella trabajo concreto se convierte en forma de manifestación de su opuesto, de trabajo abstractamente humano.

Pero en cuanto ese concreto trabajo de sastrería funciona como mera expresión de trabajo humano indiferente, posee la forma de igualdad con otro trabajo, el trabajo presente en el lino, y es, por lo tanto, aunque trabajo privado como todo otro trabajo productor de mercancías, también trabajo en forma inmediatamente social. Precisamente por eso se representa en un producto inmediatamente intercambiable con otra mercancía. Es, pues, una tercera peculiaridad de la forma de equivalente el que trabajo privado se convierte en la forma de su opuesto, en trabajo en forma inmediatamente social.

Las dos peculiaridades de la forma de equivalente expuestas en último término se hacen aun más comprensibles remontándonos al gran investigador que analizó por vez primera la forma de valor, como tantas otras formas de pensamiento, sociales y naturales. Se trata de Aristóteles.

Aristóteles empieza por expresar claramente que la forma-dinero de la mercancía no es más que la figura ulteriormente desarrollada de la

forma simple de valor, es decir, de la expresión del valor de una mercancía en cualquier otra mercancía; pues dice así:

«5 lechos = 1 casa»

("Κλίναι πέντε ἀντὶ οἰκίας")

«no se diferencia» de

«5 lechos = tanto dinero»

("Κλίναι πέντε ἀντὶ...ὅσου αἱ πέντε κλίναι").*[24]

También nota que la relación de valor en que se inserta esa expresión de valor condiciona a su vez el que la casa se equipare cualitativamente al lecho, y que esas cosas sensorialmente diferentes no se podrían referir la una a la otra como magnitudes conmensurables si no hubiera una tal igualdad de naturaleza. «El intercambio», dice, «no puede existir sin la igualdad, ni la igualdad sin la conmensurabilidad» ("οὔτ' ἰσότης μὴ οὔσης συμμετρίας"). Pero en este punto se paraliza y renuncia a seguir el análisis de la forma de valor. «Mas es en verdad imposible ("τῇ μὲν οὖν ἀληθείᾳ ἀδύνατον"), que cosas de especies tan diferentes sean conmensurables», es decir, cualitativamente iguales. Su equiparación no puede ser sino ajena a la verdadera naturaleza de las cosas, sólo «recurso para satisfacer la necesidad práctica».

Aristóteles mismo nos dice así por qué fracasa su análisis, a saber: por falta del concepto de valor. ¿Qué es lo igual, la substancia común que representa la casa para la cama en la expresión del valor de la cama? Una cosa así «no puede en verdad existir», dice Aristóteles. ¿Por qué? La casa representa frente a la cama algo igual en la medida en que representa lo que en ambas, la cama y la casa, es realmente igual. Y eso es trabajo humano.

Pero el hecho de que en la forma de los valores de las mercancías se expresan todos los valores como valor humano igual y, por lo tanto, igual en valor, no se podía desprender para Aristóteles de la misma forma de valor porque la sociedad griega se basaba en el trabajo de los esclavos y tenía, consiguientemente, como base natural la desigualdad entre los hombres y, por lo tanto, entre sus fuerzas de trabajo. El

*[24] Algo más literalmente: «'Cinco lechos por una casa' no se diferencia de 'cinco lechos por' otra cosa que valga 'cuanto los lechos'». (*Etica Nicomaquea,* en *Aristotelis opera,* ed. Belli, Oxford 1837, vol. IX, págs. 99 s.)

enigma de la expresión de valor, la igualdad e igual validez de todos los trabajos por ser trabajo humano genérico y en la medida en que lo son, no se puede descifrar hasta que el concepto de la igualdad humana adquiere ya la firmeza de un prejuicio popular. Pero esto no es posible sino en una sociedad en la cual la forma de mercancía es la forma general del producto del trabajo y, por lo tanto, la relación entre los hombres en cuanto poseedores de mercancías es a su vez la relación social dominante. El genio de Aristóteles brilla precisamente en el hecho de haber descubierto en la expresión de valor de las mercancías una relación de igualdad. Sólo la barrera histórica de la sociedad en la que vivía le impide averiguar en qué consiste «en verdad» esa relación de igualdad.

4. El todo de la forma simple de valor

La forma simple de valor de una mercancía está contenida en su relación de valor con una mercancía de diferente especie, o sea, en la relación de intercambio con ella. El valor de la mercancía A se expresa cualitativamente por la intercambiabilidad inmediata de la mercancía B con la mercancía A. Y se expresa cuantitativamente por la intercambiabilidad de una determinada cantidad de la mercancía B con la cantidad dada de la mercancía A. Dicho con otras palabras: el valor de una mercancía se expresa propiamente por su representación como «valor de cambio». Al comienzo de este capítulo se dijo, siguiendo el modo corriente de hablar, que la mercancía es valor de uso y valor de cambio; hablando con propiedad, eso es falso. La mercancía es valor de uso u objeto de uso, por una parte, y «valor» por otra. Y se representa como esa cosa doble que es en cuanto que su valor posee una forma de manifestación propia, diferente de su forma natural, a saber, la forma de valor de cambio, y nunca posee esta forma si se la considera aisladamente, sino siempre y sólo en la relación de valor o intercambio con otra mercancía de especie diferente. Pero, sabido esto, aquel modo corriente de hablar no causa ningún perjuicio, sino que sirve para abreviar.

Nuestro análisis ha probado que la forma de valor, la expresión de valor de la mercancía, nace de la naturaleza del valor de la mercancía, y no, a la inversa, el valor y la magnitud de valor de su modo de expresión en cuanto valor de cambio. Pero esta confusión es la ilusión precisamente de los mercantilistas y de los que modernamente están

recalentando sus manjares, como Ferrier, Ganilh, etc.,[22] así como la de sus antípodas, los modernos commis-voyageurs del librecambismo, como Bastiat y compañía. Los mercantilistas acentúan el aspecto cualitativo de la expresión de valor, lo que implica acentuar la forma de equivalente de la mercancía, que tiene su forma perfecta en el dinero; en cambio, los modernos viajantes del librecambio, obligados a dar salida a su artículo a cualquier precio, de puerta en puerta, acentúan el lado cuantitativo de la forma relativa de valor. Consiguientemente, para ellos el valor y la magnitud de valor de la mercancía no existen más que en su expresión por la relación de intercambio, en el boletín de precios corrientes de la jornada. El escocés Macleod, ejerciendo su función de presentar con el mayor brillo erudito posible las enredadas ideas de Lombard-Street,*[25] constituye la síntesis más lograda de mercantilista supersticioso e ilustrado vendedor a domicilio del librecambio.

La consideración atenta de la expresión de valor de la mercancía A contenida en la relación de valor con la mercancía B ha mostrado que en el seno de esa expresión tal forma natural de la mercancía A funciona sólo como figura de valor de uso, mientras que la forma natural de la mercancía B funciona sólo como forma de valor, como figura de valor. Así, pues, la contraposición interna de valor de uso y valor envuelta en la mercancía se representa mediante una contraposición externa, esto es, mediante la relación entre dos mercancías, relación en la cual una de las mercancías, aquella *cuyo* valor se trata de expresar, funciona sólo como valor de uso, y la otra, en cambio, aquella *en la cual* se trata de expresar valor, funciona sólo como valor de cambio. La forma de valor simple de una mercancía es, pues, la forma simple de manifestación de la contraposición, en ella contenida, de valor de uso y valor.

En todas las circunstancias sociales el producto del trabajo es objeto de uso, pero sólo una época históricamente determinada de la evolución —la época que representa el trabajo gastado en la producción de una cosa de uso como propiedad «objetiva» de esa cosa, o sea, como valor de esa cosa— transforma el producto del trabajo en mercancía. De eso se desprende que la forma simple de valor de la mercancía es al mismo tiempo la forma simple de valor del producto del trabajo, o sea,

[22] Nota a la 2.ª ed. F. L. A. Ferrier (sous-inspecteur des douanes), *Du Gouvernement considéré dans ses rapports avec le commerce,* Paris 1805, y Charles Ganilh, *Des Systèmes d'Économie Politique,* 2ème éd., Paris 1821.

*[25] Domicilio entonces de importantes sociedades comerciales y bancarias.

que la historia de la forma mercancía coincide con la historia de la forma valor.

Un vistazo basta para apreciar la insuficiencia de la forma simple de valor, forma germinal que no madura en forma de precio sino luego de pasar por una serie de metamorfosis.

La expresión del valor de la mercancía A en una mercancía cualquiera, B, distingue el valor de A sólo de su propio valor de uso y, por lo tanto, no hace más que poner la mercancía A en una relación de intercambio con otra especie singular cualquiera de mercancías diferente de ella misma, en vez de representar su igualdad cualitativa y su proporcionalidad cuantitativa con todas las demás mercancías. A la forma de valor simple relativa de una mercancía corresponde la forma singular de equivalente de otra mercancía. Así, por ejemplo, en la expresión de valor relativa del lino la levita no posee forma de equivalente, forma de intercambiabilidad inmediata, más que respecto de la especie singular de mercancía que es el lino.

Pero la forma singular de valor pasa por sí misma a una forma más completa. Por medio de esta forma, ciertamente, el valor de una mercancía A se sigue expresando sólo en una mercancía de otra especie. Pero es del todo indiferente la especie de esta segunda mercancía: levita, hierro, trigo, etc. De modo que, según que una misma mercancía entre en una relación de valor con una u otra especie de mercancías, surgen diferentes expresiones simples de valor.[22a] El número de las expresiones de valor posibles de esa mercancía queda limitado sólo por el número de especies de mercancías diferentes de la de ella. Por eso su expresión de valor aislada se transforma en la serie, siempre ampliable, de sus diferentes expresiones simples de valor.

B) La forma de valor total, o desplegada

z mercancía A $=$ u mercancía B, o $=$ v mercancía C,
o $=$ w mercancía D, o $=$ x mercancía E, o $=$ etc.

(20 codos de lino=1 levita, o=10 libras de té, o=40 libras de café,
o=1 quarter de trigo, o=2 onzas de oro, o=1/2 tonelada de hierro, o etc.)

[22a] Nota a la 2.ª ed. En Homero, por ejemplo, el valor de una cosa se expresa en una serie de cosas diferentes.

1. *La forma de valor desplegada relativa*

Ahora el valor de una mercancía, del lino, por ejemplo, está expresado en otros innumerables elementos del mundo de las mercancías. Todo otro cuerpo de mercancía se convierte en espejo del valor lino.[23] Entonces es cuando de verdad este valor mismo aparece como jalea de indistinto trabajo humano. Pues el trabajo que lo constituye está ahora explícitamente representado como trabajo al que equivale cualquier otro trabajo humano, cualquiera que sea su forma natural e independientemente de que se materialice en levita, trigo, hierro, oro, etc. El lino, pues, no está ahora en relación, por su forma de valor, sólo con una única especie diferente de mercancía, sino con el mundo de las mercancías. En cuanto mercancía es él mismo ciudadano de ese mundo. Al mismo tiempo, la serie sin fin de sus expresiones implica que el valor de mercancía es indiferente respecto de la forma particular del valor de uso en el que aparezca.

En la primera forma —20 codos de lino = 1 levita— puede ser un hecho casual el que esas dos mercancías resulten intercambiables en una determinada razón cuantitativa. En cambio, en la segunda forma se transluce en seguida un transfondo esencialmente distinto de la manifestación casual y que determina a ésta. El valor del lino sigue siendo de la misma magnitud aunque se represente en levitas, café, hierro, etc., en innumerables mercancías diferentes y propias de los más diversos poseedores. Ahora desaparece la relación casual entre dos poseedores individuales de mercancías. Ahora se pone de manifiesto que no es el intercambio lo que regula la magnitud de valor de la mercancía, sino,

[23] Por eso se habla de valor-levita del lino cuando se expresa su valor en levitas, de su valor-trigo cuando se representa en trigo, etc. Cada una de esas expresiones dice que es su valor lo que aparece en los valores de uso levita, trigo, etc. «Puesto que el valor de cada mercancía designa su relación en el intercambio, podemos designarlo como ... valor-trigo, valor-paño, según la mercancía con que se compare; y por eso hay mil especies diferentes de valores, tantas como mercancías, y todas son por igual reales y por igual nominales.» (*A Critical Dissertation on the Nature, Measures, and Causes of Value; chiefly in reference to the writings of Mr. Ricardo and his followers. By the Author of Essays on the Formation etc. of Opinions,* London 1825, pág. 39.) S. Bailey, autor de este escrito anónimo que armó en su época mucho ruido en Inglaterra, se imagina que con esa alusión a las variadísimas expresiones relativas de un mismo valor de mercancía aniquila todas las determinaciones conceptuales del valor. Por lo demás, la irritación con que le atacó la escuela de Ricardo —por ejemplo, en la *Westminster Review*— muestra que, a pesar de su torpeza, dio con puntos débiles de la teoría ricardiana.

a la inversa, la magnitud de valor de la mercancía la que regula sus relaciones de intercambio.

2. *La forma particular de equivalente*

Cada mercancía —levita, té, trigo, hierro, etc.— funciona en la expresión de valor del lino como equivalente y, por lo tanto, como cuerpo de valor. La forma natural determinada de cada una de esas mercancías es ahora una forma de equivalente particular, al lado de muchas otras. Así también, las múltiples especies determinadas, útiles, concretas de trabajo, contenidas en los diferentes cuerpos de mercancías, funcionan ahora como otras tantas formas particulares de realización o manifestación de trabajo humano sin más.

3. *Deficiencias de la forma de valor total o desplegada*

En primer lugar, la expresión de valor relativa de la mercancía es imperfecta, porque su serie de exposición no se termina nunca. Esta cadena, en la cual una equivalencia se articula con otra que la sigue, se puede alargar siempre con toda nueva especie de mercancía que aparezca y suministre el material de una nueva expresión de valor. En segundo lugar, esa cadena es un abigarrado mosaico de expresiones de valor diferentes y discrepantes. Y, por último, si el valor relativo de cada mercancía se expresa, como por fuerza ha de ocurrir, en esa forma desplegada, entonces la forma de valor relativa de cada mercancía es una serie infinita de expresiones de valor, diferente de la forma de valor relativa de cualquier otra mercancía.

Las deficiencias de la forma desplegada relativa de valor se reflejan en la forma de equivalente que le corresponde. Como la forma natural de cada especie individual de mercancías es en este caso una forma de equivalente particular junto a otras innumerables formas particulares de equivalente, no existen más que formas de equivalente limitadas, cada una de las cuales excluye a las demás. Así también, la especie de trabajo útil determinada, concreta, contenida en cada particular equivalente de mercancía es sólo forma de manifestación particular de trabajo humano, o sea, forma que no lo abarca todo. Es verdad que el trabajo humano tiene su forma de manifestación completa o total en el ámbito conjunto de aquellas particulares formas de manifestación. Pero así no posee ninguna forma de manifestación unitaria.

La forma desplegada relativa de valor no consta sino de una suma

de expresiones simples relativas de valor, ecuaciones, esto es, de la primera forma, como las siguientes:

20 codos de lino = 1 levita
20 codos de lino = 10 libras de té, etc.

Pero cada una de esas igualdades contiene a su vez, simétricamente, la ecuación idéntica:

1 levita = 20 codos de lino
10 libras de té = 20 codos de lino, etc.

Efectivamente: cuando un hombre cambia su lino por muchas otras mercancías y, por lo tanto, expresa su valor en una serie de otras mercancías, los otros muchos propietarios de mercancías tienen que cambiar inevitablemente sus mercancías por lino y, por lo tanto, expresar los valores de sus diferentes mercancías en una misma tercera mercancía, que es el lino.

Y así, si invertimos la serie 20 codos de lino = 1 levita, o 10 libras de té, o = etc., esto es, si expresamos la relación conversa ya contenida materialmente en la serie, obtenemos:

C) La forma de valor general

1 levita	=		
10 libras de té	=		
1 quarter de trigo	=		
2 onzas de oro	=	}	20 codos de lino
40 libras de café	=		
1/2 tonelada de hierro	=		
x mercancía A	=		
etc. mercancía	=		

1. Cambio de carácter de la forma de valor

Ahora las mercancías presentan su valor (1°) simplemente, porque lo hacen en una sola mercancía, y (2°) unitariamente, porque lo hacen en la misma mercancía. Su forma de valor es simple y común, general por lo tanto.

Las formas I y II no llegaban más que a expresar el valor de una mercancía como algo distinto de su propio valor de uso o cuerpo de mercancía.

La primera forma arrojaba ecuaciones de valor como 1 levita = 20 codos de lino, 10 libras de té = 1/2 tonelada de hierro, etc. El valor levita se expresa como cosa igual al lino, el valor té como cosa igual al hierro, etc., pero esas expresiones de valor de levitas y té —cosa igual al lino, cosa igual al hierro— son tan diferentes entre sí como el lino y el hierro. Es evidente que esta forma no se presenta más que en los primeros comienzos, cuando los productos del trabajo no se convierten en mercancías más que por obra de un intercambio casual y ocasional.

La segunda forma distingue más completamente que la primera entre el valor de una mercancía y su valor de uso, pues, por ejemplo, el valor de la levita se enfrenta ahora a su forma natural en todas las formas posibles: como cosa igual al lino, como cosa igual al hierro, como cosa igual al té, etc., como cualquier cosa, salvo como cosa levita. Por otra parte, queda propiamente excluida toda expresión común de valor de las mercancías, pues en la expresión de valor de cada mercancía las demás mercancías no aparecen ahora más que en forma de equivalentes. En la realidad, la forma desplegada de valor aparece en cuanto que un producto del trabajo —el ganado, por ejemplo— se empieza a cambiar por otras varias mercancías no ya excepcionalmente, sino de modo habitual.

La forma nuevamente conseguida expresa los valores del mundo de las mercancías en una especie de mercancía única, siempre la misma y segregada de ese mundo —lino, por ejemplo—, y representa así los valores de todas las mercancías por su igualdad con el lino. Ahora el valor de cada mercancía, en cuanto cosa igual al lino, es distinto no sólo de su propio valor de uso, sino también de todo valor de uso, y precisamente por eso está expresado como aquello que es común a esa mercancía y a todas las demás. Por lo tanto, ésta es finalmente la forma que refiere realmente las mercancías unas a otras en cuanto valores, la forma que las hace aparecer como valores de cambio unas de otras.

Las dos primeras formas expresan en cada caso el valor de una mercancía, ya en una sola mercancía de especie diferente, ya en una serie de muchas mercancías diferentes de ella. Las dos veces se trata, por decirlo así, del asunto personal de una sola mercancía que se procura una forma de valor, y lo consigue sin intervención de las demás mercancías. La forma general de valor no nace, por el contrario, sino como

obra conjunta del mundo de las mercancías. Una mercancía consigue expresión de valor general sólo porque al mismo tiempo todas las demás mercancías expresan su valor en el mismo equivalente, hasta el punto de que cualquier especie nueva de mercancía que aparezca tiene que imitar ese procedimiento. Así apunta el hecho de que la materialidad del valor de las mercancías, como es la «existencia meramente social» de esas cosas, no se puede expresar más que por medio de su relación social omnilateral y que, por lo tanto, su forma de valor tiene que ser forma socialmente válida.

Ahora todas las mercancías aparecen en la forma de cosa igual al lino no sólo en el sentido de la igualdad cualitativa, como valores en general, sino también y al mismo tiempo como magnitudes de valor cuantitativamente comparables. Como reflejan sus magnitudes de valor en un solo y mismo material —el lino—, reflejan esas magnitudes de valor recíprocamente. Por ejemplo: 10 libras de té = 20 codos de lino, y 40 libras de café = 20 codos de lino; por lo tanto, 10 libras de té = 40 libras de café. O bien: en 1 libra de café no hay más que 1/4 de la substancia de valor, del trabajo que hay en 1 libra de té.

La forma general relativa de valor del mundo de las mercancías imprime a la mercancía equivalente segregada de ese mundo, el lino, el carácter de equivalente general. Su propia forma natural es la figura de valor común a ese mundo; por eso el lino es directamente intercambiable con todas las demás mercancías. Su forma corpórea funciona como encarnación visible, crisálida social general de todo trabajo humano. El tejer, el trabajo privado que produce el lino, se encuentra al mismo tiempo en forma social general, en la forma de la igualdad con todos los demás trabajos. Las innumerables igualdades de que consta la forma de valor general van igualando sucesivamente el trabajo realizado en el lino con el trabajo contenido en cualquier otra mercancía y así hacen del tejer la forma general de manifestación del trabajo humano sin más. De este modo el trabajo materializado en el valor de las mercancías no se representa sólo negativamente, como trabajo en el cual se hace abstracción de todas las formas concretas y todas las propiedades útiles de los trabajos reales, sino que destaca explícitamente también su propia naturaleza positiva. Ésta es la reducción de todos los trabajos reales al carácter, común a todos ellos, de trabajo humano; la reducción de todos los trabajos reales a gasto de fuerza de trabajo humana.

La forma general de valor, que presenta los productos del trabajo como meros coágulos de trabajo humano indiferenciado, muestra, ya

por su propia armazón, que es expresión social del mundo de las mercancías. De este modo revela el hecho de que dentro de ese mundo el carácter general humano del trabajo constituye el carácter específicamente social del trabajo.

2. *Correlación de desarrollo entre la forma de valor relativa y la forma de equivalente*

Al grado de desarrollo de la forma de valor relativa corresponde el grado de desarrollo de la forma de equivalente. Pero el desarrollo de la forma de equivalente —vale la pena notarlo— no es más que expresión y resultado del desarrollo de la forma de valor relativa.

La forma de valor relativa simple o aislada de una mercancía constituye a otra mercancía en equivalente único, aislado. La forma desplegada del valor relativo —expresión del valor de una mercancía en todas las demás mercancías— imprime en las demás la forma de diversos equivalentes particulares. Por último, una particular especie de mercancías cobra la forma general de equivalente cuando y porque todas las demás mercancías la convierten en material de su propia forma de valor general y unitaria.

Pero en la misma medida en que se desarrolla la forma de valor como tal se despliega también la contraposición entre sus dos polos, entre la forma de valor relativa y la forma de equivalente.

Ya la primera forma —20 codos de lino = 1 levita— contiene esa contraposición, pero todavía no la fija. Según que la igualdad se lea de izquierda a derecha o de derecha a izquierda, cada una de las dos mercancías términos de la relación, como el lino y la levita, se encuentran, con la misma facilidad, ya en la forma relativa de valor, ya en la forma de equivalente. En este caso cuesta todavía trabajo aferrar la contraposición polar.

En la forma II una especie de mercancía puede desplegar totalmente en cada caso su valor relativo, o sea, una especie de mercancías posee forma de valor relativa y desplegada, exclusivamente porque y en la medida en que todas las demás mercancías se encuentran frente a ella en la forma de equivalente. En este caso no es posible trastocar los dos lados de la ecuación de valor —como 20 codos de lino = = 1 levita, o = 10 libras de té, o = 1 cuarterón de trigo, etc.— sin alterar su carácter global, pasándola de la forma de valor total a la forma general.

Por último, la última forma, la forma III, da al mundo de las mer-

cancías forma de valor relativa universalmente social porque y en la medida en que todas las mercancías que pertenecen a ese mundo, con una excepción única, quedan excluidas de la forma general de equivalente. Por lo tanto, hay una mercancía —el lino— que se encuentra en la forma de la intercambiabilidad inmediata con todas las demás mercancías, o sea, en forma inmediatamente social, porque y en la medida en que ninguna de las demás mercancías se encuentra también en esa forma.[24]

A la inversa: la mercancía que figura como equivalente general queda excluida de la forma relativa de valor unitaria y, por lo tanto, general del mundo de las mercancías. Si el lino —quiere decirse: cualquier mercancía que se encuentre en forma general de equivalente— participara también al mismo tiempo de la forma de valor relativa general, tendría que funcionar como equivalente de sí misma. Y entonces obtendríamos: 20 codos de lino = 20 codos de lino; lo cual es una tautología con la que no se expresa ni valor ni magnitud de valor. Es la forma III la que hay que invertir para expresar el valor relativo del equivalente general. El equivalente general no posee ninguna forma

[24] En modo alguno se ve sin más, por la mera forma de la intercambiabilidad inmediata general, que ésta sea una forma mercantil internamente contrapuesta, tan inseparable de la forma de la intercambiabilidad no inmediata como lo es la positividad de un polo magnético de la negatividad del otro. Por eso puede uno imaginarse que es posible aplicar a todas las mercancías al mismo tiempo la impronta de la intercambiabilidad inmediata, del mismo modo que se produce la ilusión de que es posible convertir a todos los católicos en papas. Como es natural, para el pequeño burgués que ve en la producción mercantil el non plus ultra de la libertad humana y de la independencia individual, sería muy deseable estar por encima de las malas consecuencias de esa norma, entre otras y principalmente de la intercambiabilidad no inmediata de las mercancías. Precisamente la detallada pintura de esa utopía cursi es el socialismo de Proudhon, el cual, como lo he mostrado en otro sitio,*[26] ni siquiera tiene el mérito de la originalidad, sino que, al contrario, había sido desarrollado mucho mejor y antes que por él por Gray, Bray y otros. De todos modos, eso no impide a semejante sabiduría florecer hoy en día en ciertos ambientes con el nombre de «science». No hay escuela que se haya pavoneado jamás tanto como la proudhoniana con la palabra «science», porque

«donde faltan conceptos,
con oportunidad acude una palabra».*[27]

---

*[26] Karl Marx, *Misère de la Philosophie. Réponse à la philosophie de la misère de M. Proudhon,* Paris, Bruxelles, 1847, cap. 1 (OME 8).

*[27] Goethe, *Faust,* I. Teil, Studierzimmer, versos 1995-1996. La cita debe de ser de memoria, porque le faltan unas palabras: «Pues justo donde faltan conceptos / Con oportunidad acude una palabra.»

de valor relativa común a él mismo y a las demás mercancías, sino que su valor se expresa relativamente en la serie infinita de todos los demás cuerpos de mercancías. De esta manera la forma relativa desplegada de valor, la forma II, se presenta ahora como específica forma de valor relativa de la mercancía equivalente general.

3. *Transición de la forma de valor general a la forma de dinero*

La forma general de equivalente es una forma del valor sin más. Por lo tanto, puede recaer en cualquier mercancía. Por otra parte, una mercancía se encuentra en forma general de equivalente (en forma III) porque y en la medida en que queda segregada como equivalente por todas las demás mercancías. Pues bien: la forma de valor relativa unitaria del mundo de las mercancías no adquiere solidez objetiva y general validez social más que a partir del momento en que dicha segregación se limita definitivamente a una especie determinada de mercancías.

La especie determinada de mercancías con cuya forma natural se funde socialmente la forma de equivalente en el curso del crecimiento de la sociedad se convierte en mercancía-dinero, esto es, funciona como dinero. Su función social específica, y, por lo tanto, su monopolio social pasa a ser el desempeñar dentro del mundo de las mercancías el papel de equivalente general. Históricamente, una determinada mercancía ha conquistado ese lugar privilegiado entre las mercancías que en la forma II figuran como equivalentes particulares del lino y en la forma III expresan juntas su valor relativo en el lino: el oro. Y así, si en la forma III colocamos la mercancía oro en el lugar de la mercancía lino, obtenemos:

D) La forma de dinero

20 codos de lino	=	2 onzas de oro
1 levita	=	
10 libras de té	=	
40 libras de café	=	
1 quarter de trigo	=	
1/2 tonelada de hierro	=	
x mercancía A	=	

Alteraciones esenciales se producen en la transición de la forma I a la foma II, y en la de la forma II a la forma III. En cambio, esta forma IV no se diferencia en nada de la forma III, salvo por el hecho de que es ahora el oro, en vez del lino, el que posee la forma general de equivalente. El oro es en la forma IV exactamente lo que era el lino en la forma III: equivalente general. El progreso estriba exclusivamente en que ahora la forma de la intercambiabilidad general inmediata, o sea, la forma general de equivalente, se ha fundido definitivamente, por hábito social, con la forma natural específica de la mercancía oro.

El que el oro se enfrente a las demás mercancías a título de dinero se debe a que antes ya se encontró frente a ellas a título de mercancía. Al igual que todas las demás mercancías, ya antes había funcionado como equivalente, como equivalente singular en actos sueltos de intercambio o como equivalente particular junto con otros equivalentes mercantiles. A lo largo del tiempo fue funcionando como equivalente general en ámbitos más o menos reducidos o amplios. Y en cuanto que conquista el monopolio de esa posición en la expresión de valor del mundo de las mercancías, se convierte en mercancía-dinero; y sólo a partir del momento en que se ha convertido el oro en mercancía-dinero, la forma IV se diferencia de la forma III, esto es, la forma general de valor se convierte en la forma de dinero.

La expresión de valor relativa simple de una mercancía —del lino, por ejemplo— en la mercancía que funciona ya como mercancía dinero —el oro, por ejemplo— es la forma de precio. La «forma de precio» del lino es, por lo tanto:

20 codos de lino = 2 onzas de oro,

o bien, si 2 libras esterlinas son el nombre monetario de 2 onzas de oro:

20 codos de lino = 2 libr. est.

La dificultad del concepto forma de dinero se reduce, pues, a la dificultad de captar la forma general de equivalente, esto es, la forma general de valor, la forma III. Pero la forma III se resuelve en la forma II, forma desplegada de valor; y el elemento constitutivo de esta forma II es la forma I: 20 codos de lino = 1 levita, o sea, x mercancía A = y mercancía B. Por lo tanto, la forma mercantil simple es el germen de la forma de dinero.

4. *El carácter de fetiche de la mercancía y su secreto*

A primera vista, una mercancía parece una cosa obvia, trivial. Su análisis indica que es una cosa complicadamente quisquillosa, llena de sofística metafísica y de humoradas teológicas. En la medida en que es valor de uso no tiene nada de misterioso, igual si la contemplo desde el punto de vista de que por sus propiedades satisface necesidades humanas que si considero que no cobra esas propiedades más que como producto de trabajo humano. Es claro sin más que el hombre altera con su actividad las formas de las materias naturales de un modo conveniente para él. Así, por ejemplo, se altera la forma de la madera cuando se hace de ésta una mesa. Pero a pesar de ello la mesa sigue siendo madera, una ordinaria cosa sensible. En cambio, en cuanto que se presenta como mercancía se convierte en una cosa sensiblemente suprasensible. No sólo descansa ya la mesa con sus patas en el suelo, sino que, además, se pone patas arriba frente a todas las demás mercancías, mientras su cabeza de madera emite caprichos más maravillosos que las espontáneas danzas que emprenden algunas mesas.[25]

Así, pues, el carácter místico de la mercancía no brota de su valor de uso. Tampoco nace del contenido de las determinaciones de valor. Pues, en primer lugar, por diferentes que sean los trabajos útiles, las actividades productivas, es una verdad fisiológica que todos ellos son funciones del organismo humano, y que cada una de esas funciones, cualesquiera que sean su contenido y su forma, es esencialmente gasto de cerebro, nervio, músculo, órgano sensible, etc., humano. En segundo lugar, por lo que hace a la base de la determinación de la magnitud de valor, la duración de aquel gasto, la cantidad de trabajo, resulta que la cantidad se puede distinguir de la cualidad del trabajo hasta tangible-

[25] Se recordará que China y las mesas empezaron a danzar cuando todo el resto del mundo parecía quieto y silencioso: pour encourager les autres.*[28]

---

*[28] Alusión a la rebelión de Taiping, considerable movilización revolucionaria, principalmente campesina, contra el antiguo régimen chino. El movimiento, que duró casi quince años, estalló en 1850, poco después de la derrota o la asimilación de las revoluciones europeas de 1848/49. Ése es el sentido de la frase «cuando el resto del mundo parecía quieto y silencioso». Lo de las mesas que bailan es alusión a la oleada espiritista que inundó Europa al agotarse en 1848/49 la fase revolucionaria comenzada en 1830.

mente. En todas las circunstancias ha tenido que interesar a los hombres el tiempo de trabajo que cuesta la producción de los alimentos, aunque su interés al respecto no haya sido el mismo en los diferentes estadios de la evolución.[26] Y, por último, en cuanto que los hombres empiezan de un modo u otro a trabajar los unos para los otros, su trabajo adquiere también una forma social.

¿De dónde viene, pues, el carácter enigmático del producto del trabajo en cuanto que toma forma de mercancía? Evidentemente, de esa forma misma. La igualdad de los trabajos humanos cobra la forma objetiva de una igualdad de materialidad de valor de los productos del trabajo; la medida del gasto de fuerza de trabajo humana por su duración cobra la forma de magnitud de valor de los productos del trabajo; y, por último, las relaciones entre los productores, relaciones en el seno de las cuales se actúan aquellas determinaciones sociales de sus trabajos, cobran la forma de una relación social entre los productos del trabajo.

Lo enigmático de la forma mercancía consiste, pues, simplemente en que devuelve a los hombres la imagen de los caracteres sociales de su propio trabajo deformados como caracteres materiales de los productos mismos del trabajo, como propiedades naturales sociales de esas cosas; y, por lo tanto, refleja también deformadamente la relación social de los productores con el trabajo total en forma de una relación social entre objetos que existiera fuera de ellos. A través de este quid-proquo los productos del trabajo se convierten en mercancías, en cosas sensiblemente suprasensibles, en cosas sociales. De modo análogo, el estímulo luminoso de una cosa sobre el nervio óptico no se presenta como estimulación subjetiva del nervio óptico, sino como forma material de una cosa situada fuera del ojo. Pero en la visión hay realmente luz reflejada por una cosa, el objeto externo, hacia otra, el ojo. Hay una relación física entre cosas físicas. En cambio, la forma mercancía y la relación de valor de los productos del trabajo en la que aquella se expresa no tienen absolutamente nada que ver con su naturaleza física ni con las relaciones materiales que brotan de ella. Lo

[26] Nota a la segunda edición. Entre los antiguos germanos la extensión de una fanega <Morgen> de tierra se calculaba por el trabajo de un día, por lo que se la llamaba Tagwerk <faena diaria> (y también Tagwanne) (jurnale o jurnalis, terra jurnalis, jurnalis o diurnalis), Mannwerk <faena de un hombre>, Mannskraft <fuerza de un hombre>, Mannsmaad <siega de un hombre>, Mannshauet <corte de un hombre>, etc. Ver GEORG LUDWIG VON MAURER, *Einleitung zur Geschichte der Mark-, Hof-, usw. Verfassung,* München 1854, págs. 129 s.

que para los hombres asume aquí la forma fantasmagórica de una relación entre cosas es estrictamente la relación social determinada entre los hombres mismos. Por eso, si se quiere encontrar una analogía adecuada hay que recurrir a la región nebulosa del mundo religioso. En éste los productos de la cabeza humana aparecen como figuras autónomas, dotadas de vida propia, con relaciones entre ellas y con los hombres. Así les ocurre en el mundo de las mercancías a los productos de la mano humana. Digo que esto es el fetichismo que se les pega a los productos del trabajo en cuanto que se producen como mercancías y que, por lo tanto, es inseparable de la producción mercantil.

Este carácter de fetiche del mundo de las mercancías nace —como ya lo ha mostrado el anterior análisis— del peculiar carácter social del trabajo productor de mercancías.

Los objetos de uso no se convierten en mercancías sino porque son productos de trabajos privados realizados con independencia los unos de los otros. El complejo de esos trabajos privados constituye el trabajo social global. Como los productores no entran en contacto social sino a través del intercambio de los productos de sus trabajos, tampoco los caracteres específicamente sociales de sus trabajos privados aparecen sino dentro de ese intercambio. Dicho de otro modo: los trabajos privados no se actúan de hecho como miembros del trabajo social global más que a través de las relaciones en las que el intercambio pone a los productos del trabajo y, mediante ellos, a los productores. Por eso a estos últimos las relaciones sociales entre sus trabajos privados se les aparecen como lo que son, esto es, no como relaciones sociales inmediatas entre las personas mismas en sus trabajos, sino más bien como relaciones materiales entre las personas y relaciones sociales entre las cosas.

Sólo dentro de su intercambio cobran los productos del trabajo una materialidad de valor socialmente igual, separada de sus materialidades de uso sensorialmente diversas unas de otras. Esta escisión del producto del trabajo en cosa útil y cosa-valor no se actúa prácticamente más que a partir del momento en que el intercambio consigue ya extensión e importancia bastantes como para que se produzcan cosas útiles para el intercambio, de modo que el carácter de valor de las cosas importe ya en su misma producción. A partir de ese momento, los trabajos privados de los productores cobran efectivamente un carácter social doble. Por una parte, en cuanto trabajos útiles determinados, tienen que satisfacer una determinada necesidad social y confirmarse así como miembros del trabajo global, del sistema espontáneo de división social del trabajo. Por otra parte, no satisfacen las múltiples necesidades de sus

propios productores más que en la medida en que cada particular trabajo privado útil es intercambiable con cualquier otra especie de trabajo privado útil, o sea, en la medida en que es equivalente al otro. La igualdad entre trabajos diferentes toto cœlo no puede consistir más que en una abstracción de su desigualdad real, en la reducción de todos ellos al carácter común que poseen en cuanto gasto de fuerza de trabajo humana, trabajo humano abstracto. El cerebro de los productores privados no refleja ese carácter social doble de sus trabajos privados sino en las formas que aparecen en el tráfico práctico, en el intercambio de productos, a saber: el carácter socialmente útil de sus trabajos privados en la forma de la exigencia de que el producto del trabajo sea útil, y útil precisamente para otras personas; y el carácter social de la igualdad entre los trabajos de especies diferentes en la forma de un común carácter de valor de esas cosas materialmente diversas unas de otras, los productos del trabajo.

Así, pues, el que los hombres relacionen los productos de sus trabajos como valores no se debe a que esas cosas sean para ellos meros caparazones materiales de un trabajo humano homogéneo. Al revés. Los hombres equiparan sus diferentes trabajos en cuanto trabajo humano porque equiparan en el intercambio sus heterogéneos productos como valores. No lo saben, pero lo hacen.[27] El valor, pues, no lleva escrito en la frente lo que es. Antes al contrario: el valor convierte cada producto del trabajo en un jeroglífico social. Luego los hombres intentan descifrar el sentido del jeroglífico, dar la vuelta al secreto de su propio producto social: pues la determinación de los objetos de uso como valores es tan producto social suyo como el lenguaje. El tardío descubrimiento científico de que los productos del trabajo son, en cuanto valores, meras expresiones cosificadas del trabajo humano gastado en su producción es un descubrimiento que hace época en la historia evolutiva de la humanidad, pero no disipa en absoluto la apariencia material de los caracteres sociales del trabajo. Un hecho que sólo se impone en esta particular forma de producción que es la producción de mercancías —el hecho, esto es, de que el carácter específicamente social de los trabajos privados y recíprocamente independientes consiste en su igualdad en cuanto trabajo humano y toma la forma de carácter

[27] Nota a la 2.ª ed. Por eso cuando Galiani dice que el valor es una relación entre personas —«La Richezza è una ragione tra due persone»— tendría que añadir que es una razón o relación escondida en una cáscara de cosa. (Galiani, *Della Moneta,* pág. 221 del tomo III de edición por Custodi de los *Scrittori Classici Italiani di Economia Politica,* Parte Moderna, Milano 1803.)

de valor de los productos del trabajo— sigue presentándose a los hombres cogidos en las relaciones y circunstancias de la producción mercantil, incluso después de aquel descubrimiento, como una cosa tan definitiva como la circunstancia de que el análisis científico del aire en sus elementos no impide que la forma aire siga existiendo como forma material física.

Lo que por de pronto interesa prácticamente a los que intercambian productos es la cuestión de cuántos productos ajenos obtienen por su producto propio, o sea, en qué proporciones cambian los productos. En cuanto que estas proporciones cuajan en una cierta fijeza consuetudinaria, parecen brotar de la naturaleza de los productos del trabajo, de modo que, por ejemplo, una tonelada de hierro y 2 onzas de oro parecen valer lo mismo por la misma razón que una libra de oro y una libra de hierro pesan lo mismo a pesar de sus diferentes propiedades físicas y químicas. En realidad, el carácter de valor de los productos del trabajo no se afianza sino por la actuación de estos productos como magnitudes de valor. Estas últimas cambian constantemente, con independencia de la voluntad, la previsión y la actividad de los sujetos del intercambio. Para estos sujetos el movimiento social de las magnitudes de valor tiene la forma de un movimiento de cosas bajo cuyo control se encuentran ellos mismos, en vez de controlarlas. Hace falta que se haya desarrollado plenamente la producción mercantil para que de la experiencia misma crezca la comprensión científica de que los trabajos privados —realizados en independencia recíproca, pero en interdependencia por todos lados, como miembros espontáneos que son de la división social del trabajo— se reducen constantemente a su medida socialmente proporcional porque en las relaciones de intercambio de sus productos, relaciones casuales y siempre oscilantes, el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción se impone por la fuerza como una ley natural reguladora, al modo, por ejemplo, como se impone la ley de la gravedad cuando se le viene a uno encima su casa.[28] Por eso la determinación de la magnitud de valor por el tiempo de trabajo es un secreto oculto bajo los movimientos perceptibles de los valores relativos de las mercancías. Su descubrimiento es la abolición de la determinación puramente casual de las magnitudes de valor

[28] «¿Qué pensar de una ley que no se puede imponer más que a través de revoluciones periódicas? Pues que es una ley natural basada en la inconsciencia de los participantes.» (Friedrich Engels, «Umrisse zu einer Kritik der Nationalökonomie», en *Deutsch-Französische Jahrbücher,* eds. por Arnold Ruge y Karl Marx, Paris 1844. <«Perfil de una crítica de la economía nacional», OME 4>.)

de los productos del trabajo, pero en modo alguno lo es de su forma material.

La reflexión sobre las formas de la vida humana —y, por lo tanto, también el análisis científico de ellas— emprende por principio un camino contrapuesto al de la evolución real. Empieza post festum y, por lo tanto, ya con los resultados consumados del proceso de desarrollo. Las formas que estampan en los productos del trabajo la impronta de mercancías y que, por lo tanto, son presupuestos de la circulación mercantil, poseen la solidez de formas naturales de la vida social ya antes de que los hombres intenten darse cuenta y razón no del carácter histórico de esas formas —que les parecen, por el contrario, inmutables—, sino de su contenido. Por eso lo único que llevó a la determinación de la magnitud de valor fue el análisis de los precios de las mercancías, y por eso fue la expresión dineraria común de las mercancías lo que condujo a fijar el carácter de valor de las mismas. Pero precisamente esta forma consumada —la forma dinero— del mundo de las mercancías es la que vela, en vez de manifestarlo, el carácter social de los trabajos privados y, por lo tanto, las relaciones sociales entre los trabajadores privados, presentándolas como relaciones entre cosas. Cuando digo que la levita, las botas, etc., se refieren al lino como a encarnación general de trabajo humano abstracto, la insensatez de la expresión salta a la vista sin más. Pero cuando los productores de levitas, botas, etc., refieren esas mercancías al lino —o al oro, o a la plata, pues eso no hace a la cosa— como a equivalente general, la relación de sus trabajos privados con el trabajo social global se les aparece precisamente en esa forma desatinada.

Pues bien: esas formas constituyen las categorías de la ciencia económica burguesa. Estas categorías son formas mentales socialmente válidas, o sea, objetivas, para las relaciones de producción de este modo de producción social históricamente determinado que es la producción mercantil. Por eso todo el misticismo del mundo de las mercancías, toda la magia y toda la fantasmagoría que, sobre la base de la producción mercantil, envuelven en nieblas los productos del trabajo desaparecen inmediatamente en cuanto que nos escapamos a otras formas de producción.

Puesto que la economía política gusta de las robinsonadas,[29] que

[29] Nota a la 2.ª ed. Ni siquiera Ricardo está libre de robinsonada. «En seguida hace que el pescador primitivo y el primitivo cazador intercambien, como poseedores de mercancías, pescado y caza en proporción al tiempo de trabajo materializado en esos valores de cambio. Con esta ocasión incurre en el anacronismo de que pescadores y cazadores primitivos apelen a las tablas de anualidades corrientemente utilizadas en la Bolsa de Londres en 1817 para estimar sus instrumentos de trabajo. Ricardo no parece haber conocido más forma de sociedad —aparte de la burguesa— que los "paralelogramos del señor Owen".» (KARL MARX, *Zur Kritik,* etc., págs. 38, 39. <*Contribución a la crítica,* etc. OME 21>.)

aparezca, para empezar, Robinson en su isla. Aunque sobrio de natural, tiene que satisfacer, de todos modos, necesidades vitales, y, por lo tanto, ha de ejecutar trabajos útiles de diferente especie: construir herramientas, fabricar muebles, domesticar llamas, pescar, cazar, etc. No recogemos aquí sus oraciones, y otras actividades análogas porque nuestro Robinson se complace en ellas y las considera como un alivio. Pese a la diversidad de sus funciones productivas, Robinson sabe que no son más que diferentes formas de actuación de un mismo Robinson, o sea, sólo modos diversos de trabajo humano. La necesidad misma le obliga a distribuir con precisión el tiempo de que dispone entre sus diferentes funciones. El que una de ellas ocupe más o menos espacio que otra en su actividad global depende de la dificultad mayor o menor que haya que superar para conseguir el efecto útil propuesto. Así se lo enseña la experiencia, y nuestro Robinson, que ha salvado del naufragio reloj, libro mayor, tinta y pluma, empieza pronto, como buen inglés, su contabilidad. Su inventario contiene una lista de los objetos de uso que posee, de las varias operaciones requeridas para su producción y, por último, del tiempo de trabajo que por término medio le cuestan determinadas cantidades de esos diferentes productos. Todas las relaciones entre Robinson y las cosas que constituyen la riqueza que él mismo se ha procurado son tan sencillas y transparentes que hasta el mismo señor M. Wirth las debería entender sin esforzar particularmente su inteligencia. Y, sin embargo, todas las determinaciones del valor están contenidas en esas relaciones.

Pasemos de la luminosa isla de Robinson a la tenebrosa Edad Media europea. En vez de un hombre independiente encontramos aquí que todo el mundo es dependiente: siervos y dueños de la tierra, vasallos y señores feudales, laicos y curas. La dependencia personal caracteriza tanto las relaciones sociales de la producción material cuanto las esferas de la vida construidas sobre ésta. Pero, precisamente porque son relaciones personales de dependencia las que constituyen el fundamento social dado, los trabajos y los productos no necesitan tomar ninguna figura fantástica diferente de su realidad. Entran en el funcionamiento social en condición de servicios naturales y prestaciones naturales. La forma social inmediata del trabajo es aquí su propia forma natural, su particularidad, y no, como ocurre sobre la base de

la producción mercantil, su genericidad. El trabajo de prestación personal servil se mide por el tiempo, exactamente igual que el trabajo productor de mercancías, pero todo siervo sabe que se desprende al servicio de su señor de una determinada cantidad de su personal fuerza de trabajo. El diezmo que hay que entregar al cura es más claro que la bendición de éste. Así, pues, cualquiera que sea el juicio que merezcan de cada uno las máscaras o caracterizaciones con las cuales se presentan aquí los hombres unos frente a otros, en todo caso, las relaciones sociales entre las personas en sus trabajos aparecen como tales relaciones personales propias suyas, no disfrazadas de relaciones sociales entre las cosas, entre los productos del trabajo.

No nos hace falta remontarnos a la forma espontánea que encontramos en el umbral de la historia de todos los pueblos cultos para considerar el trabajo común, esto es, el trabajo inmediatamente socializado.[30] La industria patriarcal rural de una familia campesina que produzca trigo, ganado, hilado y tejido, prendas de vestir, etc., para su propio uso constituye un ejemplo más cercano. Todas esas cosas diferentes se presentan a la familia como diferentes productos de su trabajo familiar, pero, en cambio, no se enfrentan unas a otras como mercancías. Los diferentes trabajos productores de esas cosas —agricultura, ganadería, hilado, tejido, cosido, etc.— son ya en su forma natural funciones sociales, porque son funciones de la familia, la cual posee su propia división espontánea del trabajo, no menos que la producción mercantil. Las diferencias de sexo y edad y las condiciones naturales que cambian con el paso de las estaciones regulan la división del trabajo en la familia y el tiempo de trabajo de los varios miembros de ella. Pero el gasto de las fuerzas de trabajo individuales, medido por el tiempo, aparece aquí por sí mismo como determinación social de los trabajos, porque las fuerzas de trabajo individuales no actúan, por su

[30] Nota a la 2.ª ed. «La idea de que la forma de la propiedad común originaria es una forma específica eslava, o incluso específicamente rusa, es un prejuicio ridículo difundido en estos últimos tiempos. Es, por el contrario, la forma originaria cuya presencia podemos mostrar entre los romanos, los germanos, los celtas, y de la cual se encuentra aún todo un muestrario de múltiples modelos, aunque en parte ya en ruinas, entre los indios. Un estudio detallado de las formas de propiedad común asiáticas, especialmente de las indias, mostraría cómo se originan de las diferentes formas de propiedad común espontánea diferentes formas de su disolución. Así, por ejemplo, se pueden derivar los diferentes tipos originales de propiedad privada romana y germánica partiendo de las diferentes formas de la propiedad común india.» (KARL MARX, *Zur Kritik,* etc., pág. 10 <*Contribución a la crítica,* etc., OME 21>.)

propia naturaleza, más que como órganos de la común fuerza de trabajo de la familia.

Imaginemos, por último, para variar, una asociación de hombres libres que trabajen con medios de producción comunitarios y gasten a sabiendas sus muchas fuerzas de trabajo individuales como una sola fuerza de trabajo social. Todas las determinaciones del trabajo de Robinson se repiten entonces, pero socialmente, en vez de individualmente. Todos los productos de Robinson eran producto exclusivo y personal suyo, por lo que eran directamente objetos de uso para él. El producto global de la asociación es un producto social. Una parte de ese producto vuelve a servir de medio de producción. No deja nunca de ser social. Pero otra parte se consume por los miembros de la asociación, como alimentos. Por eso hay que distribuirlo entre ellos. El tipo de esa distribución cambiará según el tipo de organismo social de producción y según la correspondiente altura histórica de desarrollo de los productores. Sólo por trazar un paralelismo con la producción de mercancías, supongamos que la participación de cada productor en los alimentos se determine por su tiempo de trabajo. El tiempo de trabajo desempeñaría entonces doble papel. Su distribución social según un plan regula la proporción correcta de las diferentes funciones del trabajo respecto de las diferentes necesidades. Por otra parte, el tiempo de trabajo sirve al mismo tiempo de medida de la participación individual del productor en el trabajo común y, por lo tanto, también en la parte individualmente consumible del producto común. Las relaciones sociales de los hombres con sus trabajos y con los productos de sus trabajos siguen siendo en este caso transparentemente sencillas, tanto en la producción cuanto en la distribución.

El cristianismo, con su culto del hombre abstracto —señaladamente en su desarrollo burgués: protestantismo, deísmo, etc.—, es la forma de religión más adecuada a una sociedad de productores mercantiles, cuya general relación social de producción consiste en comportarse respecto de sus productos como respecto de mercancías, o sea, como respecto de valores, y en relacionar de esa misma forma objetiva sus trabajos privados los unos con los otros, como trabajo humano igual. En los modos de producción del Asia antigua, de la Antigüedad clásica, etc., la transformación del producto en mercancía y, consiguientemente, la existencia de los hombres como productores mercantiles desempeña un papel secundario, el cual, de todos modos, va cobrando importancia a medida que estas comunidades van entrando en el estadio de su ruina. En el mundo antiguo no existen pueblos mercaderes propiamente dichos más que en los intermundia, como los dioses de

Epicuro, o como los judíos en los poros de la sociedad polaca. Aquellos antiguos organismos sociales de producción son extraordinariamente más sencillos y transparentes que los burgueses, pero se basan o bien en la inmadurez del hombre individual, que todavía no se ha desligado del cordón umbilical de su cohesión animal con otros hombres, o bien en relaciones directas de dominio y servidumbre. Esos organismos están determinados por un bajo grado de desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo y por circunstancias correspondientemente limitadas de los hombres en el proceso de producción de su vida material y, por lo tanto, por relaciones también obtusas entre ellos y con la naturaleza. La poquedad real de estos hombres se refleja como apocamiento en el mundo de las ideas, en las antiguas religiones naturales y étnicas. En principio, el reflejo religioso del mundo real no puede disiparse hasta que las relaciones y circunstancias de la vida práctica de trabajo representen para los hombres relaciones razonables, cotidianamente transparentes, entre ellos mismos y con la naturaleza. La imagen del proceso social de la vida, esto es, del proceso material de producción, no depone su velo místico nebuloso más que si se presenta como producto de hombres libremente puestos en sociedad y que lo someten a su control consciente según plan. Pero eso requiere un fundamento material de la sociedad, es decir, una serie de condiciones materiales de existencia que son, a su vez, producto espontáneo de una historia evolutiva larga y dolorosa.

La economía política ha analizado, ciertamente, aunque sea de un modo imperfecto,[31] el valor y la magnitud de valor, y ha descubierto

[31] La insuficiencia del análisis de la magnitud de valor por Ricardo —y es el mejor análisis— quedará clara por los libros tercero y cuarto de esta obra. Pero, por lo que hace al valor como tal, la economía política clásica no distingue nunca explícitamente y con consciencia clara entre el trabajo tal como se representa en el valor y ese mismo trabajo en la medida en que se presenta en el valor de uso de su producto. De hecho, como es natural, cumple con la distinción, puesto que unas veces considera el trabajo cuantitativamente y otras cualitativamente. Pero no cae en la cuenta de que la distinción puramente cuantitativa entre los trabajos presupone su unidad o igualdad cualitativa, o sea, su reducción a trabajo humano abstracto. Así, por ejemplo, Ricardo se manifiesta de acuerdo con lo que dice Destutt de Tracy: «Como no hay duda de que nuestras capacidades físicas y espirituales son nuestra única riqueza originaria, el uso de esas capacidades, cierto modo de trabajo, es nuestro primer tesoro; ese uso es siempre el que crea todas las cosas que llamamos riqueza... Tampoco hay duda de que todas esas cosas representan exclusivamente el trabajo que las ha creado, y si tienen algún valor, o incluso dos valores diferentes, no lo pueden tener más que por el del trabajo de que nacen.» (Ricardo, *The principles of Pol. Econ.*, 3.ª ed. Lond. 1821, pág. 334.) Digamos de paso que Ricardo atribuye a Destutt su propia

el contenido oculto en esas formas. Pero ni siquiera se ha planteado nunca la pregunta de por qué este contenido toma aquella forma, esto es, por qué el trabajo se presenta en el valor, y la medida del trabajo por su duración se presenta en la magnitud de valor de su producto.[32]

---

comprensión, que es más profunda. Destutt dice efectivamente, por una parte, que todas las cosas que constituyen la riqueza «representan el trabajo que las ha creado»; pero también, por otra parte, que reciben «sus dos valores diferentes» (valor de uso y valor de cambio) del «valor del trabajo». Con eso cae en la superficialidad de la economía vulgar, la cual presupone el valor de una mercancía (el trabajo en este caso) para determinar así luego el valor de las demás mercancías. Ricardo lee a Destutt en el sentido de que tanto en el valor de uso cuanto en el valor de cambio se representa trabajo (no valor del trabajo). Pero es que él mismo distingue tan escasamente el dúplice carácter del trabajo, dúplicemente representado, que por todo el capítulo «Value and Riches, their Dinstinctive Properties» tiene que forcejear penosamente con las trivialidades de un J. B. Say. Por eso al final se queda Ricardo tan sorprendido de que Destutt coincida con él a propósito del trabajo como fuente del valor y, sin embargo, coincida con Say en cuanto al concepto de valor.

[32] Uno de los defectos básicos de la economía política clásica consiste en que no consiguió nunca descubrir, partiendo del análisis de la mercancía y, más especialmente, del valor de la mercancía, la forma de valor, la que precisamente hace del valor valor de cambio. Precisamente en sus mejores representantes, como A. Smith o Ricardo, la economía política clásica trata la forma de valor como cosa del todo indiferente, externa a la naturaleza de la mercancía misma. La causa de eso no es sólo que el análisis de la magnitud de valor absorbiera totalmente su atención. Hay una causa más profunda. La forma valor del producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del modo de producción burgués, modo que queda caracterizado por ella como una especie particular de producción social, o sea, caracterizado históricamente. Por eso, si se toma dicha forma como forma natural eterna de producción social, se pasa también por alto inevitablemente lo específico de la forma valor, o sea, de la forma mercancía y, más desarrollada, de la forma dinero, la forma capital, etc. Por eso se encuentra, entre economistas que coinciden plenamente en cuanto a la medida de la magnitud de valor por el tiempo de trabajo, las nociones más diversamente abigarradas y contradictorias unas de otras respecto del dinero, esto es, respecto de la forma acabada del equivalente general. Esto destaca llamativamente, por ejemplo, en el tratamiento del sistema bancario, en el cual no basta con las definiciones vulgares del dinero. Por eso surgió, como reacción, un sistema mercantilista restaurado (Ganilh, etc.), que no ve en el valor más que la forma social, o, por mejor decir, más que su apariencia sin substancia.

Por precisarlo de una vez para todas: entiendo por economía política clásica toda la ciencia económica, desde W. Petty, que investiga la conexión interna de las relaciones de producción burguesas, frente a lo que hace la economía vulgar, que se agita exclusivamente dentro de la conexión aparente, sigue rumiando una y otra vez el material de antiguo suministrado por la economía científica con objeto de hacer plausiblemente comprensibles los fenómenos más groseros, por así decirlo, y satisfacer la modesta necesidad burguesa de comprensión, y, por lo

Unas fórmulas que llevan escrito en la frente el hecho de pertenecer a una formación social en la cual el proceso de producción domina a los hombres y el hombre no domina aún el proceso de producción se imponen a su consciencia burguesa como una necesidad natural tan evidente como el trabajo productivo mismo. Por eso trata las formas preburguesas del organismo social de producción más o menos como los padres de la Iglesia tratan a las religiones precristianas.[33]

---

que hace a lo demás, se limita sistematizar, pedantizar y proclamar verdades eternas las ideas triviales y autocomplacidas que los agentes burgueses de la producción tienen de su mundo propio y óptimo.

[33] «Los economistas proceden de un modo extravagante. Para ellos no hay más que dos clases de instituciones, las artificiales y las naturales. Las instituciones del feudalismo son artificiales, las de la burguesía naturales. En eso se parecen a los teólogos, que distinguen también entre dos clases de religiones. Toda religión que no sea la suya es un invento humano, mientras que su propia religión es una revelación divina.

»Con eso resulta que ha habido historia, pero que ya no la hay.» (KARL MARX, *Misère de la Philosophie. Réponse à la Philosophie de la Misère de M. Proudhon*, 1847, pág. 113 <OME 8>.) En esto el señor Bastiat es verdaderamente divertido, pues se imagina que los antiguos griegos y romanos vivían sólo de la rapiña. Pero para vivir de rapiña durante muchos siglos tiene que haber siempre algo que apresar, o bien el objeto de rapiña se tiene que reproducir constantemente. Por lo que parece que incluso los griegos y los romanos tuvieron un proceso de producción, una economía que formaba el fundamento material de su mundo, tan completamente como la economía burguesa el del mundo de hoy. ¿O cree acaso Bastiat que un modo de producción basado en el trabajo esclavo es un modo de producción basado en la rapiña? Si eso cree, se sitúa en un terreno peligroso. Si un gigante del pensamiento como Aristóteles se equivocó en su juicio sobre el trabajo esclavo, ¿por qué va a acertar un economista enano como Bastiat en su juicio sobre el trabajo asalariado? Aprovecho esta ocasión para rechazar brevemente una objeción que me hizo un periódico germano-americano cuando apareció mi obra *Zur Kritik der Pol. Oekonomie* <*Contribución a la crítica de la economía pol.*> en 1859. Decía el periódico en cuestión que mi opinión de que el determinado modo de producción y las relaciones de producción que en cada caso le corresponden, en suma, «la estructura económica de la sociedad es la base real sobre la cual se levanta una sobrestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas sociales de consciencia», que «el modo de producción de la vida material condiciona en general el proceso de la vida social, política y espiritual», que todo eso es, ciertamente, verdad respecto del mundo de hoy, en el cual dominan los intereses materiales, pero que no lo es ni para la Edad Media, en la cual dominó el catolicismo, ni para Atenas y Roma, en las cuales dominó la política. Empieza por asombrar el que alguien suponga que otro alguien ignore esos lugares comunes sobre la Edad Media y sobre el mundo antiguo, conocidos por todo el mundo. Por lo menos estará claro que la Edad Media no podía vivir de catolicismo, ni de política el mundo antiguo. Es a la inversa: el modo como se ganaban la vida explica por qué entre

La aburrida y sosa polémica acerca de la función de la naturaleza en la formación del valor de cambio es una prueba más de lo mucho que una parte de los economistas sucumbe al engaño del fetichismo que afecta al mundo de las mercancías, el engaño de la apariencia objetiva material de las determinaciones sociales del trabajo. Puesto que el valor de cambio es una manera social determinada de expresar el trabajo aplicado a una cosa, no puede contener más materia natural que, por ejemplo, las cotizaciones.

Como la forma de mercancía es la más general y menos desarrollada de la producción burguesa —razón por la cual aparece pronto, aunque no del mismo modo dominante y característico que hoy día— su carácter de fetiche parece aún relativamente fácil de descubrir. Pero cuando se trata de formas más concretas se pierde hasta esa apariencia de sencillez. ¿A qué se deben las ilusiones de la escuela mercantilista? A que no vio en el oro y en la plata el hecho de que en cuanto dinero representan una relación social de producción, aunque en forma de cosas naturales dotadas de curiosas propiedades sociales. Y la moderna ciencia económica, que desprecia con distinguida mueca el monetarismo de la escuela mercantilista, ¿es que no resulta tangible su fetichismo en cuanto que trata el capital? ¿Hace mucho tiempo que se ha disipado la ilusión fisiocrática de que la renta de la tierra crece del suelo, y no de la sociedad?

Pero baste aquí, por no anticipar nada, un ejemplo relativo a la forma mercancía misma. Si las mercancías pudieran hablar dirían: nuestro valor de uso interesará acaso al hombre. A nosotras no nos compete en cuanto cosas que somos. Lo que materialmente nos compete es nuestro valor. Así lo prueba nuestro propio tráfico de cosas-mercancías. Nosotras sólo nos relacionamos unas con otras en cuanto valores de cambio.

Y ahora escúchese cómo habla el economista, porque le sale del alma de mercancía:

«El valor» (el valor de cambio) «es una propiedad de las cosas, la riqueza» (el valor de uso) «lo es del hombre. El valor en este sentido implica necesariamente intercambio; la riqueza no.»[34]

---

los unos desempeñó el papel principal la política y entre los otros el catolicismo. Por lo demás, basta un poco de familiaridad, por ejemplo, con la historia de la república romana para saber que su historia secreta es la historia de la propiedad de la tierra. Por cierto, que ya Don Quijote pagó el error de creer que la caballería andante es uniformemente compatible con todas las formas económicas de la sociedad.

[34] «Value is a property of things, riches of man. Value, in this sense, ne-

«La riqueza» (el valor de uso) «es atributo del hombre. El valor es atributo de las mercancías. Un hombre o una comunidad son ricos; una perla o un diamante es valioso... Una perla o un diamante tiene valor en cuanto perla o diamante.» [35]

Hasta el momento, ningún químico ha descubierto valor de cambio en las perlas ni en los diamantes. Los economistas descubridores de esa substancia química, los cuales reivindican crítica profundidad, hallan, empero, que el valor de uso les viene a las cosas con independencia de sus propiedades materiales, mientras que, en cambio, su valor les viene en cuanto cosas. Lo que les confirma en esa convicción es la notable circunstancia de que el valor de uso de las cosas se realiza para los hombres sin intercambio, o sea, en la relación inmediata entre la cosa y el hombre, mientras que su valor, por el contrario, no se realiza más que en el intercambio, o sea, en un proceso social. ¿Cómo no recordar aquí al bueno de Dogberry cuando adoctrina al vigilante nocturno Seacoal?:

«Ser un hombre de buena presencia es un don de las circunstancias, pero saber leer y escribir, eso se tiene por naturaleza.» [36]

---

cessarily implies exchanges, riches do not.» (*Observations on some verbal disputes in Pol. Econ., particularly relating to value, and to supply and demand,* Lond. 1821, pág. 16.)

[35] «Riches are the attribute of man, value is the attribute of commodities. A man or a community is rich, a pearl or a diamond is valuable... A pearl or a diamond is valuable as a pearl or diamond.» (S. BAILEY, *loc. cit.,* págs. 165 s.)

[36] El autor de las *Observations* y S. Bailey acusan a Ricardo de transformar el valor de cambio, de cosa sólo relativa que es, en algo absoluto. La verdad es lo contrario. Ricardo ha reducido la relatividad aparente que en cuanto valores de cambio poseen esas cosas, por ejemplo, el diamante y las perlas, a la verdadera relación oculta detrás de la apariencia, o sea, a su relatividad de meras expresiones de trabajo humano. Los ricardianos contestan a Bailey brutalmente, pero sin refutarlo; mas eso se debe sólo a que no han encontrado en Ricardo mismo ninguna clave de la conexión interna entre valor y forma de valor, o valor de cambio.

Capítulo segundo

EL PROCESO DE CAMBIO

Las mercancías no pueden irse ellas mismas al mercado e intercambiarse por sí mismas. Tenemos, pues, que preguntarnos por sus custodios, por los poseedores de mercancías. Las mercancías son cosas, incapaces, por lo tanto, de resistirse a los hombres. Si las mercancías no se someten de grado, el hombre puede violentarlas, o, dicho de otro modo, cogerlas.[37] Para relacionar esas cosas en cuanto mercancías, sus custodios tienen que comportarse entre ellos como personas cuyas voluntades habiten en aquellas cosas, de tal modo que cado uno de ellos no se apropie la mercancía ajena sino de acuerdo con la voluntad del otro, o sea, sólo mediante un acto de voluntad común a ambos, enajenando el primero su propia mercancía. Por eso los custodios de mercancías se tienen que considerar recíprocamente propietarios privados. Esta relación jurídica cuya forma es el contrato —esté o no esté desarrollada por ley— es una relación entre voluntades en la cual se refleja la relación económica. El contenido de esta relación jurídica o de voluntades está dado por la relación económica.[38] Aquí las personas no

[37] En el siglo XII, tan celebrado por su piedad, aparecen a menudo entre esas mercancías cosas muy delicadas. Así, por ejemplo, un poeta francés de la época enumera, entre las mercancías que acudían a la feria de Landit, paños, calzado, cueros, herramientas, pieles, etc., pero también «femmes folles de leur corps».*[29]

[38] Proudhon toma su idea de justicia, de la justice eternelle,*[30] directamente de las relaciones jurídicas correspondientes a la producción de mercancías, con lo cual —dicho sea de paso— ofrece también la prueba, tan consoladora para todos los pequeños burgueses, de que la forma de producción mercantil es tan eterna como la justicia. Y luego, procediendo en el otro sentido, pretende remodelar la real producción mercantil y el derecho efectivo que le corresponde de acuerdo con ese ideal. ¿Qué se diría de un químico que, en vez de estudiar las leyes

---

*[29] «Mujeres locas de cuerpo.»

*[30] Las frases francesas de esta nota significan (en el mismo orden en que aparecen): justicia eterna, naturalidad, afinidad, justicia eterna, equidad eterna, mutualidad eterna, verdades eternas, gracia eterna, fe eterna, voluntad eterna de dios.

existen las unas respecto de las otras más que como representantes de mercancías, y, por lo tanto, como poseedores de mercancías. Dicho más generalmente: en el curso de la exposición veremos que los disfraces económicos de las personas no son sino personificaciones de las relaciones y circunstancias económicas como portadoras de las cuales se enfrentan unas con otras.

Lo que más diferencia al poseedor de mercancías de la mercancía misma es la circunstancia de que para ésta cualquier otro cuerpo de mercancía no es más que otra forma de manifestación de su valor. Por eso la mercancía —*leveler* *[31] y cínica de nacimiento— está siempre a punto de cambiar no sólo de alma, sino incluso de cuerpo con cualquier otra mercancía, aunque ésta tenga más defectos que Maritornes. El propietario de mercancías compensa, en cambio, con sus cinco o más sentidos esa falta de sensibilidad para con lo concreto y corpóreo que es propia de la mercancía. La mercancía no tiene para su poseedor ningún valor de uso inmediato, porque, de tenerlo, no la llevaría al mercado. Tiene valor de uso para otros. Para él mismo y en lo inmediato no tiene más valor de uso que el de ser portadora de valor de cambio, el de ser, consiguientemente, un medio de cambio.[39] Por esa razón quiere enajenarla a cambio de mercancías cuyo valor de uso le satisfaga. Todas las mercancías son no-valores-de-uso para sus poseedores, y valores de uso para sus no-poseedores. Por eso han de pasar constantemente de unas manos a otras. Ahora bien, ese pasar de unas manos a otras es el cambio de las mercancías, y su cambio las relaciona unas con otras en cuanto valores y las realiza en cuanto valores. Así, pues,

---

reales del metabolismo y resolver, sobre la base de ellas, problemas determinados, pretendiera remodelar el metabolismo mediante las «ideas eternas» de la «naturalité» y la «affinité»? Cuando se dice que el «usurero» es contrario a la «justice éternelle» y a la «équité éternelle» y a la «mutualité éternelle» y a otras «vérités éternelles», ¿se sabe de él más de lo que sabían los Padres de la Iglesia cuando decían que la usura contradice a la «grâce éternelle», la «foi éternelle» y la «volonté éternelle de dieu»?

[39] «Pues dúplice es el uso de todo bien. El uno es propio a la cosa como tal, el otro no, como, en el caso de una sandalia, el servir de calzado y el servir para intercambiar. Ambos son valores de uso de la sandalia, pues incluso aquel que cambia la sandalia por lo que le falta, alimento, por ejemplo, utiliza la sandalia como sandalia. Sólo que no en su modo de uso natural. Pues la sandalia no existe por razón del cambio.» (ARISTÓTELES, *De Rep.*, lib. I, cap. 9.)

---

*[31] Los *levelers* (niveladores) fueron una tendencia de la revolución inglesa del siglo XVII, caracterizada por cierto igualitarismo.

las mercancías se tienen que realizar como valores antes de poderse realizar como valores de uso.

Por otra parte, las mercancías tienen que responder satisfactoriamente como valores de uso antes de poderse realizar como valores. Pues el trabajo humano gastado en ellas no cuenta sino en la medida en que se ha gastado en una forma útil para otros. Pero sólo su intercambio puede probar si ese trabajo es útil para otros, esto es, si su producto satisface necesidades ajenas.

Un poseedor de mercancías no quiere enajenar su mercancía más que a cambio de otra cuyo valor de uso satisfaga su necesidad. En esta medida el cambio es para él un proceso puramente individual. Pero, por otra parte, también quiere realizar su mercancía en cuanto valor, o sea, en cualquier otra mercancía del mismo valor, con independencia de que su propia mercancía tenga o no valor de uso para el poseedor de la otra. En esta medida el cambio es para él un proceso social general. Pero un mismo proceso no puede ser para todos los poseedores de mercancías y al mismo tiempo sólo individual y también sólo genéricamente social.

Vistas las cosas más de cerca, toda mercancía ajena es para cada poseedor de mercancías un equivalente particular de su mercancía y, por lo tanto, su mercancía es para él un equivalente general de todas las demás mercancías. Pero como todos los poseedores de mercancías se comportan del mismo modo, ninguna mercancía es equivalente general; y, por eso mismo, las mercancías no poseen tampoco ninguna forma de valor relativa general en la que se puedan poner homogéneamente en cuanto valores y compararse como magnitudes de valor. Consiguientemente, no se enfrentan por el momento como mercancías, sino sólo en cuanto productos, en cuanto valores de uso.

Puestos en esa perplejidad, nuestros poseedores de mercancías reaccionan como Fausto: en el principio fue la acción. Y por eso obran antes ya de haber pensado. Las leyes de la naturaleza de la mercancía se actúan ya en el instinto natural de los poseedores de mercancías. Éstos no pueden relacionar entre ellas sus mercancías en cuanto valores y, por lo tanto, en cuanto mercancías, más que si las relacionan y contraponen con alguna otra mercancía tomada como equivalente general. Eso es un resultado del análisis de la mercancía. Pero sólo la acción social puede convertir una determinada mercancía en equivalente general. Por eso la acción social de todas las demás mercancías segrega una mercancía determinada en la que todas exponen su valor desde todos los puntos de vista. De este modo la forma natural de esa mercancía se convierte en forma de equivalente socialmente válida.

A través del proceso social, el ser equivalente general llega a ser función social específica de la mercancía segregada o excluida. De este modo se convierte esta mercancía en dinero.

«Illi unum consilium habent et virtutem et potestatem suam bestiæ tradunt. Et ne quis possit emere aut vendere, nisi qui habet characterem aut nomen bestiæ, aut numerum nominis ejus» (*Apocalipsis*).* [32]

Ese cristal que es el dinero es un producto necesario del proceso de cambio en el cual productos heterogéneos del trabajo se equiparan de hecho unos con otros y, por lo tanto, se convierten de hecho en mercancías. La ampliación y la profundización históricas del cambio desarrollan la contraposición entre valor de uso y valor, que dormitaba en la naturaleza de la mercancía. La necesidad de exponer exteriormente esa contraposición para el tráfico lleva a una forma propia del valor mercantil, y no para ni descansa hasta que esa forma se alcanza definitivamente con el desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero. Por eso la conversión de la mercancía en dinero se consuma en la misma medida en que se consuma la conversión de los productos del trabajo en mercancías.[40]

El intercambio directo de productos tiene por una parte la forma de la expresión simple de valor; pero, por otra parte, no la tiene todavía. Aquella forma era: *x* mercancía A = *y* mercancía B. La forma del intercambio directo de productos es: *x* objeto de uso A = *y* objeto de uso B.[41] En este caso, antes del intercambio las cosas A y B no son aún mercancías, sino que llegan a serlo por el cambio. El modo primero en que un objeto de uso es potencialmente valor de cambio es su existencia en cuanto no-valor-de-uso, o sea, como cantidad de valor de uso que rebasa las necesidades inmediatas de su poseedor.

[40] A la luz de eso se podrá estimar la sutileza del socialismo pequeñoburgués, que pretende eternizar la producción mercantil y, al mismo tiempo, suprimir la «contraposición de dinero y mercancía», o sea, el dinero mismo, puesto que éste no existe más que en esa contraposición. Eso sería tanto como abolir el papado y mantener el catolicismo. Más detalles sobre esto en mi escrito *Zur Kritik der Pol. Oekonomie,* págs. 61 ss. [*Aportación a la crítica de la economía política,* OME 21].

[41] El mismo intercambio directo de productos no ha pasado aún de un estadio previo cuando, como hallamos a menudo entre los salvajes, lo que se intercambia no son dos objetos de uso diferentes, sino una masa caótica de cosas ofrecida como equivalente de una tercera.

---

*[32] *Apocalipsis,* 17, 13: «Estos tienen el solo pensamiento de prestar a la bestia su poder y autoridad.» 13, 17: «Y que nadie pudiese comprar o vender sino el que tuviera la marca, el nombre de la bestia o el número de ese nombre.»

Tomadas en sí mismas, las cosas son externas al hombre y, por lo tanto, enajenables. Lo único que necesitan los seres humanos para que esa enajenación sea recíproca es enfrentarse tácitamente como propietarios privados de aquellas cosas enajenables, con lo que se relacionan precisamente como personas recíprocamente independientes. Pero una relación así de extrañeza recíproca no existe entre los miembros de ninguna comunidad espontánea, ya tenga ésta la forma de una familia patriarcal, ya la de una aldea india antigua, ya la de un estado como el incaico, etc. El intercambio de mercancías empieza donde terminan las comunidades, en sus puntos de contacto con otros grupos o con miembros de otras comunidades. Pero una vez que las cosas se han convertido en mercancías en la vida común exterior, se convierten también en mercancías, por repercusión, en la vida interior de la comunidad. Al principio la relación cuantitativa de intercambio entre ellas es completamente casual. Son intercambiables por el acto de voluntad de enajenarlas unas por otras que realizan sus poseedores. Pero poco a poco se va consolidando la necesidad de objetos de uso ajenos. La repetición constante del cambio lo convierte en un proceso social regular. Por eso con el paso del tiempo se tiene que producir al menos una parte del producto del trabajo con la intención de destinarlo al intercambio. A partir de ese momento se consolida la separación entre la utilidad de las cosas para el uso inmediato y su utilidad para el intercambio. Su valor de uso se separa de su valor de cambio. Por otra parte, la razón en la cual se intercambian pasa a depender de su producción misma. La costumbre acaba por fijar esas razones en forma de magnitudes de valor.

En el intercambio directo de productos cada mercancía es directamente medio de cambio para su poseedor y equivalente para quien no la posee, pero sólo en la medida en que es valor de uso para él. El artículo objeto de cambio no toma, pues, todavía ninguna forma de valor independiente de su propio valor de uso o de la necesidad individual de los que intervienen en el cambio. La necesidad de esta forma se desarrolla a medida que aumentan en número y en variedad las mercancías que entran en el proceso de intercambio. La tarea surge al mismo tiempo que los medios para solucionarla. Nunca se produce un tráfico en el que unos poseedores de mercancías intercambien y comparen sus propios artículos con otros artículos diferentes sin que diferentes mercancías de diferentes poseedores se intercambien y se comparen como valores, dentro de su tráfico, con una tercera y misma especie de mercancía. Esta tercera mercancía, al convertirse en equivalente de otras varias mercancías, recibe directamente, aunque sea dentro de límí-

tes estrechos, forma general o social de equivalente. Esta forma general de equivalente nace y muere con el contacto social instantáneo que la produjo. Es una forma que recae variable y transitoriamente en tal o cual mercancía. Pero con el desarrollo del intercambio mercantil se adhiere exclusivamente de un modo fijo a particulares especies mercantiles, o sea: cristaliza en la forma de dinero. Al principio es casual la especie mercantil a que se adhiera. Pero en líneas generales hay dos circunstancias decisivas de ello. La forma dinero se fija a los principales artículos exóticos adquiridos mediante intercambio —los cuales son efectivamente formas espontáneas de manifestación del valor de cambio de los productos indígenas—, o bien se adhiere al objeto de uso que constituye el elemento principal de las posesiones autóctonas enajenables, como, por ejemplo, el ganado. Los pueblos nómadas son los primeros en desarrollar la forma dinero porque todo lo que tienen se encuentra en forma movible y, por lo tanto, inmediatamente enajenable, y porque su modo de vida los pone constantemente en contacto con comunidades extrañas, con lo que los empuja al intercambio de productos. Los seres humanos han convertido frecuentemente en primer material dinero al ser humano mismo —en forma de esclavo—, pero nunca la tierra. La idea de convertir el suelo en material de dinero no podía surgir más que en la sociedad burguesa ya configurada. Data del último tercio del siglo XVII, y hasta un siglo más tarde no se intentó ejecutarla a escala nacional, en la revolución burguesa de los franceses.

En la misma proporción en que el intercambio de mercancías va desprendiéndose de sus limitaciones locales y el valor mercantil se va ampliando, por lo tanto, para convertirse en materialización de trabajo humano como tal, en esa misma medida la forma dinero pasa a mercancías que por su naturaleza son adecuadas para la función social de equivalente general: los metales nobles.

«Aunque el oro y la plata no son por naturaleza dinero, el dinero es por naturaleza oro y plata»:[42] ese hecho muestra la congruencia de sus propiedades naturales con sus funciones.[43] Pero hasta ahora no conocemos más que una de las funciones del dinero: servir de forma de manifestación del valor de las mercancías, servir de material en el que se expresan socialmente las magnitudes de valor de las mercancías. Sólo una materia todos cuyos ejemplares posean la misma cualidad uniforme puede ser forma de manifestación adecuada de valor, materialización de trabajo humano abstracto y, por lo tanto, igual. Por otra parte, como la diferencia entre magnitudes de valor es puramente cuantitativa, la mercancía dinero tiene que ser capaz de diferencias cuantitativas, o sea, divisible a voluntad y recomponible a voluntad a partir de sus partes. Ahora bien: el oro y la plata poseen esas propiedades por naturaleza.

El valor de uso de la mercancía dinero se desdobla. Además de su particular valor de uso como mercancía —el oro, por ejemplo, se usa para rellenar caries, como materia prima para artículos de lujo, etc.—, adquiere un valor de uso formal que nace de su específica función social.

Como todas las demás mercancías son ahora sólo equivalentes particulares del dinero y el dinero es el equivalente general de todas las demás, éstas se comportan como mercancías particulares respecto del dinero como mercancía general.[44]

Como se ha visto, la forma de dinero no es más que el reflejo de las relaciones entre todas las demás mercancías, fijado en una mercancía determinada. Así, pues, el hecho de que el dinero es mercancía[45] no resultará un descubrimiento más que para aquel que parta de su figura ya terminada para analizarla luego. El proceso de cambio no da a la mercancía que convierte en dinero su valor, sino su específica forma de valor. La confusión entre esas dos determinaciones lleva a creer que el valor del oro y el de la plata son imaginarios.[46] Como el di-

[42] KARL MARX, *loc. cit.*, pág. 135. «Los metales... son por naturaleza dinero» (GALIANI, *Della Moneta,* en la col. CUSTODI, Parte Moderna, tomo III, pág. 137).

[43] Más precisión sobre esto en mi obra recién citada, sección «Los metales nobles».

[44] «El dinero es la mercancía general» (VERRI, *loc. cit.,* pág. 16).

[45] «En sí mismos, la plata y el oro, que podemos designar con el nombre general de metales nobles, son ... mercancías ... que suben y bajan de valor... Se puede reconocer mayor valor al metal noble cuando un peso menor del mismo compra una cantidad mayor del producto o la fabricación del país, etc.» ([S. CLEMENT,] *A Discourse of the General Notions of Money, Trade, and Exchange, as they stand in relations to each other. By a Merchant, Lond.,* 1695, pág. 7). «La plata y el oro, acuñados o sin acuñar, se usan, ciertamente, como medida de todas las demás cosas, pero son tan mercancías como el vino, el aceite, el tabaco, el paño o las telas.» ([J. CHILD,] *A Discourse concerning Trade, and that in particular of the East-Indies etc.,* London 1689, pág. 2). «En puridad la fortuna y la riqueza del reino no se pueden reducir al dinero, ni tampoco se puede decir que no son mercancías el oro y la plata.» ([TH. PAPILLON,] *The East India Trade a most Profitable Trade,* London 1677, pág. 4.)

[46] «El oro y la plata tienen valor como metales, antes de ser dinero». (GALIANI, *loc. cit.* [pág. 72].) Locke dice: «El universal consentimiento de los hombres atribuyó a la plata un valor imaginario, por sus cualidades, que la hacen adecuada para dinero». [JOHN LOCKE, *Some Considerations* etc., 1691, en *Works,* ed. 1777, vol. II, pág. 15]. Law, en cambio: «¿Cómo habrían podido naciones diferentes dar un valor imaginario a una cosa cualquiera... o cómo se habría podido

nero se puede sustituir en determinadas funciones suyas por meros signos del mismo, se ha producido también otro error, a saber, que es un mero signo. Pero, por otra parte, tras ese error asomaba el barrunto de que la forma dinero de la cosa es externa a ésta, mera forma de manifestarse relaciones humanas ocultas tras ella. En este sentido toda mercancía sería un signo porque, en cuanto valor, toda mercancía es simplemente cáscara material del trabajo humano gastado en ella.[47] Pero si se declara que los caracteres sociales que adquieren las cosas sobre la base de un determinado modo de producción, o los caracteres cósicos que toman las determinaciones sociales del trabajo sobre la base de un determinado modo de producción, son meros signos, se declara al mismo tiempo que son arbitrarios productos de la reflexión de los hombres. Éste era el tipo de explicación favorito del siglo XVIII para arrancar al menos provisionalmente el velo de extrañeza a las enigmáticas configuraciones de las relaciones humanas cuyo proceso de constitución no se estaba en condiciones de descifrar.

---

mantener ese valor imaginario?» Pero él mismo entendía muy poco del asunto: «La plata se cambiaba según el valor de cambio que tenía, o sea, según su valor real; por su calificación de dinero adquirió un valor adicional (une valeur additionelle).» (JEAN LAW, *Considérations sur le numéraire et le commerce,* en la ed. de los *Économistes Financiers du XVIII siècle* por E. Daire, págs. 469, 470.)

[47] «El dinero es su (de las mercancías) signo.» (V. DE FORBONNAIS, *Éléments du Commerce,* Nouv. Ed., Leyde 1766, t. II, pág. 143.) «En cuanto signo es atraído por las mercancías.» (*Loc. cit.,* pág. 155.) «El dinero es signo de una cosa y representa esa cosa.» (MONTESQUIEU, *Esprit des Lois, Oeuvres,* Lond. 1767, t. II, pág. 3.) «El dinero no es simple signo, pues es él mismo riqueza; no representa valores, sino que es equivalente de ellos.» (LE TROSNE, *loc. cit.,* pág. 910.) «Si se considera el concepto de valor, la cosa misma se contempla sólo como signo, y no cuenta como ella misma, sino en cuanto vale.» (HEGEL, *loc. cit.,* pág. 100.) Mucho antes que los economistas, hicieron florecer los juristas la idea del dinero como mero signo y la de que el valor de los metales nobles es sólo imaginario, prestando así un servicio de sicofantes al poder real, cuyo derecho a falsificar la moneda sostuvieron los juristas a lo largo de toda la Edad Media sobre la base de las tradiciones del Imperio Romano y de los conceptos de dinero de las *Pandectas.* «Nadie puede permitirse dudar», dice su aplicado discípulo Felipe de Valois en un decreto de 1346, «de que sólo a Nos y a Nuestra real Majestad compete... todo lo relativo a la moneda, la acuñación, la naturaleza, la cantidad y todas las disposiciones relativas a las monedas, el ponerlas en circulación al precio que nos complazca y bueno nos parezca». Era un dogma del derecho romano que el emperador decreta el valor del dinero. Estaba prohibido explícitamente tratar el dinero como mercancía. «Mas a nadie sea permitido comprar dinero, el cual, creado para el uso general, no puede ser tomado por mercadería.» Buena discusión al respecto de G. F. PAGNINI, *Saggio sopra il giusto prezio delle cose,* 1751, en la col. Custodi, Parte Moderna, t. II. Sobre todo en la segunda parte de su escrito, Pagnini polemiza con los caballeros juristas.

Ya se ha hecho notar que la forma de equivalente de una mercancía no incluye la determinación cuantitativa de su magnitud de valor. No basta con saber que el oro es dinero y que, por lo tanto, es directamente intercambiable con todas las demás mercancías para saber, por ejemplo, cuánto valen 10 libras de oro. Al igual que cualquier otra mercancía, el oro no puede expresar su propio valor más que de modo relativo, por medio de otras mercancías. Su valor propio se determina por el tiempo de trabajo requerido para su producción, y se expresa en la cantidad de cualquier otra mercancía en la que haya cuajado otro tanto de tiempo de trabajo.[48] Esta fijación de su magnitud relativa de valor ocurre en su fuente de producción en el trueque inmediato. El valor del dinero está ya dado cuando entra, como tal dinero, en la circulación. Ya en las últimas décadas del siglo XVII está ampliamente rebasado el comienzo del análisis del dinero, a saber que el dinero es mercancía. Pero se trata sólo del comienzo. La dificultad no estriba en comprender que el dinero es mercancía, sino en comprender cómo, por qué y a través de qué circunstancias es la mercancía dinero.[49]

Hemos visto que ya en la expresión de valor más simple —*x* mercancía A = *y* mercancía B— la cosa en la cual se representa la magnitud de valor de otra cosa parece poseer su forma de equivalente como pro-

[48] «Si alguien consigue traer a Londres una onza de plata del seno de la tierra del Perú en el mismo tiempo que necesitaría para producir un bushel de trigo, entonces lo uno es precio natural de lo otro; si mediante la extracción procedente de minas nuevas y más productivas esa persona puede conseguir con el mismo esfuerzo y gasto dos onzas de plata en vez de una, el trigo, a un precio de 10 shilling por bushel, será tan barato como antes al precio de 5 schilling, cæteris paribus.» (WILLIAM PETTY, *A Treatise of Taxes and Contributions,* Lond. 1667, pág. 31.)

[49] A la enseñanza que nos imparte el señor profesor Roscher —«Las definiciones erróneas del dinero se pueden clasificar en dos grupos principales, a saber, las que lo consideran más que una mercancía y las que lo consideran menos que una mercancía»— sigue un abigarrado catálogo de escritos sobre el dinero que no revela ni la más mínima comprensión de la real historia de la teoría, y a eso sigue la moraleja: «Por lo demás, no se puede negar que la mayoría de los economistas modernos no han tenido suficientemente en cuenta las peculiaridades que distinguen al dinero de otras mercancías» (¿más, pues, o menos que mercancía?) «...En este sentido no es del todo infundada la reacción medio mercantilista de Ganilh, etc.» (WILHELM ROSCHER, *Die Grundlagen der Nationalökonomie,* 3.ª ed., 1858, págs. 207-210). Más - menos - no suficientemente - no del todo... ¡Vaya precisiones conceptuales! El señor Roscher llama modestamente a esas eclécticas chocheces profesorales «método anatómico-fisiológico» de la economía política. De todos modos, se le debe un descubrimiento, a saber, el de que el dinero es «una mercancía agradable».

piedad natural social, con independencia de aquella relación. Hemos estudiado cómo se consolida esa falsa apariencia. La cual se consuma en cuanto que la forma general de equivalente se funde con la forma natural de una determinada especie de mercancía, o sea, cristaliza en la forma dinero. No se trata de que una mercancía parezca convertirse en dinero porque las demás mercancías presenten en ella sus valores desde todos los lados, sino que, a la inversa, las demás mercancías parecen presentar de un modo general sus valores en ella porque ella es dinero. El movimiento mediador se disipa en su propio resultado sin dejar rastro. Las mercancías, sin intervención por su parte, se encuentran con su propia figura de valor ya lista, en la forma de un cuerpo de mercancía que existe fuera de ellas y al lado de ellas. Esas cosas, el oro y la plata, tal como salen de las entrañas de la tierra, son ya encarnación inmediata de todo trabajo humano. A eso se debe la magia del dinero. El comportamiento meramente atomístico de los seres humanos en su proceso social de producción y, consiguientemente, la figura material de sus propias relaciones de producción, independiente de su acción individual consciente, se manifiestan por de pronto en el hecho de que los productos de su trabajo toman de un modo general la forma de mercancía. El enigma del fetiche dinero no es, pues, más que el enigma del fetiche mercancía una vez visible, incluso deslumbrador.

Capítulo tercero

EL DINERO, O SEA, LA CIRCULACIÓN DE LAS MERCANCÍAS

1. *Medida de los valores*

Por simplificar, presupongo siempre en esta obra que la mercancía dinero es el oro.

La primera función del oro consiste en procurar al mundo de las mercancías el material de su expresión de valor, o sea, en representar los valores de las mercancías como magnitudes homónimas, cualitativamente iguales y cuantitativamente comparables. Así funciona como medida general de los valores, y sólo a través de esa función el oro, la mercancía equivalente específica, se convierte por de pronto en dinero.

No es el dinero el que hace a todas las mercancías conmensurables. Al revés. Por el hecho de que todas las mercancías son, en cuanto valores, trabajo humano objetivado y, por lo tanto, por sí mismas conmensurables, pueden medir todas ellas sus valores en una misma mercancía específica y transformar así a ésta en medida de valor común a todas ellas, o sea, en dinero. El dinero en cuanto medida de valor es forma necesaria de manifestación de la medida inmanente de valor de las mercancías, el tiempo de trabajo.[50]

[50] La cuestión de por qué el dinero no representa directamente el mismo tiempo de trabajo —de modo que, por ejemplo, un billete de papel representara *x* horas de trabajo— se reduce con toda sencillez a la cuestión de por qué, sobre la base de la producción mercantil, los productos del trabajo se tienen que presentar como mercancías, pues la exposición de la mercancía incluye su duplicación en mercancía y mercancía dinero. O también a la cuestión de por qué el trabajo privado no se puede tratar como trabajo directamente social, o sea, como su contrario. En otro lugar (*loc. cit.*, págs. 61 ss.) he discutido extensamente el superficial utopismo de un «dinero-trabajo» que no abandona el fundamento de la producción mercantil. Obsérvese aquí ahora que, por ejemplo, el «dinero-trabajo» de Owen es tan poco dinero como una reserva para el teatro. Owen presupone trabajo inmediatamente socializado, forma de producción diametralmente opuesta a la producción de mercancías. El certificado de trabajo se limita a registrar la parte del producto individual en el trabajo común y su pretensión individual a la parte determinada del producto común destinada al consumo. Pero

La expresión de valor de una mercancía en oro —*x* mercancía A = *y* mercancía dinero— es su forma dinero, o precio. Basta ahora con una sola igualdad —como por ejemplo 1 tonelada de hierro = 2 onzas de oro— para exponer con validez social el valor del hierro. Ya no hace falta que esa igualdad marche en formación con las ecuaciones de valor de las demás mercancías, porque la mercancía equivalente, el oro, posee ya el carácter de dinero. Por eso la forma general relativa de valor de las mercancías tiene de nuevo la figura de su forma de valor relativa originaria, simple o individual. Por otra parte, la expresión de valor relativa desarrollada —esto es, la serie ilimitada de expresiones relativas de valor— se convierte en forma relativa de valor específica de la mercancía dinero. Pero ahora esa serie está ya socialmente dada en los precios de las mercancías. Basta con leer de derecha e izquierda las cotizaciones de una lista de precios para encontrar representada en todas las mercancías posibles la magnitud de valor del dinero. En cambio, el dinero, carece de precio. Pues para participar de esa forma de valor relativa unitaria de las demás mercancías, el dinero tendría que ser referido a sí mismo como a equivalente propio.

El precio o forma dinero de las mercancías, al igual que su forma valor en general, es una forma distinta de su forma corpórea real y tangible, o sea, una forma sólo ideal o representada. El valor del hierro, del lino, del trigo, etc., existe en esas cosas mismas, aunque invisible; se representa por la igualdad de esas cosas con oro, por una relación con el oro que, por decirlo así, no existe sino como un fantasma en sus cabezas. Por eso el celador de las mercancías tiene que prestarles la lengua para que hablen sus cabezas, o tiene que colgarles etiquetas, con objeto de comunicar sus precios al mundo exterior.[51] Como la expresión de los valores de las mercancías en oro es una expresión ideal, un oro meramente representado o ideal es también utilizable para esta operación. Toda persona guardadora de mercancías sabe perfectamente que no las dora realmente, ni mucho menos, por el hecho de dar a su valor la forma precio, la forma oro imaginaria o representada, y que tampoco necesita ni una pizca de oro real para estimar en oro millones en valores mercantiles. Así, pues, en su función de medida del valor el dinero funciona como dinero meramente representado, dinero ideal. Esta circunstancia ha dado pie a las teorías más insensatas.[52] Aunque para la función de medida del valor basta con dinero meramente imaginado, sin embargo, el precio depende enteramente del real material del dinero. El valor —esto es, la cantidad de trabajo humano contenido, por ejemplo, en una tonelada de hierro— se expresa mediante una cantidad meramente representada de la mercancía dinero, cantidad que contiene la misma de trabajo. Así, pues, según que lo que sirva para medida del valor sea oro, plata o cobre, el valor de la tonelada de hierro tendrá muy diferentes expresiones en precio, es decir, se representará por cantidades muy diferentes de oro, plata o cobre.

Por eso cuando dos mercancías diferentes —por ejemplo, el oro y la plata— funcionan simultáneamente como medida del valor, todas las mercancías cuentan con dos expresiones distintas en precio: precios oro y precios plata, los cuales discurren tranquilamente unos al lado de otros mientras permanece inalterada la relación de valor entre el oro y la plata, por ejemplo, 1 : 15. Pero toda alteración de esa razón entre los valores del oro y la plata perturba la relación entre los precios oro y los precios plata de la mercancía, lo que prueba materialmente que la duplicación de la medida del valor contradice la función de ésta.[53]

Owen no tiene la ocurrencia de presuponer la producción mercantil y pretender, a pesar de ello, al mismo tiempo eludir sus condiciones necesarias mediante chapucerías dinerarias.

[51] El salvaje o semisalvaje utiliza la lengua de otro modo. El capitán Parry observa, por ejemplo, respecto de los habitantes de la orilla oeste de la bahía de Baffin: «En este caso (al intercambiar productos)... lo lamieron (lo que les ofrecían) dos veces con la lengua, tras de lo cual, parecieron considerar que el negocio se había concluido satisfactoriamente.» Así también entre los esquimales orientales el adquirente en el trueque lamía siempre el artículo al recibirlo. Mas puesto que la lengua es de ese modo en el norte órgano de apropiación, no puede sorprender el que en el sur el vientre se considere órgano de la propiedad acumulada, y que el cafre estime la riqueza de un hombre por su barrigón. Los cafres son tipos muy listos, pues mientras que el informe oficial británico sobre sanidad del año 1864 lamenta la carencia de grasas de una gran parte de la clase obrera, un cierto Dr. Harvey —que, pese a su nombre, no ha inventado la circulación de la sangre—, consiguió hacer fortuna aquel mismo año mediante recetas charlatanescas que prometían a la burguesía y a la aristocracia la eliminación de sus grasas superfluas.

[52] V. Karl Marx, *Zur Kritik,* etc., «Teorías de la unidad de medida del dinero», págs. 53 ss. [OME 21].

[53] Nota a la 2.ª ed. «En los casos en que el oro y la plata coexisten legalmente como dinero, esto es, como medida del valor, se repite siempre el vano intento de tratarlos como si fueran una sola materia. Cuando se supone que un mismo tiempo de trabajo se tiene que objetivar inmutablemente en una misma proporción de plata y oro, lo que de hecho se está suponiendo es que la plata y el oro son una misma materia y que una masa determinada del metal menos valioso, la plata, constituye una fracción inmutable de una determinada masa de oro. Desde el reinado de Eduardo III hasta la época de Jorge II la historia del sistema monetario inglés discurre por una serie de perturbaciones constantes originadas en la colisión entre la fijación legal de la relación de valor entre el oro

Todas las mercancías de precio determinado se presentan en la forma: a mercancía A = *x* oro, b mercancía B = *z* oro, c mercancía C = *y* oro, etc., expresiones en las cuales a, b, c representan determinadas masas de las especies mercantiles A, B, C, y *x, z, y* determinadas masas de oro. Los valores de las mercancías están, por lo tanto, transformados en cantidades imaginarias de oro de diversas magnitudes, o sea, en magnitudes de oro, magnitudes homónimas, pese al confuso abigarramiento de los cuerpos de mercancías. En esa condición de cantidades varias de oro se comparan y se miden unos con otros y se desarrolla la necesidad técnica de referirlos a una cantidad fija de oro tomada como unidad de medida. A su vez, esta unidad de medida se desarrolla hasta dar una entera escala mediante su subdivisión en partes alícuotas. Ya antes de llegar a ser dinero, el oro, la plata, el cobre cuentan con módulos o escalas semejantes, que son sus pesos como metales, y así, por ejemplo, una libra sirve entonces como unidad de medida, y se subdivide por un lado en onzas, etc., mientras se suma por el otro en quintales, etc.[54] Por eso en toda circulación metálica los

y la plata y las oscilaciones reales de esos valores. Unas veces se valoró excesivamente el oro, otras veces la plata. El metal subestimado desapareció de la circulación, se fundió y se exportó. Entonces se modificó legalmente la relación de valor entre ambos metales, pero el nuevo valor nominal entró pronto en el mismo conflicto que el viejo con la real relación de valor. En nuestra propia época la debilísima y transitoria baja del valor del oro respecto del de la plata a causa de la demanda de ésta en la India y China ha provocado en Francia el mismo fenómeno en gran escala: exportación de plata y expulsión de la plata de la circulación por el oro. Durante los años 1855, 1856 y 1857 el excedente de la importación de oro en Francia respecto de la exportación de oro en Francia supuso 41.580.000 de libras esterlinas, mientras que el exceso de la exportación de plata respecto de su importación fue de 34.704.000 *[33] libras esterlinas. Efectivamente: en los países en que ambos metales son medidas legales del valor y han de ser aceptados en pago, mientras que cada individuo puede pagar a su voluntad en plata o en oro, el metal cuyo valor aumenta procura un agio y mide, como toda otra mercancía, su precio con el metal sobrestimado, mientras que sólo este último sirve de medida del valor. En este campo toda la experiencia histórica se reduce al hecho de que donde dos mercancías desempeñan legalmente la función de medida del valor, de hecho es siempre una sola la que se afirma como tal.» (KARL MARX, *loc. cit.*, págs. 52, 53) [OME 21].

[54] Nota a la 2.ª ed. El peculiar hecho de que la onza de oro, unidad de medida del dinero en Inglaterra, no se divida en partes alícuotas, se explica del modo siguiente: «Nuestro sistema monetario se adecuaba al principio sólo a la utilización de plata; por eso siempre se puede dividir una onza de plata en un determinado número alícuota de monedas; pero como el oro no se introdujo sino

*[33] En la 4.ª ed.: 14.704.000.

nombres preexistentes de la unidad de peso constituyen también los primeros nombres de la unidad de dinero, o unidad de medida de los precios.

En cuanto medida de los valores y patrón de los precios, el dinero desempeña dos funciones muy diferentes. Es medida de los valores en cuanto encarnación social del trabajo humano; es patrón de los precios en cuanto peso determinado y fijo de metal. En cuanto medida del valor, sirve para transformar los valores de las mercancías, abigarradamente diversas, en precios, en cantidades imaginadas de oro; en cuanto patrón de los precios, lo que mide es esas cantidades de oro. Con la medida de los valores se miden las mercancías en cuanto valores; en cambio, el patrón de los precios mide cantidades de oro con una cantidad de oro, no el valor de una cantidad de oro con el peso de otra. Para patrón de los precios hay que fijar como unidad de medida un determinado peso de oro. En ésta como en todas las demás mediciones de magnitudes homónimas, lo decisivo es la fijeza de las proporciones de medida. Por eso la escala de los precios cumple su función tanto mejor cuanto más inmutablemente sirve como unidad de medida una misma cantidad de oro. El oro no puede servir como medida de los valores sino porque él mismo es producto del trabajo y es, por lo tanto, potencialmente, un valor alterable.[55]

Es claro por de pronto que un cambio de valor del oro no perjudica de ningún modo a su función de patrón de los precios. Cambie como cambie el valor del oro, diferentes cantidades de oro se mantendrán siempre en la misma proporción de valor. Aunque el valor del oro bajara en un 1.000 %, 12 onzas de oro seguirían teniendo 12 veces más valor que una onza de oro; y en los precios no se trata más que de la razón entre diferentes cantidades de oro. Como, por otra parte, la baja o la subida del valor de una onza de oro no altera en absoluto su peso, tampoco se altera el peso de sus partes alícuotas, y así el oro, como patrón fijo de los precios, desempeña siempre el mismo servicio, por mucho que cambie de valor.

El cambio de valor del oro no impide tampoco su función de medida del valor. Ese cambio afecta a todas las mercancías simultánea-

posteriormente en un sistema monetario que sólo estaba adaptado a la plata, no es posible acuñar una onza de oro en un número alícuota de monedas.» (MACLAREN, *History of the Currency,* London 1858, pág. 16.)

[55] Nota a la 2.ª ed. Es indecible la confusión de la literatura inglesa entre medida de los valores (measure of value) y patrón de los precios (standard of value). Constantemente se confunden las funciones y, consiguientemente, sus nombres.

mente, de modo que, cæteris paribus, deja sin alterar sus recíprocos valores relativos, aunque todos éstos se expresen ahora en precios oro superiores o inferiores a los de antes.

Al igual que en la exposición del valor de una mercancía en el valor de uso de alguna otra, tampoco en la estimación de las mercancías en oro se presupone sino que en el momento dado la producción de una determinada cantidad de oro cuesta una cantidad dada de trabajo. Las leyes, antes expuestas, de la expresión relativa simple de valor vigen respecto del movimiento de los precios de las mercancías en general.

Los precios de las mercancías no pueden sino subir todos ellos —sin cambio del valor del dinero— cuando suben los valores de las mercancías; y, sin cambio en los valores de las mercancías, cuando baja el valor del dinero. A la inversa. Los precios de las mercancías no pueden sino bajar todos ellos —sin cambio del valor del dinero— cuando bajan los valores de las mercancías; y, sin cambio en los valores de las mercancías, cuando sube el valor del dinero. De eso no se sigue en modo alguno que el aumento del valor del dinero condicione un descenso proporcional de los precios de las mercancías, y la baja del valor del dinero un aumento proporcional de los precios de las mercancías. Eso vale sólo cuando se trata de mercancías cuyo valor no haya cambiado. Pero las mercancías, por ejemplo, cuyo valor aumente uniforme y simultáneamente con el del dinero conservarán los mismos precios. Si su valor sube más despacio o más deprisa que el del dinero, la baja o el alza de sus precios queda determinada por la diferencia entre el movimiento de su valor y el movimiento del valor del dinero, etc.

Volvamos a considerar la forma precio.

Los nombres monetarios de los pesos de metal se van separando de sus originarios nombres de pesos por causas varias, entre las cuales son históricamente decisivas: 1.º: la introducción de dinero extranjero en los pueblos poco desarrollados, al modo, por ejemplo, como en la antigua Roma las monedas de plata y oro circularon primero como mercancías extranjeras. Los nombres de ese dinero extranjero son diferentes de los nombres autóctonos de pesos. 2.º: el hecho de que con el desarrollo de la riqueza el metal menos noble es expulsado por el más noble de la función de medida del valor. El cobre por la plata, la plata por el oro, por mucho que esa sucesión contradiga a toda cronología poética.[56] Libra, por ejemplo, era el nombre monetario de una

[56] Tampoco tiene, por lo demás, validez histórica universal.

verdadera libra de plata. Cuando el oro expulsa a la plata de su función de medida del valor, el mismo nombre se adhiere tal vez a 1/15 de libra de oro, según la razón entre los valores del oro y de la plata. Con eso se separa la palabra libra como nombre monetario de la palabra libra como usual nombre de un peso de oro.[57] 3.º: la falsificación de moneda por los monarcas a lo largo de los siglos, la cual no dejó de hecho más que el nombre del peso originario de las monedas.[58]

Esos procesos históricos convierten en costumbre popular la separación de los nombres monetarios de los pesos de metal respecto de los corrientes nombres de sus pesos. Como el patrón monetario es, por una parte, puramente convencional mientras, por otra, necesita una vigencia general, acaba por ser regulado legalmente. Un peso determinado del metal noble —por ejemplo, una onza de oro— se divide oficialmente en partes alícuotas bautizadas legalmente con nombres como libra, tálero, etc. La parte alícuota que vige de hecho como verdadera unidad de medida del dinero se subdivide en otras partes alícuotas de nombre también fijado por la ley, como shilling, penny, etc.[59] En cualquier caso, determinados pesos de metal siguen siendo patrón del dinero metálico. Lo que cambia es la división y los nombres que se les da.

Los precios, las cantidades de oro en que se transforman idealmente los valores de las mercancías, se expresan, pues, ahora con los nombres monetarios o nombres contables legalmente vigentes del patrón oro. Y así, en vez de decir que el quarter de trigo es igual a una onza de oro, en Inglaterra se diría que es igual a 3 libras esterlinas, 17 sh. 10 1/2 d. Las mercancías se dicen de este modo con sus nombres monetarios lo que valen, y el dinero vale como dinero contable en

[57] Nota a la 2.ª ed. De este modo la libra inglesa designa menos de un tercio de su peso originario, la libra escocesa de la Unión ya sólo 1/36, la livre francesa 1/74, el maravedí español menos de 1/1.000, el rei portugués una fracción aún más pequeña.

[58] Nota a la 2.ª ed. «Las monedas cuyos nombres son hoy sólo ideales son en todas las naciones las más antiguas; todos ellos fueron en otro tiempo reales, y porque eran reales se calculó con ellos.») (GALIANI, *Della Moneta, loc. cit.*, pág. 153.)

[59] Nota a la 2.ª ed. El señor David Urquhart observa en sus *Familiar Words*, a propósito de la monstruosidad (!) de que hoy día una libra (£ ester.), la unidad del patrón monetario inglés, equivale aproximadamente a 1/4 de onza de oro: «Esto es falsificación de una medida, y no fijación de un patrón» (pág. 105). Urquhart ve en ese «nombre falso» del peso del oro, como en toda otra cosa, la mano falsificadora de la civilización.

cuanto que se trata de fijar una cosa como valor y, por lo tanto, en forma de dinero.[60]

El nombre de una cosa es totalmente externo a su naturaleza. El saber que una persona se llama Jacobo no me hace saber nada de esa persona. Análogamente se disipa en los nombres monetarios libra, tálero, franco, ducado, etc., toda huella de la relación de valor. La confusión que impera acerca del sentido oculto de estos signos cabalísticos aumenta por el hecho de que los nombres monetarios expresan el valor de las mercancías y, al mismo tiempo, partes alícuotas de un peso de metal, del patrón monetario.[61] Por otra parte, es necesario que el valor, diferenciado de los abigarrados cuerpos del mundo de las mercancías, se desarrolle hasta llegar a esa forma material sin concepto, pero también simplemente social.[62]

El precio es el nombre-dinero del trabajo objetivado en la mercancía. Por eso la equivalencia de la mercancía con la cantidad de dinero cuyo nombre es su precio es una tautología,[63] por la misma razón

[60] Nota a la 2.ª ed. «Preguntado Anacarsis para qué necesitaban los helenos el dinero, contestó: para contar.» (ATHEN. [AESUS], *Deipn.*, l. IV, 49, v. 2 [pág. 120], ed. Schweighäuser, 1802.)

[61] Nota a la 2.ª ed. «Como el oro en cuanto patrón de los precios aparece con los mismos nombres contables que los precios de las mercancías —o sea, que, por ejemplo, una onza de oro se expresa, igual que el valor de una tonelada de hierro, mediante 3 libras est. 17 sh. 10 1/2 d.—, se ha llamado a esos nombres contables suyos precio monetario del oro. Así nació la extraña idea de que el oro (o, en su caso, la plata) se estimara por su propio material y, a diferencia de todas las demás mercancías, recibiera estatalmente un precio fijo. Se creyó que la fijación de nombres contables para determinados pesos de oro era una fijación del valor de esos pesos.» (KARL MARX, *loc. cit.*, pág. 52.)

[62] V. «Teorías de la unidad de medida del dinero» en *Zur Kritik der Pol. Oekon.*, etc., págs. 53 ss. Las fantasías acerca de la elevación o el rebajamiento del «precio monetario» —que consiste en dar los nombres monetarios legales de pesos legalmente fijados de oro o plata a pesos mayores o menores por la autoridad del estado, y acuñar, por ejemplo, a partir de un determinado momento, 1/4 de onza de oro en 40 sh. en vez de en 20 sh. como hasta entonces— en cuanto se proponen «tratamientos milagrosos» económicos y no son simples e inhábiles operaciones financieras contra acreedores del estado o de privados, han sido tan completamente estudiadas por Petty en *Quantulumcumque concerning Money. To the Lord Marquis of Halifax*, 1862, que ya sus sucesores directos, Sir Dudley North y John Locke —por no hablar de los posteriores— sólo pudieron trivializar su estudio. «Si la riqueza de una nación se pudiera decuplicar mediante un decreto», dice Petty entre otras cosas, «sería muy raro que nuestros gobiernos no hubieran promulgado semejantes decretos hace ya mucho tiempo» (*loc. cit.*, pág. 36).

[63] «O bien hay que conceder que un millón en dinero vale más que el mismo valor en mercancías» (LE TROSNE, *loc. cit.*, pág. 919), o sea, «que un valor vale más que otro valor igual».

por la que, más en general, la expresión relativa de valor de una mercancía es siempre expresión de la equivalencia de dos mercancías. Pero si bien el precio, en cuanto expresión de la magnitud de valor de la mercancía, es expresión de su razón de cambio con el dinero, de eso no se sigue que, a la inversa, su razón de cambio con el dinero sea necesariamente expresión de su magnitud de valor. Supongamos que trabajo socialmente necesario de la misma magnitud se represente en 1 quarter de trigo y en 2 libr. est. (aproximadamente 1/2 onza de oro). Las 2 libr. est. son expresión monetaria de la magnitud del valor del quarter de trigo, son su precio. Si las circunstancias permiten cotizar el quarter de trigo a 3 libr. est. u obligan a cotizarlo a 1 libr. est., entonces 1 libr. est. o 3 libr. est. son, como expresiones de la magnitud de valor del trigo, demasiado pequeñas o demasiado grandes, pero son, de todos modos, precios suyos, pues, en primer lugar, son su forma de valor, dinero, y, en segundo lugar, son expresiones de su razón de cambio con el dinero. Si las condiciones de la producción o la fuerza productiva del trabajo no cambian, hay que gastar en la reproducción del quarter de trigo el mismo tiempo social de trabajo que antes. Esta circunstancia no depende de la voluntad del productor de trigo ni de la voluntad de los demás poseedores de mercancías. La magnitud de valor de la mercancía expresa, pues, una relación necesaria, inmanente a su proceso de formación, con el tiempo social de trabajo. Al transformarse la magnitud de valor en precio, esa relación necesaria aparece como razón de cambio de una mercancía con la mercancía dinero, que existe fuera de ella. Pero en esta razón se puede expresar tanto la magnitud de valor de la mercancía cuanto el más o el menos con los cuales es enajenable en circunstancias dadas. Así, pues, la posibilidad de una incongruencia cuantitativa entre el precio y la magnitud de valor, o sea, la posibilidad de que el precio discrepe de la magnitud de valor, está ya dada en la forma misma de precio. Eso no es ningún defecto de esa forma, sino, por el contrario, algo que hace de ella la forma adecuada para un modo de producción en el cual la regla no se puede imponer más que como ciega ley media de la irregularidad.

Pero la forma precio no sólo permite la posibilidad de una incongruencia cuantitativa entre la magnitud de valor y el precio, esto es, entre la magnitud de valor y su propia expresión en dinero, sino que, además, puede contener una contradicción cualitativa tal que el precio deje de ser incluso expresión del valor, pese a que el dinero no es más que la forma de valor de las mercancías. Cosas que por sí mismas no son mercancías —por ejemplo, la conciencia moral, el honor, etc.— pueden resultar enajenables a cambio de dinero por sus poseedores, to-

mando así por su precio la forma de mercancía. Por lo tanto, una cosa puede tener formalmente precio sin tener valor. La expresión en precio se hace en este caso imaginaria, como ciertas magnitudes de la matemática. Por otra parte, también la forma precio imaginaria —por ejemplo, el precio de la tierra no cultivada, la cual no tiene valor alguno porque no se ha materializado en ella ningún trabajo humano— puede recubrir una relación real de valor o alguna otra relación real deducida de ella.

El precio, como toda forma relativa de valor, expresa el valor de una mercancía —de una tonelada de hierro, por ejemplo— mediante el hecho de que una cantidad determinada de equivalente, por ejemplo, una onza de oro, es directamente cambiable por hierro, pero en modo alguno a la inversa, esto es, que el hierro, por su parte, se pueda cambiar directamente por oro. Por lo tanto, para ejercer en la práctica el efecto de un valor de cambio, la mercancía tiene que despojarse de su cuerpo natural, convertirse, de oro sólo imaginario que era, en oro real, aunque esa transustanciación le pueda ser más «amarga» que al «concepto hegeliano» su transición de la necesidad a la libertad, o que para una langosta el reventar su coraza, o que para el padre de la Iglesia san Jerónimo el despojarse del viejo Adán.[64] Además de su figura real, hierro, por ejemplo, la mercancía puede poseer en el precio una figura ideal de valor, una imaginaria figura áurea; pero no puede ser al mismo tiempo realmente hierro y realmente oro. Para darle precio basta con equipararle oro imaginario. Pero tiene que ser sustituido por oro para que preste a su poseedor el servicio de equivalente general. Si el poseedor del hierro se presentara, por ejemplo, al de una mercancía frívola y le remitiera al precio del hierro razonando que este precio es forma-dinero, el frívolo contestaría como contestó en el cielo San Pedro a Dante cuando éste le recitó el símbolo de la fe:

> Assai bene è trascorsa
> D'esta moneta già la lega e'l peso,
> Ma dimmi se tu l'hai nella tua borsa.*[34]

[64] Mientras que en su juventud san Jerónimo tuvo que forcejear mucho con la carne material —como lo muestra su lucha en el desierto con hermosos fantasmas femeninos—, en la vejez tuvo que hacerlo contra la carne espiritual. «Me imaginé», dice, por ejemplo, «en espíritu ante el Juez del Mundo.» «¿Quién eres tú?», le preguntó una voz. «Soy un cristiano.» «Mientes», tronó el Juez del Mundo. «Tú no eres más que un ciceroniano.»

*[34] «Bien repasada está / De esta moneda ya la ley y el peso, / Mas dime si la tienes en tu bolsa.» (*Divina Comedia,* Paraíso, Canto 24, vv. 83-85.)

La forma precio implica la enajenabilidad de las mercancías por dinero y la necesidad de esa enajenación. Por otra parte, el oro funciona como medida ideal del valor gracias a que ya previamente se mueve como mercancía dinero en el proceso de cambio. De modo que el dinero sólido está al acecho en la medida ideal de los valores.

2. *Medio de circulación*

a) La metamorfosis de las mercancías

Se ha visto que el proceso de cambio de las mercancías contiene relaciones que se contradicen y excluyen unas a otras. El desarrollo de la mercancía no suprime esas contradicciones, pero crea la forma en la cual se pueden mover. Éste es siempre el método por el cual se resuelven las contradicciones reales. Así, por ejemplo, es una contradicción el que un cuerpo caiga constantemente sobre otro y no menos constantemente huya de él. La elipse es una de las formas de movimiento en las cuales esa contradicción se realiza y en la misma medida se resuelve.

El proceso de cambio es metabolismo social en la medida en que hace pasar mercancías de una mano en la que son no-valores de uso a la mano en que son valores de uso. El producto de un modo útil de trabajo sustituye al de otro. Una vez llegada al lugar en el que sirve de valor de uso, la mercancía pasa de la esfera del intercambio mercantil a la del consumo. Sólo la primera nos interesa aquí. Por lo tanto, hemos de contemplar todo el proceso por su lado formal, o sea, sólo el cambio de forma, la metamorfosis de las mercancías que media el metabolismo social.

Prescindiendo de la falta de claridad acerca del concepto mismo de valor, la concepción, muy deficiente, de ese cambio de forma se debe a la circunstancia de que todo cambio de forma de una mercancía se consuma en el cambio entre dos mercancías, una mercancía común y la mercancía dinero. Si sólo se tiene presente ese momento material, el intercambio de mercancía con oro, se pasa precisamente por alto lo que habría que ver, a saber, lo que ocurre con la forma. Se pasa por alto que el oro, en cuanto mera mercancía, no es dinero, y que las demás mercancías se refieren en sus precios al oro como a su propia figura monetaria.

Las mercancías entran por de pronto en el proceso de cambio sin

dorar, sin aderezar, con la pelambrera tal cual les crece. El proceso de cambio produce una duplicación de la mercancía en mercancía y dinero, contraposición externa en la que las mercancías expresan su contraposición intrínseca entre valor de uso y valor. En esta contraposición externa las mercancías se enfrentan en condición de valores de uso al dinero como valor de cambio. Por otra parte, ambos polos de la contraposición son mercancías, esto es, unidades de valor de uso y valor. Pero esa unidad de distintos se presenta invertida en cada polo respecto del otro, y así expone al mismo tiempo la interrelación entre ambos. La mercancía es realmente valor de uso; su ser-valor no aparece sino idealmente en el precio, el cual la refiere al oro con que se enfrenta como a su real figura de valor. A la inversa: el material oro no funciona sino como materialización de valor, como dinero. Por lo tanto, es en realidad valor de cambio. Su valor de uso no aparece ya sino idealmente, en la serie de las expresiones relativas de valor mediante las cuales se refiere a las mercancías con que se enfrenta como al ámbito de sus reales figuras de uso. Estas contrapuestas formas de las mercancías son las reales formas de movimiento de su proceso de cambio.

Acompañemos a cualquier poseedor de mercancías, por ejemplo, a nuestro viejo conocido el tejedor de lino, a la escena del proceso de cambio, el mercado. Su mercancía, 20 codos de lino, tiene precio determinado. Su precio es 2 libr. est. La cambia por 2 libr. est. y, siendo hombre chapado a la antigua, cambia luego las 2 libr. est. por una Biblia familiar de ese precio. La tela de lino, que para él es sólo mercancía, portador de valor, se enajena por dinero, que es su figura de valor, y partiendo de esa figura se vuelve a enajenar por otra mercancía, la Biblia, la cual, empero, irá, como objeto de uso, a casa del tejedor y satisfará allí necesidades de edificación. El proceso de cambio de la mercancía se consuma, pues, en dos metamorfosis contrapuestas y que se complementan mutuamente: transformación de la mercancía en dinero y retransformación de dinero en mercancía.[65] Los momentos de la metamorfosis de la mercancía son al mismo tiempo operaciones del poseedor de ella: la venta, cambio de la mercancía por dinero; la compra, cambio del dinero por mercancía; y unidad de los dos actos: vender para comprar.

Cuando el tejedor contempla el resultado final del tráfico, ve que

[65] «Del ... fuego nace todo, decía Heráclito, y fuego de todo, igual que del oro bienes y de los bienes oro.» (F. LASSALLE, *Die Philophie Herakleitos des Dunkeln,* Berlin 1858, vol. I, pág. 222.) La nota de Lassalle a ese paso, pág. 224, n. 3, explica incorrectamente el dinero como mero signo del valor.

posee una Biblia en vez de tejido, en vez de su mercancía originaria, otra del mismo valor, pero de diferente utilidad. De igual modo se hace con sus demás medios de vida y de producción. Desde su punto de vista todo el proceso media simplemente el cambio de su producto de trabajo por producto de trabajo ajeno, o sea, el cambio de productos.

Así, pues, el proceso de cambio de la mercancía se consuma según el siguiente cambio de forma:

mercancía — dinero — mercancía
M — D — M

En cuanto a su contenido material, el movimiento M — M es cambio de mercancía por mercancía, metabolismo del trabajo social en cuyo resultado se borra el proceso mismo.

M — D. Primera metamorfosis de la mercancía, o venta. El salto del valor de la mercancía desde el cuerpo de la mercancía hasta el cuerpo del oro es, como he dicho en otro lugar, el salto mortal de la mercancía. Si falla, se ha caído *[35] no, en verdad, la mercancía, pero sí su poseedor. La división social del trabajo hace al trabajo de éste tan unilateral cuanto multilaterales son sus necesidades. Precisamente por eso su producto no le sirve más que como valor de cambio. Pero el producto sólo cobra forma general de equivalente socialmente válida en el dinero, y el dinero se encuentra en bolsillo ajeno. Para sacarlo de él la mercancía tiene que ser ante todo valor de uso para el poseedor de dinero, o sea, que el trabajo gastado en ella tiene que haberlo sido en forma socialmente útil, tiene que confirmarse como miembro de la división social del trabajo. Pero la división del trabajo es un organismo de producción espontáneo cuyos hilos se tejieron y se siguen entretejiendo a espaldas de los productores de mercancías. Tal vez sea la mercancía producto de un nuevo modo de trabajo que pretende satisfacer una necesidad nuevamente surgida, o que se propone suscitar a puño y por sí mismo una necesidad. Una determinada operación de trabajo que hasta ayer mismo era una función entre las muchas funciones de un productor de mercancías se separa tal vez hoy de esa conexión, se independiza y manda por eso mismo su producto parcial al mercado, como

*[35] En el original, juego de palabras entre las significaciones «estrellarse» y «ser estafado». El giro castellano «caerse uno» tendría que sugerir aquí una ambigüedad parecida, aunque no idéntica.

mercancía completa. Las circunstancias pueden haber madurado o no para ese proceso de segregación. El producto satisface hoy una necesidad social. Mañana tal vez será desplazado de su lugar, total o parcialmente, por una especie parecida de productos. Pero ni siquiera en el caso de que el trabajo sea un miembro registrado de la división social del trabajo, como lo es el de nuestro tejedor, está garantizado con eso en modo alguno el valor de uso de esos 20 codos de lino que él trae. Si la necesidad social de tela de lino, que, como todo lo demás, tiene su límite, ha sido ya saturada por tejedores competidores, el producto de nuestro amigo resulta excedentario, superfluo y, por lo tanto, inútil. A caballo regalado no se le mira el dentado, pero nuestro hombre no recorre el mercado para hacer regalos. Mas supongamos que se confirma el valor de su producto y que la mercancía atrae, por lo tanto, dinero. Ahora se presenta la cuestión: ¿cuánto dinero? La respuesta, ciertamente, está ya anticipada en el precio de la mercancía, exposición de su magintud de valor. Prescindimos ahora de posibles errores de cálculo puramente subjetivos del poseedor de la mercancía, los cuales se corrigen en seguida objetivamente en el mercado. Suponemos también que el poseedor de la mercancía no ha gastado en su producto más que la media socialmente necesaria de tiempo de trabajo. El precio de la mercancía no es, pues, más que el nombre en dinero de la cantidad de trabajo socialmente objetivado en ella. Pero ha podido ocurrir que, sin la autorización de nuestro tejedor y a sus espaldas, las condiciones de producción del arte de tejer lino, consolidadas desde antiguo, hayan entrado en fermentación. Lo que ayer era indiscutiblemente tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un codo de tela de lino ha dejado de serlo hoy, como lo prueba del modo más celoso el poseedor de dinero, aduciendo las cotizaciones de varios competidores de nuestro amigo. Para desgracia de éste hay muchos tejedores en el mundo. Supongamos, por último, que toda pieza de lino presente en el mercado contiene exclusivamente trabajo socialmente necesario. A pesar de ello, la suma global de esas piezas puede contener tiempo de trabajo gastado superfluamente. Si el estómago del mercado no consigue absorber la cantidad total de lino al precio normal de 2 sh. el codo, eso prueba que se ha gastado en la forma de textura de lino una parte excesiva del tiempo de trabajo social global. El efecto es el mismo que si cada tejedor hubiera aplicado a su producto individual más tiempo de trabajo del socialmente necesario. En esto sí que pagan justos con pecadores. En el mercado todo el lino que hay vale sólo como un artículo comercial único, y cada pieza vale como parte alícuota del mismo. De hecho, el valor de cada codo individual de lino no es más que la materialización de la misma cantidad socialmente determinada de trabajo humano homogéneo.*[36]

Como se ve, la mercancía ama al dinero, pero «the course of true love never does run smooth».*[37] Tan espontáneamente casual como la articulación cualitativa es la articulación cuantitativa del organismo social de producción, el cual presenta sus membra disiecta *[37a] en el sistema de la división del trabajo. Por eso nuestros propietarios de mercancías descubren que la misma división del trabajo que hace de ellos productores privados independientes hace también independientes de ellos el proceso social de producción y sus relaciones en ese proceso; que la independencia entre las personas se completa en un sistema de onmilateral dependencia material.

La división del trabajo convierte el producto del trabajo en mercancía e impone así su conversión en dinero. Al mismo tiempo deja en manos del azar el que esa transustanciación se logre o no. Pero aquí tenemos que considerar de modo puro el fenómeno, presuponiendo, pues, su decurso normal. Por lo demás, si el fenómeno ocurre realmente, o sea, si la mercancía no es invendible, entonces encuentra siempre su forma de cambio, aunque en el caso anormal en ese cambio de forma se puede perder o ganar sustancia, magnitud de valor.

Para uno de los poseedores de mercancías el oro sustituye a su mercancía, para el otro la mercancía sustituye a su oro. El fenómeno perceptible es el cambio de manos o de lugar de la mercancía y el oro, de los 20 codos de lino y las 2 libr. est., o sea, su cambio. Pero ¿por qué cosa se cambia la mercancía Por su propia figura general de valor. ¿Y por qué cosa se cambia el oro? Por una figura particular de su valor de uso. ¿Por qué se enfrenta el oro, como dinero, al lino? Porque el precio del lino, las 2 libr. est., su nombre-dinero, se refiere ya precisamente a oro como dinero. La alienación de la originaria forma de la mercancía se consuma por la enajenación de la mercancía, esto es, en el momento en que su valor de uso atrae realmente al oro que en su precio estaba sólo representado. La realización del precio, de la forma de valor meramente ideal de la mercancía, es, pues, al

*[36] Marx alteró esta frase para la edición rusa de *El Capital,* escribiendo: «De hecho, el valor de cada codo individual de lino no es más que la materialización de una parte de la cantidad de trabajo social gastada en la cantidad total de codos.» (Carta a N. F. Danielson de 28 de noviembre 1878. Danielson era el traductor del texto.)

*[37] «El curso del verdadero amor no es nunca liso.» (W. SHAKESPEARE, *El sueño de una noche de verano,* acto I, escena 1.)

*[37a] Palabras de un verso de Horacio: «los miembros dispersos».

mismo tiempo y a la inversa realización del valor de uso meramente ideal del dinero; la transformación de mercancía en dinero es al mismo tiempo transformación de dinero en mercancía. El proceso, único, tiene dos caras: venta desde el polo del poseedor de mercancías, compra desde el contrapolo del poseedor de dinero. O, dicho de otro modo, venta es compra, M — D al mismo tiempo D — M.[66]

Hasta el momento no conocemos más relación económica entre los seres humanos que la de poseedores de mercancías, relación en la cual sólo se apropian productos de trabajo ajenos enajenando los propios. Por eso un poseedor de mercancías no puede presentarse a otro más que como poseedor de dinero, ya porque su producto de trabajo posea por naturaleza forma-dinero, sea, pues, material de dinero, oro, etc., ya porque su propia mercancía haya cambiado de piel y abandonado su originaria forma de uso. Para funcionar como dinero el oro tiene que intervenir, como es natural, en algún punto del mercado. Ese punto se encuentra en su lugar de producción, donde se intercambia, como producto de trabajo directo, con otro producto de trabajo del mismo valor. Pero a partir de ese momento representa siempre precios de mercancías realizados.[67] Prescindiendo del cambio de oro por mercancía en el lugar de obtención del primero, el oro es, en la mano de cada poseedor de mercancías, la figura alienada de las mercancías enajenadas por aquél, producto de la venta, de la primera metamorfosis de la mercancía, M — D.[68] El oro se convirtió en dinero ideal, en medida del valor, porque todas las mercancías midieron con él sus valores y lo convirtieron así en contrario imaginario de su figura de uso, en figura de valor propia. Y se convierte en dinero real porque las mercancías, mediante su omnilateral enajenación, hacen de él su figura de uso realmente alienada o transformada y, por lo tanto, su real figura de valor. La mercancía se despoja en su figura de valor de toda huella de su espontáneo valor de uso y del particular trabajo útil al que debe su origen, para metamorfosearse en la materia social isomorfa que es el indiferenciado trabajo humano. Por eso no se le ve al dinero el linaje de la mercancía que se trasformó en él. Cualquiera de ellas tiene en su forma-dinero exactamente el mismo aspecto que otra. Por eso el

[66] «Toda venta es compra» (DR. QUESNAY, *Dialogues sur le Commerce et les Travaux des Artisans,* en *Physiocrates,* ed. Daire, I Partie, Paris 1846, pág. 170), o bien, como dice Quesnay en sus *Maximes Générales,* «Vender es comprar».

[67] «El precio de una mercancía no se puede pagar más que con el precio de otra mercancía.» (MERCIER DE LA RIVIÈRE, *L'Ordre naturel et essentiel des sociétés politiques,* en *Physiocrates,* ed. Daire, II Partie, pág. 554.)

[68] «Para tener ese dinero hay que haber vendido» (*loc. cit.,* pág. 543).

dinero puede ser mierda, aunque la mierda no es dinero. Vamos a suponer que las dos piezas de oro por las cuales nuestro tejedor ha enajenado su mercancía sean la figura transformada de un quarter de trigo. La venta del lino, M — D, es al mismo tiempo su compra, D — M. Pero en cuanto venta del lino este proceso comienza un movimiento que termina en su contrario, en la compra de la Biblia; y en cuanto compra del lino termina un movimiento que empezó con su contrario, con la venta del trigo. M — D (lino — dinero), primera fase de M — D — M (lino — dinero — Biblia), es al mismo tiempo D — M (dinero — lino), última fase de otro movimiento M — D — M (trigo — dinero — lino). La primera metamorfosis de una mercancía, su conversión de la forma mercancía en dinero, es siempre al mismo tiempo la segunda y contrapuesta metamorfosis de otra mercancía, la reconversión de ésta de la forma dinero en mercancía.[69]

D — M. Segunda metamorfosis, o metamorfosis final de la mercancía: compra. El dinero es la mercancía absolutamente enajenable, porque es la figura alienada de todas las demás mercancías, el producto de su enajenación general. El dinero lee de derecha a izquierda todos los precios y se refleja así en todos los cuerpos de mercancías, material ofrecido a su propia conversión en mercancía. Al mismo tiempo los precios, los amorosos ojos con que le hacen guiños las mercancías, indican los límites de capacidad de transformación del dinero, su propia cantidad. Como la mercancía desaparece al convertirse en dinero, a éste no se le ve cómo llegó a las manos de su poseedor, qué fue lo que se transformó en él. Non olet, cualquiera que sea su origen.*[38] Y si, por una parte, representa mercancía vendida, por otra representa mercancías vendibles.[70]

D — M, la compra, es al mismo tiempo venta, M — D, y, por lo tanto, la última metamorfosis de una mercancía es al mismo tiempo la primera metamorfosis de otra mercancía. Para nuestro tejedor, la carrera de su mercancía se concluye con la Biblia en la que ha reconvertido las 2 libr. est. Pero el vendedor de la Biblia gasta las 2 libr. est.

[69] La excepción, como se ha observado antes, es el productor de oro o, en su caso, de plata, que cambia su producto sin haber vendido antes.

[70] «El dinero representa en nuestras manos las cosas que tal vez deseamos comprar, pero también representa las cosas que hemos vendido por él.» (MERCIER DE LA RIVIÈRE, *loc. cit.,* pág. 586.)

*[38] «No huele» (el dinero). Frase proverbial romana, atribuida al emperador Vespasiano, el cual se habría referido con ella al dinero recabado fiscalmente de los urinarios de la vía pública («vespasianos»).

que ha cobrado del tejedor en aguardiente de trigo. D — M, la fase final de M — D — M (lino — dinero — Biblia), es al mismo tiempo M — D, primera fase de M — D — M (Biblia — dinero — aguardiente). Como el productor de mercancías no suministra más que un producto unilateral, lo suele vender en cantidades grandes, mientras que sus multilaterales necesidades le obligan a dispersar constantemente en numerosas compras el precio realizado, la suma de dinero cobrada. Por eso una venta desemboca en muchas compras de diferentes mercancías. La metamorfosis final de una mercancía constituye así una suma de primeras metamorfosis de otras mercancías.

Si consideramos ahora la metamorfosis completa de una mercancía, por ejemplo, del lino, vemos, por de pronto, que consta de dos movimientos contrapuestos y complementarios, M — D y D — M. Estas dos mutaciones contrapuestas de la mercancía se consuman en dos procesos sociales contrapuestos del poseedor de mercancías y se reflejan en dos caracteres económicos contrapuestos que tiene éste. En cuanto agente de la venta es vendedor, en cuanto agente de la compra es comprador. Pero del mismo modo que en cada mutación de la mercancía existen simultáneamente sus dos formas, la forma mercancía y la forma dinero, aunque en polos contrapuestos, así también se encuentra frente a un mismo poseedor de mercancías considerado como vendedor otro que es comprador, y considerado como comprador otro que es vendedor. Como una misma mercancía recorre sucesivamente las dos mutaciones recíprocamente inversas, se convierte de mercancía en dinero y de dinero en mercancía, el mismo poseedor de mercancías cambia los papeles de vendedor y comprador. No se trata, pues, de personajes fijos, sino de personajes que cambian constantemente de persona dentro de la circulación mercantil.

La metamorfosis completa de una mercancía supone en su forma más sencilla cuatro extremos y tres personæ dramatis.*[39] Primero se enfrenta a la mercancía el dinero en cuanto figura de valor de ella, figura que posee realidad material, consistente, en el otro mundo, en el bolsillo de otro. De este modo aparece frente al poseedor de mercancías un poseedor de dinero. Ahora bien, en cuanto que la mercancía se ha transformado en dinero, éste último se convierte en su desdibujada forma de equivalente, cuyo valor de uso o contenido existe en este mundo, en otros cuerpos de mercancías. El dinero es, en cuanto punto final de la primera mutación de la mercancía, ya al mismo tiempo punto de partida de la segunda. De este modo el vendedor del primer

*[39] «Personajes» en sentido teatral.

acto se convierte en comprador en el segundo, en el cual se presenta frente a él, como vendedor, un tercer poseedor de mercancías.[71]

Las dos fases de movimiento inversas de la metamorfosis de las mercancías constituyen un circuito: forma mercancía, despoje de la forma mercancía, regreso a la forma mercancía. Cierto que aquí la mercancía misma está determinada de modos contrapuestos. En el punto de partida es no-valor de uso para su poseedor, en el punto final es valor de uso para su poseedor. Y así también el dinero aparece primero como sólido cristal de valor en que se ha transformado la mercancía, para derretirse luego y no ser más que su mera forma de equivalente.

Las dos metamorfosis que constituyen el circuito de una mercancía constituyen al mismo tiempo las metamorfosis parciales inversas de otras dos mercancías. Una misma mercancía (lino) inaugura la serie de sus propias metamorfosis y concluye la metamorfosis completa de otra mercancía (el trigo). Durante su primera mutación, la venta, representa ella misma esos dos papeles. En cambio, en cuanto crisálida de oro, forma en la cual recorre el camino de toda carne, termina al mismo tiempo la primera metamorfosis de una tercera mercancía. Así, pues, el circuito que describe la serie de metamorfosis de cada mercancía se enreda inextricablemente con los circuitos de otras mercancías. El proceso conjunto se presenta como circulación de las mercancías.

La circulación de las mercancías es distinta del intercambio directo de productos, no sólo formal, sino también esencialmente. Échese simplemente un vistazo al proceso. El tejedor ha cambiado sin duda lino por Biblia, mercancía propia por mercancía ajena. Pero este fenómeno no es verdadero más que para él. El vendedor de Biblias, que prefiere lo ardiente a lo frío, no pensaba en cambiar Biblias por lino, del mismo modo que tampoco el tejedor sabe que su lino se ha cambiado por trigo etc. La mercancía de B sustituye a la mercancía de A, pero A y B no intercambian directamente sus mercancías. Puede ocurrir, efectivamente, que A y B se compren recíproca y directamente, pero esa relación especial no está en absoluto condicionada por las relaciones y circunstancias generales de la circulación de mercancías. Aquí se ve, por una parte, cómo el intercambio de mercancías rompe las limitaciones individuales y locales del intercambio directo de productos y desarrolla el metabolismo del trabajo humano. Por otra parte se aprecia cómo se desarrolla todo un ámbito de conexiones sociales naturales incontrola-

[71] «Según eso hay cuatro puntos finales y tres partes contratantes, una de las cuales interviene dos veces.» (Le Trosne, *loc. cit.*, pág. 909.)

bles por las personas que actúan. El tejedor puede vender lino sólo porque el campesino ha vendido ya trigo; el apóstol no puede vender la Biblia sino porque el tejedor ha vendido ya tela; el destilador no puede vender aguardiente sino porque el otro ha vendido ya agua de la vida eterna, etc.

Por eso el proceso de circulación no se agota, como se agota el intercambio directo de productos, en el cambio de lugar o de manos de los valores de uso. El dinero no desaparece por el hecho de que se desprenda al final de la serie de metamorfosis de una mercancía. Siempre vuelve a caer en algún lugar de la circulación despejado por las mercancías. Por ejemplo, en la metamorfosis completa del lino (lino — dinero — Biblia) lo primero que sale de la circulación es el lino: el dinero ocupa su lugar; si luego sale de la circulación la Biblia, el dinero aparece en su lugar. La sustitución de una mercancía por otra deja al mismo tiempo la mercancía dinero colgada de una tercera mano.[72] La circulación suda dinero constantemente.

Nada tan necio como el dogma de que la circulación de mercancías condiciona un equilibrio necesario de las ventas y las compras, por el hecho de que toda venta es compra, y viceversa. Si con eso se quiere decir que el número de las ventas realmente realizadas es igual al número de compras realmente realizadas, se trata de una trivial tautología. Pero lo que en realidad se pretende con ese dogma es probar que el vendedor lleva al mercado a su propio comprador. Venta y compra son un acto idéntico en cuanto interrelación entre dos personas polarmente contrapuestas, a saber, el poseedor de mercancías y el poseedor de dinero. Y, en cuanto acciones de una misma persona, venta y compra constituyen dos actos polarmente contrapuestos. Por eso la identidad de venta y compra implica que la mercancía se hace inútil si, una vez arrojada a la retorta alquimista de la circulación, no sale de ella como dinero, si no la vende el poseedor de ella, esto es, si no la compra el poseedor de dinero. Aquella identidad implica también que, cuando se consuma, el proceso forma un punto de descanso, una etapa de la vida de la mercancía que puede durar más o menos. Como la primera metamorfosis de la mercancía es al mismo tiempo venta y compra, este proceso parcial es al mismo tiempo un proceso autónomo. El comprador tiene la mercancía, el vendedor tiene el dinero, esto es, una mercancía que conserva su forma capaz de circular igual si aparece en el mercado pronto que si aparece tarde. Nadie puede vender sin

[72] Nota a la 2.ª ed. Pese a lo tangible que es este fenómeno, los economistas suelen pasarlo por alto, sobre todo el librecambista vulgaris.

que otro compre. Pero nadie necesita comprar inmediatamente por el hecho de haber vendido antes él mismo. La circulación rompe las limitaciones temporales, locales e individuales del intercambio de productos precisamente porque escinde la identidad inmediata aquí presente entre la entrega del producto de trabajo propio y la adquisición del ajeno en la contraposición de venta y compra. Los procesos autónomamente enfrentados constituyen una unidad interna, y eso significa precisamente que su unidad interna se mueve en contraposiciones externas. Si la independización externa de cosas que internamente no son independientes, puesto que se complementan, avanza hasta un punto determinado, la unidad se impone violentamente ... a través de una crisis. La contraposición, inmanente a la mercancía, entre valor de uso y valor, la contraposición de un trabajo privado que se tiene que presentar al mismo tiempo como trabajo inmediatamente social, la contraposición de un trabajo concreto particular que al mismo tiempo sólo vale como trabajo abstractamente general, la contraposición de la personificación de la cosa y la cosificación de las personas, esa contradicción inmanente cobra sus formas desarrolladas de movimiento en las contraposiciones de la metamorfosis de las mercancías. Por ello esas formas implican la posibilidad de las crisis, pero sólo la posibilidad. El desarrollo de esa posibilidad hasta ser realidad exige todo un ámbito de circunstancias que no existen aún en absoluto desde el punto de vista de la circulación simple de las mercancías.[73]

[73] V. mis observaciones sobre James Mill en *Zur Kritik,* etc., págs. 74-76 [OME 21]. Dos puntos son aquí característicos del método de la apologética de los economistas. Primero, la identificación de la circulación de mercancías con el intercambio directo de productos mediante la simple abstracción de sus diferencias. Segundo, el intento de eliminar las contradicciones del proceso de producción capitalista reduciendo las relaciones y circunstancias de sus agentes de producción a las simples relaciones que nacen de la circulación de las mercancías. Pero producción de mercancías y circulación de mercancías son fenómenos que pertenecen a los más diversos modos de producción, aunque sin duda en distinta medida y con distinto alcance. Por lo tanto, con sólo eso no se tiene nada de la differentia specifica entre esos modos de producción, y es imposible juzgar acerca de ellos si no se conoce más que las categorías abstractas, comunes a todos ellos, de la circulación de mercancías. En ninguna ciencia que no sea la economía política impera tan grande presunción con lugares comunes elementales. Así, por ejemplo, J. B. Say se atreve a juzgar de las crisis sabiendo sólo que la mercancía es un producto.

b) La rotación del dinero

El cambio de forma en el cual se consuma el metabolismo de los productos del trabajo, M — D — M, condiciona el que un mismo valor constituya, como mercancía, el punto de partida del proceso, y vuelva al mismo punto también como mercancía. Por eso es un circuito ese movimiento de las mercancías. Por otra parte, esa misma forma excluye un circuito del dinero. El resultado de esa forma es el constante alejamiento del dinero de su punto de partida, no la vuelta al mismo. Mientras el vendedor conserva la figura transformada de su mercancía, el dinero, la mercancía se encuentra en el estadio de la primera metamorfosis, esto es, sólo ha recorrido la primera mitad de su circulación. Una vez consumado el proceso de vender para comprar, el dinero se ha alejado de las manos de su poseedor originario. Cierto que si, tras comprar la Biblia, el tejedor vuelve a vender lino, el dinero volverá a sus manos. Pero no vuelve por la circulación de los primeros 20 codos de lino, sino que por ésta se ha alejado más bien de las manos del tejedor, pasando a las del vendedor de Biblias. El dinero no regresa sino mediante la renovación o repetición del mismo proceso de circulación para nueva mercancía, y en todos los casos termina con el mismo resultado. Por lo tanto, la forma de movimiento directamente impartida al dinero por la circulación de mercancías es su constante alejamiento del punto de partida, su carrera de las manos de un poseedor de mercancías a las de otro, su rotación, carrera o curso (currency, cours de la monnaie).

La circulación del dinero muestra una repetición constante, monótona, del mismo proceso. La mercancía está siempre de la parte del vendedor, el dinero siempre del lado del comprador, como medio de compra. Funciona como medio de compra realizando el precio de la mercancía. Al realizarlo transfiere la mercancía de la mano del vendedor a la del comprador, mientras que al mismo tiempo él se aleja de la mano del comprador y pasa a la del vendedor, para repetir el mismo proceso con otra mercancía. Queda escondido el hecho de que esa unilateral forma de movimiento del dinero nace de la dúplice forma de movimiento de la mercancía. La naturaleza de la misma circulación de las mercancías engendra la apariencia opuesta. La primera metamorfosis de la mercancía es visible no sólo como movimiento del dinero, sino también como movimiento propio de la mercancía, pero su segunda metamorfosis sólo es visible como movimiento del dinero. En la primera mitad de su circulación, la mercancía cambia de lugar con el dinero.

Con eso y al mismo tiempo su figura de uso sale de la circulación y pasa al consumo.[74] En su lugar aparece su figura de valor, o larva-dinero. La segunda mitad de la circulación no la recorre ya dentro de su propia piel natural, sino dentro de su piel de oro. Con eso la continuidad del movimiento recae totalmente del lado del dinero, y el movimiento que para la mercancía contiene dos procesos contrapuestos implica siempre, como movimiento propio del dinero, un mismo proceso, a saber, su cambio de posición con cada nueva mercancía. El resultado de la circulación de mercancías, la substitución de una mercancía por otra mercancía, aparece así mediado no por su propio cambio de forma, sino por la función del dinero como medio de circulación, el cual hace circular las mercancías, por sí mismas inmóviles, de la mano en que son no-valores de uso a la mano en la que son valores de uso, siempre en sentido contrapuesto al de su propio curso. El dinero aleja constantemente a las mercancías de la esfera de la circulación entrando constantemente en el lugar de éstas en la circulación y alejándose él mismo con ello de su propio punto de partida. Y así, aunque el movimiento del dinero no es sino expresión de la circulación de las mercancías, parece, a la inversa, que la circulación de mercancías no sea más que resultado del movimiento del dinero.[75]

Por otra parte, si compete al dinero la función de medio de circulación ello se debe sólo a que es el valor de las mercancías independizado. Por eso su movimiento como medio de circulación no es, de hecho, más que el propio movimiento de las formas de las mercancías. Este movimiento tiene que reflejarse también perceptiblemente en la rotación del dinero. Así, por ejemplo, la tela de lino cambia primero su forma mercancía por su forma dinero. El último extremo de su primera metamorfosis M — D, la forma dinero, se convierte entonces en primer extremo de su última metamorfosis, D — M, o sea, de su retransformación en Biblia. Pero cada uno de esos dos cambios de forma se consuma mediante un intercambio entre mercancía y dinero, mediante su recíproco cambio de lugar. Son las mismas piezas de dinero las que llegan a la mano del vendedor como figura alienada de la mercancía que las que la abandonan como figura absolutamente enajenable de la mercancía. Esas piezas de dinero cambian dos veces

[74] Incluso cuando la mercancía se vende repetidamente —fenómeno que aquí no existe aún para nosotros— sale de la esfera de la circulación con la venta última y definitiva, y pasa a la del consumo, para servir en ella de medio de vida o medio de producción.

[75] El dinero «no tiene más movimiento que el que le prestan los productos». (Le Trosne, *loc. cit.*, pág. 885.)

de lugar. La primera metamorfosis del lino las pone en el bolsillo del tejedor; la segunda las vuelve a sacar de él. Así los dos contrapuestos cambios de forma de una misma mercancía se reflejan en los dos cambios de posición del dinero en sentidos contrapuestos.

En cambio, cuando ocurren metamorfosis sólo unilaterales de las mercancías, meras ventas o meras compras, como se quiera decir, un mismo dinero no cambia de lugar más que una vez. Su segundo cambio de posición expresa siempre la segunda metamorfosis de la mercancía, su reconversión de dinero en otra cosa. En la frecuente repetición del cambio de posición de unas mismas piezas de dinero se refleja no sólo la serie de metamorfosis de una mercancía, sino también la intrincación de las innumerables metamorfosis del mundo de las mercancías en general. Por lo demás, se entiende por sí mismo que todo esto vale sólo respecto de la forma de la circulación simple de mercancías, que es la aquí considerada.

Con su primer paso en la circulación, con su primer cambio de forma, toda mercancía sale de la circulación, en la cual entra constantemente nueva mercancía. El dinero, en cambio, como medio de la circulación, vive constantemente en la esfera de ésta y se agita constantemente en ella. Así se suscita la cuestión de cuánto dinero absorbe constantemente esa esfera.

En cada país ocurren diariamente numerosas metamorfosis de mercancías, unilaterales y simultáneas y, por lo tanto, también espacialmente próximas; dicho de otro modo: se producen meras ventas vistas desde un lado y meras compras vistas desde el otro. Las mercancías están ya equiparadas en sus precios a determinadas cantidades imaginarias de dinero. Ahora bien: como la forma inmediata de circulación aquí considerada enfrenta siempre materialmente la mercancía y el dinero, la una en el polo de la venta, el otro en el contrapolo de la compra, la masa de medios de circulación requerida por el proceso de circulación está ya determinada por la suma de los precios de las mercancías. De hecho el dinero se limita a representar realmente la suma de oro expresada ya idealmente en la suma de los precios de las mercancías. Por eso la igualdad de esas sumas se entiende sin más. Pero sabemos que, si permanecen iguales los valores de las mercancías, sus precios cambian con los valores del oro (o material del dinero), que suben proporcionalmente cuando este valor baja y bajan cuando él sube. La masa del dinero circulante tiene que aumentar o disminuir en la misma medida en que aumente o disminuya la suma de los precios de las mercancías. El cambio de la masa de medios de circulación nace aquí, ciertamente, del dinero mismo, pero no de su función de medio

de circulación, sino de su función de medida del valor. En primer lugar, el precio de las mercancías cambia en razón inversa del valor del dinero, y luego la masa de los medios de circulación cambia en razón directa del precio de las mercancías. Exactamente el mismo fenómeno se produciría si, por ejemplo, en vez de bajar el valor del oro, la plata sustituyera a éste como medida del valor, o si, sin subir el valor de la plata, el oro la desplazara de la función de medida del valor. En el primer caso tendría que circular una cantidad de plata mayor que la cantidad de oro que circulaba antes; en el segundo caso, una cantidad de oro menor que la cantidad de plata que circulaba antes. En los dos casos se alteraría el valor del material del dinero, esto es, de la mercancía que funciona como medida de los valores; y, por lo tanto, se alteraría la expresión de los valores de las mercancías en precios; y, por lo tanto, también la masa del dinero circulante que sirve para realizar esos precios. Se ha visto que la esfera de la circulación de las mercancías tiene un agujero por el cual entra en ella el oro (la plata, en suma, el material dinero) como mercancía de valor dado. Este valor se presupone en la función del dinero como medida del valor, o sea, en la determinación del precio. Pues bien: si baja, por ejemplo, el valor de la medida misma del valor, el hecho se presenta por de pronto como un cambio de precio de las mercancías que, en el lugar de producción de los metales nobles, se intercambian con éstos en cuanto mercancías. Una gran parte de las demás mercancías se estimará aún durante mucho tiempo, sobre todo en estadios de la sociedad burguesa poco desarrollados, según el viejo valor, ya ilusorio, de la medida del valor. Pero mientras tanto cada mercancía contagia a la otra por su relación de valor con ella, y los precios del oro o de la plata se van equilibrando hasta que al final todos los valores mercantiles se estiman de acuerdo con el nuevo valor del metal-dinero. Este proceso de equilibrio va acompañado por el aumento constante de los metales nobles que afluyen en sustitución de las mercancías directamente intercambiadas por ellos. Por lo tanto, en la misma medida en que se generaliza la fijación corregida de precios de las mercancías, en la misma medida en que sus valores se estiman de acuerdo con el nuevo valor del metal, disminuido y en continuada disminución hasta alcanzar un determinado punto, está dado ya también el aumento de la masa de metal necesaria para realizar aquella fijación de precios. Una observación parcial de los hechos que siguieron al descubrimiento de las nuevas fuentes de oro y de plata empujó en el siglo XVII y, sobre todo, en el XVIII hacia la conclusión engañosa de que los precios de las mercancías habían subido porque había más oro y más plata funcionando como medios de circu-

lación. En lo que sigue se presupone que el valor del oro está dado, como efectivamente lo está, en el momento en que se estiman los precios.

Con ese presupuesto, pues, la masa de los medios de circulación esté determinada por la suma de los precios de mercancías que hay que realizar. Si presuponemos también que está dado el precio de cada especie mercantil, entonces la suma de los precios de las mercancías depende evidentemente de la masa de mercancías que se encuentra en circulación. No hace falta romperse la cabeza para entender que, si un quarter de trigo cuesta 2 libr. est., 100 quarters cuestan 200 libr. est., 200 quarters cuestan 400 libr. est., etc., y que, por consiguiente, la masa de dinero que en la venta cambia de lugar con la masa de trigo tiene que aumentar con ésta.

Presupuesta como dada la masa de mercancías, la masa de dinero circulante fluye y refluye según las oscilaciones de los precios de las mercancías. Esa masa sube y baja porque la suma de los precios de las mercancías aumenta o disminuye a consecuencia de sus cambios de precio. Para eso no es en modo alguno necesario que suban o bajen simultáneamente los precios de todas las mercancías. Basta, en un caso, la subida de precios de cierto número de artículos decisivos, o la disminución de su precio en el otro caso, para elevar o rebajar la suma de precios que hay que realizar de todas las mercancías en circulación; o sea, para poner en circulación más o menos dinero. El efecto en la masa de los medios de circulación es el mismo si el cambio de precios de las mercancías refleja un real cambio de valor que si refleja meras oscilaciones de los precios de mercado.

Supóngase dado cierto número de ventas o metamorfosis parciales inconexas, simultáneas y, por lo tanto, contiguas, por ejemplo, de 1 quarter de trigo, 20 codos de tela de lino, 1 Biblia, 4 galones de aguardiente. Si el precio de cada artículo es de 2 libr. est. y la suma de los precios que hay que realizar es, por lo tanto, de 8 libr. est., entonces tiene que entrar en la circulación una masa de dinero de 8 libr. est. En cambio, si esas mismas mercancías son miembros de la serie de metamorfosis, ya conocida por nosotros, 1 quarter de trigo — 2 libr. est. — 20 codos de lino — 2 libr. est. — 1 Biblia — 2 libr. est.— 2 galones de aguardiente — 2 libr. est., entonces 2 libr. est. hacen circular sucesivamente a las varias mercancías, realizando sucesivamente sus precios y por tanto también la suma de los precios, 8 libr. est., para detenerse finalmente en la mano del destilador. Las 2 libras realizan cuatro circulaciones como dinero. Este repetido cambio de posición de unas mismas piezas de dinero representa el doble cambio de forma

de la mercancía, su movimiento a través de dos estadios contrapuestos de la circulación, y el entrelazamiento de las metamorfosis de varias mercancías.[76] Las fases contrapuestas y mutuamente complementarias por las cuales discurre ese proceso no pueden ser espacialmente contiguas, sino que se tienen que seguir temporalmente. Por eso son lapsos de tiempo la medida de su duración: el número de pasos de unas mismas piezas de dinero en un tiempo dado mide la velocidad de rotación del dinero. Supongamos que el proceso de circulación de aquellas cuatro mercancías dura, por ejemplo, un día. En este caso, la suma de precios que hay que realizar es 8 libr. est., el número de pasos de unas mismas piezas de dinero durante el día es de 4, y la masa del dinero circulante es 2 libr. est.; o, dicho para un lapso temporal dado del proceso de circulación:

$$\frac{\text{suma de los precios de las mercancías}}{\text{número de pasos de piezas de dinero homónimas}} = \text{masa del dinero que funciona como medio de circulación}$$

Esta ley es de validez general. Es verdad que el proceso de circulación de un país en un lapso de tiempo dado abarca, por una parte, muchas ventas (o compras) dispersas que ocurren simultáneamente y de modo contiguo en el espacio, o sea, metamorfosis parciales en las cuales unas mismas piezas de dinero no cambian de posición más que una vez o sólo realizan una rotación; y, por otra parte, abarca muchas series de metamorfosis, más o menos abundantes en miembros, en parte contiguas, en parte entrelazadas, y en las que unas mismas piezas de dinero recorren rotaciones más o menos numerosas. El número total de pasos de todas las piezas de dinero homónimas en circulación arroja, sin embargo, el número medio de pasos de una pieza de dinero, o sea, la velocidad media de rotación del dinero. La masa de dinero que se lanza, por ejemplo, al proceso diario de circulación en el momento de comenzar ésta se encuentra, como es natural, determinada por la suma de los precios de las mercancías que circulan en paralelismo temporal y espacial. Pero, una vez dentro del proceso, una pieza de dinero se convierte, por así decirlo, en responsable de otra. Si la primera acelera su velocidad de rotación, paraliza la de otra, o bien sale pro-

[76] «Son los productos los que lo» (el dinero) «ponen en movimiento y lo hacen circular... Por la velocidad de su» (esto es, del dinero) «movimiento se complementa su cantidad. Cuando es necesario, se desliza de una mano a otra sin detenerse un instante.» (Le Trosne, *loc. cit.*, págs. 915. 916.)

yectada de la esfera de la circulación, ya que ésta no puede absorber más que una masa de oro que, multiplicada por el número medio de rotaciones de su elemento individual, sea igual a la suma de precios que hay que realizar. Por lo tanto, si aumenta el número de rotaciones de las piezas de dinero, disminuye su masa circulante. Como la masa de dinero que puede funcionar en condición de medio de circulación queda conocida una vez dada la velocidad media de rotación, basta con lanzar a la circulación una cantidad determinada de billetes de un libra para arrojar de ella otros tantos soberanos; se trata de un truco perfectamente conocido por todos los bancos.

Del mismo modo que en la rotación del dinero lo que en realidad aparece es el proceso de circulación de las mercancías, esto es, su circulación a través de contrapuestas metamorfosis, así también lo que aparece en la velocidad de rotación del dinero es la velocidad del cambio de forma de las mercancías, la continua imbricación de las series de metamorfosis, el apresuramiento del metabolismo, la rápida desaparición de las mercancías de la esfera de la circulación y su sustitución, no menos rápida, por nuevas mercancías. Así, pues, en la velocidad de la rotación del dinero aparece la flúida unidad de las fases contrapuestas y mutuamente complementarias, transformación de la figura de uso en figura de valor y retransformación de la figura de valor en figura de uso, o la unidad de los dos procesos de la venta y la compra. A la inversa: en la deceleración de la rotación del dinero aparece la separación y recíproca independización de esos procesos, el bloqueo del cambio de forma y, por lo tanto, del metabolismo. No se puede ver en la circulación misma, como es natural, a qué se debe ese bloqueo. La circulación no muestra más que el fenómeno mismo. La idea popular que, al decelerarse la rotación del dinero, ve aparecer y desaparecer a éste con menos frecuencia en todos los puntos de la periferia de la circulación tiende a interpretar ese fenómeno como insuficiente cantidad de medios de circulación.[77]

[77] «Como el dinero ... representa la medida general de la compra y de la venta, todo el que tiene algo que vender y no encuentra comprador tiende en seguida a pensar que la falta de dinero en el reino o en el país tiene la culpa de que sus mercancías no encuentren salida; a eso se debe el omnipresente grito sobre la escasez de dinero, lo cual, empero, es un gran error... ¿Qué necesitan esas gentes que claman por dinero?... El rentero se lamenta... cree que si hubiera más dinero en el país podría conseguir un precio para sus productos... Por lo tanto, no parece que le falte dinero, sino precio para su trigo y su ganado, que le gustaría vender, pero no puede vender... ¿Por qué no puede obtener precio alguno?... 1.° O bien hay en el país demasiado trigo y demasiado grano, de modo que la mayor parte de los que acuden al mercado necesitan, como él mismo, vender, mientras que pocos necesitan comprar, o bien 2.° la salida corriente por exportación está paralizada ... o bien 3.° el consumo disminuye, por ejemplo, cuando las gentes, a causa de la pobreza, no pueden seguir gastando en su mantenimiento doméstico lo mismo que gastaban antes. Por eso lo que tendría buenos efectos para los artículos del rentero no es el aumento simple del dinero, sino la eliminación de una de esas tres causas que realmente mantienen bajo el mercado... El mercader y el tendero necesitan dinero igualmente, esto es, como los mercados están paralizados, se encuentran sin salida para los bienes con los que comercian... Una nación no florece nunca mejor que cuando las riquezas pasan rápidamente de mano en mano.» (SIR DUDLEY NORTH, *Discourses upon Trade,* London 1691, págs. 11-15 passim.) Todas las fantasmagorías de Herrenschwand se reducen a la idea de que aumentando los medios de circulación se pueden eliminar las contradicciones dimanantes de la naturaleza de la mercancía y consiguientemente manifiestas en su circulación. Por lo demás, de la ilusión popular que atribuye los estrangulamientos del proceso de producción y circulación a falta de medios de circulación no se sigue en absoluto que, a la inversa, una insuficiencia real de medios de circulación —a causa, por ejemplo, de chapuzas oficiales con la «regulation of currency» *[40]— no pueda producir por su parte estrangulamientos.

La cantidad total del dinero que en cada lapso de tiempo funciona como medio de circulación está, pues, determinada, por una parte, por la suma de los precios del mundo de mercancías que circula, por otra parte, por el flujo más lento o más veloz de contrapuestos procesos de circulación, flujo del que depende la fracción de aquella suma de precios que se puede realizar por unas mismas piezas de dinero. Pero la suma de los precios de las mercancías depende por su parte de la masa y de los precios de cada especie mercantil. Mas esos tres factores —el movimiento de los precios, la masa de mercancías en circulación y, por último, la velocidad de rotación del dinero— pueden cambiar en direcciones y proporciones diferentes y, por lo tanto, la suma de los precios que hay que realizar y, con ella, la masa de los medios de circulación, por ella condicionada, pueden componer combinaciones muy numerosas. No enumeramos aquí sino las más importantes en la historia de los precios de las mercancías.

Si los precios de las mercancías permanecen iguales, la masa de medios de circulación puede aumentar porque aumente la masa de mercancías en circulación o porque disminuya la velocidad de rotación del dinero, o por colaboración de ambas cosas. A la inversa, la masa de los medios de circulación puede disminuir al disminuir la masa de mercancías y al aumentar la velocidad de circulación.

Cuando los precios de las mercancías suben de un modo general, la

*[40] «Regulación de la circulación monetaria.»

masa de los medios de circulación puede mantenerse inalterada si la masa de las mercancías en circulación disminuye en la misma medida en que aumenta su precio, o si la velocidad de rotación del dinero aumenta tan rápidamente como el aumento del precio, permaneciendo constante la masa de mercancías en circulación. La masa de los medios de circulación puede disminuir porque la masa de las mercancías disminuya más rápidamente que los precios, o si la velocidad de rotación aumenta más de prisa que los precios.

Con un descenso general de los precios de las mercancías, la masa de los medios de circulación puede mantenerse igual si la masa de mercancías aumenta en la misma medida en que disminuye su precio, o si la velocidad de rotación del dinero disminuye en la misma razón que los precios. Puede aumentar si la masa de mercancías aumenta más de prisa que disminuyen los precios, o si la velocidad de la circulación disminuye más rápidamente que disminuyen los precios de las mercancías.

Las variaciones de los diferentes factores se pueden compensar recíprocamente, de modo que a pesar de su permanente inconstancia la suma total de los precios de las mercancías que hay que realizar permanezca constante, con lo que también será constante la masa de dinero en circulación. Por eso, sobre todo si se consideran períodos algo dilatados, se encuentra un nivel medio de la masa de dinero circulante en cada país mucho más constante de lo que a primera vista se podría esperar, y —con excepción de perturbaciones intensas que nacen periódicamente de las crisis de la producción y el comercio y más raramente de algún cambio del valor del dinero mismo— desviaciones mucho menores.

La ley de que la cantidad de los medios de circulación está determinada por la suma de los precios de las mercancías en circulación y la velocidad media de rotación del dinero[78] se puede expresar también di-

[78] «Hay una medida y razón determinada del dinero que es imprescindible para mantener en movimiento el comercio de una nación; un más o un menos lo perjudicaría. Del mismo modo que en un pequeño comercio al por menor es necesaria una determinada cantidad de farthings para cambiar las monedas de plata y proceder a los pagos que no se pueden satisfacer ni con las monedas de plata más pequeñas... Así como la razón numérica de los farthings necesarios en el comercio depende del número de compradores, de la frecuencia de sus compras y, ante todo, también del valor de las monedas de plata más pequeñas, análogamente la razón del dinero necesario para nuestro comercio (monedas de oro y de plata) está determinada por la frecuencia de los actos de cambio y por la magnitud de los pagos.» (William Petty, *A Treatise on Taxes and Contributions,* London 1667, pág. 17.) A. Young defiende en su *Political Arithmetic,*

ciendo que, dadas la suma de los valores de las mercancías y la velocidad media de las metamorfosis de éstas, la cantidad del dinero en rotación o de material dinerario en rotación depende de su propio valor. La ilusión de que sean, a la inversa, los precios de las mercancías los determinados por la masa de los medios de circulación, y estos últimos a su vez por la masa del material dinerario que se encuentra en un país,[79] arraiga, por lo que hace a sus primeros representantes, en la sosa hipótesis de que las mercancías entran en el proceso de circulación sin tener precio, y el dinero sin tener valor, y luego

Lond. 1774, la teoría de Hume contra J. Steuart y otros; tiene incluso un capítulo titulado: «Prices depend on quantity of money»,*[41] págs. 112 ss. Observo en la *Contribución a la crítica,* etc., pág. 149: A. Smith «elimina implícitamente la cuestión de la cantidad de moneda circulante por el procedimiento de tratar, de un modo completamente erróneo, el dinero como simple mercancía». Esa afirmación sólo es verdadera en la medida en que Smith trata el dinero ex officio. Pero a veces —por ejemplo, en la crítica de los anteriores sistemas de econ. pol.— dice la verdad: «La cantidad del dinero acuñado se regula en cada país por el valor de las mercancías cuya circulación tiene que mediar... El valor de los bienes comprados y vendidos anualmente en un país exige cierta cantidad de dinero para hacer circular esos bienes y distribuirlos a sus propios usuarios, pero no puede procurar utilización a más dinero. El canal de la circulación atrae necesariamente una suma que basta para llenarlo, pero no acoge nunca una suma mayor.» (*Wealth of Nations* [vol. III], l. IV, ch. I [págs. 87, 89].) Análogamente, A. Smith empieza ex officio su libro con una apoteosis de la división del trabajo. Pero luego, en el último libro, a propósito de las fuentes de los ingresos del estado, reproduce incidentalmente la denuncia de la división del trabajo por A. Ferguson, su maestro.

[79] «Los precios de las cosas subirán ciertamente en cada país igual que la cantidad de oro y plata en manos de las gentes; por lo tanto, cuando en un país disminuyen el oro y la plata, los precios de todas las mercancías tienen que bajar de acuerdo con una tal disminución del dinero.» (Jacob Vanderlint, *Money answers all Things,* Lond. 1734, pág. 5.) Una comparación detallada de Vanderlint con los *Essays* de Hume no me deja la menor duda de que Hume conoció y utilizó la obra de Vanderlint, por lo demás importante. La idea de que la masa de los medios de circulación determina los precios se encuentra también en Barbon y en escritores muy anteriores. «Ningún inconveniente», dice Vanderlint, «se puede producir por un comercio sin obstáculos, sino sólo muy grande utilidad, pues si la cantidad de dinero contante de la nación se ve disminuida por él —cosa que han de evitar las medidas de prohibición—, las naciones a las que afluya ese dinero comprobarán sin duda que todas las cosas suben de precio en la medida en que aumenta en ellas la cantidad de dinero contante. Y ... nuestros productos manufacturados y todas las demás mercancías se harán pronto tan baratos que la balanza comercial se volverá a inclinar en nuestro provecho y, a consecuencia de ello, el dinero refluirá hacia nosotros.» (*Loc. cit.,* págs. 43, 44.)

*[41] «Los precios dependen de la cantidad de dinero.»

en ese proceso una parte alícuota del puré de mercancías se intercambia con una parte alícuota del montón de metal.[80]

c) La moneda. El signo del valor

La figura-moneda del dinero nace de su función de medio de circulación. La parte del peso global del oro representado en el precio o nombre-dinero de las mercancías tiene que enfrentarse a ellas en la

[80] Es evidente que cada especie mercantil particular constituye por su precio un elemento de la suma de los precios de todas las mercancías en circulación. Pero es perfectamente incomprensible cómo valores de uso inconmensurables entre ellos pueden cambiarse en masse por la masa de oro o de plata que se encuentra en un país. Si se comprime imaginariamente el mundo de todas las mercancías en una sola mercancía global, una mera parte alícuota de la cual sea cada mercancía, se obtiene el bonito ejemplo contable: mercancía global=x quintales de oro. Mercancía A = parte alícuota de la mercancía global = la misma parte alícuota de x quintales de oro. Así se encuentra honradamente escrito por Montesquieu: «Si se compara la masa del oro y la plata existentes en el mundo con la suma de las mercancías existentes, se puede sin duda comparar cada producto o mercancía particular con una determinada cantidad del dinero. Si suponemos transitoriamente que no hay en el mundo más que un solo producto, o una sola mercancía, o que sólo se compra una, y que ésta es tan divisible como el oro, entonces una cierta parte de esta mercancía corresponderá a una parte de la masa total de dinero; la mitad de la totalidad de las mercancías corresponderá a la mitad de la suma total de dinero, etc... la determinación de los precios de las mercancías depende siempre en el fondo de la razón entre la cantidad total de mercancías y la cantidad total de los signos dinerarios.» (Montesquieu, *loc. cit.*, t. III, págs. 12, 13.) Ver *Contribución a la crítica,* etc., págs. 140-146 y págs. 150 ss. por lo que hace al ulterior desarrollo de esa teoría por Ricardo, su discípulo James Mill, Lord Overstone, etc. El señor J. St. Mill consigue, gracias a su habitual lógica ecléctica, compartir a la vez la opinión de su padre J. Mill y la opinión contraria. Si se confronta el texto de su compendio *Princ. of. Pol. Econ.* con el prólogo (primera edición) en el que se anuncia a sí mismo como el Adam Smith del presente, queda uno sin saber qué admirar más, si la ingenuidad de este hombre o la del público que, sin más que su palabra, lo tomó por Adam Smith, cuando J. St. Mill es a éste más o menos como el general Williams Kars of Kars al duque de Wellington. Las investigaciones originales del señor J. St. Mill en el terreno de la ec. pol., que no son ni dilatadas ni ricas de contenido, se encuentran ya todas en orden cerrado en su trabajito *Some Unsettled Questions of Political Economy,* publicado en 1844. Locke formula directamente la conexión entre la falta de valor del oro y de la plata y la determinación de su valor por la cantidad. «Como los hombres han convenido en atribuir al oro y a la plata un valor imaginario... el valor interno que se ve en esos metales no es más que su cantidad.» (*Some Considerations,* etc., 1691, [en] *Works,* ed. 1777, vol. II, pág. 15.)

circulación como pieza homónima de oro, esto es, como moneda. El asunto de la acuñación de monedas queda en manos del estado, igual que la fijación del patrón de los precios. La escisión entre las esferas internas o nacionales de la circulación de mercancías y su esfera general en el mercado mundial se manifiesta en los diferentes uniformes nacionales que se ponen el oro y la plata en cuanto monedas, uniformes de los que se despojan en el mercado mundial.

Así, pues, la moneda de oro y el oro en barras no se diferencian originariamente más que por sus figuras, y el oro se puede pasar siempre de una forma a otra.[81] Pero el camino que sale de la moneda es el mismo que lleva al crisol. En efecto: las monedas de oro se desgastan en su circulación, unas más y otras menos. El título y la substancia áureos, el contenido nominal y el contenido real, empiezan su proceso de separación. Monedas de oro homónimas resultan de valores desiguales porque son ya de pesos diferentes. El oro en cuanto medio de circulación discrepa del oro en cuanto patrón de los precios y deja con eso de ser equivalente real de las mercancías cuyos precios realiza. La historia de estas perturbaciones constituye la historia monetaria de la Edad Media y la Edad Moderna hasta entrado el siglo XVIII. La tendencia espontánea del proceso de circulación a trasformar el ser-oro de la moneda en parecer-oro, esto es, la moneda en símbolo de su contenido oficial de metal, está reconocida por las leyes más modernas sobre el grado de pérdida de metal que hace que una pieza de oro sean inhábil para la circulación, esto es, que la desmonetiza.

Puesto que la misma circulación del dinero separa el contenido real de la moneda de su contenido nominal, su existencia metálica de su existencia funcional, es que contiene latente la posibilidad de susti-

[81] Como es natural, queda completamente fuera de mi intención el estudiar detalles como el monedaje y otros análogos. Frente al sicofante romántico Adam Müller, que admira la «espléndida liberalidad» con que «el gobierno inglés acuña gratuitamente», he aquí, de todos modos, el siguiente juicio de Sir Dudley North: «La plata y el oro tienen, como otras mercancías, su marea baja y su marea alta. Cuando llega de España un cargamento ... se lleva al Tower y se acuña. No mucho después se produce demanda de lingotes para la exportación. ¿Qué ocurre entonces si no los hay, sino que da la casualidad de que todo ha sido amonedado? Pues se volverá a fundir; eso no representa ninguna pérdida, porque la acuñación no le cuesta nada al propietario. Pero la que se perjudica es la nación, pues tiene que pagar ese lujo que es como tejer la paja antes de echársela a los asnos. Si el mercader» (el propio North fue uno de los mercaderes más importantes de la época de Carlos II) «tuviera que pagar algún precio por la acuñación, no mandaría sin más reflexión su plata al Tower; y entonces el dinero acuñado tendría siempre más valor que la plata sin amonedar.» (North, *loc. cit.,* pág. 18.)

tuir el dinero metálico, en su función monetaria, por signos hechos de otro material, por símbolos. Las dificultades técnicas de la acuñación de pesos de oro diminutos, o de pesos de plata diminutos, y la circunstancia de que metales menos nobles sirven originariamente en vez de los más nobles —plata en vez de oro, cobre en vez de plata— para la medida del valor y circulan, por lo tanto, como dinero en el momento en que los destrona el metal más noble, explican históricamente el papel de los signos de plata y de cobre como sucedáneos de la moneda de oro. Sustituyen al oro en los circuitos de la circulación mercantil en los que la moneda circula más rápidamente y, por lo tanto, se desgasta también más de prisa, esto es, donde las compras y las ventas se suceden incesantemente a escala mínima. Para impedir la instalación de esos satélites en el lugar del oro mismo, se determina legalmente las proporciones muy bajas en que se tienen que aceptar en pago en vez del oro. Como es natural, los particulares circuitos en que circulan las diferentes clases de monedas desembocan unos en otros. La monera fraccionaria aparece así junto al oro para el pago de fracciones de la moneda de oro más pequeña; el oro entra constantemente en la circulación al por menor, pero no menos constantemente se ve arrojado fuera de ella mediante su cambio por moneda fraccionaria.[82]

El contenido metálico de los signos de plata o de cobre está arbitrariamente determinado por la ley. Estos signos se desgastan en la circulación aun más deprisa que la moneda de oro. Por eso su función monetaria se hace de hecho muy independiente de su peso, esto es, de todo valor. La existencia monetaria del oro se separa completamente de su substancia de valor. Cosas relativamente sin valor, como trozos de papel, pueden así funcionar en su lugar como monedas. El carácter puramente simbólico queda aún algo escondido en los signos monetarios metálicos. Salta a la vista en el papel moneda. Ya se ve: ce n'est que le premier pas qui coûte.*[42]

[82] «Cuando no hay más dinero de plata que el necesario para los pagos menores, no es posible reunirlo en cantidades suficientes para pagos mayores... La utilización del oro para grandes pagos implica inevitablemente su utilización también en el comercio al por menor: el que tiene monedas de oro las utiliza también en compras menores y recibe, junto con la mercancía comprada, la vuelta en plata; con esto se sustrae al comerciante al por menor el exceso de plata que en otro caso le molestaría, y se reconduce a la circulación general. Pero cuando hay tanta plata que los pagos pequeños se pueden hacer con independencia del oro, el comerciante al por menor recibirá plata por compras pequeñas, y la plata se le acumulará inevitablemente.» (DAVID BUCHANAN, *Inquiry into the Taxation and Commercial Policy of Great Britain,* Edinburgh 1844, págs. 248, 249.)

Aquí se trata sólo del papel moneda estatal, de curso obligatorio. Éste nace directamente de la circulación metálica. El dinero fiduciario supone, en cambio, circunstancias que desde el punto de vista de la circulación simple de mercancías nos son del todo desconocidas. Observemos, sin embargo, de paso que, así como el papel moneda propiamente dicho surge de la función del dinero como medio de circulación, el dinero fiduciario tiene su raíz espontánea en la función de medio de pago del dinero.[83]

El estado lanza desde fuera al proceso de circulación billetes de papel que llevan impresos nombres de dinero, como, por ejemplo, 1 libr. est., 5 libr. est., etc. En la medida en que realmente circulan en lugar de las sumas de oro homónimas, lo único que se refleja en su movimiento son las leyes de la circulación misma del dinero. Una ley específica de la circulación del papel no puede nacer más que de su relación de representación con el oro. Y esa ley consiste simplemente en que la emisión de papel moneda se tiene que limitar a la cantidad en que realmente tendría que circular el oro (o, en su caso, la plata) simbólicamente representado por aquél. Es verdad que la cantidad de oro que puede absorber la esfera de la circulación oscila constantemente por encima o por debajo de cierto nivel medio. Pero,

[83] El mandarín financiero Wan-mao-in se dejó ir un día a someter al Hijo del Cielo un proyecto que apuntaba ocultamente a transformar los asignados imperiales chinos en billetes de banco convertibles. El informe del comité de asignados de abril de 1854 le lee, como corresponde, la cartilla. No hay noticia de si también recibió la ritual tanda de azotes de caña de bambú. «El comité», se lee al final del informe, «ha considerado atentamente su proyecto y halla que en él todo desemboca en beneficio de los comerciantes, y no hay nada favorable a la Corona.» (*Arbeiten der Kaiserlich Russischen Gesandtschaft zu Peking über China. Aus dem Russischen von Dr. K. Abel und F. A. Mecklenburg. Erster Band* <Trabajos sobre China de la Embajada Imperial Rusa en Pekín. Traducidos del ruso por el Dr. K. Abel y F. A. Mecklenburg. Primer volumen>, Berlín 1858, pág. 54.) Un «Governor» del Bank of England dice sobre la constante desmetalización de las monedas de oro por su circulación, prestando testimonio ante el «House of Lords' Committee» (sobre «Bankacts»): «Cada año una nueva clase de soberanos» (lo cual no es política, sino que sovereign es un nombre de la libr. est.) «queda demasiado ligera. La clase que pasa un año con el peso cabal, pierde por desgaste lo suficiente como para que al año siguiente la balanza se incline en contra suya.» (H. o. Lords' Committee 1848, n. 429.)

*[42] Todo está en dar el primer paso.

de todos modos, la masa del medio que circula en un país dado no cae nunca por debajo de cierto mínimo empíricamente precisable. Como es natural, el que esa masa mínima cambie de elementos, esto es, conste de piezas de oro siempre diferentes, no altera en nada su dimensión ni su agitación constante en la esfera de la circulación. Por eso se puede sustituir por símbolos de papel. En cambio, si hoy se llenan de papel moneda todos los canales de la circulación hasta saturar su capacidad de absorción de dinero, es posible que mañana rebosen, a consecuencia de las oscilaciones de la circulación de las mercancías. Se pierde toda medida. Pero si el papel rebasa su medida, esto es, si rebasa la cantidad de monedas de oro homónimas que podría circular, no representa, sin embargo —prescindiendo del peligro de un descrédito general—, dentro del mundo de las mercancías, más que la cantidad de oro determinada por las leyes inmanentes de ese mundo, o sea, la única cantidad de oro representable. Por ejemplo, si la masa de billetes de papel representa 2 onzas de oro por cada onza que debería representar, entonces de hecho 1 libr. est. se convierte en nombre monetario de 1/8 de onza, más o menos, en vez de serlo de 1/4 de onza. El efecto es el mismo que si se hubiera alterado el oro en función de medida de los precios. Por eso los valores que antes se expresaban en el precio de 1 libr. est. se expresan ahora en el precio de 2 libr. est.

El papel moneda es signo del oro, o signo del dinero. Su relación con los valores de las mercancías consiste solamente en que éstos se expresan idealmente en las mismas cantidades de oro que el papel representa de un modo simbólicamente sensible. El papel moneda no es signo del valor más que en la medida en que representa cantidades de oro que, como todas las demás cantidades de mercancías, son también cantidades de valor.[84]

[84] Nota a la 2.ª ed. El siguiente paso de Fullarton, por ejemplo, muestra la poca claridad con que incluso los mejores autores que han escrito sobre el sistema monetario conciben las diferentes funciones del dinero: «Por lo que hace a nuestro tráfico interior, todas las funciones dinerarias que se satisfacen habitualmente mediante monedas de oro o de plata se pueden satisfacer con la misma eficacia mediante una circulación de billetes no convertibles, los cuales no tienen más valor que el valor artificial, basado en convención, que han recibido por ley, hecho que, según me parece, no se puede negar. Un valor de esa especie se podría poner al servicio de todos los fines de un valor intrínseco, y hasta podría hacer superflua la necesidad de un patrón del valor, con sólo que se mantuviera dentro de los límites correspondientes la cantidad de sus emisiones.» (FULLARTON, *Regulation of Currencies,* 2.ª ed., London 1845, pág. 21.) O sea, que como la mercancía dinero se puede sustituir en la circulación por meros signos de valor, es superflua como medida de los valores y como patrón de los precios.

Aún se preguntará, por último, por qué se puede sustituir el oro por meros signos sin valor del oro mismo. Pero, como se ha visto, no es sustituible de ese modo más que en la medida en que se aisla o independiza en su función de moneda, de medio de circulación. Ahora bien: la independización de esa función no ocurre, ciertamente, para las particulares monedas de oro, aunque se manifieste en la continuada circulación de piezas de oro desgastadas. Las piezas de oro no son meras monedas, medios de circulación, más que mientras se encuentran realmente circulando. Pero lo que no vale para las singulares monedas de oro vale para la masa mínima de oro sustituible por papel moneda. Ésta reside constantemente en la esfera de la circulación, funciona permanentemente como medio de circulación y existe, por lo tanto, exclusivamente como portadora de esa función. Así, pues, su movimiento no representa más que la permanente mutación recíproca de los contrapuestos procesos de la metamorfosis de las mercancías M — D — M, en los que la figura de valor no se enfrenta a la mercancía sino para desaparecer de nuevo inmediatamente. Aquí la presentación independiente del valor de cambio de la mercancía es sólo un momento fugaz. Inmediatamente la sustituye otra mercancía. Por eso basta con la existencia meramente simbólica del dinero en un proceso que lo aleja constantemente de mano en mano. Su existencia funcional absorbe, por así decirlo, su existencia material. El dinero, flujo fugazmente objetivado de los precios de las mercancías, no funciona ya más que como signo de sí mismo, y por eso se puede sustituir mediante signos.[85] Sólo que el signo del dinero necesita su propia validez objetivamente social, y el símbolo de papel la consigue mediante la obligatoriedad de su curso. Esta forzosidad estatal vale sólo dentro de una esfera de circulación interna, delimitada por las fronteras de un cuerpo social; pero también es sólo dentro de ese espacio donde el dinero

[85] Nicolas Barbon parte del hecho de que el oro y la plata, en cuanto monedas o en la exclusiva función de medios de circulación, se convierten en signos de sí mismos, y deduce el derecho de los gobiernos «to raise money»,*43 esto es, por ejemplo el derecho a dar a una cantidad de plata que se llamaba Groschen *44 el nombre de una cantidad mayor de plata, como Taler, y devolver así a los acreedores groschen en vez de táleros. «El dinero se desgasta y se hace más ligero por causa del mucho contarlo... Lo que las gentes tienen en cuenta en el tráfico es el nombre y el curso del dinero, y no la cantidad de plata... Es la autoridad del estado la que convierte el metal en dinero.» (N. BARBON, *loc. cit.,* págs. 29, 30, 25.)

---

*43 «Subir el dinero.»

*44 Groschen: perra gorda; Taler: tálero, pieza de 3 marcos (~ 30 Groschen).

se agota en su función de medio de circulación, de moneda, y puede, por lo tanto, lograr en el papel moneda un modo de existencia exteriormente separado de su substancia metálica y meramente funcional.

3. *Dinero*

La mercancía que funciona como medida del valor y, por lo tanto, también como medio de circulación, corpóreamente o a través de un representante, es dinero. Por eso es dinero el oro (o, en su caso, la plata). Funciona como dinero, por una parte, cuando tiene que aparecer con su corporeidad áurea (o, en su caso, argentina) y, por lo tanto, como mercancía-dinero, o sea, ni de modo meramente ideal, como en la medida del valor, ni con capacidad de ser representado, como en el medio de circulación; y, por otra parte, cuando su función —ya la realice él mismo en persona, ya a través de representante— lo fija como única figura de valor, como única existencia adecuada del valor de cambio, frente a todas las demás mercancías consideradas como meros valores de uso.

a) Atesoramiento

El circuito continuo de las dos metamorfosis contrapuestas de las mercancías, la flúida mutación de venta y compra, aparece en la incesante circulación del dinero, en su función de perpetuum mobile. Ese perpetuum mobile se inmoviliza, se transforma, como dice Boisguillebert, de meuble en immeuble,*[45] de moneda en dinero, en cuanto que se interrumpe la serie de las metamorfosis, en cuanto que la venta no se completa con una compra ulterior.

Con el primer desarrollo de la circulación misma de mercancías se desarrolla la necesidad y la pasión de aferrarse al producto de la primera metamorfosis, a la figura transformada de la mercancía, a su crisálida oro.[86] Se vende mercancía no para comprar mercancía, sino para

[86] «La riqueza en dinero no es sino ... riqueza en productos que se han transformado en dinero.» (MERCIER DE LA RIVIÈRE, *loc. cit.*, pág. 573.) «Lo único que ha pasado es que un valor en forma de productos ha cambiado de forma.» (*Ib.*, pág. 486.)

*[45] de [bien] mueble en [bien] inmueble.

substituir forma mercancía por forma dinero. Este cambio de forma deja de ser mera mediación del metabolismo y se convierte en fin en sí mismo. La figura alienada de la mercancía queda así impedida de funcionar como forma absolutamente enajenable de la mercancía, como forma dinero sólo fugaz. Así se fosiliza el dinero en tesoro, y el vendedor de mercancías se convierte en atesorador.

Precisamente en los comienzos de la circulación mercantil sólo el exceso de valores de uso se convierte en dinero. De este modo el oro y la plata se convierten naturalmente en expresiones sociales de la abundancia, de la riqueza. Esta forma ingenua de formación de tesoros se eterniza en los pueblos en los que un ámbito de necesidades firmemente cerrado corresponde a un modo de producción tradicional y orientado a la satisfacción de las necesidades propias. Así ocurre entre los asiáticos, principalmente los indios. Vanderlint, que considera que la masa de oro y plata que se encuentra en un país determina los precios de las mercancías, se pregunta por qué son tan baratas las mercancías indias. Respuesta: porque los indios entierran el dinero. Entre 1602 y 1734, observa, los indios enterraron 150 millones de libr. est. de plata que antes habían llegado de América a Europa.[87] Entre 1856 y 1866, o sea, en 10 años, Inglaterra exportó a la India y a China (el metal exportado a China fluye luego en su mayor parte a la India) 120 millones de libr. est. de plata, previamente adquirida a cambio de oro australiano.

Cuando la producción mercantil se desarrolla más, cada productor de mercancías tiene que asegurarse el nervus rerum, la «garantía social».[88] Sus necesidades se renuevan constantemente y exigen la compra incesante de mercancía ajena, mientras que la producción y la venta de su propia mercancía requieren tiempo y dependen de azares. Para poder comprar sin vender tiene que haber vendido antes sin comprar. Ejecutada en toda la escala, esta operación parece autocontradictoria. Pero ocurre que los metales nobles se cambian directamente por otras mercancías en sus lugares de producción. En estos lugares se tiene venta (por parte del poseedor de mercancías) sin compra (por parte del poseedor de oro y plata).[89] Posteriores ventas sin compras subsiguientes se limitan a mediar la ulterior distribución de los metales no-

[87] «Gracias a esa medida mantienen tan bajos de precios todos sus bienes y productos fabricados.» (VANDERLINT, *loc. cit.*, págs. 95, 96.)

[88] «El dinero es una fianza dada en prenda.» (JOHN BELLERS, *Essays about the Poor, Manufactures, Trade, Plantations, and Immorality*, Lond. 1699, pág. 13.)

[89] Compra en sentido categorial supone, en efecto, el oro o la plata ya como figura transformada de la mercancía, o sea, como producto de venta.

bles entre todos los poseedores de mercancías. Así se originan en todos los puntos del tráfico tesoros de oro y plata de las más varias dimensiones. El ansia de oro se despierta al aparecer la posibilidad de conservar la mercancía en cuanto valor de cambio, o el valor de cambio en cuanto mercancía. Al ampliarse la circulación de mercancías aumenta el poder del dinero, la forma siempre dispuesta, absolutamente social de la riqueza.

«El oro es excelentísimo: del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al paraíso.» (Colón en carta desde Jamaica, 1503).

Como el oro no revela qué es lo que se ha convertido en él, todo, mercancía o no, se convierte en dinero. Todo se hace vendible y comprable. La circulación se convierte en la gran retorta social en la que penetra todo para salir luego convertido en cristal de dinero. Ni siquiera los huesos de los santos se resisten a esa alquimia, y mucho menos aun lo hacen res sacrosantae menos groseras, extra commercium hominum.*[46] [90] Del mismo modo que toda diferencia cualitativa entre las mercancías se disuelve en el dinero, así también él mismo disuelve, leveler *[31] radical, todas las diferencias.[91] Pero el dinero es él mismo

[90] El rey cristianísimo de Francia Enrique III arrebata a monasterios, etc., sus reliquias para transformarlas en plata. Es sabida la importancia que tiene en la historia griega el rapto de los tesoros del templo de Delfos por los focenses. No hay que decir que entre los antiguos los templos eran morada del dios de las mercancías. Eran «bancos sagrados». Para los fenicios, pueblo comercial par excellence, el dinero era la figura alienada de todas las cosas. Por eso era muy natural que las vírgenes que se entregaban a los forasteros durante las fiestas de la diosa del amor ofrendaran a la diosa la moneda recibida en pago.

[91] «¡Oro! ¡Precioso, centelleante, oro rojo!
Tanto de él hace blanco lo negro, hermoso lo feo;
Bueno lo malo, joven lo viejo, valiente al cobarde, noble al bajo.
...Dioses, ¿por qué? ¿Por qué así? Por qué esto, dioses.
Ah, eso os arrebata del altar al sacerdote;
Arranca al medio sano la almohada en que dormita;
Sí, este rojo esclavo ata y desata
Lazos consagrados; bendice al maldito;
Hace amable la peste; honra al ladrón,
Y le da rango, piernas dobladas e influencia
En el consejo de los senadores; trae
Pretendientes a la viuda vieja;

*[46] Cosas sacrosantas fuera del comercio de los hombres.

mercancía, cosa externa que puede hacerse propiedad privada de cualquiera. De este modo el poder social se convierte en poder privado de la persona privada. Por eso la sociedad antigua lo denuncia como fraccionamiento monetario de su orden económico y moral.[92] La sociedad moderna, que ya en sus años de infancia saca a Plutón de las entrañas de la tierra tirándole de los pelos,[93] saluda en el áureo Grial la encarnación radiante de su más propio principio de vida.

En cuanto valor de uso, la mercancía satisface una necesidad particular y constituye un particular elemento de la riqueza material. Pero el valor de la mercancía mide el grado de su capacidad de atracción de todos los elementos de la riqueza material y, por lo tanto, la riqueza social de su poseedor. Para el poseedor de mercancías sencillo y bárbaro —que incluso puede ser un campesino europeo-occidental—, el valor es inseparable de la forma valor y, consiguientemente, el aumento de su tesoro de oro y plata es aumento de valor. Cierto que el valor del dinero cambia, ya sea a consecuencia de su propio cambio de valor, ya a consecuencia del cambio de valor de las mercancías. Pero esto no impide, por una parte, que 200 onzas de oro sigan teniendo, igual que antes, más valor que 100, y 300 más que 200, etc., ni tampoco, por otra parte, que la forma metálica natural de esta cosa siga siendo la forma general de equivalente de todas las mercancías, la encarnación social inmediata de todo trabajo humano. El impulso atesorador es desmedido por naturaleza. Cualitativamente, por su forma, el dinero es ilimitado, esto es, representante general de la riqueza material, porque se puede trasformar inmediatamente en cualquier mercancía. Pero, al mismo tiempo, toda suma real de dinero es cuantitativamente limitada y, por lo tanto, medio de compra de efecto sólo limitado. Esta

...Barro maldito,
Eres puta común de los humanos.»
(SHAKESPEARE, *Timon of Athens.*)

[92] «Pues ningún mal tan infame como el valor del dinero
Les nació a los hombres: éste es capaz de romper
Hasta las ciudades, aparta a los varones de la tierra y el hogar;
Adoctrina torciendo el noble sentir
De varones bien nacidos para que persigan hazañas deshonrosas,
Muestra las vías de la astucia falaz de los mortales
Y los instruye para toda obra odiosa a los dioses.»
(SÓFOCLES, *Antígona.*)

[93] «La avaricia tiene la esperanza de sacar a Plutón mismo de dentro de la tierra.» (ATHEN.[AEUS], *Deipnos.*)

contradicción entre la limitación cuantitativa y la ilimitación cualitativa del dinero hace retroceder una y otra vez al atesorador en el suplicio de Sísifo de la acumulación. Le ocurre como al conquistador del mundo, que al conquistar un nuevo país no conquista sino una nueva frontera.

Para conservar el oro en cuanto dinero y, por tanto, en cuanto elemento del atesoramiento, hay que impedirle circular o disolverse pasando de medio de compra a medio de goce. Por eso el atesorador sacrifica al fetiche oro el placer de su carne. Se toma en serio el evangelio de la renuncia. Por otra parte, no puede sustraer en dinero a la circulación más que lo que le da en mercancía. Cuanto más produce, tanto más puede vender. Laboriosidad, ahorro y avaricia constituyen, consiguientemente, sus virtudes cardinales, y vender mucho y comprar poco es la Summa de su economía política.[94]

Junto a la forma directa del tesoro procede su forma estética, que es la posesión de mercancías de oro y plata. Esta posesión aumenta al mismo tiempo que la riqueza de la sociedad burguesa. «Soyons riches ou paraissons riches» *[47] (Diderot). Así se forma, por una parte, un mercado cada vez más amplio de plata y oro con independencia de sus funciones monetarias, y, por otra parte, un latente aflujo de dinero, particularmente flúido en tiempos de tormenta social.

El atesoramiento cumple varias funciones en la economía de la circulación metálica. La función más inmediata se desprende de las condiciones de rotación de las monedas de oro o de plata. Se ha visto que la masa de dinero en rotación sube y baja sin cesar, de acuerdo con las oscilaciones constantes de la circulación de las mercancías en dimensión, precios y velocidad. Unas veces hay que atraer dinero en cuanto moneda, otras veces hay que repelerlo. Para que la masa de dinero realmente en rotación corresponda siempre al grado de saturación de la esfera de la circulación, la masa de oro o de plata que se encuentra en un país tiene que ser mayor que la activa en la función monetaria. La forma atesorada del dinero satisface esa condición. Los depósitos atesorados sirven simultáneamente de canales excretores e

[94] «Los centros en torno a los cuales giran todas las medidas de la economía política son aumentar todo lo posible el número de vendedores de cada mercancía y disminuir todo lo posible el número de compradores.» (VERRI, *loc. cit.*, págs. 52, 53.)

*[47] «Seamos ricos o parezcamos ricos.»

ingestores para el dinero circulante, el cual, consiguientemente, no rebosa nunca de sus canales de rotación.[95]

b) Medio de pago

En la forma inmediata de la circulación de mercancías considerada hasta ahora, una misma magnitud de valor existía siempre doblemente, era mercancía en un polo y dinero en el contrapolo. Por eso los poseedores de mercancías no entraban en contacto más que como representantes de equivalentes recíprocamente presentes. Pero al desarrollarse la circulación de mercancías se desarrollan también relaciones y circunstancias por las cuales la enajenación de la mercancía se separa de la realización de su precio. Aquí basta con aludir a las más sencillas de esas circunstancias. Una especie de mercancías requiere tiempos más largos que otra para su producción. La producción de diferentes mercancías cae en diferentes estaciones del año. Una mercancía nace en el lugar mismo de su mercado, mientras que otra tiene que viajar hasta un mercado lejano. Por eso un poseedor de mercancías puede presentarse como vendedor antes que el otro pueda hacerlo como comprador. Cuando se repiten constantemente unas mismas transacciones entre unas mismas personas, las condiciones de venta de las mercancías se regulan de acuerdo con sus condiciones de producción. Por otra parte, la utilización de ciertas especies de mercancías, una casa, por ejemplo,

[95] «Toda nación necesita, para traficar, una suma determinada de specifick money,*[48] la cual cambia y es unas veces mayor y otras menor, según lo exijan las circunstancias... Estas mareas bajas y altas del dinero se regulan ellas mismas, sin ninguna ayuda de los políticos... Los cangilones también suben y bajan: cuando escasea el dinero, se acuña moneda; cuando escasean los lingotes, se funde.» (SIR D. NORTH, *loc. cit.*, [Postcript] pág. 3.) John Stuart Mill, que fue durante mucho tiempo funcionario de la Compañía de las Indias Orientales, confirma que en la India las joyas de plata siguen funcionando directamente como tesoro. Las «joyas de plata se llevan a amonedar cuando el tipo de interés es alto; vuelven a ser joyas cuando el tipo de interés disminuye. (*Evidence* de J. St. Mill [en] *Repts. on Bankacts,* 1857, n. 2084, 2101.) Según un documento parlamentario de 1864 sobre la importación y la exportación de oro y plata en la India, en 1863 la importación de oro y plata excedió de la exportación en 19.367.764 libr. est. En los 8 años anteriores a 1864 el exceso de la importación sobre la exportación de los metales nobles fue de 109.652.917 libr. est. Durante este siglo se acuñó en la India mucho más de 200.000.000 de libr. est.

*[48] Dinero metálico.

se vende por un tiempo determinado. El comprador no tiene realmente recibido el valor de uso de la mercancía sino al final del período. Por eso la compra antes de pagarla. Un poseedor de mercancías vende mercancía presente, el otro compra como mero representante de dinero, o como representante de dinero futuro. El vendedor se convierte en acreedor, el comprador en deudor. Como aquí se altera la metamorfosis de la mercancía, el desarrollo de su forma de valor, el dinero cobra también, por su parte, otra función. Se convierte en medio de pago.[96]

El carácter de acreedor o deudor surge aquí de la circulación simple de mercancías. La alteración de su forma imprime este nuevo sello al vendedor y al comprador. Por de pronto, pues, se trata de papeles tan fugaces y tan alternativamente desempeñados por los mismos agentes de la circulación como los papeles de vendedor y comprador. Pero ahora la contraposición es por sí misma de aspecto menos cómodo, y es capaz de cristalizaciones mayores.[97] Los mismos personajes pueden, por otra parte, presentarse también con independencia de la circulación de mercancías. Por ejemplo, la lucha de clases del mundo antiguo se mueve principalmente en forma de lucha entre acreedores y deudores, y termina en Roma con el final del deudor plebeyo, sustituido por el esclavo. En la Edad Media la lucha termina sucumbiendo el deudor feudal, que pierde, junto con su base económica, su poder político. De hecho, la forma dinero —y la relación entre acreedor y deudor tiene la forma de una relación dineraria— no refleja aquí más que el antagonismo de condiciones económicas de vida más profundas.

Volvamos a la esfera de la circulación de mercancías. La aparición simultánea de los equivalentes mercancía y dinero en los dos polos del proceso de compra deja de darse. El dinero funciona ahora en primer lugar como medida del valor en la determinación del precio de la mercancía vendida. El precio de ésta, fijado contractualmente, mide la obligación del comprador, esto es, la suma de dinero que debe en un determinado momento. En segundo lugar, funciona como medio de

[96] Lutero distingue entre el dinero como medio de compra y el dinero como medio de pago. «Hágasme unos gemelos del usurero, que aquí no puedo pagar y allí no puedo comprar.» (MARTIN LUTHER, *An die Pfarrherrn, wider den Wucher zu predigen,* Wittenberg 1540.)

[97] Sobre las relaciones entre deudores y acreedores entre los mercaderes ingleses del siglo XVIII: «Aquí en Inglaterra impera entre los mercaderes un espíritu de crueldad tal que no se puede encontrar en ninguna otra sociedad humana ni en ningún otro país del mundo.» (*An Essay on Credit and the Bankrupt Act,* Lond. 1707, pág. 2.)

pago ideal. Aunque no existe más que en la promesa que el comprador hace sobre él, provoca el cambio de manos de la mercancía. El medio de pago no se pone realmente en circulación —esto es, no pasa de las manos del comprador a las del vendedor— hasta el día del vencimiento. El medio de circulación se convirtió en tesoro porque el proceso de circulación se interrumpió luego de la primera fase, o, dicho de otro modo, porque la figura alterada de la mercancía se sustrajo a la circulación. El medio de pago entra en la circulación, pero cuando ya la mercancía ha salido de ella. El dinero no es ya mediador del proceso. Lo cierra autónomamente, como existencia absoluta del valor de cambio, como mercancía general. El vendedor transformaba mercancía en dinero para satisfacer una necesidad mediante el dinero; el atesorador lo hace para preservar la mercancía en forma dinero; el comprador deudor, para poder pagar. Si no paga, se producen ventas forzosas de sus posesiones. Así, pues, la figura valor de la mercancía, el dinero, se convierte ahora en fin propio de la venta por causa de una necesidad social dimanante de las circunstancias mismas del proceso de circulación.

El comprador retransforma dinero en mercancía antes de haber transformado mercancía en dinero, o sea, realiza la segunda transformación de la mercancía antes que la primera. La mercancía del vendedor circula, pero no realiza su precio más que en un derecho jurídico-privado a dinero. Sólo posteriormente se produce su primera metamorfosis.[98]

En cada fase particular del proceso de circulación las obligaciones vencidas representan la suma de los precios de las mercancías cuya venta las produjo. La masa de dinero necesaria para realizar esa suma de precios depende por de pronto de la velocidad de rotación de los medios de pago. Está condicionada por dos circunstancias: el encade-

[98] Nota a la segunda edición. A la luz de la siguiente cita, tomada de mi obra aparecida en 1859, se verá por qué no considero en el texto principal ninguna forma contrapuesta: «A la inversa, en el proceso D — M se puede enajenar el dinero como medio de compra real y realizar así el precio de la mercancía antes de que se realice el valor de uso del dinero, antes de que se enajene la mercancía. Eso ocurre, por ejemplo, en la corriente forma de la prefinanciación. O bien en la forma en que el gobierno inglés ... compra el opio de los ryots *[49] en la India. Pero el dinero no obra de este modo más que en la forma, ya conocida, de medio de compra... Como es natural, también se anticipa capital en forma de dinero... Pero este punto de vista no queda incluido en el horizonte de la circulación simple.» (*Zur Kritik* etc. <*Contribución a la crítica de la economía política,* OME 21>, págs. 119, 120.)

*[49] Ryots, campesinos indios sometidos a prestación servil.

namiento de las relaciones entre acreedores y deudores, cuando A, que recibe dinero de su deudor B, lo paga a su vez a su acreedor C, etc., y la distancia temporal entre los varios vencimientos. La cadena en proceso de los pagos o primeras metamorfosis realizadas posteriormente se diferencia esencialmente de la imbricación, antes considerada, de las series de metamorfosis. La rotación del medio de circulación no se limita a expresar la conexión entre vendedores y compradores. La conexión misma nace en y con la rotación del dinero. En cambio, el movimiento del medio de pago expresa una conexión social presente y terminada ya antes de que él empiece.

La simultaneidad y la copresencia de las ventas limitan la sustitución de masa monetaria por la velocidad de rotación. Pero constituyen una nueva palanca de la economía del medio de pago. Con la concentración de los pagos en un mismo lugar, se desarrollan de modo natural instituciones y medios característicos para su compensación. Tales fueron, por ejemplo, los virements de la Lyon medieval. Basta confrontar los créditos de A contra B con los de B contra C y los de C contra A, etc., para anularlos recíprocamente, como magnitudes positivas y negativas, hasta alcanzar un determinado saldo. Al final no queda sino saldar una cuenta de debe y haber.

La función de medio de pago del dinero implica una contradicción no mediada. En la medida en que los pagos se compensan, el dinero medio de pago funciona sólo idealmente, como dinero contable o medida de los valores. En la medida en que hay que efectuar pagos reales, el dinero no aparece como medio de circulación, como forma exclusivamente fugaz y mediadora del metabolismo, sino como encarnación individual del trabajo social, como existencia autónoma del valor de cambio, como mercancía absoluta. Esta contradicción estalla en el momento de las crisis de producción y comerciales que se llama crisis monetaria.[99] Esta crisis no ocurre sino donde están plenamente desarrollados la cadena en proceso de los pagos y un sistema artifical de compensación de los mismos. Cuando se producen perturbaciones generales de ese mecanismo, cualquiera que sea su origen, el dinero muta repentina e inmediatamente de figura puramente ideal que era, dinero

[99] La crisis monetaria tal como se describe en el texto, como fase particular de toda crisis general de producción y comercio, se tiene que distinguir bien del tipo especial de crisis que también se llama monetaria, pero que puede presentarse por sí misma, de modo que sólo actúa por repercusión en la industria y el comercio. Se trata de crisis cuyo centro de movimiento es el dinero-capital y cuya esfera inmediata es, por lo tanto, la de la banca, la bolsa y las finanzas. (Nota de Marx a la 3.ª ed.)

contable, en dinero sólido. Se hace insustituible por mercancías profanas. El valor de uso de la mercancía se hace inútil y su valor se disipa ante su propia forma valor. Momentos antes, el ciudadano, con la vanidad ilustrada fruto de la prosperidad que le embriagaba, declaraba que el dinero no es más que una quimera vacía. Sólo la mercancía es dinero. Ahora resuena por todo el mercado mundial el grito: ¡Sólo el dinero es mercancía! Como el ciervo a las fuentes, así acude su alma al dinero, única riqueza.[100] En la crisis, la oposición entre la mercancía y su figura de valor, el dinero, se exacerba hasta ser contradicción absoluta. Por eso es aquí indiferente la forma de presentación del dinero. El hambre de dinero es la misma, igual si hay que pagar en oro que en dinero fiduciario, en billetes de banco, por ejemplo.[101]

Si consideramos la suma total del dinero circulante en un lapso de tiempo dado, aquélla es, dada también la velocidad de rotación del medio de circulación y de pago, igual a la suma de los precios que hay que realizar de las mercancías más la suma de los pagos vencidos, menos los pagos que se compensan y menos el número de pasos o rotaciones en las cuales una misma pieza de dinero funciona alternativamente como medio de circulación y como medio de pago. Por ejemplo: el campesino vende su cereal por 2 libr. est., las cuales sirven así de medio de circulación. El día del vencimiento paga con ellas tela de

[100] «Este repentino salto desde el sistema de crédito hasta el sistema monetario añade al pánico práctico un terror teórico, y los agentes de la circulación sienten escalofríos ante el impenetrable enigma de sus propias relaciones y circunstancias.» (KARL MARX, *loc. cit.*, pág. 126.) «Los pobres no tienen trabajo porque los ricos no tienen dinero para ocuparlos, aunque siguen poseyendo las mismas tierras y las mismas capacidades de trabajo que tenían antes para hacer producir alimentos y ropas; pero son estas cosas las que constituyen la verdadera riqueza de una nación, y no el dinero.» (JOHN BELLERS, *Proposals for raising a Colledge of Industry*, Lond. 1696, págs. 3, 4.)

[101] He aquí cómo explotan esos momentos los «amis du commerce»: «En cierta ocasión» (1839) «un codicioso banquero» (de la City) «levantó en su habitación particular el tablero del escritorio ante el cual estaba sentado y desparramó ante un amigo paquetes de billetes de banco; con íntima delicia dijo que eran 600.000 libr. est. retenidas para conseguir que el dinero anduviera escaso, y que se pondrían en circulación pasadas las 3 horas de aquel día.» ([H. ROY,] *The Theory of the Exchanges. The Bank Charter Act of 1844*, Lond. 1864, pág. 81.) El órgano semioficial *The Observer* observa el 24 de abril de 1864: «Circulan rumores muy particulares sobre los medios que se dice han sido puestos en práctica con la intención de provocar una escasez de billetes de banco... Por muy discutible que pueda ser la disposición a aceptar que se haya aplicado algunos trucos semejantes, la noticia al respecto estaba tan difundida que por fuerza hay que citarla.»

lino que le había suministrado el tejedor. Aquellas mismas 2 libr. est. funcionan ahora como medio de pago. El tejedor compra a su vez una Biblia al contado —con lo cual las 2 libr. funcionan de nuevo como medio de circulación—, etc. Así, pues, incluso dados los precios, la velocidad de rotación del dinero y la economía de los pagos, ahora ya no coinciden la masa de dinero en rotación y la masa de mercancías en circulación durante un período, un día, por ejemplo. Pues está en rotación dinero que representa mercancías sustraídas mucho antes de la circulación. Y también mercancías cuyo equivalente dinerario no aparecerá sino en el futuro. Por otra parte, los pagos concertados cada día y los pagos que vencen ese mismo día son magnitudes claramente inconmensurables.[102]

El dinero fiduciario nace directamente de la función de medio de pago del dinero, al circular pagarés (relativos a mercancías vendidas) con la función de transmitir títulos de crédito. Por otra parte, la función de medio de pago del dinero se amplía igual que el sistema de crédito. En esta condición consigue una forma propia de existencia con la cual se aposenta en la esfera de las grandes transacciones comerciales, mientras que la moneda de oro o de plata queda sustancialmente rechazada a la esfera del comercio al por menor.[103]

Cuando se llega a cierta altura y extensión de la producción mercantil, la función de medio de pago del dinero rebasa la esfera de la circulación de mercancías. El dinero se convierte en la mercancía general de los contratos.[104] Rentas, impuestos, etc., dejan de ser prestaciones en especie y se convierten en pagos en dinero. Esa transformación está muy condicionada por la figura global del proceso de producción, como lo prueba, por ejemplo, el doble fracaso del intento de los emperadores romanos de percibir todos los tributos en dinero. La miseria monstruosa del pueblo rural francés bajo Luis XIV, tan elocuentemente denunciada por Boisguillebert, el mariscal Vauban, etc., no se debía sólo a la carga fiscal, sino también a la conversión del impuesto en especie en impuesto en dinero.[105] En cambio, cuando la forma de pago en naturaleza de la renta de la tierra, que en Asia es al mismo tiempo el elemento principal de la fiscalización del estado, se basa en relaciones de producción que se reproducen con la inmutabilidad de circunstancias naturales, aquella forma de pago mantiene, por su efecto reactivo, la vieja forma de producción. Ella es uno de los secretos de la autoconservación del imperio turco. Si el comercio exte-

[102] «La extensión de las ventas o de los contratos que se concluyen durante un día determinado no influye en la cantidad de dinero que está en rotación aquel día, pero en la gran mayoría de los casos se resolverá en múltiples giros de letras de cambio sobre la cantidad de dinero que estará en circulación en días posteriores, más o menos lejanos... Las letras de cambio o los créditos hoy concedidos no tienen necesariamente, ni en número, ni en cuantía, ni en plazo, el menor parecido con los concedidos o aceptados para mañana o pasado mañana; más bien ocurre que muchas de las letras y muchos de los créditos de hoy coincidirán, a su vencimiento, con un montón de obligaciones cuyos orígenes están dispersos por toda una serie de fechas anteriores y completamente indeterminadas. Así coinciden frecuentemente letras de cambio a 12 meses, 6, 3 o 1 mes, de tal modo que hacen crecer particularmente las obligaciones que vencerán en un día determinado...» (*The Currency Theory Reviewed; a letter to the Scotch people. By a Banker in England,* Edinburgh 1845, pág. 29, 30, *passim.*)

[103] Como ejemplo de lo poco que el dinero real entra en las operaciones comerciales propiamente dichas se da a continuación el esquema de una de las casas comerciales mayores de Londres (Morrison, Dillon & Co.) sobre sus pagos y cobros anuales en dinero. Sus transacciones del año 1856, que importan muchos millones de libr. est., se reducen aquí a la escala de un millón.

Ingresos	libr. est.	*Gastos*	libr. est.
Letras de banqueros y comerciantes, a plazo . .	553.596	Letras a plazo	302.674
Cheques de banqueros, etc., a la vista	357.715	Cheques sobre banqueros londinenses	663.672
Billetes de bancos provinciales	9.627	Billetes del Banco de Inglaterra	22.743
Billetes del Banco de Inglaterra	68.554	Oro	9.427
Oro	28.089	Plata y cobre	1.484
Plata y cobre	1.486		
Post Office Orders *[50] . .	933		
Suma total	1.000.000	Suma total	1.000.000

(*Report from the Select Committee on the Bankacts,* July 1858, pág. lxxj.)

[104] «El carácter del tráfico en los negocios se ha transformado de tal modo que en vez de un trueque de bienes por bienes, o en vez de prestación y entrega, ahora hay venta y pago, y todos los negocios ... se presentan ya como puros negocios de dinero.» ([D. Defoe,] *An Essay upon Publick Credit,* 3.ª ed., Lond. 1710, pág. 8.)

[105] «El dinero se ha vuelto verdugo de todas las cosas.» El arte financiero es «la retorta en que se disipa una cantidad horripilante de bienes y mercancías con objeto de obtener ese dañino extracto. «El dinero declara la guerra a todo el género humano.) (Boisguillebert, *Dissertation sur la nature des richesses, de l'argent et des tributs,* éd. Daire, *Économistes financiers,* Paris 1843, t. I, págs. 413, 419, 417, 418.)

*[50] Libranzas postales.

rior que autoritariamente le concede Europa provoca en el Japón la transformación de la renta en naturaleza en renta en dinero, se habrá terminado su ejemplar agricultura. Se disolverán sus estrechas condiciones económicas de existencia.

En cada país se imponen ciertos plazos de pago generales. Pasando por alto otros circuitos de la reproducción, esos plazos se basan en parte en las condiciones naturales de la producción, vinculadas a la periodicidad de las estaciones. También regulan pagos que no proceden directamente de la circulación de mercancías, como los pagos de impuestos, rentas, etc. La masa de dinero requerida ciertos días del año para esos pagos dispersos por toda la superficie de la sociedad produce perturbaciones periódicas, pero del todo superficiales, en la economía del medio de pago.[106] Se sigue de la ley sobre la velocidad de rotación del medio de pago que para todos los pagos periódicos, cualquiera que sea su origen, la masa de medio de pago necesaria está en razón directa de la duración de los períodos de pago.[107]

[106] «El lunes de Pentecostés de 1824», cuenta el señor Craig al Comité parlamentario de investigación de 1826, «hubo en Edimburgo una demanda tan enorme de billetes de banco que hacia las 11 no teníamos ni un billete más en depósito. Enviamos a buscar a los demás bancos, uno tras otro, para tomar en préstamo, pero no pudimos obtener ninguno, y muchas transacciones se tuvieron que consumar con slips of paper.*[51] Pero hacia las 3 de la tarde todos los billetes estaban ya de vuelta en los bancos de los que habían salido. No habían hecho más que cambiar de manos.» Aunque la circulación efectiva media de billetes de banco importa en Escocia menos de 3 millones de libr. est., sin embargo, en ciertos vencimientos del año entran en actividad todos los billetes que se encuentran en posesión de los banqueros, unos 7 millones de libr. est. en total. En estas ocasiones los billetes no tienen que cumplir más que una función única y específica, y en cuanto que la han cumplido refluyen a los bancos respectivos de los que salieron. (JOHN FULLARTON, *Regulation of Currencies,* 2nd. ed., London 1845, pág. 86, n.) Hay que añadir, para facilitar la comprensión, que en la época en que Fullarton escribió su obra en Escocia no se usaban cheques sobre depósitos, sino sólo billetes de banco.

[107] Petty contestó con su acostumbrada maestría a la pregunta de «si, caso de darse la necesidad de disponer de 40 millones al año, los mismos 6 millones» (de oro) bastarían para las rotaciones y circulaciones resultantes exigidas por el tráfico»: «Respondo que sí; para el importe de 40 millones bastarían ya 40/52 de 1 millón si las rotaciones fueran tan rápidas —esto es, semanales— como las que ocurren entre los artesanos pobres y los obreros, los cuales cobran y pagan cada sábado; pero si los vencimientos son trimestrales, según lo habitual entre nosotros para el pago de arrendamientos e impuestos, entonces harán falta 10 millones. Si suponemos, pues, que, en general, los pagos ocurren en plazos diferentes comprendidos entre 1 y 13 semanas, es necesario añadir 10 millones

* [51] Papelitos.

El desarrollo del dinero como medio de pago impone acumulaciones de dinero para los vencimientos de las sumas debidas. Con el progreso de la sociedad burguesa el atesoramiento desaparece como forma propia de enriquecimiento, pero aumenta, en cambio, en forma de fondo de reserva del medio de pago.

c) Dinero mundial

Al salir de la esfera de la circulación interior el dinero se despoja de las formas locales que allí crecen de patrón de los precios, moneda, moneda fraccionaria y signo de valor y vuelve a la originaria forma de lingote de los metales nobles. Las mercancías despliegan universalmente su valor en el comercio mundial. Por eso su autónoma figura de valor se yergue aquí frente a ellas en la condición de dinero mundial. Hasta que no llega al mercado mundial no funciona plenamente el dinero como aquella mercancía cuya forma natural es al mismo tiempo e inmediatamente forma social de realización del trabajo humano in abstracto. Su modo de existir se hace entonces adecuado a su concepto.

En la esfera de la circulación interior sólo una mercancía puede servir de medida del valor y, por lo tanto, de dinero. En el mercado mundial impera una medida doble del valor, el oro y la plata.[108]

a 40/52, la mitad de lo cual suma aproximadamente 5 1/2 millones, de modo que 5 1/2 millones bastarían.» (WILLIAM PETTY, *Political Anatomy of Ireland. 1672,* edit. Lond. 1691, págs. 13, 14.)

[108] Por eso es tan insulsa toda legislación que prescriba a los bancos nacionales no mantener en reserva más metal noble que el que funciona como dinero en el interior del país. Son conocidos los «agradables obstáculos» que así se ha levantado a sí mismo el Banco de Inglaterra. Sobre las grandes épocas históricas de cambio relativo de valor del oro y la plata, v. KARL MARX, *loc. cit.,* págs. 136 ss. Añadido a la 2.ª edición: Sir Robert Peel intentó resolver el defecto, con su Bankact de 1844, por el procedimiento de permitir al Banco de Inglaterra emitir billetes sobre plata acuñada, pero sin que la reserva de plata rebasara nunca un cuarto de la de oro. El valor de la plata se ha de estimar según su precio (en oro) en el mercado de Londres. {A la 4.ª edición. Volvemos a encontrarnos en una época de intenso cambio relativo de valor entre el oro y la plata. Hace unos 25 años la razón de valor del oro o la plata era = 15 1/2 : 1; ahora es, aproximadamente, de 22 : 1, y la plata sigue bajando constantemente respecto del oro. Eso es esencialmente consecuencia de una transformación del modo de producción de ambos metales. Antes el oro se obtenía casi exclusivamente por lavado de capas aluviales producto de la meteorización de rocas auríferas. Ahora ese método es ya insuficiente y ha pasado a segundo plano, desplazado por el

El dinero mundial funciona como medio de pago general, medio de compra general y materialización absolutamente social de la riqueza en general (universal wealth). Predomina la función de medio de pago para la compensación de las balanzas internacionales. De ahí el santo y seña del mercantilismo: ¡balanza comercial! [109] El oro y la plata sirven

trabajo de las mismas vetas de cuarzo aurífero, que antes se practicaba sólo en segundo plano, aunque era ya bien conocido por los antiguos (Diodoro, III, 12-14). Por otra parte, no sólo se han descubierto gigantescos yacimientos de plata al oeste de las Montañas Rocosas norteamericanas, sino que, además, esas minas de plata y las mexicanas han quedado comunicadas por ferrocarriles que posibilitan la llegada de maquinaria moderna y combustibles y, con ello, la obtención de plata en grandísima escala y con costes menores. Pero hay una gran diferencia en el modo como ambos metales se presentan en los filones respectivos. El oro suele ser puro, pero, en cambio, disperso por el cuarzo en cantidades diminutas; por eso hay que pulverizar todo el mineral y obtener el oro por lavado, o extraerlo mediante mercurio. Y así por 1.000.000 de gramos de cuarzo se obtiene a menudo apenas 1-3 gramos de oro, y muy pocas veces 30-60. La plata se presenta rara vez pura, pero lo hace en cambio en menas propias, relativamente fáciles de separar de la ganga y con un contenido, generalmente, de 40-90 por ciento de plata; o bien está contenida en cantidades menores, pero en menas de cobre, plomo, etc., que ya por sí mismas vale la pena trabajar. Ya de eso se desprende que, mientras que el trabajo de producción del oro ha aumentado más bien, el de la plata ha disminuido decisivamente, y la disminución de valor de ésta se explica con toda naturalidad. Esta disminución de valor se expresaría en una caída aun mayor del precio si el precio de la plata no se sostuviera en alto todavía hoy por medios artificiales. Pero los yacimientos de plata norteamericanos no son todavía accesibles más que parcialmente, de modo que todo hace prever que el valor de la plata seguirá bajando durante mucho tiempo. A ello ha de contribuir todavía más la disminución relativa de la necesidad de plata para artículos de uso y de lujo, su sustitución por mercancías de laminados, aluminio, etc. Estímese, a la vista de eso, lo utópico de la idea bimetalista según la cual un curso forzado internacional levantará de nuevo la plata hasta la vieja razón de valor 1 : 15 1/2. Lo más probable es que la plata vaya perdiendo cada vez más, también en el mercado mundial, su cualidad de dinero. F. E.}

[109] Los contrincantes del mercantilismo —el cual trataba el saldo de la balanza comercial excedentaria por el oro y la plata como finalidad del comercio mundial— erraron plenamente, por su parte, la función del dinero mundial. Con el caso de Ricardo he probado detalladamente (*loc. cit.*, págs. 150 ss.) cómo la concepción errónea de las leyes que regulan la masa de los medios de circulación se refleja simplemente en la concepción errónea del movimiento internacional de los metales nobles. El dogma falso de Ricardo —«Una balanza comercial desfavorable no se puede producir más que por un exceso de medios de circulación... La exportación de monedas se debe a su baratura, y no es consecuencia, sino causa de una balanza desfavorable»— se encuentra, por ello, ya en la obra de Barbon: «La balanza comercial, si es que eso existe, no es la causa de que el dinero se exporte de un país. La exportación resulta, por el contrario, de la

esencialmente de medio de compra internacional en cuanto que el equilibrio tradicional del metabolismo entre diversas naciones queda repentinamente perturbado. Por último, funcionan como materialización absolutamente social de la riqueza cuando no se trata ni de compra ni de pago, sino de transferencia de riqueza de un país a otro, y cuando esa transferencia es imposible en forma de transferencia de mercancías por las coyunturas del mercado de mercancías o por la finalidad que se quiere satisfacer.[110]

Cada país necesita para la circulación en el mercado mundial un fondo de reserva, igual que lo necesita para su circulación interior. Así, pues, las funciones de dinero atesorado brotan en parte de la función de medio interior de circulación y pago que tiene el dinero, y en parte de su función de dinero mundial.[110a] En esta última función se requiere siempre la real mercancía dinero, oro y plata corpóreos,

diferencia de valor entre los metales nobles en cada país.» (N. BARBON, *loc. cit.*, pág. 59.) MACCULLOCH, *The Literature of Political Economy: a classified Catalogue*, Lond. 1845, elogia a Barbon por esa anticipación, pero evita cautamente el mencionar siquiera las formas ingenuas con que aparecen todavía en la obra de Barbon los absurdos presupuestos del «currency principle».*[52] La falta de crítica y la falta, incluso, de honradez de ese catálogo culminan en las secciones sobre historia de la teoría del dinero, porque MacCulloch mueve aquí el rabo como sicofante de Lord Overstone (el ex-banquero Loyd) al que llama «facile princeps argentariorum».*[53]

[110] Por ejemplo: cuando se trata de subsidios, de empréstitos para la guerra o para reanudar pagos en efectivo de los bancos, etc., puede ocurrir que sea imprescindible valor en forma de dinero.

[110a] Nota a la 2.ª edición. «En realidad, la prueba más convincente de que el mecanismo del atesoramiento es capaz de satisfacer, en países que utilizan dinero metálico para sus operaciones internacionales, toda función necesaria en el cumplimiento de obligaciones internacionales —y sin apoyo perceptible de la circulación general— es la facilidad con que Francia, que apenas había empezado a recuperarse de la conmoción producida por una destructora invasión enemiga, realizó en un espacio de 27 meses el pago de la indemnización de guerra de casi 20 millones que le impusieron las potencias aliadas —y en parte considerable en dinero metálico—, sin reducción ni perturbación apreciables de la rotación interior del dinero y sin ninguna oscilación alarmante del curso de su moneda.» (FULLARTON, *loc. cit.*, pág. 141.) {A la 4.ª edición. Tenemos una prueba aún más concluyente de lo mismo en la facilidad con que la misma Francia fue también capaz de enjugar en 30 meses, en 1871-1873, una indemnización de guerra más de diez veces mayor, y también en este caso en dinero metálico, por lo que hace a una parte importante de la deuda. F. E.}

*[52] «Principio del [dinero] circulante»: forma de teoría cuantitativa del dinero apuntada en las dos citas de Ricardo y de Barbon.

*[53] «Evidentemente príncipe de los hombres que se ocupan del dinero.»

razón por la cual James Steuart caracteriza al oro y la plata, a diferencia de sus representantes meramente locales, explícitamnte como money of the world.*[54]

El movimiento del flujo de oro y de plata es doble. Por una parte, partiendo de sus fuentes, inunda todo el mercado mundial, donde las varias esferas nacionales de circulación lo captan en medidas diferentes y él entra en los canales interiores de rotación para sustituir las monedas de oro y plata desgastadas, suministrar el material de mercancías de lujo y cuajarse en forma de tesoros.[111] Este primer movimiento está mediado por el intercambio directo de los trabajos nacionales realizados en las mercancías y el trabajo de los países que producen oro y plata, realizado en los metales nobles. Por otra parte, el oro y la plata oscilan constantemente entre las diferentes esferas de circulación nacionales, en un movimiento que sigue las incesantes oscilaciones de los cambios.[112]

[111] «El dinero se distribuye entre las naciones según sus necesidades... atraído siempre por los productos.» (Le Trosne, *loc. cit.*, pág. 916.) «Las minas que continuamente suministran oro y plata son lo suficientemente productivas como para entregar a cada nación la cantidad necesaria.» (J. Vanderlint, *loc. cit.*, pág. 40.)

[112] «Los cambios suben y bajan cada semana, suben en determinadas épocas del año en perjuicio de una nación y en otras épocas alcanzan la misma altura en favor suyo.» (N. Barbon, *loc. cit.*, pág. 39.)

[113] Esas diferentes funciones pueden entrar en un conflicto peligroso en cuanto que se les añade la función de fondo de conversión de billetes de banco.

[114] «El dinero sobrante respecto del absolutamente necesario para el comercio interior representa capital muerto y no trae ganancia alguna al país que lo posee, salvo que se exporte o se importe.» (John Bellers, *Essays*, etc., pág. 13.) «¿Mas qué ocurre si tenemos demasiado dinero acuñado? Podemos fundir el más pesado y labrar con él magníficas vajillas, vasijas y utensilios de oro y plata; o enviarlo como mercancía adonde haya necesidad y demanda de él; o prestarlo a interés donde se pague un interés elevado.» (W. Petty, *Quantulumcumque*, pág. 39.) «El dinero no es sino la grasa del cuerpo del estado, razón por la cual demasiado de él impide su agilidad, igual que demasiado poco le causa enfermedad... al modo como la grasa hace flexible el movimiento de los músculos, sustituye el alimento que falta, rellena huecos y hermosea el cuerpo, así también el dinero facilita los movimientos del estado, trae alimentos del extranjero cuando en el país hay carestía, salda cuentas... y protege el conjunto; aunque, ciertamente», concluye con ironía, «protege muy particularmente a las personas individuales que tienen mucho de él.» (W. Petty, *Political anatomy of Ireland*, págs. 14, 15.)

---

*[54] Dinero del mundo.

Los países de producción burguesa desarrollada limitan los tesoros masivamente concentrados en los depósitos de los bancos al mínimo exigido por sus funciones específicas.[113] Una plétora llamativa de las reservas atesoradas por encima de su nivel medio indica, con ciertas excepciones, que hay un estancamiento de la circulación de mercancías, o que se ha interrumpido el flujo de las metamorfosis de las mercancías.[114]

SECCIÓN SEGUNDA

LA CONVERSIÓN DE DINERO EN CAPITAL

Capítulo cuarto

CONVERSIÓN DE DINERO EN CAPITAL

1. *La fórmula general del capital*

La circulación de mercancías es el punto de partida del capital. Producción de mercancías y circulación de mercancías desarrollada, comercio, constituyen los presupuestos históricos con los cuales surge el capital. El comercio mundial y el mercado mundial inauguran en el siglo XVI la moderna historia de la vida del capital.

Si prescindimos del contenido material de la circulación de mercancías, del intercambio de diferentes valores de uso, y consideramos sólo las formas económicas engendradas por ese proceso, hallamos como último producto suyo el dinero. Este producto último de la circulación de las mercancías es la primera forma de manifestación del capital.

Históricamente, el capital surge en todas partes frente a la propiedad de la tierra, por de pronto, en la forma de dinero, como riqueza en dinero, capital mercantil y capital usurario.[1] Pero no hace falta ningún vistazo retrospectivo a la génesis histórica del capital para ver que el dinero es su primera forma de aparición. Pues esa misma historia ocurre diariamente ante nuestros ojos. Todo nuevo capital sigue pisando en primera instancia la escena —esto es, el mercado, de mercancías, de trabajo o de dinero— en forma de dinero, dinero que, por determinados procesos, se convertirá en capital.

El dinero en cuanto dinero y el dinero en cuanto capital no se distinguen por de pronto más que por sus diferentes formas de circulación.

[1] La contraposición entre el poder del terrateniente, que descansa en relaciones personales de servidumbre y señorío, y el impersonal poder del dinero se recoge claramente en las dos sentencias francesas «Nulle terre sans seigneur», «L'argent n'a pas de maître».*[55]

*[55] «No hay tierra sin señor». «El dinero no tiene amo».

La forma inmediata de la circulación de mercancías es M — D — M, conversión de mercancía en dinero y reconversión de dinero en mercancía, vender para comprar. Pero junto a esa forma encontramos otra específicamente distinta, la forma D — M — D, conversión de dinero en mercancía y reconversión de mercancía en dinero, comprar para vender. El dinero que describe en su movimiento esta última circulación se convierte en capital, deviene capital, y es ya capital por su determinación.

Examinemos la circulación D — M — D más de cerca. Esta circulación, al igual que la circulación simple de mercancías, recorre dos fases contrapuestas. En la primera fase, D — M, la compra, el dinero se convierte en mercancía. En la segunda fase, M — D, la mercancía se reconvierte en dinero. Mas la unidad de ambas fases es el movimiento total que cambia dinero por mercancía y la misma mercancía luego por dinero, compra mercancía para venderla, o bien, si se pasa por alto las diferencias formales entre compra y venta, compra con el dinero mercancía, y con la mercancía dinero.[2] El resultado en el que se apaga todo el proceso es cambio de dinero por dinero, D — D. Si compro 2.000 libras de algodón por 100 libr. est. y vendo luego las 2.000 libr. de algodón por 110 libr. est., al final he cambiado 100 libr. est. por 110 libr. est., dinero por dinero.

Se ve a primera vista, cierto, que el proceso de circulación D — M — D sería tonto y vacío si por medio de su rodeo se quisiera cambiar un valor dinero por el mismo valor dinero, esto es, por ejemplo, 100 libr. est. por 100 libr. est. Sería incomparablemente más sencillo y seguro el método del atesorador que se aferra a sus 100 libr. est. en vez de entregarlas al peligro de la circulación. Por otra parte, igual si el comerciante vuelve a vender por 110 libr. est. el algodón comprado por 100 libr. est. que si no tiene más remedio que deshacerse de él por las mismas 100 libr. est. o incluso por 50 libr. est., en todo caso, el dinero del mercader ha descrito un movimiento peculiar y original, de muy otra especie que el que describe en la circulación simple de mercancías, por ejemplo, en manos del campesino que vende trigo y con el dinero así obtenido compra ropa. Se trata, pues, de dar ante todo la característica de las diferencias de forma entre los circuitos D — M — D y M — D — M. De ella resultará al mismo tiempo la diferencia de contenido oculta bajo aquellas diferencias de forma.

Veamos primero lo que es común a ambas formas.

[2] «Con dinero se compra mercancías, y con mercancías se compra dinero.» (Mercier de la Rivière, *L'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques,* pág. 543.)

Los dos circuitos se descomponen en las dos mismas fases contrapuestas, M — D, venta, y D — M, compra. En cada una de las dos fases están frente a frente los dos mismos elementos materiales, mercancía y dinero, y dos personas con las mismas máscaras de caracterización económicas, un comprador y un vendedor. Cada uno de los dos circuitos es la unidad de las dos mismas fases contrapuestas, y las dos veces está mediada esa unidad por la presencia de tres contratantes, el uno de los cuales sólo vende, el otro compra sólo, mientras que el tercero compra y vende alternativamente.

Pero lo que diferencia desde el primer momento los dos circuitos M — D — M y D — M — D es el orden de sucesión inverso de las dos mismas fases contrapuestas de la circulación. La circulación simple de mercancías empieza con la venta y termina con la compra; la circulación del dinero en cuanto capital empieza con la compra y termina con la venta. En el primer caso el punto de partida y el punto final del movimiento es la mercancía, en el segundo lo es el dinero. En la primera forma el dinero media el decurso total, en la segunda, a la inversa, lo media la mercancía.

En la circulación M — D — M el dinero se convierte al final en mercancía que sirve de valor de uso. El dinero se gasta, pues definitivamente. En la forma inversa, D — M — D, en cambio, el comprador gasta dinero para cobrarlo como vendedor. Al comprar la mercancía echa dinero a la circulación para retirarlo luego de ella mediante la venta de la misma mercancía. No suelta el dinero más que con la segunda intención de volver a hacerse con él. Por lo tanto, el dinero es sólo adelantado.[3]

En la forma M — D — M una misma pieza de dinero cambia dos veces de lugar. El vendedor la recibe del comprador y la paga luego a otro vendedor. El proceso total, que empieza con el cobro de dinero por mercancía, termina con la entrega de dinero por mercancía. Al revés en la forma D — M — D. En este caso lo que cambia dos veces de lugar no es la misma pieza de dinero, sino la misma mercancía. El comprador la recibe de manos del vendedor y la entrega a otro comprador. Y así como en la circulación simple de mercancías el doble cambio de lugar de una misma pieza de dinero produce su paso definitivo de una mano a otra, así también en este caso el doble

[3] «Cuando se compra una cosa para revenderla de nuevo, la suma aplicada a eso se llama dinero adelantado; cuando se compra para no venderla de nuevo, se puede decir que la suma es dinero gastado.» (James Steuart, *Works,* etc., edited by General Sir James Steuart, his son, Lond. 1805, v. I, pág. 274.)

cambio de lugar de una misma mercancía obra el reflujo del dinero a su primer punto de partida.

El reflujo del dinero a su punto de partida no depende de que la mercancía sea o no vendida más cara de como fue comprada. Esa circunstancia influye sólo en la magnitud de la suma de dinero que refluye. El fenómeno mismo del reflujo ocurre en cuanto que la mercancía comprada se vende de nuevo, o sea, en cuanto que queda completamente descrito el circuito D — M — D. Aquí hay, pues, una diferencia materialmente perceptible entre la circulación del dinero como capital y su circulación como simple dinero.

El circuito M — D — M queda totalmente recorrido cuando la venta de una mercancía aporta dinero que se lleva de nuevo la compra de otra mercancía. Si a pesar de ello hay un reflujo del dinero a su punto de partida, tiene que ser por la renovación o la repetición de todo el curso. Si vendo un quarter de trigo por 3 libr. est. y luego compro ropas con esas 3 libr. est., las 3 libr. est. están, por lo que a mí hace, definitivamente gastadas. Ya no tengo nada que ver con ellas. Son del vendedor de ropas. Si vendo ahora otro quarter de trigo, refluirá dinero hacia mí, pero no a consecuencia de la primera transacción, sino sólo a consecuencia de su repetición. El dinero se aleja de nuevo de mí en cuanto que concluyo la segunda transacción y vuelvo a comprar. Así, pues, en la circulación M — D — M el gasto del dinero no tiene nada que ver con su reflujo. En cambio, en D — M — D el reflujo del dinero está él mismo condicionado por el modo de su gasto. Sin ese reflujo la operación fracasa, el proceso queda interrumpido sin terminarse todavía, porque falta su segunda fase, la venta que completa y concluye la compra.

El circuito M — D — M parte del extremo que es una mercancía y concluye con el extremo que es otra mercancía, la cual sale de la circulación y revierte al consumo. Por lo tanto, su finalidad última es el consumo, la satisfacción de necesidades, con una palabra, el valor de uso. El circuito D — M — D, por el contrario, parte del extremo que es el dinero y vuelve al final al mismo extremo. Su motivo impulsor y finalidad determinante es, por lo tanto, el valor de cambio mismo.

En la circulación simple de mercancías los dos extremos tienen la misma forma económica. Ambos son mercancías. Y son además mercancías de la misma magnitud de valor. Pero son valores de uso cualitativamente diferentes, por ejemplo, trigo y vestidos. El intercambio de productos, el cambio de las diferentes materias en las que se representa el trabajo social, constituye aquí el contenido del movimiento.

Cosa diferente en la circulación D — M — D. A primera vista parece sin contenido, por tautológica. Los dos extremos tienen la misma forma económica. Son ambos dinero, o sea, no son valores de uso cualitativamente distintos, pues el dinero es precisamente la figura transformada de las mercancías en la que se borran los particulares valores de uso de éstas. Cambiar primero 100 libr. est. por algodón y luego ese mismo algodón por 100 libr. est., o sea, dinero por dinero a través de un rodeo, lo mismo por lo mismo, parece una operación tan desprovista de finalidad como de sentido.[4] Una suma de dinero no se puede distinguir de otra suma de dinero más que por su magnitud. El proceso D — M — D no debe, pues, su contenido a ninguna diferencia cualitativa entre sus extremos, que son ambos dinero, sino sólo a su diversidad cuantitativa. Al final se sustrae a la circulación más dinero que el que inicialmente se lanzó a ella. El algodón comprado por 100 libr. est. se vuelve a vender, por ejemplo, a 100+10 libr. est., o sea, a 110 libr. est. Por ello la forma perfecta de este proceso es D — M — D′, con D′ = D + Δ D, o sea, igual a la suma de dinero primero anticipada más un incremento. Llamo plusvalía (surplus value) a este incremento, o exceso respecto del valor inicial. El valor inicialmente adelantado no sólo se mantiene, por lo tanto, en la circulación, sino que altera en ella su magnitud, asimila una plusvalía, se valoriza. Y ese movimiento lo convierte en capital.

[4] «No se cambia dinero por dinero», exclama Mercier de la Rivière dirigiéndose a los mercantilistas (*loc. cit.*, pág. 486). Se lee en una obra que trata ex professo del «comercio» y de la «especulación»: «Todo comercio consiste en el intercambio de cosas de especies diferentes; y la ventaja» (¿para el comerciante?) «brota precisamente de esa diferencia. Cambiar una libra de pan por una libra de pan no produciría ninguna ventaja ... a lo que se debe el favorable contraste del comercio con el juego, el cual es sólo cambio de dinero por dinero.» (Th. Corbet, *An Inquiry into the Causes and Modes of the Wealth of the Individuals; or the Principles of Trade and Speculation explained,* London 1841, pág. 5.) Aunque Corbet no nota que D-D, cambiar dinero por dinero, es la forma de circulación característica no sólo del capital mercantil, sino de todo capital, al menos reconoce que esa forma es común a un tipo de comercio, la especulación, y al juego; pero luego viene MacCulloch y descubre que comprar para vender es especular, y así se derrumba la diferencia entre especulación y comercio. «Todo negocio en el que una persona compra un producto para volver a venderlo es de hecho una especulación.» (MacCulloch, *A Dictionary, practical, etc., of Commerce,* London 1847, pág. 1009.) Incomparablemente más ingenuo es Pinto, el Píndaro de la bolsa de Amsterdam: «El comercio es un juego» (frase tomada de Locke) «y no se puede ganar nada de mendigos. Si al cabo de mucho tiempo se hubiera tomado todo a todos, habría que devolver, en bondadosa concordia, la mayor parte de la ganancia para volver a empezar el juego.» (Pinto, *Traité de la Circulation et du Crédit,* Amsterdam 1771, pág. 231.)

También es posible, ciertamente, que en M — D — M los dos extremos M y M —por ejemplo, trigo y vestidos— sean magnitudes de valor cuantitativamente diferentes. El campesino puede vender su trigo por encima de su valor, o comprar la ropa por debajo del de ésta. También puede ser estafado por el vendedor de ropas. Pero esa diferencia de valores es puramente casual para esta forma de circulación. Ésta no pierde redondamente sentido y sensatez, como lo pierde el proceso D — M — D, si los dos extremos —trigo y vestidos, por ejemplo— son equivalentes. Por el contrario, que valgan igual es aquí condición del decurso normal.

La repetición o renovación de la venta para comprar tiene su medida y su fin —como el proceso mismo— en una finalidad última que se encuentra fuera de ella, a saber, el consumo, la satisfacción de determinadas necesidades. En la compra para la venta, por el contrario, el comienzo y el final son lo mismo, dinero, valor de cambio, y ya por eso mismo el movimiento no tiene fin. Es verdad que D se ha convertido en D+ Δ D, 100 libr. est. en 100+10. Pero, consideradas desde un punto de vista puramente cualitativo, 110 libr. est. son lo mismo que 100 libr. est., a saber, dinero. Y, consideradas cuantitativamente, 110 libr. est. son una suma limitada de valor, igual que 100 libr. est. Si las 110 libr. est. se gastaran ahora como dinero, abandonarían su papel. Dejarían de ser capital. Sustraídas a la circulación, se fosilizan para convertirse en tesoro y no les crece ni un farthing aunque sigan estando almacenadas hasta el día del Juicio Final. Si se trata, pues, de la valorización del valor,*[56] entonces hay la misma necesidad para la valorización de 110 libr. est. que para la de 100 libr. est., pues ambas sumas son expresiones limitadas del valor de cambio, esto es, ambas

*[56] En esta cargada expresión —«valorización del valor»— queda muy de manifiesto que el término de Marx 'valorización' *(Verwertung)* es propiamente un término técnico de su crítica de la economía política. Tanto '*Verwertung*' cuanto su traducción 'valorización' son, ciertamente, términos del alemán o del castellano comunes. En castellano, valorizar es «aumentar la utilidad o el precio de una cosa». En alemán, *verwerten* es, en la acepción más usual, «utilizar» y, en otras también muy frecuentes, «aprovechar, hacer valer». El sentido del término marxiano es próximo al de esos usos comunes en alemán o en castellano, pero con un matiz importante: con 'valorizar' Marx dice hacer valer o aumentar en el sentido de conseguir expansión de un valor. Pero si ese sentido está relativamente cerca de usos comunes del lenguaje, en cambio, no se suele encontrar en el vocabulario económico no-marxista. El propio Roy no se atrevió a reproducir sistemáticamente en su traducción francesa la dureza de acusativo interno de «valorizar el valor». Entre los muchos méritos de Wenceslao Roces hay que contar su uso sistemático y fundado, desde su edición de 1934, de esa traducción que recoge un modo de pensar típico de la crítica marxista de la economía política.

tienen la misma vocación: acercarse a la riqueza como tal mediante la expansión de su magnitud. Es verdad que, por un momento, el valor inicialmente anticipado, las 100 libr. est., se distingue de la plusvalía de 10 libr. est. que le crece en la circulación; pero esa diferencia se disipa inmediatamente después. Al final del proceso no sale por un lado el valor originario de 100 libr. est. y por el otro lado la plusvalía de 10 libr. est. Lo que resulta es un valor de 110 libr. est. que se encuentra exactamente en la misma forma, adecuada para empezar el proceso de valorización, que tenían las primeras 100 libras est. Al final del movimiento sale a la luz dinero, igual que a su comienzo.[5] Por lo tanto, el final de cada circuito particular en que se realiza compra para la venta constituye por sí mismo el principio de un nuevo circuito. La circulación simple de mercancías —la venta para la compra— sirve de medio de un fin último situado fuera de la circulación, el cual es la apropiación de valores de uso, la satisfacción de necesidades. La circulación del dinero en cuanto capital es, por el contrario, fin de sí misma, pues la valorización del valor no existe más que dentro de ese movimiento constantemente renovado. Por eso el movimiento del capital es desmedido.[6]

[5] «El capital se divide ... en capital inicial y ganancia, aumento del capital ... aunque la misma práctica añade inmediatamente esa ganancia al capital y la pone en movimiento con éste.» (F. ENGELS, *Umrisse zu einer Kritik der Nationalökonomie* [Esbozo de una crítica de la economía política], en *Deutsch-Französische Jahrbücher*, eds. por Arnold Ruge y Karl Marx, Paris 1844, pág. 99 [OME 4].)

[6] Aristóteles contrapone la económica a la crematística. Parte de la económica. En la medida en que es un arte de adquirir, se limita a la adquisición de los bienes necesarios para la vida y útiles para la casa o el estado. «La riqueza verdadera (ὁ ἀληθινὸς πλοῦτος) consta de esos bienes; pues la medida de esta especie de posesión que basta para una vida buena no es ilimitada. Pero hay otra clase de arte de adquirir, que se llama generalmente y con razón crematística, para lo cual no parecen existir límites de la riqueza y la posesión. El comercio de mercancías ("ἡ καπηλικὴ") significa literalmente tráfico mínimo al por menor, y Aristóteles toma esa forma porque en ella predomina el valor de uso) no pertenece, por su naturaleza, a la crematística, pues en él el intercambio se refiere sólo a lo necesario para ellos mismos (comprador y vendedor).» Por eso, sigue diciendo Aristóteles, la forma originaria del tráfico de mercancías fue el trueque, pero al ampliarse nació inevitablemente el dinero. Al inventarse el dinero, el trueque se tuvo por fuerza que desarrollar hasta ser καπηλικὴ, tráfico de mercancías, y éste, en contradicción con su tendencia originaria, se configura como crematística, como arte de hacer dinero. Ahora bien: la crematística se diferencia de la económica por el hecho de que «para ella la circulación es la fuente de la riqueza (ποιητικὴ χρημάτων ... διὰ χρημάτων μεταβολῆς). Y parece girar en torno del dinero, pues el dinero es el comienzo y el final de ese tipo de intercambio

El poseedor de dinero es capitalista en cuanto es portador consciente de ese movimiento. Su persona o, por mejor decir, su bolsillo es el punto de partida y el punto de regreso del dinero. El contenido objetivo de esa circulación —la valorización del valor— es su finalidad subjetiva, y el individuo no funciona como capitalista, como capital personificado, dotado de voluntad y consciencia, más que en la medida en que el único motivo impulsor de sus operaciones es la creciente apropiación de la riqueza abstracta. Así, pues, el valor de uso no se debe tratar nunca como finalidad inmediata del capitalista.[7] Tampoco cada ganancia particular, sino el movimiento incesante del ganar.[8] Este impulso absoluto al enriquecimiento, esta apasionada caza del valor[9] es común al capitalista y al atesorador, pero mientras que el atesorador no pasa de ser un capitalista necio, el capitalista es el atesorador racional. El incesante aumento del valor a que aspira el atesorador intentando salvar el dinero de la circulación[10] lo consigue el capitalis-

(τὸ γὰρ νόμισμα στοιχεῖον καὶ πέρας τῆς ἀλλαγῆς ἐστίν). Por eso la riqueza a que aspira la crematística es ilimitada. Pues, al igual que todo arte para el cual su fin no es medio, sino fin último, es ilimitado en su aspiración, pues siempre intenta acercarse más a él, mientras que las artes que sólo tienen por finalidad medios no son ilimitadas, pues el mismo fin les pone límites, así tampoco esta crematística tiene límites de su fin, sino que su fin es el enriquecimiento absoluto. La económica tiene un límite, no la crematística ... la primera aspira a algo diferente del dinero mismo, la otra el aumento de éste... La confusión de ambas formas, que penetran una en otra, hace que algunos consideren como fin último de la económica la conservación y el aumento del dinero hasta lo infinito.» (ARISTÓTELES, *De Rep.*, edit. Bekker, lib. I, c. 8 y 9 passim.)

[7] «Las mercancías» (aquí en el sentido de valores de uso) «no son el fin último del capitalista que comercia ... su fin último es el dinero.» (TH. CHALMERS, *On Politic. Econ.* etc., 2nd ed. Glasgow 1832, págs. 165, 166.)

[8] «Aunque el comerciante no desprecia la ganancia ya conseguida, sin embargo, su mirada se dirige siempre a la ganancia futura.» (A. GENOVESI, *Lezioni di Economia Civile* (1765, ed. de los economistas italianos por Custodi, Parte Moderna, t. VIII, pág. 139.)

[9] «La inextinguible pasión de la ganancia, la auri sacra fanes *[57] mueve siempre al capitalista.» (MACCULLOCH, *The Principles of Polit. Econ.*, London 1830, pág. 179.) Esa percepción no impide, naturalmente, al mismo MacCulloch y a sus semejantes, cuando se encuentran en dificultades teóricas —por ejemplo, al tratar la sobreproducción—, convertir al mismo capitalista en un buen ciudadano que sólo se interesa por el valor de uso y llega a tener incluso un hambre canina de botas, sombreros, huevos, estampados y otras especies muy familiares de valor de uso.

[10] "Σώζειν" es una de las expresiones características con que los griegos

*[57] Sagrada hambre de oro.

ta, más listo, entregando ese dinero una y otra vez a la circulación.[10a]

Las formas autónomas, las formas de dinero que toma el valor de las mercancías en la circulación simple, se limitan a mediar el intercambio de mercancías y desaparecen en el resultado final del movimiento. En cambio, en la circulación D — M — D ambos, la mercancía y el dinero, funcionan sólo como modos diferentes de existencia del valor mismo: el dinero es su modo de existencia general, la mercancía su modo de existencia particular, simplemente disfrazada, por así decirlo.[11] El valor pasa constantemente de una forma a otra sin perderse en ese movimiento, y se transforma así en un sujeto automático. Si se fijan las particulares formas de manifestación que el valor en valorización toma alternativamente en el circuito de su vida, se obtiene estas explicaciones: el capital es dinero, el capital es mercancía.[12] Pero en realidad el valor se hace aquí sujeto de un proceso en el cual, sometido al cambio constante de las formas de dinero y mercancía, altera su propia magnitud, se desprende, como plusvalía, de sí mismo como valor inicial, se valoriza a sí mismo. Pues el movimiento en el cual echa plusvalía es movimiento propio suyo, y valorización es, por lo tanto, autovalorización. El valor posee la oculta cualidad de engordar en valor porque es valor. Pare retoños vivos, o, por lo menos, pone huevos de oro.

Como sujeto dominante y abarcante de ese proceso en el que ahora toma la forma dinero y la forma mercancía, ahora las abandona, pero manteniéndose y estirándose en ese cambio, el valor necesita ante todo una forma autónoma mediante la cual se comprueba su identidad consigo mismo. Sólo en el dinero tiene esa forma. El dinero constituye, consiguientemente, el punto de partida y el punto final de todo proceso de valorización. Era 100 libr. est., ahora es 110 libr. est., etc. Pero el dinero mismo no vale aquí sino como una forma del valor, pues tiene dos de ellas. El dinero no se hace capital si no asume la forma mercancía. Aquí, pues, el dinero no se enfrenta polémicamente con la

designan el atesorar. Exactamente igual «to save» significa a la vez salvar y ahorrar.

[10a] «La infinitud de que carecen las cosas en su duración rectilínea la tienen en su circulación.» (GALIANI, [*loc. cit.*, pág. 156].)

[11] «Lo que constituye el capital no es la materia, sino el valor de esas materias.» (J. B. SAY, *Traité d'Écon. Polit.*, 3ème. éd., Paris 1817, t. II, pág. 429.)

[12] «El medio de circulación (!) utilizado para fines productivos es capital.» (MACLEOD, *The Theory and Practice of Banking*, London 1885, vol. I, cap. 1, pág. 55.) «Capital es igual a mercancías.» (JAMES MILL, *Elements of Pol. Econ.*, Lond. 1821, pág. 74.)

mercancía, como en el atesoramiento. El capitalista sabe que todas las mercancías, por andrajoso que sea su aspecto o por mal que huelan, son, en fe y en verdad, dinero, judíos íntimamente circuncidados y, encima de eso, medios milagrosos para hacer de dinero más dinero.

Mientras que en la circulación simple el valor de las mercancías toma a lo sumo, frente a su valor de uso, la forma autónoma de dinero, aquí el valor se presenta repentinamente como sustancia en proceso y motora de sí misma, para la cual ni la mercancía ni el dinero son más que meras formas. Y aun más. En vez de representar relaciones entre mercancías, el valor entra ahora, por así decirlo, en una relación privada consigo mismo. Como valor inicial se distingue de sí mismo como plusvalía igual que Dios Padre de sí mismo como Dios Hijo, y ambos son de la misma edad y forman de hecho sólo una persona, pues sólo gracias a la plusvalía de 10 libr. est. llegan a ser capital las 100 libr. est. adelantadas, y en cuanto que han llegado a serlo, en cuanto que el Hijo está engendrado, y por el Hijo el Padre, desaparece su diferencia y vuelven a ser ambos Uno, 110 libr. est.

Así el valor se hace valor en proceso, dinero en proceso y, en esa condición, capital. Procede de la circulación, vuelve a ella, se conserva y se multiplica en ella, vuelve crecido de ella y vuelve a empezar constantemente ese mismo circuito.[13] D — D′, dinero que cría dinero, money which begets money: ésa es la descripción del capital por boca de sus primeros intérpretes, los mercantilistas.

Comprar para vender, o, dicho más completamente, comprar para vender más caro, D — M — D′, parece, ciertamente, forma peculiar sólo de una especie de capital, el capital del comerciante. Pero también el capital industrial es dinero que se transforma en mercancía y que, mediante la venta de la mercancía, se retransforma en más dinero. Los actos que pueden ocurrir entre la compra y la venta fuera de la esfera de la circulación no alteran en nada esta forma de movimiento. Por último, en el capital que devenga interés la circulación D — M — D′ se representa resumida en su resultado y sin la mediación, en estilo lapidario, por así decirlo, como D — D′, como dinero que es al mismo tiempo más dinero, valor que es mayor que sí mismo.

De hecho, pues, D — M — D′ es la forma general del capital tal como aparece de modo inmediato en la esfera de la circulación.

[13] «Capital ... valor que se multiplica a sí mismo permanentemente.» (SISMONDI, *Nouveaux Principes d'Écon. Polit.*, t. I. pág. 89.)

2. *Contradicciones de la fórmula general*

La forma de circulación en la que el dinero resulta ser capital está en contradicción con todas las leyes antes expuestas acerca de la naturaleza de la mercancía, del dinero y de la misma circulación. Lo que la distingue de la circulación simple de mercancías es la inversión de la sucesión de los dos mismos procesos contrapuestos, la venta y la compra. ¿Pero cómo va a invertir por arte de magia esa diferencia puramente formal la naturaleza de estos procesos?

Aun más. La inversión no se da más que para una de las tres personas que negocian entre ellas. Yo en cuanto capitalista compro mercancía de A y se la vendo a B, mientras que si soy simple poseedor de mercancías vendo mercancía a B y luego compro mercancía a A. La diferencia no existe para los participantes A y B. Ellos no aparecen más que como comprador o vendedor de mercancías. Y yo mismo me presento cada vez a ellos como simple poseedor de dinero o poseedor de mercancías, como comprador o vendedor; y, para mayor precisión, en las dos sucesiones me presento a una persona sólo como comprador y a la otra sólo como vendedor, a la una sólo como dinero, y a la otra sólo como mercancía, y a ninguna de las dos como capital o capitalista, ni como representante de nada que sea más que dinero o mercancía o pueda tener otro efecto aparte del de dinero o de la mercancía. Para mí la compra a A y la venta a B constituyen una sucesión. Pero la conexión entre esos dos actos no existe más que para mí. No le importa nada a A mi transacción con B, ni a B mi transacción con A. Si, por ejemplo, yo me propusiera aclararles el particular mérito que tengo por la inversión de la sucesión de operaciones, ellos me probarían que me equivoco en cuanto a la sucesión misma, y que la transacción global no empezó por una compra para terminar por una venta, sino que, a la inversa, empezó con una venta y se concluyó con una compra. Y no satisfechos con eso, A y B declararán que toda la sucesión es superflua y mero birlibirloque. A venderá la mercancía directamente a B, y B la comprará directamente a A. Con eso toda la transacción se contrae a un acto unilateral de la corriente circulación de mercancías, mera venta desde el punto de vista de A y mera compra desde el de B. Por lo tanto, la inversión de la sucesión no nos ha sacado de la esfera de la circulación simple de mercancías; consiguientemente, lo que tenemos que mirar es si esta circulación permite por su naturaleza la valorización de los valores que entran en ella y, por lo tanto, la formación de plusvalía.

Tomemos el proceso de circulación en una forma en la que se presenta como mero intercambio de mercancías. Esto ocurre siempre que los dos poseedores de mercancías se compran mercancías recíprocamente y el día de pago sus respectivas reivindicaciones de dinero resultan compensarse exactamente. El dinero es aquí dinero contable para expresar los valores de las mercancías según sus precios, pero no se presenta corpóreamente frente a las mercancías. Por lo que hace al valor de uso, está claro que los dos sujetos del cambio pueden salir ganando. Ambos enajenan mercancías que les son inútiles como valores de uso y reciben mercancías que necesitan para el uso. Y es posible que esa utilidad no sea la única. A, que vende vino y compra cereales, produce tal vez más vino del que podría producir en el mismo tiempo de trabajo el campesino cerealista B, y éste acaso más trigo del que en el mismo tiempo de trabajo podría producir el vitícultor A. Por lo tanto, A obtiene por el mismo valor de cambio más cereal y B más vino que lo que cada uno de ellos podría producir para sí mismo si se viera obligado a ello por no haber intercambio. Por lo tanto, respecto del valor de uso se puede decir que «el intercambio es una transacción en la cual las dos partes ganan».[14] La cosa es diferente por lo que hace al valor de cambio.

«Un hombre que posee mucho vino y no posee nada de cereal negocia con un hombre que posee mucho cereal y nada de vino, y entre ellos intercambian trigo por valor de 50 a cambio de un valor de 50 en vino. Ese intercambio no es ningún aumento de valor de cambio ni para el uno ni para el otro; pues ya antes del intercambio poseía cada uno de ellos un valor igual al que se ha procurado por medio de esta operación.» [15]

La situación no se altera por el hecho de que el dinero aparezca como medio de circulación entre las mercancías y los actos de la compra y de la venta se separen materialmente.[16] El valor de las mercancías está representado en sus precios antes de que ellas entren en la circulación, o sea, es presupuesto de ésta, no resultado suyo.[17]

Considerada abstractamente la circulación simple de mercancías —o

[14] «L'échange est une transaction admirable dans laquelle les deux contractants gagnent toujours» (!) (Destutt de Tracy, *Traité de la Volonté et de ses effets,* Paris 1826, pág. 68.) Es el mismo libro que apareció con el título de *Traité d'Éc. Pol.*

[15] Mercier de la Rivière, *loc. cit.,* pág. 544.

[16] «Nada tan indiferente como la cuestión de si uno de esos dos valores es dinero o ambos son mercancías corrientes.» (Mercier de la Rivière, *loc. cit.,* pág. 543.)

[17] «Las partes contratantes no deciden del valor; el valor está ya fijado antes del acuerdo.» (Le Trosne, *loc. cit.,* pág. 906.)

sea, prescindiendo de circunstancias no dimanantes de sus leyes inmanentes—, lo único que ocurre en ella, aparte de la sustitución de un valor de uso por otro, es una metamorfosis, un mero cambio de forma de la mercancía. Un mismo valor, esto es, la misma cantidad de trabajo social objetivado, permanece en manos de un mismo poseedor de mercancías, primero en la figura de su mercancía, luego en la del dinero en el que se ha convertido, y por último en la de la mercancía en la que se ha reconvertido ese dinero. Este cambio de forma no implica ninguna alteración de la magnitud de valor. Pero el cambio que atraviesa el valor mismo de la mercancía en ese proceso se limita a un cambio de su forma dinero. Esta forma existe primero como precio de la mercancía ofrecida en venta, luego como suma de dinero que ya estaba expresa en el precio, y finalmente como precio de una mercancía equivalente. Por sí mismo, este cambio de forma no implica en absoluto ninguna alteración de la magnitud de valor, como tampoco la implicaría el cambio de un billete de cinco libras por sovereigns, medios sovereigns y chelines.

Así, pues, en la medida en que la circulación de la mercancía condiciona sólo un cambio de forma de su valor, condiciona también, si el fenómeno se desarrolla en su pureza, intercambio de equivalentes. Por eso la misma economía vulgar, aun comprendiendo muy poco qué es el valor, supone, siempre que a su manera se propone contemplar el fenómeno en su pureza, que la demanda y la oferta coinciden, esto es, que sus efectos se anulan. Así, pues, mientras que respecto del valor de uso ambos agentes del cambio pueden ganar, no pueden ganar los dos en cuanto al valor de cambio. Respecto de éste vale más bien el dicho «donde hay igualdad no hay ganancia».[18] Se puede, ciertamente, vender mercancías a precios que difieren de sus valores, pero esa desviación aparece como una violación de la ley del intercambio de mercancías.[19] Éste es, en su forma pura, un intercambio de equivalentes, y, por lo tanto, no un medio de enriquecerse en valor.[20]

Por eso los intentos de presentar la circulación de mercancías como

[18] «Dove è egualità non è lucro.» (Galiani, *Della Moneta,* en Custodi, Parte Moderna, t. IV, pág. 244.)

[19] «El intercambio se hace desfavorable para una de las dos partes cuando alguna circunstancia ajena disminuye o eleva el precio; entonces se lesiona la igualdad; pero esa violación es producto de aquellas causas, no del intercambio.» (Le Trosne, *loc. cit.,* pág. 904.)

[20] «El intercambio es por su naturaleza un contrato basado en la igualdad, esto es, un contrato que se concierta entre dos valores iguales. No es, pues, ningún medio de enriquecerse, ya que se da tanto cuanto se recibe.» (Le Trosne, *loc. cit.,* págs. 903 904.)

fuente de plusvalía suelen esconder un quidproquo, una confusión de valor de uso con valor de cambio. Así le ocurre, por ejemplo, a Condillac:

«Es falso que en el intercambio de mercancías se cambie valor igual por valor igual. Cada uno de los dos contratantes da siempre un valor menor por un valor mayor... En efecto, si se cambiaran siempre valores iguales, no habría ganancia posible para ninguno de los contratantes. Pero ambos ganan, o tienen que ganar. ¿Por qué? El valor de las cosas consiste exclusivamente en su relación con nuestras necesidades. Lo que para el uno es más, es para el otro menos, y viceversa... No se presupone que ofrezcamos en venta cosas imprescindibles para nuestro consumo... Queremos prescindir de una cosa inútil para nosotros con objeto de conseguir otra que nos es necesaria; queremos dar menos por más... Era natural que se pensara que en el intercambio se da un valor por otro igual, puesto que cada una de las cosas intercambiadas valía la misma cantidad de dinero... Pero hay que tener en cuenta otra consideración; hay que preguntarse si los dos cambiamos un exceso por algo necesario.» [21]

Ya se ve que Condillac no sólo confunde el valor de uso con el valor de cambio, sino que, además, atribuye, con verdadera puerilidad, a una sociedad de producción mercantil desarrollada una situación en la cual el productor produce él mismo sus medios de subsistencia y sólo arroja a la circulación el sobrante de su propia necesidad, el excedente.[22] Pese a ello, los economistas modernos repiten frecuentemente el argumento de Condillac, sobre todo cuando se trata de presentar la figura desarrollada del intercambio de mercancías —el comercio— como algo que produce plusvalía.

«El comercio», se lee, por ejemplo, «añade valor a los productos, pues unos mismos productos tienen más valor en manos de los consumidores que en manos de los productores, y, por lo tanto, hay que considerarlo estrictamente (strictly) como un acto de producción.» [23]

Pero las mercancías no se pagan dos veces, una vez su valor de uso y otra su valor. Y si el valor de uso de la mercancía es más útil

[21] Condillac, *Le Commerce et le Gouvernement* (1776). Édit. Daire et Molinari en los *Mélanges d'Économie Politique,* Paris 1847, págs. 267, 291.

[22] Por eso Le Trosne contesta muy acertadamente a su amigo Condillac: «En una sociedad formada no hay nada superfluo.» Al mismo tiempo ironiza sobre Condillac con esta glosa: «si los dos que intercambian reciben un mismo más por un mismo menos, reciben los dos lo mismo». Precisamente porque Condillac no tenía ni la menor noción de la naturaleza del valor de cambio es la autoridad que le conviene al señor prof. Wilhelm Roscher para sus propios conceptos pueriles. Véase su obra *Die Grundlagen der Nationalökonomie,* tercera edición, 1858.

[23] S. P. Newman, *Elements of Polit. Econ.,* Andover and New York 1835, pág. 175.

al comprador que al vendedor, entonces su forma dinero es más útil al vendedor que al comprador. ¿La vendería en otro caso? Y así se podría decir con la misma razón que el comprador realiza estrictamente (strictly) un «acto de producción» al transformar, por ejemplo, en dinero las medias del comerciante.

Si se intercambian mercancías, o mercancías y dinero, del mismo valor de cambio, o sea, equivalentes, entonces es manifiesto que nadie extrae de la circulación más valor del que lanza a ella. Y entonces no hay ninguna formación de plusvalía. Pero en su forma pura el proceso de circulación de las mercancías determina intercambio de equivalentes. En la realidad, sin embargo, las cosas no proceden puramente. Supongamos, pues, intercambio de no-equivalentes.

En cualquier caso, en el mercado se enfrentan sólo poseedores de mercancías con poseedores de mercancías, y el poder que esas personas ejercen unas sobre otras es sólo el poder de sus mercancías. El motivo material del cambio es la diversidad material de las mercancías, que hace a los poseedores de mercancías recíprocamente dependientes porque ninguno de ellos tiene en sus manos el objeto de su propia necesidad, y cada uno de ellos tiene, en cambio, el objeto de la necesidad del otro. Aparte de esa diversidad material de sus valores de uso no hay más que una diferencia entre las mercancías: la diferencia entre su forma natural y su forma transformada, entre mercancía y dinero. Y así los poseedores de mercancías se distinguen sólo en vendedores —poseedores de mercancía— y compradores —poseedores de dinero—.

Supongamos que, por algún privilegio inexplicable, sea dado al vendedor el vender la mercancía por encima de su valor, a 110 si vale 100, o sea, con un aumento nominal de precio del 10 %. El vendedor ingresa, pues, una plusvalía de 10. Pero luego de haber sido vendedor pasa a ser comprador. Ahora un tercer poseedor de mercancías se encuentra con él como vendedor y goza, a su vez, del privilegio de vender la mercancía con un encarecimiento del 10 %. Nuestro hombre ha ganado como vendedor 10, para perder 10 en cuanto comprador.[24] El resultado se reduce de hecho a que todos los poseedores de mercancías se venden sus mercancías un 10 % por encima del valor, lo cual es exactamente lo mismo que si se vendieran las mercancías por sus valores. Este aumento nominal general del precio de las mercancías

[24] «Los vendedores no se hacen más ricos ... por una subida del valor nominal del producto ... puesto que vuelven a gastar en su cualidad de compradores exactamente lo mismo que ganan como vendedores.» ([J. Gray,] *The Essential Principles of the Wealth of Nattions* etc., London 1797, pág. 66.)

tiene el mismo efecto que si los valores de las mercancías pasaran, por ejemplo, de estimarse en oro a estimarse en plata. Los nombres en dinero, esto es, los precios de las mercancías, se hincharían, pero sus relaciones de valor permanecerían inalteradas.

Supongamos, a la inversa, que el comprador tenga el privilegio de comprar mercancías por debajo de su valor. Aquí ni siquiera hace falta recordar que el comprador es a su vez vendedor. Pues fue vendedor antes de ser comprador. Ha perdido ya 10 % como vendedor antes de ganar 10 % como comprador.[25] Toda queda igual que antes.

La formación de plusvalía y, consiguientemente, la transformación de dinero en capital no se puede, por lo tanto, explicar por el hecho de que los vendedores vendan las mercancías por encima de su valor ni por el hecho de que los compradores las compren por debajo de su valor.[26]

El problema no se simplifica en nada metiendo en él de contrabando relaciones exteriores, como hace el coronel Torrens al decir:

«La demanda efectiva consiste en la capacidad y la inclinación (!) de los consumidores a dar por mercancías —a través del intercambio inmediato o de intercambio mediado— cierta porción de todos los ingredientes del capital mayor que la que cuesta la producción de aquéllas.»[27]

En la circulación productores y consumidores se enfrentan sólo como vendedores y compradores. Afirmar que la plusvalía para el productor procede de que los consumidores pagan la mercancía por encima de su valor significa simplemente enmascarar la sencilla frase siguiente: el poseedor de mercancías tiene como vendedor el privilegio de vender demasiado caro. El vendedor ha producido la mercancía él mismo o representa a su productor; pero también el comprador ha producido él mismo la mercancía representada en su dinero, o representa a su productor. Así, pues, es un productor el que se enfrente a otro productor. Lo que los distingue es que el uno compra y el otro

[25] «Si hay que vender por 18 livres una cantidad de un producto determinado que vale 24 livres, cuando se utilice la misma suma de dinero para comprar se obtendrá por 18 livres de nuevo tanto como por 24 livres.» (Le Trosne, *loc. cit.*, pág. 897.)

[26] «Por eso corrientemente ningún vendedor puede subir el precio de sus mercancías sin tener que pagar análogamente demasiado caras las mercancías de los demás vendedores; y por la misma causa ningún consumidor puede habitualmente comprar más barato sin tener que rebajar igualmente el precio de las mercancías que vende.» (Mercier de la Rivière, *loc. cit.*, pág. 555.)

[27] R. Torrens, *An Essay on the Production of Wealth*, London 1821, pág. 349.

vende. Y no nos hará adelantar ni un paso el hecho de que el poseedor de mercancías, bajo el nombre de productor, venda la mercancía por encima de su valor y, bajo el nombre de consumidor, pague mercancía demasiado cara.[28]

Los representantes consecuentes de la ilusión de que la plusvalía nace de un sobreprecio nominal, esto es, del privilegio que tendría el vendedor de vender la mercancía demasiado cara, suponen, por lo tanto, una clase que compra sólo, sin vender, y que, consiguientemente, sólo consume, sin producir. La existencia de una clase semejante es todavía inexplicable desde el punto de vista que ocupamos hasta ahora, el punto de vista de la circulación simple. Pero anticipemos algo. El dinero con el que semejante clase compra constantemente le tiene que afluir también constantemente de los poseedores de mercancías, sin intercambio, gratis, sobre la base de algún título de derecho y poder. Vender a esa clase las mercancías por encima de su valor significa entonces sólo sustraerle una parte del dinero que se le ha dado gratis.[29] De este modo las ciudades del Asia Menor pagaban un tributo anual en dinero a la antigua Roma. Con ese dinero Roma les compraba mercancías, y las compraba demasiado caras. Los habitantes del Asia Menor estafaban a los romanos recuperando, por vía comercial, de los conquistadores una parte del tributo que les habían entregado. Pero a pesar de ello los estafados de verdad eran los habitantes del Asia Menor. Siempre se les pagaba sus mercancías con su propio dinero. Esto no es un método de enriquecimiento, de formación de plusvalía.

Mantengámonos, pues, dentro de los límites del intercambio de mercancías, en el cual el vendedor es comprador y el comprador vendedor. Nuestra perplejidad se debe tal vez a que hemos tomado las personas sólo como categorías personificadas, y no individualmente.

El poseedor de mercancías A puede ser tan listo que consiga tomar el pelo a sus colegas B o C sin que éstos, pese a su óptima voluntad, logren vengarse. A vende vino por valor de 40 lib. est. a B y adquiere en el cambio cereales por valor de 50 libr. est. A ha transformado

[28] «La idea de que los consumidores pagan los beneficios es desde luego completamente absurda. ¿Quiénes son los consumidores?» (G. Ramsay, *An Essay on the Distribution of Wealth*, Edinburgh 1836, pág. 183.)

[29] «¿Y cuándo a alguien le falta demanda, el señor Malthus le aconseja que pague a otra persona para que ésta le compre la mercancía?», pregunta un indignado ricardiano a Malthus, el cual glorifica económicamente, como su discípulo el cura Chalmers, la clase de los meros compradores o consumidores. V. *An Inquiry into those principles, respecting the Nature of Demand and the Necessity of Consumption, lately advocated by Mr. Malthus* etc., London 1821, pág. 55.

sus 40 libr. est. en 50 libr. est., ha hecho más dinero de menos dinero y ha convertido su mercancía en capital. Miremos más atentamente. Antes del cambio teníamos 40 libr. est. de vino en manos de A y 50 libr. est. de cereal en manos de B, un valor total de 90 libr. est. Luego del cambio tenemos el mismo valor total de 90 libr. est. El valor circulante no ha aumentado ni un átomo; se ha alterado su distribución entre A y B. De un lado aparece como plusvalía lo que en el otro es minusvalía: como más de un lado lo que en el otro es un menos. Este mismo cambio se habría producido si A hubiera robado directamente a B 10 libr. est., sin la forma encubridora del intercambio. Es evidente que la suma de los valores circulantes no puede aumentar por obra de un cambio de su distribución, como tampoco puede un judío aumentar la masa de metales nobles presente en un país vendiendo un farthing de tiempos de la reina Ana por una guinea. La totalidad de la clase de los capitalistas de un país no puede perjudicarse a sí misma.[30]

Se coja, pues, por donde se coja, el resultado es el mismo. Si se intercambian equivalentes no surge ninguna plusvalía, y si lo que se intercambia son no-equivalentes tampoco surge ninguna plusvalía.[31] La circulación, el intercambio de mercancías, no produce ningún valor.[32]

Con eso se entenderá por qué en nuestro análisis de la forma básica del capital, la forma en que determina la organización económica de la sociedad moderna, quedan, por el momento, sin considerar en absoluto sus figuras más populares y, por así decirlo, antediluvianas, el capital mercantil y el capital usurario.

La forma D — M — D′, comprar para vender más caro, aparece

[30] Destutt de Tracy, pese a ser Membre de l'Institut —o tal vez gracias a serlo— opinaba lo contrario. Los capitalistas industriales, dice, obtienen sus beneficios «vendiéndolo todo más caro de lo que ha costado producirlo. Y ¿a quién venden? En primer lugar, unos a otros.» (*Loc. cit.*, pág. 239.)

[31] «El intercambio de dos valores iguales no aumenta ni disminuye la masa de los valores presentes en la sociedad. El intercambio de dos valores desiguales ... no altera tampoco la suma de los valores sociales, porque lo que añade a la riqueza de uno es lo que quita a la riqueza del otro.» (J. B. Say, *loc. cit.*, t. II, págs. 443, 444.) Say, despreocupándose, naturalmente, de las consecuencias de esa proposición, la toma bastante literalmente de los fisiócratas. El siguiente ejemplo muestra el modo como ha explotado Say las obras de los fisiócratas, ignoradas en su época, para aumentar su propio «valor»: la «celebérrima» proposición de Monsieur Say según la cual «Sólo con productos se puede comprar productos» (*loc. cit.*, t. II, pág. 438) suena así en el original fisiócrata: «Sólo con producciones se puede pagar producciones.» (Le Trosne, *loc. cit.*, pág. 899.)

[32] «El intercambio no transfiere a los productos valor de ninguna clase.» (F. Wayland, *The Elements of Pol. Econ.*, Boston 1843, pág. 168.)

del modo más puro en el capital mercantil propiamente dicho. Por otra parte, todo el movimiento de ese capital procede dentro de la esfera de la circulación. Y como es imposible explicar por la circulación misma la conversión de dinero en capital, la formación de plusvalía, el capital mercantil resulta imposible si se intercambian equivalentes,[33] y, por lo tanto, no parece deducible más que de un perjuicio doble inferido a los productores de mercancías, compradores y vendedores, por el comerciante que se desliza parasitariamente entre ellos. En este sentido dice Franklin: «La guerra es rapiña, el comercio es estafa.» [34] Para explicar la valorización del capital mercantil no por la simple estafa sufrida por los productores de mercancías hace falta una larga serie de eslabones intermedios que aquí, cuando nuestros únicos presupuestos son la circulación de mercancías y sus momentos simples, falta completamente.

Lo que se puede decir del capital mercantil es aun más válido del capital usurario. En el capital mercantil los extremos —el dinero lanzado al mercado y el dinero incrementado sustraído al mercado— están, al menos, mediados por compra y venta, por el movimiento de la circulación. En el capital usurario la forma D — M — D′ se abrevia reduciéndose a los extremos sin mediar D — D′, dinero que se cambia por más dinero, forma contradictoria de la naturaleza del dinero y, por lo tanto, inexplicable desde el punto de vista del intercambio de mercancías. Por eso dice Aristóteles:

«Como la crematística es dúplice, una perteneciente al comercio, la otra a la económica, la última necesaria y loable, la primera basada en la circulación y condenada con justicia (pues no se basa en la naturaleza, sino en fraude recíproco), por eso es la usura odiada con toda razón, porque en ella el dinero mismo es el origen de la adquisición, en vez de dedicarse a aquello para lo cual se inventó. Pues el dinero se originó para el trueque de bienes, empero el interés hace de dinero más dinero. De ahí tiene su nombre» (τόκος, interés y cría). «Pues los hijos son semejantes a los que los engendran. Pero el interés es dinero de dinero, de modo que de todas las ramas de la adquisición ésta es la más contraria a la naturaleza.» [35]

[33] «El comercio sería imposible bajo el dominio de equivalentes inmutables.» (G. Opdyke, *A Treatise on polit. Economy*, New York 1851, págs. 66 a 69.) «La diferencia entre valor real y valor de cambio se basa en un hecho, a saber, que el valor de una cosa es diferente del llamado equivalente que se da por ella en el comercio, o sea, que ese equivalente no es ningún equivalente.» (F. Engels, *loc. cit.*, págs. 95, 96.)

[34] Benjamin Franklin, *Works*, vol. II, edit. Sparks en *Positions to be examined concerning National Wealth*, pág. 376.

[35] Aristóteles, *loc. cit.*, cap. 10, [pág. 17].

En el curso de nuestra investigación encontraremos el capital que devenga interés, igual que el capital mercantil, como formas derivadas, y veremos al mismo tiempo por qué aparecen históricamente antes que la forma fundamental moderna del capital.

Resulta, pues, que la plusvalía no puede surgir de la circulación, que, por lo tanto, en su formación tiene que ocurrir, a espaldas de la circulación, algo que en ella misma es invisible.[36] Pero ¿puede proceder la plusvalía de algún lugar que no sea la circulación? La circulación es la suma de todas las interrelaciones de los poseedores de mercancías. Fuera de ella el poseedor de mercancías sólo está en relación con su propia mercancía. Por lo que hace al valor de ésta, la relación de su poseedor con ella se reduce al hecho de que la mercancía contiene una cantidad determinada del trabajo de aquél, medida de acuerdo con leyes sociales determinadas. Esa cantidad de trabajo se expresa en la magnitud de valor de su mercancía y, como la magnitud de valor se expresa a su vez en dinero contable, aquella cantidad se expresa en un precio, por ejemplo, 10 libr. est. Pero su trabajo no se presenta en el valor de la mercancía y un excedente respecto del propio valor de ésta, o sea, no se presenta en un precio 10 que al mismo tiempo sea un precio 11, en un valor mayor que sí mismo. El poseedor de mercancías puede constituir valores mediante su trabajo, pero no puede producir valores que se valoricen. Puede aumentar el valor de una mercancía añadiendo al valor dado más valor mediante nuevo trabajo, por ejemplo, haciendo botas con cuero. Un mismo material tiene ahora más valor porque contiene una cantidad mayor de trabajo. Por eso las botas tienen más valor que el cuero, pero el valor del cuero sigue siendo lo que era. No se ha valorizado, no ha engordado en valor durante la fabricación de las botas. Es, pues, imposible que el productor de mercancías valorice dinero y, con ello, convierta dinero o mercancía en capital, fuera de la esfera de la circulación, sin entrar en relación con otros poseedores de mercancías.

Por lo tanto, el capital no puede brotar de la circulación ni tampoco puede no brotar de ella. Tiene que brotar y no brotar al mismo tiempo en ella.

Así se tiene un resultado doble.

La conversión del dinero en capital se tiene que desarrollar sobre

[36] «En las condiciones corrientes del mercado, no se obtiene beneficio por el intercambio. Si no existiera ya antes, tampoco podría haberlo después de esta transacción.» (RAMSAY, *loc. cit.*, pág. 184.)

[*58] En las eds. 3.ª y 4.ª Engels corrigió por «relaciones mercantiles».

la base de leyes inmanentes al intercambio de mercancías, de tal modo que el punto de partida sea el intercambio de equivalentes.[37] Nuestro poseedor de dinero, existente aún sólo como oruga de capitalista, tiene que comprar las mercancías por su valor, venderlas por su valor y, sin embargo, sacar al final del proceso más valor del que metió en él. Su despliegue en forma de mariposa tiene que ocurrir en la esfera de la circulación y no ocurrir en la esfera de la circulación. Éstos son los datos del problema. Hic Rhodus, hic salta! *[59]

3. *Compra y venta de la fuerza de trabajo*

La alteración de valor del dinero que se ha de convertir en capital no puede ocurrir en ese dinero mismo, pues éste, como medio de compra y como medio de pago, se limita a realizar el precio de la mercancía que compra o paga, y si se mantiene aferrado a su forma propia cris-

[37] Luego de las precisiones dadas, el lector entenderá que eso sólo significa que la formación de capital tiene que ser posible también cuando el precio de la mercancía es igual al valor de la mercancía. La formación de capital no se puede explicar por la desviación de los precios de las mercancías respecto de los valores de las mercancías. Si los precios discrepan realmente de los valores, hay que empezar por reducirlos a estos últimos, es decir, hay que prescindir de esa circunstancia, por ser casual, con objeto de tener puramente ante sí el fenómeno de la formación de capital sobre la base del intercambio de mercancías y no dejarse confundir en su observación por circunstancias concomitantes perturbadoras y extrañas al proceso propiamente tal. Es sabido, por lo demás, que esa reducción no es en modo alguno un procedimiento meramente científico. La constante oscilación de los precios de mercado, su elevación y su descenso, se compensan, se anulan recíprocamente y se reducen al precio medio que es su regla interna. Esta regla es el lucero orientador, por ejemplo, del comerciante o del industrial en toda operación que abarque tiempo considerable. El comerciante o industrial sabe, en efecto, que, si se considera un período largo en su conjunto, las mercancías no se venden realmente ni por debajo ni por encima, sino a su precio medio. Si, pues, el pensamiento desinteresado fuera de algún modo objeto de su interés, tendría que plantearse el problema de la formación de capital como sigue: ¿Cómo puede surgir capital con la regulación de los precios por el precio medio, esto es, en última instancia por el valor de la mercancía? Digo que «en última instancia» porque los precios medios no coinciden directamente con las magnitudes de valor de las mercancías, como lo creen A. Smith, Ricardo, etc.

[*59] Dicho antiguo, procedente de una fábula esópica. Significa: aquí está el obstáculo, véncelo aquí. (Lit.: aquí es Rodos, salta aquí.)

taliza en un petrificado de magnitud de valor inmutable.[38] La alteración no puede proceder tampoco del segundo acto de la circulación, la reventa de la mercancía, pues este acto no hace más que retransformar la mercancía de la forma natural a la forma de dinero. Por lo tanto, la alteración tiene que ocurrir con la mercancía comprada en el primer acto D — M, pero no con su valor, pues lo que se intercambia son equivalentes, y la mercancía se paga a su precio. La alteración, pues, no puede proceder más que de su valor de uso como tal, o sea, de su uso. Para extraer valor del uso de una mercancía, nuestro poseedor de dinero habría de tener la suerte de encontrar dentro de la esfera de la circulación, en el mercado, una mercancía cuyo mismo valor de uso poseyera la peculiar naturaleza de ser fuente de valor, una mercancía cuyo uso real, pues, fuera él mismo objetivación de trabajo y, por lo tanto, creación de valor. Y el poseedor de dinero encuentra en el mercado una tal mercancía específica: la capacidad de trabajo, o fuerza de trabajo.

Entendemos por fuerza de trabajo o capacidad de trabajo el contenido de las capacidades físicas e intelectuales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano, y que éste pone en movimiento siempre que produce valores de uso de cualquier especie.

Pero para que el poseedor de dinero encuentre en el mercado, como mercancía, la fuerza de trabajo tienen que satisfacerse varias condiciones. El intercambio de mercancías no implica en sí mismo y por sí mismo más relaciones de dependencia que las que brotan de su propia naturaleza. Supuesto eso, la fuerza de trabajo no se puede presentar como mercancía en el mercado sino porque y en la medida en que la ofrece o vende como mercancía su mismo propietario, la persona cuya fuerza de trabajo es. Para venderla como mercancía, su poseedor tiene que poder disponer de ella, o sea, ser libre propietario de su capacidad de trabajo, de su persona.[39] Él y el poseedor de dinero se encuentran uno a otro en el mercado y entran en relación en condición de condignos poseedores de mercancías, distinguidos sólo por el hecho de que el uno es comprador y el otro vendedor; jurídica-

[38] «En la forma de dinero ... el capital no engendra ningún beneficio.» (RICARDO, *Princ. of Pol. Econ.*, pág. 267.)

[39] En las enciclopedias de la Antigüedad clásica es posible leer el absurdo de que en el mundo antiguo el capital estaba completamente desarrollado, «salvo por el hecho de que faltaban el trabajador libre y el sistema de crédito». Hasta el señor Mommsen incurre en su *Römische Geschichte* en un quidproquo tras otro.

mente son, pues, ambos personas iguales. La persistencia de esta relación exige que el propietario de la fuerza de trabajo no la venda nunca más que por un tiempo determinado, pues si la vende toda ella en bloque, de una vez para siempre, se vende en realidad a sí mismo, se transforma de libre en esclavo, de poseedor de mercancía en mercancía. En tanto que persona se tiene que comportar siempre respecto de su fuerza de trabajo como respecto de propiedad suya y, por lo tanto, como respecto de mercancía propia; y sólo puede hacerlo así si no pone su fuerza de trabajo a disposición del comprador, si no se la cede para su uso, más que transitoriamente, por un plazo determinado, de modo que no renuncie a su propiedad por su enajenación.[40]

La segunda condición esencial de que el poseedor de dinero encuentre en el mercado la fuerza de trabajo como mercancía es que el poseedor de ésta, en vez de poder vender mercancías en las que se haya objetivado su trabajo, tenga que ofrecer como mercancía su misma fuerza de trabajo, que sólo existe en su corporeidad viva.

Como es natural, para vender mercancías distintas de su fuerza de trabajo, uno tiene que poseer medios de producción, por ejemplo, materias primas, instrumentos de trabajo, etc. Uno no puede hacer botas sin cuero. Además de eso necesita alimentos. Absolutamente nadie, por futurista que sea, puede alimentarse de productos futuros ni, por lo tanto, de valores de uso cuya producción no haya terminado; y el ser humano, que en esto sigue siendo como el primer día que

[40] Por eso hay varias legislaciones que imponen un máximo al contrato de trabajo. Todos los códigos de los pueblos en que el trabajo es libre regulan condiciones de rescisión del contrato. En varios países, por ejemplo, en México (antes de la guerra civil norteamericana, también en los territorios arrancados a México y, por lo que hace a la sustancia de las cosas, también en las provincias danubianas hasta la transformación de Kusa), la esclavitud se mantiene disimulada bajo la forma del peonaje. Mediante anticipos que se han de restituir en trabajo y que pasan de generación a generación, no sólo el trabajador individual, sino incluso su familia se convierten de hecho en propiedad de otras personas y de las familias de éstas. Juárez abolió el peonaje. El llamado emperador Maximiliano lo reinstauró por un decreto que fue acertadamente denunciado en la Cámara de Representantes de Washington llamándolo decreto de reinstauración de la esclavitud en México. «De mis particulares habilidades corporales e intelectuales y de mis posibilidades de actividad puedo ... enajenar a otro un uso limitado en el tiempo, porque gracias a esa limitación cobran una relación externa con mi totalidad y generalidad. Con la enajenación de todo mi tiempo concreto por el trabajo y la totalidad de mi producción convertiría en propiedad de otro lo sustancial de ella, mi actividad y realidad general, mi personalidad.» (HEGEL, *Philosophie des Rechts*, [Filosofía del derecho], Berlin 1840, pág. 104, § 67.)

apareció en la terrenal escena, tiene que consumir cada día, antes de producir y mientras produce. Si los productos se producen como mercancías, tienen que venderse una vez producidos y no pueden satisfacer las necesidades de su productor sino después de la venta. Se añade así al tiempo de producción el tiempo necesario para la venta.

Así, pues, el poseedor de dinero, para convertir dinero en capital, tiene que hallar en el mercado de mercancías al trabajador libre, libre en el doble sentido de que, en cuanto persona libre, dispone de su fuerza de trabajo como de mercancía suya, y de que, por otra parte, no tiene otras mercancías que vender, está expedito y exento, libre de todas las cosas necesarias para la realización de su fuerza de trabajo.

La cuestión de por qué ese trabajador libre le sale al encuentro en la esfera de la circulación no interesa al poseedor de dinero que se encuentra con el mercado de trabajo como sección especial del mercado de mercancías. Y por el momento tampoco nos interesa más a nosotros. Nosotros nos atenemos teoréticamente al hecho, igual que se atiene a él prácticamente el poseedor de dinero. Pero una cosa está clara: la naturaleza no produce poseedores de dinero o de mercancías por un lado y, por otro, meros poseedores de su propia fuerza de trabajo. Esta situación no pertenece a la historia natural, ni tampoco es una situación social común a todos los períodos históricos. Es ella misma, manifiestamente, resultado de un desarrollo histórico previo, producto de muchas subversiones económicas, del hundimiento de toda una serie de formaciones más antiguas de la producción social.

También las categorías económicas que hemos considerado antes tienen sus huellas históricas. Determinadas condiciones históricas están encubiertas en la existencia del producto como mercancía. Para llegar a ser mercancía es necesario al producto no ser producido como medio de subsistencia inmediato del productor mismo. Si hubiéramos seguido investigando en qué circunstancias toman todos los productos, o toma aunque sólo sea la mayoría de los productos, la forma de mercancía, habría resultado que eso sólo ocurre sobre la base de un modo de producción perfectamente específico, el modo de producción capitalista. Pero un análisis así quedaba lejos del análisis de la mercancía. Puede haber producción de mercancías y circulación de mercancías aunque la masa de productos con mucho predominante se oriente directamente a la satisfacción de las necesidades de sus mismos productores, no se transforme en mercancía y, por lo tanto, el proceso social de producción no esté, ni mucho menos, dominado en toda su anchura y profundidad por el valor de cambio. La presentación del producto como mercancía supone una división del trabajo tan desarrollada en la sociedad que se haya consumado ya la separación entre valor de uso y valor de cambio sólo iniciada en el trueque directo. Mas un estadio de desarrollo de esa naturaleza es común a formaciones económicas de la sociedad muy diversas históricamente.

O bien: si consideramos el dinero, éste presupone una cierta altura del intercambio de mercancías. Las formas especiales del dinero —mero equivalente de las mercancías, o medio de circulación, o medio de pago, o tesoro y dinero mundial —aluden a estadios muy varios del proceso social de producción, según el diferente alcance y el predominio relativo de una u otra función. Pero, como lo enseña la experiencia, basta una circulación de mercancías de desarrollo relativamente débil para constituir todas esas formas. La situación es diferente por lo que hace al capital. Sus condiciones históricas de existencia no quedan dadas, ni mucho menos, con la circulación de mercancías y dinero. El capital surge sólo cuando el poseedor de medios de producción y de vida encuentra en el mercado al trabajador libre como vendedor de su fuerza de trabajo, y ya esta sola condición histórica encierra toda una historia mundial. Por eso el capital anuncia desde el primer momento una época del proceso social de producción.[41]

Mas hay que contemplar más de cerca esa curiosa mercancía, la fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo posee un valor,[42] al igual que todas las demás mercancías. ¿Cómo se determina ese valor?

El valor de la fuerza de trabajo se determina, igual que el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo necesario para la producción —o sea, también reproducción— de este específico artículo. En la medida en que es valor, la fuerza de trabajo misma no representa más que una determinada cantidad de trabajo social medio objetivado en ella. La fuerza de trabajo no existe más que como disposición del individuo vivo. Su producción presupone, pues, la existencia del individuo. Dada la existencia del individuo, la producción de la fuerza de trabajo consiste en la reproducción del individuo mismo, su conservación. El individuo vivo necesita para conservarse una

[41] Así, pues, lo que caracteriza a la época capitalista es que la fuerza de trabajo toma para el trabajador mismo la forma de una mercancía que le pertenece, y su trabajo, por lo tanto, la forma de trabajo asalariado. Por otra parte, sólo a partir de este momento se generaliza la forma mercancía de los productos del trabajo.

[42] «El valor de un hombre es, como el de todas las demás cosas, igual a su precio, lo que quiere decir: tanto cuanto se paga por el uso de su fuerza.» (Th. Hobbes, *Leviathan,* en *Works,* edit. Molesworth, London 1839-1844, vol. III, pág. 76.)

cierta suma de alimentos. El tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo se resuelve, pues, en el tiempo de trabajo necesario para la producción de esos alimentos, o sea, el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los medios de vida necesarios para la conservación del poseedor de aquella fuerza. Pero la fuerza de trabajo no se realiza sino por su exteriorización, no se actúa más que en el trabajo. Pero a través de su actuación, del trabajo, se gasta una determinada cantidad de músculo, nervio, cerebro, etc., humanos, que tiene que ser repuesta. Ese gasto aumentado ocasiona una absorción aumentada.[43] Si el propietario de la fuerza de trabajo ha trabajado hoy, tiene que poder repetir mañana el mismo proceso en las mismas condiciones de fuerza y salud. Por lo tanto, la suma de los medios de vida tiene que bastar para mantener al individuo trabajador, como individuo trabajador, en su estado vital normal. Las necesidades naturales mismas —como la alimentación, el vestido, la calefacción, la vivienda, etc.— son diferentes según las peculiaridades climáticas y otras características naturales de un país. Por otra parte, la extensión de las necesidades llamadas imprescindibles y el modo de su satisfacción son a su vez producto social y dependen, por lo tanto, en gran parte del estadio cultural de un país, entre otras cosas y esencialmente también de las condiciones bajo las cuales y, consiguientemente, las costumbres y aspiraciones vitales con las cuales se ha constituido la clase de los trabajadores libres.[44] Al contrario de lo que ocurre con las demás mercancías, la determinación del valor de la fuerza de trabajo contiene, pues, un elemento histórico y moral. Pero, de todos modos, la amplitud media de los medios de vida necesarios está dada para un país determinado en un período determinado.

El propietario de la fuerza de trabajo es mortal. Por lo tanto, si su aparición en el mercado ha de ser continua, como lo presupone la continua conversión de dinero en capital, entonces el vendedor de la fuerza de trabajo se tiene que eternizar «como se eterniza todo individuo vivo, por procreación».[45] Las fuerzas de trabajo sustraídas al mercado por el desgaste y la muerte tienen que ser constantemente sustituidas por un número al menos igual de nuevas fuerzas de trabajo.

[43] El villicus de la antigua Roma, que en su condición de administrador estaba a la cabeza de los esclavos agrarios, recibía, consiguientemente, «por tener un trabajo más ligero que el de los siervos, menor porción que éstos». (TH. MOMMSEN, *Röm. Geschichte,* 1856, pág. 810.)

[44] Cfr. *Over-Population and its Remedy,* London 1846, por W. TH. THORNTON.

[45] PETTY.

La suma de los medios de vida necesarios para la producción de la fuerza de trabajo incluye, pues, los medios de vida de los hombres sustitutos, esto es, de los hijos de los trabajadores, de tal modo que se eternice en el mercado de mercancías esta raza de peculiares poseedores de mercancías.[46]

Para modificar la naturaleza genéricamente humana de tal modo que consiga habilidad y capacidad en una rama determinada del trabajo, para que se convierta en fuerza de trabajo desarrollada y específica, hace falta una determinada formación o educación, lo cual, por su parte, cuesta una suma mayor o menor de equivalentes mercantiles. Los costes de formación de la fuerza de trabajo son diferentes según el carácter más o menos mediado de la fuerza de trabajo. Estos costes de aprendizaje, diminutos para la fuerza de trabajo corriente, entran, pues, en el ámbito de los valores gastados para la producción de la fuerza de trabajo.

El valor de la fuerza de trabajo se resuelve en el de una suma determinada de medios de vida. Por eso cambia también con el valor de estos medios de vida, esto es, de la magnitud del tiempo de trabajo necesario para su producción.

Una parte de los medios de vida —por ejemplo, alimentos, combustibles, etc.— se consume diariamente, y diariamente tiene que ser repuesta. Otros medios de vida, como las ropas, los muebles, etc., se consumen en tiempos más largos y, por lo tanto, sólo se tienen que sustituir en estos plazos más alejados. Hay tipos de mercancías que se tienen que comprar o pagar diariamente, otras semanalmente, trimestralmente, etc. Pero cualquiera que sea el modo como se distribuya durante un año, por ejemplo, la suma de esos gastos, el hecho es que se tiene que cubrir, un día por otro, con los ingresos medios. Si la masa de las mercancías requeridas diariamente para la producción de la fuerza de trabajo es=A, la de las requeridas semanalmente=B, la de las requeridas trimestralmente=C, etc., entonces el promedio diario de esas mercancías sería $= \frac{365A + 52B + 4C \text{ etc.}}{365}$. Suponiendo que esa masa de mercancías necesaria para el día medio contenga 6 horas

[46] «Su» (del trabajo) «precio natural ... consiste en el conjunto de medios de subsistencia y cosas de comodidad que son necesarios, según el clima y las costumbres de un país, para mantener al trabajador y posibilitarle el alimentar a una familia que pueda asegurar en el mercado una oferta no decreciente de trabajo.» (R. TORRENS, *An Essay on the external Corn Trade,* London 1815, pág. 62.) La palabra trabajo se usa aquí erróneamente, por fuerza de trabajo.

de trabajo social, entonces es que diariamente se objetiva en la fuerza de trabajo medio día de trabajo social medio, o sea, que se requiere media jornada de trabajo para la producción cotidiana de la fuerza de trabajo. Esta cantidad de trabajo requerido para su producción cotidiana constituye el valor diario de la fuerza de trabajo, o sea, el valor de la fuerza de trabajo diariamente reproducida. Si media jornada de trabajo social medio se representa también por una masa de oro de 3 sh. o un tálero, entonces un tálero es el precio correspondiente al valor diario de la fuerza de trabajo. Si el poseedor de la fuerza de trabajo la ofrece por un tálero al día, su precio de venta es igual a su valor y, de acuerdo con nuestro supuesto, el poseedor de dinero, empeñado en convertir sus táleros en capital, paga ese valor.

El límite último o mínimo del valor de la fuerza de trabajo se constituye por el valor de una masa de mercancías sin cuya recepción diaria el portador de la fuerza de trabajo, el ser humano, no puede renovar su proceso vital; o sea, se determina por el valor de los medios de vida físicamente imprescindibles. Si el precio de la fuerza de trabajo baja hasta ese mínimo, es que baja hasta por debajo de su valor, pues la fuerza de trabajo no se puede entonces conservar y desarrollar más que en forma atrofiada. Pero el precio de toda mercancía se determina por el tiempo de trabajo exigido para suministrarla con calidad normal.

Es un sentimentalismo extraordinariamente barato pensar que esa determinación del valor de la fuerza de trabajo, dimanante de la naturaleza de la cosa, es grosera, y gemir, por ejemplo, con Rossi:

> «Entender la potencia de trabajo (puissance de travail) haciendo abstracción de los medios de subsistencia del trabajo durante el proceso de producción es entender un ente de razón (être de raison). El que dice trabajo, el que dice potencia de trabajo, dice al mismo tiempo trabajador y medios de subsistencia, trabajador y salario del trabajo.» [47]

El que dice capacidad de trabajo no dice trabajo, del mismo modo que el que dice capacidad digestiva no dice digestión. Pues para este último proceso hace falta, como es sabido, algo más que un buen estómago. El que dice capacidad de trabajo no hace abstracción de los medios de vida necesarios para la subsistencia de aquélla. El valor de estos bienes se expresa, por el contrario, en el de la capacidad de trabajo. Si ésta no se vende, no le sirve para nada al trabajador, el cual siente, más bien, como una cruel necesidad natural el que su capacidad de trabajo haya exigido una determinada cantidad de medios de

[47] Rossi, *Cours d'Écon. Polit.*, Bruxelles 1843, págs. 370, 371.

subsistencia para su producción, y constantemente la vuelva a exigir de nuevo para su reproducción. Entonces descubre con Sismondi: «La capacidad de trabajo ... no es nada si no se vende.» [48]

La peculiar naturaleza de esta mercancía específica que es la fuerza de trabajo acarrea el que al concluirse el contrato entre el comprador y el vendedor el valor de uso de ella no pase aún realmente a manos del comprador. Su valor, como el de toda otra mercancía, estaba determinado antes de que entrara en la circulación, pues para la producción de la fuerza de trabajo se había gastado una determinada cantidad de trabajo social; pero su valor de uso consiste en la posterior exteriorización de fuerza. Por lo tanto, la enajenación de la fuerza y su verdadera exteriorización, esto es, su existencia como valor de uso, no coinciden en el tiempo. Ahora bien: en el caso de las mercancías [49] respecto de las cuales la enajenación formal del valor de uso por la venta y su verdadera entrega al comprador no coinciden en el tiempo, el dinero del comprador suele funcionar como medio de pago. En todos los países de modo de producción capitalista la fuerza de trabajo se paga cuando ya ha funcionado durante el plazo fijado en el contrato de compra, por ejemplo, al final de cada semana. Por eso el trabajador adelanta en todas partes al capitalista el valor de uso de la fuerza de trabajo; la deja consumir al comprador antes de recibir en pago su precio, de modo que en todas partes el trabajador da crédito al capitalista. Y no se trata de ninguna vaciedad, como lo muestran no sólo la ocasional pérdida del salario adelantado en crédito por causa de una bancarrota del capitalista,[50] sino también toda una serie de efectos más persistentes.[51] En todo caso, no afecta en nada a la naturaleza del inter-

[48] Sismondi, *Nouv. Princ.* etc., t. I, pág. 113.

[49] «Todo trabajo se paga después de terminado.» (*An Inquiry into those Principles, respecting the Nature of Demand,* etc., pág. 104.) «El crédito comercial tuvo que empezar en el momento en que el trabajador, primer creador de la producción, se encontró, sobre la base de sus ahorros, en condiciones de esperar el salario de su trabajo hasta el final de una o dos semanas, un mes, un trimestre, etc.» (Ch. Ganilh, *Des Systèmes d'Écon. Polit.*, 2ème. édit., Paris 1821, t. II, pág. 150.)

[50] «El trabajador presta su aplicación», pero, añade astutamente Storch, «no arriesga nada», salvo el «perder su salario ... el trabajador no transfiere nada material.» (Storch, *Cours d'Écon. Pol.*, Pétersbourg, 1815, t. II, págs. 36, 37.)

[51] Un ejemplo: en Londres existen dos clases de panaderos, los «full priced», que venden el pan por todo su valor, y los «undersellers», que lo venden por debajo de ese valor. La última clase constituye más de los 3/4 de la totalidad de los panaderos (pág. xxxij del *Report* del comisario del gobierno H. S. Tremenheere sobre las *Grievances complained of by the journeymen bakers,* etc. London 1862.) Estos undersellers venden, casi sin excepción, pan falsificado por adjun-

cambio mismo de mercancías el que el dinero funcione como medio de compra o como medio de pago. El precio de la fuerza de trabajo está fijado contractualmente pese a que sólo se realiza más tarde, como el alquiler de una casa. La fuerza de trabajo está vendida, aunque sólo se pague después. Pero a pesar de ello es útil, para captar la relación

---

ción de alumbre, jabón, potasa pura, cal, piedra molida del Derbyshire y otros semejantes ingredientes agradables, nutritivos y sanos. (Véase el libro azul antes citado, así como el informe del *Committee of 1855 on the Adulteration of Bread* y el libro del Dr. Hassall, *Adulterations Detected,* 2nd. edit., London 1861.) Sir John Gordon declaró ante el comité de 1855 que «a consecuencia de esas falsificaciones, el pobre que vive de dos libras de pan al día no recibe ahora ni la cuarta parte de la sustancia nutritiva, dejando de lado los efectos dañinos en su salud.» Tremenheer (*loc. cit.,* pág. xlviij) aduce, como razón de que «una grandísima parte de la clase obrera», pese a estar bien informada de las falsificaciones, carga con el alumbre, la piedra molida, etc., el hecho de que para ellos es «una necesidad tomar del panadero o del chandler's shop*[60] el pan que éstos quieran darles». Como los obreros no cobran hasta el final de la semana de trabajo, tampoco pueden «pagar hasta el fin de la semana el pan consumido por sus familias»; y añade Tremenheere, aduciendo declaraciones de testigos: «es notorio que el pan preparado con esas mezclas se hace a propósito para ese tipo de clientes». («It is notorious that bread composed of those mixtures, is made expressly for sale in this manner.») «En muchos distritos agrarios ingleses» (y aun más en los escoceses) «el salario de los trabajadores se paga quincenalmente y hasta mensualmente. Con esos alejados plazos de pago, el trabajador agrícola tiene que comprar sus mercancías de fiado... Tiene que pagar precios más altos y está de hecho atado a la tienda que le fía. Y así, por ejemplo, en Horningsham, en Wilts, donde el pago del salario es mensual, la misma harina que en otros lugares los trabajadores pagan a 1 sh. 10 d. el stone les cuesta 2 sh. 4 d. el stone.» (*Sixth Report* on *Public Health* by *The Medical Officer of the Privy Council,* etc., 1864, pág. 264.) «Los estampadores de algodón a mano de Paisley y Kilmarnock» (Escocia occidental) «impusieron en 1853 mediante un strike*[61] la reducción del plazo de pago de un mes a dos semanas.» (*Reports of the Inspectors of Factories for 31st Oct. 1853,* pág. 34.) Otro amable desarrollo del crédito otorgado por el obrero al capitalista puede considerarse el método que practican muchos propietarios ingleses de minas, que consiste en pagar al obrero al final del mes, facilitándole entre pago y pago anticipos, a menudo en mercancías que el obrero tiene que pagar por encima de su precio de mercado (Trucksystem). «Los dueños de las minas de carbón practican corrientemente el pagar una vez al mes y dar a sus obreros, al final de cada semana intermedia, un adelanto. Este adelanto se abona en tiendas» (en el tommy-shop, o sea, el tenducho al por menor propiedad del dueño mismo de la mina). «Los hombres perciben el adelanto en un lado de la tienda y lo gastan en el otro.» (*Children's Employment Commission, III. Report,* London 1864, pág. 38, n. 192.)

---

*60 La tienda de ultramarinos.

*61 Una huelga.

en su pureza, empezar por suponer que el poseedor de la fuerza de trabajo recibe cada vez en seguida, con su venta, el precio estipulado contractualmente.

Conocemos ya el modo como se determina el valor que el poseedor de esta peculiar mercancía que es la fuerza de trabajo recibe en pago del poseedor del dinero. El valor de uso que este último recibe, por su parte, en el intercambio no se manifiesta sino en el uso real, en el proceso de consumo de la fuerza de trabajo. El poseedor de dinero compra en el mercado de mercancías todas las cosas necesarias para ese proceso, como materia prima, etc., y las paga por todo su precio. El proceso de consumo de la fuerza de trabajo es al mismo tiempo proceso de producción de mercancía y de plusvalía. El consumo de la fuerza de trabajo, como el consumo de cualquier otra mercancía, se realiza fuera del mercado, de la esfera de la circulación. Consiguientemente, vamos a abandonar, junto con el poseedor de dinero y el poseedor de fuerza de trabajo, esa esfera ruidosa, instalada en la superficie y accesible a todas las miradas, para seguir a ambos hasta el oculto lugar de la producción en cuyo umbral se puede leer: No admittance except on business.*[62] Aquí se verá no sólo cómo produce el capital, sino también cómo se produce el capital mismo. El misterio de la plusmanipulación se tiene que desvelar de una vez.

La esfera de la circulación o del intercambio de mercancías, dentro de cuyos límites se mueve la compraventa de la fuerza de trabajo, era en realidad un verdadero Edén de los derechos innatos del hombre. Lo único que impera allí es libertad, igualdad, propiedad y Bentham. ¡Libertad! Pues el comprador y el vendedor de una mercancía, por ejemplo, la fuerza de trabajo, no están determinados más que por su libre voluntad. Contratan como personas libres, jurídicamente iguales. El contrato es el resultado final en el que sus voluntades se dan una expresión jurídica común. ¡Igualdad! Pues sólo se relacionan entre ellos como propietarios de mercancías, e intercambian equivalente por equivalente. ¡Propiedad! Pues cada cual dispone estrictamente de lo suyo. ¡Bentham! Pues cada uno de los dos se interesa exclusivamente por sí mismo. La única fuerza que los une y los pone en relación es la de su egoísmo, su ventaja particular, sus intereses privados. Y precisamente porque cada cual barre exclusivamente para sí, y ninguno para el otro, todos ellos realizan, a consecuencia de una armonía preestablecida de las cosas o bajo los auspicios de una providencia astutísi-

---

*62 Prohibida la entrada, excepto por negocios.

ma, la obra pura de su ventaja recíproca, de la utilidad común, del interés común.

Al alejarse de esta esfera de la circulación simple o intercambio de mercancías de la que el librecambista vulgaris toma concepciones, conceptos y modelo para su juicio sobre la sociedad del capital y del trabajo asalariado, se transforma ya algo, según parece, la fisionomía de nuestras dramatis personæ. El antiguo poseedor de dinero avanza ahora en cabeza como capitalista, el poseedor de fuerza de trabajo le sigue como trabajador suyo; el uno sonriendo significativamente y lleno de diligencia; el otro atemorizado, de mala gana, como uno que ha llevado al mercado su propio pellejo y ahora ya no puede esperar sino ... que le curtan.

SECCIÓN TERCERA

LA PRODUCCIÓN DE LA PLUSVALÍA ABSOLUTA

Capítulo quinto
PROCESO DE TRABAJO Y PROCESO DE VALORIZACIÓN

1. *Proceso de trabajo*

El uso de la fuerza de trabajo es el trabajo mismo. El comprador de la fuerza de trabajo la consume haciendo trabajar al que se la ha vendido. Con eso éste se convierte actu *[63] en fuerza de trabajo en acción, en trabajador, cosa que antes era sólo potentia. Para presentar su trabajo en mercancías tiene que presentarlo ante todo en valores de uso, en cosas que sirvan para satisfacer necesidades de algún tipo. Así, pues, lo que el capitalista hace ejecutar al obrero es un determinado valor de uso, un artículo determinado. No se altera la naturaleza general de la producción de valores de uso, de bienes, por el hecho de que ocurra para el capitalista o bajo su control. Por eso el proceso de trabajo se tiene que contemplar, por de pronto, con independencia de cualquier forma social determinada.

El trabajo es, por de pronto, un proceso entre ser humano y naturaleza, un proceso en el cual el ser humano media, regula y controla mediante su propia actividad su metabolismo con la naturaleza. El ser humano se enfrenta con la materia natural como fuerza natural él mismo. Pone en movimiento las fuerzas naturales pertenecientes a su corporeidad —brazos y piernas, cabeza y mano—, con objeto de apropiarse la materia natural en una forma utilizable para su propia vida. Mediante ese movimiento obra en la naturaleza externa a él y la altera, y así altera al mismo tiempo su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormían en ella y somete a su propio dominio el funcionamiento de sus fuerzas. No nos interesan aquí las primeras formas de trabajo, animalescamente instintivas. El estadio en el cual el trabajo humano no ha depuesto todavía su primera forma instintiva queda en la lejanía de un fondo primigenio respecto del estadio en el cual el

*[63] actu: en acto, en realidad y ejercicio; potentia: en potencia, como posibilidad.

trabajador aparece en el mercado de mercancías como vendedor de su propia fuerza de trabajo. Damos por supuesto el trabajo en una forma en la cual es propio exclusivamente del ser humano. Una araña ejecuta operaciones semejantes a las del tejedor, y una abeja avergüenza, por la construcción de sus celdillas de cera, a más de un arquitecto humano. Pero lo que ya por anticipado distingue al peor arquitecto de la abeja mejor es que el arquitecto construye la celdilla en su cabeza antes de construirla con cera. Al final del proceso de trabajo sale un resultado que ya estaba presente al principio del mismo en la representación del trabajador, o sea, idealmente. No es sólo que el trabajador obre una alteración de forma de la naturaleza; es que al mismo tiempo realiza en lo natural su finalidad, la cual es conocida por él, determina como ley el modo de su hacer y tiene subordinada su voluntad. Y esta subordinación no es un acto suelto. Además de esfuerzo de los órganos que trabajan, la voluntad finalista que se manifiesta en forma de atención es necesaria durante toda la duración del trabajo, y tanto más cuanto menos el trabajo arrastre al trabajador por obra de su propio contenido y del modo de su ejecución, cuanto menos, por lo tanto, el trabajador lo goce como juego de sus propias fuerzas físicas y espirituales.

Los momentos simples del proceso de trabajo son la actividad finalista, o trabajo mismo, su objeto y su medio.

La tierra (incluyendo en ella, desde el punto de vista de la economía, también el agua), tal como dota primigeniamente al hombre de víveres, de medios de vida ya listos,[1] se encuentra, sin actividad del hombre, como objeto general del trabajo humano. Todas las cosas que el trabajo se limita a separar de su conexión inmediata con el todo de la tierra son por naturaleza objetos de trabajo hallados. Así ocurre con el pez, separado de su elemento vital, el agua, pescado; con la madera talada en el bosque primigenio; con el mineral arrancado al filón. En cambio, llamamos materia prima al objeto de trabajo que, por así decirlo, está ya filtrado por un trabajo previo. Por ejemplo: el mineral ya separado del filón, cuando se procede a lavarlo. Toda materia prima es objeto de trabajo, pero no todo objeto de trabajo es materia prima. El objeto de trabajo no es materia prima más que cuando ya ha experimentado una alteración mediada por el trabajo.

[1] «Los productos espontáneos de la tierra que se presentan en cantidades reducidas y con entera independencia del ser humano parecen dados por la naturaleza del mismo modo que se da a un joven una suma escasa para conducirle por el camino de la laboriosidad y la riqueza.» (JAMES STEUART, *Principles of Polit. Econ.*, edit. Dublin 1770, vol. I, pág. 116.)

El medio de trabajo es una cosa o un complejo de cosas que el trabajador intercala entre él mismo y el objeto de trabajo y que le sirven de guía de su actividad en ese objeto. El trabajador utiliza las propiedades mecánicas, físicas, químicas de las cosas para hacerlas actuar sobre otras cosas como medios de poder y de acuerdo con sus fines.[2] Si se prescinde del asir medios de vida ya listos —frutos, por ejemplo—, operación en la cual el hombre no utiliza como medios de trabajo más que sus propios órganos, el objeto del que el trabajador se apodera directamente no es el objeto de trabajo, sino el medio de trabajo. De este modo lo natural mismo se convierte en órgano de su actividad, órgano que el trabajador añade a sus propios órganos corporales, prolongando, pese a la Biblia, su figura natural. La tierra no es sólo su primera despensa, sino también su arsenal originario de medios de trabajo. La tierra le suministra, por ejemplo, la piedra que arroja, con la que raspa, machaca, corta, etc. La tierra misma es un medio de trabajo, pero para servir como tal en la agricultura presupone a su vez toda una serie de otros medios de trabajo y un desarrollo ya relativamente elevado de la fuerza de trabajo.[3] El proceso de trabajo requiere medios de trabajo ya trabajados en cuanto que está algo desarrollado. En las más antiguas cavernas habitadas por seres humanos hallamos utensilios y armas de piedra. Junto a la piedra, la madera, los huesos y las conchas trabajados, el animal domesticado —esto es, ya alterado por el trabajo, criado— desempeña al comienzo de la historia humana el papel capital entre los medios de trabajo.[4] El uso y la producción de medios de trabajo, aunque germinalmente se encuentran ya en ciertas especies de animales, caracterizan el proceso de trabajo específicamente humano, por lo que Franklin define al hombre como «a toolmaking animal», un animal que hace instrumentos. Los restos de medios de trabajo tienen para la estimación de desapareci-

[2] «La razón es tan astuta cuanto poderosa. La astucia consiste como tal en la actividad mediadora, la cual, haciendo que los objetos obren unos sobre otros de acuerdo con su propia naturaleza y se desgasten recíprocamente en ese laboreo, sin intervenir ella directamente en ese proceso, sin embargo, lleva a ejecución simplemente su finalidad.» (HEGEL, *Enzyklopädie, Erster Teil, Die Logik*, Berlin 1840, pág. 382.)

[3] En su obra —por lo demás lamentable— *Théorie de l'Écon. Polit.*, Paris 1815, Ganilh enumera acertadamente, en discusión con los fisiócratas, la larga serie de procesos de trabajo que constituyen el presupuesto de la agricultura propiamente dicha.

[4] Turgot desarrolla bien en las *Réflexions sur la Formation et la Distribution des Richesses* (1766) la importancia del animal domesticado para los comienzos de la cultura.

das formaciones económicas de la sociedad la misma importancia que la estructura de los restos óseos tiene para el conocimiento de la organización de linajes animales desaparecidos. Lo que distingue a las épocas económicas no es qué se produce, sino cómo, con qué medios de trabajo se produce.[5] Los medios de trabajo no son sólo la escala con que medir el desarrollo de la fuerza de trabajo humana, sino también indicadores de las relaciones y condiciones sociales en las cuales se trabaja. Entre los medios de trabajo mismos, los mecánicos —a cuya totalidad puede llamarse sistema óseo y muscular de la producción— ofrecen rasgos característicos de una época social de la producción mucho más decisivos que los ofrecidos por los medios de trabajo que sirven sólo de recipientes del objeto del trabajo, y cuya totalidad se puede llamar, de un modo muy general, sistema vascular de la producción, por ejemplo: tubos, toneles, cestos, jarras, etc. Estos medios de trabajo no desempeñan un papel importante sino con la fabricación química.[5a]

En un sentido más amplio hay que contar entre los medios del proceso de trabajo, además de las cosas que median el efecto del trabajo sobre su objeto y, por lo tanto, sirven de un modo u otro de conductores de la actividad, también todas las condiciones objetivas exigidas para que ocurra el proceso. Estas cosas no se insertan directamente en el proceso de trabajo, pero sin ellas éste no puede desarrollarse, o sólo puede hacerlo imperfectamente. El medio de trabajo general de este tipo es también la tierra misma, pues ella da al trabajador su locus standi,*[64] y a su proceso el ámbito de acción (field of employment). Medios de trabajo de este tipo, ya mediados por el trabajo, son, por ejemplo, los edificios en que se trabaja, los canales, las carreteras, etc.

Así, pues, en el proceso de trabajo la actividad del ser humano actúa a través del medio de trabajo una alteración previamente intencionada del objeto del trabajo. El proceso se apaga en el producto. Su

[5] Las mercancías de lujo propiamente dichas son, de entre todas las mercancías, las menos importantes para la comparación tecnológica de diferentes épocas de la producción.

[5a] Nota a la 2.ª ed. Aunque la historiografía que ha habido hasta ahora conoce muy poco el desarrollo de la producción material, esto es, el fundamento de toda vida social y, por lo tanto, de toda historia real, por lo menos se han dividido los tiempos prehistóricos —sobre la base de investigaciones científico-naturales, no de supuestas investigaciones históricas— en edad de la piedra, edad del bronce y edad del hierro, según el material de los utensilios y las armas.

*[64] Pie firme.

producto es un valor de uso, una materia natural adecuada a necesidades humanas mediante una alteración de forma. El trabajo se ha unido a su objeto. Lo que por el lado del trabajador se presentaba en la forma de la agitación aparece ahora, por el lado del producto, como propiedad quieta, en la forma del ser. El trabajador hiló, y el producto es un hilado.

Si se considera el proceso entero desde el punto de vista de su resultado, el producto, entonces, el medio de trabajo y el objeto del trabajo aparecen ambos como medios de producción,[6] y el trabajo mismo como trabajo productivo.[7]

Del proceso de trabajo sale como producto un valor de uso, pero en él se funden como medios de producción otros valores de uso, productos de anteriores procesos de trabajo. El mismo valor de uso que es producto de tal trabajo constituye el medio de producción de tal otro. Por eso los productos no son sólo resultado, sino también condiciones del proceso de trabajo.

Con la excepción de la industria extractiva, que encuentra su objeto de trabajo ya por naturaleza —como la minería, la caza, la pesca, etc. (la agricultura sólo en la medida en que labra por vez primera tierra virgen)—, todas las ramas industriales manejan un objeto que es materia prima, esto es, objeto de trabajo ya filtrado por el trabajo, producto él mismo del trabajo. Así, por ejemplo, la simiente en la agricultura. Animales y plantas que se suele considerar productos naturales son no sólo productos, acaso, del trabajo del año anterior, sino también, en sus formas presentes, productos de una transformación continuada a lo largo de muchas generaciones, bajo control humano y por medio de trabajo humano. Mas por lo que hace a los medios de trabajo en particular, la mayoría aplastante de ellos muestra ya a la mirada más superficial la huella del trabajo pasado.

La materia prima puede constituir la principal sustancia de un producto o bien entrar en su formación sólo como material auxiliar. El medio de trabajo consume la materia auxiliar, como la máquina de vapor consume carbón, la rueca aceite, el caballo de tiro heno; o bien lo añade a la materia prima para obrar en ella una alteración material, como el cloro a la tela por blanquear, o el carbón al hierro, o el

[6] Parece una paradoja, por ejemplo, el llamar medio de producción para la pesca al pez todavía no capturado. Pero aún no se ha inventado el arte de capturar peces en aguas en las que no se encuentran.

[7] Esta determinación del trabajo productivo tal como resulta desde el punto de vista del proceso simple de trabajo no basta de ningún modo para el proceso de producción capitalista.

tinte a la lana; o bien el material auxiliar ayuda a la ejecución del trabajo mismo, como, por ejemplo, los materiales utilizados para iluminar y calentar el local de trabajo. La diferencia entre materia principal y materia auxiliar se desdibuja en la fabricación propiamente química, porque ninguno de los materiales primarios utilizados vuelve a aparecer como sustancia del producto.[8]

Como toda cosa posee muy varias propiedades y, por lo tanto, es capaz de diferentes aplicaciones útiles, un mismo producto puede ser la materia prima de procesos de trabajo muy diferentes. El cereal, por ejemplo, es materia prima para el molinero, el fabricante de almidón, el destilador, el ganadero, etc. Es materia prima de su propia producción en forma de semilla. Y así el carbón sale de la industria minera como producto y vuelve a ella como medio de producción.

Un mismo producto puede servir en un mismo proceso de trabajo como medio de trabajo y como materia prima. Así ocurre al cebar ganado, por ejemplo, caso en el cual el ganado, materia prima trabajada, es al mismo tiempo medio para la obtención de abonos.

Un producto que existe en una forma ya terminada para el consumo puede convertirse de nuevo en materia prima de otro producto, como la uva en materia prima del vino. O bien el trabajo deja su producto en formas en las que sólo es utilizable como materia prima. La materia prima en ese estadio se llama semifabricado, aunque sería mejor llamarla fabricado gradual, como, por ejemplo, el algodón, el hilo, el estambre, etc. Aunque ya es un producto ella misma, la materia prima inicial puede tener que atravesar toda una escala de diferentes procesos en la cual siga funcionando como materia prima en formas constantemente alteradas, hasta el último proceso de trabajo que la despida como medio de vida o medio de trabajo terminado.

Como se ve, el que un valor de uso aparezca como materia prima, medio de trabajo o producto depende integralmente de su función determinada en el proceso de trabajo, del lugar que ocupe en él; y con el cambio de ese lugar cambian aquellas determinaciones.

Los productos pierden, por lo tanto, el carácter de producto al entrar como medios de producción en nuevos procesos de trabajo. Ya no funcionan entonces más que como factores materiales del trabajo vivo. El hilador trata el huso simplemente como medio con el que hila, y la hebra sólo como objeto que hila. Por eso al empezar a hilar está presupuesta la presencia de esos productos. Pero en este proceso mismo es indiferente que la hebra y el huso sean productos de trabajo anterior, como lo es en el acto de la nutrición el que el pan sea producto de los pasados trabajos del campesino, el molinero, el panadero, etc. A la inversa. Si en el proceso de trabajo los medios de producción imponen su carácter de productos de trabajo pasado, será por sus defectos. El cuchillo que no corta, el hilo que se rompe constantemente, etc., hacen recordar vivazmente al cuchillero A y al hilador E. En el producto bien logrado está borrada la mediación de sus propiedades de uso por un trabajo anterior.

[8] Storch distingue entre la materia prima propiamente dicha, «matière», y las materias auxiliares, «matériaux»; Cherbuliez llama a los materiales auxiliares «matières instrumentales».

La máquina que no funciona en el proceso de trabajo es inútil. Además, sucumbe a la violencia destructora del intercambio natural de la materia. El hierro se oxida, la madera se pudre. El hilado que no se teje en telar o con agujas es algodón estropeado. El trabajo vivo tiene que asir esas cosas, despertarlas de entre los muertos, pasarlas de valores de uso sólo posibles a valores de uso reales y activos. Lamidas por el fuego del trabajo, asimiladas como cuerpos a él, animadas para sus funciones conceptuales y vocacionales, son, sin duda, también consumidas, pero con sentido final, como elementos de formación de nuevos valores de uso, de nuevos productos capaces de entrar en el consumo individual o, como medios de producción, en un nuevo proceso de trabajo.

Así, pues, si los productos presentes no son sólo resultado del proceso de trabajo, sino también condiciones de existencia de él, por otra parte, la única manera de mantener y realizar como valores de uso esos productos de trabajo anterior es lanzarlos al proceso de trabajo, tenerlos en contacto con trabajo vivo.

El trabajo desgasta sus elementos materiales, su objeto y sus medios, los devora y es, por lo tanto, también proceso de consumo. Este consumo productivo se distingue del consumo individual por el hecho de que el último consume los productos en cuanto medios de vida del individuo vivo, mientras que el primero los consume como medios de vida del trabajo, de su fuerza de trabajo en obra. Por eso el producto del consumo individual es el consumidor mismo, mientras que el resultado del consumo productivo es un producto distinto del consumidor.

En la medida en que su medio y su objeto son ellos mismos ya productos, el trabajo consume productos para producir productos, o bien usa hasta agotarlos productos como medios de producción de productos. Originariamente el proceso de trabajo procede sólo entre el ser humano y la tierra que existe sin intervención suya; y hoy siguen sirviendo en ese proceso medios de producción presentes de modo natural, que

no representan ninguna combinación de material natural y trabajo humano.

El proceso de trabajo, tal como lo hemos expuesto en sus momentos simples y abstractos, es actividad finalística para la producción de valores de uso, apropiación de lo natural para necesidades humanas, condición general del intercambio material entre el ser humano y la naturaleza, eterna condición natural de la vida humana y, por lo tanto, independiente de toda forma de esa vida, común por igual a todas sus formas de sociedad. Por eso no nos ha sido necesario presentar al trabajador en su relación con otros trabajadores. Bastaba con el ser humano y su trabajo por un lado, y la naturaleza y sus materias por el otro. Del mismo modo que por el sabor del trigo no se puede saber quién lo ha cultivado, así tampoco se puede percibir en ese proceso las condiciones en las cuales discurre, si bajo el látigo brutal del capataz de esclavos o bajo los ojos temerosos del capitalista, si lo ha ejecutado Cincinato al trabajar su par de iúgera *[65] o el salvaje que con un guijarro derriba una bestia.[9]

Volvamos a nuestro capitalista in spe.*[66] Lo dejamos cuando ya había comprado en el mercado de mercancías todos los factores necesarios para un proceso de trabajo, los factores materiales, o medios de producción, y el factor personal, o fuerza de trabajo. Con aguda mirada de entendido ha seleccionado los medios de producción y las fuerzas de trabajo oportunas para su particular negocio, la hilatura, o la fabricación de calzado, etc. Nuestro capitalista se pone, pues, ahora a consumir la mercancía que ha comprado, la fuerza de trabajo: esto es, hace que el portador de la fuerza de trabajo, el trabajador, consuma con su trabajo los medios de producción. Como es natural, la naturaleza general del proceso de trabajo no se altera por el hecho de que el trabajador lo ejecute para el capitalista, en vez de para sí mismo. Pero tampoco el modo determinado de hacer botas o de hilar fibra

[9] Seguramente sobre esa base supremamente lógica descubre el coronel Torrens en el guijarro del salvaje ... el origen del capital. «En el primer guijarro que el salvaje arroja a la bestia a la que persigue, en el primer palo que aferra para atraerse abajo el fruto que no puede alcanzar con las manos, vemos la apropiación de un artículo con el fin de adquirir otro y descubrimos así el origen del capital.» (R. TORRENS, *An Essay on the Production of Wealth,* etc., págs. 70, 71.) Y a lo mejor se puede explicar también por aquel primer bastón <*stock*> por qué en inglés stock es sinónimo de capital.

*[65] Yugada, unidad (agrícola) de superficie.

*[66] En ciernes.

puede alterarse, por de pronto, por la intromisión del capitalista. Éste tiene que tomar, para empezar, la fuerza de trabajo tal como la encuentra en el mercado y, por lo tanto, también su trabajo tal como éste nació en un período en el cual no había aún capitalistas. La transformación del modo de producción mismo por la subordinación del trabajo al capital no puede ocurrir sino más tarde, y, por lo tanto, también hay que considerarla más tarde.

Ahora bien: el proceso de trabajo tal como discurre como proceso de consumo de la fuerza de trabajo por el capitalista muestra dos fenómenos peculiares.

El trabajador trabaja bajo el control del capitalista al que pertenece su trabajo. El capitalista vigila que el trabajo proceda como es debido y que los medios de producción se utilicen de acuerdo con su fin, o sea, que no se desperdicie materia prima y que el instrumento de trabajo sea cuidado, esto es, destruido sólo en la medida en que lo impone su utilización en el trabajo.

Pero, en segundo lugar, el producto es propiedad del capitalista, no del productor directo, el trabajador. El capitalista paga, por ejemplo, el valor diario de la fuerza de trabajo. Su uso, como el de cualquier otra mercancía que haya alquilado por un día —un caballo, por ejemplo—, le pertenece, pues, por todo el día. El uso de la mercancía pertenece al comprador de la mercancía, y de hecho el poseedor de la fuerza de trabajo, al dar su trabajo, no da más que el valor de uso que ha vendido. Desde el momento en que entró en el taller del capitalista, perteneció al capitalista el valor de uso de su fuerza de trabajo, o sea, su uso, el trabajo. Mediante la compra de la fuerza de trabajo el capitalista ha incorporado el trabajo mismo, levadura viva, o los inertes elementos formadores del producto, que también le pertenecen a él. Desde su punto de vista, el proceso de trabajo no es sino el consumo de la mercancía fuerza de trabajo que él ha comprado, pero que no puede consumir más que añadiéndole medios de producción. El proceso de trabajo es un proceso entre cosas que el capitalista ha comprado, entre cosas que le pertenecen. Por eso el producto de ese proceso le pertenece exactamente igual que el producto del proceso de fermentación que discurre en su bodega.[10]

[10] «Los productos son apropiados antes de que se transformen en capital; esta transformación no los sustrae a aquella apropiación.» (CHERBULIEZ, *Richesse ou Pauvreté,* édit. Paris 1841, pág. 54.) «Al vender su trabajo por una cantidad determinada de medios de vida (approvisionnement), el proletario renuncia totalmente a toda participación en el producto. La apropiación del producto sigue siendo la misma que antes; no queda alterada de ningún modo por el citado

2. *Proceso de valorización*

El producto —la propiedad del capitalista— es un valor de uso: hilo, botas, etc. Pero aunque las botas, por ejemplo, constituyen en cierto sentido la base del progreso social y nuestro capitalista es un progresista resuelto, en realidad él no fabrica las botas por sí mismas. El valor de uso no es desde luego el objeto qu'on aime pour lui-même *[67] en la producción mercantil. En ésta no se produce valores de uso sino porque y en la medida en que son sustrato material del valor de cambio, portadores del valor de cambio. A nuestro capitalista le importan dos cosas. En primer lugar, quiere producir un valor de uso que tenga valor de cambio, un artículo destinado a la venta, una mercancía. Y, en segundo lugar, quiere producir una mercancía cuyo valor sea superior a la suma de los valores de las mercancías requeridas para su producción, los medios de producción y la fuerza de trabajo por los cuales anticipó en el mercado su buen dinero. El capitalista no quiere sólo producir un valor de uso, sino también producir una mercancía, no sólo valor de uso, sino valor, y no sólo valor, sino también más-valor, plusvalía.

En realidad, puesto que aquí se trata de producción mercantil, es evidente que hasta el momento no hemos considerado más que un lado del proceso. Del mismo modo que la mercancía misma es una unidad de valor de uso y valor, así también su proceso de producción tiene que ser una unidad de proceso de trabajo y proceso de formación de valor.

Consideremos, pues, el proceso de producción también como proceso de formación de valor.

---

acuerdo. El producto pertenece exclusivamente al capitalista, que ha suministrado las materias primas y el approvisionnement. Ésta es la rigurosa consecuencia de la ley de la apropiación, cuyo principio fundamental era, a la inversa, el derecho exclusivo de propiedad de cada trabajador sobre su producto.» (*Ibid.*, pág. 58.) James Mill, *Elements of Pol. Econ.*, etc., págs. 70, 71: «Cuando los trabajadores trabajan por salario, el capitalista es propietario no sólo del capital» (aquí quiere decir los medios de producción), «sino también del trabajo (of the labour also). Si, como es usual, se incluye en el concepto de capital lo que se paga por salario, es insulso hablar del trabajo separado del capital. La palabra capital en este sentido incluye ambas cosas, el capital y el trabajo.»

---

*[67] Amado por él mismo.

Sabemos que el valor de toda mercancía se determina por la cantidad del trabajo materializado en su valor de uso, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Esto vale también respecto del producto que quedó para nuestro capitalista como resultado del proceso de trabajo. Se trata, pues, por de pronto de calcular el trabajo objetivado en ese producto.

Sea, por ejemplo, hilado.

Para producir el hilo hizo ante todo falta su materia prima, por ejemplo, 10 libras de algodón. No hace falta ahora investigar qué es el valor del algodón, pues el capitalista lo ha comprado en el mercado por su valor, por ejemplo, 10 sh. En el precio del algodón se encuentra ya representada como trabajo genéricamente social la cantidad de trabajo requerida para su producción. Supondremos, además, que la masa de los husos desgastados en la elaboración —masa con la que representaremos todos los demás medios de trabajo utilizados— posee un valor de 2 sh. Si una masa de oro de 12 sh. es producto de 24 horas de trabajo, o sea, de dos días de trabajo, de ello se sigue, por de pronto, que en el hilado están materializadas dos jornadas de trabajo.

No debe confundir la circunstancia de que el algodón ha cambiado de forma y la masa desgastada de los husos ha desaparecido completamente. De acuerdo con la ley general del valor, 10 libras de hilado, por ejemplo, son un equivalente de 10 libras de algodón y 1/4 de huso, si el valor de 40 libras de hilado es=al valor de 40 libras de algodón+el valor de un huso entero, esto es, si se exige el mismo tiempo de trabajo para producir los dos miembros de esa igualdad. En este caso, un mismo tiempo de trabajo se presenta una vez en el valor de uso hilado y otra vez en los valores de uso algodón y huso. El valor es, pues, indiferente respecto de su presentación en hilado, husos o algodón. El hecho de que los husos y el algodón, en vez de estarse tranquilamente quietos los unos al lado del otro, se combinen en el proceso de hilatura, alterando su forma y transformándolos en hilado no afecta a su valor ni más ni menos que lo que le habría afectado el que mediante simple trueque se hubieran cambiado por un equivalente en hilado.

El tiempo de trabajo requerido para la producción del algodón es parte del tiempo de trabajo requerido para la producción del hilado cuya materia prima constituye y, por lo tanto, está contenido en el hilado. Lo mismo ocurre con el tiempo de trabajo requerido para la producción de la masa de husos sin cuyo desgaste o consumo no se puede hilar el algodón.[11]

[11] «El trabajo directamente aplicado a mercancías no es el único que influye

En la medida, pues, en que se considera el valor del hilado, el tiempo de trabajo requerido para su producción, se puede considerar como diferentes fases sucesivas de un mismo y único proceso de trabajo los procesos de trabajo distintos y particulares, separados temporal y espacialmente, que se tienen que recorrer para producir el algodón mismo y la masa de huso desgastada y, finalmente, para hacer hilado del algodón y los husos. Todo el trabajo contenido en el hilado es trabajo pasado. Es una circunstancia del todo indiferente el que el tiempo de trabajo exigido para la producción de sus elementos constitutivos haya transcurrido anteriormente, se encuentre en pluscuamperfecto, mientras que el trabajo directamente aplicado al proceso final, el hilado, se encuentra más cerca del presente, en perfecto. Si para la edificación de una casa hace falta una determinada masa de trabajo, por ejemplo, 30 jornadas, la cantidad total de tiempo de trabajo incorporada a la casa no se altera en nada por el hecho de que el 30° día de trabajo entre en la producción 29 días más tarde que la primera jornada de trabajo. Y así también el tiempo de trabajo contenido en el material de trabajo y los medios de trabajo se puede considerar perfectamente como si se hubiera empleado en un estadio anterior del proceso de hilatura, antes del trabajo aportado al final en forma de hilar.

Así, pues, los valores de los medios de producción —el algodón y los husos— expresos en el precio de 12 sh. constituyen elementos del valor del hilado, del valor del producto.

Pero se tienen que cumplir dos condiciones. En primer lugar, el algodón y los husos tienen que haber servido realmente para la producción de un valor de uso. En nuestro caso, de ellos tiene que haber salido hilo. Le es indiferente al valor que su portador sea tal o cual valor de uso; pero alguno tiene que serlo. En segundo lugar, se presupone que se ha empleado exclusivamente el tiempo de trabajo necesario en las condiciones sociales de producción dadas. Por lo tanto, si para hilar 1 libra de hilo no hace falta más que una libra de algodón, no se tiene que haber consumido más que 1 libra de algodón en la formación de 1 libra de hilado. Lo mismo con los husos. Si el capitalista tiene la ocurrencia de utilizar husos de oro en vez de husos de hierro, en el valor del hilado cuenta sólo, a pesar de ello, el trabajo socialmente necesario, esto es, el tiempo de trabajo necesario para la producción de husos de hierro.

---

en su valor, sino que también influye el trabajo aplicado a aparatos, instrumentos y edificios que sostienen el trabajo directamente empleado.» (RICARDO, *loc. cit.*, pág. 16.)

Ya sabemos qué parte del valor del hilado constituye los medios de producción, esto es, el algodón y los husos. Es igual a 12 sh., o sea, materialización de dos jornadas de trabajo. Ahora se trata de la parte de valor que añade al algodón el trabajo mismo del hilandero.

Ahora tenemos que contemplar ese trabajo desde un punto de vista del todo diferente del que adoptábamos durante el proceso de trabajo. Entonces se trataba de la actividad finalística de convertir algodón en hilado. Cuanto más adecuado a ese fin sea el trabajo, tanto mejor será el hilado, suponiendo que todas las demás circunstancias permanezcan idénticas. El trabajo del hilandero era específicamente distinto de otros trabajos productivos, y la diversidad se manifestaba subjetiva y objetivamente en la particular finalidad de la operación de hilar, en el modo particular de practicar ésta, en la particular naturaleza de sus medios de producción, en el particular valor de uso de su producto. El algodón y los husos sirven de medios de vida del trabajo de hilatura, y no es posible hacer con ellos cañones de ánima rayada. En cambio, en la medida en que el trabajo del hilandero es formador de valor, esto es, fuente de valor, no es en nada diferente del trabajo del armero o bien, cosa que está más cerca de nuestro caso, del trabajo del campesino cultivador del algodón y del del artífice de los husos, trabajos realizados en los medios de producción del hilado. Precisamente por obra de esa identidad, el cultivo del algodón, la fabricación de husos y el hilar pueden constituir partes de diversidad meramente cuantitativa de un mismo valor conjunto, el valor del hilado. Aquí no se trata ya de la cualidad, de la naturaleza y el contenido del trabajo, sino sólo de su cantidad. Ésta es fácil de contar. Suponemos que el trabajo de hilatura es trabajo simple, trabajo social medio. Más tarde se verá que la suposición contraria no altera en nada la cuestión.

Durante el proceso de trabajo el trabajo muta constantemente de la forma de la agitación a la forma del ser, de la forma del movimiento a la de la materialidad. Al final de una hora el movimiento de hilar está materializado en una cierta cantidad de hilado, y, por lo tanto, una determinada cantidad de trabajo, una hora de trabajo, está materializada en el algodón. Decimos hora de trabajo, esto es, el gasto de la fuerza vital del hilandero durante una hora, pues el trabajo de hilar no se tiene en cuenta aquí más que en la medida en que es gasto de fuerza de trabajo, no en cuanto es el trabajo específico del hilandero.

Ahora bien: es de importancia decisiva el que mientras dure el proceso, esto es, mientras dure la conversión de algodón en hilado, se consuma sólo el tiempo de trabajo socialmente necesario. Si en cir-

cunstancias normales de la producción —esto es, en circunstancias sociales medias— *a* libras de algodón se tienen que convertir, en una hora de trabajo, en *b* libras de hilado, entonces sólo se puede tener en cuenta la jornada de trabajo como jornada de 12 horas que convierte $12 \times a$ libras de algodón en $12 \times b$ libras de hilado. Pues sólo cuenta como formador de valor el tiempo de trabajo socialmente necesario.

Al igual que el trabajo mismo, también la materia prima y el producto aparecen aquí bajo una luz muy diferente de la que los ilumina desde el punto de vista del proceso de trabajo propiamente dicho. La materia prima vale aquí sólo como aspirador de una determinada cantidad de trabajo. Mediante esa absorción se transforma efectivamente en hilado la materia prima, porque la fuerza de trabajo se gastó y se le añadió en forma de hilatura. Y el producto, el hilado, no es ya más que escala con la que medir el trabajo absorbido por el algodón. Si en una hora se hila 1 2/3 libras de algodón, es decir, se convierten en 1 2/3 libras de hilado, entonces 10 libras de hilado indican 6 horas de trabajo sorbidas. Cantidades de producto determinadas y fijadas por experiencia no representan ahora más que determinadas cantidades de trabajo, determinadas masas de tiempo de trabajo cuajado. No son ya más que materialización de una hora, dos horas, una jornada de trabajo social.

El que el trabajo sea hilatura, el material algodón y el producto hilado resulta ahora tan indiferente como el que el objeto de trabajo sea él mismo ya producto, es decir, materia prima. Si el trabajador estuviera ocupado en la mina de carbón, en vez de en la hilatura, el objeto del trabajo, el carbón, se daría naturalmente. Pese a ello, una determinada cantidad de carbón arrancada de la veta —un quintal, por ejemplo— representaría una cantidad determinada de trabajo absorbido.

Al hablar de la venta de la fuerza de trabajo se supuso que su valor diario era = a 3 sh., y que en estos 3 sh. están encarnadas 6 horas de trabajo, es decir, que se requiere esa cantidad de trabajo para producir la suma media de los medios de vida diarios del trabajador. Pues bien: nuestro hilandero convierte durante una hora de trabajo 1 2/3 libras de algodón en 1 2/3 libras de hilo,[12] o sea, en 6 horas 10 libras de algodón en 10 libras de hilado. Así, pues, en la duración del proceso de hilatura el algodón absorbe 6 horas de trabajo. Ese mismo tiempo de trabajo queda representado en una cantidad de oro de 3 sh. El trabajo de hilar añade, pues, al algodón un valor de 3 sh.

[12] Esos números son completamente arbitrarios.

Examinemos ahora el valor total del producto, de las 10 libras de hilado. En este producto están materializadas 2 1/2 jornadas de trabajo: dos jornadas contenidas en el algodón y la masa desgastada de los husos y 1/2 jornada absorbida durante el proceso de hilatura. Ese mismo tiempo de trabajo se presenta en una masa de oro de 15 sh. El precio adecuado al valor de las 10 libras de hilado importa, pues, 15 sh., y el precio de una libra de hilado 1 sh. 6 d.

Nuestro capitalista se para sorprendido. El valor del producto es igual al valor del capital adelantado. El valor adelantado no se ha valorizado, no ha engendrado plusvalía, el dinero, pues, no se ha convertido en capital. El precio de las 10 libras de hilado es 15 sh., y 15 sh. se gastaron en el mercado de mercancías por los elementos constituyentes del producto, esto es, por los factores del proceso de trabajo: 10 sh. por el algodón, 2 sh. por la masa de huso desgastada y 3 sh. por la fuerza de trabajo. El que se haya hinchado el valor del hilado no sirve para nada, pues su valor no es más que la suma de los valores antes repartidos entre el algodón, los husos y la fuerza de trabajo, y nunca jamás puede surgir una plusvalía de semejante mera adición de valores ya presentes.[13] Ahora todos esos valores se han concentrado en una cosa, pero igualmente concentrados estaban en la suma de dinero de 15 sh. antes de que ésta se dispersara a través de tres compras de mercancías.

En sí mismo, ese resultado no es asombroso. El valor de una libra de hilado es 1 sh. 6 d., y por eso nuestro capitalista habría tenido que pagar en el mercado 15 sh. por 10 libras de hilado. Tanto si se compra su casa privada ya construida en el mercado cuanto si la manda edificar él mismo, ninguna de esas operaciones aumentará el dinero invertido en la adquisición de la casa.

El capitalista, que anda bien orientado en la economía vulgar, dice tal vez que ha adelantado su dinero con la intención de hacer de él más dinero. Pero el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones, y nuestro capitalista habría podido también perfectamente

[13] Ésta es la proposición fundamental en que se basa la doctrina de los fisiócratas que afirma la improductividad de todo trabajo no agrícola, y es un fundamento inconmovible para todos los economistas ... especialistas. «Este modo de imputar a un único objeto el valor de varios otros» (por ejemplo, a la fibra de lino el sustento del tejedor), «o sea, por así decirlo, ese amontonar en capas valores diferentes encima de uno solo, hace que éste aumente en la misma medida... La expresión adición caracteriza muy bien el modo como se forma el precio de los productos artesanos; este precio no es más que la suma total de varios valores usados y sumados; pero adicionar no quiere decir multiplicar.» (Mercier de la Rivière, *loc. cit.*, pág. 599.)

abrigar la intención de hacer dinero sin producir.[14] Se pone a amenazar. Que nunca más le cogerán. Que de ahora en adelante comprará la mercancía ya terminada en el mercado, en vez de fabricarla él mismo. Pero, si todos sus hermanos capitalistas hacen lo mismo, ¿dónde va a encontrar mercancía en el mercado? Y no va a comer dinero. Entonces se pone a catequizar: que se tenga en cuenta su abstinencia. Podía haber derrochado sus 15 sh. En vez de eso, los ha consumido productivamente y ha hecho de ellos hilado. Y a cambio de ello disfruta ahora de la posesión de hilado, en vez de remordimientos. Desde luego que no ha de caer en el papel del atesorador que nos mostró lo que da de sí la ascética. Además, donde nada hay, ni el emperador tiene derechos. Cualquiera que sea el mérito de su privación, no hay nada con que recompensarle, puesto que el valor del producto que nace del proceso es simplemente igual a la suma de los valores mercantiles arrojados al mismo. Que se consuele, pues, pensando que la virtud tiene su premio en sí misma. Pero en vez de eso nuestro capitalista se pone pesado. Que el hilo no le sirve para nada. Que lo ha producido para la venta. Pues que lo venda, o, todavía más sencillo, que en el futuro no produzca más que cosas para satisfacer sus propias necesidades, receta que ya su médico de cabecera McCulloch le ha prescrito como remedio comprobado contra la epidemia de sobreproducción. El capitalista se planta tozudamente sobre las partes traseras. ¿Es que el trabajador, sin más que sus brazos, va a producir con su trabajo figuras en el aire, mercancías? ¿No ha sido él el que le ha dado el material con el cual y en el cual únicamente puede el trabajador hacer carne su trabajo? Y, puesto que la mayor parte de la sociedad está compuesta por tales pobres de solemnidad, ¿no ha prestado él a la sociedad un servicio inconmensurable con sus medios de producción, su algodón y sus husos, no lo ha prestado al trabajador mismo, al que, por si eso fuera poco, proveyó además de medios de vida? ¿Y no va a poder meter ese servicio en la cuenta? Pero ¿no le ha prestado el trabajador el servicio recíproco de convertir algodón y husos en hilado? Además, aquí no se trata de servicios.[15] Un servicio

[14] Así, por ejemplo, en 1844-1847 sustrajo parte de su capital a los negocios productivos, para disiparlo en especulaciones con acciones de compañías de ferrocarril. Y así también, en la época de la guerra civil norteamericana, cerró la fábrica y echó a los trabajadores fabriles a la calle para jugar en la bolsa del algodón de Liverpool.

[15] «Deja que ensalcen, que adornen y pulan... Que el que toma más o mejor» (de lo que da), «eso es usura, y no se dice que ha hecho servicio a su prójimo, sino daño, como con el hurtar y arrebatar. No todo lo que se llama servicio y beneficio es servicio y beneficio al prójimo. Pues una adúltera y un

no es sino el efecto útil de un valor de uso, ya sea la mercancía, ya sea el trabajo.[16] Pero lo que aquí cuenta es el valor de cambio. El capitalista pagó al trabajador el valor de 3 sh. El trabajador le dio a cambio un equivalente exacto en el valor de 3 sh. añadido al algodón. Valor por valor. Y ahora de repente nuestro amigo, tan engreído hasta hace un momento de su capital, adopta la modesta actitud de su propio trabajador. ¿Acaso no ha trabajado él mismo? ¿No ha hecho él trabajo de vigilancia, de supervisión del hilandero? ¿Y no forma también valor ese trabajo suyo? Su propio overlooker *[68] y su manager se encogen de hombros. Mientras tanto, el capitalista ha vuelto a asumir, con alegre sonrisa, su vieja fisionomía. Toda esa letanía ha sido para tomarnos el pelo. El asunto no le importa un higo seco. Nuestro capitalista confía esos y otros subterfugios no menos podridos y semejantes patrañas vacías a los profesores de economía política, especialmente pagados para eso. Él, por su parte, es un hombre práctico que, ciertamente, no medita siempre en lo que dice fuera del negocio, pero sabe siempre lo que hace en el negocio.

Miremos más de cerca. El valor diario de la fuerza de trabajo importaba 3 sh. porque en ella misma está objetivada media jornada de trabajo, esto es, porque los medios de vida necesarios para producir diariamente esa fuerza de trabajo cuestan media jornada de trabajo. Pero el trabajo pasado que está en la fuerza de trabajo y el trabajo vivo que esa fuerza de trabajo puede suministrar, o sea, sus costes diarios de mantenimiento y su gasto diario, son dos magnitudes enteramente distintas. La primera determina el valor de cambio de la fuerza de trabajo; la segunda, su valor de uso. El que haga falta media jornada de trabajo para mantenerle en vida durante 24 horas no impide

adúltero se hacen el uno al otro grande servicio y gusto. Un jinete hace gran servicio de jinete a un asesino incendiario ayudándole a robar por los caminos, saqueando tierras y gentes. Los papistas hacen a los nuestros grande servicio no ahogándolos a todos, quemándolos, asesinándolos, dejándolos pudrirse en mazmorras, sino que dejan vivir a algunos y los persiguen, o les toman lo que tienen. El mismo Diablo hace a sus servidores grande e infinito servicio... En suma, el mundo está lleno de grande, acertado y cotidiano servicio y beneficencia.» (MARTIN LUTHER, *An die Pfarrherrn, wider den Wucher zu predigen* etc., Wittenberg 1540.)

[16] En *Zur Kritik der Pol. Oek.* [*Contribución a la crítica de la ec. pol.*, OME 21] observo a este propósito en la página 14 por ej.: «Se comprenderá qué "servicio" ha de prestar la categoría "servicio" (service) a economistas de la especie de J. B. Say y F. Bastiat.»

*[68] *Overlooker*: vigilante; *manager*: director, gerente.

en modo alguno al trabajador trabajar un día entero. Así, pues, el valor de la fuerza de trabajo y su valorización en el proceso de trabajo son dos magnitudes diferentes. El capitalista tenía presente esa diferencia de valor al comprar la fuerza de trabajo. La útil propiedad de ésta de hacer hilado o botas era una conditio sine qua non *[69] simplemente porque el trabajo, para formar valor, se tiene que gastar de forma útil. Pero lo decisivo fue el valor de uso, específico de esa mercancía, que consiste en ser fuente de valor, y de más valor que el que ella tiene. Éste es el servicio específico que el capitalista espera de esta mercancía. Y en esto procede de acuerdo con las leyes eternas del intercambio de mercancías. El vendedor de la fuerza de trabajo, como el vendedor de cualquier otra mercancía, realiza de hecho el valor de cambio de ésta y enajena su valor de uso. No puede obtener el uno sin entregar el otro. El valor de uso de la fuerza de trabajo, el trabajo mismo, no pertenece a su vendedor, del mismo modo que el valor de uso del aceite vendido no pertenece al tendero. El poseedor de dinero ha pagado el valor diario de la fuerza de trabajo; por ello le pertenece su uso durante el día, el trabajo del día. La circunstancia de que el mantenimiento cotidiano de la fuerza de trabajo cueste sólo media jornada de trabajo, mientras que la fuerza de trabajo puede actuar, trabajar, un día entero, la circunstancia, por tanto, de que el valor que su uso crea durante un día sea el doble que su propio valor diario, es una especial suerte del comprador, pero en modo alguno una injusticia infligida al vendedor.

Nuestro capitalista había previsto este caso que le da risa.*[70] Por eso el trabajador encuentra en el taller los medios de producción necesarios no ya para un proceso de trabajo de seis horas, sino para uno de doce. Si 10 libras de algodón absorbían 6 horas de trabajo y se convertían en 10 libras de hilado, entonces 20 libras de algodón sorberán 12 horas de trabajo y se convertirán en 20 libras de hilado. Consideremos el producto de ese proceso de trabajo ampliado. Ahora están objetivadas en las 20 libras de hilados 5 jornadas de trabajo: 4 en la masa de algodón y husos consumida, 1 absorbida por el algodón durante el proceso de hilatura. Pero la expresión de 5 jornadas de trabajo en oro es 30 sh., o sea, 1 libr. est. 10 sh. Éste es, pues, el precio de las 20 libras de hilado. La libra de hilado sigue costando 1 sh. 6 d., igual que antes. Pero la suma de valores de las mercancías echadas al proceso importaba 27 sh. El valor del hilado importa 30 sh. El valor del producto ha aumentado 1/9 por encima del valor adelantado para su producción. Los 27 sh. se han convertido así en 30 sh. Han engordado con una plusvalía de 3 sh. Finalmente se logró el escamoteo: el dinero se ha convertido en capital.

*[69] Condición necesaria.

*[70] Evocación del *Faust* de GOETHE, Parte primera, versos 1323-1324: cuando el perro de aguas que sigue a Fausto hasta su estudio se transforma en una diabólica nube fantasmal y luego, por obra de los exorcismos de Fausto, se rinde a éste encarnándose en forma de bachiller vagabundo, Fausto exclama: «¡Esto era, pues, la carne del perrillo! / ¡Un bachiller errante! El caso me da risa.» La expresión «la carne del perrillo» ha cobrado en alemán el sentido de «el meollo del asunto»: la evocación de Marx apunta a ese contexto de revelación, aludiendo a lo oculto en la paradoja aparente que constituye la obtención de plusvalía sin violación de la ecuación de valor.

Todas las condiciones del problema han quedado satisfechas y no se han lesionado en nada las leyes del intercambio de mercancías. Se ha cambiado equivalente por equivalente. El capitalista pagó, en cuanto comprador, cada mercancía por su valor: el algodón, la masa de los husos, la fuerza de trabajo. Hizo luego lo que hace cualquier otro comprador de mercancías. Consumió su valor de uso. El proceso de consumo de la fuerza de trabajo, que es al mismo tiempo proceso de producción de la mercancía, arrojó un producto de 20 libras de hilado, de un valor de 30 sh. El capitalista vuelve entonces al mercado y vende mercancía, después de haber comprado. Vende la libra de hilado a 1 sh. 6 d., ni un ápice por encima o por debajo de su valor. Y, sin embargo, toma de la circulación 3 sh. más de los que al principio lanzó a ella. Todo ese decurso, esa conversión de su dinero en capital, ocurre en la esfera de la circulación y no ocurre en ella. Ocurre por la mediación de la circulación, porque el proceso está condicionado por la compra de la fuerza de trabajo en el mercado de mercancías. No ocurre en la circulación, pues ésta inicia sólo el proceso de valorización, que en realidad se desarrolla en la esfera de la producción. Y así va «tout pour le mieux dans le meilleur des mondes possibles».*[71]

Al convertir el capitalista dinero en mercancías que sirven de constituyentes materiales de un producto nuevo, o de factores del proceso de trabajo, al incorporar el capitalista a la muerta materialidad de esos elementos y factores la fuerza de trabajo viva, convierte valor, trabajo muerto, pasado, objetivado, en capital, en valor que se valoriza a sí mismo, en un monstruo animado que empieza a «trabajar» como si tuviera amor en el cuerpo.*[72]

Si comparamos el proceso de formación de valor con el proceso de valorización, resulta que el proceso de valorización no es más que un proceso de formación de valor prolongado más allá de cierto punto. Si

*[71] «Todo para óptimo en el mejor mundo posible», Voltaire en *Candide*.

*[72] Cita, también irónica, del *Faust* (Parte primera, verso 2.132): el ser que se agita en esa escena «como si tuviera amor en el cuerpo» es una rata envenenada.

el proceso de formación de valor no dura más que hasta el punto en el cual el valor de la fuerza de trabajo pagado por el capital se sustituye por un nuevo equivalente, no pasa de ser simple proceso de formación de valor. Si el proceso de formación de valor prosigue más allá de ese punto, se convierte en proceso de valorización.

Si luego comparamos el proceso de formación de valor con el proceso de trabajo, este último consiste en el trabajo útil que produce valor de uso. El movimiento se considera aquí cualitativamente, según su modo particular, de acuerdo con su finalidad y con su contenido. En el proceso de formación de valor, ese mismo proceso de trabajo se presenta sólo por su lado cuantitativo. Aquí se trata ya sólo del tiempo que necesita el trabajo para su operación, es decir, del período durante el cual se gasta útilmente la fuerza de trabajo. Tampoco las mercancías que entran en el proceso de trabajo valen ya aquí como factores materiales funcionalmente determinados de una fuerza de trabajo que actúa según fines. Cuentan sólo como cantidades determinadas de trabajo objetivado. El trabajo cuenta ya sólo según la medida de su tiempo, igual si está contenido en los medios de producción que si se trata del añadido por la fuerza de trabajo. El trabajo importa tantos o cuantos días, horas, etc.

Pero no cuenta más que en la medida en que el tiempo gastado en la producción del valor de uso es tiempo socialmente necesario. Y esto abarca varias cosas. La fuerza de trabajo tiene que funcionar en condiciones normales. Si el medio de trabajo dominante en la hilatura es la hiladora mecánica, entonces no se puede entregar al trabajador una rueca. Tampoco tiene que recibir, en vez de algodón de calidad normal, recuperado que se rompa a cada instante. En los dos casos indicados gastaría para producir una libra de hilado más tiempo de trabajo que el socialmente necesario, pero ese tiempo excesivo no constituiría valor o dinero. El carácter normal de los factores materiales del trabajo no depende, empero, del trabajador, sino del capitalista. Otra condición es el carácter normal de la fuerza de trabajo misma. La fuerza de trabajo tiene que poseer la media dominante de habilidad, preparación y velocidad en la especialidad en que se aplique. Pero nuestro capitalista compró en el mercado de trabajo fuerza de trabajo de calidad normal. Esta fuerza se tiene que gastar con la corriente media de esfuerzo, con el grado de intensidad socialmente habitual. El capitalista vela por ello tan ansiosamente como porque no se despilfarre tiempo alguno sin trabajar. El capitalista ha comprado la fuerza de trabajo por un determinado período de tiempo. Está resuelto a que no le quiten lo suyo. No quiere que se le robe. Por último, no se tiene

que producir ningún consumo de materia prima o medios de trabajo contrario a los fines, porque el material o los medios de trabajo derrochados representan cantidades de trabajo objetivado gastadas superfluamente, o sea, que no cuentan y no pasan al producto de la formación de valor.[17] Para esto tiene el señor capitalista su propio code pénal.*[74]

Como se ve, la diferencia entre trabajo que crea valor de uso y el mismo trabajo en cuanto crea valor, que se consiguió antes por el análi-

[17] Ésta es una de las circunstancias que encarecen la producción basada en esclavitud. En ésta, y según la acertada expresión de los antiguos, el trabajador no ha de distinguirse del animal, instrumentum semivocale,*[73] y de la muerta herramienta de trabajo, instrumentum mutum, más que por ser instrumentum vocale. Pero el trabajador mismo hace notar al animal y al instrumento de trabajo que no es igual que ellos, sino un ser humano: se procura el autosentimiento de su diferencia respecto de ellos maltratándolos y estropeándolos con amore. Por eso en ese modo de producción se tiene como principio económico el no utilizar más que los instrumentos de trabajo más groseros, pesados, pero, precisamente por su grosería, difíciles de destruir. Por eso hasta el comienzo de la guerra civil había en los estados esclavistas del golfo de México arados de estilo chino antiguo, los cuales remueven la tierra como un puerco o un topo, pero no la agrietan ni la voltean. Cfr. J. E. Cairnes, *The Slave Power,* London 1862, págs. 46 ss. En su obra *Seaboard Slave States,* [págs. 46, 47], Olmsted cuenta entre otras cosas: «Me han enseñado aquí instrumentos con los cuales entre nosotros ninguna persona razonable cargaría al trabajador al que paga un salario. Su peso extraordinario y su grosería tienen que dificultar, en mi opinión, el trabajo hecho con ellos por lo menos en un 10 por ciento respecto del hecho con las herramientas corrientemente utilizadas entre nosotros. Pero me aseguran que, dado el modo negligente y brutal como los utilizan, según parece, los esclavos, no es posible confiar a éstos con éxito herramientas más ligeras o menos rudas; herramientas como las que nosotros confiamos a nuestros trabajadores —y, ciertamente, con buena ganancia para nosotros— no durarían más de un día en ningún campo de cereales de Virginia, pese a que el terreno es más blando y menos pedregoso que el nuestro. A mi pregunta de por qué se sustituyen tan generalmente en las granjas los caballos por mulos me contestaron también, con una primera razón según ellos decisiva, que los caballos no aguantan el trato que les dan constante e inevitablemente los negros. Los negros atemorizan en poco tiempo a los caballos y los pegan hasta lisiarlos, mientras que los mulos aguantan las palizas y la falta de un par de piensos de vez en cuando sin sufrir perjuicio físico. Tampoco se enfrían ni enferman porque no los cuiden o porque los hagan trabajar demasiado. No me hace falta ir más allá de la ventana de la habitación en la que escribo para ver casi cada vez un modo de tratar el ganado que para todo farmer *[75] del norte significaría el despido inmediato del mozo de cuadra.»

---

*[73] instrumentum vocale, semivocale, mutum: instrumento parlante, semiparlante, mudo.

*[74] Código Penal.

*[75] Granjero.

sis de la mercancía, se ha presentado ahora como distinción entre los diferentes lados del proceso de producción.

El proceso de producción, en cuanto unidad de proceso de trabajo y proceso de formación de valor, es proceso de producción de mercancías; en cuanto unidad de proceso de trabajo y proceso de valorización, es proceso de producción capitalista, forma capitalista de la producción de mercancías.

Antes se indicó que para el proceso de valorización es del todo indiferente que el trabajo que se apropia el capitalista sea trabajo simple, trabajo social medio, o trabajo complicado, trabajo de mayor peso específico. El trabajo que se considera superior, más complicado, respecto del trabajo social medio es exteriorización de una fuerza de trabajo en la que entran costes de formación más elevados, cuya producción cuesta más tiempo de trabajo y que, por lo tanto, tiene un valor superior al de la fuerza de trabajo simple. Siendo el valor de esta fuerza más elevado, se manifiesta, consiguientemente, en trabajo también superior y se objetiva, por lo tanto, en los mismos tiempos, en valores relativamente superiores. Pero cualquiera que sea la diferencia de grado entre el trabajo de hilatura y el de joyería, la porción de trabajo con la cual el trabajador joyero sustituye sólo el valor de su propia fuerza de trabajo no se diferencia cualitativamente en nada de la porción añadida de trabajo con la que crea plusvalía. En cualquier caso la plusvalía nace sólo por obra de un excedente cuantitativo de trabajo, por obra de la prolongación de la duración de un mismo proceso de trabajo, que en un caso es el proceso de producción de hilado, y en el otro caso el proceso de la producción de joyas.[18]

[18] La diferencia entre trabajo superior y trabajo simple, «skilled» y «unskilled labour», se basa en parte en meras ilusiones o, por lo menos, en diferencias que hace mucho tiempo que han dejado de ser reales y sólo sobreviven en convenciones tradicionales; en parte se basa en la situación más impotente de ciertas capas de la clase trabajadora, que les permite menos que a otras arrancar el valor de su fuerza de trabajo. En esto circunstancias casuales tienen tanta importancia que unos mismos tipos de trabajo cambian de posición. Por ejemplo, donde la sustancia física de la clase obrera está debilitada y relativamente agotada, como ocurre en todos los países de producción capitalista desarrollada, trabajos brutales que requieren mucha fuerza muscular se convierten por lo general en superiores frente a trabajos mucho más delicados que se hunden hasta el nivel de trabajo simple, como ocurre, por ejemplo, con el trabajo de un bricklayer (albañil) en Inglaterra, que ocupa un lugar muy superior al que ocupa el de un tejedor de damascos. En cambio, el trabajo de un fustian cutter (cortador de fustán) se considera trabajo «simple», aunque cuesta mucho esfuerzo físico y es, además, muy insano. Por lo demás, no hay que imaginarse que el llamado «skilled labour» ocupe un espacio cuantitativamente importante en el trabajo nacional. Laing calcula que en Inglaterra (y Gales) la existencia de más de 11 millones se basa en trabajo simple. Si se sustrae de los 18 millones de habitantes de la época de su trabajo un millón de aristócratas y millón y medio de paupers,*[76] vagabundos, criminales, prostitutas, etc., quedan 4.650.000 de clase media, incluidos los pequeños rentistas, los funcionarios, los escritores, los artistas, los maestros de escuela, etc. Para llegar a esos 4 2/3 millones Laing incluye en la parte trabajadora de la clase media, además de banqueros, etc., todos los «trabajadores fabriles» mejor pagados. Ni siquiera los citados bricklayers faltan entre sus «trabajadores potenciados». Y entonces le quedan los 11 millones dichos. (S. Laing, *National Distress,* etc., London 1844 [págs. 49-52 passim].) «La gran clase que no consigue dar por su alimento más que trabajo corriente es la gran masa del pueblo.» (James Mill en el art. «Colony», *Supplement to the Encyclop. Brit.,* 1831.)

Por otra parte, en todo proceso de formación de valor el trabajo superior se tiene que reducir siempre a trabajo medio social, por ejemplo, una jornada de trabajo superior a x jornadas de trabajo simple.[19] Así, pues, se ahorra una operación superflua y se simplifica el análisis mediante el supuesto de que el trabajador utilizado por el capital ejecuta trabajo medio social simple.

[19] «Cuando se habla del trabajo como patrón del valor se entiende necesariamente por trabajo trabajo de una especie determinada ... es fácil averiguar la relación en que las demás especies de trabajo se encuentran con ella.» [J. Cazenove,] *Outlines of Polit. Economy,* London 1832, págs. 22, 23.)

*[76] Pobres sin trabajo.

Capítulo sexto

CAPITAL CONSTANTE Y CAPITAL VARIABLE

Los diferentes factores del proceso de trabajo participan diversamente en la formación del valor de los productos.

El trabajador añade nuevo valor al objeto de trabajo por el añadido de una determinada cantidad de trabajo, prescindiendo del contenido y el fin determinados y del carácter técnico de su trabajo. Por otra parte, hallamos de nuevo como elementos del valor del producto los valores de los medios de producción consumidos, por ejemplo, los valores del algodón y de los husos en el valor del hilado. Así, pues, el valor de los medios de producción se conserva por su transporte al producto. Esa transmisión ocurre durante la conversión de los medios de producción en producto, durante el proceso de trabajo. La transmisión es mediada por el trabajo. Pero ¿cómo?

El trabajador no trabaja dos veces en un mismo tiempo, no trabaja una vez para añadir al algodón, mediante su trabajo, un valor, y otra vez para conservar el viejo valor del algodón, o, cosa idéntica, para transmitir al producto, al hilado, el valor del algodón que elabora y de los husos con que trabaja. Sino que conserva el viejo valor por el simple añadido de valor nuevo. Pero como el añadido de valor nuevo al objeto del trabajo y la conservación de los viejos valores en el producto son dos resultados del todo diferentes y que el trabajador produce en el mismo tiempo aunque en ese tiempo no trabaja más que una vez, esa duplicidad del resultado no se puede explicar, manifiestamente, más que por la duplicidad de su mismo trabajo. En un mismo momento, ese trabajo tiene que crear, por una de sus propiedades, valor, y, por la otra, tiene que conservar o transmitir valor.

¿Cómo añade todo trabajador tiempo de trabajo y, con ello, valor? Siempre y exclusivamente en la forma de su peculiar modo productivo de trabajar. El hilandero no añade tiempo de trabajo sino hilando, el tejedor tejiendo, el herrero forjando. Mas a través de la forma finalísticamente adecuada en la cual añaden trabajo como tal y, por lo tanto, nuevo valor, mediante el hilar, tejer, forjar, los medios de pro-

ducción, algodón y husos, hilado y telar, hierro y yunque, se hacen elementos constituyentes de un producto, de un nuevo valor de uso.[20] Perece la forma antigua de su valor de uso, pero sólo para fundirse en una forma nueva de valor de uso. Mas al considerar el proceso de formación de valor resultó que, cuando se gasta adecuadamente un valor de uso para la producción de un valor de uso nuevo, el tiempo de trabajo necesario para la producción del valor de uso gastado forma una parte del tiempo de trabajo necesario para la producción del nuevo valor de uso, o sea, que es tiempo de trabajo transmitido del medio de producción gastado al nuevo producto. El trabajador conserva, pues, los valores de los medios de producción gastados, los transmite como elementos de valor al producto, no por su simple añadir trabajo, sino por el carácter útil particular, por la forma productiva específica de ese trabajo añadido. En cuanto tal actividad productiva adecuada a fines, el hilar, el tejer, el forjar, el trabajo despierta con su mero contacto a los medios de produción, los levanta de entre los muertos, les da alma para que sean factores del proceso de trabajo y se combina con ellos en productos.

Si el trabajo productivo específico del trabajador no fuera hilar, no convertiría el algodón en hilado, ni tampoco transmitiría, por lo tanto, los valores del algodón y de los husos al hilado. Si el mismo obrero cambia de trabajo y se hace carpintero, seguirá añadiendo valor a su material durante la jornada de trabajo. Eso quiere decir que el trabajador añade valor al material mediante su trabajo no en cuanto éste es trabajo de hilandero o trabajo de carpintero, sino en cuanto que es trabajo abstracto, trabajo social como tal; y añade una determinada magnitud de valor no porque su trabajo tenga un particular contenido útil, sino porque dura un tiempo determinado. Así, pues, el trabajo del hilandero añade valor nuevo a los valores del algodón y de los husos en su propiedad abstracta, general, o sea, en cuanto gasto de fuerza de trabajo humana; y en su propiedad útil, particular, concreta, de proceso de hilar, transmite el valor de esos medios de producción al producto, y conserva así el valor de ellos en el producto. De ahí procede la duplicidad de aspectos de su resultado en un mismo momento.

Mediante el añadido meramente cuantitativo de valor lo que se añade es nuevo valor; mediante la cualidad del trabajo añadido se conservan en el producto los viejos valores de los medios de producción.

[20] «El trabajo produce una nueva creación en el lugar de otra aniquilada.» (*An Essay on the Polit. Econ. of Nations,* London 1821, pág. 13.)

Esta duplicidad de aspectos del efecto de un mismo trabajo, debida a la duplicidad de sus caracteres, se manifiesta tangiblemente en diversos fenómenos.

Supón que cierto invento capacita al hilandero para hilar en 6 horas tanto algodón cuanto hilaba antes en 36 horas. Su trabajo ha sextuplicado su fuerza en cuanto actividad productiva útil, adecuada a fines. Su producto es séxtuple: 36 libras de hilado, en vez de 6. Pero las 36 libras de algodón no absorben ahora sino el tiempo de trabajo que antes absorbían 6 libras de algodón. Se les añade un sexto de trabajo nuevo, en comparación con el trabajo que se les añadía según el viejo método, y, por lo tanto, sólo se les añade un sexto del valor anterior. Por otro lado, ahora existe en el producto, en las 36 libras de hilado, un valor séxtuple de algodón. En las 6 horas de hilatura se conserva y se transmite al producto un valor seis veces mayor de materia prima, mientras que a una misma materia prima se añade ahora un valor nuevo seis veces menor. Eso muestra que la propiedad por la cual el trabajo —durante un mismo proceso indivisible— conserva valores se diferencia esencialmente de la propiedad por la cual crea valor. Cuanto más tiempo de trabajo socialmente necesario pasa a una misma cantidad de algodón durante la operación de hilatura, tanto mayor es el valor nuevo que se añade al algodón, mientras que cuantas más libras de algodón se hila en un mismo tiempo de trabajo, tanto mayor es el valor antiguo que se conserva en el producto.

Supón, a la inversa, que la productividad del trabajo de hilar no se altera, o sea, que el hilandero necesita siempre la misma cantidad de tiempo para convertir una libra de algodón en hilado. Pero supón que cambia el valor de cambio del algodón mismo, que una libra de algodón sube o baja el séxtuplo de su precio. En ambos casos el hilandero sigue añadiendo a una misma cantidad de algodón el mismo tiempo de trabajo, o sea, el mismo valor, y en los dos casos produce en un mismo tiempo una misma cantidad de hilado. A pesar de ello, el valor que transmite del algodón al hilado, al producto, es una vez seis veces menor que antes, y otra vez seis veces mayor que antes. Cosa análoga ocurre si los medios de trabajo se encarecen o se abaratan, pero sin que cambie el servicio que prestan en el proceso de trabajo.

Si las condiciones técnicas del proceso de hilado permanecen inalteradas y no ocurre tampoco ningún cambio de valor en los medios de producción, el hilandero sigue consumiendo en todo momento en unos mismos tiempos de trabajo unas mismas cantidades de materia prima y maquinaria de valores inalterados. En este caso, el valor que conserva

en el producto está en razón directa del nuevo valor que añade. En dos semanas añade dos veces más de trabajo que en una semana, o sea, dos veces más de valor; y, al mismo tiempo, consume útilmente dos veces más de material —de dos veces más de valor— y desgasta dos veces más de maquinaria, de dos veces más de valor, o sea, conserva en el producto de dos semanas el doble de valor que en el producto de una semana. En unas condiciones de producción dadas que sean inmutables, el trabajador conserva tanto más valor cuanto más valor añade, pero no es que conserve más valor porque añade más valor, sino que conserva más valor porque añade valor nuevo en condiciones inalteradas e independientes de su propio trabajo.

Es verdad que en sentido relativo se puede afirmar que el obrero conserva siempre valores anteriores en la misma proporción en que añade valor nuevo. Igual da que el algodón suba de 1 sh. a 2 sh. o que baje a 6 d.: el trabajador conservará siempre en el producto de una hora la mitad del valor del algodón que conservará en el producto de dos horas, cualquiera que sea el cambio de valor del algodón. Y si cambia la productividad de su propio trabajo, igual si sube que si baja, el obrero hilará, por ejemplo, en una hora de trabajo más o menos algodón que antes y, de acuerdo con ello, conservará en el producto de una hora de trabajo más o menos valor de algodón. Pero, en cualquier caso, en dos horas de trabajo conservará el doble de valor que en una hora de trabajo.

Si se prescinde de su exposición simbólica en el signo de valor, el valor no existe más que en un valor de uso, en una cosa. (El mismo ser humano, considerado como mera existencia de fuerza de trabajo, es un objeto natural, una cosa, aunque sea una cosa viva, consciente de sí misma, y el trabajo, por su parte, es exteriorización materializada de aquella fuerza.) Por lo tanto, si se pierde el valor de uso, se pierde también el valor. Los medios de producción no pierden su valor simultáneamente con su valor de uso, porque en el proceso de trabajo no pierden, en realidad, la figura primitiva de su valor de uso más que para conseguir en el producto la figura de otro valor de uso. Pero aunque para el valor es importantísimo el existir en algún valor de uso, en cambio, le es indiferente cuál es el valor de uso en el que existe, como lo muestra la metamorfosis de las mercancías. De eso se sigue que en el proceso de trabajo no pasa valor de los medios de producción al producto más que en la medida en que el medio de producción pierde, junto con su sustantivo valor de uso, también su valor de cambio. El medio de producción entrega, simplemente, al producto el valor que pierde como medio de producción. Pero en este respecto

los factores materiales del proceso de trabajo se comportan de maneras diferentes.

El carbón con el que se calienta la máquina desaparece sin dejar rastro, igual que el aceite con el que se engrasa el eje de la rueda, etc. El color y otras materias auxiliares desaparecen también, pero se muestran en las propiedades del producto. La materia prima constituye la sustancia del producto, pero ha cambiado de forma. La materia prima y las materias auxiliares pierden, pues, la figura propia con que entraron, como valores de uso, en el proceso de trabajo. No ocurre lo mismo con los medios de trabajo propiamente dichos. Un instrumento, una máquina, una nave fabril, un recipiente, etc., no sirven en el proceso de trabajo más que mientras conservan su figura primitiva y entran cada día en el proceso de trabajo con la misma forma que el día anterior. Y al igual que durante su vida —el proceso de trabajo—, también después de su muerte mantienen frente al producto su figura autónoma. Los cadáveres de máquinas, instrumentos, edificios para el trabajo, etc., siguen existiendo separados de los productos que contribuyeron a formar. Mas si consideramos todo el período durante el cual sirve un medio de trabajo así, desde el día de su llegada a los talleres hasta el día de su destierro al trastero, observamos que durante ese período el trabajo ha consumido totalmente su valor de uso y, por lo tanto, su valor de cambio ha pasado totalmente al producto. Si una hiladora mecánica, por ejemplo, se amortiza en 10 años, entonces es que durante el proceso de trabajo decenal todo su valor se ha transmitido al producto decenal. El período de vida de un medio de trabajo abarca, pues, un número mayor o menor de procesos de trabajo repetidos con él. Y al medio de trabajo le pasa lo que al ser humano. Todo ser humano muere 24 horas al día. Pero a ninguno se le ve cuántos días exactamente ha muerto ya. Lo cual, empero, no impide a las compañías de seguros de vida basarse en la vida media de los seres humanos para inferir conclusiones muy seguras y, aun más, muy beneficiosas para ellas. Lo mismo con el medio de trabajo. Por experiencia se sabe cuánto resiste por término medio un medio de trabajo, por ejemplo, una máquina de cierto tipo. Supóngase que su valor de uso en el proceso de trabajo dura sólo 6 días. Entonces es que pierde por término medio en cada jornada de trabajo 1/6 de su valor de uso, y entrega, por lo tanto, al producto diario 1/6 de su valor. De este modo se calcula el desgaste de todos los medios de trabajo, esto es, por ejemplo, su pérdida cotidiana de valor de uso y su correspondiente transferencia diaria de valor al producto.

Así se manifiesta contundentemente que jamás un medio de pro-

ducción da al producto más valor del que pierde en el proceso de trabajo por aniquilación de su propio valor de uso. Si no tuviera ningún valor que perder —es decir, si no fuera él mismo producto de trabajo humano—, tampoco entregaría ningún valor al producto. Serviría de plasmador de valor de uso sin servir de plasmador de valor de cambio. Y así ocurre, efectivamente, con todos los medios de producción presentes por naturaleza, sin acción humana, como la tierra, el viento, el agua, el hierro en la veta, la madera del bosque primitivo, etc.

Aquí chocamos con otro fenómeno interesante. Sea una máquina que vale, por ejemplo, 1.000 libr. est. y se desgasta totalmente en 1.000 días. En este caso 1/1.000 del valor de la máquina pasa diariamente de la máquina misma a su producto diario. Pero al mismo tiempo, y aunque sea con vivacidad decreciente, la máquina sigue actuando completa en el proceso de trabajo. Así se muestra que un factor del proceso de trabajo, un medio de producción, interviene entero en el proceso de trabajo, pero sólo interviene por partes en el proceso de valorización. La diferencia entre proceso de trabajo y proceso de valorización se refleja aquí en sus factores materiales, en el hecho de que un mismo medio de producción cuenta globalmente como elemento del proceso de trabajo, mientras que como elemento de formación de valor sólo cuenta por fragmentos en un mismo proceso de producción.[21]

[21] No se trata aquí de las reparaciones de los medios de trabajo, máquinas, edificaciones, etc. Una máquina en reparación no funciona como medio de trabajo, sino como material de trabajo. No se trabaja con ella, sino en ella, para zurcir su valor de uso. Para nuestros fines, estos trabajos de reparación se pueden considerar siempre incluidos en el trabajo requerido para la producción del medio de trabajo. Arriba en el texto principal se trata del desgaste que ningún médico puede curar y que acarrea paulatinamente la muerte, o sea, «de aquel tipo de desgaste que no se puede sustituir de cuando en cuando y que pone, por ejemplo, finalmente a un cuchillo en un estado ante el cual el cuchillero dice que no vale ya la pena cambiarle la hoja.» Se ha visto en el texto principal que una máquina, por ejemplo, interviene entera en cada proceso de trabajo singular, mientras que sólo fragmentariamente interviene en el simultáneo proceso de valorización. De acuerdo con eso hay que juzgar la siguiente confusión de conceptos: «Ricardo habla de la cantidad de trabajo de un obrero de la fabricación de maquinaria gastada en la construcción de una máquina de tejidos de punto», diciendo, por ejemplo, que está contenida en el valor de un par de medias. «Pero todo el trabajo que produce cada par de medias ... incluye el entero trabajo del constructor de maquinaria, y no sólo una parte de él; pues, aunque una máquina hace muchos pares, ninguno de esos pares se habría podido fabricar renunciando a alguna parte de la máquina.» (*Observations on certain verbal disputes in Pol. Econ., particularly relating to Value, and to Demand and Supply,* London 1821, pág. 54.) El autor de ese escrito, «wiseacre» *[77] asombrosamente satisfecho de sí mismo, no tiene razón en su confusión ni, por lo tanto, en su polémica sino en cuanto que ni Ricardo ni ningún otro economista anterior o posterior a él ha distinguido exactamente los dos lados del trabajo, y aun menos, por lo tanto, ha analizado su diferente papel en la formación de valor.

Por otra parte, y a la inversa, un medio de producción puede intervenir entero en el proceso de valorización y no hacerlo más que por trozos en el proceso de trabajo. Supón que al hilar el algodón correspondieran siempre a 115 libras 15 libras que no formaran hilado, sino sólo devil's dust.*[78] A pesar de ello, si esa pérdida de 15 libras es normal, inseparable de la elaboración media del algodón, el valor de las 15 libras de algodón que no son elemento del hilado pasa al valor del hilado exactamente igual que el valor de las 100 libras que constituyen la sustancia de éste. El valor de uso de 15 libras de algodón se tiene que pulverizar para hacer 100 libras de hilado. Por consiguiente, la disipación de ese algodón es una condición de la producción del hilado. Precisamente por eso entrega su valor al hilado. Y esto se puede decir de todos los excrementos del proceso de trabajo, al menos en la medida en que esos excrementos no forman a su vez nuevos medios de producción y, por lo tanto, nuevos valores de uso autónomos. Así, por ejemplo, en las grandes fábricas de maquinaria de Manchester se ve montañas de desechos de hierro que máquinas ciclópeas han cepillado como si se tratara de virutas, y que al caer la tarde van en grandes vagones de la fábrica a la fundición y al día siguiente vuelven a la fábrica desde la fundición, pero en forma de hierro macizo.

Los medios de producción no transmiten valor a la figura nueva del producto más que en la medida en que durante el proceso de trabajo pierden valor en la figura de sus viejos valores de uso. El máximo de pérdida de valor que pueden sufrir en el proceso de trabajo está evidentemente limitado por la magnitud primitiva de valor con que entran en el proceso de trabajo, o sea, por el tiempo de trabajo requerido para su propia producción. Por eso los medios de producción no pueden nunca añadir al producto más valor del que poseen independientemente del proceso de trabajo al que sirven. Por útil que sea un material de trabajo, una máquina, un medio de producción, si cuesta 150 libr. est. —pongamos que sean 500 jornadas de trabajo—, nunca añade más de 150 libr. est. al producto total a cuya formación sirve.

*[77] Sabihondo.

*[78] El polvillo del algodón. (Lit.: «polvo del diablo».)

Su valor no está determinado por el proceso de trabajo en el que entra como medio de producción, sino por el proceso de trabajo del que sale como producto. En el proceso de trabajo sirve sólo como valor de uso, como cosa de propiedades útiles, y, por lo tanto, si no poseyera valor antes de entrar en el proceso no cedería ningún valor al producto.[22]

Al convertir el trabajo productivo medios de producción en elementos constitutivos de un nuevo producto, el valor de aquéllos experimenta una metempsícosis: pasa del cuerpo consumido al cuerpo nuevamente configurado. Pero esa migración de las almas ocurre, por así decirlo, a espaldas del trabajo real. El trabajador no puede añadir trabajo nuevo, o sea, crear valor nuevo, sin conservar valor anterior, pues siempre tiene que añadir el trabajo en determinada forma útil, y no puede añadirlo en forma útil sin convertir productos en medios de producción de un nuevo producto y, por lo tanto, sin transferir su valor al nuevo producto. Es, pues, un don natural de la fuerza de trabajo en actuación, del trabajo vivo, el conservar valor añadiendo valor; ese don natural no le cuesta nada al obrero, pero aporta mucho al capitalista, a saber, la conservación del valor capital presente.[22a] Mientras el negocio marcha viento en popa, el capitalista está demasiado sumergido en su plusmanipulación para ver ese don gratuito del obrero. Pero las interrupciones abruptas del proceso de trabajo, las crisis, se lo hacen agudamente perceptible.[23]

Lo que, en suma, se consume de los medios de producción es su valor de uso, por cuyo consumo el trabajo constituye productos. Su valor no se consume en realidad[24] y, por lo tanto, tampoco se puede reproducir. Se conserva, pero no porque en el proceso de trabajo se haga ninguna operación con él, sino porque el valor de uso en el que existe inicialmente, aunque desaparece, desaparece sólo en el sentido de que se sume en otro valor de uso. Por eso el valor de los medios de producción reaparece en el valor del producto; pero, hablando propiamente, no se reproduce. Lo que se produce es el nuevo valor de uso, en el que raparece el viejo valor de cambio.[25]

[22] Con eso se entiende la insulsez del soso J. B. Say, que pretende deducir la plusvalía (interés, beneficio, renta) de los «services productifs» que prestan mediante sus valores de uso en el proceso de trabajo los medios de producción tierra, instrumentos, cuero, etc. El señor Wilhelm Roscher, al que no le resulta fácil dejar de registrar por escrito cualquier amable ocurrencia apologética, exclama: «Muy acertadamente observa J. B. Say, *Traité,* t. I, ch. 4: que el valor producido por una prensa de aceitunas tras deducción de todos los costes es algo nuevo, esencialmente distinto del trabajo por el cual se fabricó la prensa misma» (*loc. cit.,* pág. 82, nota). ¡Muy acertado! El «aceite» producido por la prensa es cosa muy distinta del trabajo que costó la construcción de la prensa. Y por «valor» entiende el señor Roscher nada menos que «aceite», porque el «aceite» tiene valor y «en la naturaleza» se encuentra petróleo, aunque «no mucho», relativamente, a lo cual se refiere, probablemente, otra de sus observaciones: la naturaleza (!) «no produce casi valores de cambio» (*loc. cit.,* pág. 79). A la naturaleza de Roscher le pasa como a aquella virgen necia que se encontró, sí, con un niño, pero lo disculpaba diciendo que era pequeñísimo. El mismo sabio («savant sérieux») observa además en la ocasión mencionada: «La escuela de Ricardo suele subsumir incluso el capital bajo el concepto de trabajo, considerándolo 'trabajo ahorrado'. Esto es inhábil (!) puesto que (!), como es sabido (!), el poseedor del capital (!) ha hecho, pese a todo (!), algo más que la mera (?!) producción (?) y (??) conservación del mismo (¿de qué mismo?): precisamente (?!?) la abstención de su propio goce, por lo que ahora, p. e. (!!!) exige intereses.» (*Loc. cit.,* [pág. 82]) ¡Qué «hábil» es ese «método anatómico-fisiológico» de la economía política que del mero «exigir» desarrolla, pese a todo, precisamente «valor».

[22a] «De entre todos los medios auxiliares de la agricultura, el trabajo del hombre es ... aquel del que más depende el farmer para la reposición de su capital. Los otros dos —los efectivos de animales de labor y los ... carros, arados, palas, etc.— no son absolutamente nada sin alguna cantidad del primero.» (Edmund Burke, *Thoughts and Details on Scarcity, originally presented to the Rt. Hon. W. Pitt in the Month of November 1795,* edit. London 1800, pág. 10.)

[23] En el *Times* del 26 de nov. de 1862 un fabricante cuyas hilaturas ocupan a 800 obreros y consumen semanalmente, por término medio, 150 balas de algodón de la India o unas 130 de algodón norteamericano, expone entre lamentos a los lectores los costes anuales de los paros de su fábrica. Los estima en 6.000 libr. est. Entre esos gastos inútiles hay muchas partidas que no nos interesan aquí, como son la renta de la tierra, los impuestos, los premios de las pólizas de seguros, el salario de los obreros contratados por años, el del manager, el del contable, el del ingeniero, etc. Pero luego calcula 150 libr. est. de carbón para calentar de vez en cuando la fábrica y poner ocasionalmente en marcha la máquina de vapor, además de salarios para los obreros que en trabajo eventual mantienen la maquinaria «en fluidez». Por último, 1.200 libr. est. por deterioro de la maquinaria, porque «el tiempo atmosférico y las causas naturales de ruina no interrumpen su efecto por el hecho de que la máquina de vapor deje de dar vueltas». Indica explícitamente que esa suma de 1.200 libr. est. es tan baja porque la maquinaria se encuentra ya muy desgastada.

[24] «Consumo productivo: cuando el consumo de una mercancía es parte del proceso de producción ... En estos casos no hay consumo alguno de valor.» (S. P. Newman, *loc. cit.,* pág. 296.)

[25] Se lee en un compendio norteamericano que tal vez ha tenido ya 20 impresiones: «La forma en que reaparezca el capital no tiene importancia.» Luego de una locuaz enumeración de todos los ingredientes imaginables de la producción cuyo valor reaparece en el producto, el compendio termina diciendo: «También se transforman los diversos tipos de alimentación, vestido y techo que son necesarios para la existencia y la comodidad del hombre. Se consumen de

Cosa distinta ocurre con el factor subjetivo del proceso de trabajo, la fuerza de trabajo en actuación. Mientras que por su forma adecuada a fines el trabajo transmite al producto el valor de los medios de producción y lo conserva, cada momento de ese movimiento constituye valor útil, nuevo valor. Supóngase que el proceso de producción se interrumpa en el punto en el cual el trabajador produce un equivalente del valor de su propia fuerza de trabajo, en el momento, por ejemplo, en que mediante seis horas de trabajo ha añadido un valor de 3 sh. Este valor constituye el exceso del valor del producto respecto del de los elementos imputables al valor de los medios de producción. Es el único valor original que ha surgido en el marco de este proceso, la única parte del valor del producto producida por el proceso mismo. Es verdad que no hace más que reponer el dinero adelantado por el capitalista al comprar la fuerza de trabajo y gastado en medios de vida por el trabajador mismo. Respecto de los 3 sh. gastados, el nuevo valor de 3 sh. aparece sólo como reproducción. Pero es un valor realmente reproducido, y no sólo aparentemente, como el valor de los medios de producción. Aquí la sustitución de un valor por otro está mediada por nueva creación de valor.

Mas sabemos ya que el proceso de trabajo continúa más allá del punto en el cual quedaría reproducido y añadido al objeto del trabajo un mero equivalente del valor de la fuerza de trabajo. En vez de las 6 horas que bastan para esa reproducción, el proceso dura, por ejemplo, 12 horas. Consiguientemente, la actuación de la fuerza de trabajo no sólo reproduce su propio valor, sino que produce además un valor excedentario. Esta plusvalía constituye el excedente del valor del producto respecto del valor de los constituyentes consumidos del producto, esto es, los medios de producción y la fuerza de trabajo.

Al presentar los diversos papeles que desempeñan los diferentes factores del proceso de trabajo en la formación del valor del producto

---

tiempo en tiempo y su valor reaparece en la nueva fuerza que confieren al cuerpo y al espíritu del hombre, y constituye así nuevo capital que se vuelve a aplicar en el proceso de producción.» (F. WAYLAND, *loc. cit.*, págs. 31, 32.) Pasando por alto todas las demás curiosidades, no es, por ejemplo, el precio del pan el que reaparece en la energía renovada, sino sus sustancias hematógenas. En cambio, lo que reaparece como valor de esa energía del hombre no son los medios de vida, sino el valor de éstos. Unos medios de vida dados producen exactamente los mismos músculos, huesos, etc. —en suma, la misma energía— aunque pasen a costar sólo la mitad que antes, pero en este caso no producen energía del mismo valor. Esta transposición de «valor» en «energía» y toda esa farisaica imprecisión disimulan, naturalmente, el vano intento de sacar por arte de manipulación una plusvalía de la mera reaparición de valores adelantados.

hemos caracterizado de hecho las funciones de los diferentes elementos del capital en el mismo proceso de valorización de éste. El exceso del valor total del producto respecto de la suma de valores de sus elementos constitutivos es el exceso del capital valorizado respecto del valor capital inicialmente adelantado. Los medios de producción por un lado y la fuerza de trabajo por el otro no son más que las diferentes formas de existencia que tomó el valor capital inicial al despojarse de su forma dinero y convertirse en los factores del proceso de trabajo.

La parte del capital, pues, que se vierte en medios de producción —o sea, en materia prima, materias auxiliares y medios de trabajo— no cambia de magnitud de valor en el proceso de producción. Por eso la llamo parte constante del capital, o, más brevemente, capital constante.

La parte del capital colocada en fuerza de trabajo altera, en cambio, su valor en el proceso de producción. Esa parte reproduce su propio equivalente y, además, un excedente por encima de él, plusvalía, la cual puede variar, ser mayor o menor. Esta parte del capital deja ininterrumpidamente de ser una magnitud constante para pasar a ser una magnitud variable. Por eso la llamo parte variable del capital, o, más brevemente, capital variable. Los mismos elementos del capital que desde el punto de vista del proceso de trabajo se diferencian en factores objetivos y factores subjetivos, en medios de producción y fuerza de trabajo, se diferencian desde el punto de vista del proceso de valorización en capital constante y capital variable.

El concepto de capital constante no excluye en modo alguno una revolución de valores de sus elementos. Supón que la libra de algodón cuesta hoy 6 d. y sube mañana, a consecuencia de una disminución de la cosecha de algodón, a 1 sh. El viejo algodón que se está trabajando todavía se compró al valor de 6 d., pero ahora incorpora al producto una parte de valor de 1 sh. Y también el algodón ya hilado, que tal vez circula ya en el mercado en forma de hilado, incorpora igualmente al producto el doble de su valor inicial. Pero se ve fácilmente que esos cambios de valor son independientes de la valorización del algodón en el proceso mismo de hilado. Si el algodón antiguo no hubiera entrado aún en el proceso de trabajo, se podría volver a vender ahora a 1 sh., en vez de a 6 d. Y a la inversa: cuantos menos procesos de trabajo haya atravesado todavía, tanto más seguro es ese resultado. Por eso en tales revoluciones del valor es una ley de los especuladores el especular sobre la materia prima en su forma menos elaborada, o sea, mejor sobre hilados que sobre tejidos, y aun mejor sobre el algodón mismo que sobre el hilado. La alteración del valor

surge aquí en el proceso que produce algodón, no en el proceso en el cual el algodón funciona como medio de producción y, por lo tanto, como capital constante. Sin duda el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo contenida en ella, pero esa cantidad misma está a su vez determinada socialmente. Si ha cambiado el tiempo de trabajo socialmente requerido para su producción —y, por ejemplo, una misma cantidad de algodón representa en cosechas desfavorables una cantidad de trabajo superior a la que representa en cosechas favorables—, ello repercute en la mercancía anterior, la cual funciona siempre como ejemplar singular de su especie,[26] cuyo valor se mide siempre por trabajo socialmente necesario, esto es, trabajo siempre en las condiciones sociales presentes.

También el valor de medios de producción que ya están sirviendo en el proceso de producción, el valor de la maquinaria, etc., puede cambiar como el valor de la materia prima, y, por lo tanto, también puede cambiar la parte de valor que esos medios ceden al producto. Si, por ejemplo, un nuevo invento hace que maquinaria de un mismo tipo se reproduzca con menor gasto de trabajo, la vieja maquinaria pierde valor en mayor o menor medida y, por lo tanto, transmite en la misma proporción menos valor al producto. Pero también en este caso el cambio de valor se origina fuera del proceso de producción en el que la máquina funciona como medio de producción. En este proceso no da nunca más valor que el que posee independientemente del mismo.

Al igual que un cambio de valor de los medios de producción, aunque sea por repercusión, después de haber entrado ellos en el proceso, no altera su carácter de capital constante, así tampoco un cambio de proporción entre capital constante y capital variable altera la diferencia funcional entre ambos. Las condiciones técnicas del proceso de trabajo se pueden transformar de tal modo que, por ejemplo, mientras antes 10 trabajadores con 10 herramientas de escaso valor trabajaban una masa relativamente pequeña de material, ahora 1 trabajador trabaja cien veces más material con una máquina cara. En este caso el capital constante —esto es, la masa de valor de los medios de producción aplicados— habría crecido mucho, y la parte variable del capital, la adelantada en fuerza de trabajo, habría disminuido mucho. Pero ese

[26] «Todos los productos de la misma especie forman propiamente sólo una masa, cuyo precio se determina de un modo general, sin consideración de circunstancias particulares.» (Le Trosne, *loc. cit.*, pág. 893.)

cambio no altera más que la razón cuantitativa entre el capital constante y el capital variable, la proporción en que el capital total se descompone en elementos constante y variable; en cambio, no afecta a la distinción entre capital constante y capital variable.

Capítulo séptimo

LA CUOTA DE LA PLUSVALÍA

1. *El grado de explotación de la fuerza de trabajo*

La plusvalía que ha engendrado el capital anticipado, C, en el proceso de producción, la valorización del valor capital anticipado, C, se presenta, por de pronto, como exceso del valor del producto respecto de la suma de los valores de los elementos de su producción.

El capital C se descompone en dos partes: una suma de dinero, c, que se gasta por los medios de producción, y otra suma de dinero, v, que se gasta por la fuerza de trabajo; c representa la parte de valor convertida en capital constante, v la parte de valor convertida en capital variable. Así, pues, inicialmente $C=c+v$, por ejemplo: el capital adelantado de 500 libr. est. $=\overbrace{410}^{c}$ libr. est. $+\overbrace{90}^{v}$ libr. est. Al final del proceso de producción aparece mercancía cuyo valor $=\overbrace{c+v}+p$, expresión en la cual p es la plusvalía, p. e., $\overbrace{410}^{c}$ libr. est. $+\overbrace{90}^{v}$ libr. est. $+\overbrace{90}^{p}$ libr. est. El capital inicial, C, se ha convertido en C′, ha pasado de 500 libr. est. a 590 libr. est. La diferencia entre ambos es $=p$, una plusvalía de 90. Como el valor de los elementos de producción es igual al valor del capital adelantado, resulta, de hecho, una tautología decir que el exceso del valor del producto respecto del valor de los elementos de su producción es igual a la valorización del capital adelantado, o sea, igual a la plusvalía producida.

Pero esa tautología requiere mayor precisión. Lo que se compara con el valor del producto es el valor de los elementos de producción consumidos en su formación. Ahora bien: hemos visto que la parte del capital constante aplicado que consiste en medios de trabajo no

cede al producto más que una parte de su valor, mientras que otra parte de ese valor perdura en su anterior forma de existencia. Como esta parte no desempeña ninguna función en la formación de valor, hay que hacer aquí abstracción de ella. El tenerla en cuenta no cambiaría nada. Supón que c=410 libr. est. consta de materia prima por 312 libr. est., materias auxiliares por 44 libr. est., y maquinaria desgastada en el proceso por 54 libr. est.; y que el valor de la maquinaria realmente aplicada importa, en cambio, 1.054 libr. est. Sólo computamos como anticipado para la producción del valor del producto el valor de 54 libr. est. que la maquinaria pierde por su función y, por lo tanto, cede al producto. Si incluyéramos en la cuenta las 1.000 libr. est. que siguen existiendo en su vieja forma de máquina de vapor, etc., entonces tendríamos que contabilizarlas en ambos lados, en el lado del valor anticipado y en el lado del valor del producto,[26a] y así obtendríamos, respectivamente, 1.500 libr. est. y 1.590 libr. est. La diferencia o plusvalía será, igual que antes, 90 libr. est. Por eso, siempre que del contexto no se desprenda lo contrario, entendemos por capital constante adelantado para la producción de valor sólo el valor de los medios de producción consumidos en la producción.

Una vez presupuesto eso, volvamos a la fórmula C=c+v, que se convierte en $C'=\overbrace{c+v}+p$, con lo cual C se convierte en C'. Ya se sabe que el valor del capital constante se limita a reaparecer en el producto. El producto-valor realmente nuevo producido en el proceso es, pues, distinto del valor del producto conseguido del proceso, y, por lo tanto, no, como parece a primera vista,

$$\overbrace{c+v}+p, \text{ o } \underbrace{410 \text{ libr. est.}}_{c} + \overbrace{\underbrace{90 \text{ libr. est.}}_{v} + \underbrace{90 \text{ libr. est.}}_{p}}^{},$$

sino v+p, o sea 90 libr. est.+90 libr. est.: no 590 libr. est., sino 180 libr. est. Si el capital constante, c, fuera=0 —dicho de otro modo, si hubiera ramas industriales en las que el capitalista no tuviera que aplicar medios de producción producidos, ni material bruto, ni materias auxiliares, ni instrumentos de trabajo, sino sólo materiales naturalmente dados y fuerza de trabajo—, entonces no habría que transmitir al producto ninguna parte constante de valor. Faltaría ese

[26a] «Si contamos el valor del capital fijo aplicado como parte del capital adelantado, al final del año tenemos que contabilizar el valor restante de ese capital como parte de los ingresos anuales.» (MALTHUS, *Princ. of Pol. Econ.*, 2nd. ed., London 1836, pág. 269.)

elemento del valor del producto —410 libr. est. en nuestro ejemplo—, pero el producto-valor de 180 libr. est., que contiene 90 libr. est. de plusvalía, seguiría siendo de la misma dimensión, exactamente, que si c representara la mayor suma de valor. Tendríamos entonces $C=\overbrace{0+v}=v$, y C', el capital valorizado, =v+p. Igual antes que después, C'-C=p. Si, a la inversa, fuera p=0 —dicho de otro modo, si la fuerza de trabajo cuyo valor se adelanta en el capital variable no hubiera producido más que un equivalente—, entonces C=c+v, y C' (el valor del producto)$=\overbrace{c+v}+0$. Por lo tanto C=C'. El capital adelantado no se habría valorizado.

Sabemos ya, en realidad, que la plusvalía es meramente consecuencia de la alteración de valor que le ocurre a v, la parte del capital colocada en fuerza de trabajo, o sea, que v+p=v+Δv (v más incremento de v). Pero la real alteración de valor y el aspecto en el cual cambia el valor quedan oscurecidos por el hecho de que, a consecuencia del aumento de su elemento variable, aumenta también el conjunto del capital anticipado. Era 500 y se convierte en 590. Así, pues, el análisis puro del proceso obliga a hacer completa abstracción de la parte del valor del producto en la que sólo reaparece valor capital constante, o sea, impone hacer al capital constante c=0, aplicando así una ley de la matemática cuando ésta opera con magnitudes variables y constantes y las magnitudes constantes no se relacionan con las variables más que por adición o sustracción.

Otra dificutlad procede de la forma inicial del capital variable. Así, en el ejemplo anterior, C'=410 libr. est. de capital constante+90 libr. est. de capital variable+90 libr. est. de plusvalía. Pero noventa libr. est. son una magnitud dada, es decir, constante, y, por lo tanto, parece incongruente tratarlas como magnitud variable. Pero, en realidad, $\underbrace{90 \text{ libr. est.}}_{v}$, 90 libr. est. de capital variable, es en este caso mero símbolo del proceso que recorre ese valor. La parte de capital adelantada en la compra de la fuerza de trabajo es una cantidad determinada de trabajo objetivado y, por lo tanto, una magnitud constante de valor, igual que el valor de la fuerza de trabajo comprada. Mas en el proceso de producción mismo aparece, en vez de las 90 libr. est. adelantadas, la fuerza de trabajo en acto, trabajo vivo en vez de trabajo muerto, una magnitud fluyente en vez de una magnitud en reposo, una variable en vez de una constante. El resultado es la reproducción de v más el incremento de v. Desde el punto de vista de la producción capitalista, todo ese

decurso es automovimiento del valor vertido en fuerza de trabajo, valor inicialmente constante. A ese valor se imputa el proceso y su resultado. Por eso el que la fórmula 90 libr. est. de capital variable, de valor autovalorizándose, resulte contradictoria, no es más que expresión de una contradicción inmanente a la producción capitalista.

La igualación del capital constante a 0 parece a primera vista rara. Pero el hecho es que se practica constantemente en la vida cotidiana. Cuando, por ejemplo, uno quiere calcular la ganancia de Inglaterra con la industria algodonera, empieza por deducir el precio del algodón pagado a los Estados Unidos, la India, Egipto, etc., o sea, empieza por poner $=0$ el valor del capital que no hace más que reaparecer en el valor del producto.

Cierto que tienen gran importancia económica no sólo la razón de la plusvalía a la parte del capital de la que nace directamente y cuya alteración de valor expresa, sino también su razón al capital total adelantado. Por eso tratamos detalladamente esa razón en el Libro tercero. Para valorizar una parte del capital mediante su empleo en fuerza de trabajo hay que convertir en medios de producción otra parte del capital. Para que funcione el capital variable hay que adelantar capital constante en proporciones correspondientes según el carácter técnico determinado del proceso de trabajo. Pero la circunstancia de que para un proceso químico hagan falta retortas y otros recipientes no impide prescindir de la retorta en el análisis. Mientras la creación de valor y la alteración de valor se contemplen por sí mismas, esto es, puras, los medios de producción —esas figuras materiales del capital constante— no suministran más que la materia en que ha de fijarse aquella fuerza flúida formadora de valor. Por eso la naturaleza de esa materia es indiferente, lo mismo da que sea algodón que que sea hierro. También el valor de esa materia es indiferente. Basta con que esté presente en medida suficiente para poder sorber la cantidad de trabajo que hay que gastar durante el proceso de producción. Dada esa masa, da lo mismo que su valor suba o baje, e incluso que no tenga valor, como la tierra y el mar: eso no afecta al proceso de creación de valor y alteración de valor.[27]

Igualamos, pues, por de pronto, a cero la parte de capital constante. Consiguientemente, el capital adelantado se reduce de $c+v$ a v, y el valor del producto, $\overbrace{c+v}+p$, se reduce al producto-valor $v+p$. Dado

[27] Nota a la 2.ª ed. Se entiende por sí mismo, con Lucrecio, que «nil posse creari de nihilo»: de la nada no sale nada. «Creación de valor» es conversión de fuerza de trabajo en trabajo. La fuerza de trabajo, por su parte, es ante todo materia natural mutada en organismo humano.

el producto valor=180 libr. est., en el que se expone el trabajo que fluye por toda la duración del proceso de producción, hemos de deducir el valor del capital variable=90 libr. est., para obtener la plusvalía=90 libr. est. El número 90 libr. est.=p expresa aquí la magnitud absoluta de la plusvalía producida. Pero su magnitud proporcional —o sea, la razón según la cual se ha valorizado el capital variable— está evidentemente determinada por la razón de la plusvalía al capital variable, o sea, se expresa mediante $\frac{p}{v}$. En el ejemplo anterior, pues, $90/90=100\ \%$. Llamo cuota de plusvalía [28] esta valorización relativa del capital variable, la magnitud relativa de la plusvalía.

Hemos visto que durante una parte del proceso de trabajo el trabajador reproduce sólo el valor de su fuerza de trabajo, esto es, el valor de los medios de vida que le son necesarios. Como produce en una situación basada en división social del trabajo, no produce sus medios de vida directamente, sino, en la forma de una determinada mercancía —hilado, por ejemplo—, un valor igual al valor de sus medios de vida, o al dinero con el que los compra. La parte de su jornada de trabajo que agota para ello es mayor o menor según el valor de los medios de vida que necesita por término medio diariamente, o sea, según el tiempo de trabajo diario medio requerido para su producción. Si el valor de sus medios de vida diarios representa por término medio 6 horas de trabajo objetivadas, entonces el trabajador tiene que trabajar por término medio 6 horas para producirlo. Si no trabajara para el capitalista, sino para sí mismo, autónomamente, tendría que trabajar igualmente —en circunstancias inmutadas— la misma parte alícuota del día, por término medio, para producir el valor de su fuerza de trabajo y, así, conseguir los medios de vida necesarios para su conservación o reproducción permanentes. Pero como en la parte de la jornada de trabajo en la que produce el valor diario de la fuerza de trabajo —3 sh., por ejemplo— no produce más que un equivalente del valor de ésta ya pagado por el capitalista [28a] —o sea, sustituye sólo, con el valor nuevamente creado, el valor capital variable adelantado—,

[28] Del mismo modo que el inglés utiliza «rate of profits», «rate of interest», etc. En el libro III se verá que la cuota de beneficio es fácil de entender en cuanto que se conoce las leyes de la plusvalía. Procediendo a la inversa no se entiende ni l'un ni l'autre.*[79]

[28a] {Nota a la 3.ª ed. El autor utiliza aquí el lenguaje económico corriente. Recuérdese que en la pág. 137 mostró que en realidad no es el capitalista el que «adelanta» nada al obrero, sino el obrero el que lo hace al capitalista. F. E.}

*[79] Ni lo uno ni lo otro.

esta producción de valor aparece como mera reproducción. Llamo, pues, tiempo necesario de trabajo a la parte de la jornada de trabajo en la que ocurre esa reproducción, y trabajo necesario al trabajo gastado durante ese tiempo.[29] Necesarios para el trabajador porque independientes de la forma social de su trabajo. Necesarios para el capital y su mundo, porque la existencia permanente del obrero es su base.

El segundo período del proceso de trabajo, en el que el trabajador pena más allá de los límites del trabajo necesario, le cuesta, naturalmente, trabajo, gasto de fuerza de trabajo, pero no forma valor para él. Forma plusvalía, la cual sonríe al capitalista con toda la gracia de una creación de la nada. Llamo plustiempo de trabajo a esa parte de la jornada de trabajo, y plustrabajo (surplus labour) al trabajo gastado en él. Tan importante como, para entender el valor, concebirlo como mero cuajo de tiempo de trabajo, como trabajo meramente objetivado, así es de decisivo para el conocimiento de la plusvalía concebirla como mero cuajo de plustiempo de trabajo, meramente como plustrabajo objetivado. La forma en que se arrebata esa plusvalía al productor inmediato, al trabajador, es lo único que distingue las formaciones económicas de la sociedad, por ejemplo, la sociedad de la esclavitud de la sociedad del trabajo asalariado.[30]

Como el valor del capital variable=valor de la fuerza de trabajo comprada por él, como el valor de esta fuerza de trabajo determina la parte necesaria de la jornada de trabajo, y la plusvalía, por su parte, está determinada por la parte sobrante de la jornada de trabajo, se sigue que la plusvalía es al capital variable como el plustrabajo al trabajo

[29] Hasta aquí hemos utilizado en esta obra el término «tiempo de trabajo necesario» aplicándolo al tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de una mercancía en general. A partir de este punto lo usamos también para indicar el tiempo de trabajo necesario para la producción de la mercancía específica fuerza de trabajo. El uso de unos mismos termini technici en sentidos diferentes es lamentable, pero no se puede evitar del todo en ninguna ciencia. Compárense, por ejemplo, las partes superiores y elementales de la matemática.

[30] El señor Wilhelm Tucídides Roscher descubre con genialidad verdaderamente digna de Gottsched que la formación de plusvalía o de plusproducto y la acumulación correspondiente se deben hoy en día a la «parsimonia» del capitalista, que a cambio de ello «reclama, p. e., interés», si bien «en los estadios culturales ínfimos ... los más fuertes obligan a los más débiles a ahorrar» (*loc. cit.*, págs. 82, 78). ¿A ahorrar trabajo? ¿A ahorrar productos sobrantes que no existen? Además de ignorancia auténtica, es temor apologético al análisis concienzudo del valor y de la plusvalía —y tal vez también a un resultado peligrosamente indecoroso— lo que obliga a Roscher y consortes a disfrazar los motivos justificadores, más o menos plausibles, del capitalista para apropiarse de las plusvalías presentes, dándolos retorcidamente por causas del origen de la plusvalía.

necesario, esto es, que la cuota de la plusvalía $\frac{p}{v} = \frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}}$. Ambas razones expresan la misma relación en formas diferentes, una vez en forma de trabajo objetivado, la otra en la forma de trabajo fluyente.

La cuota de la plusvalía es, por lo tanto, la expresión exacta del grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital, del trabajador por el capitalista.[30a]

De acuerdo con nuestro supuesto, el valor del producto era=410 $\overbrace{\quad}^{c}$ $\overbrace{\quad}^{v}$ $\overbrace{\quad}^{p}$ libr. est.+90 libr. est.+90 libr. est., y el capital adelantado=500 libr. est. Como la plusvalía=90 y el capital adelantado=500, según la contabilidad corriente resultaría que la cuota de la plusvalía (confundida con la cuota de beneficio)=18 %, porcentaje que tal vez conmoviera por su modestia al señor Carey y demás armonicistas. Pero en realidad la cuota de la plusvalía no es=$\frac{p}{C}$, o sea, $\frac{p}{c+v}$, sino $\frac{p}{v}$, o sea, no 90/500, sino 90/90=100 %, más del quíntuplo del grado de explotación aparente. Y aunque en el caso dado no conocemos la magnitud absoluta de la jornada de trabajo, ni el período del proceso de trabajo (día, semana, etc.), ni tampoco, por último, el número de los trabajadores que ponen simultáneamente en movimiento el capital variable de 90 libr. est., sin embargo, la cuota de la plusvalía, $\frac{p}{v}$, nos muestra, gracias a su convertibilidad con $\frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}}$, exactamente la razón entre los dos elementos de la jornada de trabajo. Es del 100 %. Por lo tanto, el trabajador trabajó una mitad del día para sí y la otra para el capitalista.

Así, pues, el método para calcular la cuota de la plusvalía es, expuesto brevemente, como sigue: Tomamos el valor entero del producto

[30a] Nota a la 2.ª ed. La couta de la plusvalía es expresión exacta del grado de explotación de la fuerza de trabajo, pero no expresión de la magnitud absoluta de la explotación. P. e., si el trabajo necesario = 5 horas y el plustrabajo = 5 horas, el grado de explotación = 100 %. La magnitud de la explotación se mide en este caso por 5 horas. Pero si el trabajo necesario es = 6 horas y el plustrabajo = 6 horas, el grado de explotación sigue siendo del 100 %, sin cambio alguno, mientras que la magnitud de la explotación aumenta en un 20 %, pasa de 5 horas a 6 horas.

y ponemos que el valor de capital constante que se limita a reaparecer en él es igual a cero. La suma restante de valor es el único producto-valor realmente engendrado en el proceso de formación de la mercancía. Si está dada la plusvalía, la deducimos de ese producto-valor para hallar el capital variable. A la inversa, si está dado el capital variable y lo que buscamos es la plusvalía. Si están dados los dos, no queda ya por ejecutar más que la operación final, calcular la razón de la plusvalía al capital variable, $\frac{p}{v}$.

Aunque el método es tan sencillo, sin embargo, parece oportuno ejercitar al lector, mediante algunos ejemplos, en el tipo de visión subyacente del método, visión que no le es familiar.

Primero el ejemplo de unas hilaturas de 10.000 husos *mule,* que obtienen hilado del 32 con algodón americano, y producen 1 libra de hilado por huso a la semana. Los desechos son del 6 %. Con eso, cada semana se elabora 10.600 libras de algodón dando 10.000 libras de hilado y 600 libras de desecho. En abril de 1871 la libra de algodón cuesta 7 3/4 d., con lo que 10.600 libras cuestan en cifras redondas 342 libr. est. Los 10.000 husos, con la maquinaria de preparación de la hilatura y la máquina de vapor, cuestan a 1 libr. est. el huso, o sea, 10.000 libr. est. Su desgaste importa el 10 % = 1.000 lib. est., que es 20 libr. est. semanales. El alquiler del edificio de la fábrica es de 300 libr. est., 6 libr. est. semanales. El carbón (4 libras por hora y caballo de vapor, 100 caballos de vapor (según manómetro) y 60 horas por semana, incluida la calefacción del edificio) sube a 11 tons por semana, que a 8 sh. 6 d. la tonelada cuestan redondeando 4 1/2 lib. est. semanales; de gas, 1 libr. est. semanal, de aceite 4 1/2 libr. est. semanales, o sea, todas las materias auxiliares juntas 10 libr. est. a la semana. La parte de valor constante es, pues, de 378 libr. est. semanales; el salario del trabajo importa 52 libr. est. semanales. El precio del hilado es de 12 1/4 d. la libra, con lo que 10.000 libras = 510 libr. est.; la plusvalía es, pues, 510 — 430 = 80 libr. est. Hacemos = 0 la parte de valor constante, 378 libr. est., porque no interviene en la formación semanal de valor. Queda el producto-valor semanal de

$\underbrace{v}\ \underbrace{p}$

132 = 52 + 80 lib. est. La cuota de la plusvalía es, pues, = 80/52 = = 153 11/13 %. Con una jornada de trabajo media de diez horas, eso arroja: trabajo necesario = 3 31/33 horas, y plustrabajo = 6 2/33 horas.[31]

[31] Nota a la 2.ª ed. El ejemplo —dado en la primera edición— de unas hilaturas en el año 1860 contenía algunos errores de hecho. Un fabricante de Manchester me ha facilitado los datos del texto, que son plenamente precisos. Hay que observar que en Inglaterra el antiguo caballo de vapor se calculaba por el diámetro del cilindro, mientras que el nuevo se cuenta por la energía real indicada por el manómetro.

Jacob da para el año 1815, tras aceptar que el precio del trigo era de 80 sh. el quarter y que el rendimiento medio fue de 22 bushels por acre, de modo que el acre aportara 11 libr. est., la siguiente cuenta, muy deficiente a causa de que varias partidas se han compensado previamente, pero bastante para nuestros fines:

Semilla (trigo) . . .	1 libr. est. 9 sh.	Renta	1 libr. est. 8 sh.
Abonos	2 libr. est. 10 sh.	Diezmos, plazos, impuestos	1 libr. est. 8 sh.
Salario del trabajo .	3 libr. est. 10 sh.	Beneficio del arrendatario e intereses . .	1 libr. est. 2 sh.
Total:	7 libr. est. 9 sh.	Total:	3 libr. est. 11 sh.

La plusvalía —conteniendo siempre el supuesto de que precio del producto = valor del producto— se distribuye aquí entre las varias rúbricas beneficio, interés, diezmos, etc. Esas rúbricas nos son indiferentes. Las sumamos y obtenemos una plusvalía de 3 libr. est. 11 sh. Equiparamos a cero, por ser capital constante, las 3 libr. est. 19 sh. de semilla y abonos. Queda el capital variable adelantado de 3 libr. est. 10 sh., en lugar del cual se ha producido un valor nuevo de 3 libr. est. 10 sh. + 3 libr. est. 11 sh. Por consiguiente, $\frac{p}{v} = \frac{3 \text{ libr. est. } 11 \text{ sh.}}{3 \text{ libr. est. } 10 \text{ sh.}}$, más del 100 %. El obrero aplica más de la mitad de su jornada de trabajo a la producción de una plusvalía que varias personas se reparten luego entre ellas con diversos pretextos.[31a]

2. *Exposición del valor del producto en partes proporcionales del producto*

Volvamos al ejemplo que nos mostró cómo el capitalista hace de dinero capital. El trabajo necesario de su hilandero importaba 6 horas;

[31a] Esas cuentas valen sólo como ilustración, pues se da por supuesto que los precios = los valores. En el libro III se verá que esa equiparación no se realiza así, ni siquiera para los precios medios.

por ello el plustrabajo de ese obrero, el grado de explotación de la fuerza de trabajo, era del 100 %.

El producto de la jornada de trabajo de doce horas es 20 libras de hilado por valor de 30 sh. No menos de 8/10 de ese valor del hilado (24 sh.) se forman por el valor de los medios de producción consumidos, que ahora se limita a reaparecer (20 libras de algodón a 20 sh., husos, etc., a 4 sh.). Los 2/10 restantes son el nuevo valor de 6 sh. surgido durante el proceso de hilado, una mitad de los cuales repone el valor diario adelantado de la fuerza de trabajo, el capital variable, mientras que la otra mitad constituye una plusvalía de 3 sh. Así, pues, el valor total de las 20 libras de hilado tiene la composición siguiente:

$$\underbrace{c}\quad \overbrace{\underbrace{v}\quad \underbrace{p}}$$

Valor de hilado de 30 sh.=24 sh.+3 sh.+3 sh.

Como ese valor total se presenta en el producto total de 20 libras de hilado, también los diferentes elementos del valor tienen que ser exponibles en partes proporcionales del producto.

Si en 20 libr. de hilado existe un valor de hilado de 30 sh., entonces 8/10 de ese valor, o sea, su parte constante de 24 sh., existe en 8/10 del producto, esto es, en 16 libras de hilado. De ellas 13 1/3 representan el valor de la materia prima, el algodón hilado, por 20 sh., y 2 2/3 libras representan el valor de las materias auxiliares y los medios de trabajo consumidos, husos, etc., por 4 sh.

13 1/3 libras de hilado representan, pues, en el producto total de 20 libras de algodón hilado, el material bruto del producto total, y nada más. Es verdad que en ellas no hay más que 13 1/3 libras de algodón, por valor de 13 1/3 sh., pero su restante valor de 6 2/3 sh. constituye un equivalente del algodón elaborado en las otras 6 2/3 libras de hilado. Es como si a esta última porción se le hubiera arrancado el algodón y todo el algodón del producto total se hubiera embutido en 13 1/3 libras de hilado. Éstas no contienen ahora, en cambio, ni un átomo del valor de las materias auxiliares y medios de trabajo gastados, ni del valor nuevo creado en el proceso de hilatura.

Del mismo modo, otras 2 2/3 libras de hilado, que contienen el resto del capital constante (=4 sh.), no representan ahora más que el valor de las materias auxiliares y los medios de trabajo consumidos en el producto total de 20 libras de hilado.

Ocho décimos del producto, o sea, 16 libras de hilado, aunque considerados físicamente, como valor de uso, como hilado, son tan formaciones del trabajo de hilatura como las restantes partes del producto, no contienen, sin embargo, por lo dicho en este respecto, ningún trabajo de hilatura, ningún trabajo absorbido durante el proceso mismo de hilar. Es como si se hubieran convertido en hilado sin que los hilaran, o como si su aspecto de hilado fuera pura mentira y engaño. De hecho, cuando el capitalista los vende a 24 sh. y recupera así sus medios de producción, queda de manifiesto que las 16 libras de hilado no son más que algodón, husos, carbón, etc., disfrazados.

A la inversa, los restantes 2/10 del producto, que son 4 libras de hilado, no representan ahora nada más que el nuevo valor de 6 sh. producido en las doce horas del proceso de hilatura. Lo que había en ellos del valor de los materiales brutos y medios de trabajo gastados se lo habían destripado ya e incorporado a las primeras primeras 16 libras de hilado. El trabajo de hilatura materializado en las 20 libras de hilado queda concentrado en 2/10 del producto. Es como si el hilandero hubiera obrado 4 libras de hilado de aire, o como si las hubiera obrado en un algodón y con unos husos que, por darse sin trabajo humano, de modo natural, no añadieran ningún valor al producto.

De las cuatro libras de hilado en que existe de este modo todo el producto-valor del proceso diario de hilatura, una mitad representa sólo el valor de reposición de la fuerza de trabajo desgastada, o sea, el capital variable de 3 sh., y las otras dos libras de hilado representan sólo la plusvalía de 3 sh.

Como 12 horas de trabajo del hilandero se objetivan en 6 sh., el valor del hilado de 30 sh. tiene objetivadas 60 horas de trabajo. Estas horas existen en 20 libras de hilado, 8/10 de las cuales, 16 libras, son la materialización de 48 horas de trabajo trascurridas antes del proceso de hilatura, a saber, el trabajo objetivado en los medios de producción del hilado, y 2/10, 4 libras, son la materialización de las 12 horas de trabajo gastadas en el proceso de hilatura mismo.

Hemos visto antes que el valor del hilado es igual a la suma del valor nuevo engendrado en su producción más los valores preexistentes en sus medios de producción. Ahora ha quedado de manifiesto cómo es posible exponer los elementos funcional o conceptualmente diversos del valor del producto en partes proporcionales del producto mismo.

Esta descomposición del producto —del resultado del proceso de producción— en una cantidad de producto que sólo representa el trabajo contenido en los medios de producción, o parte constante del capital, otra cantidad que sólo representa el trabajo necesario añadido en el proceso de producción, o parte variable del capital, y una última cantidad de producto que sólo representa el plustrabajo añadido en el mismo proceso es una descomposición tan sencilla como importante,

según lo mostrará su posterior aplicación a problemas complicados y todavía por resolver.

Acabamos de contemplar el producto total como resultado terminado de la jornada de trabajo de doce horas. Pero también podemos acompañarlo en su génesis y exponer, pese a ello, los productos parciales como partes del producto funcionalmente distintas.

El hilandero produce en 12 horas 20 libras de hilado; consiguentemente, en una hora produce 1 2/3 libras, y en 8 horas 13 1/3 libras, o sea, un producto parcial del valor total del algodón hilado durante la totalidad de la jornada de trabajo. Del mismo modo, el producto parcial de la hora y 36 minutos siguientes es=2 2/3 de hilado y representa, consiguientemente, el valor de los medios de trabajo consumidos durante las 12 horas de trabajo. Así también produce el hilandero en la siguiente hora y 12 minutos 2 libras de hilado=3 sh., valor de producto igual al entero producto-valor que crea en 6 horas de trabajo necesario. Por último, en los últimos 6/5 de hora produce también 2 libras de hilado, cuyo valor es igual a la plusvalía engendrada por su plustrabajo de media jornada. Este tipo de cálculo le sirve al fabricante inglés para andar por casa; el fabricante dirá, por ejemplo, que en las primeras 8 horas, en los 2/3 primeros de la jornada de trabajo, saca el coste de su algodón, etc. Como se ve, esa formulación es acertada, porque en realidad no es sino la formulación primera, pero traducida del espacio —en el cual las partes del producto se encuentran terminadas, unas al lado de otras— al tiempo, en el cual esas partes se siguen unas a otras. Pero esa formulación puede también ir de la mano de ideas muy bárbaras, principalmente en cabezas que estén tan interesadas prácticamente en el proceso de valorización cuanto en no entenderlo bien teoréticamente. Así, por ejemplo, es posible imaginar que nuestro hilandero produce o repone en las primeras 8 horas de su jornada de trabajo el valor del algodón, en la hora y 36 minutos siguientes el valor de los medios de trabajo consumidos, en la hora y 12 minutos siguientes el valor del salario del trabajo, y que sólo dedica al señor de la fábrica, a la producción de plusvalía, la célebre «última hora». De este modo se echa en los hombros del hilandero el dúplice milagro de producir el algodón, los husos, la máquina de vapor, el carbón, el aceite, etc., en el mismo momento en que está hilando con todo ello, y convertir en una jornada de trabajo de un grado determinado de identidad cinco jornadas igualmente intensas. En nuestro caso, efectivamente, la producción del material bruto y de los medios de trabajo exige 24/6=4 jornadas de trabajo de doce horas, y la conversión de todo ello en hilado requiere otra jornada más

de trabajo de doce horas. Un ejemplo célebre en la historia mostrará que la codicia cree en semejantes milagros, y que nunca le falta un sicofante que los demuestre.

3. *La «última hora» de Senior*

Una hermosa mañana del año 1836, Nassau W. Senior, celebrado por su ciencia económica y por su hermoso estilo, especie de Clauren de los economistas ingleses, acudió de Oxford a Manchester, invitado a aprender en esta ciudad economía política, en vez de enseñarla en Oxford. Los fabricantes lo exaltaron a la dignidad de paladín contra el Factory Act *[80] recientemente promulgado y contra la agitación por la jornada de diez horas, que rebasaba incluso el alcance de esa ley. Los fabricantes, con su habitual agudeza práctica, habían notado que el señor catedrático «wanted a good deal of finishing».*[81] Por eso lo expidieron a Manchester. El señor profesor, por su parte, ha estilizado la lección que los fabricantes le impartieron en Manchester en el folleto *Letters on the Factory Act, as it affects the cotton manufacture,* London 1837. En esa obra se puede leer, entre otras cosas, algunas tan edificantes como la siguiente:

«De acuerdo con la presente ley, ninguna fábrica que emplee a personas de menos de 18 años puede trabajar más de 11 1/2 horas diarias, a saber, 12 horas durante los cinco primeros días de la semana y 9 horas el sábado. El análisis (!) siguiente muestra que en una fábrica así toda la ganancia neta procede de la última hora. Un fabricante invierte 100.000 libr. est.: 80.000 libr. est. en edificios industriales y maquinaria y 20.000 en material bruto y salario del trabajo. Suponiendo una rotación anual del capital y que la ganancia bruta sea del 15 %, la cifra de negocios de la fábrica tiene que importar mercancías por valor de 115.000 libr. est... De estas 115.000 libr. est., cada una de las 23 medias horas de trabajo produce diariamente 5/115, esto es, 1/23. De los 23/23 que constituyen la totalidad de las 115.000 libr. est. (constituting the whole 115.000 libr. est.), 20/23, o sea, 100.000 de las 115.000, no hacen más que reponer el capital; 1/23, o sea, 5.000 libr. est. de las 15.000 de ganancia bruta (!) reponen el desgaste de la fábrica y de la maquinaria. Los restantes 2/23, o sea, las dos últimas medias horas de cada jornada, producen la ganancia neta del 10 %. Por lo tanto, si, sin alterarse los precios, la fábrica estuviera autorizada a trabajar 13 horas en vez de 11 1/2, entonces, con un añadido de unas 2.600 libr. est. al capital circulante, se podría más que duplicar la ganancia neta. En cambio, si la

*80 La Ley de Fábricas.
*83 «Necesitaba un buen tute de acabado.»

jornada de trabajo se redujera en 1 hora, desaparecería la ganancia neta, y si se redujera en 1 1/2 horas desaparecería incluso la ganancia bruta.»[32]

¡Y a eso llama «análisis» el señor profesor! Si de verdad creyó la jeremíada de los fabricantes según la cual los trabajadores despilfarran lo mejor del día en la producción —y, por lo tanto, reproducción o reposición— del valor de los edificios, las máquinas, el algodón, el carbón, etc., entonces era superfluo cualquier análisis. Le bastaba con contestar: Señores míos, si mandáis que se trabaje 10 horas en vez de 11 1/2, quedando las demás cosas pares, disminuirá en 1 1/2 horas el consumo diario de algodón, maquinaria, etc. Por lo tanto, ganaréis exactamente tanto cuanto perdáis. Vuestros trabajadores despilfarrarán a partir de ahora 1 1/2 horas menos en la reproducción o reposición del valor capital adelantado. Y si, como especialista, creía necesario un análisis en vez de creer al pie de la letra a los fabricantes, entonces, tratándose de una cuestión que gira exclusivamente en torno a la relación entre la ganancia neta y la dimensión de la jornada de trabajo,

[32] Senior, *loc. cit.*, págs. 12, 13. No entramos aquí en curiosidades sin importancia para nuestros fines, por ejemplo, la afirmación de que los fabricantes incluyen en la ganancia, bruta o neta, sucia o limpia, la reposición de la maquinaria desgastada, etc., o sea, la reposición de un elemento del capital. O la verdad o falsedad de los datos numéricos. Leonard Horner, en *A Letter to M. Senior,* etc., London 1837, probó que esos datos no valen más que el sedicente «análisis». Leonard Horner, que es uno de los Factory Inquiry Commissioners de 1833 y fue inspector fabril —de hecho censor fabril— hasta 1859, ha alcanzado méritos imperecederos para con la clase obrera inglesa. Luchó durante toda su vida no sólo con los airados fabricantes, sino también con los ministros, para los cuales era incomparablemente más importante contar las «voces» de los señores fabriles en la cámara baja que las horas de trabajo de las «manos» de la fábrica.

Añadido a la nota 32. La exposición de Senior es confusa, incluso prescindiendo por completo de la falsedad de su contenido. Lo que propiamente quería decir era esto: el fabricante ocupa diariamente al trabajador durante 11 1/2, o sea, 23/2 horas. El trabajo anual, como cada jornada de trabajo, consta de 11 1/2, 23/2 horas (multiplicadas por el número de jornadas de trabajo del año). Eso supuesto, las 23/2 horas de trabajo producen el producto anual de 115.000 lib. est.; 1/2 hora de trabajo produce 1/23×115.000 libr. est.; 20/2 producen 20/23× ×115.000 libr. est.=100.000 libr. est., o sea, se limitan a reponer el capital adelantado. Quedan 3/2 horas de trabajo, que producen 3/23×115.000 libr. est.= =15.000, esto es, la ganancia bruta. De estas 3/2 horas de trabajo, 1/2 de hora de trabajo produce 1/23×115.000 libr. est.=5.000 libr. est., esto es, no produce más que la reposición del desgaste de la fábrica y de la maquinaria. Las dos últimas medias horas de trabajo —o sea, la última hora de trabajo— producen 2/23×115.000 libr. est.=10.000 libr. est., esto es, el beneficio neto. En su texto Senior convierte los últimos 2/23 del producto en partes de la jornada de trabajo misma.

tenía que pedir a los señores fabricantes que no mezclaran abigarrada y confusamente maquinaria y naves industriales, material bruto y trabajo, sino que tuvieran la bondad de colocar a un lado el capital constante contenido en los edificios fabriles, la maquinaria, el material bruto, etc., y, en otro, el capital adelantado en salario del trabajo. Si entonces resultaba, por ejemplo, que, de acuerdo con la contabilidad de los fabricantes, el trabajador reproduce o repone el salario del trabajo en 2/2 horas de trabajo, o sea, en una hora, el analista tenía que proseguir diciendo:

Según lo que decís, el trabajador produce su salario en la hora penúltima, y en la última produce vuestra plusvalía, la ganancia neta. Como en períodos iguales produce valores iguales, el producto de la hora penúltima tiene el mismo valor que el de la última. Además, no produce valor más que en la medida en que entrega trabajo, y la cantidad de su trabajo se mide por su tiempo de trabajo. De acuerdo con vuestra declaración, ese tiempo de trabajo es de 11 1/2 horas al día. El trabajador gasta una parte de esas 11 1/2 horas en producir o reponer el salario de su trabajo, y la otra parte en producir vuestra ganancia neta. Durante la jornada de trabajo no hace nada más. Pero como, también según vuestros datos, su salario y la plusvalía que suministra son valores iguales, es evidente que el trabajador produce su salario en 5 3/4 horas, y vuestra ganancia neta en otras 5 3/4 horas. Además, puesto que el valor del producto hilado en dos horas es igual a la suma del valor del salario del obrero más vuestra ganancia neta, ese valor hilado se tiene que medir por 11 1/2 horas, y el producto de la penúltima hora por 5 3/4 horas de trabajo, y el de la última lo mismo. Y así llegamos a un punto con gancho. ¡Atención, pues! La penúltima hora de trabajo es una hora de trabajo corriente, como la primera. Ni plus ni moins.*[82] ¿Cómo puede, pues, el hilandero producir en una hora de trabajo un valor de hilado que represente 5 3/4 horas de trabajo? La verdad es que no realiza ningún milagro semejante. El valor de uso que produce en una hora de trabajo es una cantidad determinada de hilado. El valor de ese hilado se mide por 5 3/4 horas de trabajo, 4 3/4 de las cuales se encuentran ya, sin intervención del obrero, en los medios de producción consumidos por hora, o sea, en algodón, maquinaria, etc., y 4/4, una hora, es lo añadido por el obrero. Así, pues, como su salario se produce en 5 3/4 horas y el producto hilado de una hora de operación contiene también 5 3/4 horas de trabajo, no tiene nada de arte de magia el que el producto-valor de sus

*[82] Ni más ni menos.

5 3/4 horas de hilar sea igual al valor del producto de una hora de hilar. Pero entráis de cabeza en un callejón sin salida si creéis que el obrero pierde ni siquiera un átomo de tiempo de su jornada de trabajo en la reproducción o «sustitución» de los valores del algodón, la maquinaria, etc. Por el hecho de que su trabajo convierte algodón y husos en hilado, por el hecho de que el trabajador hila, el valor del algodón y de los husos pasa por sí mismo al hilado. Esto es obra de la cualidad del trabajo del obrero, no de su cantidad. Es verdad que en una hora pasará a hilado más valor de algodón, etc., que en 1/2 hora, pero sólo porque en 1 hora hila más algodón que en 1/2 hora. Ya lo entendéis, pues: vuestra afirmación de que el trabajador produce en la penúltima hora el valor de su salario y en la última hora la ganancia neta no significa sino que en el producto hilado de dos horas de su jornada de trabajo —igual si son las primeras que si son las últimas— toman cuerpo 11 1/2 horas de trabajo, exactamente tantas horas cuantas abarca su jornada de trabajo. Y la afirmación de que el obrero produce el salario de su trabajo en las primeras 5 3/4 horas y vuestra ganancia neta en las últimas 5 3/4 horas no significa sino que le pagáis las primeras 5 3/4 horas y no le pagáis las últimas 5 3/4 horas. Digo pagar trabajo, en vez de fuerza de trabajo, por hablar vuestro slang.*[83] Si comparáis, caballeros, el tiempo de trabajo que pagáis con el tiempo de trabajo que no pagáis, hallaréis que están en la razón de media jornada a media jornada, o sea, del 100 %, porcentaje, ciertamente, bonito. Tampoco cabe ninguna duda de que si arrancáis a vuestras «manos» 13 horas en vez de 11 1/2 y —cosa que para vosotros se parece tanto a ésa como un huevo a otro huevo— acumuláis al simple plustrabajo la 1 1/2 sobrante, el plustrabajo pasará de 5 3/4 horas a 7 1/4 horas, y, por lo tanto, la cuota de la plusvalía pasará del 100 % al 126 2/23 %. En cambio, seréis de un optimismo demasiado entusiasta y sanguíneo si tenéis la esperanza de que con el añadido de 1 1/2 horas la cuota de la plusvalía vaya a subir de 100 % a 200 % e incluso a más del 200 %, o sea, que vaya «más que a duplicarse». Por otro lado —pues el corazón del hombre es cosa digna de asombro, particularmente cuando el hombre lo lleva en la bolsa— sois unos pesimistas demasiado alocados si teméis que con la reducción de la jornada de trabajo de 11 1/2 a 10 1/2 horas toda vuestra ganancia neta se derrumbará. Ni hablar de eso. Suponiendo iguales todas las demás circunstancias, el plustrabajo bajará de 5 3/4 a 4 3/4 horas, lo cual arroja a pesar de todo una cuota de plusvalía muy regocijante, a saber,

*[83] Jerga.

el 82 14/23 %. Mas esta fatal «última hora» de la que habéis fabulado más que los quiliastas sobre el fin del mundo es «all bosh».*[84] Su pérdida no os costará a vosotros la «ganancia neta», ni costará la «pureza de alma» a los niños de ambos sexos que vosotros manipuláis.[32a]

[32a] Mientras Senior demostraba que la ganancia neta del fabricante, la existencia de la industria algodonera inglesa, la grandeza de Inglaterra en el mercado mundial dependen de «la última hora de trabajo», el Dr. Andrew Ure demostraba por su parte que los niños obreros de las fábricas y los jóvenes de menos de 18 años que en vez de quedar atados 12 horas completas en la cálida y pura atmósfera moral de la fábrica se lanzaran «una hora» antes al mundo externo frívolo y de alma gélida perderían su alma por causa de la ociosidad y del vicio. Desde 1848 los inspectores fabriles no se cansan de tomar el pelo en sus *Reports* a los fabricantes a propósito de la «hora última», la «hora trascendental». Así, por ejemplo, dice el señor Howell en su informe fabril del 31 de mayo de 1855: «Si fuera acertada la siguiente aguda observación» (aquí cita a Senior), «toda fábrica algodonera del Reino Unido estaría trabajando con pérdidas desde 1850.) (*Reports of the Insp. of Fact. for the half year ending 30th april 1855,* págs. 19, 20.) Cuando en el año 1848 el Parlamento aprobó el bill *[85] de las diez horas, los fabricantes obligaron a algunos trabajadores corrientes de las hilaturas de lino rurales dispersas por los condados de Dorset y Somerset a que firmaran una contrapetición en la que se dice, entre otras cosas: «Los solicitantes, padres de familia, creen que una hora más de ocio no puede tener más fruto que la corrupción de sus hijos, pues la ociosidad es la madre de todos los vicios.» El informe fabril del 31 de octubre de 1848 observa a este respecto: «La atmósfera de las hilaturas de lino en las cuales trabajan los hijos de esos tiernos y virtuosos padres de familia está preñada de tan innumerables partículas de polvo y fibra del material bruto que resulta extraordinariamente desagradable pasar aunque no sea más que 10 minutos en las cámaras de hilatura, pues no es posible estar allí ese rato sin sufrir las más penosas sensaciones, al llenarse en seguida los ojos, los oídos, las fosas nasales y la boca de nubes de polvillo de lino que es imposible evitar. Ya el mismo trabajo impone, a causa de la febril precipitación de la máquina, un despliegue incesante de movimiento y habilidad bajo el control de una atención incansable, y parece cosa dura hacer que unos padres apliquen la expresión 'vagancia' a sus propios hijos cuando éstos, si se sustrae el tiempo de la comida, se encuentran encadenados 10 horas enteras a esa ocupación y en esa atmósfera... Esos niños trabajan más tiempo que los mozos de labor de las aldeas próximas... Esa palabrería despiadada sobre 'la ociosidad y el vicio' se tiene que condenar por ser el cant *[86] más transparente y la hipocresía más desvergonzada... La parte del público que hace unos doce años se indignó por la tranquilidad con que se proclamó públicamente, con toda seriedad y con la sanción de la autoridad superior, que la entera 'ganancia neta' del fabricante procede de 'la última hora' y que, por lo tanto, la reducción de la jornada de trabajo en una hora aniquila la ganancia neta, esa parte del público, decimos,

*[84] «Un cuento chino.»
*[85] Ley.
*[86] Subterfugio.

El día que realmente suene vuestra «última horilla», recordad al profesor de Oxford. Y para terminar: en esa mejor vida espero gozar más de vuestra distinguida compañía. Addio! [33]... El trompetazo de la «última hora» descubierta por Senior en 1836 resonó de nuevo el 15 de abril de 1848, en polémica contra la ley de la jornada de diez horas, interpretado por uno de los principales mandarines económicos, James Wilson, en el *London Economist.*

4. *El plusproducto*

Llamamos plusproducto (surplus produce, produit net) a la parte del producto (1/10 de 20 libras de hilado en el ejemplo dado sub 2) en

no dará apenas crédito a sus ojos cuando vea que el primitivo descubrimiento acerca de las virtudes de la 'última hora' ha mejorado tanto desde entonces que ahora incluye ya por igual la 'moral' y el 'beneficio'; de modo que si la duración del trabajo de los niños se reduce a 10 horas enteras se irá a pique la moral de los niños junto con la ganancia neta de los que los utilizan, por ser una y otra cosa dependientes de esta hora última y fatal.» (*Repts. of Insp. of Fact. for 31st Oct. 1848,* pág. 101.) Ese mismo informe fabril da luego muestras de la «moral» y la «virtud» de estos señores fabricantes, de las trampas, las argucias, los sobornos, las amenazas, las falsificaciones, etc., que aplicaban para conseguir que unos pocos obreros de los más desamparados firmaran semejantes contrapeticiones y embaucar luego al parlamento presentándoselas como peticiones de toda una rama industrial de enteros condados. Es muy característico aún hoy del estado presente de la llamada «ciencia» económica el que ni Senior mismo —que más tarde, para honra suya, defendió enérgicamente la legislación fabril— ni sus contradictores iniciales y posteriores hayan sabido deshacer los sofismas de su «descubrimiento original». Se limitaron a apelar a la experiencia de hecho. El why y wherefore [*87] siguió siendo misterio.

[33] Y, sin embargo, el señor profesor había aprovechado algo su excursión manchesteriana. En las *Letters on the Factory Act* toda la ganancia neta, «beneficio» e «interés», e incluso «something more», depende de una hora de trabajo no pagada del obrero. Un año antes, en sus *Outlines of Political Economy,* redactados para el común bien de sus estudiantes oxonienses y cultos filisteos, había descubierto todavía, frente a la determinación ricardiana del valor por el tiempo de trabajo, que el beneficio procede del trabajo del capitalista, y el interés de su ascetismo, de su «abstención». La patraña era vieja, pero la palabra «abstención» era nueva. El señor Roscher la tradujo acertadamente al alemán por «Enthaltung». Sus compatriotas Wirth, Schulz y demás castizos, menos versados en latín, le han dado la traducción frailuna de «Entsagung» <renuncia>.

[*87] La causa y razón.

el que se represesenta la plusvalía. Del mismo modo que la cuota de la plusvalía se determina no por su razón a la suma total del capital, sino por su razón al elemento variable del capital, así también la altura del plusproducto se determina no por su razón al resto del producto total, sino por su razón a la parte del producto en la que se representa el trabajo necesario. Y como la finalidad determinante de la producción capitalista es la producción de plusvalía, lo que mide el grado de la riqueza no es la magnitud absoluta del producto, sino la magnitud relativa del plusproducto.[34]

La suma del trabajo necesario y el plustrabajo, la suma de los períodos de tiempo en los que el trabajador produce el valor de sustitución de su fuerza de trabajo y la plusvalía, constituye la magnitud absoluta de su tiempo de trabajo, la jornada de trabajo (working day).

[34] «Para un individuo con un capital de 20.000 libr. est. cuyos beneficios importen 2.000 libr. est. anuales, es del todo indiferente el que su capital ocupe a 100 o a 1.000 obreros, el que las mercancías producidas se vendan por 10.000 o por 20.000 libr. est., siempre que se presuponga que sus beneficios no caen en ningún caso por debajo de las 2.000 libr. est. ¿No es el mismo el interés real de una nación? Dando por supuesto que su ingreso neto real, sus rentas y sus beneficios, permanecen iguales, no tiene la menor importancia el que la nación conste de 10 o de 12 millones de habitantes.» (RICARDO, *loc. cit.,* pág. 416). Mucho antes que Ricardo había dicho, entre otras cosas, el fanático del plusproducto, Arthur Young, escritor, por lo demás, charlatán y acrítico, cuya fama está en razón inversa de su mérito: «¿Qué utilidad tendría en un reino moderno una entera provincia cuya tierra se labrara al antiguo modo romano, por pequeños campesinos independientes, aunque lo hicieran muy bien? ¿Qué fin tendría, salvo el mero fin de criar hombres (the mere purpose of breeding men), que es en sí una finalidad de lo más inútil (is a most useless purpose)?» (ARTHUR YOUNG, *Political Arithmetic,* etc., London 1774, pág. 47.)

Añadido a la nota 34. Es curiosa «la fuerte inclinación a presentar el ingreso neto como beneficioso para la clase trabajadora ... y eso que es evidente que no es beneficioso por el hecho de ser neto». (TH. HOPKINS, *On Rent of Land,* etc..., London, 1828, pág. 126.)

Capítulo octavo

LA JORNADA DE TRABAJO

1. *Los límites de la jornada de trabajo*

Hemos partido del supuesto previo de que la fuerza de trabajo se compra y se vende por su valor. Su valor se determina, como el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo necesario para su producción. Si, pues, la producción de los medios de vida cotidianos medios del trabajador requiere 6 horas, el trabajador tiene que trabajar por término medio 6 horas diarias para producir cotidianamente su fuerza de trabajo, para reproducir el valor logrado en su venta. La parte necesaria de su jornada de trabajo importa entonces 6 horas y es, por lo tanto, si las demás circunstancias no se alteran, una magnitud dada. Pero con ella no está dada la dimensión de la jornada de trabajo misma.

Supongamos que la línea a - - - - - - b *[88] representa la duración o longitud del tiempo de trabajo necesario, digamos que 6 horas. Según que el trabajo se prolongue más allá de a b en 1, 3 o 6 horas, obtenemos las 3 líneas diferentes:

Jornada de trabajo I
a - - - - - - b - c,

Jornada de trabajo II
a - - - - - - b - - - c,

Jornada de trabajo III
a - - - - - - b - - - - - - c,

que representan las distintas jornadas de trabajo de 7, 9 y 12 horas. La línea de prolongación, bc, representa la longitud del plustrabajo. Como la jornada de trabajo es=ab+bc, o sea, ac, varía con la magnitud variable bc. Y como ab está dada, siempre se puede medir la razón

*[88] El expediente gráfico de trazar segmentos entrecortados no es de Marx. Pero ya lo han usado otros traductores o editores de *Capital I* (el que más recientemente, Delio Cantimori, trad., *Il Capitale,* VII edizione, 1 ristampa, Roma Editori Riuniti 1972).

de bc a ab. Esta razón es de 1/6 en la jornada de trabajo I, de 3/6 en la jornada de trabajo II y de 6/6 en la jornada de trabajo III. Además, como la proporción $\frac{\text{tiempo de plustrabajo}}{\text{tiempo de trabajo necesario}}$ determina la cuota de la plusvalía, esta cuota queda dada por aquella razón. En esas tres diferentes jornadas de trabajo es respectivamente del 16 2/3 %, del 50 % y del 100 %. A la inversa, la cuota de plusvalía no nos indicaría ella sola sin más la magnitud de la jornada de trabajo. Si fuera, por ejemplo, del 100 %, la jornada de trabajo podría ser de 8 horas igual que de 10 o de 12, etc. La cuota de plusvalía sola nos indicaría que los dos elementos de la jornada de trabajo —el trabajo necesario y el plustrabajo— son iguales, pero no qué duración tiene cada una de esas partes.

La jornada de trabajo no es, pues, una magnitud constante, sino una magnitud variable. Una de sus partes está, ciertamente, determinada por el tiempo de trabajo requerido para la reproducción permanente del trabajador mismo, pero su magnitud total cambia junto con la longitud o duración del plustrabajo. Por eso la jornada de trabajo es determinable, pero indeterminada en sí misma.[35]

Ahora bien: aunque no es una magnitud fija, sino flúida, la jornada de trabajo no puede, sin embargo, variar sino dentro de ciertos límites. De todos modos, su límite mínimo es indeterminable. Es verdad que si ponemos que la línea de prolongación bc, el plustrabajo, es=0, obtenemos un límite mínimo, a saber, la parte del día que el trabajador tiene que trabajar necesariamente para su propia conservación. Pero sobre la base del modo de producción capitalista, el trabajo necesario no puede constituir nunca más que una parte de la jornada de trabajo, y la jornada de trabajo no puede, por lo tanto, reducirse jamás a ese mínimo. En cambio, la jornada de trabajo tiene un límite máximo, no se puede prolongar más allá de una determinada frontera. Este límite máximo se determina doblemente. Primero, por la limitación física de la fuerza de trabajo. Durante el día natural de 24 horas un ser humano no puede dar de sí más que una determinada cantidad de fuerza vital. Durante una parte del día la energía tiene que descansar, dormir; durante otra parte del día el ser humano tiene que satisfacer otras necesidades físicas, tiene que alimentarse, limpiarse, vestirse, etc. Aparte de esta limitación puramente física, la prolongación

[35] «Una jornada de trabajo es una magnitud indeterminada, puede ser larga o corta.» (*An Essay on Trade and Commerce, containing Observations on Taxation,* etc., London 1770, pág. 73.)

de la jornada de trabajo tropieza con límites morales. El trabajador necesita tiempo para satisfacer necesidades intelectuales y sociales cuya extensión y cuyo número están determinados por el estadio general de la cultura. Por eso la variación de la jornada de trabajo se mueve siempre dentro de límites físicos y sociales. Pero unos y otros límites son de naturaleza muy elástica y dejan mucho margen de operación. Así conocemos jornadas de trabajo de 8, 10, 12, 14, 16, 18 horas, esto es, de las longitudes más varias.

El capitalista ha comprado la fuerza de trabajo por su valor diario. Le pertenece su valor de uso durante una jornada de trabajo. Ha obtenido, pues, el derecho de hacer que el trabajador trabaje para él durante un día. Pero ¿qué es una jornada de trabajo? [36] Menos, en todo caso, que un día natural de vida. ¿Cuánto menos? El capitalista tiene su opinión personal acerca de esta última Thule que es el límite necesario de la jornada de trabajo. En cuanto capitalista, no es más que capital personificado. Su alma es el alma del capital. Pero el capital no tiene más que un instinto vital, el instinto de valorizarse, de hacer plusvalía, de chupar con su parte constante —los medios de producción— la mayor masa posible de plustrabajo.[37] El capital es trabajo muerto que sólo se reanima vampirescamente, chupando trabajo vivo, y que vive tanto más cuanto más chupa de ello. El tiempo durante el cual trabaja el obrero es el tiempo durante el cual el capitalista consume

[36] Esta cuestión es infinitamente más importante que la célebre pregunta de Sir Robert Peel a la Cámara de Comercio de Birmingham: «What is a pound?»,*[89] pregunta que se pudo plantear porque Peel sabía tan poco de la naturaleza del dinero como los «little shilling men» *[90] de Birmingham.

[37] «La tarea del capitalista es obtener del capital que ha gastado la mayor cantidad posible de trabajo.» («D'obtenir du capital dépensé la plus forte somme de travail possible.») (J.-G. Courcelle-Seneuil, *Traité théorique et pratique des entreprises industrielles,* 2ème. édit., Paris 1857, pág. 62.)

[36] «La pérdida de una hora de trabajo al día constituye un perjuicio extraordinariamente grande para un estado mercantil.» «El consumo de bienes de lujo por los pobres trabajadores de este reino es muy grande; especialmente por el populacho de las manufacturas; y con eso consumen también tiempo, gasto que es más perjudicial aun que cualquier otro.» (*An Essay on Trade and Commerce,* etc., págs. 47 y 153.)

---

*[89] «¿Qué es una libra?»

*[90] «Los hombres del shilling pequeño», los economistas que a principios del siglo XIX proponían rebajar la ley de la unidad monetaria inglesa para causar una desvaloración («devaluation») del dinero, con la que creían activar la industria a través de la elevación de los precios. Los miembros más conocidos de esta escuela fueron Thomas y Matthew Attwood.

la fuerza de trabajo que ha comprado.[38] Si el trabajador consume para sí mismo el tiempo de que dispone, roba al capitalista.[39]

El capitalista invoca, pues, la ley del intercambio de mercancías. Al igual que todo otro comprador, el capitalista intenta obtener la mayor utilidad posible del valor de uso de su mercancía. Pero, de repente, se alza la voz del trabajador, apagada en la furia impetuosa del proceso de producción.

La mercancía que te he vendido se diferencia de la plebe común de las mercancías por el hecho de que su uso crea valor, y mayor que el que ella misma cuesta. Ése fue el motivo por el que la compraste. Lo que desde tu punto de vista se presenta como valorización del capital, es desde el mío gasto excesivo de fuerza de trabajo. Tú y yo no conocemos en el mercado más que una ley, la del intercambio de mercancías. Y el consumo de la mercancía no pertenece al vendedor que la enajena, sino al comprador que la adquiere. Por eso te pertenece el uso de mi fuerza de trabajo diaria. Pero yo tengo que reproducirla por medio de su diario precio de venta, para poder volver a venderla. Prescindiendo del desgaste natural por la edad, etc., tengo que estar en condiciones de trabajar mañana en el mismo estado natural de energía, salud y frescor que hoy. Tú me predicas constantemente el evangelio de la «parsimonia» y la «abstención». Pues bien: voy a administrar mi única riqueza, la fuerza de trabajo, como quien vela por su economía razonable, parsimoniosamente, y abstenerme de toda insensata dilapidación de ella. No quiero liquidar, mover, convertir de ella en trabajo cada día más que lo compatible con su duración normal y su desarrollo sano. Tú puedes liquidar en un día, con una prolongación desmedida de la jornada de trabajo, una cantidad de mi fuerza de trabajo mayor que la que yo puedo reponer en tres días. Yo pierdo en sustancia de trabajo lo que tú ganas así en trabajo. La utilización de mi fuerza de trabajo y su saqueo son dos cosas muy diferentes. Si el tiempo medio que puede vivir un obrero medio haciendo una cantidad razonable de trabajo es de 30 años, el valor de la fuerza de trabajo mía que tú me pagas día tras otro, importa $\frac{1}{365 \times 30}$, o sea 1/10.950 de su valor total. Pero si la consumes en diez años, lo que me pagas diariamente es 1/10.950 de su valor total, en vez de 1/3.650, o sólo 1/3 de su valor diario, y, por lo tanto, me robas diariamente 2/3 del valor de mi mercancía. Me pagas la fuerza de trabajo de un día y me consumes la de tres. Eso va contra nuestro contrato y contra la ley del intercambio de mercancías. Reclamo, por lo tanto, una jornada de trabajo de duración normal, y la reclamo sin apelar a tu corazón, pues cuando se trata de la bolsa no hay cordialidad que valga. Es posible que seas un ciudadano ejemplar, tal vez miembro de la Asociación para la Supresión del Sufrimiento de los Animales, y hasta que estés en olor de santidad, pero la cosa que tú representas frente a mí no tiene corazón que le palpite en el pecho. Lo que parece pulsar allí dentro es el latido del mío. Reclamo la jornada normal de trabajo porque reclamo el valor de mi mercancía, como cualquier otro vendedor.[40]

Como se ve, si se prescinde de límites muy elásticos, la naturaleza del intercambio mismo de mercancías no arroja ninguna frontera de la jornada de trabajo, esto es, ningún tope del plustrabajo. El capitalista no hace sino afirmar su derecho de comprador cuando intenta alargar todo lo posible la jornada de trabajo y convertir, si lo consigue, una jornada de trabajo en lo que antes eran dos. Por otra parte, la naturaleza específica de la mercancía vendida en este caso impone un límite a su consumo por el comprador, y el trabajador afirma su derecho de vendedor cuando pretende limitar la jornada de trabajo a una determinada magnitud normal. Así hay, pues, una antimonia, derecho contra derecho, sellados ambos igualmente por la ley del intercambio mercantil. Y entre dos derechos lo que decide es la violencia.*[94] Así en la historia de la producción capitalista la regulación de la jornada de trabajo se presenta como lucha en torno a los límites

[39] «En cuanto que el jornalero libre se pone a descansar un momento, la puerca economía que le sigue con inquieta mirada afirma que la está robando.» (N. Linguet, *Théorie des Lois Civiles,* etc., London, t. II, pág. 466.)

[40] Durante el gran strike *[91] de los London builders,*[92] en 1860-1861, para conseguir la reducción de la jornada de trabajo a 9 horas, su comité publicó una declaración que desemboca prácticamente en el alegato de nuestro trabajador. La declaración alude, no sin ironía, al hecho de que el «building master» más poseído por la hidrofobia del beneficio cierto Sir M. Peto— vive «en olor de santidad». (Éste es el mismo Peto que en 1867 terminó su carrera con... ¡Strousberg! *[93])

*[91] Huelga.

*[92] Obreros de la construcción de Londres.

*[93] Un célebre empresario ferrocarrilero declarado en quiebra en 1873. El modo de decir de Marx recoge el vivo sentimiento de la quiebra como deshonrosa en la sensibilidad de la época.

*[94] La voz aquí usada por Marx —*Gewalt*— se puede traducir también por 'fuerza', y también por 'poder'. En este lugar se suele traducir por 'fuerza', 'force', 'forza', ya desde la versión francesa de Roy, vista por Marx. El contexto, la primera aparición explícita —y explicada— de la lucha de clases en *El Capital,* parece hacer aconsejable, por más fiel al hilo del discurso, la traducción 'violencia'.

de la jornada de trabajo, lucha entre el capitalista global, esto es, la clase de los capitalistas, y el trabajador global, la clase obrera.

2. *El hambre voraz de plustrabajo. Fabricante y boyardo*

El capital no ha inventado el plustrabajo. En todo lugar en el que una parte de la sociedad posee el monopolio de los medios de producción, el trabajador tiene que añadir, en condición libre o no libre, tiempo de trabajo excedente al tiempo de trabajo necesario para su conservación, con objeto de producir los medios de vida del propietario de los medios de producción,[41] ya sea este propietario un καλὸς κ' ἀγαθός ateniense,*[95] ya un teócrata etrusco, ya un civis romanus, un barón normando, un esclavista norteamericano, un boyardo válaco, un landlord *[96] o un capitalista moderno.[42] De todos modos, está claro que cuando lo que predomina en una formación económica de la sociedad no es el valor de cambio, sino el valor de uso del producto, el plustrabajo queda delimitado por un círculo de necesidades más estrecho o más ancho, pero sin que nazca, en todo caso, del carácter mismo de la producción ninguna necesidad ilimitada de plustrabajo. Por eso resulta espantoso en la Antigüedad el sobretrabajo, cuando se trata de conseguir el valor de cambio en su autónoma figura de dinero, en la producción de oro y plata. Basta con leer a Diodoro Sículo.[43] Pero en el mundo Antiguo esas cosas son excepciones. En cambio, en cuanto

[41] «Los que trabajan ... alimentan en realidad tanto a los pensionistas, llamados los ricos, como a sí mismos.» (Edmund Burke, *loc. cit.*, págs. 2, 3.)

[42] Niebuhr observa muy ingenuamente en su *Römische Geschichte*: «No hay que ocultarse que obras como las etruscas, cuyas mismas ruinas asombran, presuponen, en estados pequeños (!), prestaciones gratuitas de los siervos a los señores.» Sismondi dijo, mucho más profundamente, que «los encajes de Bruselas» presuponen un señor y un siervo del salario.

[43] «No es posible mirar a esos infelices» (trabajadores de las minas de oro situadas entre Egipto, Etiopía y Arabia), «que ni siquiera pueden limpiarse el cuerpo ni cubrir sus desnudeces, sin lamentar su miserable destino. Pues allí no hay contemplación alguna, ni alivio para los enfermos, los débiles, los ancianos, la debilidad femenina. Forzados a latigazos tienen que seguir todos trabajando hasta que la muerte pone fin a sus tormentos y su desamparo.» (Diod. Sic., *Historische Bibliothek*, libro 3, cap. 13 [páp. 260].)

*[95] Hombre libre (y patricio) que puede vivir según el ideal de la καλοκἀγαθία, la hermosura-y-excelencia.

*[96] Terrateniente, latifundista.

pueblos cuya producción se mueve todavía en las inferiores formas del trabajo esclavo, el trabajo servil, etc., se ven arrastrados a un mercado mundial dominado por el modo de producción capitalista, mercado por el cual la venta de los productos de esos pueblos en el extranjero se convierte en interés predominante, el horror civilizado del sobretrabajo se inserta en el horror bárbaro de la esclavitud, la servidumbre, etc. Por eso el trabajo de los negros en los estados del Sur de la Unión norteamericana conservó un carácter moderadamente patriarcal mientras la producción se orientó principalmente al autoabastecimiento inmediato. Pero en la medida en que la exportación de algodón se constituyó en interés vital de aquellos estados, la consunción de los negros por sobretrabajo —a veces incluso la consunción de la vida del negro en siete años de trabajo— se convirtió en factor de un sistema calculado y calculador. No se trató ya de obtener del negro cierta masa de productos útiles. Ya sólo importó la producción de la plusvalía misma. Cosa parecida con el trabajo servil, por ejemplo, en los principados danubianos.

La comparación del hambre rabiosa de plusvalía en los principados del Danubio con la misma codicia en las fábricas inglesas ofrece interés particular, porque en las prestaciones serviles la plusvalía presenta una forma independiente, sensiblemente perceptible.

Supongamos que la jornada de trabajo comprende 6 horas de trabajo necesario y 6 horas de plustrabajo. El trabajador libre suministra así al capitalista 6×6, 36 horas de plustrabajo semanales. Es lo mismo que si trabajara 3 días a la semana para sí mismo y otros 3 días a la semana lo hiciera gratis para el capitalista. Pero eso no se ve. El plustrabajo y el trabajo necesario se funden uno en otro. Por eso puedo expresar también esa misma relación diciendo, por ejemplo, que el trabajador trabajó cada minuto 30 segundos para sí mismo y 30 segundos para el capitalista, etc. Es distinto en el caso de la prestación servil. El trabajo necesario que ejecuta para su mantenimiento el campesino válaco, por ejemplo, está espacialmente separado del plustrabajo que suministra al boyardo. Realiza el primero en su propio campo, y el otro en la propiedad señorial. Por eso las dos partes del tiempo de trabajo existen autónomamente una al lado de otra. En la forma de trabajo servil el plustrabajo está claramente separado del trabajo necesario. Es evidente que esta diferencia de la forma de manifestarse no influye en la relación cuantitativa entre el plustrabajo y el trabajo necesario. Tres días de plustrabajo a la semana siguen siendo tres días de trabajo que no constituyen ningún equivalente para el trabajador, igual si se llama trabajo servil que si se llama trabajo asalariado. En

el capitalista la ansiedad de plustrabajo se manifiesta en el ansia de prolongar desmedidamente la jornada de trabajo; en el boyardo se revela, más simplemente, en la caza directa de días de prestación personal.[44]

En los principados danubianos la prestación personal iba acompañada de rentas naturales y demás accesorios de la servidumbre, pero en realidad era el tributo decisivo a la clase dominante. Cuando ésta es la situación, es raro que el trabajo servil nazca de servidumbre; lo frecuente es más bien que la servidumbre nazca de la prestación personal.[44a] Así ocurrió en las provincias rumanas. Su primitivo modo de producción se basaba en propiedad común, pero no en la forma eslava, ni menos en la india. Los miembros de la comunidad aldeana cultivaban una parte de las tierras como propiedad privada libre, y labraban juntos otra parte, el ager publicus. Los productos del trabajo común servían en parte de fondo de reserva para casos de mala cosecha y otro azares, y en parte como tesoro estatal para cubrir los costes de la guerra, la religión y otros gastos de la aldea. En el curso del tiempo dignatarios guerreros y eclesiásticos usurparon, junto con la propiedad común, también las prestaciones que se hacían en ella. El trabajo de los campesinos libres en su campo comunal se convirtió en trabajo servil para los ladrones del campo comunal. Con eso se desarrollaron simultáneamente relaciones propias de la servidumbre de la gleba, pero sólo de hecho, no de derecho, hasta que Rusia, liberadora del mundo, las convirtió en ley con el pretexto de abolir la servidumbre. El código de la prestación personal proclamado por el general ruso Kisselew en 1831 estaba dictado, naturalmente, por los boyardos mismos. Así conquistó Rusia de un solo golpe a los magnates de los principados danubianos y el aplauso de los cretinos liberales de toda Europa.

[44] Lo que sigue se refiere a la situación de las provincias rumanas anterior a la transformación ocurrida desde la Guerra de Crimea.

[44a] {Nota a la 3.ª ed. Esto mismo se aplica a Alemania, y especialmente a la Prusia del este del Elba. En el siglo xv el campesino alemán era en casi todas las comarcas un hombre sometido a ciertas prestaciones personales de producto y trabajo, pero libre en lo demás, al menos de hecho. Los colonos alemanes asentados en Brandenburgo, Pomerania, Silesia y la Prusia Oriental estaban reconocidos como libres incluso jurídicamente. La victoria de la nobleza en la Guerra de los Campesinos terminó con todo eso. No sólo los campesinos vencidos del sur de Alemania volvieron a la condición de siervos de la gleba. Ya desde mediados del siglo xvi los campesinos libres de la Prusia Oriental, Brandenburgo, Pomerania y Silesia, y poco después también los del Schleswig-Holstein, quedan rebajados a la condición de siervos de la gleba. (Maurer, *Fronhöfe,* IV. Band. Meitzen, *Der Boden des Pr. Staats*, Hansen, *Leibeigenschaft in Schleswig-Holstein.*) F. E.}

Según el *Règlement organique* —que así se llama ese código del trabajo servil—, cada campesino válaco debe al llamado propietario de la tierra, además de una masa de entregas en naturaleza que se detallan, 1.°, doce jornadas de trabajo en general, 2.° un día de labranza y 3.° un día de acarreo de leña. Summa summarum, 14 días al año. Pero, con profunda comprensión de la economía política, no se toma la jornada de trabajo en sentido ordinario, sino la jornada de trabajo necesaria para producir cierto producto medio diario; y el producto medio diario está tan astutamente fijado que ni un cíclope terminaría con él en 24 horas. Por eso el *Règlement* mismo declara, con las secas palabras de la auténtica ironía rusa, que hay que entender por doce jornadas de trabajo el producto de 36 días de trabajo manual, y por un día de labranza tres días, y por un día de acarreo de leña también el triple. Summa: 42 días de prestación personal. Y a eso se añade además la yobagie, prestaciones extraordinarias de la producción. Cada aldea tiene que prestar anualmente un contingente determinado de la jobagie, según la magnitud de su población. Este trabajo servil suplementario se estima en 14 días para cada campesino válaco. De modo que la prestación personal prescrita es de 56 jornadas de trabajo anuales. Ahora bien: por causa del mal clima, en Valaquia el año agrícola cuenta sólo 210 días, de los que hay que sustraer 40 que son domingos o festivos, y 30, por término medio, a causa del mal tiempo. Quedan 140 días de trabajo. La razón del trabajo servil al trabajo necesario, $\frac{56}{84}$, o sea, 66 2/3 %, expresa una cuota de plusvalía mucho menor que la que regula el trabajo del trabajador inglés de la agricultura o la fábrica. Pero eso es sólo el trabajo servil legalmente prescrito. El *Règlement organique,* con espíritu todavía más liberal que el de la legislación fabril inglesa, ha sabido facilitar su propia elusión. Luego de convertir 12 días en 54, la tarea de cada uno de los 54 días se fija de tal modo que por fuerza tiene que acarrear una carga para los días siguientes. Así, por ejemplo, se trata de escardar en un día un terreno que, sobre todo en los maizales, requiere el doble de tiempo. Y la faena diaria legalmente fijada para ciertas labores agrícolas se puede interpretar de tal modo que el día empiece en el mes de mayo y termine en el mes de octubre. Las disposiciones para la región del Moldava son todavía más severas.

«Los doce días de prestación del *Règlement organique*», exclamó un boyardo ebrio de victoria, «comprenden 365 días al año».[45]

[45] Se encuentran más detalles en É. Regnault, *Histoire politique et sociale des Principautés Danubiennes,* Paris 1855, [págs. 304 ss.].

Mientras que el *Règlement organique* de los principados danubianos era expresión positiva del ansia codiciosa de plustrabajo, legalizada en cada artículo, los factory-acts ingleses son expresiones negativas de la misma hambre canina. Estas leyes refrenan el ansia que tiene el capital de chupar desmedidamente la fuerza de trabajo hasta agotarla; lo hacen mediante una limitación de la jornada de trabajo por la fuerza del estado, de un estado, por cierto, dominado por el capitalista y el landlord. La limitación del trabajo fabril fue dictada —dejando aparte un movimiento obrero que cada vez se hincha más amenazadoramente— por la misma necesidad que desparramaba el guano por los campos ingleses. La misma codicia ciega que en un caso agota las tierras había afectado en el otro las raíces de la fuerza vital de la nación. Las epidemias periódicas hablaban en Inglaterra tan claramente como la disminución de la estatura de los soldados en Alemania y en Francia.[46]

El factory-act de 1850, hoy (1867) vigente, permite para el día laborable medio 10 horas, del modo siguiente: 12 horas para cada uno de los cinco primeros días de la semana, de las 6 de la mañana a las 6 de la tarde, de las cuales, empero, se deduce legalmente 1/2 hora para el desayuno y una hora para el almuerzo, con lo que quedan 10 1/2 horas; y 8 horas para el sábado, desde las 6 de la mañana hasta las 2 de la tarde, de las que se deduce 1/2 hora para el desayuno. Quedan 60 horas de trabajo, 10 1/2 para cada uno de los cinco primeros días de la semana y 7 1/2 para el último día de la semana.[47] Hay nombrados inspectores especiales del cumplimiento de esta ley, los inspectores

[46] «El rebasar la medida media de su especie dentro de ciertos límites habla en general en favor del florecimiento de los seres orgánicos. Por lo que hace al hombre, su estatura disminuye cuando se compromete su florecimiento por circunstancias físicas o sociales. En todos los países europeos que tienen servicio militar obligatorio ha disminuido desde la implantación de éste la estatura media de los varones adultos y, en general, su aptitud para el servicio de guerra. Antes de la Revolución (1789), la estatura mínima del soldado de infantería era en Francia de 165 cm; en 1818 (ley del 10 de marzo) 157, tras la ley del 21 de marzo de 1832 156; por término medio se da en Francia como inútiles para el servicio militar más de la mitad del reemplazo, por falta de estatura y por defectos. La estatura militar era en Sajonia en 1780 de 178 centímetros, y hoy es de 155. En Prusia es de 157. Según datos de la *Bayerische Zeitung* del 9 de mayo de 1862, aportados por el Dr. Meyer, resulta del promedio de 9 años que en Prusia son inútiles para el servicio militar 716 de cada 1.000 mozos; 317 por falta de estatura y 399 por defectos de salud. ... En 1858 Berlín no pudo presentar su contingente de tropas de reserva: le faltaban 156 hombres.» (J. v. Liebig, *Die Chemie in ihrer Anwendung auf Agrikultur und Physiologie,* 1862, 7.ª ed., vol. I, págs. 117, 118.)

[47] Más adelante se da en este capítulo la historia de la ley fabril de 1850.

fabriles directamente subordinados al ministerio del interior, cuyos informes se publican semestralmente bajo la autoridad del parlamento. Estos informes ofrecen una estadística continuada y oficial del ansia de plustrabajo de los capitalistas.

Oigamos por un momento a los inspectores de fábricas.[48]

«El fabricante tramposo empieza el trabajo un cuarto de hora antes de las 6 de la mañana, a veces antes, a veces después, y lo termina un cuarto de hora después de las 6 de la tarde, a veces más, a veces menos. Arrebata 5 minutos del comienzo y el final de la media hora nominalmente reservada para el desayuno, y recorta 10 minutos del comienzo y del final de la hora reservada para el almuerzo. El sábado trabaja un cuarto de hora después de las 2 de la tarde, a veces más, a veces menos. Su ganancia asciende a esto:

Antes de las 6 de la mañana .	15 minutos	
Después de las 6 de la tarde .	15 »	
Al desayuno	10 »	Total en 5 días: 300 minutos
Al almuerzo	20 »	
	60 minutos	

Los sábados		
Antes de las 6 de la mañana .	15 minutos	Ganancia total a la semana: 340 minutos
Al desayuno	10 »	
Después de las dos de la tarde	15 »	

[48] Sólo de vez en cuando me refiero al período que va desde el comienzo de la gran industria en Inglaterra hasta 1845, y remito al lector a *Die Lage der arbeitenden Klasse in England* [La situación de la clase trabajadora en Inglaterra] de Friedrich Engels, Leipzig 1945.*[97] Engels entendió muy profundamente el espíritu del modo de producción capitalista, como lo muestran los *Factory Reports,* los *Reports on Mines,* etc., aparecidos desde 1845; y describió admirablemente la situación con todo su detalle, como lo prueba la comparación más superficial de su escrito con los *Reports* de la *Children's Employment Commission* (1863-1867). Éstos tratan, en efecto, de ramas industriales en las que la legislación fabril no se implantó hasta 1862, o todavía no se ha implantado totalmente. En ellas no se impuso desde fuera una alteración más o menos grande de la situación descrita por Engels. Tomo mis ejemplos principalmente del período librecambista posterior a 1848, aquella época paradisíaca de la que tan fabulosamente vocean a los alemanes unos baratijeros ambulantes del librecambio, tan voceras como científicamente míseros. Por lo demás, si Inglaterra aparece aquí en primer término es sólo porque representa clásicamente la producción capitalista y es el único país que posee una estadística oficialmente seguida de los temas tratados.

*[97] OME 6.

O sea, 5 horas y 40 minutos a la semana que, multiplicadas por 50 semanas de trabajo y deducidas 2 semanas por fiestas o interrupciones ocasionales, arrojan 27 jornadas de trabajo.» [49]

«Si la jornada de trabajo se prolonga diariamente 5 minutos más allá de su duración normal, se tiene 2 1/2 días de producción anuales.» [50] «Una hora suplementaria al día, conseguida asiendo aquí un trocito de tiempo y otro allí, hace en los 12 meses del año 13 días de producción.» [51]

Las crisis en las que se interrumpe la producción y sólo se trabaja «poco tiempo», unos días a la semana, no cambian, como es natural, en nada, el instinto de prolongación de la jornada de trabajo. Cuantos menos negocios se hace, tanto mayor tiene que ser la ganancia sobre el negocio realizado. Cuanto menos tiempo se trabaja, tanto más plustiempo de trabajo hay que trabajar. Así informan los inspectores fabriles acerca del período de la crisis de 1857 a 1858:

«Se tendría por inconsecuencia el que haya sobretrabajo alguno en un tiempo en que el comercio va tan mal, pero su mala situación espolea a gentes desconsideradas a cometer transgresiones: así se aseguran un beneficio extraordinario...» «En el mismo momento», dice Leonard Horner, «en que 122 fábricas de mi distrito están completamente abandonadas, 143 paradas y todas las demás trabajando poco tiempo, se sigue sobretrabajando por encima de las horas legalmente fijadas.» [52] «Aunque en la mayoría de las fábricas», dice el señor Howell, «se trabaja sólo media jornada, por causa de la mala situación de los negocios, sigo recibiendo el mismo número de quejas que antes por las 1/2 horas o por los 3/4 de hora que se arrebata diariamente a los obreros (snatched) recortando los tiempos que les asegura la ley para comer y descansar.» [53]

El mismo fenómeno se repite a escala menor durante la terrible crisis algodonera de 1861 a 1865.[54]

«Cuando sorprendemos a obreros trabajando durante las horas de comida o en algún otro momento ilegal, se pretexta a veces que no quieren salir de la fábrica, y que hace falta constreñirles a que interrumpan su trabajo» (limpieza de las máquinas, etc.), «principalmente el sábado por la tarde. Pero el que las 'manos' permanezcan en la fábrica luego de parar las máquinas se debe exclusivamente a que entre las 6 de la mañana y las 6 de la tarde no se les deja tiempo ninguno para ejecutar esas operaciones.» [55]

[49] «Suggestions etc. by Mr. L. Horner, Inspector of Factories», en el *Factories Regulation Act. Ordered by the House of Commons to be printed 9. Aug. 1859*, págs. 4, 5.

[50] *Reports of the Insp. of Fact. for the half year, Oct. 1856*, pág. 35.

[51] *Reports*, etc., *30th April 1858*, pág. 9.

[52] *Reports*, etc., *loc. cit.*, pág. 10.

[53] *Reports*, etc., *loc. cit.*, pág. 25.

[54] *Reports*, etc., *for the half year ending 30th April 1861*. Ver el Appendix N.° 2; *Reports etc. 31st Octob. 1862*, págs. 7, 52, 53. Las transgresiones vuelven a hacerse más numerosas en el último semestre de 1863. Cfr. *Reports etc. ending 31st Oct. 1863*, pág. 7.

«El beneficio extraordinario que se puede conseguir mediante el sobretrabajo rebasando el tiempo legal parece ser para muchos fabricantes una tentación demasiado grande para poder resistirla. Calculan la probabilidad de que no se les descubra y echan la cuenta de que, incluso en el caso de que se les descubra, la nimiedad de las multas y los costes procesales les asegura, de todos modos, un saldo positivo.» [56]

«Cuando el tiempo extraordinario se consigue mediante una multiplicación de pequeños hurtos (a multiplication of small thefts) a lo largo del día, los inspectores tropiezan con dificultades casi insuperables para probarlos.» [57]

Esos «pequeños hurtos» del capital con el tiempo de la comida y el descanso de los obreros son también, en la pluma de los inspectores fabriles, «petty pilferings of minutes», mezquinas raterías de minutos,[58] «snatching a few minutes», birlar unos pocos minutos; [59] los obreros

[55] *Reports etc. 31st. Oct. 1860*, pág. 23. La siguiente curiosa anécdota puede mostrar el fanatismo con el cual las «manos» fabriles se oponen —según el testimonio judicial de los fabricantes— a toda interrupción del trabajo en la fábrica: a principios de junio de 1836 el tribunal de Dewsbury (Yorkshire) recibió denuncias según las cuales los propietarios de 8 grandes fábricas cercanas a Batley habían violado la ley fabril. Una parte de esos caballeros fue acusada de haber agotado en el trabajo a 5 muchachos de entre 12 y 15 años de edad, sin permitirles más descanso que el de las comidas y una hora de sueño a media noche, desde las 6 de la mañana del viernes hasta las 4 de la tarde del sábado siguiente. Y esos niños tenían que ejecutar sus 30 horas de trabajo en la «shoddyhole»,*[98] como se llama la covacha en que se rasgan los retales de lana, en medio de una atmósfera de polvo, basuras, etc., que obliga incluso a los adultos a atarse pañuelos a la boca para defensa de los pulmones. Los señores acusados aseguraron en lugar de jurar —pues siendo cuáqueros eran hombres de religiosidad demasiado escrupulosa para jurar— que, en su gran misericordia, habían permitido a los niños dormir 4 horas, pero que los cabezotas de los niños no querían de ninguna manera irse a dormir. Los señores cuáqueros fueron condenados a 21 libr. est. de multa. Dryden tuvo la premonición de esos cuáqueros:

«Un zorro santurrón
miente como el demonio, pero teme
jurar,
parece un penitente, pero lanza
de reojo miradas de codicia,
aunque nunca se atreve a pecar
sin haber dicho antes sus oraciones.»

[56] *Rep.* etc. *31st. Oct. 1856*, pág. 34.

[57] *Loc. cit.*, pág. 35.

[58] *Loc. cit.*, pág. 48.

[59] *Loc. cit.*

*[98] «Agujero de los trapos».

los llaman técnicamente «nibbling and cribbling at meal times».*[99] [60] Como se ve, en ese ambiente la formación de la plusvalía no es ningún secreto.

«Si me permite usted hacer que trabajen sólo 10 minutos de más cada día», me dijo un fabricante muy respetable, «me meterá usted en el bolsillo 1.000 libr. est. al año.» [61] «Los átomos de tiempo son los elementos de la ganancia.» [62]

Nada tan característico de este respecto como la designación de «full times» para designar a los trabajadores que hacen jornada completa, y la de «half times» [63] para los niños de menos de 13 años, que sólo pueden trabajar 6 horas.

En esas expresiones el trabajador no es ya más que tiempo de trabajo personificado. Todas las diferencias individuales se disuelven para dejar sólo una: la diferencia entre «tiempoenteros» y «mediotiempos».

3. *Ramas industriales inglesas sin limitación legal de la explotación*

El impulso a prolongar la jornada de trabajo, el hambre de plustrabajo que tiene la fiera corrupia, se ha visto hasta ahora en un terreno en el cual los desmedidos excesos —no rebasados, como dice un economista burgués de Inglaterra, por las crueldades de los españoles con los pieles rojas de América [64]— han echado finalmente al capital la cadena de una regulación legal. Demos ahora un vistazo a algunas ramas de la producción en las cuales se puede todavía hoy, o se podía hasta ayer, chupar sin trabas la fuerza de trabajo.

[60] *Loc. cit.*

[61] *Loc. cit.,* pág. 48.

[62] «Moments are the elements of profit» (*Rep. of the Insp.* etc. *30th April 1860,* pág. 56).

[63] Esa expresión es de uso oficial, así en la fábrica como en los informes fabriles.

[64] «La codicia de los propietarios de las fábricas, cuyas crueldades en la caza de la ganancia difícilmente habrán sido superadas por las que cometieron los españoles en la caza del oro durante la conquista de América.» (JOHN WADE, *History of the Middle and Working Clases,* 3rd. ed., London 1835, pág. 114.) La parte teórica de ese libro, que es una especie de compendio de la economía política, contiene algunas cosas originales para su época, a propósito de las crisis comerciales, por ejemplo. La parte histórica tiene el vicio de plagio desvergonzado de la obra de SIR M. EDEN, *The State of the Poor,* London 1797.

*[99] «Roer y escatimar a la hora de la comida.»

«El señor Broughton, country magistrate, presidió en la sala municipal de Nottingham el 14 de enero de 1860 un meeting en el que declaró que la parte de la población de la ciudad dedicada a la fabricación de puntillas soporta un grado de sufrimientos y privaciones desconocido en el resto del mundo civilizado... A las 2, las 3, las 4 de la madrugada arrancan a niños de 9 o 10 años de sus sucias yacijas y los obligan a trabajar hasta las 10, las 11 o las 12 de la noche por nada más que la simple subsistencia, mientras se les consumen los miembros, se les encoge el cuerpo, se les embrutecen los rasgos de la cara y todo su humano ser se inmoviliza en un torpor de piedra cuya mera visión es escalofriante. No nos sorprendió que el señor Mallet y otros fabricantes tomaran la palabra para protestar contra aquella discusión... El sistema descrito por el Rev. Montagu Valpy es un sistema de esclavitud ilimitada, esclavitud en sentido social, físico, moral e intelectual... ¿Qué pensar de una ciudad que celebra un meeting público para solicitar que el tiempo de trabajo para hombres se limite a 18 horas diarias?... Echamos discursos contra los dueños de las plantaciones de Virginia y Carolina. Pero su mercado de negros, con todos los horrores del látigo y del tráfico usurario con carne humana, ¿es más repulsivo que toda esta lenta carnicería humana puesta en práctica para fabricar velos y cuellos de puntilla en beneficio de capitalistas?» [65]

La cerámica (pottery) del Staffordshire ha sido tres veces objeto de investigaciones parlamentarias durante los últimos 22 años. Los resultados se encuentran recogidos en el informe del señor Scriven dirigido en 1841 a los «Children's Employment Commissioners», en el informe del Dr. Greenhow de 1860, publicado por orden del funcionario sanitario del Privy Council (*Public Health,* 3rd. Report, I, 102-113), y en el informe del señor Longe de 1863, publicado en el *First Report of the Children's Employment Commission* del 13 de junio de 1863. Para mi tarea basta con tomar de los informes de 1860 y 1863 algunos testimonios de los mismos niños explotados. Basándose en lo que ocurre a los niños se pueden inferir cosas sobre los adultos, principalmente muchachas y mujeres, pese a tratarse de una rama de industria al lado de la cual las hilaturas de algodón y otras semejantes parecen una tarea muy agradable y sana.[66]

Guillermo Wood, de nueve años «tenía 7 años y 10 meses cuando empezó a trabajar». Guillermo «ran moulds» (llevaba las mercancías ya terminadas a la cámara de secado y volvía con los moldes vacíos) desde el principio. Llega cada día de la semana a las 6 de la mañana y termina hacia las 9 de la noche. «Trabajo hasta las 9 de la noche cada día de la semana. Así lo he hecho, por ejemplo, estas últimas 7 u 8 semanas.» O sea, jornada de quince horas para un niño de siete años. J. Murray, un muchacho de doce años, declara:

[65] *Daily Telegraph* de Londres del 17 de enero de 1860.

[66] Cfr. ENGELS, *Lage,* etc., págs. 249-251.

«I run moulds and turn jigger (llevo moldes y doy vueltas a la rueda del torno). Llego a las 6, a veces a las 4 de la mañana. Esta última noche he trabajado toda la noche hasta las 6 de esta mañana. No me he metido en la cama desde la noche de ayer. Aparte de mí han trabajado toda esta noche otros 8 o 9 chicos. Todos han vuelto esta mañana, menos uno. Cobro a la semana 3 sh. 6 d.» (1 tálero y 5 perras chicas). «No cobro más por trabajar toda la noche. La semana última trabajé dos noches.»

Fernyhough, chico de diez años:

«No siempre tengo una hora entera para la comida del mediodía; muchas veces sólo media hora; los jueves, viernes y sábados.» [67]

El Dr. Greenhow declara que la expectativa de vida en los distritos ceramistas de Stoke-upon-Trent y Wolstanton es extraordinariamente pequeña. En el distrito de Stroke no trabaja en la cerámica más que el 36,6 % de la población masculina de más de 20 años, y en el de Wolstanton sólo el 30,4 %; pero entre los varones de esa categoría más de la mitad de las muertes por enfermedades del pecho corresponde en el primer distrito a los trabajadores de la cerámica, y en el segundo distrito más de 2/5. El Dr. Boothroyd, médico en ejercicio en Hanley, declara lo siguiente:

«Cada generación de trabajadores de la cerámica es más enana y más débil que la anterior.»

Lo mismo otro médico, el señor McBean:

«Desde que empecé a ejercer entre los ceramistas, hace 25 años, la llamativa degeneración de esta clase se manifiesta progresivamente en la disminución de estatura y peso.»

Esas declaraciones proceden del informe del Dr Greenhow de 1860.[68] Lo siguiente es del informe de los comisarios de 1863: el Dr. J. T. Arledge, médico jefe del hospital de North Staffordshire:

«Los alfareros, hombres y mujeres, representan como clase ... una población física y moralmente degenerada. Son generalmente enanos, mal constituidos y, a menudo, contrahechos de tórax. Envejecen prematuramente y viven poco tiempo; son flemáticos y anémicos, y muestran la debilidad de su constitución en tenaces ataques de dispepsia, perturbaciones del hígado y de los riñones y reuma. Pero sobre todo sufren enfermedades del pecho, pulmonía, tisis, bronquitis y asma. Hay una forma de esta última que es peculiar de ellos, y se conoce por los nombres de asma o tisis del alfarero. Más de dos terceras partes de los alfareros padece escrófula, que afecta a las amígdalas, los huesos u otras partes del cuerpo. El

[67] *Children's Employment Commission, First Report,* etc., 1863 Appendix, pág. 16, 18, 19.
[68] *Public Health, 3rd Report,* etc., págs. 103, 105.

que la degeneración (degenerescence) de la población de este distrito no sea mucho mayor se debe exclusivamente al reclutamiento de trabajadores de la cerámica en los distritos circundantes y a los matrimonios con razas más sanas.»

El señor Charles Parsons, que hasta hace poco era house surgeon *[100] de ese mismo hospital, escribe en carta al comisario Longe, entre otras cosas:

«Sólo puedo hablar sobre la base de observaciones personales, no de estadísticas, pero no vacilo en asegurar que repetidamente estallé en indignación a la vista de aquellos pobres niños cuya salud se sacrificaba en adoración de la codicia de sus padres y de sus patronos.»

El médico enumera las causas de las enfermedades de los alfareros, que culminan con las «long hours» («jornadas largas»). El informe de la comisión espera que

«una manufactura de tan destacada posición a los ojos del mundo no siga presentando la mácula de que su gran éxito vaya acompañado por degeneración física, múltiple sufrimiento corporal y muerte temprana de la población trabajadora por cuyo trabajo y cuya habilidad se han conseguido tan grandes resultados.» [69]

Y lo mismo se puede decir de la industria cerámica escocesa que de la inglesa.[70]

La manufactura de fósforos data de 1833, que es cuando se inventó el procedimiento de aplicar el fósforo a la tea misma. Esta manufactura se ha desarrollado rápidamente en Inglaterra, desde los barrios más densamente poblados de Londres hacia Manchester, Birmingham, Liverpool, Bristol, Norwich, Newcastle, Glasgow, principalmente, y con ella se ha difundido el trismo, enfermedad de la boca que un médico vienés descubrió ya en 1845 y que es enfermedad característica de los trabajadores de esta mercancía. La mitad de los trabajadores de esta rama son niños de menos de 13 años y jóvenes de menos de 18. Esta manufactura tiene tan mala fama, por causa de su insalubridad y carácter repugnante, que sólo la parte más corrompida de la clase obrera, viudas medio muertas de hambre, etc., le entregan niños, «niños en harapos, medio muertos de hambre, completamente desamparados y sin educación».[71] De los testigos que interrogó el comisario White (1863) 270 tenían menos de 18 años, 40 menos de 10, 10 tenían sólo 8 años,

[69] *Children's Employm. Commission,* 1863, págs. 24, 22 y xj.
[70] *Loc. cit.,* pág. xlvij.
[71] *Loc. cit.,* pág. liv.

*[100] Médico titular.

y 5 no tenían más que 6 años. Jornada de trabajo variable de 12 a 14 y 15 horas, trabajo nocturno, comidas irregulares, generalmente en las mismas naves de trabajo, apestadas de fósforo. Dante verá superadas en esta manufactura sus fantasías infernales más crueles.

En la fábrica de papel pintado las calidades más groseras se imprimen a máquina y las más delicadas se imprimen a mano (block printing). Los meses en que el negocio está más animado caen entre el comienzo de octubre y finales de abril. Durante este período el trabajo dura a menudo y casi sin interrupción desde las 6 de la mañana hasta las 10 de la noche y aun hasta altas horas.

J. Leach declara:

«El último invierno» (1862) «faltaron 6 chicas de las 19, a causa de enfermedades contraídas por exceso de trabajo. Para tenerlas despiertas tenía que gritarles.» W. Duffy: «A menudo los niños no podían mantener los ojos abiertos, de cansancio. En realidad, tampoco nosotros podíamos muchas veces.» J. Lightbourne: «Tengo 13 años ... El invierno pasado trabajábamos hasta las 9 de la noche, y el anterior hasta las 10. El invierno pasado gritaba casi cada noche de lo que llegaban a dolerme los pies.» G. Aspden: «A este hijo mío, cuando tenía 7 años, solía llevarlo a la espalda por la nieve, pero él trabajaba casi siempre 16 horas ... Muchas veces he tenido que arrodillarme para darle de comer mientras él seguía de pie junto a la máquina, porque no tenía permiso para apartarse de ella ni para sentarse.» Smith, associé industrial de una fábrica de Manchester: «Nosotros» (quiere decir que sus «manos», las que trabajan para «nosotros») «trabajamos sin interrupciones para las comidas, de modo que el trabajo diario de 10 1/2 horas se termina a las 4 1/2 de la tarde, y todo lo demás es tiempo extraordinario.»[72] (¿Y este señor Smith no toma nada durante las 10 1/2 horas?) «Nosotros» (el mismo Smith) «no solemos terminar antes de las 6 de la tarde» (quiere decir que hasta esa hora no dejan de consumir «nuestras» máquinas de fuerza de trabajo), «de modo que durante todo el año hacemos (iterum Crispinus! *[101]) «en realidad horas extraordinarias... Los niños y los adultos (152 niños y jóvenes de menos de 18 años, y 140 adultos) «han trabajado igualmente durante los últimos 18 meses una media mínima de 7 días y 5 horas por semana, 78 1/2 horas semanales. En las 6 semanas que terminan

[72] Este tiempo extraordinario no ha de entenderse en el sentido de lo que nosotros llamamos plustiempo de trabajo. Estos caballeros consideran que las 10 1/2 horas de trabajo son una jornada de trabajo normal, que incluye, pues, también el plustrabajo normal. Sólo luego empieza «el sobretiempo», pagado algo mejor. Más adelante habrá ocasión de ver que la utilización de la fuerza de trabajo durante la jornada llamada normal se paga por debajo de su valor, de modo que el «sobretiempo» es una mera argucia de los capitalistas para extorsionar más «plustrabajo», cosa que sigue siendo, por lo demás, aunque se pague realmente del todo la fuerza de trabajo utilizada durante la «jornada normal».

---

*[101] «Ya estamos en las mismas», expresión proverbial procedente de una sátira del poeta latino Juvenal.

el 2 de mayo de este año» (1863) «el promedio ha sido más elevado: 8 días, 84 horas semanales.»

Pero el señor Smith, tan devoto del pluralis majestatis,*[102] añade con sonrisa satisfecha: «El trabajo en las máquinas es ligero.» Igual que los que aplican el block printing dicen: «El trabajo manual es más sano que el trabajo mecánico.» Y en conjunto los señores fabricantes se pronuncian escandalizados contra la propuesta de «detener las máquinas, al menos durante las comidas».

«Nos (!) gustaría mucho», dice el señor Ottley, director de una fábrica de papeles pintados de Borough (Londres), «una ley que permitiera trabajar desde las 6 de la mañana hasta las 9 de la noche, mientras que las horas del factory act, de las 6 de la mañana a las 6 de la trde, no nos (!) convienen... Nuestra máquina se detiene durante el almuerzo» (qué generosidad). «El pararla no provoca ninguna pérdida importante de papel o color.» «Pero», añade simpatéticamente, «comprendo que no se tenga afición a la pérdida consiguiente.»

El informe de la comisión dice ingenuamente que el temor de algunas «empresas destacadas» de perder tiempo —esto es, tiempo en el que se apropian de trabajo ajeno—, y, con ello, de «perder beneficio», no es «motivo suficiente» para «hacer perder» la comida del mediodía a niños de menos de 13 años y jóvenes de menos de 18 años durante 12-16 horas, ni para echársela como se echa carbón y agua a la máquina de vapor, jabón a la lana, aceite a la rueda, etc., o sea, durante el proceso de producción mismo, como mera materia auxiliar del medio de trabajo.[73]

Ninguna rama industrial de Inglaterra (no tenemos en cuenta la panificación a máquina, que recientemente se está abriendo paso) ha conservado un modo de producción tan arcaico —incluso precristiano, como se puede comprobar por los poetas del Imperio Romano— como la panadería. Pero, como ya se ha observado antes, el capital es al principio indiferente al carácter técnico del proceso de trabajo del que se apodera. Para empezar, lo toma tal como lo encuentra.

La increíble falsificación del pan, sobre todo en Inglaterra, fue inicialmente descubierta por el comité de la cámara baja «sobre la falsificación de los alimentos» (1855-1856) y por el trabajo del Dr. Hassall *Adulterations detected*.[74] Consecuencia de estas revelaciones fue la ley

[73] *Loc. cit.*, Appendix, págs. 123, 124, 125, 140 y lxiv.

[74] El alumbre finamente molido o mezclado con sal es un artículo comercial corriente que lleva el característico nombre de «baker's stuff.» *[103]

---

*[102] Plural mayestático, uso de 'nosotros' o 'nos' en vez de 'yo'.

*[103] «Sustancias de panadero.»

del 6 de agosto de 1860 «for preventing the adulteration of articles of food and drink»,*[104] ley ineficaz porque, como es natural, es de la mayor delicadeza para con todo freetrader *[105] que se proponga «to turn an honest penny» *[106] mediante la compraventa de mercancías falsificadas.[75] El comité mismo expresó más o menos ingenuamente su convicción de que la libertad de comercio significa esencialmente comercio con materias falsificadas o, como dicen graciosamente los ingleses, «sofisticadas». Es un hecho que este tipo de «sofística» sabe mejor que Protágoras hacer negro lo blanco y blanco lo negro, y mejor que los eleatas demostrar ad oculos *[108] la mera apariencia de todo lo real.[76]

En cualquier caso, el comité había llamado la atención del público sobre el «pan nuestro de cada día», y con ello también sobre la panadería. Al mismo tiempo resonaba en meetings y peticiones públicas al parlamento el grito de los oficiales panaderos de Londres por el exceso de trabajo, etc. Este grito se hizo tan penetrante que se nombró comisario investigador al señor H. S. Tremenheere, miembro también de la comisión varias veces citada de 1863. Su informe[77] y las deposiciones de los testigos agitaron al público, y no el corazón, sino el estómago del público. El inglés, versado en la Biblia, sabía, ciertamente, que el hombre, si no es, por elección de la Gracia, capitalista, o landlord, o beneficiario de una sinecura, está condenado a ganarse el pan con el sudor de su frente, pero no sabía que tuviera que comer diariamente en su pan cierta cantidad de sudor humano aderezado con pus, telarañas, cadáveres de cucarachas y levadura alemana podrida, aparte del alumbre, la arenisca y demás agradables ingredientes minerales. Consecuentemente, sin consideración alguna de su santidad el «freetrade», la citada panadería «libre» quedó sometida a la supervisión de inspectores estatales (final de la sesión parlamentaria de 1863) por un act del parlamento que prohibía al mismo tiempo la jornada de trabajo de las 9 de la noche a las 5 de la mañana para panaderos de menos de 18 años. La última cláusula es más elocuente que volúmenes enteros acerca de la sobrecarga de trabajo en este ramo que nos parece tan patriarcal a la buena manera antigua:

«Este trabajo de un panadero londinense empieza por regla general a las 11 de la noche. A esa hora hace la masa, proceso muy laborioso que dura de 1/2 hora a 3/4 de hora, según la dimensión y la finura de la panificación. Luego se echa en la tabla de amasar, que es al mismo tiempo tapadera de la artesa en la que se hace la masa, y duerme unas pocas horas con un saco de harina por almohada y otro encima del cuerpo. Luego empieza un trabajo rápido e ininterrumpido de 5 horas, amasar, pesar, dar forma, meter en el horno, sacar del horno, etc. La temperatura de la tahona es de 75 a 90 grados,*[109] y en las pequeñas más bien más que menos. Cuando el trabajo de hacer pan, bollos, etc., se ha terminado, empieza la distribución del pan, y una parte considerable de los jornaleros, después de haber realizado el duro trabajo descrito, transporta durante el día el pan en cestos o lo arrastra en carretillas de casa en casa y aun trabaja a veces entre una cosa y otra en el horno. El trabajo termina entre la 1 y las 6 de la tarde, según la estación del año y la dimensión del negocio, mientras que otra parte de los trabajadores está ocupada en la tahona hasta bien entrada la tarde.»[78] «Durante la temporada londinense, los trabajadores de los panaderos que venden a precio 'entero' en el Westend empiezan regularmente a las 11 de la noche, y se dedican a la panificación, con una o dos interrupciones a menudo muy breves, hasta las 8 de la mañana siguiente. Luego se agotan hasta las 4, las 5, las 6 e incluso las 7 en acarrear el pan, o a veces cociendo bizcocho en la panadería. Terminado el trabajo disfrutan de un sueño de 6 horas, a menudo sólo 5 o 4. Los viernes el trabajo empieza siempre antes, por ejemplo, a las 10 de la noche, y dura sin interrupción, ya en la preparación del pan, ya en su transporte, hasta el sábado siguiente a las 8 de la noche, y generalmente hasta el domingo a las 4, a las 5. También en las panaderías distinguidas que venden pan a 'precio completo', hay que realizar 4 o 5 horas de trabajo preparatorio el domingo, para el día siguiente... Los trabajadores de los 'underselling masters'»

[75] Como es sabido, el hollín es una forma de carbono muy enérgica y constituye un abono que los deshollinadores capitalistas venden a los agricultores ingleses. En 1862 el «juryman» *[107] británico tuvo que decidir en un proceso sobre si un hollín al que, sin saberlo el comprador, se había mezclado un 90 % de polvo y arena era hollín «real» en sentido «comercial» u hollín «falsificado» en sentido «legal». Los «amis du commerce» resolvieron que es hollín «verdadero» comercial, y rechazaron la querella del granjero, que encima cargó con las costas procesales.

[76] El químico francés Chevallier, en un tratado sobre las «sophistications» de las mercancías, cuenta, entre algo más de 600 artículos a los que pasa revista, 10, 20 y 30 métodos diferentes de falsificación para muchos de ellos. Añade que no conoce todos los métodos y que no cita todos los que conoce. Presenta 6 tipos de falsificación del azúcar, 9 del aceite de oliva, 10 de la manteca, 12 de la sal, 19 de la leche, 20 del pan, 23 del aguardiente, 24 de la harina, 28 del chocolate, 30 del vino, 32 del café, etc. Ni Dios Nuestro Señor se salva de este destino: véase ROUARD DE CARD, *De la falsification des substances sacramentelles*, Paris 1856.

[77] *Report etc. relating to the Grievances complayned of by the Journeymen Bakers* etc., London 1862, y *Second Report* etc., London 1863.

[78] *Loc. cit., First Report* etc., págs. vj/vij.

*[104] «Para impedir la adulteración de artículos comestibles y bebidas.»
*[105] Libre comerciante.
*[106] «Sacar un honrado penny».
*[107] «Miembro de jurado.»
*[108] Palmariamente.
*[109] De la escala Farenheit, aproximadamente de 24° C a 32° C.

(los que venden pan por debajo del precio completo), «que, como se ha dicho antes, suponen más de las 3/4 partes de los panaderos londinenses, tienen horarios de trabajo todavía más largos, pero su trabajo se limita enteramente a la panadería, porque sus amos venden sólo en sus propias tiendas, si se prescinde de entregas a pequeñas tiendas. Hacia el final de la semana ... esto es, el jueves, el trabajo empieza aquí a las 10 de la noche y dura, con pequeñas interrupciones, hasta bien entrado el domingo.» [79]

Por lo que hace a los «underselling masters», hasta el punto de vista burgués entiende que «el trabajo no pagado de los mozos (the unpaid labour of the men) constituye el fundamento de su competitividad».[80] Y el «full priced baker» denuncia a sus competidores «underselling» ante la comisión investigadora diciendo que son ladrones de trabajo ajeno y falsificadores.

«Sólo triunfan gracias a que estafan al público y a que arrancan a sus oficiales 18 horas por un salario de 12 horas.» [81]

La falsificación del pan y la formación de una clase de panaderos que vende el pan por debajo de su precio completo se han desarrollado en Inglaterra desde principios del siglo XVIII, en cuanto que entró en decadencia el carácter gremial del oficio y detrás del nominal maestro panadero apareció el capitalista en figura de molinero o vendedor de harina.[82] Con ello quedaban puestos los cimientos de la producción capitalista, de la prolongación desmedida de la jornada de trabajo y del trabajo nocturno, aunque esto último no se asentó seriamente, ni siquiera en Londres, hasta 1824.[83]

Se entenderá por lo que antecede que el informe de la comisión incluye a los oficiales panaderos entre los trabajadores de corta vida

[79] *Loc. cit.*, pág. lxxj.
[80] GEORGE READ, *The History of Baking*, London 1848, pág. 16.
[81] *Report (First)* etc. Evidence. Declaración del «full priced baker» Cheesman, pág. 108.
[82] GEORGE READ, *loc. cit.* A finales del siglo XVII y principios del XVIII se denunciaba aún oficialmente por «public nuisances» *110 a los factors (agentes) que se infiltraban en todos los oficios imaginables. Así, por ejemplo, el Grand Jury, en su sesión trimestral de jueces de paz del condado de Somerset, emitió un «presentment» *111 dirigido a la cámara baja en el que se dice entre otras cosas «que estos agentes de Blackwell Hall son un desorden público y perjudican el oficio del paño y se deberían perseguir como animales dañinos». (*The Case of our English Wool* etc., London 1685, págs. 6, 7.)
[83] *First Report* etc., pág. viij.

*110 Daños públicos.
*111 Memorial.

que, tras haber escapado con suerte al normal diezmarse de los niños de todas las partes de la clase obrera, alcanzan rara vez los 42 años. Las fuentes de suministro de estas «fuerzas de trabajo» para Londres son Escocia, los distritos agrícolas del oeste de Inglaterra ... y Alemania.

En los años 1858-1860 los trabajadores panaderos organizan por su cuenta en Irlanda grandes meetings de agitación contra el trabajo nocturno y dominical. El público tomó partido por ellos, con pasión irlandesa, en el meeting de mayo de 1860 en Dublín, por ejemplo. Este movimiento impuso de hecho en Wexford, Kilkenny, Clonmel, Waterford, etc., que sólo hubiera trabajo diurno.

«En Limerick, donde el martirio de los asalariados rebasaba, como es sabido, toda medida, el movimiento fracasó por la oposición de los patronos panaderos, principalmente de los panaderos-molineros. El ejemplo de Limerick provocó un retroceso en Ennis y Tipperary. En Cork, donde el malestar público se había manifestado de la forma más viva, los maestros hicieron fracasar el movimiento utilizando su poder de despedir a los mozos. En Dublín los patronos se resistieron del modo más decidido y, persiguiendo a los oficiales que se encontraban en cabeza del movimiento, obligaron a ceder al resto, a someterse al trabajo nocturno y dominical.» [84]

La comisión del gobierno inglés, que en Irlanda está armado hasta los dientes, declama fúnebremente contra los implacables patronos panaderos de Dublín, Limerick, Cork, etc.:

«El comité cree que las horas de trabajo están limitadas por leyes naturales que no se pueden violar impunemente. Los maestros, al obligar a sus trabajadores, mediante la amenaza de echarlos, a violar sus creencias religiosas, desobedecer a la ley del país y despreciar la opinión pública» (todo eso se refiere al trabajo en domingo), «provocan mala sangre entre el capital y el trabajo y dan un ejemplo peligroso para la religión, la moralidad y el orden público... El comité cree que la prolongación de la jornada de trabajo más allá de las 12 horas es una intromisión usurpatoria en la vida doméstica y privada del obrero y conduce a resultados morales desgraciados, por mezclarse en la intimidad doméstica de un hombre y en el cumplimiento de sus deberes familiares de hijo, hermano, esposo y padre. El trabajo de más de 12 horas tiende a minar la salud del obrero, conduce a un envejecimiento prematuro y a una muerte temprana, y, por lo tanto, a la desgracia de las familias obreras, las cuales se ven privadas («are deprived») del cuidado y el apoyo del cabeza de familia precisamente en el momento en que más lo necesitan.» [85]

Estábamos en Irlanda. Al otro lado del canal, en Escocia, el trabajador agrícola, el hombre del arado, denuncia su jornada de 13 o 14

[84] *Report of Committee on the Baking Trade in Ireland for 1861.*
[85] *Loc. cit.*

horas, en un clima de lo más rudo, con cuatro horas más de trabajo los domingos (¡en esta tierra de la santificación sabática!),[86] mientras tres trabajadores de los ferrocarriles —un revisor, un maquinista y un guardagujas— comparecen al mismo tiempo ante un grand jury de Londres. Un grave accidente ferroviario ha expedido al otro mundo centenares de pasajeros. La causa de la desgracia es la negligencia de los trabajadores ferroviarios. Éstos declaran coincidentemente ante los jurados que hace 10 o 12 años su trabajo duraba sólo 8 horas diarias y que en los últimos 5-6 años lo han apretado hasta las 14, 18 y 20 horas, y que cuando acuden con particular abundancia los viajeros, como en los períodos de excursión, dura ininterrumpidamente muchas veces 40-50 horas. Que ellos son hombres corrientes, no cíclopes. Llegada a cierto punto, su fuerza de trabajo falla. Les sobrecoge un entumecimiento. Los sesos dejan de pensar, y los ojos de ver. El muy «respetable British Juryman» contesta con un veredicto que los manda a la instancia suprema por «manslaughter» (homicidio), y expresa en un benévolo considerando el pío deseo de que los señores capitalistas magnates del ferrocarril tengan la bondad de ser en el futuro más pródigos en la compra del número necesario de «fuerzas de trabajo» y «más continentes», o «abstinentes» o «ahorradores» al chupar la fuerza de trabajo comprada.[87]

[86] Meeting público de los trabajadores agrícolas en Lasswade, cerca de Glasgow, el 5 de enero de 1866. (Ver *Workman's Advocate* del 13 de en. de 1866.) La fundación de una Trade's Union de los trabajadores agrícolas a finales de 1865, primero en Escocia, es un acontecimiento histórico. En uno de los distritos agrícolas más oprimidos de Inglaterra, en el Buckinghamshire, los jornaleros hicieron una gran huelga en marzo de 1867 por el aumento del salario semanal de 9/10 sh. a 12 sh. (Por lo que precede se ve que el movimiento del proletariado agrícola inglés, completamente roto tras la represión de sus manifestaciones violentas a partir de 1830 y, sobre todo, desde la implantación de la nueva ley de pobres, se reanuda en los años sesenta, hasta hacer época en 1872. En el II volumen volveré a hablar de esto, así como de los Libros Azules sobre la situación de los trabajadores agrícolas ingleses que se publican desde 1867. Añadido a la 3.ª ed.)

[87] *Reynold's Paper,* [21] en. 1866. Semana tras semana, este semanario publica inmediatamente después del accidente, bajo los «sensational headings» «Fearful and fatal accidents», «Appalling tragedies»,*[112] etc., toda una lista de nuevas catástrofes ferroviarias. Contesta un obrero de la North Staffordlinie: «Todo el mundo conoce las consecuencias que tiene el que se paralice por un momento la atención del maquinista y el fogonero. ¿Pero cómo no va a ocurrir, con la desmedida prolongación del trabajo incluso cuando hace muy mal tiempo, sin pausa

*[112] «Sensacionales titulares», «Terribles y fatales accidentes», «Espantosas tragedias».

Vamos a entresacar aún del abigarrado montón de obreros de todas las profesiones, edades y sexos, que acuden a nosotros más impetuosamente que a Ulises las almas de los que perecieron de muerte violenta y por cuyo aspecto se aprecia a primera vista el exceso de trabajo que padecen, sin necesidad de que presenten los Libros Azules, dos personajes cuyo llamativo contraste prueba que todos los hombres son iguales ante el capital: una modista y un herrero.

La última semana de junio de 1863 todos los periódicos diarios de Londres publicaron una gacetilla con el titular «sensational»: «Death from simple Overwork» (Muerte por simple exceso de trabajo). Se trataba de la muerte de la costurera Mary Anne Walkley, de veinte años, empleada en una manufactura de modas muy respetable y explotada por una dama que responde al amable nombre de Elisa. De nuevo se descubrió la vieja historia[88] de que estas muchachas trabajan por término medio 16 1/2 horas diarias, y durante la saison trabajan muchas veces 30 horas seguidas, mientras se mantiene el flujo de su desfalleciente «fuerza de trabajo» con una administración periódica de de vino de Jerez, Oporto o café. Y estaban en el punto culminante de la saison. Había que terminar por arte de magia los vestidos de ceremonia que nobles ladies habían de ponerse para el baile de homenaje a la recién importada princesa de Gales. Mary Anne Walkley había trabajado sin interrupción 26 1/2 horas junto con otras 60 muchachas, 30 en una habitación que apenas suministraba 1/3 de las pulgadas cúbicas de aire necesarias, mientras que por la noche se repartían de dos en dos una cama instalada en uno de los agujeros sofocantes obtenidos mediante la división de un solo dormitorio por varios tabi-

ni descanso? Tomad como ejemplo de lo que ocurre todos los días el caso siguiente. El lunes pasado un fogonero empezó su trabajo diario a primera hora de la madrugada. Lo terminó 14 horas y 50 minutos más tarde. Antes de que tuviera tiempo de tomarse un té, lo volvieron a llamar de nuevo al trabajo. Así tuvo que trabajar seguido 29 horas y 15 minutos. El resto de su trabajo semanal se distribuyó de este modo: miércoles: 15 horas; jueves: 15 horas 35 minutos; viernes: 14 1/2 horas; sábado: 14 horas 10 minutos; total de la semana: 88 horas 30 minutos. Y ahora imaginad su sorpresa al recibir paga por sólo 6 jornadas de trabajo. El fogonero era novato, y preguntó que qué se entendía por jornada de trabajo. Respuesta: 13 horas, o sea, 78 horas semanales. ¿Y cómo se pagaba las 10 horas y los 30 minutos sobrantes? Luego de un largo forcejeo, recibió una gratificación de 10 d.» (son menos de diez perras de plata) (*loc. cit.,* n.º del 4 febrero 1866).

[88] Cfr. ENGELS, *loc. cit.,* págs. 253, 254.

ques de madera.[89] Y éste es uno de los mejores talleres de Londres. Mary Anne Walkley se encontró mal el viernes y murió el domingo, sin terminar antes, con gran asombro de la dama Elisa, el último trapo. El médico señor Keys, llamado al lecho mortuorio demasiado tarde, declaró lacónicamente ante el «Coroner's Jury»: *[114]

«Que Mary Anne Walkley ha muerto por haber trabajado demasiadas horas en una habitación de trabajo demasiado llena y en un dormitorio demasiado estrecho y mal ventilado.»

Pero el «Coroner's Jury», para impartir al médico una lección de mundo, declara por el contrario:

«Que la fallecida ha muerto de apoplejía, aunque hay motivo para temer que su muerte se aceleró por exceso de trabajo en un taller demasiado lleno, etc.»

«Nuestros esclavos blancos», exclamó el *Morning Star,* órgano de los caudillos librecambistas Cobden y Bright, «nuestros esclavos blancos son obligados a trabajar hasta la tumba, y se pudren y se mueren sin cantos ni músicas.» [90]

[89] El Dr. Letheby, médico en funciones en el Board of Health,*[113] declara por entonces: «Para adultos, el mínimo debería ser de 300 pies cúbicos de aire en dormitorio y de 500 pies cúbicos en cuarto de estar.» El Dr. Richardson, médico jefe de un hospital de Londres: «Las costureras de todo tipo, las modistillas, las sastras y las costureras corrientes soportan una miseria triple: exceso de trabajo, falta de aire y falta de alimentación o de digestión. En conjunto, este tipo de trabajo es en toda circunstancia más adecuado para mujeres que para hombres. Pero lo malo de este trabajo es que, sobre todo en la capital, está monopolizado por unos 26 capitalistas que, con medios de poder que nacen del capital (that spring from capital), arrancan economía del trabajo (force economy out of labour: quiere decir que economizan costes despilfarrando la fuerza de trabajo). Toda esta clase de trabajadoras percibe su poder. Cuando una modista consigue hacerse con un pequeño círculo de clientes, la competición la obliga a matarse a trabajar en casa para conservarlos, y necesariamente tiene que imponer a sus ayudantas el mismo exceso de trabajo. Si fracasa su negocio o no puede establecerse autónomamente, se dirige a un establecimiento en el que el trabajo no será menor, pero el pago estará asegurado. Una vez empleada de este modo, se convierte lisa y llanamente en una esclava lanzada de un lado para otro por cada marea de la sociedad: hoy en su casa, muriéndose de hambre, o casi, en una habitación pequeña; mañana trabajando de nuevo 15, 16 incluso 18 de cada 24 horas, en una atmósfera casi insoportable y con una alimentación que no se puede digerir ni cuando es buena, a causa de la falta de aire puro. De estas víctimas se alimenta la tisis, que no es sino una enfermedad causada por el aire.» Dr. Richardson, «Work and Overwork», en *Social Science Review,* 18 de julio de 1863.)

*[113] Junta de Sanidad.

*[114] «Comisión forense».

«Matarse trabajando es la orden del día no sólo en los talleres de modistería, sino también en mil lugares, en todo lugar, realmente, en el que el negocio vaya viento en popa... Tomemos el ejemplo del herrero. Si se puede prestar fe a los poetas, no hay hombre tan vital y alegre como el herrero. Se levanta temprano y saca chispas antes que el sol; come y bebe y duerme como ningún otro hombre. Si se consideran las cosas desde un punto de vista puramente físico, el herrero se encuentra realmente, si el trabajo es moderado, en una de las mejores situaciones humanas. Pero vamos a acompañarlo a la ciudad y a ver la carga de trabajo que se echa sobre ese hombre robusto, y qué lugar ocupa en las listas de mortalidad de nuestro país. En Marylebone» (uno de los grandes barrios de Londres) «los herreros mueren a razón de 31 por 1.000 al año, que son 11 más que la mortalidad media de varones adultos en Inglaterra. Su trabajo, arte casi instintivo de la humanidad, intachable en sí mismo, se convierte en destructor del hombre por su mera exageración. El herrero puede dar tantos martillazos al día, tantos pasos, hacer tantas inspiraciones, ejecutar tanto trabajo diario y vivir por término medio, digamos, 50 años. Se le obliga a dar tantos más martillazos, tantos más pasos, a inspirar tantas más veces al día, y, en conjunto, a aumentar diariamente en un cuarto el gasto de su vida. El herrero lo intenta, y el resultado es que durante un período limitado ejecuta un cuarto más de trabajo y muere a los 37 años, en vez de a los 50.» [91]

[90] *Morning Star,* 23 de junio de 1863. El *Times* aprovechó el incidente para defender a los esclavistas norteamericanos contra Bright, etc. «Muchos de nosotros», dice el *Times,* «opinan que mientras sigamos haciendo trabajar a nuestras jóvenes hasta la muerte, con el azote del hambre en vez de con el restallido del látigo, no tenemos mucho derecho a amenazar con el fuego y con la espada a familias que nacieron como esclavistas y, por lo menos, alimentan bien a sus esclavos y los hacen trabajar moderadamente.» (*Times,* 2 de julio de 1863.) Análogamente sermonea el *Standard,* periódico tory, al rev. Newman Hall: «Ha excomulgado a los esclavistas, pero reza con esas buenas gentes que sólo hacen trabajar 16 horas al día a los cocheros y conductores de ómnibus de Londres, etc., por un salario de perros.» Y finalmente habló el oráculo, el señor Thomas Carlyle, acerca del cual ya di algo a la imprenta en 1850: «El genio se ha ido al infierno, pero su culto ha quedado.» En una breve parábola Carlyle reduce el único acontecimiento grandioso de la historia contemporánea —la guerra civil norteamericana— al hecho de que el Pedro del norte quiere aplastar con toda su fuerza el cráneo al Pablo del sur porque el Pedro del norte «alquila» a su trabajador «por días» y el Pablo del sur «alquila» al suyo «de por vida». (*Macmillan's Magazine.* «Ilias Americana in nuce». Fascículo de agosto de 1863.) Así estalla la burbuja de espuma de la simpatía tory por los asalariados urbanos, ¡no por los rurales, ni por pienso! Y el meollo que había dentro se llama esclavitud.

[91] Dr. Richardson, *loc. cit.*

4. *Trabajo diurno y nocturno. El sistema de turnos*

Considerado desde el punto de vista del proceso de valorización, el capital constante, los medios de producción, no existen más que para sorber trabajo y, con cada gota de trabajo, una cantidad proporcional de plustrabajo. En la medida en que no lo hacen, su mera existencia constituye una pérdida negativa para el capitalista, pues durante el tiempo en que yacen improductivamente representan un adelanto inútil de capital, y la pérdida se hace positiva en cuanto que la interrupción impone gastos adicionales para reanudar el trabajo. La prolongación de la jornada de trabajo más allá de los límites del día natural, hasta entrada la noche, no es más que un paliativo, no sacia sino parcialmente la sed de viva sangre de trabajo que tiene el vampiro. Por eso el impulso inmanente a la producción capitalista es apropiarse de trabajo durante las 24 horas del día. Pero como eso sería físicamente imposible si fueran las mismas fuerzas de trabajo las vaciadas constantemente día y noche, hace falta, para superar el obstáculo físico, alternar las fuerzas de trabajo devoradas de día y de noche, y esta alternancia permite métodos diferentes; por ejemplo, se puede ordenar de tal modo que una parte del personal obrero cumpla una semana trabajo diurno, la semana siguiente trabajo nocturno, etc. Es sabido que este sistema de turnos, esta explotación alternante, como en agricultura, predominó en el vital período juvenil de la industria algodonera inglesa, etc., y florece ahora, entre otros lugares, en las hilaturas de algodón del distrito de Moscú. Este proceso de producción de 24 horas existe aún hoy día como sistema en muchas ramas industriales de la Gran Bretaña que siguen siendo «libres», por ejemplo, en los altos hornos, las forjas, la laminación y otras manufacturas metálicas de Inglaterra, Gales y Escocia. El proceso de trabajo abarca aquí, además de las 24 horas de los 6 días laborables, también en gran parte las 24 horas del domingo. Los trabajadores son varones y mujeres, adultos y niños de ambos sexos. La edad de los niños y de los jóvenes cubre todos los escalones desde los 8 años (en algunos casos 6) hasta los 18 años.[92] En algunas ramas las muchachas y las niñas trabajan juntas con el personal masculino también por la noche.[93]

[92] *Children's Employment Commission, Third Report,* Lond. 1864, págs. iv, v, vj.

[93] «En Staffordshire y en Gales del sur se emplean chicas jóvenes y mujeres en minas de carbón y depósitos de coque, no sólo de día, sino también de noche. Esto se ha mencionado frecuentemente, en informes presentados al parlamento, como práctica que acarrea males grandes y manifiestos. Las mujeres que trabajan junto con los hombres y apenas se diferencian de ellos en el vestido, con la cara manchada de polvo y humo, están expuestas a una degeneración del carácter, porque dejan de respetarse a sí mismas como consecuencia casi inevitable de una ocupación no femenina.» (*Loc. cit.,* 194, pág. xxvj. Cfr. *Fourth Report* (1865), 61 pág. xiij.) Lo mismo en las fábricas de vidrio.

Aparte de los generales efectos dañinos del trabajo nocturno,[94] la duración ininterrumpida, de veinticuatro horas, del proceso productivo ofrece una ocasión muy bienvenida de rebasar los límites de la jornada de trabajo nominal. Por ejemplo, en las ramas industriales muy duras que antes se ha citado, la jornada de trabajo oficial suele ser de 12 horas para cada trabajador, igual si es de turno de noche que si es de turno de día. Pero el exceso de trabajo por encima de ese límite es en muchos casos «verdaderamente terrible», por utilizar las palabras del informe oficial inglés («truly fearful»).[95]

[94] «Parece natural», observó un fabricante de acero de los que emplean niños en trabajo nocturno, «que los chicos que trabajan de noche no puedan de día dormir ni descansar como es debido, sino que al día siguiente se agiten sin parar de un lado para otro.» (*Loc cit., Fourth Report,* 63, pág. xiij.) Un médico observa, entre otras cosas, respecto de la importancia de la luz solar para la conservación y el desarrollo del cuerpo humano: «La luz actúa también directamente sobre los tejidos del cuerpo, a los que da dureza y elasticidad. Los músculos de los animales a los que se priva de la cantidad normal de luz se hacen esponjosos y pierden elasticidad, la energía nerviosa pierde su tono por falta de estimulación, y se atrofia la realización de todo lo que se encuentra en crecimiento... En el caso de los niños es absolutamente esencial para la salud la llegada constante de luz diurna en abundancia y de rayos solares directos durante una parte del día. La luz contribuye a que las comidas se conviertan en buena sangre plástica y endurece la fibra una vez formada ésta. También es un estímulo de los órganos de la vista, y provoca con ello mayor actividad de diferentes funciones cerebrales.» El señor W. Strange, médico jefe del «General Hospital» de Worcester y de cuya obra sobre «La salud» (1864) procede ese paso, escribe en carta a uno de los comisarios investigadores, el señor White: «Ya antes tuve ocasión en Lancashire de observar los efectos del trabajo nocturno en los niños de las fábricas, y en contra de lo que gustan de asegurar algunos patronos, declaro resueltamente que la salud de los niños sufre por causa de ese trabajo.» (*Children's Employment Commission. Fourth Report,* 284, pág. 55.) Ya el hecho de que cosas así puedan ser objeto de controversias serias muestra muy bien cómo actúa la producción capitalista sobre las «funciones cerebrales» de los capitalistas y de sus retainers.*[115]

[95] *Loc. cit.,* 57, pág. xij.

*[115] Criados.

«Ningún ánimo humano», dice el informe, «puede considerar la cantidad de trabajo realizada, según declaraciones de los testigos, por muchachos de 9 a 12 años sin llegar inevitablemente a la conclusión de que ese abuso de poder de los padres y de los patronos no se puede seguir permitiendo.» [96]

«El método de hacer trabajar a muchachos alternativamente de día y de noche acarrea una prolongación vergonzosa de la jornada de trabajo, igual en momentos de gran intensidad de los negocios que durante el curso habitual de las cosas. En muchos casos esa prolongación no sólo es cruel, sino también increíble. Por fuerza ocurre que, por una u otra causa, falta aquí o allá un chico del turno de relevo. Entonces tienen que compensar esa ausencia uno o varios de los muchachos presentes que ya han consumado su jornada de trabajo. Este sistema es tan conocido y general que el director de una industria de laminación al que pregunté cómo se cubría el lugar de los muchachos que no acudían al turno contestó: Sé perfectamente que usted lo sabe tan bien como yo. Y no tuvo ningún pudor en confesar el hecho.» [97]

«En un taller de laminación en el que la jornada de trabajo nominal duraba desde las 6 de la mañana hasta las 5 1/2 de la tarde, un joven trabajaba 4 noches por semana hasta las 8 1/2 de la noche del día siguiente por lo menos ... y eso durante 6 meses.» «Otro, a la edad de 9 años, trabajaba a veces tres turnos de doce horas cada uno seguidos, y a la edad de diez años dos días y dos noches seguidos.» «Un tercero, que ahora tiene 10 años, trabajaba desde las 6 de la mañana hasta las 12 de la noche tres veces seguidas, y hasta las 9 de la noche las otras tres.» «Otro, que ahora tiene 13 años, trabajaba desde las 6 de la tarde hasta las 12 del mediodía siguiente durante toda una semana, y a veces tres turnos seguidos, por ejemplo, desde el lunes por la mañana hasta el martes por la noche.» «Otro, que ahora tiene 12 años, trabajaba en una fundición de hierro de Stavely desde las 6 de la mañana hasta las 12 de la noche, y ahora es incapaz de seguir haciéndolo.» George Allinsworth, de nueve años: «Vine el viernes pasado. Al día siguiente teníamos que empezar a las 3 de la mañana, así que me quedé aquí toda la noche. Vivo a 5 millas de aquí. Dormí en el suelo, encima de un delantal de cuero y echándome encima una chaqueta. Los otros dos días estuve aquí a las 6 de la mañana. Sí, aquí hace mucho calor. Antes de venir aquí trabajé también un año entero en un alto horno. Era un gran taller, en el campo. También empezaba el sábado por la mañana a las 3, pero, por lo menos, me podía ir a dormir a casa, porque estaba cerca. Los demás días empezaba a las 6 de la mañana y terminaba a las 6 o las 7 de la tarde», etc.[98]

[96] *Loc. cit.* («4th. Rep.» 1865), 58, pág. xij.

[97] *Loc. cit.*

[98] *Loc. cit.*, pág. xiij. Como es natural, el grado de formación de esas «fuerzas de trabajo» tiene que ser tal cual se muestra en los siguientes diálogos con uno de los comisarios de investigación. Jeremiah Haynes, 12 años: «...cuatro por cuatro son ocho, pero cuatro cuatros (4 fours) son 16... Un rey es al que tiene todo el dinero y oro. (A king is him that has all the money and gold.) Tenemos un rey, dicen que es una reina, la llaman princesa Alejandra. Dicen que se casó con el hijo de la reina. Una princesa es un hombre.» Wm. Turner, de doce años: «No vivo en Inglaterra. Creo que hay ese país, no sabía nada de él antes.» John Morris, de catorce años: «He oído decir que Dios hizo el mundo y que todo el mundo se ahogó menos uno; he oído decir que era un pajarito.» William Smith, de quince años: «Dios hizo al hombre; el hombre hizo a la mujer.» Edward Taylor, de quince años: «No sé nada de Londres.» Henry Matthewman, de diecisiete años: «A veces voy a la iglesia... Un nombre del que predicaban era uno que se llamaba Jesucristo, pero no me acuerdo de ningún otro nombre, ni tampoco sé nada de él. No lo asesinaron, murió como el resto de la gente. En algunas cosas no era como la demás gente, porque era religioso de cierta manera, y otros no lo es. (He was not the same as other people in some ways, because he was religious in some ways, and others isn't.)» (*Loc. cit.*, 74, pág. xv.) «El diablo es una buena persona. No sé dónde vive. Cristo era un mal hombre.» (The devil is a good person. I don't know where he lives. Christ was a wicked man.») «Esta muchacha (10 años) deletrea God <Dios> diciendo Dog <perro>, y no sabía el nombre de la Reina.» (*Ch. Empl. Comm. V. Rep.*, 1866, pág. 55, n. 278.) En las fábricas de vidrio y de papel domina el mismo sistema que en las citadas manufacturas metálicas. En las fábricas de papel que lo fabrican con máquinas el trabajo nocturno es normal salvo para la selección de harapos. En algunos casos el trabajo nocturno se continúa durante toda la semana por medio de turnos, corrientemente desde la noche del domingo hasta las 12 de la noche del sábado siguiente. El equipo que se encuentra en el turno de día trabaja 5 días de 12 horas y uno de 18 horas, y el turno de noche 5 noches de 12 horas y una de 6 horas, ambas cosas por semana. En otros casos cada turno trabaja 24 horas una tras otra en los días de cambio entre noche y día. Un turno trabaja 6 horas el lunes y 18 el sábado para completar 24 horas. En otros casos se implanta un sistema intermedio por el cual todos los empleados en la maquinaria papelera trabajan 15-16 horas cada día de la semana. Este sistema, dice el comisario investigador Lord, parece sintetizar todos los males de los turnos de doce horas y veinticuatro horas. Con este sistema nocturno trabajan niños de menos de 13 años, jóvenes de menos de 18 y mujeres. En el sistema de doce horas tenían que hacer a veces, por falta de relevo, turno doble de 24 horas. Declaraciones de testigos prueban que chicos y chicas trabajan muy frecuentemente tiempo extraordinario que no pocas veces llega a las 24 y hasta las 36 horas de trabajo ininterrumpido. En el proceso «continuo e inmutable» del vidriado hay muchachas de 12 años que trabajan 14 horas diarias todo el mes, «sin más descanso o interrupción regular que dos o a lo sumo tres pausas de media hora para comer». En algunas fábricas en que se ha abandonado el trabajo nocturno regular se trabaja una cantidad de tiempo extra espantosa y «ello, frecuentemente, en los procesos más sucios, calurosos y monótonos». (*Children's Employment Commission. Report IV*, 1865, págs. xxxvij y xxxix.)

Oigamos cómo concibe el capital, por su parte, este sistema de las veinticuatro horas. Como es natural, silencia las exageraciones del sistema, su abuso para conseguir una prolongación «cruel e increíble» de la jornada de trabajo. Habla sólo del sistema en su forma «normal».

Los señores Naylor y Vickers, fabricantes de acero que emplean entre 600 y 700 personas sólo 10 % de las cuales tienen menos de 18 años y sólo 20 de las cuales son niños incluidos en el personal nocturno, se expresan del modo siguiente:

«Los niños no lo pasan mal por el calor. La temperatura es probablemente de 86° a 90°...*[116] En las forjas y laminaciones las manos trabajan día y noche por turnos, pero, en cambio, todo lo demás es trabajo diurno, de las 6 de la mañana a las 6 de la tarde. En la forja se trabaja de 12 a 12. Algunas manos trabajan siempre de noche, sin pasar a turno de día... No creemos que el que el trabajo sea de día o de noche cause ninguna diferencia en cuanto a la salud» (¿en cuanto a la salud de los señores Naylor y Vickers?) «y es probable que la gente duerma mejor si goza siempre del mismo período de descanso que si lo cambia... Aproximadamente veinte muchachos de menos de 18 años trabajan con el equipo de noche... No podríamos ir bien (not well do) sin trabajo nocturno de jóvenes de menos de 18 años. Nuestra objeción es el aumento de los costes de producción. Es difícil conseguir manos hábiles y jefes de departamentos, pero muchachos, se encuentran todos los que se quiera... Como es natural, considerando la pequeña proporción de jóvenes que utilizamos, limitaciones del trabajo nocturno tendrían para nosotros poca importancia o interés.»[99]

El señor J. Ellis, de la firma de los señores John Brown et Co., fábricas de acero y hierro que emplean a 3.000 hombres y jóvenes, y, por lo que hace a parte del duro trabajo del acero y del hierro, «día y noche, por turnos», declara que en las acerías pesadas hay uno o dos jóvenes por cada hombre. Su negocio cuenta con 500 jóvenes de menos de 18 años, 1/3 de los cuales aproximadamente, 170, son de menos de 13 años. El señor Ellis opina respecto de la propuesta modificación de la ley:

«No creo que fuera muy criticable (very objectionable) el no permitir que ninguna persona de menos de 18 años trabaje más de 12 horas de cada 24. Pero tampoco creo que se pueda trazar ninguna línea sobre la prescindibilidad de jóvenes de más de 12 años para el trabajo nocturno. Antes aceptaríamos, incluso, una ley que mandara no emplear ningún joven de menos de 13 años, hasta de menos de 15 años, que una prohibición de emplear por la noche a los jóvenes una vez que los tengamos empleados. Los jóvenes del turno de día tienen que trabajar alternativamente también en el turno de noche, porque los hombres no pueden estar haciendo siempre trabajo nocturno; esto les destruiría la salud. Pero creemos que el trabajo nocturno no hace ningún daño si se alterna semanalmente.»

(Los señores Naylor y Vickers creían, a la inversa, de acuerdo con los mejores hombres de su negocio, que lo que tal vez haga daño sea el trabajo nocturno alternante periódicamente, no el constante.)

«Vemos que las gentes que hacen trabajo nocturno alternante son exactamente igual de sanas que las que sólo trabajan de día... Nuestras objeciones a que no se empleen en trabajo nocturno jóvenes de menos de 18 años se deberían al

[99] *Fourth Report etc.*, 1865, 79, pág. xvj.

*[116] De la escala Farenheit, aproximadamente 30° C a 32° C.

aumento de los gastos, pero ése es también el único motivo.» (¡Qué cínica ingenuidad!) «Creemos que ese aumento sería mayor de lo que el negocio (the trade) podría soportar cumplidamente con la debida atención a su ejecución con éxito (as the trade with due regard to etc. could fairly bear!)» (¡Qué fraseología de papanatas!) «La mano de obra es aquí escasa, y con esa regulación podría llegar a ser insuficiente.»

(o sea, Ellis, Brown et Co. podrían dar en la fatal dificultad de tener que pagar completamente el valor de la fuerza de trabajo.)[100]

Las «Industrias Cíclope del acero y el hierro» de los señores Cammell et Co. trabajan a la misma gran escala que la de los citados John Brown et Co. El director gerente entregó por escrito su declaración al comisario gubernamental White, pero luego le pareció conveniente retener el manuscrito que le habían devuelto para que lo revisara. De todas maneras, el señor White tiene una memoria tenaz. Recuerda con toda precisión que para estos señores cíclopes la prohibición del trabajo nocturno de los niños y los jóvenes sería «algo del reino de la imposibilidad y equivaldría a que se pararan sus fábricas»; y eso que su negocio cuenta con poco más de un 6 % de jóvenes de menos de 18 años y sólo un 1 % de menos de 13 años.[101]

El señor E. F. Sanderson, de la firma Sanderson, Bros. et Co., acerías, laminados y forja, de Attercliffe, declara sobre la misma cuestión:

«La prohibición de hacer trabajar por la noche a jóvenes de menos de 18 años causaría grandes dificultades; la dificultad principal por el aumento de costes que acarrearía necesariamente una sustitución del trabajo de muchachos por trabajo de hombres. No puedo decir cuánto importaría eso, pero probablemente no tanto como para que el fabricante pudiera aumentar el precio del acero; por consiguiente, la pérdida recaería sobre él, porque los hombres» (¡qué gente cabezota!) «se negarían, naturalmente, a soportarla.»

El señor Sanderson no sabe cuánto paga a los niños, pero

«quizás sube a 4 o 5 sh. por cabeza a la semana... El trabajo de los muchachos es de un tipo para el que en general» («generally», no siempre, naturalmente, «en particular») «la fuerza de los jóvenes basta exactamente, por lo que no se obtendría de la fuerza mayor de los hombres ninguna ganancia que compensara la pérdida, o sólo se conseguiría en los pocos casos en que el metal es muy pesado. Tampoco los hombres preferirían no tener muchachos a sus órdenes, porque los hombres son menos obedientes. Además, los jóvenes tienen que empezar pronto a aprender el oficio. La limitación de los jóvenes a sólo trabajo de día no cumpliría con este fin.»

¿Y por qué no? ¿Por qué no pueden aprender los jóvenes su oficio de día? ¿Razón?

[100] *Loc. cit.*, 80, págs. xvj, xvij.
[101] *Loc. cit.*, 82, pág. xvij.

«Porque con eso los hombres que, alternando las semanas, trabajan unas veces de día y otras de noche, separados de los jóvenes de su turno durante ese tiempo, perderían la mitad del beneficio que sacan de ellos. La instrucción que dan a los jóvenes se computa, en efecto, como parte del salario del trabajo de esos jóvenes y permite, por lo tanto, a los hombres conseguir más barato el trabajo de los jóvenes. Cada hombre perdería la mitad de su beneficio.»

Dicho de otro modo: los señores Sanderson tendrían que pagar de su propio bolsillo una parte del salario del trabajo de los hombres adultos, en vez de pagarlo con el trabajo nocturno de los jóvenes. Con eso el beneficio de los señores Sanderson disminuiría un poco, y ésta es la buena razón sandersoniana por la cual los jóvenes no pueden aprender el oficio de día.[102] Además, esto impondría trabajo nocturno regular a los hombres ahora relevados por los jóvenes, y ellos no lo aguantarían. En resolución, las dificultades serían tan grandes que probablemente acarrearían la eliminación completa del trabajo nocturno. «Por lo que hace a la producción del acero mismo», dice E. F. Sanderson, «eso no supondría la menor diferencia, sin embargo.» Sin embargo, los señores Sanderson tienen algo más que hacer que hacer acero. Hacer acero es mero pretexto para hacer plusvalía. Los hornos de fundición, los talleres de laminación, etc..., los edificios, la maquinaria, el hierro, el carbón, etc., tienen que hacer algo más que convertirse en acero. Están ahí para sorber plustrabajo y, como es natural, sorben más en 24 horas que en 12. Efectivamente dan, por mandato de Dios y del Derecho, instrucciones a los Sanderson sobre el tiempo de trabajo de una cierta cantidad de manos durante las enteras 24 horas del día, y pierden su carácter de capital y son, por lo tanto, pura pérdida para los Sanderson en cuanto que se interrumpe su función de sorber trabajo.

«Pero entonces se tendría la pérdida de tanta costosa maquinaria, que la mitad del tiempo estaría en paro, y para la masa de productos que somos capaces de suministrar con el presente sistema tendríamos que duplicar los espacios y los talleres, lo cual duplicaría el gasto.»

Pero, ¿por qué reivindican precisamente estos Sanderson un privilegio respecto de los demás capitalistas que sólo pueden hacer trabajar de día y cuyos edificios, maquinaria y materia prima están, consiguientemente, «en paro» por la noche?

[102] «En nuestra época, tan reflexiva y razonadora, no habrá llegado aún muy lejos el que no sea capaz de aducir una buena razón para todo, incluso para lo peor y más pervertido. Todo lo que de corrompido hay en el mundo ha sido corrompido por sus buenas razones.» (HEGEL, *loc. cit.*, pág. 249.)

«Es verdad», contesta E. F. Sanderson en nombre de todos los Sanderson, «que esta pérdida de maquinaria en paro afecta a todas las manufacturas en las que se trabaja sólo de día. Pero el uso de los hornos de fundición causaría en nuestro caso una pérdida adicional. Si se mantienen en funcionamiento, se desperdicia material combustible» (en vez de desperdiciar el material vivo de los trabajadores, como ahora), «y si no se mantienen en funcionamiento se pierde tiempo en volver a encender el fuego y conseguir el grado de temperatura necesario» (mientras que la pérdida de sueño incluso de niños de ocho años es ganancia de tiempo de trabajo para la familia Sanderson), «y los mismos hornos sufrirán por el cambio de temperatura» (cosa que no les pasa por el cambio de trabajo diurno y trabajo nocturno).[103]

[103] *Children's Employment Commission. Fourth Report*, 1865, 85, pág. El señor fabricante de vidrio tiene una tierna reserva análoga, la de que son imposibles «comidas regulares» de los niños, porque con eso sería «pura pérdida» o se «desperdiciaría» una determinada cantidad del calor irradiado por los hornos; el comisario investigador White no le contesta en absoluto al modo de Ure, Senior, etc., y sus estrechos micos de repetición alemanes, como Roscher, etc., conmovidos por la «abstinencia», la «renuncia» y el «ahorro» de los capitalistas en el gasto de su dinero y por su «despilfarro» de vida humana a lo Timur Tamerlán: «Es posible que se desperdicie cierta cantidad de calor por encima de la que se pierde ahora, a consecuencia de la garantía de comidas regulares, pero ni siquiera en su valor en dinero es eso nada comparado con el despilfarro de fuerza vital (the waste of animal power) que sufre ahora el reino por el hecho de que los niños ocupados en los hornos de vidrio y en edad de desarrollo ni siquiera tienen tiempo de tomar y digerir cómodamente sus comidas. (*Loc. cit.*, pág. xlv.) ¡Y eso en el «año del progreso» de 1865! Dejando aparte el gasto de energía causado por el levantar y acarrear pesos, un niño de los que trabajan en los hornos que producen botellas y cristal de Inglaterra camina en 6 horas de 15 a 20 millas (inglesas) durante la ejecución de su tarea. Y el trabajo dura a menudo 14 o 15 horas. En muchos de estos hornos de vidrio rige, como en las hilaturas de Moscú, el sistema de turnos de seis horas. «Durante el tiempo de trabajo de la semana, el período más largo de descanso ininterrumpido es de seis horas, de las que hay que sustraer el tiempo necesario para ir a la fábrica y volver de ella, lavarse, vestirse, comer, todo lo cual cuesta tiempo. Por eso de hecho el tiempo de descanso es cortísimo. No hay tiempo para jugar ni para tomar el aire, como no sea a costa del sueño, tan imprescindible para niños que realizan un trabajo tan cansado en una atmósfera tan caliente... Hasta ese breve sueño se interrumpe, porque el niño se tiene que despertar de noche, y de día le despierta el ruido exterior.» El señor White aduce casos en los que un chico trabajaba 36 horas seguidas, otros, de 12 años, trabajan hasta las 2 de la madrugada, duermen en los mismos talleres hasta las 5 de la mañana (¡3 horas!) y vuelven a empezar la tarea del día. «La cantidad de trabajo que ejecutan niños, muchachas y mujeres en el curso de su hechizado encadenamiento diurno o nocturno al trabajo (spell of labour) es fabulosa», dicen los redactores del informe general, Tremenheere y Tufnell (*loc. cit.*, págs. xliij y xliv.) Y mientras tanto, tal vez, una noche, ya tarde, el «abstinente» capital vidriero vuelve

5. *La lucha por la jornada de trabajo normal. Leyes coercitivas para la prolongación de la jornada de trabajo desde la mitad del siglo XIV hasta el final del siglo XVII*

«¿Qué es una jornada de trabajo?» ¿Cuánto tiempo puede consumir el capital la fuerza de trabajo cuyo valor diario paga? ¿Cuánto se puede alargar la jornada de trabajo más allá del tiempo de trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo misma? El capital, como se ha visto, contesta a esas preguntas: la jornada de trabajo cuenta diariamente con 24 horas completas, una vez deducidas las pocas horas de descanso sin las cuales la fuerza de trabajo se niega absolutamente a realizar su renovado servicio. Se entiende, por de pronto, sin más que el trabajador no es por todo su día vivo más que fuerza de trabajo; que, por lo tanto, todo su tiempo disponible es, por naturaleza y derecho, fuerza de trabajo, o sea, que pertenece a la autovalorización del capital. Tiempo para una formación humana, para desarrollarse espiritualmente, para cumplir funciones sociales, para el trato y la compañía, para el libre movimiento de las fuerzas vitales y espirituales, incluso el tiempo festivo dominical —y aunque sea en el país de los santificadores del sábado [104]—, todo eso es pura fruslería. Pero en su impulso desmedidamente ciego, en su hambre de plustrabajo, hambre feroz, hambre propia de fiera corrupia, el capital derriba no sólo los límites máximos morales de la jornada de trabajo, sino también los meramente físicos. Usurpa el tiempo necesario para el crecimiento, el desarrollo y la conservación sana del cuerpo. Se apodera del tiempo requerido para consumir aire libre y luz del sol. Araña roñosamente el tiempo de comer y, si puede, lo incorpora al proceso de producción mismo, de modo que las comidas se le administren al trabajador como mero medio de producción, como el carbón a la caldera de vapor y sebo o aceite a la maquinaria. Reduce el sueño saludable, destinado a recoger, renovar y refrescar la fuerza vital, a tantas horas de momificación cuantas sean imprescindibles para resucitar un organismo absolutamente agotado. En vez de determinar el límite de la jornada de trabajo por la conservación normal de la fuerza de trabajo, es, a la inversa, el gasto máximo diario posible de fuerza de trabajo, por violento y penoso que sea, el que determina el límite del tiempo de descanso del trabajador. El capital no pregunta por la duración de la vida de la fuerza de trabajo. Lo único que le interesa es exclusivamente el máximo de fuerza de trabajo que se puede hacer fluir en una jornada de trabajo. Alcanza esa finalidad acortando la duración de la fuerza de trabajo, como el agricultor codicioso consigue un rendimiento acrecentado del suelo depredando su fertilidad.

La producción capitalista, que es esencialmente producción de plusvalía, absorción de plustrabajo, produce, pues, con el alargamiento de la jornada de trabajo no sólo la atrofia de la fuerza de trabajo humana —a la que se arrebatan sus condiciones normales, morales y físicas, de desarrollo y de actuación—, sino también el agotamiento y la muerte de la misma fuerza de trabajo.[105] Prolonga el tiempo de producción del trabajador durante un plazo dado mediante el acortamiento de su tiempo de vida.

Pero el valor de la fuerza de trabajo incluye el valor de las mercancías requeridas para la reproducción del trabajador, para la reproducción de la clase obrera. Por tanto, si la prolongación contra naturaleza de la jornada de trabajo, a la que necesariamente aspira el capital en su desmedido impulso de autovalorización, acorta el período de vida del trabajador individual y, con ello, la duración de su fuerza de trabajo, se hace necesaria una sustitución más rápida de lo desgastado, o sea, la

soñoliento y vacilante del club a casa, tarareando estúpidamente «Britons never, never shall be slaves!» [*117]

[104] Todavía hoy ocurre, por ejemplo, aquí o allá en Inglaterra, en el campo, que se condena a penas de prisión a un trabajador por profanar el descanso sabático trabajando en el huertecillo de delante de su casa. Ese mismo trabajador será castigado por incumplimiento de contrato si el domingo no se acerca a la fábrica de metal, o de papel, o de vidrio, aunque sea por puntillo beato. Este ortodoxo parlamento no atiende a profanaciones del sábado si ocurren en el «proceso de valorización» del capital. En un memorial (agosto de 1863) en el que unos jornaleros londinenses que trabajan en pescaderías y pollerías reclaman la supresión del trabajo dominical se dice que su trabajo dura por término medio 15 horas diarias durante los 6 primeros días de la semana, y de 8 a 10 horas los domingos. El memorial permite, al mismo tiempo, enterarse de que lo que más anima a ese «trabajo dominical» es la delicada gula de los aristocráticos santurrones de Exeter Hall. Estos «santos», tan celosos «in cute curanda» [*118] ponen a prueba su cristiandad con la resignación con que soportan el exceso de trabajo, las privaciones y el hambre de terceras personas. Obsequium ventris istis (los trabajadores) perniciosius est.»

[*117] «¡Los británicos no serán nunca, nunca esclavos!»

[*118] En sacar vientre de buen año. La siguiente frase latina dice: el halago del vientre es más pernicioso para éstos.

[105] «En nuestros anteriores informes hemos reproducido las afirmaciones de varios fabricantes experimentados según las cuales las horas adicionales ... tienen sin duda el peligro de agotar prematuramente la fuerza de trabajo del hombre.» (*Loc. cit.*, 64, pág. xiij.)

entrada de costes por desgaste mayores en la reproducción de la fuerza de trabajo, exactamente igual que la parte del valor de una máquina que hay que reproducir diariamente es tanto mayor cuanto más rápidamente se desgasta la máquina. Por eso el capital parece remitido por su propio interés a una jornada de trabajo normal.

El esclavista compra sus esclavos igual que se compra un caballo. Cuando pierde un esclavo pierde un capital que tiene que reponer mediante un nuevo gasto en el mercado de esclavos. Pero

«aunque los arrozales de Georgia y los pantanos del Mississippi tengan efectos fatales en la constitución humana, esa destrucción de vida humana no es tan grande que no la puedan compensar los rebosantes rediles de esclavos de Virginia y Kentucky. Las consideraciones económicas que pudieran ofrecer una especie de garantía de un trato humano del esclavo en la medida en que identificaran los intereses del amo con la conservación del esclavo, se convierten, por el contrario, una vez implantado el comercio de esclavos, en motivos de una destrucción radical del esclavo; pues una vez asegurado, por suministro de otros rebaños de negros, que su lugar será cubierto, la duración de la vida del esclavo resulta menos importante que su productividad mientras dure. Por eso en las tierras que importan esclavos es una máxima de esta economía esclavista que la economía más eficaz consiste en arrancar de ese ganado humano (human chattle) la mayor cantidad de rendimiento posible en el tiempo más breve posible. Precisamente en los cultivos tropicales, en los que los beneficios anuales son frecuentemente iguales al capital total de las plantaciones, se sacrifica del modo más implacable la vida de los negros. La agricultura de las Indias Occidentales es desde hace siglos cuna de una riqueza fabulosa que se ha tragado millones de hombres de la raza africana. Hoy es en Cuba, cuyas rentas suben millones y cuyos plantadores son príncipes, donde, además de la alimentación más grosera de la clase esclava y las vejaciones más agotadoras y constantes, vemos destruir directamente cada año una gran parte mediante la tortura lenta del exceso de trabajo y la falta de sueño y de descanso.» [106]

Mutato nomine de te fabula narratur.*[119] Léase en vez de tráfico de esclavos mercado de trabajo, en vez de Kentucky y Virginia Irlanda y los distritos agrícolas de Inglaterra, Escocia y Gales, en vez de Africa Alemania. Ya hemos visto que el exceso de trabajo clarea las filas de los panaderos de Londres, y, sin embargo, el mercado de trabajo londinense está siempre lleno hasta rebosar de candidatos a la muerte, alemanes y otros, por medio de la panificación. La alfarería es, como hemos visto, una de las ramas industriales con perspectivas de vida más cortas. ¿Faltarán, consiguientemente, alfareros? Josiah Wedgwood, inventor de la alfarería moderna y trabajador corriente de origen, declaró en 1785 ante la cámara de los comunes que toda esa manufactura ocupaba de 15.000 a 20.000 personas.[107] En el año 1861 la población de las sedes urbanas sólo de esa industria en la Gran Bretaña era de 101.302.

«La industria algodonera tiene 90 años... En tres generaciones de la raza inglesa ha devorado nueve generaciones de obreros algodoneros.» [108]

Cierto que en algunas épocas de florecimiento fabril el mercado de trabajadores presentó vacíos notables. Así, por ejemplo, en 1834. Pero los señores fabricantes propusieron entonces a los Poor Law Commissioners *[120] que mandaran al norte el «exceso de población» de los distritos agrícolas, explicando que «los fabricantes los absorberían y consumirían».[109] Esas fueron exactamente sus palabras.

«Se mandó a Manchester agentes, de acuerdo con los Poor Law Commissioners. Se compuso listas de trabajadores agrícolas que se entregaron a esos agentes. Los fabricantes acudieron a las oficinas y, cuando hubieron elegido lo que les convenía, se les mandó las familias del sur de Inglaterra. Estos paquetes de seres humanos se entregaban con etiquetas, igual que mercancías embaladas, en barcazas y en carretas; algunos fueron vagabundeando a pie, y muchos andaban perdidos y medio muertos de hambre por los distritos manufactureros. El asunto se desarrolló hasta convertirse en una verdadera rama comercial. La cámara de los comunes apenas lo creerá. Este comercio regular, este tráfico de carne humana se continuó, y estas gentes fueron compradas y vendidas por los agentes de Manchester a los fabricantes de Manchester, tan normalmente como se venden negros a los plantadores de algodón de los Estados Unidos del sur... El año 1860 es el cenit de la industria algodonera... Volvieron a faltar manos. Los fabricantes se dirigieron de nuevo a los agentes de carne humana ... y éstos registraron las dunas de Dorset, las colinas de Devon y las llanuras de Wilts, pero ya se habían comido antes el exceso de población.»

El *Bury Guardian* gemía que tras la conclusión del tratado comercial anglofrancés se podía absorber 10.000 manos más, y que pronto harían falta otras 30.000 o 40.000 más. Luego que los agentes y subagentes del comercio de la carne humana hubieran barrido con bastante poco resultado los distritos agrícolas el año 1860,

[106] Cairnes, *loc. cit.*, págs. 110, 111.

*[119] «Cambiado el nombre, de ti se cuenta la fábula.» (De la sátira primera de Horacio.)

[107] John Ward, *History of the Borough of Stoke-upon-Trent*, etc., London 1843, pág. 42.

[108] Discurso de Ferrand en la «House of Commons» el 27 de abril de 1863.

[109] «That the manufacturers would absorb it and use it up. Those were the very words used by the cotton manufacturers.» (*Loc. cit.*)

*[120] Comisarios de la ley de pobres.

«una delegación de fabricantes se dirigió al señor Villiers, presidente del Poor Law Board,*[121] solicitándole que volviera a permitir que se tomara huérfanos y niños de los Workhouses».[110] *[122]

[110] *Loc. cit.* Pese a toda su buena voluntad, Villiers se vio puesto «por ley» en la situación de tener que rechazar la propuesta de los fabricantes. Estos caballeros consiguieron, de todos modos, sus objetivos gracias a la buena disposición de las administraciones locales de pobres. El señor A. Redgrave, inspector fabril, asegura que esta vez el sistema por el cual los huérfanos y los hijos de los pobres se consideran «por ley» apprentices (aprendices) «no fue acompañado por los viejos abusos» (sobre esos «abusos», cfr. ENGELS, *loc. cit.*), aunque en un caso, de todos modos, «se ha abusado del sistema respecto de muchachas y mujeres jóvenes llevadas a Lancashire y Cheshire desde los distritos agrícolas de Escocia». Según este «sistema» el fabricante concluye un contrato con las autoridades de las Casas de pobres por determinados períodos. Alimenta, viste y aloja a los niños y les da unas pequeñas sobras en dinero. La observación siguiente del señor Redgrave resulta curiosa, sobre todo si se tiene en cuenta que el año 1860 es único incluso entre los años prósperos de la industria algodonera inglesa y que, además, los salarios estaban altos porque la extraordinaria demanda de trabajo tropezaba con despoblamiento en Irlanda, emigración sin precedentes a Australia y Norteamérica en los distritos agrícolas ingleses y escoceses, disminución neta de la población en algunos distritos agrícolas ingleses, en parte porque ya antes se había conseguido felizmente quebrar la fuerza vital, en parte porque los comerciantes en carne humana habían agotado ya toda la población disponible. Pues bien, pese a ello el señor Redgrave dice: «Este tipo de trabajo» (el que realizan los niños de los hospicios) «no se busca más que cuando no se puede encontrar otro, pues es trabajo caro (highpriced-labour). El salario corriente para un joven de 13 años es aproximadamente de 4 sh. semanales; pero no se puede alojar, vestir, alimentar, proveer de ayuda médica y de vigilancia adecuada a 50 o 100 chicos así, y encima darles una pequeña compensación en dinero, por 4 sh. semanales por cabeza.» (*Rep. of the Insp. of Factories for 30th april 1860,* pág. 27.) El señor Redgrave se olvida de decir cómo consigue darles todo eso el trabajador mismo a sus hijos por 4 sh. de salario, si no puede hacerlo el fabricante para 50 o 100 chicos que viven, se alimentan y son vigilados juntos. Para evitar falsas inferencias del texto he de advertir que la industria algodonera inglesa se tiene que considerar como la industria ejemplar de Inglaterra desde su sometimiento al factory act de 1850, con su regulación del tiempo de trabajo, etc. El trabajador inglés del algodón se encuentra desde todos los puntos de vista mejor que su compañero de destino continental. «El trabajador fabril prusiano trabaja por lo menos 10 horas más a la semana que su rival inglés, y si trabaja con telar propio en casa, desaparece incluso ese límite de sus horas de trabajo añadidas.» (*Rep. of Insp. of Fact. 31st Oct. 1855,* pág. 103.) El citado inspector fabril Redgrave viajó por el continente después de la exposición industrial de 1851, sobre todo por Francia y Prusia, para estudiar las condiciones del trabajo fabril en esos países. Dice del obrero de fábrica prusiano: «Recibe un salario suficiente para procurarse una alimentación sencilla y el escaso confort al que está acostumbrado

*[121] Junta de la ley de pobres.
*[122] Workhouses, talleres de beneficencia.

Lo que la experiencia suele mostrar al capitalista es una sobrepoblación constante, esto es, sobrepoblación respecto de la necesidad de valorización del capital dada en cada momento, aunque la corriente de esa sobrepoblación se forme de generaciones humanas atrofiadas, de breve vida, que se empujan rápidamente una a otra, cogidas del árbol aún inmaduras, por así decirlo.[111] Es verdad que, por otro lado, la experiencia muestra al observador inteligente lo rápida y profundamente que la producción capitalista —la cual, dicho históricamente, data de ayer— ha aferrado la energía del pueblo por su raíz vital, que la degeneración de la población industrial se hace más lenta sólo por la constante absorción de elementos vitales espontáneos del campo, y que incluso los trabajadores rurales, a pesar del aire más limpio y del principle of natural selection,*[123] que tan omnipotentemente impera entre ellos y sólo deja sobrevivir a los individuos más robustos, empiezan a agonizar.[112] El capital, que tan «buenas razones» tiene para negar los sufrimientos de la generación de obreros que le rodea, no se encuentra, en su movimiento práctico, ni más ni menos determinado por la perspectiva de una futura descomposición de la humanidad y una despoblación finalmente irrefrenable que por la posible caída de la Tierra sobre el Sol. También en cualquier especulación con acciones sabe todo el mundo que los vientos tendrán que cambiar un día u otro, pero cada cual confía en que se lleve la casa del prójimo después de que él mismo haya recogido la

y con el que se contenta... Vive peor que su rival inglés y trabaja más duramente que él.» (*Rep. of Insp. of Fact. 31st Oct. 1853,* pág. 85.)

[111] «Estas personas agotadas por el trabajo mueren con rapidez asombrosa; pero los puestos de los que sucumben se cubren de nuevo en seguida, y el frecuente cambio de personas no produce ninguna alteración del escenario.» *England and America,* London 1833, t. I, pág. 55. (Autor: E. G. WAKEFIELD.)

[112] V. *Public Health. Sixth Report of the Medical Officer of the Privy Council. 1863.* Publicado en Londres en 1864. Este report trata principalmente de los trabajadores agrícolas. «Se ha presentado el condado de Sutherland como muy mejorado, pero una investigación reciente ha descubierto que en distritos antiguamente muy célebres por sus hermosos hombres y valientes soldados los habitantes han degenerado en una raza débil y atrofiada. En lugares de lo más sano, laderas de colinas frente al mar, los rostros de sus niños son delgados y pálidos como puedan serlo en la viciada atmósfera de un callejón londinense.» (THORNTON, *loc. cit.,* págs. 74, 75.) Se parecen, en efecto, a los 30.000 «gallant highlanders» *[125] que Glasgow embute, junto con prostitutas y rateros, en sus wynds y closes.*[126]

*[123] Principio de la selección natural.
*[125] Hidalgos montañeses.
*[126] Callejas y patios cerrados.

lluvia de oro y la haya puesto a buen recaudo. Après moi le déluge *[124] es la exclamación favorita de todo capitalista y de toda nación de capitalistas. Por eso el capital no tiene en cuenta la salud y la duración de la vida del obrero si la sociedad no le obliga a tenerla en cuenta.[113] El capital contesta a las quejas sobre la atrofia física y espiritual, la muerte prematura, el tormento del exceso de trabajo: ¿Por qué nos va a martirizar ese martirio, si nos aumenta el gusto (el beneficio)? *[127] Pero en líneas generales eso no depende tampoco de la buena o mala voluntad del capitalista individual. La libre competición impone como ley coercitiva externa, frente al capitalista individual, las leyes inmanentes de la producción capitalista.[114]

La fijación de una jornada de trabajo normal es resultado de una

[113] «Aunque la salud de la población es un elemento tan importante del capital nacional, tememos que haya que confesar que los capitalistas no están dispuestos a conservar ese tesoro y considerarlo en su valor... Ha habido que imponer a los fabricantes el respeto a la salud de los obreros.» (*Times,* 5 Novbr. 1861.) «Los hombres del West Riding se convirtieron en pañeros de la humanidad ... se sacrificó la salud del pueblo trabajador, y la raza habría degenerado en unas pocas generaciones; pero se produjo una reacción. Se limitó las horas de trabajo infantil, etc.». (*Twenty-second annual Report of the Registrar-General,* 1861.)

[114] Por eso hallamos, por ej., que a principios de 1863, 26 firmas que poseen amplios talleres de cerámica en Staffordshire, entre ellas también J. Wedgwood e hijos, solicitan en un memorial «intervención forzosa del estado». La «competición con otros capitalistas», dicen, no les permite limitar «voluntariamente» el tiempo de trabajo de los niños, etc. «Por mucho, pues, que lamentemos los males antes indicados, nos sería imposible impedirlos por algún tipo de acuerdo entre los fabricantes... A la vista de todos esos puntos, hemos llegado al convencimiento de que es necesaria una ley obligatoria.» (*Children's Emp. Comm., Rep. 1,* 1863, pág. 322.)

Añadido a la nota 114. En el pasado más reciente hay un ejemplo mucho más llamativo. La altura de los precios del algodón en una época de negocio febril había movido a los poseedores de fábricas de tejidos de algodón de Blackburn a abreviar mediante acuerdo de todos ellos el tiempo de trabajo en sus fábricas durante un determinado período. Ese período terminaba a finales de noviembre (1871) aproximadamente. Mientras tanto, los fabricantes más ricos que combinan la hilatura con el tejido aprovecharon la disminución de la producción acarreada por el acuerdo para ampliar su propio negocio, haciendo grandes beneficios a costa de los pequeños patronos. Estos últimos apelaron en sus angustias ... a los obreros fabriles, les exhortaron a llevar adelante en serio la agitación por la jornada de nueve horas, y hasta les prometieron aportaciones de dinero para ayudarles a ello.

---

*[124] Después de mí, el diluvio. Frase atribuida a Madame de Pompadour y aducida para caracterizar el estado de ánimo de la corte de Luis XV de Francia.

*[127] Alusión a un poema de Goethe («A Sulaica»).

lucha multisecular entre el capitalista y el trabajador. Pero la historia de esa lucha muestra dos tendencias contrapuestas. Compárese, por ejemplo, la legislación fabril inglesa de nuestra época con los estatutos ingleses del trabajo desde el siglo XIV hasta bien mediado el siglo XVIII.[115] Mientras que la moderna legislación fabril abrevia autoritariamente la jornada de trabajo, aquellos estatutos intentan alargarla por la fuerza. Es verdad que las pretensiones del capital en estado embrionario, el capital en nacimiento, cuando no asegura su derecho a sorber una cantidad suficiente de plustrabajo por la mera violencia de las relaciones y circunstancias económicas, sino también mediante la ayuda del poder del estado, resultan modestísimas si se las compara con las concesiones que tiene que hacer, gruñendo y resistiéndose a ellas, en su edad madura. Cuesta siglos que el trabajador «libre» se declare voluntariamente dispuesto —esto es, obligado socialmente—, por causa del desarrollo del modo de producción capitalista, a vender por el precio de sus acostumbrados medios de vida todo su tiempo vital activo, hasta su misma capacidad de trabajo, su primogenitura por un plato de lentejas. Por eso es natural que la prolongación de la jornada de trabajo que el capital intenta imponer con la violencia del estado a los trabajadores adultos desde mediados del siglo XIV hasta finales del XVII coincida más o menos con el límite del tiempo de trabajo que el estado traza aquí y allá en la segunda mitad del siglo XIX a la conversión de sangre de niño en capital. Lo que hoy se proclama, por ejemplo, como límite estatal del trabajo de los niños de menos de 12 años en el estado hasta ahora más libre de la república norteamericana, el estado de Massachusetts, era en Inglaterra, todavía a mediados del siglo XVII, la jornada de trabajo normal de artesanos en la flor de la edad, robustos mozos de labranza y gigantescos herreros.[116]

[115] Esos estatutos del trabajo, que se encuentran en la misma época también en Francia, en los Países Bajos, etc., fueron formalmente abolidos en Inglaterra en 1813, cuando ya hacía tiempo que los habían eliminado las relaciones y condiciones de producción.

[116] «Ningún niño de menos de 12 años puede trabajar en una fábrica más de 10 horas diarias.» (*General Statutes of Massachusetts,* ch. 60, § 3. Las ordenanzas se promulgaron entre 1836 y 1858.) «Se entenderá como trabajo diario en el sentido de la ley el trabajo ejecutado diariamente en un plazo de 10 horas en todas las fábricas de algodón, lana, seda, papel, vidrio y lino, o en talleres de trabajo del hierro y otros metales. Quedará también legalmente establecido que en el futuro no se podrá forzar ni pedir a ningún menor de edad empleado en cualquier fábrica más de 10 horas diarias de trabajo o 60 semanales; además, que en el futuro no se podrá emplear como trabajador en ninguna fábrica dentro del territorio de este estado a ningún menor de edad que no tenga 10 años.» (*State of New Jersey. An act to limit the hours of labour,* etc., § 1 y 2. Ley de

El primer *Statute of Labourers* (23 *[128] Eduardo III 1349) tenía como pretexto inmediato (no como causa, pues la legislación de este tipo sigue durante siglos, ya sin ese pretexto) la gran peste que diezmó la población, de tal modo que, como lo dice un escritor tory, «la dificultad para poner a trabajar obreros a precios razonables» (es decir, a precios que dejaran a los que los empleaban una cantidad razonable de plustrabajo) «llegó a ser realmente insoportable».[117] Por lo tanto, se impuso con fuerza de ley salarios razonables, así como el límite de la jornada de trabajo. Este último punto, que es el único que nos interesa aquí, se repite en el estatuto de 1496 (bajo Henry VII). La jornada de trabajo para todos los artesanos (artificers) y trabajadores agrícolas tenía que durar, de marzo a septiembre, desde las cinco de la mañana hasta entre las 7 y las 8 de la noche —cosa que no se consiguió imponer nunca—, pero las horas para las comidas eran 1 para el desayuno, 1 1/2 para el almuerzo y 1/2 para la comida de las cuatro, o sea, exactamente el doble que según la ley fabril hoy en vigor.[118] En invierno habría que trabajar desde las 5 de la mañana hasta el oscurecer, con las mismas interrupciones. Un estatuto de la reina Isabel de 1562, para todos los trabajadores «alquilados por salario diario o semanal», deja intacta la duración de la jornada de trabajo, pero intenta limitar las interrupciones a 2 1/2 horas en verano y 2 en invierno. El almuerzo durará sólo una hora, y «la siesta de media hora» no se permitirá más

18 de marzo de 1851.) «Ningún menor de edad de entre 12 y 15 años se puede emplear en ninguna fábrica más de 11 horas diarias, ni antes de las 5 de la mañana, ni después de las 7 1/2 de la tarde.» (*Revised Statutes of the State of Rhode Island* etc., ch. 139, § 23, 1st July 1857.)

[117] [J. B. Byles,] *Sophisms of Free Trade,* 7th edit., Lond. 1850, pág. 205. Por lo demás, este mismo tory reconoce que «por un largo período de 464 años estuvieron vigentes disposiciones del parlamento que regulaban los salarios contra los obreros, a favor de los que empleaban el trabajo. La población aumentó. Esas leyes se hicieron entonces superfluas y molestas.» (*Loc. cit.,* pág. 206.)

[118] J. Wade observa con razón sobre este estatuto: «Se desprende del estatuto de 1496 que la alimentación se consideraba equivalente de 1/3 de los ingresos de un artesano y 1/2 del ingreso de un trabajador agrícola, y eso indica mayor independencia de los trabajadores que la que predomina ahora que la alimentación de los trabajadores de la agricultura y la manufactura constituye una proporción mucho mayor de sus salarios.» (J. Wade, *loc. cit.,* págs. 24, 25 y 577.) Un vistazo de lo más superficial al *Chronicon Preciosum,* etc., del obispo Fleetwood, 1st edit. London 1707, 2nd. edit., London 1745, basta para refutar la opinión de que la diferencia se debe, acaso, a la diferencia en la relación de precios entre alimentos y ropa de ahora y de entonces.

*[128] Año 23.° del reinado.

que desde la mitad de mayo hasta la mitad de agosto. Por cada hora de ausencia se deducirá del salario 1 d. (unos 8 céntimos). Pero la situación era mucho más favorable para los trabajadores en la práctica que en el libro de los estatutos. El padre de la economía política e inventor, en cierta manera, de la estadística, William Petty, dice en la obra que publicó en el último tercio del siglo XVII:

> «Los trabajadores» (labouring men, que propiamente quería decir entonces trabajadores agrícolas) «trabajan 10 horas diarias y toman 20 comidas semanales, a saber, tres diarias los días de trabajo y dos los domingos; por lo que se ve claramente que si quisieran ayunar el viernes por la noche y tomar la comida de mediodía en hora y media, para la cual necesitan ahora dos horas, de las 11 a la 1 de la mañana, si, pues, trabajaran 1/20 más y comieran 1/20 menos, se podría aportar la décima parte del impuesto arriba citado.»[119]

¿No tenía razón el Dr. Andrew Ure al denigrar la ley de la jornada de doce horas de 1833 como un regreso a los tiempos tenebrosos? Es verdad que las disposiciones de los estatutos, citadas por Petty, rigen también para los «apprentices» (aprendices). Pero la siguiente queja permite ver qué ocurría con el trabajo de los niños todavía a finales del siglo XVII:

> «Aquí en Inglaterra nuestros jóvenes no hacen nada de nada hasta el momento en que se hacen aprendices, y entonces necesitan, naturalmente, mucho tiempo —siete años— para formarse como artesanos completos.»

En cambio se celebra el caso de Alemania, porque allí, por lo menos, ya desde la cuna, los niños «se educan para un poco de trabajo».[120]

[119] W. Petty, *Political Anatomy of Ireland 1672,* edit. 1691, pág. 10.

[120] *A Discourse on the Necessity of Encouraging Mechanick Industry,* London 1690, pág. 13. Macaulay, que ha falseado la historia de Inglaterra de acuerdo con los intereses de whigs y bourgeois, declama lo que sigue: «La práctica de poner a trabajar prematuramente a los niños imperaba en el siglo XVII en un grado casi increíble para el estado de la industria en la época. En Norwich, capital de la industria lanera, se consideraba apto para el trabajo a un niño de 6 años. Varios escritores de aquella época —y entre ellos varios considerados extraordinariamente benévolos, mencionan con 'exultation' (júbilo) el hecho de que en esa ciudad los muchachos y las muchachas crean por sí solos una riqueza que importaba al año 12.000 libr. est. por encima de su propio sustento. Cuanto más atentamente estudiamos la historia del pasado, tanto mayor motivo hallamos de rechazar la opinión de aquellos que consideran a nuestra época fecunda en nuevos males sociales. Lo nuevo es la inteligencia que descubre el mal, y la virtud de humanidad que lo sana.» (*History of England,* v. I, pág. 417.) Macaulay habría podido contar también que amis du commerce «extraordinariamente benévolos» narraban con «exultation» en el siglo XVII que en un hospicio de Holanda ponían a trabajar a un niño de 4 años, y que este ejemplo de «vertu

Durante la mayor parte del siglo XVIII, hasta la época de la gran industria, el capital no había conseguido aún en Inglaterra apoderarse de toda la semana del trabajador mediante el pago del valor semanal de la fuerza de trabajo; son excepción los trabajadores agrícolas. La circunstancia de que pudieran vivir una semana entera con el salario de 4 días no les parecía a los trabajadores motivo suficiente para trabajar para los cpitalistas también los otros dos días. Una parte de los economistas ingleses denunció airadísimamente, al servicio del capital, esa caprichosa tozudez; otra parte defendió a los trabajadores. Oigamos, por ejemplo, la polémica entre Postlethwayt, cuyo diccionario del comercio gozaba entonces de la misma fama que tienen hoy día obras análogas de MacCulloch y MacGregor, y el ya citado autor del *Essay on Trade and Commerce*.[121]

Postlethwayt dice entre otras cosas:

«No puedo terminar estas pocas consideraciones sin fijarme en el trivial modo de hablar de demasiados, según el cual si el trabajador (industrious poor) puede conseguir en 5 días lo suficiente para vivir, no quiere trabajar 6 días completos. De eso infieren la necesidad de encarecer incluso los alimentos imprescindibles mediante impuestos u otros medios cualesquiera, para obligar a los artesanos y

mise en pratique» *[129] se recoge en todos los escritos de humanitarios à la Macaulay hasta la época de A. Smith. Es cierto que con la aparición de la manufactura, en cuanto diferenciada de la artesanía, se manifiestan huellas de la explotación de los niños que existe desde antiguo, hasta cierto grado, entre los campesinos, y tanto más cuanto más duro es el yugo que pesa sobre el labrador. La tendencia del capital es evidente, pero los hechos mismos son aún tan escasos como los nacimientos de niños de dos cabezas. Por eso «amis du commerce» llenos de premoniciones los registraban con «exultation», por particularmente notables y admirables, para conocimiento de sus contemporáneos y sucesores, y recomendaban su imitación. El mismo sicofante y adulador retórico escocés Macaulay dice: «Hoy no se oye hablar más que de retroceso, y no se ve más que progreso.» ¡Vaya ojos y, sobre todo, vaya oídos!

[121] El más furioso acusador de los trabajadores es el autor anónimo indicado de *An Essay on Trade and Commerce: containing Observations on Taxation etc.*, London 1770. POLONIUS ARTHUR YOUNG, el increíble charlatán estadístico, sigue esa misma línea. Entre los defensores de los trabajadores destacan: JACOB VANDERLINT en *Money answers all things*, London 1734, el Rev. NATHANIEL FORSTER, D.D., en *An Enquiry into the Causes of the Present [High] Price of Provisions*, London 1767, el Dr. PRICE y en especial también POSTLETHWAYT, tanto en un suplemento a su *Universal Dictionary of Trade and Commerce* cuanto en *Great-Britain's Commercial Interest explained and improved*, 2nd. edit., Lond. 1759. Los hechos mismos se encuentran registrados en las obras de muchos otros escritores contemporáneos, como JOSIAH TUCKER.

*[129] «Virtud puesta en práctica.»

trabajadores manufactureros a trabajar ininterrumpidamente seis días por semana. Pido permiso para discrepar de estos grandes políticos que rompen una lanza por la perpetua esclavitud del pueblo trabajador (the perpetual slavery of the working people) de este reino; olvidan el refrán de que 'all work and no play' (sólo trabajar y nunca jugar) atonta. ¿No se enorgullecen los ingleses de la genialidad y la habilidad de sus artesanos y obreros de las manufacturas, que han procurado hasta ahora universal crédito y fama a las mercancías británicas? ¿A qué se debió eso? A ninguna otra causa, probablemente, sino el modo como nuestro pueblo trabajador, dueño de sus humores, sabe distraerse. Si estuvieran obligados a trabajar durante todo el año los seis días de la semana, repitiendo constantemente la misma tarea, ¿no mellaría eso su genio y los haría tontos y rutinarios, en vez de listos y hábiles? ¿Y no perderían nuestros trabajadores su fama a consecuencia de tal esclavitud eterna, en vez de conservarla?... ¿Qué tipo de habilidad artística podemos esperar de animales tan duramente azuzados (hard driven animals)?... Muchos de ellos realizan en cuatro días tanto trabajo como un francés en 5 o 6. Pero si los ingleses han de ser eternos trabajadores forzados, se puede temer que degeneren (degenerate) incluso por debajo de los franceses. Si nuestro pueblo es celebrado por su valentía en la guerra, ¿no decimos que eso se debe, por una parte, al buen roastbeef y al buen pudding ingleses que están en su cuerpo, y por otra parte, y no menor, a nuestro constitutivo espíritu de libertad? ¿Y por qué no va a deberse el mayor genio, energía y habilidad de nuestros artesanos y trabajadores de las manufacturas a la libertad con la que se distraen a su modo y manera? Espero que no vuelvan a perder nunca esos privilegios, ni la buena vida de la que nacen por igual su capacidad para el trabajo y su valentía.»[122]

A eso contesta el autor del *Essay on Trade and Commerce*:

«Si se considera institución divina santificar el séptimo día de la semana, eso implica que los demás días de la semana pertenecen al trabajo» (quiere decir al capital, como se verá en seguida), «y no se puede acusar de crueldad el que se imponga ese mandamiento divino... La humanidad en general se inclina por naturaleza a la comodidad y la pereza, de lo que tenemos fatal experiencia en la conducta de nuestro populacho manufacturero, que por término medio no trabaja más de 4 días a la semana, salvo en caso de encarecimiento de los víveres... Supongamos que un bushel de trigo represente todos los alimentos del trabajador, que cueste 5 sh. y que el trabajador gane un sh. al día con su trabajo. Entonces no necesita trabajar más que 5 días por semana; y sólo 4 si el bushel cuesta 4 sh... Pero como el salario del trabajo es en este reino mucho más elevado que eso si se compara con el precio de los alimentos, el trabajador manufacturero que trabaja 4 días posee un exceso de dinero con el que vive ocioso durante el resto de la semana... Creo que he dicho lo suficiente para dejar en claro que un trabajo moderado durante 6 días a la semana no es ninguna esclavitud. Nuestros trabajadores agrícolas lo hacen, y según toda apariencia son los trabajadores (labouring poor) más felices,[123] pero los holandeses lo hacen en las

[122] POSTLETHWAYT, *loc. cit.*, «First Preliminary Discourse», pág. 14.

[123] *An Essay*, etc. Él mismo dice en la pág. 96 en qué consistía, ya en 1770, la «felicidad» de los trabajadores agrícolas ingleses. «Sus trabajadores» (their working powers) «están siempre en el límite (on the stretch); no pueden vivir

manufacturas y parecen un pueblo muy feliz. Los franceses lo hacen en la medida en que no se interponen sus muchos días de fiesta...[124] Pero nuestro populacho se ha metido en la cabeza la idea fija de que siendo ingleses tienen por nacimiento el privilegio de ser más libres y más independientes que» (los trabajadores) «en cualquier otro país de Europa. Ahora bien, esa idea puede ser de alguna utilidad cuando influye en la valentía de nuestros soldados; pero cuanto menos la tengan los trabajadores de las manufacturas, tanto mejor para ellos mismos y para el estado. Los trabajadores no deberían nunca considerarse independientes de sus superiores (independent of their superiors)... Es sumamente peligroso animar al populacho en un estado comercial como el nuestro, en el que 7 de cada 8 partes de la población total tienen poca propiedad o ninguna.[125] ... La cura no será completa hasta que nuestros pobres industriosos se dignen trabajar 6 días por la misma suma que ahora ganan en 4 días.»[126]

Para esos fines, así como para «extirpar la vagancia, el libertinaje y la romántica embriaguez de libertad», no menos que «para disminuir el impuesto de pobreza, promover el espíritu industrial y rebajar el precio del trabajo en las manufacturas», nuestro fiel paladín del capital propone el eficaz medio de encerrar en un «taller ideal» (an ideal workhouse) a los trabajadores de que haya de encargarse la beneficencia pública, o sea, los pobres de solemnidad. «Esa casa se tiene que convertir en una Casa del Terror (House of Terror)»[127] Y en esta Casa del Terror, o taller ideal, se trabajará «14 horas diarias, aunque incluyendo las comidas oportunas, de modo que queden 12 horas de trabajo neto».[128]

¡Doce horas diarias de trabajo en el «ideal workhouse», en la Casa del Terror de 1770! Sesenta y tres años más tarde, en 1833, cuando el parlamento inglés rebajó la jornada de trabajo de los niños de 13 a 18 años en cuatro ramas fabriles a 12 horas de trabajo enteras, pareció estallar para la industria inglesa el día del Juicio Final. En 1852, cuando

---

peor de lo que viven (they cannot live cheaper than they do), ni trabajar más duramente (nor work harder).»

[124] Ya por su conversión de casi todas las fiestas de guardar en días laborables desempeñó el protestantismo un papel importante en la génesis del capital.

[125] *An Essay,* etc., págs. 41, 15, 96, 97, 55, 56, 57.

[126] *Loc. cit.,* pág. 69. Jacob Vanderlint explicó, ya en 1734, que el secreto de las quejas de los capitalistas por la ociosidad de la gente trabajadora consistía, sencillamente, en que los capitalistas querían, por el mismo salario, 6 jornadas de trabajo en vez de 4.

[127] *An Essay,* etc., págs. 242, 243: «Such ideal workhouse must be made a 'House of Terror' y no un asilo en el que los pobres reciben comida abundante, son vestidos decente y abrigadamente y trabajan poco.»

[128] «In this ideal workhouse the poor shall work 14 hours in a day, allowing proper tieme for meals, in such manner that there shall remain 12 hours of neat labour.» (*Loc. cit.* [pág. 260]) «Los franceses», dice, «se ríen de nuestras entusiastas ideas de libertad.» (*Loc. cit.,* pág. 78.)

L. Bonaparte intentó hacer pie a la burguesa sacudiendo la jornada legal de trabajo, el pueblo trabajador francés gritó con una sola voz: «La ley que reduce la jornada de trabajo a 12 horas es el único bien que nos ha quedado de la legislación de la República.»[129] En Zürich el trabajo de los niños de más de 10 años está limitado a 12 horas; en el Aargau se redujo en 1862 el trabajo de los niños de 13 a 16 años de 12 1/2 a 12 horas; en Austria, en 1860, el de los niños entre 14 y 16 años a 12 horas.[130] ¡Qué «progreso desde 1770», exclamaría Macaulay jubiloso y «con exultation»!

La «Casa del Terror» para los pobres, en la que aún soñaba el alma capitalista en 1770, se irguió pocos años después como gigantesca «casa de trabajo» para los trabajadores mismos de las manufacturas. Se llamó fábrica. Y esta vez el ideal se quedó pálido al lado de la realidad.

6. *La lucha por la jornada de trabajo normal. Limitación del tiempo de trabajo por la fuerza de la ley. La legislación fabril inglesa de 1833-1864*

El capital había necesitado siglos para alargar la jornada de trabajo hasta sus límites máximos normales y luego más allá de ellos, hasta los límites del día natural de 12 horas;[131] después, a partir del nacimiento de la

[129] «Se resisten a un trabajo de más de 12 horas diarias particularmente porque la ley que implantó ese número de horas es el único bien que les queda de la legislación de la República. (*Rep. of Insp. of Fact. 31st Octob. 1855,* pág. 80.) La ley francesa de las doce horas, del 5 de septiembre de 1850, es una edición aburguesada del decreto del gobierno provisional de 2 de marzo de 1848; se aplica a todos los talleres sin distinción. Antes de esa ley la jornada de trabajo era en Francia ilimitada. En las fábricas duraba 14, 15 y más horas. Ver *Des classes ouvrières en France, pendant l'année 1848. Par* M. Blanqui. El señor Blanqui —el economista, no el revolucionario— tenía confiada por el gobierno la investigación sobre la situación de los obreros.

[130] Bélgica muestra ser el país modelo burgués también respecto de la regulación de la jornada de trabajo. Lord Howard de Walden, plenipotenciario inglés en Bruselas, informa al Foreign Office con fecha 12 de mayo de 1862: «El ministro Rogier me dijo que ni leyes generales ni ordenanzas locales limitan de ningún modo el trabajo de los niños; que durante los últimos 3 años el gobierno consideró en todas sus sesiones la idea de presentar a las cámaras una ley sobre ese tema, pero que siempre tropezó con un obstáculo insuperable, el celoso temor a cualquier legislación que contradiga el principio de la plena libertad del trabajo.»

[131] «Sin duda es muy lamentable que una clase cualquiera de personas tenga que derrengarse 12 horas al día. Si se añade el tiempo de las comidas y el ne-

gran industria en el último tercio del siglo XVIII, todo se precipita como en un alud violento y desmedido. Se pulveriza toda barrera puesta por la costumbre y la naturaleza, la edad y el sexo, el día y la noche. Hasta los conceptos de día y noche, que en los viejos estatutos eran sencillos como en el mundo campesino, se difuminaron tanto que todavía en 1860 un juez inglés tenía que desarrollar una agudeza verdaderamente talmúdica para declarar «haciendo jurisprudencia» qué es día y qué es noche.[132] El capital celebraba sus orgías.

En cuanto que la clase trabajadora, confundida por el ruido de la producción, volvió un poco en sí, empezó su resistencia, primero en la tierra natal de la gran industria, Inglaterra. Pero durante tres décadas las concesiones que arrancó no pasaron de ser puramente nominales. El parlamento promulgó 5 leyes laborales de 1802 a 1833, pero tuvo la inteligencia de no votar ni un céntimo para su ejecución forzosa, el personal de funcionarios imprescindible, etc.[133] Las leyes fueron letra muerta.

---

cesario para ir y venir del taller, eso supone en realidad 14 de las 24 horas del día... Creo que, prescindiendo de la salud, nadie se negará a reconocer que, desde el punto de vista moral, una absorción tan completa del tiempo de las clases trabajadoras, sin interrupción desde la temprana edad de 13 años, y en las ramas industriales 'libres' incluso desde mucho antes, es extraordinariamente dañina y un mal espantoso... En el interés de la moral pública, por la formación de una población capaz y para procurar a la gran masa del pueblo un disfrute razonable de la vida, hay que insistir en que en todas las ramas de los negocios se reserve una parte de cada jornada de trabajo para el descanso y el ocio.» (LEONARD HORNER en *Reports of Insp. of Fact. 31st Dec. 1841.*)

[132] Ver *Judgment of Mr. J. H. Otway, Belfast, Hilary Sessions, County Antrim 1860.*

[133] Es muy característico del régimen de Louis-Philippe, el roi bourgeois,*[130] el que la única ley sobre fábricas promulgada bajo su reinado, el 22 de marzo de 1841, no se aplicara nunca. Y esta ley se refiere sólo al trabajo de los niños. Implanta 8 horas para niños de 8 a 12 años, doce horas para niños de 12 a 16 años, etc., con muchas excepciones que permiten el trabajo nocturno incluso para niños de ocho años. En un país en el que hasta los gatos están puntualmente sujetos a administración policíaca, la inspección y la ejecución de la ley quedaban confiadas a la buena voluntad de los «amis du commerce». Sólo desde 1853 hay un inspector gubernativo pagado en un solo Département, el Département du Nord. No menos característico del desarrollo de la sociedad francesa en general es el que la ley de Louis-Philippe fuera única en su género, hasta la Revolución de 1848, en el edificio legal francés que todo lo envuelve con su tela de araña.

---

*[130] Rey burgués.

«El hecho es que antes del act de 1833 se trabajaba a los niños y a los jóvenes (were worked) la noche entera, el día entero, o ambas cosas ad libitum.» [134]

La jornada de trabajo normal data para la industria moderna del act fabril de 1833, que abarcaba las fábricas de algodón, lana, lino y seda. Nada caracteriza mejor el espíritu del capital que la historia de la legislación fabril inglesa de 1833 a 1864.

La ley de 1833 dice que la jornada habitual de trabajo en la fábrica debe empezar a las 5 y media de la mañana y terminar a las 8 y media de la tarde, y que dentro de esos límites, que encierran un período de 15 horas, es legal aplicar personas jóvenes (esto es, personas entre los 13 y los 18 años) en cualquier momento del día, supuesto siempre que una misma persona joven no trabaje más de 12 horas en un día, con excepción de ciertos casos especialmente previstos. La 6.ª sección del act determina «que en el curso de cada día hay que conceder a cada una de estas personas de tiempo de trabajo limitado al menos 1 1/2 horas para comidas». Quedaba prohibida, con la excepción que luego se verá, la utilización de niños de menos de 9 años, y reducido a 8 horas diarias el trabajo de los niños de 9 a 13 años. El trabajo nocturno —que para esta ley es trabajo entre las 8 y media de la noche y las 5 y media de la mañana— se prohibía para todas las personas entre los 9 y los 18 años.

Los legisladores estaban tan lejos de pretender tocar la libertad del capital en cuanto a sorber fuerza de trabajo adulta —«la libertad del trabajo», como decían— que tramaron todo un sistema para evitar semejante consecuencia horripilante del act fabril.

«El gran mal del sistema fabril tal como está instituido hoy día», se dice en el primer informe del consejo central de la comisión, del 25 de junio de 1833, «consiste en que provoca la necesidad de dilatar el trabajo de los niños hasta la duración extrema de la jornada de trabajo de los adultos. La única medicina para este mal que no lleva a limitar el trabajo de los adultos, lo cual causaría un mal mayor que el que se trata de evitar, parece el plan de utilizar equipos dobles de niños.»

Por eso ese «plan» se realizó con el nombre de sistema de turnos («System of Relays»; relay significa en inglés, como en francés, el cambio de los caballos de posta en diferentes estaciones), de tal modo que, por ejemplo, desde las 5 y media de la mañana hasta la 1 y media de la tarde se unce una recua de niños entre 9 y 13 años, y de la 1 y media de la tarde hasta las 8 y media de la noche otra recua, etc.

También ahora se les doró la píldora a los señores fabricantes, como

[134] *Rep. of Insp. of Fact. 30th April 1860*, pág. 50.

premio por haber ignorado con la mayor caradura todas las leyes sobre el trabajo de los niños promulgadas durante los últimos 22 años. El parlamento decidió que a partir del 1 de marzo de 1834 no trabajaría más de 8 horas en ninguna fábrica ningún niño de menos de 11 años, ni de menos de 12 años a partir del 1 de marzo de 1835, ni de menos de 13 años a partir del 1 de marzo de 1836. Este «liberalismo» tan piadoso para con el «capital» era sobre todo muy meritorio porque el Dr. Farre, Sir A. Carlisle, Sir B. Brodie, Sir C. Bell, el señor Guthrie, etc., en suma, los principales physicians y surgeons *[131] de Londres, habían declarado en sus testimonios ante la cámara baja que había periculum in mora.*[132] El Dr. Farre se había expresado incluso más groseramente:

«Hace falta legislación para evitar la muerte en todas las formas en que puede ser causada prematuramente, y sin duda ésta» (la forma de la fábrica) «se tiene que considerar como uno de los métodos más crueles de causarla.» [135]

El mismo parlamento «reformado» que, por delicadeza para con los señores fabricantes, seguía encadenando aún para años niños de menos de 13 años al infierno de las 72 horas semanales de trabajo en la fábrica prohibió, en cambio, desde el primer momento en el act de emancipación —que tampoco administraba la libertad sino gota a gota— a los plantadores cansar a los esclavos negros más de 45 horas semanales.

Pero el capital, en absoluto reconciliado, inauguró entonces una ruidosa agitación de varios años. La agitación giraba principalmente en torno a las categorías que, bajo la denominación de niños, quedaban limitadas a 8 horas de trabajo y sometidas a cierta obligación escolar. Según la antropología capitalista, la edad infantil terminaba a los 10 años o, en el mejor de los casos, a los 11. Cuanto más se acercaba la fecha en que se aplicaría plenamente el act fabril, el año funesto de 1836, tanto más furiosamente se desencadenaba el populacho fabricante. Y efectivamente consiguió intimidar tanto al gobierno que éste propuso en 1835 rebajar el final de la infancia de los 13 a los 12 años. Pero mientras tanto aumentaba amenazadoramente la pressure from without.*[133] La cámara baja no tuvo valor. Se negó a lanzar a niños de trece años

[135] «Legislation is equally necessary for the prevention of death, in any form in which it can be prematurely inflicted, and certainly this must be viewed as a most cruel mode of inflicting it.»

*[131] Médicos y cirujanos.
*[132] Peligro en la mora.
*[133] Presión procedente de fuera.

más de 8 horas diarias bajo la rueda de Chaganat *[134] del capital, y así el act de 1833 entró entero en vigor. No se modificó hasta junio de 1844.

En la década durante la cual reguló primero parcialmente y luego del todo el trabajo de las fábricas, los informes oficiales de los inspectores fabriles rebosan de quejas sobre la imposibilidad de ponerlo en práctica. En efecto, como la ley de 1833 permitía a los caballeros del capital hacer que cada «joven» y cada «niño» empezara, interrumpiera y terminara en cualquier momento su trabajo de doce u ocho horas, y asignar a las diferentes personas horas diversas para la comida, siempre que fuera en el período de quince horas comprendido entre las 5 y media de la mañana y las 8 y media de la noche, dichos caballeros descubrieron pronto un nuevo «sistema de turnos» que consistía no en cambiar los caballos del trabajo en determinadas postas, sino en volver a uncirlos repetidamente en postas cambiantes. No nos detenemos más a contemplar la hermosura de este sistema porque más adelante tendremos que volver a considerarlo. Pero ya a primera vista queda claro que suprimía el act fabril entero, no sólo su espíritu, sino incluso su letra. ¿Cómo iban a imponer los inspectores fabriles, con esa complicada contabilidad sobre cada niño y cada joven, el tiempo de trabajo legalmente fijado y que se facilitaran los tiempos legales de las comidas? Pronto volvió a florecer impunemente el viejo vicio brutal en gran parte de las fábricas. Los inspectores fabriles demostraron en una reunión con el ministro del interior (1844) la imposibilidad de cualquier control bajo el sistema de relevos recién inventado.[136] Pero mientras tanto habían cambiado mucho las circunstancias. Los trabajadores de las fábricas habían convertido, sobre todo desde 1833, el bill de las diez horas en su grito de guerra económico, igual que la Charter *[135] en grito de batalla político. Una parte de los mismos fabricantes, los que habían organizado el funcionamiento de la fábrica de acuerdo con el act de 1833, apedreaban el parlamento con informes sobre la «competencia» inmoral de los «fementidos hermanos» a los que una mayor caradura o circunstancias locales más favorables permitían violar la ley. Además, por mucho que

[136] *Rep. of Insp. of Fact. 31st October 1849*, pág. 6.

*[134] Chaganat es una de las advocaciones del dios indio Visnú. Bajo las ruedas de su carroza se lanzaban fieles fanáticos en las procesiones rituales.
*[135] La carta o estatuto que tendía a implantar el sufragio no-censitario y secreto, aunque todavía no universal, pues seguía excluyendo a las mujeres y a los menores de 21 años. Era la principal reivindicación del movimiento cartista, la manifestación política más fuerte de la clase obrera inglesa, aunque no específica de ella, durante la primera mitad del siglo XIX.

el fabricante individual diera rienda suelta a la vieja codicia, los portavoces y dirigentes políticos de la clase de los fabricantes presentaban una actitud y un lenguaje diferentes frente a los trabajadores. Había empezado la campaña por la abolición de las leyes del trigo, y para vencer necesitaban la ayuda de los obreros. Por eso les prometían no sólo la reduplicación de la hogaza de pan, sino también que aceptarían el bill de las diez horas bajo el milenario imperio del free trade.[137] *[136] Tanto menos podían, pues, combatir una medida que no pretendía sino convertir en realidad el act de 1833. Los tories, por último, amenazados en su más sagrado interés —la renta de la tierra—, filantrópicamente indignados, lanzaban truenos contra las «prácticas infames» de sus enemigos.[138]

Así nació el act fabril adicional de 7 de junio de 1844. Entró en vigor el 10 de septiembre de 1844. Esta ley agrupa entre los protegidos una nueva categoría de trabajadores, a saber, las mujeres de más de 18 años. Se equipararon desde todos los puntos de vista a los jóvenes, y su jornada de trabajo se limitó a 12 horas, se prohibió su trabajo nocturno, etc. Por primera vez se vio, pues, obligada la legislación a controlar directa y oficialmente también el trabajo de adultos. El informe fabril de 1844/45 dice irónicamente:

«No ha llegado a nuestro conocimiento ni un solo caso en que mujeres adultas hayan protestado contra esta intromisión en sus derechos.» [139]

El trabajo de los niños de menos de 13 años se reducía a 6 1/2 horas diarias, y a 7 dadas determinadas condiciones.[140]

La ley adoptaba, entre otras, las siguientes medidas de detalle para eliminar los abusos del falso «sistema de turnos»:

«La jornada de trabajo de los niños y los jóvenes se tiene que contar a partir del momento en el cual un niño o un joven empieza a trabajar en la fábrica por la mañana.»

[137] *Rep. of Insp. of Fact. 31st October 1848,* pág. 98.

[138] Dicho sea de paso, Leonard Horner usa oficialmente la expresión «nefarious practices». (*Reports of Insp. of act. 31st October 1859,* pág. 7.)

[139] *Rep. etc., for 30th Sept. 1844,* pág. 15.

[140] El act permite utilizar niños durante 10 horas si no trabajan todos los días, sino un día sí y otro no. En conjunto esta cláusula no tuvo ningún efecto.

---

*[136] Librecambio, o libre comercio: liberalismo económico. La expresión «milenario imperio» procede, en cambio, de la mitología medieval alemana; se refiere a la restauración del Sacro Imperio Romano-Germánico (en alemán: Sacro Imperio Romano de la Nación Teutónica). Es el mito recogido y renovado por el nazismo en su promesa del «Reich (Imperio) de los Mil Años».

De tal modo que si A, p. e., empieza el trabajo a las 8 de la mañana y B a las 10, la jornada de trabajo tiene que terminar para B a las mismas horas que para A. El comienzo de la jornada de trabajo se tiene que anunciar por un reloj público, p. e., el reloj de los ferrocarriles que esté más cerca, y la campana de la fábrica se tendrá que regir por él. El fabricante ha de exponer en la fábrica un aviso impreso en caracteres grandes en el que se indique el comienzo, el final y las pausas de la jornada de trabajo. Los niños que empiecen su trabajo por la mañana, antes de las 12, no se pueden volver a utilizar después de la 1 de la tarde. Por lo tanto, el turno de tarde tiene que componerse de niños diferentes de los del turno de mañana. La 1/2 hora para la comida se tiene que facilitar a todos los trabajadores protegidos por la ley en los mismos períodos del día, por lo menos una hora antes de las 3 de la tarde. Ni los niños ni los jóvenes se pueden utilizar más de 5 horas antes de la 1 de la tarde sin que tengan por lo menos un descanso de media hora para comer. Durante las horas de las comidas los niños, los jóvenes y las mujeres no pueden estar en ningún local de la fábrica en el que discurra un proceso de trabajo, etc.

Como se ha visto, esas precisiones minuciosas que regulaban con tan militar uniformidad los períodos, los límites y las pausas en el trabajo a toque de campana no eran en modo alguno producto de elucubraciones parlamentarias. Nacieron paulatinamente de las circunstancias, como leyes naturales del modo de producción moderno. Su formulación, su reconocimiento oficial y su proclamación por el estado fueron resultado de largas luchas de clases. Una de sus consecuencias inmediatas fue que la práctica sometiera también a las mismas limitaciones la jornada de trabajo de los trabajadores fabriles masculinos adultos, porque en la mayor parte de los procesos de producción era imprescindible la cooperación de niños, jóvenes y mujeres. Por eso, en conjunto, la jornada de trabajo de doce horas rigió en general y uniformemente durante el período 1844-1847 en todas las ramas industriales sometidas a la legislación fabril.

Los fabricantes permitieron ese «progreso», pero no sin un «regreso» compensador. Por iniciativa suya la cámara baja redujo la edad mínima de los niños manejables de los 9 a los 8 años, para asegurar el «suministro adicional de niños de fábrica» debido al capital por voluntad de Dios y del Derecho.[141]

[141] «Como una disminución de su tiempo de trabajo acarrearía el empleo de un número mayor» (de niños), «se pensó que el suministro adicional de niños de 8 y 9 años cubriría el aumento de la demanda.» (*Loc. cit.,* pág. 13.)

Los años 1846/1847 hacen época en la historia económica de Inglaterra. Abrogación de las leyes del trigo, abolición de las tasas de importación que gravaban el algodón y otras materias primas, proclamación del librecambio como estrella polar de la legislación. En suma, empezaba el imperio de los mil años. En esos mismos años, por otra parte, culminaban el movimiento cartista y la agitación por la jornada de diez horas. Ambos encontraron aliados en los tories, que jadeaban ansiosos de venganza. Pese a la fanática resistencia del traidor ejército del librecambio, infiel a su palabra, con Brigth y Cobden en cabeza, el bill de las diez horas, por el que tanto tiempo se esforzaron, fue aprobado por el parlamento.

El nuevo act fabril, de 8 de junio de 1847, prescribía que el 1 de julio de 1847 se produciría un acortamiento provisional de la jornada de trabajo de las «personas jóvenes» (de 13 a 18 años) y de todas las trabajadoras a 11 horas, el 1 de mayo de 1848 la limitación definitiva a 10 horas. En lo demás el act no era más que una enmienda añadida a las leyes de 1833 y 1844.

El capital emprendió una campaña previa para impedir la ejecución completa del act el 1 de mayo de 1848. Se trataba de que los trabajadores mismos, instruidos, según parecía, por la experiencia, contribuyeran a destruir su propia obra. El momento estaba hábilmente elegido.

«Hay que recordar que a consecuencia de la terrible crisis de 1846/1847 imperaba una gran miseria entre los trabajadores de las fábricas, pues muchas fábricas trabajaron sólo pocas horas y otras habían estado completamente paradas. Por eso un número considerable de obreros se encontraba en una situación de lo más angustiosa, y muchos de ellos endeudados. Se podía, pues, suponer con bastante seguridad que preferirían trabajar jornadas más largas para compensar las anteriores pérdidas, pagar, acaso, deudas, o recoger sus muebles empeñados, o reponer cachivaches vendidos, o procurarse ropa nueva para ellos mismos o para sus familias.» [142]

Los señores fabricantes intentaron agudizar el natural efecto de esas circunstancias mediante una disminución general de los salarios del 10 %. Esto fue, por así decirlo, la inauguración solemne de la nueva era del librecambio. Luego vino otra rebaja, del 8 1/3 %, en cuanto que la jornada de trabajo se redujo a 11 horas, y una rebaja del doble cuando la jornada quedó definitivamente reducida a 10 horas. De modo que, donde las circunstancias lo permitieron de algún modo, hubo una disminución de salarios del 25 % por lo menos.[143] Tanto mejor quedaban

[142] *Rep. of Insp. of Fact. 31st Oct. 1848,* pág. 16.

[143] «Hallé que a gentes que ganaban antes 10 sh. semanales les habían rebajado 1 sh. por la disminución general de los salarios en un 10 %, y 1 sh. 6 d. por la disminución de tiempo, o sea, en total 2 sh. 6 d., y sin embargo la mayoría seguía sosteniendo el bill de las diez horas.» (*Loc. cit.*)

preparadas las condiciones para empezar entre los trabajadores la agitación por la derogación del act de 1847. No despreciaron ni un solo procedimiento de engaño, corrupción o amenaza; pero todo fue en vano. A propósito de la media docenas de peticiones en las que los trabajadores se habían visto obligados a lamentar «su opresión por el act», los mismos firmantes declararon en el interrogatorio oral que les habían arrancado las firmas por la fuerza. «Que están oprimidos, pero por alguien diferente del act fabril.» [144] Mas si los fabricantes no consiguieron que los obreros hablaran según su voluntad, gritaron ellos tanto más fuerte en la prensa y en el parlamento en nombre de los trabajadores. Denunciaron a los inspectores fabriles, presentándolos como una especie de comisarios de la Convención *[137] que sacrificaban despiadadamente el pobre obrero a su manía de mejorar el mundo. También esta maniobra fracasó. El inspector fabril Leonard Horner organizó personalmente y por medio de sus subinspectores numerosas audiencias de testigos en las fábricas de Lancashire. Aproximadamente el 70 % de los trabajadores interrogados se mostraron a favor de las 10 horas, un porcentaje mucho menor en favor de 11 horas y una minoría sin la menor importancia en favor de las viejas 12 horas.[145]

Otra «bondadosa» maniobra consistía en hacer trabajar a los obreros varones adultos de 12 a 15 horas e interpretar luego ese hecho como óptima expresión de los íntimos deseos proletarios. Pero el «despiadado» inspector fabril Leonard Horner apareció también allí. La mayoría de estos «amantes de las horas extras» declararon

«que preferirían con mucho trabajar 10 horas por menos salario, pero que no tenían opción; hay tantos de ellos sin trabajo, tantos hilanderos forzados a trabajar de meros piecers,* [138] que si se negaran a trabajar el horario largo otros

[144] «Al firmar la instancia, dije al mismo tiempo que hacía una cosa mala. — ¿Y entonces por qué la habéis firmado? — Porque si me hubiera negado me habrían echado a la calle. — El firmante se sentía, efectivamente, 'oprimido', pero no precisamente por el act fabril.» (*Loc. cit.,* pág. 102.)

[145] *Loc. cit.,* pág. 17. En el distrito del señor Horner se interrogó así a 10.270 trabajadores varones de 181 fábricas. Sus declaraciones se encuentran en el Appéndix al report fabril correspondiente al semestre que termina en octubre de 1848. Estas audiencias de testigos ofrecen material estimable también desde otro punto de vista.

* [137] Se refiere a la Convention revolucionaria francesa.

* [138] Atadores, obreros que unían los extremos de hebras terminadas o rotas.

ocuparían inmediatamente su lugar, de modo que para ellos la cuestión se plantea así: o trabajar el horario largo o encontrarse en el arroyo.» [146]

La campaña de diversión del capital había fracasado, y la ley de las doce horas entró en vigor el 1 de mayo de 1848. Pero mientras tanto el fiasco del partido cartista, cuyos dirigentes estaban en la cárcel y cuya organización había sido pulverizada, había resquebrajado la confianza de la clase obrera inglesa en sí misma. Poco después la insurrección de junio en París y su sangrienta asfixia unificaron en Inglaterra, como en la Europa continental, todas las fracciones de las clases dominantes, terratenientes y capitalistas, lobos de la Bolsa y tenderos, proteccionistas y librecambistas, gobierno y oposición, curas y librepensadores, putas jóvenes y monjas viejas, bajo el llamamiento común a salvar la propiedad, la religión, la familia, la sociedad. En todas partes se proscribió la clase obrera, se la excomulgó, se la sometió a la «loi des suspects».*[139] Los señores fabricantes no tuvieron, pues, que andarse con remilgos. Se lanzaron a la rebelión abierta, no sólo contra la ley de las diez horas, sino también contra toda la legislación que desde 1833 intentaba moderar un tanto la «libre» succión de fuerza de trabajo. Fue una proslavery rebellion en miniatura, llevada a cabo durante más de dos años con cínica desconsideración y energía terrorista, muy baratas las dos porque el capitalista rebelde no arriesgaba más que la piel de sus obreros.

Para entender lo que sigue hay que recordar que los acts fabriles de 1833, 1844 y 1847 estaban los tres vigentes en la medida en que los posteriores no enmendaran los anteriores; que ninguno de los tres limita la jornada de trabajo del obrero varón de más de 18 años, y que desde 1833 el «día» legal era el período de quince horas que va de las 5 y media de la mañana a las 8 y media de la noche; dentro de él se tenía que ejecutar, con las condiciones prescritas, el trabajo de los jóvenes y de las mujeres, trabajo de doce horas primero y de diez luego.

Los fabricantes empezaron aquí y allá a despedir a una parte de los jóvenes y las mujeres que empleaban, a veces la mitad, y a cambio restablecieron el trabajo nocturno, que casi había desaparecido, entre los obreros varones adultos. La ley de las diez horas, exclamaban, no les dejaba ninguna otra alternativa.[147]

[146] *Loc. cit.* Ver las declaraciones números 69, 70, 71, 72, 92, 93, recogidas por el mismo Leonard Horner, y 51, 52, 58, 59, 62, 70 recogidas por el subinspector A., en el «Appendix». Hasta un fabricante dio liebre por liebre: Ver el n.° 14 luego del 265, *loc. cit.*

[147] *Reports etc. for 31st October 1848,* págs. 133, 134.

---

*[139] «Ley contra los sospechosos» de Napoleón III.

El segundo paso afectó a los descansos legales para las comidas. Oigamos a los inspectores fabriles.

«Desde la limitación de las horas de trabajo a 10, los fabricantes, aunque no realizan prácticamente su opinión hasta las últimas consecuencias, afirman que, trabajando, p. e., desde las 9 de la mañana hasta las 7 de la tarde, cumplen los preceptos de la ley si dan una hora para la comida antes de las 9 de la mañana, y media hora después de las 7 de la tarde, o sea, 1 1/2 para comidas. En algunos casos autorizan ahora media hora o una hora completa para el almuerzo, pero reafirman de todos modos que no están obligados a reservar en el curso de la jornada de trabajo de 10 horas ninguna parte de la hora y media.»[148]

Los señores fabricantes afirmaban, pues, que las meticulosas y precisas disposiciones de la ley de 1844 acerca de las horas de comer no autorizaban a los trabajadores más que a comer y a beber antes de entrar en la fábrica y después de salir de ella, o sea, en sus casas. Y ¿por qué no iban a tomar los obreros la comida de mediodía antes de las 9 de la mañana? De todos modos los juristas de la Corona resolvieron que las prescritas horas de comida

«se tienen que dar en pausas durante la verdadera jornada de trabajo, y que es ilegal hacer trabajar 10 horas seguidas, desde las 9 de la mañana hasta las 7 de la tarde sin interrupción.» [149]

Luego de esas tranquilas manifestaciones el capital empezó su rebelión mediante un paso que respondía a la letra de la ley de 1848, o sea, que era legal.

La ley de 1844 prohibía, sin duda, emplear de nuevo después de la 1 de la tarde a niños de 8 a 13 años que lo hubieran sido antes de las 12 del mediodía. Pero no regulaba de ninguna manera las 6 1/2 horas de trabajo de los niños cuya jornada empezaba a las 12 o durante la tarde. Por lo tanto, los niños de ocho años se podían utilizar, con tal de que empezaran el trabajo a las 12 del mediodía, 1 hora de las 12 a la 1, 2 horas de las 2 a las 4 de la tarde, y 3 1/2 horas desde las 5 hasta las 8 y media de la noche, en total, las 6 1/2 horas legales. U otra cosa mejor: con objeto de adecuar la utilización de esos niños al trabajo de los obreros varones adultos hasta las 8 y media de la noche, les bastaba a los fabricantes con no poner a trabajar a los niños antes de las 2 de la tarde; así podían luego mantenerlos ininterrumpidamente en la fábrica hasta las 8 y media.

«Y ahora se reconoce explícitamente que recientemente, a consecuencia de la codiciosa voluntad de los fabricantes de mantener en marcha su maquinaria más

[148] *Reports etc. for 30th April 1848,* pág. 47.

[149] *Reports etc. for 31st Oct. 1848,* pág. 130.

de 10 horas, se ha deslizado en Inglaterra la práctica de tener trabajando a niños de ocho a trece años de ambos sextos hasta las 8 y media de la noche, solos con los hombres adultos, cuando ya se han ido de la fábrica todos los jóvenes y las mujeres.» [150]

Los obreros y los inspectores fabriles protestaron por motivos de higiene y de moral. Pero el capital contestó:

«¡Que mis actos caigan sobre mi cabeza! ¡Mi derecho es lo que exijo!
La pena y garantía de mi contrato!» *[140]

De hecho, según los datos, estadísticos presentados a la cámara baja el 26 de julio de 1850, el 15 de julio de 1850 estaban sometidos a esa «práctica», pese a todas las protestas, 3.742 niños de 257 fábricas.[151] Pero eso no era todo. Los ojos de lince del capital descubrieron que el act de 1844 no permite que las cinco horas de trabajo de la mañana transcurran sin una interrupción de 30 minutos por lo menos para refresco de los trabajadores, pero no prescribe nada de ese tipo por lo que hace al trabajo de la tarde. Consiguientemente, el capital exigió y consiguió la satisfacción de tener ininterrumpidamente a niños obreros de ocho años no sólo derrengándose, sino también pasando hambre desde las 2 hasta las 9 de la noche.

«Sí, su pecho,
Es lo que dice el pagaré.» [152]

Este aferrarse, también digno de Shylock, a la letra de la ley de 1844 en cuanto reguladora del trabajo de los niños no tenía, sin embargo,

[150] *Reports* etc. *loc. cit.*, pág. 142.
[151] *Reports* etc. *for 31st Oct. 1850*, págs. 5, 6.
[152] La naturaleza del capital es la misma en su forma por desarrollar que en su forma desarrollada. En el código impuesto al territorio de New Mexico por la influencia de los esclavistas poco antes de estallar la guerra civil norteamericana se dice: en la medida en que el capitalista ha comprado su fuerza de trabajo, el trabajador «es dinero suyo» (del capitalista: «The labourer is his (the capitalist's) money.») Esta misma concepción era la corriente entre los patricios romanos. El dinero que adelantaban a los deudores plebeyos se convertía en carne y sangre del deudor a través de los alimentos. Por lo tanto, esas «carne y sangre» eran «dinero suyo». De ahí arranca la ley de las 10 Tablas, digna de Shylock. No entremos en la hipótesis de Linguet de que los acreedores patricios organizaban de vez en cuando al otro lado del Tiber banquetes solemnes de carne de deudor guisada, así como la hipótesis de Daumer sobre la cena cristiana.

---

*[140] SHAKESPEARE, *El Mercader de Venecia*, acto IV, escena 1.ª, palabras de Shylock. Lo mismo los dos versos de más abajo.

más función que la de desembocar en la rebelión abierta contra la misma ley en cuanto reguladora del trabajo de «las personas jóvenes y las mujeres». Se recordará que el objetivo y el contenido principales de esa ley son la abolición del «falso sistema de relevos». Los fabricantes inauguraron su rebelión con la sencilla declaración de que las secciones del act de 1844 que prohíben todo aprovechamiento de los jóvenes y las mujeres en períodos arbitrariamente recortados de la jornada fabril de quince horas eran

«relativamente inofensivas (comparatively harmless) mientras el tiempo de trabajo fue de 12 horas. Pero con la ley de las diez horas son de una severidad (hardship) intolerable.» [153]

Por eso indicaron con la mayor frialdad a los inspectores que violarían la letra de la ley y reimplantarían por su cuenta y riesgo el sistema anterior.[154] Que eso se hacía en interés de los mismos trabajadores mal aconsejados,

«para poder pagarles salarios más altos.» «Que es el único plan posible para mantener la supremacía industrial de la Gran Bretaña bajo la ley de las diez horas.»[155] «Que tal vez sea algo difícil descubrir irregularidades con el sistema de relevos, pero ¿y qué con eso? (what of that?) ¿Es que hay que tratar como cosa secundaria el gran interés industrial de este país por ahorrar a los inspectores y subinspectores fabriles un poco de dificultades (some little trouble)?» [156]

Como es natural, todas esas vaciedades no sirven para nada. Los inspectores fabriles procedieron judicialmente. Pero pronto el ministro del interior, Sir George Grey, se vio inundado por una nube tal de instancias de fabricantes que dio a los inspectores en una circular de 5 de agosto de 1848 la orden de

«no proceder, en general, por violación de la letra del act, si no está comprobado que el sistema de relevos se utiliza abusivamente para tener trabajando más de 10 horas a jóvenes y mujeres.»

A la vista de la circular el inspector fabril J. Stuart autorizó el llamado sistema de relevos durante las quince horas de la jornada fabril en toda Escocia, donde pronto volvió a florecer como antes. En cambio, los inspectores fabriles ingleses declararon que el ministro no tenía poderes dictatoriales para suspender leyes, y siguieron procediendo judicialmente contra los rebeldes proslavery.

[153] *Reports* etc. *for 31st Oct. 1848*, pág. 133.
[154] Así, entre otros, el filántropo Ashworth en una carta cuáqueramente repulsiva dirigida a Leonard Horner. (*Rep. Apr. 1849*, pág. 4.)
[155] *Reports* etc. *for 31st Oct. 1848*, pág. 138.
[156] *Loc. cit.*, pág. 140.

Pero ¿con qué objeto llevar a los fabricantes ante los tribunales, si éstos, los county magistrates,[157] los absolvían? En esos tribunales eran los señores fabricantes los que se juzgaban a sí mismos. Un ejemplo. Cierto Eskrigge, algodonero de la firma Kershaw, Leese et Co., había presentado al inspector fabril de su distrito el esquema de un sistema de relevos preparado para su fábrica. Tras recibir una respuesta negativa, se estuvo quieto algún tiempo. Pocos meses después, un individuo llamado Robinson, también de hilaturas de algodón y, si no el viernes, sí, por lo menos, pariente de Eskrigge, comparecía ante los Borough Justices *[141] de Stockport por haber implantado exactamente el sistema de relevos ideado por Eskrigge. El tribunal estaba compuesto por cuatro jueces, tres de los cuales propietarios de hilaturas de algodón, y los presidía el inevitable Eskrigge. Eskrigge absolvió a Robinson y declaró a continuación que lo justo para Robinson es equitativo para Eskrigge. Apoyado así en su propia decisión firme y legal, implantó inmediatamente el sistema en su propia fábrica.[158] Desde luego que ya la composición de aquellos tribunales era una violación abierta de la ley.[159]

«Esta especie de farsas judiciales», exclama el inspector Howell, «está clamando por un remedio ... o adaptáis la ley a esas sentencias o la mandáis administrar por un tribunal menos falible que adapte sus sentencias a la ley ... en todos esos casos. ¡Cómo desea uno jueces profesionales!» [160]

Los juristas de la Corona declararon que la interpretación del act de 1844 por los fabricantes estaba fuera de lugar, pero los salvadores de la patria no se dejaron confundir.

«Luego de intentar imponer la ley mediante 10 procesos en 7 distritos judiciales diferentes», informa Leonard Horner, «sin que los magistrados me apoyaran más que en un caso ... considero inútiles más procesos por violación de la ley. La parte del act promulgada para conseguir uniformidad de las horas de trabajo ... no existe ya en Lancashire. Ni mis subagentes ni yo contamos con

[157] Estos «county magistrates», los «great unpaid», como los llama Cobbett, son un tipo de juzgados de paz no pagados, formados de entre los dignatarios de los condados. En realidad son los jueces patrimoniales de las clases dominantes.

[158] *Reports etc. for 30th April 1849,* págs. 21, 22. Cfr. ejemplos parecidos *ibid.,* págs. 4, 5.

[159] Los arts. 1 y 2 de la ley de W[illia]m IV, c. 29, s. 10, ley conocida con el nombre de Sir John Hobhouse's Factory Act, prohíben que actúen como jueces de paz en cuestiones relativas al Factory Act cualesquiera poseedores de una hilatura o industria de tejidos de algodón, o el padre, el hijo o el hermano de dicho propietario.

[160] *Reports etc. for 30th April 1849,* [pág. 22].

*[141] Juzgados Municipales.

ningún medio para cerciorarnos de que las fábricas en que rige el sistema de relevos no emplean a jóvenes y mujeres más de 10 horas... A finales de abril de 1849 114 fábricas de mi distrito trabajaban ya según ese método, y su número aumenta vertiginosamente en los últimos tiempos. En general trabajan ahora 13 1/2 horas, desde las 6 de la mañana hasta las 7 y media de la noche; en algunos casos 15 horas, desde las 5 y media de la mañana hasta las 8 y media de la noche.» [161]

Ya en diciembre de 1848 poseía Leonard Horner una lista de 65 fabricantes y 29 vigilantes de fábrica que declaran unánimemente que no había sistema de supervisión capaz de impedir con ese sistema de relevos el exceso de trabajo más general.[162] Unas veces unos mismos niños y jóvenes se pasaban (shifted) de la sala de hilado a la de tejido, etc., otras veces de una fábrica a otra durante 15 horas.[163] ¿Cómo controlar un sistema

«que abusa de la palabra relevo para barajar las manos, como cartas, en una complicación sin fin y desplazar cada día las horas de trabajo y descanso de los diferentes individuos de tal modo que nunca un mismo y completo grupo de manos trabaje junto en el mismo lugar y a la misma hora?» [164]

Pero incluso prescindiendo totalmente del exceso de trabajo, este sistema llamado de relevos era un aborto de la fantasía del capital, jamás superado ni siquiera por Fourier en sus bocetos humorísticos de las «courtes séances»,*[142] con la diferencia de que en el lugar de la atracción del trabajo aparecía ahora la atracción del capital. Contémplese esos esquemas de los fabricantes que la buena prensa celebró como muestra de «lo que puede lograr un grado razonable de cuidado y método» («what a reasonable degree of care and method can accomplish»). El personal trabajador se dividía a veces en 12 o 15 categorías que cambiaban ellas mismas constantemente de elementos. Durante las quince horas marco de la jornada de trabajo fabril el capital aplicaba el obrero 30 minutos ahora, una hora después, lo soltaba luego para volverle a llamar de nuevo a la fábrica y volver a soltarlo de ella, atosigándole por ratos dispersos sin dejar de tenerlo a mano hasta completar las diez

[161] *Reports etc. for 30th April 1849,* pág. 5.

[162] *Rep. etc. for 31st Oct. 1849,* pág. 6.

[163] *Rep. etc. for 30th April 1849,* pág. 21.

[164] *Rep. etc. 31st Oct.,* pág. 95.

*[142] «Sesiones cortas»: las sesiones de trabajo de dos horas como máximo de las que, según el proyecto de Fourier, cada trabajador ejecutará varias al día, evitando así el aburrimiento del largo trabajo uniforme y aumentando mucho la productividad del trabajo.

horas de trabajo. Unas mismas personas, como si estuvieran en el teatro, tenían que aparecer alternativamente en las varias escenas de los distintos actos. Pero del mismo modo que un actor pertenece al escenario por toda la duración del drama, así también los trabajadores pertenecían ahora a la fábrica durante 15 horas, sin contar el tiempo necesario para ir a ella y volver de ella. De este modo las horas de descanso se convirtieron en horas de ocio forzado que empujaban al joven trabajador a la taberna y a la obrera joven al burdel. Según la nueva ocurrencia que el capitalista tuviera cada día para mantener en funcionamiento su maquinaria 12 o 15 horas sin aumento del personal obrero, el trabajador tenía que tragarse la comida ya en este trozo de desperdicio de tiempo, ya en aquel otro. Cuando la agitación por la jornada de diez horas los fabricantes clamaron que la banda obrera presentaba sus peticiones con la esperanza de recibir salario de doce horas por diez horas de trabajo. Ahora le habían dado la vuelta a la tortilla: pagaban el salario de diez horas de trabajo por doce y quince horas de disposición sobre las fuerzas de trabajo.[165] Tal era la carne del perrillo,*[143] la edición de la ley de las diez horas por parte de los fabricantes. Y eran los mismos librecambistas llenos de unción, chorreantes de filantropía, que durante diez años cumplidos, a lo largo de toda la agitación contra el Corn-Law, habían demostrado a los trabajadadores, calculando hasta el último céntimo, que si se permitía la libre importación de trigo bastaba plenamente con diez horas de trabajo, dados los medios de la industria inglesa, para enriquecer a los capitalistas.[166]

Al final los dos años de rebelión del capital quedaron coronados por la sentencia de uno de los cuatro tribunales supremos ingleses, el Court of Exchequer, que ante un caso que se le presentó resolvió el 8 de febrero de 1850 que, si bien los fabricantes obraban contra el sentido del act de 1844, sin embargo, esta ley contenía ciertas palabras que le quitaban todo sentido. «Con esa sentencia quedó abolida la ley de las diez horas.»[167] Una gran cantidad de fabricantes que hasta en-

[165] Ver *Reports etc. for 30th April 1849,* pág. 6, y la extensa discusión del «shifting system» por los inspectores fabriles Howell y Saunders en *Reports etc. for 31st Oct. 1848.* Ver también la petición del clero de Ashton y alrededores, primavera de 1849, dirigida a la Reina, contra el «shift system».

[166] Cfr., p. e., *The Factory Question and the Ten Hours Bill,* de R. H. GREG, 1837.

[167] F. ENGELS, «Die englische Zehnstundenbill» (en la *Neue Rh. Zeitung. Politisch-ökonomische Revue,* editada por mí, n.° de abril de 1850, pág. 13) <OME 12>. Ese mismo «alto» tribunal descubrió también durante la guerra civil norteamericana un tornillo verbal que convierte la ley que prohíbe armar naves corsarias en su contrario literal.

*[143] Ver nota *70.

tonces habían evitado el sistema de relevos a los jóvenes y a las trabajadoras se lanzaron ahora de cabeza a él.[168]

Pero con esa victoria aparentemente definitiva del capital se produjo inmediatamente el cambio de orientación. Los trabajadores no habían ofrecido hasta entonces más que una resistencia pasiva, aunque indoblegable y renovada cada día. Ahora empezaron a protestar con meetings sonoramente amenazadores en Lancashire y Yorkshire. ¡De modo que la supuesta ley de las diez horas no había sido más que un embuste, una estafa parlamentaria, y no había existido nunca! Los inspectores fabriles avisaron insistentemente al gobierno de que el antagonismo de clase había llegado a una tensión increíble. Hasta una parte de los mismos fabricantes murmuraba:

«Que por las contradictorias decisiones de los tribunales domina una situación anormal y anárquica. En Yorkshire vige una ley, otra en Lancashire, otra en una parroquia de Lancashire, otra en sus cercanías inmediatas. Que en las grandes ciudades el fabricante puede eludir la ley, mientras que el de las zonas rurales no encuentra el personal suficiente para el sistema de relevos, y aun menos para desplazar a los trabajadores de una fábrica a otra, etc.»

Mas el primer derecho humano del capital es la igualdad de explotación de la fuerza de trabajo.

En esas circunstancias se llegó a un compromiso entre los fabricantes y los trabajadores, compromiso parlamentariamente sellado por la nueva ley fabril adicional de 5 de agosto de 1850. La jornada de trabajo de «personas jóvenes y mujeres» se aumentaba de 10 horas a 10 1/2 horas en los cinco primeros días de la semana, y se disminuía a 7 1/2 horas el sábado. El trabajo tiene que proceder en el período que va desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde,[169] con pausas de 1 1/2 horas para las comidas, las cuales se tienen que observar simultáneamente y según las prescripciones de 1844, etc. Con eso se terminaba definitivamente con el sistema de relevos.[170] Para el trabajo de los niños se mantenía en vigor la ley de 1844.

[168] *Rep. etc. for 30th April 1850.*

[169] En invierno el período puede ser de las 7 de la mañana a las 7 de la tarde.

[170] «La ley actual» (la de 1850) «fue un compromiso en el cual los trabajadores renunciaron a las ventajas de la ley de las diez horas a cambio de la ventaja de unas horas unitarias de comienzo y final del trabajo para aquellos cuyo tiempo de trabajo está ya sometido a la limitación.» (*Reports etc. for 30th April 1852,* pág. 14.)

Al igual que antes, también esta vez una categoría de fabricantes se garantizó especiales derechos señoriales sobre los hijos de los proletarios. Se trataba esta vez de los fabricantes sederos. En el año 1833 habían llorado amenazadoramente, diciendo que «si se suprimía la libertad de hacer trabajar a niños de cualquier edad durante 10 horas diarias, se detendrían sus talleres» («if the liberty of working children of any age for 10 hours a day was taken away, it would stop their works»). Les era, según ellos, imposible comprar niños de más de 13 años en número suficiente. Con esa coacción consiguieron el privilegio deseado. Una investigación posterior mostró que el pretexto era una mentira pura y simple,[171] pero eso no impidió a los fabricantes sederos hilar seda durante diez horas diarias y durante una década con la sangre de niños tan pequeños que para que pudieran realizar el trabajo había que ponerlos de pie encima de sillas.[172] El act de 1844 les «suprimió», ciertamente, la «libertad» de manipular niños de menos de 11 años más de 6 1/2 horas al día, pero les aseguró el privilegio de hacerlo durante 10 horas diarias con niños de entre 11 y 13 años, además de anular la obligatoriedad de escolarización impuesta a otros niños de las fábricas. Esta vez el pretexto fue el siguiente:

«La delicadeza del tejido exige una finura en los dedos que sólo se puede conseguir mediante un ingreso temprano en la fábrica.»[173]

Por asegurar la finura de los dedos desollaron completamente a los niños, igual que se hace con las reses en el sur de Rusia sólo por la piel y la grasa. En 1850, por último, el privilegio concedido en 1844 se limitó a los departamentos de torcido y devanado, pero en ellos, para compensar al capital de la pérdida de su «libertad», el tiempo de trabajo de los niños entre 11 y 13 años se aumentó de 10 horas a 10 1/2 horas. Pretexto: «Que el trabajo es más ligero en las fábricas de seda que en las demás fábricas, y en modo alguno tan dañino para la salud.»[174] La investigación médica oficial probó más tarde que, por el contrario,

«la cuota media de mortalidad es excepcionalmente alta en los distritos sederos, e incluso en la parte femenina de la población es más alta que en los distritos algodoneros de Lancashire».[175]

[171] *Reports etc. for 30th Sept. 1844,* pág. 13.

[172] *Loc. cit.*

[173] «The delicate texture of the fabric in which they were employed requiring a lightness of touch, only to be acquired by their early introduction to these factories.» (*Rep. etc. for 31st Oct. 1846,* pág. 20.)

[174] *Reports etc. for 31st Oct. 1861,* pág. 26.

[175] *Loc. cit.,* pág. 27. En general, la población obrera sujeta a la ley fabril ha mejorado mucho físicamente. Todos los testimonios médicos concuerdan en eso, y

Pese a las protestas de los inspectores fabriles, renovada cada semestre, el abuso sigue en pie hasta el día de hoy.[176]

La ley de 1850 transformó, sólo para «personas jóvenes y mujeres» el período de quince horas comprendido entre las 5 y media de la mamaña y las 8 y media de la noche en el período de doce horas que va de las 6 de la mañana a las 6 de la tarde. No, pues, para los niños, los cuales siguieron siendo aprovechables media hora antes de ese período y 2 1/2 horas después de su final, aunque la duración total de su trabajo no pudiera superar las 6 1/2 horas. Durante la discusión de la ley los inspectores fabriles presentaron al parlamento una estadística acerca de los infames abusos de aquella anomalía. Pero fue en vano. En el trasfondo de todo acechaba la intención de elevar de nuevo en años prósperos la jornada de trabajo de los adultos, con ayuda de los niños, hasta las 15 horas. La experiencia de los 3 años siguientes mostró que aquel intento había de fracasar ante la resistencia de los obreros varones adul-

mi propia observación personal en distintos períodos me ha convencido de ello. Sin embargo, y prescindiendo de la monstruosa cuota de mortalidad de los niños de pocos años, los informes oficiales del Dr. Greenhow ponen de manifiesto lo desfavorable que es el estado sanitario de los distritos fabriles en comparación con «distritos agrícolas de salud normal». Véase como prueba, por ejemplo, la siguiente tabla de su informe de 1861:

Porcentaje de hombres adultos activos en las manufacturas	Cuota de mortalidad por afección pulmonar por cada 100.000 hombres	Nombre del distrito	Cuota de mortalidad por afección pulmonar por cada 100.000 mujeres	Porcentaje de mujeres adultas activas en las manufacturas	Tipo de ocupación femenina
14,9	598	Wigan	644	18,0	algodón
42,6	708	Blackburn	734	34,9	lo mismo
37,3	547	Halifax	564	20,4	torcido lana
41,9	611	Bradford	603	30,0	lo mismo
31,0	691	Macclesfield	804	26,0	seda
14,9	588	Leek	705	17,2	lo mismo
36,6	721	Stoke-upon-Trent . .	665	19,3	alfarería
30,4	726	Woolstanton . . .	727	13,9	lo mismo
—	305	Ocho distritos agrícolas sanos	340	—	

[176] Es conocida la resistencia con que los «librecambistas» ingleses renunciaron a los aranceles proteccionistas de la manufactura sedera. En lugar de la protección contra la importación de Francia tienen ahora la indefensión de los niños en las fábricas inglesas.

tos.[177] El act de 1850 se completó, por ello, finalmente en 1853 con la prohibición de «utilizar niños por la mañana antes que las personas jóvenes y las mujeres, y por la tarde después de éstas». A partir de entonces y con pocas excepciones, el act fabril de 1850 reguló la jornada de todos los trabajadores en las ramas industriales a él sometidas.[178] Había pasado medio siglo desde que se promulgara el primer act fabril.[179]

La legislación saltó por vez primera de su esfera primitiva mediante el «Printwork's Act» (la ley sobre estampados de algodón, etc.) de 1845. En cada renglón de la ley se expresa el desagrado con que el capital admitió esta nueva «extravagancia». La ley limita la jornada de trabajo de los niños entre 8 y 13 años y la de las mujeres a un período de 16 horas colocado entre las 6 de la mañana y las 10 de la noche, sin pausa legal alguna para comidas. Permite agotar como se quiera a los trabajadores varones de más de 13 años, de día y de noche.[180] Es un aborto parlamentario.[181]

Pese a ello, el principio había triunfado al vencer en las grandes ramas industriales que son la criatura más propia del modo de producción moderno. Su maravilloso desarrollo de 1853-1860, de la mano del renacimiento físico y moral de los obreros fabriles, saltó a la vista más ciega. Los mismos fabricantes a los que se arrancara paso a paso la limitación y la regulación legales de la jornada de trabajo a través de un guerra civil de medio siglo remitían vanidosamente al contraste entre sus industrias y los ámbitos de explotación todavía «libres».[182] Los fariseos de la «economía política» proclamaron entonces la comprensión de la necesidad de una jornada de trabajo legalmente regulada como nueva conquista característica de su «ciencia».[183] Se comprende sin dificultad que, una vez que los magnates de las fábricas se hubieron sometido a lo inevitable y reconciliado con ello, la capacidad de resistencia del capital se debilitó gradualmente, mientras al mismo tiempo que aumentaba la capacidad de ataque de la clase obrera con el número de sus aliados en las capas sociales no interesadas directamente por la cuestión. De ahí el progreso relativamente rápido desde 1860.

Los talleres de tintorería y blanqueo[184] quedaron sometidos al act

[177] *Reports etc. for 30th April 1853,* pág. 30.

[178] Durante los años de apogeo de la industria algodonera inglesa —1859 y 1860—, algunos fabricantes intentaron mover a los hilanderos varones adultos, etc., a prolongar la jornada de trabajo con el anzuelo de unos salarios más elevados para el tiempo extraordinario. Los hilanderos de las mules a mano y los minders de los self-actors *[144] pusieron fin al experimento con un memorial a sus utilizadores en el que se dice, entre otras cosas: «Dicho redondo, la vida se nos ha convertido en una carga, y mientras sigamos encadenados a la fábrica casi 2 días más a la semana» (20 horas) «que los demás obreros, nos sentiremos como los hilotas del país y nos reprocharemos el eternizar un sistema que nos daña física y moralmente a nosotros mismos y a nuestra descendencia... Por eso damos con la presente respetuosa noticia de que a partir de año nuevo no trabajaremos ni un minuto más de 60 horas semanales, de las 6 a las 6, deducidas las pausas legales de 1 1/2 horas.» (*Reports etc. for 30th April 1860,* pág. 30.)

[179] Sobre los medios que presenta la redacción de esta ley para su violación cfr. el Parliamentary Return *Factories Regulation Acts* (9 de agosto de 1859) y en él el escrito de Leonard Horner *Suggestions for Amending the Factory Acts to enable the Inspectors to prevent illegal working, now become very prevalent.*

[180] «En realidad en mi distrito los niños de 8 años o más se tuvieron que derrengar desde las 6 de la mañana hasta las 9 de la noche durante el semestre último» (1857). (*Reports etc. for 31st Oct. 1857,* pág. 39.)

[181] «La ley sobre los estampados de algodón es, según confesión de parte, un error tanto por lo que hace a sus medidas educativas cuanto por lo que respecta a sus medidas protectoras.» (*Reports etc. for 31st Oct. 1862,* pág. 52.)

*[144] Los hilanderos de los aparatos manuales y los operadores de los aparatos mecánicos de motor.

[182] Así, p. e., E. Potter en una carta al *Times* de 24 de marzo de 1863. El *Times* le recuerda la rebelión de los fabricantes contra la ley de las diez horas.

[183] Así, entre otros, el señor W. Newmarch, colaborador en y editor de la *History of Prices* de Tooke. ¿Es un progreso científico el hacer concesiones cobardes a la opinión pública?

[184] La ley sobre los talleres de blanqueo y tintorería, promulgada en 1860, prescribe que la jornada de trabajo se reducirá provisionalmente a 12 horas el 1 de agosto de 1861, y definitivamente a 10 horas el 1 de agosto de 1862, esto es, a 10 1/2 horas los días laborables y 7 1/2 horas el sábado. Pero al irrumpir el mal año de 1862 se repitió la vieja comedia. Los señores fabricantes solicitaron al parlamento que tolerara por un solo año más la ocupación de personas jóvenes y mujeres durante más de doce horas... «Dada la actual situación del negocio» (en la época de la escasez de algodón) «es un gran beneficio para los trabajadores el permitirles trabajar diariamente 12 horas y obtener todo el salario posible... Ya se había conseguido llevar a la cámara baja una ley en ese sentido. Pero fracasó, por causa de la agitación de los obreros en las instalaciones de blanqueo de Escocia.» (*Reports etc. for 31st Oct. 1862,* págs. 14, 15.) Derrotado así por los obreros mismos en cuyo nombre pretendía hablar, el capital descubrió entonces, con la ayuda de anteojos jurídicos, que el act de 1860, redactado, igual que todos los acts del parlamento para la «protección del trabajo», con un retorcimiento de las palabras que llega a confundir el sentido, ofrecía pretexto para excluir de sus efectos a los «calenderers» y «finishers».*[145] La jurisprudencia inglesa, siempre sierva fiel del capital, sancionó positivamente a los picapleitos a través del tribunal de los «Common Pleas». «Ha producido mucho descontento entre los obreros, y es muy lamentable, el que la clara in-

*[145] Obreros de prensas y acabados.

fabril de 1850 en 1860, y las fábricas de encajes y de medias de punto en 1861. A consecuencia del primer informe de la «Comisión sobre el trabajo de los niños» (1863) compartieron ese mismo destino las manufacturas de todo tipo de productos alfareros (no sólo de cerámica), los fósforos, los pistones, el papel pintado, el corte de pana (fustian cutting) y numerosos procesos que se reúnen bajo la expresión de «finishing» (último apresto). En el año 1863, el «blanqueo al aire libre» [185]

tención de la legislación se vanifique con el pretexto de una definición deficiente.» (*Loc. cit.*, pág. 18.)

[185] Los «blanqueadores al aire libre» se habían sustraído a la ley de 1860 sobre los talleres de «blanqueo» mediante la mentira de que no utilizaban mujeres por la noche. Los inspectores fabriles descubrieron la mentira, y, al mismo tiempo, las instancias de los obreros destruyeron al parlamento la idea que tenía de ese «blanqueo al aire libre», con frescor y perfume de pradera. Ese blanqueo al aire libre utiliza habitaciones de secado puestas a 90 o 100 grados Farenheit, en las que trabajan principalmente muchachas. «Cooling» (refrescarse) es la expresión técnica con que se designa la salida ocasional de la habitación de secado al aire libre. «Quince muchachas en las habitaciones de secado. Calor de 80° a 90° para el paño, de 100° y más para la batista. Doce muchachas planchan y depositan (la batista, etc.) en una pequeña habitación de unos 10 pies de lado en cuadro, que tiene en el centro una estufa muy cercana a las paredes. Las muchachas están de pie alrededor de la estufa, la cual irradia un calor espantoso que seca rápidamente la batista para que puedan plancharla. El número de horas de trabajo de estas manos es ilimitado. Cuando hay trabajo, trabajan muchos días seguidos hasta las 9 o las 12 de la noche.» (*Reports etc. for 31st Oct. 1862*, pág. 56.) Un médico declara lo siguiente: «No hay horas determinadas permitidas para el refresco, pero cuando la temperatura se hace demasiado insoportable o cuando las manos de las obreras se manchan de tanto sudar, se les permite salir unos pocos minutos... Mi experiencia en el tratamiento de las enfermedades de estas obreras me obliga a comprobar que su salud está muy por debajo de la de las hilanderas de algodón» (¡y en una de sus solicitudes al parlamento el capital las había pintado más que sanas, al estilo de Rubens!). «Sus enfermedades más llamativas son la tisis, la bronquitis, las dolencias uterinas, la histeria en sus formas más horrorosas y el reuma. Creo que todas esas enfermedades se deben, directa o indirectamente, al exceso de calor del aire de sus lugares de trabajo y a la falta de vestidos suficientemente confortables para protegerlas de la atmósfera fría y húmeda cuando vuelven a sus casas durante los meses de invierno.» (*Loc. cit.*, págs. 56, 57.) Los inspectores fabriles observan lo que sigue acerca de la ley que se arrancó posteriormente, en 1863, a los joviales «blanqueadores al aire libre»: «Esta ley no sólo ha dejado de garantizar a los trabajadores la protección que parece prestarles ... está formulada de tal modo que no hay protección sino cuando se sorprende a niños y mujeres trabajando después de las 8 de la noche, e incluso entonces el método de prueba prescrito es tan complicado que es difícil que pueda haber castigo.» (*Loc. cit.*, pág. 52.) «En cuanto ley de fines humanos y orientados a la educación, está completamente fracasada. Porque no se dirá que es humano permitir a mujeres y a niños —u obli-

y la panificación quedaron sometidos a leyes propias, la primera de las cuales prohíbe, por ejemplo, el trabajo nocturno (de las 8 de la tarde a las 6 de la mañana) de los jóvenes y las mujeres, mientras la segunda hace lo mismo con la utilización de panaderos de menos de 18 años entre las 9 de la tarde y las 5 de la mañana. Volveremos a hablar de las posteriores propuestas de la citada comisión, las cuales amenazan con arrebatar la «libertad» a todas las ramas industriales importantes inglesas, con excepción de la agricultura, las minas y los transportes.[185a]

7. *La lucha por la jornada de trabajo normal. Repercusión de la legislación fabril inglesa en otros países*

El lector recordará que la producción de plusvalía o extracción de plustrabajo es el contenido y la finalidad específicos de la producción capitalista, prescindiendo de cualquier transformación del modo de producción mismo que brote acaso de la subordinación del trabajo al capital. También recordará que, desde el punto de vista hasta ahora desarrollado, sólo contrata con el capitalista, desde la posición de vendedor de mercancía, el obrero independiente y, por lo tanto, legalmente capaz de contratar. Así, pues, si en nuestro esbozo histórico son protagonistas, por una parte, la industria moderna y, por otra, el trabajo de personas física y jurídicamente menores, es que la una nos ha sido útil sólo como esfera particular, y el otro sólo como ejemplo particularmente concluyente de la absorción del trabajo. Pero aun sin anticipar el posterior desarrollo, ya de la mera cohesión de los hechos históricos se desprende esto:

En primer lugar: En las industrias primero revolucionadas por el agua, el vapor y la maquinaria, en esas primeras creaciones del modo de producción moderno —las hilaturas y los tejidos de algodón, lana, lino y seda—, se empieza por satisfacer el impulso del capital a una prolongación desmedida y desconsiderada de la jornada de trabajo. El

garles, que es en realidad lo mismo— trabajar 14 horas diarias con comida o sin ella, según venga, y tal vez más horas aun, sin limitación por edad, sin diferencia por sexo y sin consideración de las costumbres sociales de las familias de la zona en que se encuentran los talleres de blanqueo.» (*Reports etc. for 30th April 1863*, pág. 40.)

[185a] Nota a la 2.ª ed. Luego de 1866, que es cuando escribí lo que se dice en el texto, se ha producido de nuevo una reacción.

alterado modo de producción material y las relaciones sociales de los productores,[186] alteradas de modo correspondiente a aquél, crean primero el abuso desmedido y suscitan luego, al contrario, el control social que limita, regula y homogeniza legalmente la jornada de trabajo con sus pausas. Por eso durante la primera mitad del siglo XIX ese control se presenta sólo como legislación excepcional.[187] En cuanto que conquistó el territorio inicial del nuevo modo de producción, resultó que hacía mucho tiempo que no sólo muchas otras ramas de la producción habían entrado en el régimen fabril propiamente dicho, sino que, además, manufacturas con tipos de explotación más o menos antiguos —como la alfarería, el vidrio, etc.—, o artesanías antiguas —como la panificación— y al final incluso el disperso trabajo llamado casero —como la producción de clavos, etc.[188]— estaban desde hacía tiempo tan sometidos a la explotación capitalista como la fábrica. Consiguientemente, la legislación se vio obligada a desprenderse poco a poco de su carácter de excepción, o bien, si tenía que proceder con casuismo romano, como ocurre en Inglaterra, a declarar a voluntad fábrica (factory) cualquier casa en la que se trabajara.[189]

En segundo lugar: La historia de la regulación de la jornada de trabajo, en algunos modos de producción, y, en otros, la lucha, que aún continúa, por esa regulación prueban tangiblemente que en determinados estadios de madurez de la producción capitalista el trabajador aislado, el trabajador en cuanto vendedor «libre» de su fuerza de trabajo, sucumbe sin resistencia. Por eso la creación de una jornada de trabajo normal es producto de una larga guerra civil, más o menos disimulada, entre la clase de los capitalistas y la clase de los trabajadores. Como la lucha se inaugura en el ámbito de la industria moderna, se desarrolla

[186] «El comportamiento de cada una de esas clases» (capitalistas y trabajadores) «era resultado de la situación en que en cada caso se habían visto puestas.» (*Reports etc. for 31st Oct. 1848,* pág. 113.)

[187] «Las operaciones que cayeron bajo la limitación estaban relacionadas con la producción de artículos textiles con ayuda de la fuerza del vapor o del agua. Una actividad de trabajo había de cumplir dos condiciones para caer bajo la protección de la inspección fabril, a saber, la aplicación de la fuerza del vapor o del agua y la elaboración de determinadas fibras que se especifican.» (*Reports etc. for 31st October 1864,* pág. 8.)

[188] Sobre el estado de esta industria llamada casera hay un material riquísimo en los últimos informes de la *Children's Employment Commission.*

[189] «Las leyes de la última legislatura» (1864) ... abarcan ramas de ocupación de varia especie en las que dominan costumbres muy diversas, y la utilización de la fuerza mecánica para mover la maquinaria no se cuenta ya, como se hacía antes, entre las condiciones necesarias para que un taller sea fábrica en el sentido de la ley.» (*Reports etc. for 31st Oct. 1864,* pág. 8.)

primero también en la tierra natal de ésta, Inglaterra.[190] Los obreros fabriles ingleses fueron los primeros campeones no sólo de la clase obrera inglesa, sino de toda la clase obrera moderna, del mismo modo que sus teóricos fueron los primeros en arrojar el guante a la teoría del capital.[191] Por eso denuncia el filósofo fabril Ure como vergüenza indeleble de la clase obrera inglesa el que inscribiera en sus banderas «la esclavitud de las leyes fabriles», frente al capital, que luchaba virilmente por «la libertad absoluta del trabajo».[192]

Francia sigue a Inglaterra, cojeando lentamente. Hace falta la revolución de Febrero para que nazca la ley de las doce horas,[193] mucho más

[190] Bélgica, paraíso del liberalismo continental, no presenta ni rastro de ese movimiento, como es natural. Incluso en sus minas de carbón y de metales consumen con toda «libertad» trabajadores de ambos sexos y cualquier edad durante el tiempo que sea y las horas que sea. De cada 1.000 personas ocupadas en ellas 733 son varones, 88 mujeres, 135 muchachos y 44 muchachas de menos de 16 años; en los altos hornos, etc., de cada 1.000 son varones 668, 149 mujeres, 98 muchachos y 85 muchachas de menos de 16 años. A eso se añade un salario bajo por una explotación enorme de fuerzas de trabajo maduras y juveniles, por término medio 2 sh. 8 d. al día para los hombres, 1 sh. 8 d. para las mujeres, 1 sh. 2 1/2 d. para los muchachos. A cambio de eso, naturalmente, en 1863 Bélgica ha duplicado aproximadamente, en comparación con 1850, la cantidad y el valor de su exportación de carbón, hierro, etc.

[191] Cuando, poco después de la primera década de este siglo, Robert Owen no sólo defendió teóricamente la necesidad de una reducción de la jornada de trabajo, sino que, además, implantó realmente en su fábrica de New-Lanark la jornada de diez horas, se burlaron de su proyecto calificándolo de utopía comunista, exactamente igual que de su «combinación del trabajo productivo con la educación de los niños», exactamente igual que de las tiendas cooperativas de los obreros, a las que él dio vida. Hoy día, la primera utopía es ley fabril, la segunda figura como palabrería oficial en todos los «Factory Acts», y la tercera sirve ya incluso de tapadera de estafas reaccionarias.

[192] URE, *Philosophie des Manufactures* (trad. franc.), Paris 1836, t. II, págs. 39, 40, 67, 77, etc.

[193] En el Compte Rendu del Congreso Estadístico Internacional de París de 1855 se lee entre otras cosas: «La ley francesa que limita a 12 horas la duración del trabajo diario en fábricas y talleres no limita ese trabajo dentro de determinadas horas fijas» (períodos), «pues sólo para el trabajo de los niños prescribe el período que va de las 5 de la mañana a las 9 de la noche. Por eso una parte de los fabricantes aprovecha el derecho que les da ese silencio cargado de consecuencias para hacer trabajar sin interrupción un día tras otro, tal vez con la excepción de los domingos. Utilizan para ello dos equipos diferentes de trabajadores, ninguno de los cuales pasa en el taller más de 12 horas, y así el establecimiento funciona día y noche. La ley queda satisfecha, pero ¿lo está también la virtud de humanidad?» Además de la «destructora influencia del trabajo nocturno en el organismo humano» se subraya también «la fatal influencia de la asociación nocturna de ambos sexos en unos mismos talleres pálidamente alumbrados».

defectuosa que su original inglés. A pesar de ello, el método revolucionario francés manifiesta también sus peculiares excelencias. De un sólo golpe impone a todos los talleres y fábricas sin distinción una misma limitación de la jornada de trabajo, mientras que la legislación inglesa se inclina de mala gana, ante la presión de las circunstancias, ahora en este punto, luego en aquél, y se encuentra así en el camino más corto para llegar a un nuevo lío jurídico.[194] Por otra parte, la ley francesa proclama cuestión de principio lo que en Inglaterra no se conquista sino en nombre de niños, menores y mujeres y sólo en los últimos tiempos se reivindica como derecho general.[195]

En los Estados Unidos todo movimiento obrero estuvo paralizado mientras la esclavitud corrompió una parte de la república. El trabajo no se puede emancipar dentro de la piel blanca donde se estigmatiza en piel negra. Pero de la muerte de la esclavitud brotó en seguida una vida rejuvenecida. El primer fruto de la guerra civil fue la agitación por la jornada de ocho horas que, con las botas de siete leguas de la locomotora, avanzó del océano Atlántico al Pacífico, de Nueva Inglaterra a California. El congreso obrero general de Baltimore (ag. de 1866) declara:

«La primera y grande exigencia del presente para liberar el trabajo de este país de la esclavitud capitalista es la promulgación de una ley por la cual 8 horas constituyan la jornada de trabajo normal en todos los estados de la Unión norteamericana. Estamos decididos a contribuir con toda nuestra fuerza a la consecución de ese resultado glorioso.» [196]

[194] «P. e., en mi distrito, un mismo fabricante es, en los mismos edificios fabriles, blanqueador y tintorero sometido a la Ley sobre blanqueo y tintorería, estampador sometido al «Printworks' Act» y finisher de acuerdo con la 'ley fabril'...» (Report of Mr. Baker en *Reports etc. for 31st Oct. 1861,* pág. 20.) El señor Baker dice, tras enumerar las diferentes disposiciones de esas leyes y la consiguiente complicación: «Se ve lo difícil que tiene que ser asegurar la ejecución de esas tres leyes del parlamento si al propietario de la fábrica le apetece eludir la ley.» [*Loc. cit.,* pág. 21.] Lo que sí está seguro con eso para los señores juristas es pleitos.

[195] Así, finalmente, los inspectores fabriles se atreven a decir: «Estas objeciones» (del capital contra la limitación legal del tiempo de trabajo) «tienen que inclinarse ante el gran principio de los derechos del trabajo ... hay un momento en el cual cesa el derecho del empresario al trabajo de su obrero y éste mismo puede disponer de su tiempo, aunque no se haya agotado todavía.» (*Reports etc. for 31st Oct. 1862,* pág. 54.)

[196] «Nosotros, obreros de Dunkirk, declaramos que la duración del tiempo de trabajo exigida bajo el actual sistema es demasiado larga y no deja tiempo al trabajador para recuperarse y desarrollarse, sino que lo rebaja más bien a un estado de servidumbre que es poco mejor que la esclavitud (a condition of servitude but little better than slavery). Por eso resolvemos que 8 horas bastan para una jornada de trabajo y tienen que ser legalmente reconocidas por suficientes; que llamamos en nuestro apoyo a la prensa, poderosa palanca ... y consideramos enemigos de la reforma del trabajo y de los derechos de los trabajadores a todos los que nieguen ese apoyo.» (Resoluciones de los trabajadores de Dunkirk, estado de New York, 1866.)

Al mismo tiempo (comienzos de septiembre de 1866) el Congreso Obrero Internacional de Ginebra resolvía, a propuesta del Consejo General de Londres: «Declaramos que la limitación de la jornada de trabajo es una condición previa sin la cual han de fracasar todos los demás esfuerzos de emancipación... Proponemos las 8 horas como límite legal de la jornada de trabajo.»

De este modo el movimiento obrero constituido instintivamente, a partir de las relaciones de producción mismas, a ambos lados del Atlántico sella la sentencia del inspector fabril inglés R. J. Saunders:

«Jamás se podrán realizar con perspectiva de éxito más pasos en la reforma de la sociedad si no se limita antes la jornada de trabajo y se impone estrictamente el límite prescrito.» [197]

Hay que reconocer que nuestro trabajador sale del proceso de producción distinto de como entró en él. En el mercado se enfrentó, como poseedor de la mercancía «fuerza de trabajo», con otros poseedores de mercancías, poseedor de mercancías frente a poseedor de mercancías. El contrato por el que vendió su fuerza de trabajo al capitalista probaba, por así decirlo, en negro sobre blanco, que dispone libremente de sí mismo. Una vez cerrado el trato se descubre que no era ningún «agente libre», que el tiempo por el que puede libremente vender su fuerza de trabajo es el tiempo por el cual está forzado a venderla,[198] que, de hecho, el que le chupa no le suelta «mientras aún haya por explotar un músculo, un tendón, una gota de sangre».[199] Para «defensa» contra la serpiente de sus torturas los trabajadores tienen que juntar las cabezas e imponer

[197] *Reports etc. for 31st Oct. 1848,* pág. 112.

[198] «Estas intrigas» (las maniobras del capital, en 1848-1850, por ejemplo) «han aportado además la prueba irrefutable de lo falsa que es la afirmación, tan a menudo presentada, de que los trabajadores no necesitan ninguna protección, sino que se tienen que estimar como poseedores con libre disposición de la única propiedad que tienen, el trabajo de sus manos y el sudor de su frente.» (*Reports etc. for 30th April 1850,* pág. 45.) «El trabajo libre, si es que se le puede llamar así, necesita para su protección, incluso en un país libre, el fuerte brazo de la ley.» (*Reports etc. for 31st Oct. 1864,* pág. 34.) «Permitir —u obligarles, que es en realidad lo mismo— ... trabajar 14 horas diarias con comida o sin ella, etc.» (*Reports etc. for 30th April 1863,* pág. 40.)

[199] Friedrich Engels, «Die englische Zehntstundenbill», *loc. cit.,* pág. 5. <OME 12>.

como clase una ley del estado, un ostáculo social superpotente que les impida venderse ellos mismos y su linaje, hasta la muerte y la esclavitud, en el contrato voluntario con el capital.[200] En el lugar del majestuoso catálogo de los «derechos inalienables del hombre» aparece la modesta Carta Magna de una jornada de trabajo legalmente limitada, la cual «pone finalmente en claro cuándo termina el tiempo que vende el trabajador y cuándo empieza el tiempo suyo propio».[201] Quantum mutatus ab illo! *[146]

[200] En las ramas industriales que le están sometidas, la ley de las diez horas «ha salvado a los obreros de una degeneración completa y ha protegido su estado físico.» (*Reports etc. for 31st Oct. 1859,* pág. 47.) «El capital» (en las fábricas) «no puede nunca mantener en movimiento la maquinaria más allá de un período limitado sin dañar a los trabajadores ocupados en su salud y en su moral; y no se encuentran éstos en posición de defenderse ellos mismos.» (*Loc. cit.,* pág. 8.)

[201] «Significa una ventaja todavía mayor el que se distinga por fin claramente entre el tiempo que pertenece al trabajador mismo y el que pertenece a su empresario. El trabajador sabe ahora cuándo termina el tiempo que vende y empieza el suyo propio, y, como lo sabe con exactitud antes, puede disponer por anticipado de sus propios minutos para sus propios fines.» (*Loc. cit.,* pág. 52.) «Al convertirlos» (las leyes fabriles) «en dueños de su propio tiempo, les han dado una energía moral que les lleva posiblemente a apoderarse del poder político.» (*Loc. cit.,* pág. 47.) Los inspectores fabriles apuntan con contenida ironía y usando expresiones muy precavidas que la actual ley de las diez horas libera también algo al capitalista de su espontánea brutalidad de mera encarnación del capital y le ha dado tiempo para algo de «formación». Antes «el empresario no tenía tiempo más que para el dinero, ni el obrero más que para el trabajo.» (*Loc. cit.,* pág. 48.)

---

* [146] «¡Cuánto cambiado por ello!» VIRGILIO, *Eneida,* libro II, verso 274.

Capítulo noveno

CUOTA Y MASA DE LA PLUSVALÍA

En este capítulo se supone, como hasta ahora, que el valor de la fuerza de trabajo, o sea, la parte de la jornada de trabajo necesaria para la reproducción o el mantenimiento de la fuerza de trabajo, es una magnitud dada, constante.

Presupuesto eso, queda dada, con la cuota, también la masa de la plusvalía que el trabajador individual procura al capitalista en un período de tiempo determinado. Si, por ejemplo, el trabajo necesario importa diariamente 6 horas, expresas en una cantida de oro de 3 sh. = 1 tálero, entonces el tálero es el valor diario de una fuerza de trabajo, el valor capital adelantado en la compra de una fuerza de trabajo. Y si la cuota de plusvalía es del 100 %, entonces ese capital variable de 1 tálero produce una masa de plusvalía de 1 tálero, o sea, el trabajador suministra diariamente una masa de plustrabajo de 6 horas.

Pero el capital variable es la expresión en dinero del valor total de todas las fuerzas de trabajo que utiliza simultáneamente el capitalista. Su valor es, pues, igual al valor medio de una fuerza de trabajo multiplicado por el número de las fuerzas de trabajo utilizadas. Dado, pues, un valor de la fuerza de trabajo, la magnitud del capital variable está en razón directa del número de trabajadores ocupados simultáneamente. Si el valor diario de una fuerza de trabajo es = 1 tálero, entonces para explotar diariamente 100 fuerzas de trabajo hay que adelantar 100 táleros, y n táleros para explotar n fuerzas de trabajo.

Del mismo modo, si un capital variable de un tálero, valor diario de una fuerza de trabajo, produce una plusvalía diaria de 1 tálero, entonces un capital variable de 100 táleros produce una plusvalía diaria de 100 táleros, y uno de n táleros una plusvalía diaria de 1 tálero $\times n$. La masa de la plusvalía producida es, pues, igual a la plusvalía suministrada por la jornada de trabajo de un trabajador individual multiplicada por el número de trabajadores utilizados. Pero como, además, la masa de plusvalía que produce el trabajador individual está determinada —con un valor dado de la fuerza de trabajo— por la cuota de la plusvalía,

se tiene esta primera ley: la masa de la plusvalía producida es igual a la magnitud del capital variable adelantado multiplicada por la cuota de plusvalía, o también: está determinada por la razón compuesta del número de fuerzas de trabajo explotadas simultáneamente por un mismo capitalista y el grado de explotación de la fuerza de trabajo individual.*[147]

Si, pues, llamamos P a la masa de la plusvalía, p a la plusvalía suministrada diariamente, por término medio, por el trabajador individual, v al capital variable adelantado diariamente para la compra de la fuerza de trabajo individual, V a la suma total del capital variable, f al valor de una fuerza de trabajo media, $\frac{t'}{t}\left(\frac{\text{plustrabajo}}{\text{trabajo necesario}}\right)$ a su grado de explotación, y n al número de trabajadores utilizados, obtenemos:

$$P = \begin{cases} \frac{p}{v} \times V \\ f \times \frac{t'}{t} \times n. \end{cases}$$

Se supone aquí en todo momento no sólo que el valor de una fuerza de trabajo media es constante, sino también que los trabajadores utilizados por un capitalista se han reducido a trabajadores medios. Hay casos excepcionales en los cuales la plusvalía producida no crece en razón directa del número de trabajadores explotados, pero entonces es que tampoco permanece constante el valor de la fuerza de trabajo.

Por eso en la producción de una determinada masa de plusvalía la disminución de un factor puede compensarse por el aumento de otro. Si se disminuye el capital variable y simultáneamente se aumenta en la misma razón la cuota de plusvalía, no se altera la masa de la plusvalía producida. Si en el primer supuesto el capitalista tiene que adelantar 100 táleros para explotar diariamente a 100 trabajadores y la cuota de

*147 La versión francesa de Roy, vista por Marx, traduce este paso así: «Nous obtenons donc cette loi: la somme de la plus-value produite par un capital variable, est égale à la valeur de ce capital avancé, multipliée par le taux de la plux-value, ou bien, elle est égale à la valeur d'une force de travail, multipliée par le degré de son exploitation, multipliée par le nombre des forces employées conjointement.» «Obtenemos, pues, esta ley: la suma de la plusvalía producida por un capital variable es igual al valor de ese capital adelantado multiplicado por la tasa de la plusvalía, o también, es igual al valor de una fuerza de trabajo multiplicado por el grado de su explotación multiplicado por el número de fuerzas empleadas conjuntamente.»

plusvalía es de 50 %, ese capital variable de 100 táleros arroja una plusvalía de 50 táleros, o sea, de 100×3 horas de trabajo. Si se duplica la cuota de plusvalía o la jornada de trabajo se prolonga de 6 a 12 horas —en vez de 6 a 9, como antes—, el capital variable de 50 táleros, que es el anterior dividido por dos, arroja igualmente una plusvalía de cincuenta táleros, o sea, de 50×6 horas de trabajo. Así, pues, la disminución del capital variable se puede compensar con el aumento proporcional del grado de explotación de la fuerza de trabajo, o mediante la disminución del número de trabajadores empleados gracias a una prolongación proporcional de la jornada de trabajo. Dentro de ciertos límites, pues, el suministro de trabajo extorsionable por el capital se hace independiente del suministro de trabajadores.[202] A la inversa: la disminución de la cuota de plusvalía no altera la masa de la plusvalía producida si aumentan proporcionalmente la magnitud del capital variable o el número de los trabajadores empleados.

Pero en realidad la sustitución del número de trabajadores o de la magnitud del capital variable por un aumento de la cuota de plusvalía o una prolongación de la jornada de trabajo tropieza con barreras insuperables. Cualquiera que sea el valor de la fuerza de trabajo —o sea, lo mismo si el tiempo de trabajo necesario para la conservación del trabajador importa 2 horas que si sube a 10 horas—, el valor total que puede producir un trabajador un día con otro es siempre menor que el valor en que se materializan 24 horas de trabajo, menos de 12 sh., o sea, 4 táleros, si ésa es la expresión en dinero de 24 horas de trabajo materializadas. De acuerdo con nuestra anterior suposición de que hacen falta 6 horas diarias para reproducir la fuerza de trabajo misma, para sustituir el valor capital adelantado en su compra, un capital variable de 500 táleros que utilice 500 trabajadores con la cuota de plusvalía del 100 % o en jornada de trabajo de doce horas produce diariamente una plusvalía de 500 táleros, que son 6×500 horas de trabajo. Un capital de 100 táleros que utilice diariamente 100 trabajadores con la cuota de plusvalía del 200 % o en una jornada de trabajo de 18 horas produce sólo una masa de plusvalía de 200 táleros, o sea, 12×100 horas de trabajo. Y su producto-valor total, equivalente del capital variable adelantado más la plusvalía, no puede alcanzar nunca, considerando un día con otro, la suma de 400 táleros, 24×100 horas de trabajo. El límite absoluto de la jornada de trabajo media, que por naturaleza es

[202] Esta ley elemental parece ser desconocida por los caballeros de la economía vulgar, los cuales, Arquímedes del revés, creen haber descubierto, con la determinación del precio de mercado del trabajo por la oferta y la demanda, el punto de apoyo necesario no para levantar el mundo, sino para detenerlo.

siempre inferior a 24 horas, constituye una barrera absoluta puesta a la compensación del capital variable disminuido por un aumento de la cuota de plusvalía, o de la disminución del número de trabajadores explotados por un aumento del grado de explotación de la fuerza de trabajo. Esta tangible segunda ley es importante para explicar muchos fenómenos dimanantes de la tendencia del capital —que hay que exponer más adelante— a reducir todo lo posible el número de trabajadores que emplea, su parte variable colocada en fuerza de trabajo, en contradicción con otra tendencia suya a producir la mayor masa posible de plusvalía. A la inversa: Si aumenta la masa de las fuerzas de trabajo utilizadas o la magnitud del capital variable, pero no en proporción con la disminución de la cuota de plusvalía, disminuye la masa de la plusvalía producida.

Una tercera ley se desprende de la determinación de la masa de la plusvalía producida por los dos factores cuota de plusvalía y magnitud del capital variable adelantado. Dados la cuota de la plusvalía o el grado de explotación de la fuerza de trabajo y el valor de la fuerza de trabajo o la magnitud del tiempo de trabajo necesario, es evidente que cuanto mayor sea el capital variable tanto mayor será la masa del valor y la plusvalía producidos. Si está dado el límite de la jornada de trabajo e igualmente el de su parte necesaria, entonces la masa de valor y plusvalía que produce un solo capitalista depende exclusivamente, como es manifiesto, de la masa de trabajo que ponga en movimiento. Pero, con los supuestos dichos, ésta depende de la masa de fuerza de trabajo, del número de trabajadores que explote el capitalista, y este número, por su parte, se determina por la magnitud del capital variable adelantado por el capitalista. Dados la cuota de plusvalía y el valor de la fuerza de trabajo, las masas de la plusvalía producida están, pues, en razón directa de las magnitudes de los capitales variables adelantados. Ahora bien: como es sabido, el capitalista divide su capital en dos partes. Invierte una parte en medios de producción. Ésta es la parte constante de su capital. Invierte la otra parte en fuerza de trabajo viva. Esta parte constituye su capital variable. Sobre la base de un mismo modo de producción se encuentran en ramas de producción diferentes divisiones también diferentes del capital en elemento constante y elemento variable. Dentro de una misma rama de la producción esa razón cambia al cambiar el fundamento técnico y la combinación social del proceso de producción. Pero cualquiera que sea el modo como se descomponga un capital dado en parte constante y parte variable —igual si este último se comporta respecto del primero según la razón 1:2 que si lo hace según 1:10, o 1:x—, eso no afecta a la ley recién enunciada, pues, de

acuerdo con un análisis anterior, el valor del capital constante, aunque reaparece en el valor del producto, no entra, en cambio, en el producto-valor recién formado. Como es natural, hacen falta más materias primas, husos, etc., para utilizar a 1.000 hilanderos que para utilizar a 100. Pero aunque el valor de esos medios de producción que hay que añadir suba, baje o se mantenga inmutado, sea grande o sea pequeño, no tiene ninguna influencia en el proceso de valorización de las fuerzas de trabajo que lo mueven. Así, pues, la ley recién registrada toma la forma siguiente: Las masas de valor y de plusvalía producidas por capitales diferentes se comportan —dados el valor y un mismo grado de explotación de la fuerza de trabajo— en razón directa de las magnitudes de las partes variables de esos capitales, esto es, de sus partes gastadas en fuerza de trabajo viva.

Esta ley contradice evidentemente toda la experiencia basada en una inspección superficial. Todo el mundo sabe que un tejedor de algodón que —contabilizando todo el capital utilizado— aplique relativamente mucho capital constante y poco capital variable no va a apresar por ello menos ganancia o plusvalía que un panadero, el cual pone en movimiento relativamente mucho capital variable y poco capital constante. Hacen falta aún muchos eslabones intermedios para resolver esa contradicción aparente, del mismo modo que desde el punto de vista del álgebra elemental hacen falta muchos eslabones para entender que $\frac{0}{0}$ puede representar una magnitud real. La economía clásica no ha formulado nunca esa ley, pero se aferra instintivamente a ella, porque es una consecuencia necesaria de la ley del valor como tal. Intenta salvarla de la oposición de la apariencia mediante una abstracción violenta. Más adelante [203] se verá cómo tropezó la escuela ricardiana con esa piedra de escándalo. La economía vulgar, que «realmente no ha aprendido nada», apela aquí, como siempre, a la apariencia contra la ley del fenómeno. Cree, contra Spinoza, que «la ignorancia es un motivo suficiente».

El trabajo puesto en movimiento, un día con otro, por el capital total de una sociedad se puede considerar como una sola jornada de trabajo. Sea, pues, la jornada social de trabajo de 10 millones de horas, si p. e., el número de trabajadores es un millón y la jornada de trabajo media de un obrero es de 10 horas. Dada una determinada duración de esa jornada de trabajo —ya esten trazados sus límites física-

[203] Más detalles sobre esto en el «Libro Cuarto».* [148]

---

* [148] La *Historia de las teorías de la plusvalía,* OME 45-48.

mente, ya socialmente—, la masa de la plusvalía no se puede aumentar más que aumentando el número de trabajadores, esto es, la población obrera. El crecimiento de la población es aquí el límite matemático de la producción de plusvalía por el capital social total. A la inversa. Dada la magnitud de la población, ese límite está formado por la prolongación posible de la jornada de trabajo.[204] En el capítulo siguiente se verá que esa ley no rige más que para la forma de plusvalía tratada hasta ahora.

Se desprende de la consideración de la producción de la plusvalía hecha hasta ahora que no cualquier suma de dinero o valor es transformable en capital, sino que para esa transformación se presupone un determinado mínimo de dinero, de valor de cambio, en manos del poseedor individual de dinero o de mercancías. El mínimo de capital variable es el precio de coste de una fuerza de trabajo individual gastada el año entero, día tras día, en la obtención de plusvalía. Si ese trabajador estuviera en posesión de sus propios medios de producción y se contentara con vivir como trabajador, le bastaría con el tiempo de trabajo necesario para la reproducción de sus medios de vida, digamos 8 horas diarias. Tampoco necesitaría, pues, medios de producción más que para 8 horas de trabajo. En cambio, el capitalista que, además de esas 8 horas le hace ejecutar, pongamos, 4 horas de plustrabajo, necesita una suma de dinero suplementaria para procurarse los medios de producción suplementarios. Pero, manteniendo nuestra suposición, tendría ya que utilizar dos obreros para poder vivir como un obrero con la plusvalía que se apropia diariamente, esto es, para poder satisfacer sus necesidades inevitables. En este caso la finalidad de su producción sería su mero sustento, no el aumento de la riqueza, cuando es esto último lo supuesto en la producción capitalista. Sólo para vivir el doble de bien que un trabajador corriente y transformar en capital la mitad de la plusvalía producida tendría que multiplicar por ocho el número de trabajadores y, con él, el mínimo de capital adelantado. Es verdad que puede echar directamente mano al proceso de producción, igual que su trabajador, pero entonces es sólo una cosa intermedia entre capitalista y obrero, un «pequeño maestro». Un determinado grado de la producción capitalista impone que el capitalista pueda dedicar todo el tiempo

[204] «El trabajo de una sociedad, o sea, el tiempo aplicado a la economía, representa una magnitud dada, pongamos que 10 horas diarias de un millón de hombres, 10 millones de horas... El capital está limitado en su crecimiento. En cada período dado ese límite consiste en la dimensión real del tiempo utilizado en la economía.» (*An Essay on the Political Economy of Nations,* London 1821, págs. 47, 49.)

durante el cual funciona como capitalista —esto es, como capital personificado— a la apropiación y, por lo tanto, al control de trabajo ajeno y a la venta de los productos de ese trabajo.[205] Los gremios medievales intentaron impedir violentamente la conversión del maestro artesano en capitalista por el procedimiento de limitar a un máximo muy pequeño el número de trabajadores que podía emplear un maestro. El poseedor de dinero o de mercancías no se trasforma realmente en capitalista más que cuando la suma mínima adelantada para la producción se encuentra muy por encima del máximo medieval. Aquí, al igual que en la ciencia de la naturaleza, se confirma la exactitud de la ley, descubierta por Hegel en su *Lógica,* según la cual alteraciones meramente cuantitativas mutan, llegado cierto punto, en diferencias cualitativas.[205a]

El mínimo de la suma de valor de que ha de disponer el poseedor individual de dinero o de mercancías para surgir de la crisálida en forma

[205] «El granjero no debe basarse en su propio trabajo; y si lo hace, no conseguirá en mi opinión sino perder con ello. Su actividad tendría que consistir en la inspección del conjunto; tiene que atender a su trillador, porque, si no, tirará el salario por cereal no trillado; igualmente hay que vigilar a sus segadores, con guadaña o con hoz, etc.; tiene que revisar constantemente sus vallados; tiene que ocuparse de que no se descuide nada; lo que ocurriría si se limitara a un punto.» ([J. Arbuthnot,] *An Enquiry into the Connection between the Price of Provisions, and the Size of Farms etc. By a Farmer,* London 1773, pág. 12.) Esta obra es muy interesante. Se puede estudiar en ella la génesis del «capitalist farmer»,*[149] «merchant farmer», como se le llama explícitamente, y escuchar su glorificación propia frente al «small farmer» al que importa esencialmente la subsistencia. «La clase capitalista queda desligada, primero parcialmente y al final del todo, de la necesidad del trabajo manual.» (*Textbook of Lectures on the Polit. Economy of Nations. By the Rev.* Richard Jones, Hertford 1852, Lecture III, pág. 39.)

[205a] La teoría molecular aplicada en la química moderna y desarrollada por vez primera científicamente por Laurent y Gerhardt se basa precisamente en esa ley. {Añadido a la 3.ª ed.} Observaremos para aclarar esa nota, bastante oscura a primera vista para el no entendido, que el autor habla aquí de las que C. Gerhardt llamó por vez primera en 1843 «series homólogas» de compuestos hidrocarbonados, cada una de las cuales tiene una fórmula propia de composición algebraica. Así, por ejemplo, la serie de las parafinas: $C_nH_{2}+_2$, la de los alcoholes normales: $C_nH_{2n}+20$, la de los ácidos grasos normales: $C_nH_{2n}0_2$, y muchas otras. En esos ejemplos, el simple añadido cuantitativo de CH_2 a la fórmula molecular forma cada vez un cuerpo cualitativamente distinto. Sobre la intervención de Laurent y Gerhardt en la formulación de ese importante hecho, intervención sobrestimada por Marx, cfr. Kopp, *Entwicklung der Chemie,* München 1873, págs. 709 y 716, y Schorlemmer, *Rise and Progress of Organic Chemistry,* London 1879, pág. 54. F. E.

---

*[149] «Agricultor capitalista», «agricultor comerciante», «pequeño agricultor».

de capitalista varía en los varios estadios de desarrollo de la producción capitalista, y varía, en un mismo estadio dado, según las diferentes esferas de la producción, de acuerdo con sus particulares condiciones técnicas. Ciertas esferas de la producción exigen, ya en los comienzos de la producción capitalista, un mínimo de capital que no se encuentra aún en manos de individuos sueltos. Esto ocasiona, por una parte, subsidios estatales a personas privadas, como en Francia en tiempos de Colbert y en muchos estados alemanes hasta nuestra época, y en parte la formación de sociedades con un monopolio legal de la explotación de determinadas ramas de la industria y del comercio,[206] precursoras de las modernas sociedades por acciones.

No nos vamos a detener en el detalle de las alteraciones que experimentó la relación entre el capitalista y el trabajador asalariado en el curso del proceso de producción, ni tampoco para considerar las ulteriores determinaciones del capital mismo. Subrayemos aquí sólo unos pocos puntos capitales.

Dentro del proceso de producción el capital se desarrolló hasta constituirse en mando sobre el trabajo, esto es, sobre la fuerza de trabajo en acción, sobre el trabajador mismo. El capital personificado, el capitalista, cuida de que el trabajador ejecute su trabajo adecuadamente y con el grado de intensidad correspondiente.

El capital se desarrolló además para constituirse en una relación forzosa que obliga a la clase obrera a ejecutar más trabajo que el prescrito por el estrecho ámbito de sus propias necesidades vitales. El capital, en cuanto productor de laboriosidad ajena, en cuanto aspirador de plustrabajo y explotador de la fuerza de trabajo, supera en energía, desmesura y eficacia todos los demás sistemas de producción basados en trabajo forzoso directo.

El capital empieza por someter el trabajo con las condiciones técnicas que encuentra históricamente. Por eso no altera inmediatamente el modo de producción. Por eso la producción de plusvalía en la forma considerada hasta ahora, por simple prolongación de la jornada de trabajo, pareció independiente de todo cambio del modo de producción mismo. No fue menos eficaz en la anticuada panificación que en la moderna hilatura de algodón.

Mientras consideramos el proceso de producción desde el punto de vista del proceso de trabajo, el trabajador no se comportaba respecto

[206] Martín Lutero llamó a esos institutos «la Sociedad Monopolia».

de los medios de producción como respecto de capital, sino como respecto de un mero medio de su actividad productiva finalista. Por ejemplo, en unas tenerías el trabajador considera las pieles como mero objeto de trabajo suyo. No curte las pieles para el capitalista. La situación cambió en cuanto que contemplamos el proceso de producción desde el punto de vista del proceso de valorización. En este caso los medios de producción se convertían en seguida en medios de absorción de trabajo ajeno. Ya no es el trabajador el que aplica los medios de producción, sino los medios de producción los que utilizan al trabajador. En vez de ser consumidos por él como elementos materiales de su actividad productiva, son ellos los que lo consumen como fermento de su propio proceso vital; y el proceso productivo del capital consiste simplemente en el movimiento de éste como valor que se valoriza a sí mismo. Los hornos de fundición y los edificios industriales que descansan por la noche son «mera pérdida» («mere loss») para el capitalista. Por eso los hornos de fundición y los edificios industriales constituyen una «reivindicación del trabajo nocturno» de las fuerzas de trabajo. La simple transformación del dinero en factores materiales del proceso de producción, en medios de producción, convierte a estos últimos en títulos jurídicos y coactivos sobre el trabajo y el plustrabajo ajenos. Un ejemplo puede mostrar, por último, cómo se refleja en la conciencia de las cabezas capitalistas esta inversión peculiar y característica, esta dislocación insensata de la relación entre el trabajo muerto y el trabajo vivo. Durante la rebelión de los fabricantes ingleses de 1848-1850, escribió

> «el jefe de las hilaturas de lino y algodón de Paisley, una de las sociedades más antiguas y respetables de la Escocia occidental, la compañía Carlile, Hijos y Co., que existe desde 1752 y ha sido dirigida generación tras generación por la misma familia»,

este inteligentísimo gentleman, pues, escribió en el *Glasgow Daily Mail* del 25 de abril de 1849 una carta [207] rotulada «El sistema de turnos» en la que se le desliza, entre otras cosas, el siguiente ingenuo paso:

> «Consideremos los males que se desprenden de una reducción del tiempo de trabajo de 12 a 10 horas... Estos 'montan' al perjuicio más grave de las perspectivas y la propiedad del fabricante. Si éste trabaja» (se entiende que sus «manos») «12 horas y se le limita a 10, entonces cada 12 máquinas o husos de su establecimiento se reducen a 10 (then every 12 machines or spindles, in his establishment, shrink to 10), y si quisiera vender su fábrica, se los estimarían sólo

[207] *Reports of Insp. of Fact. for 30 April 1849*, pág. 59.

como 10, de modo que habría que sustraer al valor de cada fábrica de todo el país una sexta parte.» [208]

Para este cerebro capitalista hereditario de la Escocia del oeste, el valor de los medios de producción, los husos, etc., desaparece hasta tal punto junto con su cualidad de capital —la cualidad de autovalorizarse, de tragarse diariamente una determinada cantidad de trabajo ajeno gratuito— que el jefe de la casa Carlile y Co. cree materialmente que en caso de venta de su fábrica le pagan no sólo el valor de los husos, sino también, encima, su valorización, no sólo el trabajo presente en los husos y que es necesario para la producción de husos del mismo tipo, sino también el plustrabajo que contribuyen a chupar diariamente de los buenos escoceses occidentales de Paisley; y, por lo tanto, piensa consecuentemente que, al acortarse en dos horas la jornada de trabajo, el precio de venta de cada 12 máquinas de hilar se contrae al de 10.

[208] *Loc. cit.*, pág. 60. El inspector fabril Stuart, que es él mismo escocés y, contra lo que ocurre a los inspectores fabriles ingleses, queda completamente preso en el modo de pensar capitalista, observa explícitamente que esta carta —inserta por él en su informe— «es la comunicación más útil facilitada por los fabricantes que utilizan el sistema de relevos, y muy especialmente calculada para eliminar los prejuicios contra ese sistema».

SECCIÓN CUARTA

LA PRODUCCIÓN DE LA PLUSVALÍA RELATIVA

Capítulo décimo
CONCEPTO DE LA PLUSVALÍA RELATIVA

La parte de la jornada de trabajo que no produce más que un equivalente del valor de la fuerza de trabajo pagada por el capital fue para nosotros hasta ahora una magnitud constante, cosa que es, efectivamente, en condiciones de producción dadas en un estadio determinado de desarrollo económico de la sociedad. El trabajador podía trabajar 2, 3, 4, 6, etc., horas más de ese tiempo suyo de trabajo necesario. La cuota de la plusvalía y la dimensión de la jornada de trabajo dependían de ese alargamiento. El tiempo de trabajo necesario era constante, mientras que la jornada de trabajo total era variable. Supón ahora una jornada de trabajo cuya magnitud y cuya división en trabajo necesario y plustrabajo estén dados. La línea ac, a ——— b — c, represente, por ejemplo, una jornada de trabajo de doce horas; el segmento ab 10 horas de trabajo necesario, el segmento bc 2 horas de plustrabajo. ¿Cómo se puede aumentar la producción de plusvalía, esto es, cómo se puede alargar el plustrabajo sin prolongar más ac, independientemente de toda ulterior prolongación de ac?

bc parece prolongable, pese a la limitación dada de la jornada de trabajo, ac, si no por expansión más allá de su punto final c —que es al mismo tiempo el punto final de la jornada de trabajo ac—, sí mediante el desplazamiento de su punto inicial b en sentido contrario, hacia a. Supón que en a ———— b′ — b —— c el segmento b′ — b es igual a la mitad de bc, o sea, igual a una hora de trabajo. Si en la jornada de trabajo de doce horas, ac, el punto b se desplaza hasta b′, entonces bc se amplía a b′c, el plustrabajo aumenta en una mitad, de 2 a 3 horas, pese a que la jornada de trabajo sigue siendo de 12 horas, igual que antes. Esta ampliación del plustrabajo de bc a b′c, de 2 horas a 3 horas, es, empero, manifiestamente imposible sin una contracción simultánea del trabajo necesario de ab a ab′, de 10 a 9 horas. A la prolongación del plustrabajo correspondía el acortamiento del trabajo necesario; dicho de otro modo; una parte del tiempo de trabajo que hasta

el momento el trabajador consume de hecho para sí mismo se convierte en tiempo de trabajo para el capitalista. Lo alterado no sería la duración de la jornada de trabajo, sino su división en trabajo necesario y plustrabajo.

Por otra parte, la magnitud del plustrabajo está ella misma dada, manifiestamente, una vez dados la dimensión de la jornada de trabajo y el valor de la fuerza de trabajo. El valor de la fuerza de trabajo —esto es, el tiempo de trabajo requerido para su producción— determina el tiempo de trabajo necesario para la reproducción de su valor. Si una hora de trabajo se representa en una cantidad de oro de medio shilling, o sea, de 6 d., y el valor diario de la fuerza de trabajo importa 5 sh., entonces el trabajador tiene que trabajar 10 horas al día para reponer el valor de su fuerza de trabajo pagado por el capital, es decir, para producir un equivalente de los medios de vida diarios que necesita. Con el valor de esos medios de vida queda dado el valor de su fuerza de trabajo,[1] y con el valor de su fuerza de trabajo queda determinada la dimensión de su tiempo de trabajo necesario. Pero la dimensión del plustrabajo se obtiene sustrayendo de la jornada total de trabajo el tiempo de trabajo necesario. Doce horas menos diez horas hacen dos, y no se ve cómo en esas condiciones va a ser posible prolongar el plustrabajo más allá de esas dos horas. Es verdad que el capitalista puede pagar al trabajador, en vez de 5 sh., 4 sh. 6 d., o aun menos. Para la reproducción de ese valor de 4 sh. 6 d. bastarían 9 horas de trabajo, con lo que corresponderían al plustrabajo 3 horas de la jornada de trabajo de doce, en vez de 2, y la plusvalía aumentaría de 1 sh. a 1 sh. 6 d. Pero ese resultado se conseguiría con la rebaja del salario del trabajador por debajo del valor de su fuerza de trabajo. Con los 4 sh. 6 d. que produce en 9 horas, dispone de 1/10 menos de medios de vida que antes,

[1] El valor del jornal medio diario está determinado por lo que el trabajador necesita «para vivir, trabajar y reproducirse». (WILLIAM PETTY, *Political Anatomy of Ireland,* 1672, pág. 64.) «El precio del trabajo se determina siempre por el precio de los medios de vida necesarios.» El trabajador no recibe el salario correspondiente «si ... el salario del trabajador no basta para sustentar una familia tan amplia como suele ser el destino de caerles en suerte a muchos de ellos, de acuerdo con su bajo estado y como trabajadores.» (J. VANDERLINT, *loc. cit.,* pág. 15.) «El sencillo trabajador, que no posee más que sus brazos y su aplicación, no tiene nada, salvo cuando consigue vender su trabajo a otros... En todo tipo de trabajo tiene que ocurrir, y de hecho ocurre, que el salario del trabajador se limita a lo que necesita inevitablemente para su sustento.» (TURGOT, *Réflexions,* etc., en *Oeuvres,* éd. Daire, t. I, pág. 10.) «El precio de los medios de subsistencia es de hecho igual a los costes de producción del trabajo.» (MALTHUS, *Inquiry into etc. Rent,* Lond. 1815, pág. 48, nota.)

con lo que la reproducción de su fuerza de trabajo es atrofiada. En el caso de este ejemplo el plustrabajo se ha prolongado, simplemente, violando sus límites normales; su dominio se ha expandido sólo perjudicando usurpatoriamente el dominio del tiempo de trabajo necesario. Pese al importante papel que desempeña ese método en el movimiento real del salario del trabajo, queda excluido de aquí por el presupuesto de que las mercancías —también la fuerza de trabajo, por lo tanto— se compran y se venden por su valor completo. Supuesto eso, el tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo, para la reproducción de su valor, no puede disminuir porque disminuya el salario del trabajador hasta por debajo del valor de su fuerza de trabajo, sino sólo en el caso de que baje ese valor mismo. Dada una duración de la jornada de trabajo, la prolongación del plustrabajo tiene que nacer de la abreviación del tiempo de trabajo necesario y no, a la inversa, la abreviación del tiempo de trabajo necesario nacer de la prolongación del plustrabajo. En nuestro ejemplo, el valor de la fuerza de trabajo tiene que disminuir realmente en 1/10 para que el tiempo de trabajo necesario disminuya en 1/10, de 10 a 9 horas, y, por lo tanto, el plustrabajo aumente de 2 horas a 3 horas.

Pero una disminución así del valor de la fuerza de trabajo implica por su parte que la misma masa de medios de vida que antes se producía en 10 horas se produzca ahora en 9. Y esto es imposible sin un aumento de la fuerza productiva del trabajo. Por ejemplo: dados unos medios, un zapatero puede hacer un par de botas en una jornada de trabajo de 12 horas. Si en el mismo tiempo tiene que hacer dos pares de botas, entonces la fuerza productiva de su trabajo tiene que duplicarse, y no puede duplicarse sin alteración de sus medios de trabajo, o de su método de trabajo, o de unos y otro al mismo tiempo. Tiene que ocurrir, por lo tanto, una revolución de las condiciones de producción de su trabajo, esto es, de su modo de producción y, por lo tanto, del proceso de trabajo mismo. Por elevación de la fuerza productiva del trabajo entendemos aquí una alteración, en general, del proceso de trabajo por la cual se abrevia el tiempo de trabajo socialmente requerido para la producción de una mercancía, o sea, que una cantidad menor de trabajo consigue la fuerza suficiente para producir una cantidad mayor de valor de uso.[2] Así, pues, mientras que en la producción de la

[2] «Cuando los oficios se perfeccionan, eso significa precisamente que se descubren nuevas vías por las cuales es posible hacer un producto con menos hombres que antes, o bien en menos tiempo que antes.» (GALIANI, *loc. cit.,* págs. 158, 159.) «El ahorro en los costes de producción no puede ser más que ahorro en la

plusvalía en la forma considerada hasta ahora se suponía que el modo de producción era algo dado, para la producción de plusvalía mediante la conversión de trabajo necesario en plustrabajo no basta en modo alguno que el capital se apodere del proceso de trabajo en su forma históricamente transmitida o presente y se limite a prolongar su duración. El capital tiene que subvertir las condiciones técnicas y sociales del proceso de producción, o sea, el modo de producción mismo, para aumentar la fuerza productiva del trabajo, rebajar el valor de la fuerza de trabajo mediante el aumento de la fuerza productiva del trabajo y abreviar así la parte de la jornada de trabajo necesaria para la reproducción de ese valor.

Llamo plusvalía absoluta a la plusvalía producida mediante la prolongación de la jornada de trabajo; por el contrario, llamo plusvalía relativa a la plusvalía que brota de la abreviación del tiempo de trabajo necesario y la alteración correspondiente de la razón cuantitativa entre los dos elementos de la jornada de trabajo.

Para disminuir el valor de la fuerza de trabajo la intensificación de la fuerza productiva tiene que afectar a ramas industriales cuyos productos determinen el valor de la fuerza de trabajo, o sea, productos que pertenezcan al ámbito de los medios de vida habituales o que puedan sustituir a éstos. Pero el valor de una mercancía no se determina sólo por la cantidad del trabajo que le da la forma última, sino también por la masa de trabajo contenida en sus medios de producción. Por ejemplo: el valor de una bota no se determina sólo por el trabajo del zapatero, sino también por el valor del cuero, la pez, el hilo, etc. El aumento de la fuerza productiva y el abaratamiento correspondiente de las mercancías de las industrias que suministran los elementos materiales del capital constante, los medios de trabajo y el material de trabajo para la producción de los necesarios medios de vida, rebajan, pues, igualmente, el valor de la fuerza de trabajo. En cambio, el aumento de la fuerza productiva en ramas de la producción que ni suministran medios de vida necesarios ni medios de producción para la obtención de éstos no afecta al valor de la fuerza de trabajo.

Como es natural, la mercancía abaratada no disminuye el valor de la fuerza de trabajo más que por tanto, esto es, sólo en la proporción en la cual interviene ella misma en la reproducción de la fuerza de trabajo. Por ejemplo, las camisas son un medio de vida necesario, pero sólo uno entre tantos. Su abaratamiento disminuye meramente los gas-

cantidad de trabajo aplicado a la producción.» (SISMONDI, *Études* etc, t. I, pág. 22.)

tos del trabajador en camisas. La suma total de los medios de vida necesarios consta sólo de diferentes mercancías, todas ellas productos de particulares industrias, y el valor de cada una de esas mercancías constituye siempre una parte alícuota del valor de la fuerza de trabajo. Este valor disminuye al mismo tiempo que el tiempo de trabajo necesario para su reproducción, cuyo acortamiento total es igual a la suma de sus acortamientos en todas aquellas particulares ramas de la producción. Aquí tratamos ese resultado general como si fuera resultado inmediato y finalidad inmediata en cada caso singular. Cuando un capitalista individual abarata, por ejemplo, camisas mediante el aumento de la fuerza productiva del trabajo, no hay necesidad alguna de que tenga en cuenta la finalidad de rebajar el valor de la fuerza de trabajo y así, por tanto, el tiempo de trabajo necesario; pero sólo contribuye a la elevación de la cuota general de la plusvalía en la medida en que en última instancia contribuye a ese resultado.[3] Las tendencias generales y necesarias del capital se tienen que distinguir de sus formas de manifestación.

El modo como aparecen en el movimiento exterior del capital las leyes inmanentes de la producción capitalista, el modo de imponerse como leyes forzosas de la competición y, por lo tanto, de presentarse a la consciencia del capitalista individual como motivos determinantes, no es lo que tenemos que considerar ahora; pero, de todos modos, lo siguiente salta a la vista desde el primer momento: el análisis científico de la competición no es posible más que una vez comprendida la naturaleza íntima del capital, del mismo modo que el movimiento aparente de los cuerpos celestes no es comprensible más que para el que conoce su movimiento real, pero no perceptible por los sentidos. Sin embargo, hay que observar lo siguiente, sobre la mera base de los resultados ya conseguidos, para la comprensión de la producción de la plusvalía relativa.

Si una hora de trabajo se representa en una cantidad de oro de 6 d. o 1/2 sh., entonces en una jornada de trabajo de doce horas se produce un valor de 6 sh. Quede supuesto que con la fuerza productiva dada del trabajo en esas doce horas se terminarían 12 unidades de la mercancía. Sea 6 d. el valor de los medios de producción, la materia prima, etc., gastados en cada unidad. En estas circunstancias, cada unidad cuesta 1 sh., esto es: 6 d. por el valor de los medios de producción y 6 d. por el nuevo valor añadido en su elaboración. Supóngase que

[3] «Cuando el fabricante duplica sus productos mediante la mejora de la maquinaria ... sólo se beneficia (en última instancia) en la medida en que eso le permite vestir más barato al obrero ... con lo que va a parar al trabajador una parte menor de la ganancia total.» (RAMSAY, *loc. cit.* págs. 168, 169.)

un capitalista consigue duplicar la fuerza productiva del trabajo y, por lo tanto, producir 24 unidades, en vez de 12, de esa especie mercantil en la jornada de trabajo de doce horas. Si no cambia el valor de los medios de producción, el valor de cada unidad baja a 9 d., esto es, 6 d. por el valor de los medios de producción y 3 d. por el nuevo valor añadido por el último trabajo. Pese a la duplicación de la fuerza productiva, la jornada de trabajo sigue creando, como antes, estrictamente un nuevo valor de 6 sh., lo que pasa es que éste se distribuye ahora por el doble de productos que antes. Por eso en cada producto recae ahora sólo 1/24 de ese valor total, en vez de 1/12: 3 d. en vez de 6 d., o bien, cosa que es lo mismo: contando cada unidad, se añade ahora a los medios de producción, al transformarlos en productos, sólo la mitad de una hora de trabajo, en vez de una hora de trabajo entera, como antes. El valor individual de esa mercancía se encuentra ahora por debajo de su valor social, esto es, cuesta menos tiempo de trabajo que el gran montón de los mismos artículos producidos en condiciones sociales medias. La unidad cuesta por término medio 1 sh., o sea, representa 2 horas de trabajo social; con el modo de producción alterado cuesta sólo 9 d., o sea, contiene sólo 1 1/2 horas de trabajo. Pero el valor real de una mercancía no es su valor individual, sino su valor social, esto es, no se mide por el tiempo de trabajo que de hecho cuesta al productor en el caso particular, sino por el tiempo de trabajo socialmente requerido para su producción. Así, pues, cuando el capitalista que aplica el nuevo método vende sus mercancías a su valor social de 1 sh., las vende 3 d. por encima de su valor individual y realiza de ese modo una plusvalía extraordinaria de 3 d. Pero, por otra parte, la jornada de trabajo de doce horas se presenta ahora para él en 24 unidades de la mercancía, en vez de en 12, como antes. Por lo tanto, para vender el producto de una jornada de trabajo necesita disponer de una salida doble, de un mercado dos veces más grande. Y si las demás circunstancias no se alteran, sus mercancías no conquistarán una participación mayor en el mercado más que mediante la contracción de sus precios. Por eso las venderá por encima de su valor individual, pero por debajo de su valor social, pongamos que a 10 d. la unidad. Así que por cada unidad se saca, de todos modos, una plusvalía extraordinaria de 1 d. Este aumento de la plusvalía se le produce igual si su mercancía pertenece al ámbito de los medios de vida necesarios —y entra, por lo tanto, decisivamente en el valor general de la fuerza de trabajo— que si no es ése el caso. Prescindiendo de esta última circunstancia, existe, pues, para cada capitalista individual motivo suficiente para abaratar la mercancía mediante el aumento de la fuerza productiva del trabajo.

Pero incluso en este caso el aumento de la producción de plusvalía procede de la abreviación del tiempo de trabajo necesario y de la correspondiente prolongación del plustrabajo.[3a] Supóngase que el tiempo de trabajo necesario sea de 10 horas, o que el valor diario de la fuerza de trabajo sea de 5 sh., el plustrabajo 2 horas, y, por lo tanto, la plusvalía producida diariamente de 1 sh. Pero ahora nuestro capitalista produce 24 unidades que vende a 10 d. cada una, o sea, por 20 sh. el total. Como el valor de los medios de producción es igual a 12 sh., 14 2/5 unidades de mercancía reponen simplemente el capital constante adelantado. La jornada de trabajo de 12 horas se representa en las restantes 9 3/5 unidades. Como el precio de la fuerza de trabajo=5 sh., el tiempo de trabajo necesario está representado en el producto de 6 unidades, y el plustrabajo en 3 3/5 unidades. La razón del trabajo necesario al plustrabajo, que en las condiciones sociales medias era de 5:1, es ahora sólo de 5:3. Ese mismo resultado se puede conseguir del modo siguiente: el producto-valor de la jornada de trabajo de doce horas es 20 sh. De ellos, 12 sh. corresponden al valor de los medios de producción que reaparece ahora. Quedan, pues, 8 sh. como expresión en dinero del valor en el que se presenta la jornada de trabajo. Esta expresión en dinero es mayor que la del trabajo social medio de la misma clase, 12 horas del cual se expresan en sólo 6 sh. El trabajo de fuerza productiva excepcional actúa como trabajo potenciado, es decir, crea en tiempos iguales valores más grandes que el trabajo social medio del mismo tiempo. Pero nuestro capitalista sigue pagando sólo 5 sh. por el valor diario de la fuerza de trabajo. Por eso el trabajador no necesita ahora más que 7 1/2 horas para la reproducción de ese valor, en vez de las 10 que necesitaba antes. Consiguientemente, su plustrabajo aumenta 2 1/2 horas, y la plusvalía que produce pasa de 1 sh. a 3 sh. El capitalista que aplica el modo de producción perfeccionado se apropia, por lo tanto, de una parte de la jornada de trabajo dedicada a plustrabajo mayor que la de los demás capitalistas del mismo negocio. Hace en el detalle lo que en grande y en conjunto hace el capital en la producción de la plusvalía relativa. Pero, por otra parte, esa plusvalía extraordinaria desaparece en cuanto que se generaliza el nuevo modo de pro-

[3a] «El beneficio de una persona no depende de que mande sobre el producto del trabajo de otras, sino de que disponga sobre el trabajo mismo. Si puede vender sus mercancías a un precio más alto mientras que los salarios de sus obreros siguen sin alterarse, es evidente que ello le reporta beneficio... Basta con una parte menor de lo que produce para poner en movimiento aquel trabajo, y, consiguientemente, le queda una parte mayor.» ([J. Cazenove,] *Outlines of Polit. Econ.*, London 1832, págs. 49, 50.)

ducción y, con ello, desaparece la diferencia entre el valor individual de las mercancías producidas más barato y su valor social. La misma ley de determinación del valor por el tiempo de trabajo —sensible para el capitalista mediante el nuevo método por el hecho de que tiene que vender su mercancía por debajo del valor social de ésta— obliga a sus competidores, como ineluctable ley de la competición, a implantar el mismo modo de producción.[4] Y así la cuota general de la plusvalía se ve al final afectada por todo este proceso cuando el aumento de la fuerza productiva del trabajo conquista ramas de la producción, abarata mercancías que entran en el ámbito de los medios de vida imprescindibles y, por lo tanto, constituyen elementos del valor de la fuerza trabajo.

El valor de las mercancías está en razón inversa de la fuerza productiva del trabajo. Lo mismo pasa con el valor de la fuerza de trabajo, porque está determinado por el valor de las mercancías. En cambio, la plusvalía relativa está en razón directa de la fuerza productiva del trabajo. Aumenta cuando aumenta ésta y disminuye cuando ella disminuye. Suponiendo inalterado el valor del dinero, una jornada de trabajo social media de 12 horas produce siempre el mismo producto-valor de 6 sh., cualquiera que sea el modo como se divida esa suma de valor entre el equivalente del valor de la fuerza de trabajo y la plusvalía. Pero si, a consecuencia de un aumento de la fuerza productiva del trabajo, disminuye el valor de los medios de vida cotidianos y, consiguientemente, el valor diario de la fuerza de trabajo desde 5 sh. hasta 3 sh., entonces la plusvalía sube de 1 sh. a 3 sh. Para reproducir el valor de la fuerza de trabajo hacían falta 10 horas de trabajo, y ahora sólo hacen falta 6. Han quedado libres cuatro horas de trabajo, que pueden anexionarse al dominio del plustrabajo. Por eso el capital tiene el impulso inmanente y la tendencia constante a aumentar la fuerza productiva del trabajo, para abaratar la mercancía y, mediante el abaratamiento de ésta, abaratar el trabajador mismo.[5]

[4] «Cuando mi vecino consigue vender barato porque produce mucho con poco trabajo, yo tengo que intentar vender tan barato como él. Así todo procedimiento o toda máquina que funcione con el trabajo de menos manos y, consiguientemente, más barato, suscita en los demás una especie de compulsión y competición para aplicar el mismo arte, el mismo procedimiento o la misma máquina, o bien inventar algo parecido, con objeto de que todos se encuentren en igual situación y nadie pueda ofrecer a precios más bajos que los de su vecino.» (*The Advantages of the East-India Trade to England,* London 1720, pág. 67.)

[5] «Cualquiera que sea la proporción en que se disminuyan los gastos de un trabajador, se disminuye también en la misma medida su salario, siempre que sean abolidas al mismo tiempo las trabas a la industria.» (*Considerations concerning taking off the Bounty of Corn exported* etc., Lond. 1753, pág. 7.) «El interés de la industria exige que el trigo y todos los alimentos sean lo más baratos posible; todo lo que los encarece, sea lo que sea, tiene que encarecer también el trabajo ... en todos los países en los que la industria no está sometida a ninguna traba, el precio de los alimentos ha de influir en el precio del trabajo. Éste bajará siempre si se abaratan los alimentos imprescindibles.» (*Loc. cit.,* pág. 3.) «Los salarios bajan en la misma razón en que aumentan las fuerzas productivas. La máquina abarata sin duda los medios de vida necesarios, pero además abarata también el obrero.» (*A Prize Essay on the comparative merits of Competition and Cooperation,* London 1834, pág. 27.)

El valor absoluto de la mercancía es por sí mismo indiferente para el capitalista que la produce. A él lo único que le interesa es la plusvalía contenida en ella y realizable en la venta. La realización de plusvalía implica por sí misma reposición del valor adelantado. Mas como la plusvalía relativa está en razón directa de la fuerza productiva del trabajo, mientras que el valor de las mercancías disminuye con el mismo proceso, porque se encuentra en razón inversa de aquélla —o sea, como un mismo e idéntico proceso abarata las mercancías y aumenta la plusvalía contenida en ellas—, se disipa el enigma de que el capitalista, al que sólo importa la producción de valor de cambio, se esfuerce constantemente por disminuir el valor de cambio de las mercancías, contradicción con la cual uno de los fundadores de la economía política, Quesnay, atormentó a sus contrincantes, los cuales no pudieron responderle.

«Reconocéis», dice Quesnay, que cuantos más costes o trabajos caros es posible evitar en la fabricación de productos industriales sin perjuicio para la producción, tanto más ventajoso es ese ahorro, porque disminuye el precio de lo obrado. Y a pesar de ello creéis que la producción de la riqueza que procede de los trabajos de los industriales consiste en el aumento del valor de cambio de lo que obra.» [6]

Así, pues, la economización de trabajo mediante el desarrollo de la fuerza productiva del trabajo [7] no se propone en absoluto en la produc-

[6] «Ils conviennent que plus on peut, sans préjudice, épargner de frais ou de travaux dispendieux dans la fabrication des ouvrages des artisans, plus cette épargne est profitable par la diminution des prix de ces ouvrages. Cependant ils croient que la production de richesse qui résulte des travaux des artisans consiste dans l'augmentation de la valeur vénale de leurs ouvrages.» (QUESNAY, *Dialogues sur le commerce et sur les Travaux des Artisans,* págs. 188, 189.)

[7] «Esos especuladores que tanto ahorran sobre el trabajo de los obreros a los que tendrían que pagar.» (J. N. BIDAUT, *Du Monopole qui s'établit dans les arts industriels et le commerce,* Paris 1828, pág. 13.) «El empresario se interesará siempre por ahorrar tiempo y trabajo.» (DUGALD STEWART, *Works,* ed. by Sir W. Hamilton, vol. VIII, Edinburgh 1855, *Lectures on Polit. Econ.,* pág. 318.) «Ellos» (los capitalistas) «están interesados en que las fuerzas productivas de los

no existe nunca más que como media de muchas y diversas magnitudes individuales de una misma especie. En toda rama industrial el trabajador individual, Pedro o Pablo, se desvía más o menos del trabajador medio. Esas desviaciones individuales, que en matemática se llaman «errores», se compensan y desaparecen en cuanto que se considera a la vez un número grande de trabajadores. El célebre sofista y sicofante Edmund Burke pretende incluso tener la certeza, por sus experiencias prácticas de colono, de que ya «en un pelotón tan reducido» como son 5 mozos de labranza desaparece toda diferencia individual del trabajo, o sea, que cinco mozos adultos ingleses cualesquiera ejecutan exactamente tanto trabajo como otros cinco mozos de labranza ingleses cualesquiera.[8] Sea de ello lo que fuere, está claro que la jornada total de trabajo de un número grande de trabajadores ocupados simultáneamente, dividida por el número de trabajadores, es en sí un día de trabajo social medio. Sea, por ejemplo, de doce horas la jornada de trabajo del individuo. La jornada de trabajo de 12 trabajadores ocupados simultáneamente constituye entonces una jornada de trabajo total de 144 horas, y aunque el trabajo de cada miembro de la docena se desviará más o menos del trabajo social medio —y cada individuo, por lo tanto, necesitará algún tiempo más o menos para una misma operación—, la jornada de trabajo de cada cual, como doceavo de la jornada de trabajo total de 144 horas, tiene la cualidad social media. Para el capitalista que ocupa a una docena de trabajadores, la jornada de trabajo existe como jornada de trabajo total de la docena. La jornada de trabajo de cada individuo existe como parte alícuota de la jornada de trabajo total, con entera independencia de que los doce colaboren en su trabajo o que la única cohesión de sus trabajos consista en trabajar para el mismo capitalista. En cambio, si cada dos de los 12 trabajadores trabajan con un pequeño maestro artesano, será casual que cada maestro produzca la misma masa de valor y, por lo tanto, realice la cuota general de plusvalía. Habría desviaciones individuales. Si un trabajador consumiera en la producción

[8] «Sin duda hay una diferencia considerable entre el valor del trabajo de un hombre y el del trabajo de otro, por las diferencias de fuerza, habilidad y honrada aplicación. Pero sobre la base de mi observación cuidadosa, estoy completamente seguro de que cinco hombres cualesquiera suministran en conjunto la misma cantidad de trabajo que otros cinco de la edad considerada. Eso significa que entre los cinco hay uno que tiene todas las cualidades de un buen trabajador, otro es un mal trabajador, mientras que los otros tres son medianos y se acercan al primero y al último. De modo que en un grupo tan pequeño, incluso de cinco hombres, se encontrará la totalidad de todo lo que pueden dar de sí cinco hombres.» (E. BURKE, *loc. cit.*, págs. 15, 16.) Cfr. QUÉTELET a propósito del individuo medio.

de una mercancía mucho más tiempo del socialmente requerido, si el tiempo de trabajo individualmente necesario para él discrepara considerablemente del tiempo socialmente necesario, del tiempo de trabajo medio, entonces su trabajo no valdría como trabajo medio, ni su fuerza de trabajo como fuerza de trabajo media. No se vendería en absoluto, o se vendería sólo por debajo del valor medio de la fuerza de trabajo, y más tarde veremos que la producción capitalista halla procedimientos para medir ese mínimo. Pese a ello, el mínimo diverge del término medio, aunque, por otra parte, hay que pagar el valor medio de la fuerza de trabajo. Por eso uno de los seis pequeños maestros obtendría más que la cuota general de plusvalía, otro menos que ella. Para la sociedad se compensarían esas discrepancias, pero no así para el maestro individual. Así, pues, la ley general de la valorización no se realiza plenamente para cada productor más que cuando produce como capitalista, cuando utiliza simultáneamente muchos trabajadores, o sea, cuando desde el primer momento pone en movimiento trabajo social medio.[9]

Incluso permaneciendo sin cambios el modo de trabajo, la aplicación simultánea de un número grande de trabajadores acarrea una revolución de las condiciones materiales del proceso del trabajo. Edificios en los que trabajan muchos, almacenes para materias primas, etc., recipientes, instrumentos, aparatos, etc., que sirven simultánea o sucesivamente para muchos, en suma, una parte de los medios de producción se consume ahora conjuntamente en el proceso de trabajo. Por una parte, el valor de cambio de las mercancías, y, por lo tanto, también de los medios de producción, no aumenta en absoluto por un aumento cualquiera de la explotación de su valor de uso. Por otra parte, aumenta la escala de los medios de producción utilizados en común. Una habitación en la que trabajan 20 tejedores con sus 20 telares tiene que ser más amplia que la habitación de un tejedor independiente que tenga dos oficiales. Pero la producción de un taller para 20 personas cuesta menos trabajo que la producción de 10 talleres para dos personas cada uno, de modo que el valor de unos medios de producción concentrados y comunes no aumenta en razón directa de su volumen y su efecto útil. Los medios de producción gastados en común entregan al producto individual me-

[9] El señor profesor Roscher pretende haber descubierto que una costurera ocupada por la señora profesora durante dos días suministra más trabajo que dos costureras ocupadas por la señora profesora un mismo día. Que el señor profesor lleve a cabo sus observaciones sobre el proceso de producción capitalista fuera del cuarto de los niños, y no en unas circunstancias en las que falta el protagonista, el capitalista.

nos elemento de valor, en parte porque el valor total que dan se reparte simultáneamente por una masa de productos mayor, y en parte porque, en comparación con medios de producción utilizados aisladamente, entran en el proceso de producción con un valor absoluto sin duda mayor, pero, si se considera su ámbito de eficacia, lo hacen con un valor relativo menor. Con eso disminuye un elemento del valor del capital constante y, por lo tanto, también el valor total de la mercancía, en proporción a la magnitud de aquel componente. El efecto es el mismo que si los medios de producción de la mercancía se produjeran más baratos. Esta economía en la utilización de los medios de producción se debe exclusivamente a su consumo conjunto en el proceso de trabajo de muchos individuos. Y dichos medios de producción toman ese carácter como condiciones del trabajo social, como condiciones sociales del trabajo, a diferencia de los medios de producción dispersos y relativamente caros de trabajadores independientes aislados o de pequeños maestros; todo ello aunque los muchos obreros trabajen juntos sólo desde el punto de vista espacial, sin colaborar unos con otros. Una parte de los medios de trabajo adopta ese carácter social antes de que lo adopte el proceso de trabajo mismo.

La economía de los medios de producción se tiene que contemplar, de un modo general, desde dos puntos de vista. Por un lado, en cuanto abarata mercancías y disminuye así el valor de la fuerza de trabajo. Por otro lado, en cuanto altera la razón de la plusvalía al capital total adelantado, o sea, a la suma de los valores de sus elementos constantes y variables. Este último punto no se discute hasta la primera sección del Libro Tercero de la presente obra, adonde remitimos también, por razón de cohesión, bastante cosa que correspondería ver aquí. La marcha del análisis impone esa desmembración del objeto, la cual, por otra parte, corresponde al espíritu de la producción capitalista. Pues como aquí las condiciones del trabajo se enfrentan como independientes al trabajador, también su economía parece una operación particular que no le afecta a él en nada y que, por lo tanto, se separa de los métodos que aumentan su productividad personal.

La forma de trabajo de muchos que trabajan planificadamente juntos y unos con otros en un mismo proceso de producción o en procesos de producción diferentes, pero conexionados, se llama cooperación.[10]

Del mismo modo que la capacidad de ataque de un escuadrón de caballería o la capacidad de resistencia de un regimiento de infantería es esencialmente distinta de la suma de las energías ofensivas y defensivas desarrolladas por cada jinete y cada infante, así también lo es la suma mecánica de fuerzas de trabajadores individuales respecto de la potencia y energía social que se desarrolla cuando muchas manos colaboran simultáneamente en la misma operación indivisa, p. e., cuando se trata de levantar un peso, dar vueltas a una manivela o quitar de en medio un obstáculo.[11] Los trabajadores aislados no podrían conseguir el efecto del trabajo combinado, o sólo podrían producirlo en tiempos mucho más largos, o sólo a escala de enanos. No se trata sólo de que aumente la fuerza productiva individual gracias a la cooperación, sino de que se crea una fuerza productiva que ya por sí misma ha se ser fuerza masiva.[11a]

Dejando aparte la nueva potencia energética debida a la fusión de muchas fuerzas en una fuerza conjunta, en la mayoría de los trabajos productivos ya el mero contacto social suscita una emulación y una característica estimulación de los espíritus vitales (animal spirits) que elevan la capacidad de rendimiento de los individuos, de tal modo que una docena de personas juntas realiza en una jornada de trabajo conjunta de 144 horas un producto total mucho mayor que el de doce trabajadores aislados cada uno de los cuales trabaja 12 horas, o que el de un obrero que trabaje sucesivamente 12 días.[12] Eso se debe a que

[10] «Concours de forces». (Destutt de Tracy, *loc. cit.*, pág. 80.)

[11] «Hay numerosas operaciones de naturaleza tan sencilla que no admiten ninguna descomposición en partes, pero que, sin embargo, sólo se pueden ejecutar mediante la colaboración de muchos pares de manos. Tal es la operación de subir un gran tronco de árbol a un carro ... en suma, todo aquello que no se puede hacer sin que gran número de pares de manos se ayuden recíproca y simultáneamente en una misma ocupación indivisa.» (E. G. Wakefield, *A View of the Art of Colonization,* London 1849, pág. 168.)

[11a] «Mientras que un hombre no es capaz de levantar una carga de una tonelada y 10 hombres tienen que esforzarse mucho para hacerlo, cien hombres lo pueden hacer aplicando cada uno la fuerza de un solo dedo.» (John Bellers, *Proposals for raising a colledge of industry,* London 1696, pág. 21.)

[12] Cuando se aplica a 300 acres el mismo número de trabajadores de un solo arrendatario, en vez de los de 10 arrendatarios a 30 acres de cada uno, «se tiene una ventaja en el número relativo de los mozos de labranza, ventaja que no es fácil percibir, salvo para los hombres de la profesión. Se dirá, naturalmente, que 1 : 4 como 3 : 12, pero eso no resulta verdadero en la práctica. Pues en la época de la cosecha y en muchas otras operaciones que exigen una prisa parecida, la reunión de muchas fuerzas de trabajo permite hacer el trabajo mejor y más rápidamente. En la cosecha, por ejemplo, 2 carreteros, 2 cargadores, 2 que acerquen las gavillas, 2 rastrilladores y los demás en la era o en el granero dominan juntos una tarea doble que la realizada por el mismo número si estuviera dividido en distintos grupos y en distintas granjas.» ([J. Arbuthnot,] *An Enquiry into the Connection between the present price of provisions and the size of farms. By a Farmer,* London 1773, págs. 7, 8.)

el ser humano es por naturaleza un animal, si no político,[13] como dice Aristóteles, sí, en todo caso, social.

Aunque muchos individuos ejecuten simultáneamente, unos con otros, lo mismo o algo análogo, a pesar de ello el trabajo individual de cada uno, como parte del trabajo total, puede representar diferentes fases del proceso de trabajo mismo, fases que, gracias a la cooperación, el objeto del trabajo recorre más rápidamente. Por ejemplo, cuando los albañiles forman una cadena de manos para subir sillares desde el pie de unos andamios hasta lo alto, todos ellos hacen lo mismo, pero a pesar de eso las operaciones individuales son partes continuas de una ejecución total, fases particulares que cada sillar ha de recorrer en el proceso de trabajo y a través de las cuales las 24 manos, pongamos por caso, del trabajador conjunto lo mueven más rápidamente que las dos manos de cada trabajador individual que subiera y bajara por el andamiaje.[14] El objeto del trabajo recorre el mismo espacio en menos tiempo. Por otra parte, también hay combinación del trabajo cuando una edificación, por ejemplo, se acomete desde lados diferentes al mismo tiempo, aunque los que trabajan en cooperación hacen lo mismo o trabajos análogos. La jornada de trabajo combinada de 114 horas que ataca el objeto de trabajo simultáneamente desde muchos lados en el espacio, porque el trabajador combinado o conjunto tiene ojos y manos delante y detrás y posee en cierto sentido ubicuidad, promueve el producto total más rápidamente que 12 jornadas de trabajo completas de doce horas de trabajadores más o menos aislados que han de emprender su tarea más unilateralmente. Están madurando al mismo tiempo diversas partes espaciales del producto.

Hemos subrayado que los muchos trabajadores que se complementan hacen lo mismo o algo análogo, porque esta forma de trabajo común, la más simple, tiene un gran papel también en la forma más

[13] Propiamente, la definición de Aristóteles dice que el hombre es por naturaleza ciudadano. Es tan característica de la Antigüedad clásica como pueda serlo para lo yanqui la definición de Franklin según la cual el hombre es por naturaleza un hacedor de herramientas.

[14] «Hay que observar además que esta división parcial del trabajo se puede hacer también donde los trabajadores se ocupan de una misma operación. Los albañiles, por ejemplo, que levantan los ladrillos hasta un alto andamio pasándolos de mano en mano, hacen todos el mismo trabajo, y sin embargo existe entre ellos una especie de división del trabajo, consistente en que cada uno de ellos hace avanzar un poco al ladrillo y todos juntos consiguen que llegue al lugar determinado mucho más de prisa que si cada uno de ellos subiera individualmente su ladrillo hasta el andamio más alto.» (F. SKARBEK, *Théorie des richesses sociales,* 2ème éd., Paris 1839, t. I, Págs. 97, 98.)

desarrollada de la cooperación. Cuando el proceso de trabajo es complicado, ya la mera masa de colaboradores permite dividir las varias operaciones entre las diferentes manos, ejecutarlas, por lo tanto, simultáneamente y acortar así el tiempo de trabajo imprescindible para la producción del producto total.[15]

En muchas ramas de la producción hay momentos críticos, esto es, épocas determinadas por la naturaleza del proceso de trabajo mismo, durante las cuales hay que conseguir determinados resultados del trabajo. Por ejemplo, si hay que esquilar un rebaño de ovejas o segar y guardar un determinado número de fanegas de trigo, la cantidad y la calidad del producto dependen de que la operación empiece en un momento determinado y termine en un momento determinado. El tiempo que puede consumir el proceso de trabajo está aquí tan prescrito como, por ejemplo, en la pesca del arenque. El individuo no puede arrancarle a un día más que una jornada de trabajo, pongamos que de 12 horas, pero la cooperación de 100, p. e., amplía esa jornada de doce horas a una jornada de trabajo de 1.200 horas. La brevedad del plazo del trabajo se compensa con la magnitud de la masa de trabajo lanzada al campo de la producción en el momento decisivo. El efecto oportuno depende aquí de la aplicación simultánea de muchas jornadas de trabajo combinadas, de la dimensión del efecto útil del número de trabajadores, el cual, de todos modos, es siempre menor que el número de los trabajadores que actuando aisladamente conseguirían en el mismo tiempo el mismo margen de eficacia.[16] La falta de esa cooperación es lo que estropea anualmente una masa de trigo en el Oeste de los Estados Unidos y una masa de algodón en las zonas del Este de la India en las que el dominio inglés ha destruido la comunidad antigua.[17]

[15] «Cuando se trata de ejecutar un trabajo complicado, hay que hacer simultáneamente varias cosas distintas. El uno hace la una mientras el otro hace alguna otra cosa, y todos contribuyen a un efecto que no habría podido producir un hombre solo. El uno rema mientras el otro lleva el timón y un tercero echa la red o arponea el pez, y la pesca tiene un éxito que sería imposible sin esa cooperación.» (DESTUTT DE TRACY, *loc.* cit., pág. 78.)

[16] «Su ejecución» (la del trabajo agrícola) «en el momento decisivo tiene un efecto tanto mayor.» ([J. ARBUTHNOT,] *An Inquiry into the Connection between the present price,* etc., pág. 7.) «En la agricultura no hay factor más importante que el factor tiempo.» (LIEBIG, *Über Theorie und Praxis in der Landwirthschaft,* 1856, pág. 23.)

[17] «El siguiente mal, que difícilmente se esperaría encontrar en un país que exporta más trabajo que cualquier otro del mundo, acaso con las excepciones de China e Inglaterra, consiste en la imposibilidad de conseguir un número de manos suficiente para la cosecha del algodón. A causa de eso quedan sin recoger grandes cantidades de algodón, mientras que otra parte se recoge ya del suelo,

Por una parte, la cooperación permite extender la esfera espacial del trabajo, razón por la cual para ciertos procesos de trabajo la exige ya la composición espacial del objeto de trabajo, como ocurre en la desecación de tierras, la canalización, la irrigación, la construcción de canales, caminos, líneas férreas, etc. Por otra parte, permite una reducción del territorio de producción respecto de la escala de la producción. Esta reducción de la esfera espacial del trabajo con ampliación simultánea de su esfera de eficacia, la cual ahorra una cantidad de costes innecesarios (faux frais), se debe a la conglomeración de los trabajadores, la reunión de distintos procesos de trabajo y la concentración de los medios de producción.[18]

La jornada de trabajo combinada produce, en comparación con una suma igual de jornadas de trabajo individuales aisladas, masas mayores de valor de uso y disminuye, por lo tanto, el tiempo de trabajo necesario para la producción de un efecto útil determinado. Igual da que en el caso dado obtenga esa fuerza productiva aumentada porque aumente la potencia energética mecánica del trabajo, o porque amplíe la esfera espacial de acción, o porque estreche el campo espacial de producción respecto de la escala de la producción, o porque haga rápidamente disponible mucho trabajo en el momento crítico, o porque provoque la emulación de los individuos y tense sus espíritus vitales, o porque imprima a las operaciones análogas de muchos el sello de la continuidad y la multilateralidad, o porque ejecute simultáneamente operaciones diferentes, o porque economice los medios productivos gracias a su utilización común, o porque imprima al trabajo individual el carácter de trabajo social medio: en toda circunstancia la específica fuerza productiva de la jornada de trabajo combinada es fuerza productiva social del trabajo, fuerza productiva del trabajo social. Nace de la cooperación misma. En la colaboración según plan con otros, el trabajador se

caída y, como es natural, sucia y en parte podrida, de modo que, por falta de trabajadores en la estación adecuada, el plantador se ve efectivamente obligado a tolerar la pérdida de una gran parte de esa cosecha de algodón que tanto espera Inglaterra.» (*Bengal Hurkaru. Bi-Monthly Overland Summary of News,* 22 de julio de 1861.)

[18] «Con el progreso de las labores del campo, todo el capital y todo el trabajo que antes se aplicaba dispersamente a 500 acres, y tal vez a más, se concentra ahora en el laboreo más cuidadoso de 100 acres.» Aunque «en relación con las cantidades de capital y trabajo aplicadas el espacio se ha reducido, representa una esfera de producción ampliada en comparación con la esfera de producción antes poseída o labrada por un productor independiente individual.» (R. Jones, *An Essay on the Distribution of Wealth,* «On Rent», London 1831, pág. 191.)

despoja de sus limitaciones individuales y desarrolla su capacidad genérica.[19]

Cuando los trabajadores no pueden de ninguna manera colaborar directamente sin estar juntos, de modo que su conglomeración en un espacio determinado es condición de su cooperación, los asalariados no pueden cooperar si no los utiliza simultáneamente el mismo capital, el mismo capitalista, o sea, si éste no compra simultáneamente sus fuerzas de trabajo. El valor total de esas fuerzas de trabajo, la suma de los salarios de los trabajadores para el día, la semana, etc., tiene, por lo tanto, que estar ya unificada en el bolsillo del capitalista antes de que se unifiquen las fuerzas de trabajo mismas en el proceso de producción. El pago de 300 trabajadores a la vez, aunque sea por sólo un día, supone más desembolso de capital que el pago de unos pocos trabajadores, semana tras semana, durante todo el año. Así, pues, el número de trabajadores en cooperación, la escala de la cooperación, depende por de pronto de la magnitud del capital que el capitalista individual pueda desembolsar para la compra de fuerza de trabajo, o sea, de la medida en la cual cada capitalista disponga de los medios de vida de muchos trabajadores.

Y con el capital constante ocurre como con el variable. El desembolso para materia prima, p. e., es 30 veces mayor para el capitalista que ocupa a 300 trabajadores que para cada uno de los 30 capitalistas que emplean a 10 trabajadores cada uno. Es verdad que la magnitud del valor y la masa de material de los medios de trabajo utilizados en común no aumentan en la misma medida que el número de trabajadores empleados, pero de todos modos crecen considerablemente. La concentración de grandes masas de medios de producción en la mano de capitalistas individuales es, pues, condición material de la cooperación de trabajadores asalariados, y la dimensión de la cooperación, la escala de la producción, depende del alcance de esa concentración.

Al principio pareció necesaria una dimensión mínima del capital individual para que el número de los trabajadores simultáneamente explotados, y, con él, la masa de la plusvalía producida, bastara para liberar del trabajo manual al mismo que aplicaba el trabajo, haciendo del pequeño maestro artesano un capitalista e instaurando así formalmente la relación del capital. Ahora se nos presenta como condición material de

[19] «La fuerza del individuo humano es muy pequeña, pero la unificación de esas fuerzas muy pequeñas arroja una fuerza total mayor que la suma de todas las fuerzas parciales, de modo que ya la mera unión de las fuerzas puede disminuir el tiempo y aumentar el alcance de su efecto.» (G. R. Carli, Nota a P. Verri, *loc. cit.,* t. XV, pág. 196.)

la conversión de muchos procesos de trabajo individuales, dispersos e independientes entre ellos en un proceso de trabajo social y combinado.

Así también inicialmente la autoridad del capital sobre el trabajo se presentaba sólo como consecuencia formal del hecho de que el trabajador trabaje para el capitalista, y, por lo tanto, bajo el capitalista, en vez de trabajar para sí mismo. Con la cooperación de muchos trabajadores asalariados, el mando del capital se convierte en requisito de la ejecución del proceso de trabajo mismo, en auténtica condición de la producción. El mando del capitalista en el campo de la producción se hace ahora tan imprescindible como el mando del general en el campo de batalla.

Todo trabajo común, inmediatamente social, que se ejecute a gran escala necesita más o menos una dirección que medie la armonía de las actividades individuales y ejecute las funciones generales originadas en el movimiento del cuerpo productivo conjunto, diferenciado del movimiento de sus órganos independientes. Un violinista solo se dirige a sí mismo, una orquesta necesita un director. Esta función de dirección, supervisión y mediación se convierte en función del capital en cuanto que el trabajo que le está subordinado se hace cooperativo. La función de dirección cobra características específicas en cuanto es función específica del capital.

Por de pronto, el motivo que empuja el proceso de producción capitalista y el fin que lo determina es conseguir la mayor autovalorización posible del capital,[20] o sea, la mayor producción posible de plusvalía, esto es, la mayor explotación posible de la fuerza de trabajo por el capitalista. Con la masa de los trabajadores simultáneamente empleados aumenta la resistencia de éstos y con ella, inevitablemente, la presión de los capitalistas para dominar esa resistencia. La dirección por el capitalista no es sólo una función particular dimanante de la naturaleza del proceso social de trabajo y perteneciente al mismo, sino también al mismo tiempo función de la explotación de un proceso social de trabajo y, por lo tanto, está condicionada por el antagonismo inevitable entre el explotador y la materia prima de su explotación. Análogamente aumenta, junto con la dimensión de los medios de producción que se enfrentan al trabajador asalariado como propiedad ajena, la necesidad de controlar su utilización adecuada.[21] La cooperación de los trabajadores asalariados es,

[20] «Los beneficios ... son la única finalidad del negocio.» (J. VANDERLINT, *loc. cit.*, pág. 11.)

[21] Un periódico filisteo inglés, el *Spectator,* informa en su número del 26 de mayo de 1866 de que tras la implantación de una especie de asociación entre el capitalista y los obreros de la «wirework company of Manchester»,[*150] «el primer resultado ha sido una repentina disminución del desperdicio de material, porque los trabajadores no vieron razón para proceder con su propiedad más disipadamente que con la de los capitalistas; y el despilfarro de material es quizás, junto con las partidas incobrables, la mayor fuente de pérdidas de las fábricas.» Ese mismo periódico descubre como defecto básico de los Rochdale cooperative experiments[*151] lo siguiente: «They showed that associations of workmen could manage shops, mills, and almost all forms of industry with success, and they immensely improved the condition of the men, but then they did not leave a clear place for masters.» («Probaron que las asociaciones de trabajadores pueden gestionar con éxito tiendas, fábricas y casi todas las formas de industria, y mejoraron extraordinariamente la situación de los hombres mismos, pero, ah, pero luego no dejaron ningún lugar visiblemente disponible para capitalistas.» Quelle horreur![*152])

además, mero efecto del capital que los emplea simultáneamente. La conexión entre sus funciones y su unidad como cuerpo productivo conjunto se encuentra fuera de ellos, en el capital que los reúne y los mantiene juntos. Por eso la conexión entre sus trabajos se les presenta idealmente como plan y prácticamente como autoridad del capitalista, como poder de una voluntad ajena que somete la actividad de los trabajadores a su ajena finalidad.

Por eso la dirección capitalista es, por su contenido, ambigua, a causa de la duplicidad del proceso de producción mismo que tiene que dirigir, el cual es, por una parte, proceso social de trabajo para la producción de un producto y, por otra, proceso de valorización del capital; y, por su forma, es despótica. Con el desarrollo de la cooperación en gran escala, ese despotismo desarrolla por su parte sus formas peculiares. Del mismo modo que al principio el capitalista queda liberado del trabajo manual en cuanto que su capital alcanza aquella dimensión mínima con la cual empieza la producción propiamente capitalista, así también cede ahora la función de vigilancia directa y continua de los trabajadores individuales y sus grupos a una categoría especial de trabajadores asalariados. Al igual que un ejército necesita oficiales y suboficiales militares, así también una masa de trabajadores que colaboran bajo el mando de un mismo capital necesita oficiales (dirigentes, ma-

[*150] «Compañía de cables de Manchester».

[*151] Cooperativa obrera de consumo fundada en Rochdale, cerca de Manchester, en 1844 (Society of Equitable Pioneers). Se amplió luego con cooperativas de producción. Esta Sociedad de Pioneros Equitativos se suele considerar comienzo de toda una época del cooperativismo.

[*152] ¡Qué horror! La traducción del texto por Marx intercala elementos que hacen de ella casi una paráfrasis sarcástica.

nagers) y suboficiales industriales (vigilantes, foremen, overlookers, contre-maîtres) que manden durante el proceso de trabajo en nombre del capital. El trabajo de supervisión se consolida hasta convertirse en función exclusiva de esa categoría. Cuando el especialista de la economía política compara el modo de producción de campesinos independientes o de artesanos autónomos con la economía de las plantaciones, basada en la esclavitud, imputa ese trabajo de supervisión a los faux frais de production.[21a] En cambio, cuando contempla el modo de producción capitalista identifica la función de dirección que nace de la naturaleza del proceso de trabajo común con esa misma función en cuanto condicionada por el carácter capitalista y, por lo tanto, antagonístico, de ese proceso.[22] El capitalista no es capitalista por el hecho de ser dirigente industrial, sino que llega a ser jefe industrial por el hecho de ser capitalista. El mando en la industria deviene atributo del capital, como en la época feudal el mando en la guerra y la jurisdicción eran atributo de la propiedad de la tierra.[22a]

El trabajador es propietario de su fuerza de trabajo mientras negocia con el capitalista en condición de vendedor de aquélla, y sólo puede vender lo que posee, su fuerza de trabajo individual, aislada. Esta situación no cambia en nada por el hecho de que el capitalista compre 100 fuerzas de trabajo en vez de una, concluya contratos con 100 trabajadores independientes entre sí, en vez de con uno solo. Puede emplear a los 100 obreros sin hacerlos cooperar. Por eso el capitalista paga el valor de las 100 fuerzas de trabajo independientes, pero no paga la fuerza de trabajo combinada de los 100. Los trabajadores son, en cuanto personas independientes, hombres aislados que entran en una relación con un mismo capital, pero no entre ellos. Su cooperación no empieza sino en el proceso de trabajo; pero en el proceso de trabajo han dejado ya de pertenecerse a sí mismos. Al entrar en el proceso de

[21a] Luego de presentar la «superintendence of labour» como carácter destacado de la producción esclavista de los estados meridionales, el profesor Cairnes sigue diciendo: «Como el propietario campesino» (del norte) «se queda para sí con todo el producto de su tierra, no necesita que se le espolee para esforzarse. En este caso la supervisión es del todo innecesaria.» (CAIRNES, *loc. cit.*, págs. 48, 49.)

[22] Sir James Steuart, siempre destacado por su aguda visión de las diferencias sociales características de distintos modos de producción, observa lo siguiente: «¿Por qué las grandes empresas manufactureras aniquilan las artes e industrias domésticas, sino para acercarse más a la simplicidad del trabajo esclavo?» (*Princ. of Pol. Econ.*, London 1767, vol. I, págs. 167, 168.)

[22a] Por eso Auguste Comte y su escuela habrían podido demostrar la eterna necesidad de la existencia de señores feudales exactamente en la misma forma en que han demostrado la de los señores del capital.

trabajo quedan incorporados al capital. En cuanto cooperadores, en cuanto miembros de un organismo activo trabajador, no son ellos mismos más que un particular modo de existencia del capital. La fuerza productiva que desarrolla el trabajador como trabajador social es, por lo tanto, fuerza productiva del capital. La fuerza productiva social del trabajo se desarrolla gratuitamente en cuanto que los trabajadores quedan puestos en ciertas condiciones, y el capital los pone en esas condiciones. Como la fuerza productiva social del trabajo no le cuesta nada al capital y como, por otra parte, el trabajador no la desarrolla antes de que su trabajo mismo pertenezca al capital, esa fuerza productiva social aparece como una fuerza productiva que el capital poseyera por naturaleza, como fuerza productiva intrínseca del capital.

El efecto de la cooperación simple se manifiesta de un modo colosal en las gigantescas obras de los antiguos asiáticos, egipcios, etruscos, etc.

«Ocurrió en tiempos pasados que esos estados, una vez cubiertos sus gastos civiles y militares, se encontraron en posesión de un excedente de medios de vida que podían gastar en obras útiles y suntuosas. Su dominio de las manos y los brazos de casi toda la población no agrícola y la disposición exclusiva del monarca y el clero sobre aquel excedente les daban los medios para levantar aquellos imponentes monumentos con los que llenaron la tierra... En el movimiento de las estatuas colosales y de las masas enormes cuyo transporte suscita asombro se empleó derrochadoramente casi sólo trabajo humano. Bastaba con el número de trabajadores y la concentración de sus fatigas. Del mismo modo vemos cómo potentes colonias de coral surgen hinchándose de las profundidades del Océano para formar islas y tierra firme, aunque cada depositario (depositary) individual es diminuto, débil y despreciable. Los trabajadores no labradores de una monarquía asiática tienen poco que aportar a la obra, aparte de sus esfuerzos físicos individuales, pero su fuerza es su número, y el poder de dirección sobre esas masas originó aquellas obras gigantescas. Lo que hizo posible semejantes empresas fue la concentración de las rentas de las que vivían aquellos trabajadores en una mano o en pocas manos.»[23]

Ese poder de los reyes asiáticos y egipcios, o de los teócratas etruscos, etc., ha pasado en la sociedad moderna al capitalista, ya se presente como capitalista individual o, al modo de las sociedades por acciones, como capitalista combinado.

La cooperación en el proceso de trabajo tal como la encontramos, en posición predominante, en los comienzos culturales de la humanidad,

[23] R. JONES, *Text-book of Lectures*, etc., págs. 77, 78. Las colecciones paleoasirias, egipcias, etc., que se encuentran en Londres y en otras capitales europeas nos convierten en testigos oculares de aquellos procesos de trabajo colectivo.

entre los pueblos cazadores [23a] o, por ejemplo, en la agricultura de las comunidades aldeanas indias, se basa, por una parte, en la propiedad colectiva de las condiciones de producción y, por otra, en que el individuo singular no se ha desatado todavía del cordón umbilical de la tribu o de la comunidad en mayor medida que el individuo abeja de su enjambre. Ambas cosas la diferencian de la cooperación capitalista. La aplicación esporádica de la cooperación en gran escala en el mundo antiguo, en la Edad Media y en las colonias modernas descansa en relaciones inmediatas de dominio y servidumbre, generalmente en la esclavitud. En cambio, la forma capitalista presupone desde el primer momento la existencia del trabajador asalariado libre que vende al capital su fuerza de trabajo. Pero históricamente esta forma capitalista de la cooperación se desarrolla en contraposición con la economía campesina y con el taller artesanal independiente, tanto si éste tiene aún forma gremial como si no.[24] Frente a una y otro, la cooperación capitalista no se presenta como una forma histórica particular de cooperación, sino que la cooperación misma aparece como una forma histórica peculiar del proceso de producción capitalista y que lo distingue específicamente.

Así como la fuerza productiva social del trabajo desarrollada por la cooperación aparece como fuerza productiva del capital, así también la cooperación misma se presenta como una forma específica del proceso de producción capitalista, contrapuesta al proceso de producción de trabajadores individuales independientes o incluso de pequeños maestros artesanos. Ésta es la primera alteración que experimenta el proceso real de trabajo por su subsunción bajo el capital. Esta alteración procede espontáneamente. Su presupuesto —la ocupación simultánea de un número grande de trabajadores asalariados en un mismo proceso de trabajo— constituye el punto de partida de la producción capitalista. Ese punto de partida coincide con la existencia del capital mismo. Por eso, si, por un lado, el modo de producción capitalista se presenta como necesidad histórica de la conversión del proceso de trabajo en un proceso social, también, por otro, se presenta esta forma social del proceso de trabajo como un método aplicado por el capital para explotarlo con más beneficio mediante la intensificación de su fuerza productiva.

[23a] Tal vez no esté en un error LINGUET cuando en su *Théorie des Lois civiles* dice que la caza es la primera forma de cooperación y la caza del hombre (la guerra) es una de las primeras formas de caza.

[24] La pequeña explotación campesina y el taller artesano independiente, los cuales constituyen ambos, por una parte, la base del modo de producción feudal y aparecen, por otra, tras la disolución de ese modo de producción, junto a la empresa capitalista, son también la base económica de la comunidad clásica de la mejor época, una vez disuelta la originaria propiedad colectiva oriental y antes de que la esclavitud se apodere en serio de la producción.

La cooperación, en su figura simple contemplada hasta ahora, coincide con la producción en gran escala, pero no constituye ninguna forma fija, característica de alguna particular época de desarrollo del modo de producción capitalista. A lo sumo aparece más o menos así en los comienzos, todavía artesanales, de la manufactura [25] y en el tipo de gran agricultura que corresponde al período manufacturero y se distingue de la explotación campesina, en lo esencial, sólo por la masa de trabajadores empleados simultáneamente y por la dimensión de los medios de producción concentrados. La cooperación simple sigue siendo la forma todavía dominante en las ramas de la producción en las que el capital opera en gran escala, pero sin que la división del trabajo o la maquinaria desempeñen un papel importante.

La cooperación se mantiene como la forma básica del modo de producción capitalista, aunque su figura simple misma aparece como forma particular, al lado de sus formas más desarrolladas.

[25] «¿No es la unión de habilidad, aplicación y emulación de muchos juntos en una misma obra el camino de llevar ésta hacia adelante? ¿Y le habría sido, si no, posible a Inglaterra llevar su manufactura de lana a tal grado de perfección?» (BERKELEY, *The Querist,* Lond. 1750, pág. 56, §521.)

Capítulo décimosegundo

DIVISIÓN DEL TRABAJO Y MANUFACTURA

1. *Origen doble de la manufactura*

La cooperación basada en división del trabajo consigue su figura clásica en la manufactura. Como forma característica del proceso de producción capitalista predomina durante el período manufacturero propiamente dicho, el cual dura, redondeando aproximadamente, desde mediado el siglo XVI hasta el último tercio del siglo XVIII.

La manufactura surge de dos modos.

Puede ocurrir que trabajadores de artesanías diferentes, independientes, por cuyas manos el producto tiene que discurrir hasta la maduración última, se reúnan en un taller bajo el mando de un mismo capitalista. Por ejemplo, una carroza era producto conjunto de los trabajos de un gran número de artesanos independientes, como carreros, guarnicioneros, costureros, cerrajeros, talabarteros, torneros, tapiceros, vidrieros, pintores, lacadores, doradores etc. La manufactura de carruajes reúne a todos esos artesanos diferentes en una nave de trabajo en la que simultáneamente se pasan unos a otros el trabajo. Cierto que no se puede dorar un carruaje mientras no esté hecho. Pero si se construyen varias carrozas al mismo tiempo se puede en todo momento dorar una parte de ellas mientras otra parte atraviesa una fase anterior del proceso de producción. Con eso estamos aún en el terreno de la cooperación simple, que encuentra predispuesto su material humano y de cosas. Pero muy pronto se produce una alteración esencial. El costurero, cerrajero, talabartero, etc., ocupado sólo en la producción de carruajes, va perdiendo la costumbre y, con ella, la capacidad de desempeñar su vieja artesanía en toda su amplitud. Por otra parte, su estrechada actividad adopta la forma más adecuada para una esfera de acción también estrechada. Al principio la manufactura de carruajes aparecía como una combinación de artesanías independientes. Paulatinamente se va convirtiendo en división de la producción de carruajes en sus diferentes

operaciones especiales, cada una de las cuales cristaliza en función exclusiva de un trabajador y cuya totalidad se ejecuta por la unión de esos trabajadores parciales. Así también nacieron la manufactura de paños y toda una serie de otras manufacturas de la combinación de diferentes artesanías bajo el mando de un mismo capital.[26]

Pero la manufactura nace también por el camino inverso. Hay muchos artesanos que hacen lo mismo, o cosa parecida, p. e., papel, o tipos, o agujas, ocupados simultáneamente por un mismo capital en un mismo taller. Se trata de cooperación en la forma más simple. Cada uno de esos artesanos (tal vez con uno o dos oficiales) hace la mercancía entera y realiza, pues, sucesivamente las diferentes operaciones requeridas para su producción. Sigue trabajando a su vieja manera artesanal. Pero circunstancias externas ocasionan pronto el que se utilice de otro modo la concentración de los trabajadores en un mismo local y la simultaneidad de sus trabajos. Se tiene, p. e., que entregar una cantidad mayor de mercancía terminada en un plazo determinado. Por esa causa se divide el trabajo. En vez de hacer que un mismo artesano ejecute las diferentes operaciones en una serie temporal, esas operaciones se separan unas de otras, se aislan, se sitúan en espacios contiguos, se asigna cada una de ellas a un artesano distinto y se ejecutan todas juntas y simultáneamente por los cooperadores. Esta distribución ocasional se repite, pone de manifiesto sus características ventajas y cristaliza paulatinamente en división sistemática del trabajo. La mercancía deja de ser producto individual de un artesano independiente que hace múltiples cosas y se convierte en producto social de una unión de artesanos, cada uno de los cuales no ejecuta constantemente más que una y la misma operación parcial. Aquellas operaciones que desembocaban una en otra como operaciones sucesivas del gremial productor alemán de papel se independizaron en la manufactura de papeles holandesa convirtiéndose en operaciones parciales paralelas de muchos trabajadores en cooperación. El alfiletero gremial de Nuremberg es el elemento básico de la manufactura inglesa de agujas y alfileres. Pero, mientras que aquel alfiletero solitario ejecutaba sucesivamente una serie de acaso 20 operaciones, aquí y muy pronto 20 alfileteros juntos ejecutaron cada uno sólo una de las 20 operaciones, las cuales, a raíz de las experiencias hechas, todavía se dividieron mucho más, se aislaron y se independizaron en funciones exclusivas de trabajadores individuales.

[26] La siguiente cita es para aducir un ejemplo más moderno de ese modo de formarse la manufactura. La hilatura y el tejido de la seda de Lyon y Nimes «es completamente patriarcal; emplea a muchas mujeres y muchos niños, pero sin cansarlos excesivamente ni agitarlos; los deja en sus hermosos valles del Drôme, el Var, el Isère y de Vaucluse, para que crien allí gusanos de seda y deshilachen los capullos; nunca es un verdadero trabajo de fábrica. Para que a pesar de ello se le pueda aplicar en tan intensa media, ... el principio de la división del trabajo asume aquí una especial peculiaridad. Desde luego que hay devanadoras, torcedores, tintoreros, encoladores y también tejedores; pero no están reunidos en el mismo taller, ni dependen de un mismo maestro: son todos ellos independientes.» (A. Blanqui, *Cours d'Écon. Industrielle. Recueilli par A. Blaise,* Paris 1838-1839, pág. 79.) Desde que Blanqui escribió eso, aquellos diferentes trabajadores independientes han quedado reunidos parcialmente en fábricas. {A la 4.ª ed. Y desde que Marx escribió eso, el telar mecánico ha adquirido carta de naturaleza en esas fábricas y está desalojando rápidamente al telar a mano. También se sabe esta canción la industria sedera de Krefeld. F.E.}

Así, pues, el modo de originarse la manufactura, su constitución a partir de la artesanía, es dúplice. Por un lado, nace de la combinación de artesanías diferentes, autónomas, que se hacen dependientes y unilaterales hasta el punto de no constituir ya sino operaciones parciales complementarias en el proceso de producción de una sola y misma mercancía. Por otro lado, nace de la cooperación de artesanos del mismo oficio, descompone ese mismo oficio individual en sus varias operaciones particulares y aisla e independiza éstas hasta el punto de que cada una de ellas se hace función exclusiva de un trabajador especial. Por eso la manufactura introduce división del trabajo en un proceso de producción o la desarrolla más, y, por otro lado, combina artesanías antes separadas. Pero cualquiera que sea su particular punto de partida en cada caso, su figura final es la misma, a saber, un mecanismo de producción cuyos órganos son seres humanos.

Para entender acertadamente la división del trabajo en la manufactura es esencial fijarse en los puntos siguientes: por de pronto, el análisis del proceso de producción en sus fases particulares coincide completamente aquí con la descomposición de una actividad artesanal en sus diferentes operaciones parciales. La operación, sea compuesta o sea simple, sigue siendo artesanal y depende, por lo tanto, de la fuerza, la habilidad, la rapidez, la seguridad del trabajador individual en el manejo de su instrumento. La artesanía sigue siendo la base. Esta estrecha base técnica excluye un análisis realmente científico del proceso de producción, porque todo proceso parcial que recorra el producto se tiene que poder ejecutar como trabajo parcial artesano. Precisamente porque la habilidad artesanal sigue siendo de ese modo fundamento del proceso de producción, cada trabajador queda asignado exclusivamente a una función parcial, y queda convertida su fuerza de trabajo en el órgano perpetuo de esa función parcial. Por último, esta división del trabajo es un tipo especial de cooperación, y varias de sus ventajas nacen de la esencia general de ésta, no de dicha forma especial de cooperación.

2. *El trabajador parcial y su herramienta*

Si atendemos más de cerca al detalle, está claro, por de pronto, que un trabajador que ejecuta perpetuamente una y la misma operación simple convierte su cuerpo en órgano automático unilateral de esa operación y, por lo tanto, necesita para ella menos tiempo que el artesano, el cual realiza alternativamente toda una serie de operaciones. El trabajador, conjunto combinado, que constituye el mecanismo vivo de la manufactura consta, empero, de muchos de esos trabajadores parciales y unilaterales. Por eso, en comparación con la artesanía autónoma, se produce más en menos tiempo, o sea, aumenta la fuerza productiva del trabajo.[27] También se perfecciona el método del trabajo parcial una vez que se ha independizado como función exclusiva de una persona. La repetición constante de un mismo hacer limitado y la concentración de la atención a esa actividad limitada enseñan, de acuerdo con la experiencia, a conseguir el mismo efecto útil con un gasto de energía mínimo. Y como siempre conviven simultáneamente diferentes generaciones de trabajadores y colaboran en las mismas manufacturas, los expedientes técnicos así conseguidos se consolidan, se acumulan y se transmiten.[28]

La manufactura produce efectivamente el virtuosismo del trabajador detallista reproduciendo en el interior del taller y llevando sistemáticamente hasta el extremo la separación espontánea de los oficios que encontró en la sociedad. Por otra parte, su conversión del trabajo parcial en profesión de la vida de un hombre corresponde al impulso de sociedades anteriores a hacer hereditarios los oficios, fosilizarlos en castas o cuajarlos en gremios cuando determinadas condiciones históricas ocasionan una variabilidad contradictoria con la organización en castas. Las castas y los gremios nacen de la misma ley natural que regula la separación de las plantas y los animales en especies y subespecies, con la diferencia de que en un determinado grado de evolución se decreta como ley social la hereditariedad de las castas o la exclusividad de los gremios.[29]

[27] «Cuanto más se articula y se asigna a diferentes trabajadores parciales un trabajo de gran variedad, tanto mejor y más rápidamente se tiene que ejecutar por necesidad, y con menos pérdida de tiempo y de trabajo.» (*The Advantages of the East India Trade,* Lond. 1720, pág. 71.)

[28] «El trabajo que sale fácilmente es habilidad recibida por tradición.» (Th. Hodgskin, *Popular Political Economy,* pág. 48.)

[29] «También las artes ... han madurado en Egipto hasta la adecuada perfección. Pues sólo en este país está prohibido a los artesanos meterse en los asuntos de otra clase de ciudadanos, sino que tienen que dedicarse sólo a la profesión que de por ley pertenece hereditariamente a su linaje... En otros pueblos ocurre que las gentes de los oficios reparten su atención entre demasiados objetos... Unas veces intentan con la agricultura, otras veces se dedican al comercio, otras se ocupan simultáneamente de dos o tres artes. En los estados libres suelen acudir a las asambleas... En Egipto, en cambio, incurre en graves castigos el artesano que se mete en asuntos del estado o que cultiva simultáneamente varias artes. De modo que nada puede perturbar su aplicación en el oficio... Además, aparte de poseer muchas reglas que les han transmitido sus antepasados, siempre están pensando celosamente en descubrir nuevas ventajas.» (Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica,* l. I, cap. 74.)

«Nunca se ha superado la finura de las muselinas de Dacca ni el esplendor y la resistencia de los colores de los estampados y otros artículos de Coromandel. Y, sin embargo, se producen sin capital, sin maquinaria, sin división del trabajo ni ningún otro de los medios que tantas ventajas conceden a la fabricación en Europa. El tejedor es un individuo aislado que hace el tejido por encargo de un cliente, y con un telar de lo más simple, que a veces consta sólo de listones de madera groseramente ensamblados. Ni siquiera dispone de un aparato para levantar la cadena, por lo que el telar tiene que estar extendido en toda su longitud; de este modo el telar resulta informe, y tan amplio que no tiene sitio en la choza del productor, el cual, consiguientemente, tiene que ejecutar su trabajo al aire libre, interrumpiéndose a cada alteración del tiempo.» [30]

Lo único que da al hindú, como a la araña, ese virtuosismo es la habilidad especializada acumulada generación tras generación y transmitida del padre al hijo. Pues bien, a pesar de ello un tejedor indio semejante ejecuta un trabajo muy complicado en comparación con el de la mayoría de los trabajadores de las manufacturas.

Un artesano que realiza sucesivamente los diferentes procesos parciales de la producción de una obra tiene que cambiar ahora de lugar, ahora de instrumentos. El paso de una operación a otra interrumpe el fluir de su trabajo y constituye en cierta medida poros de su jornada de trabajo. Estos poros se cierran en cuanto que ejecuta continuamente y el día entero una misma operación, o bien desaparecen en la medida en que disminuye la variación de sus operaciones. El aumento de la productividad se debe aquí al creciente gasto de fuerza de trabajo en un tiempo determinado —o sea, a la creciente intensidad del trabajo—, o a una disminución del consumo improductivo de fuerza de trabajo. En efecto, el exceso de gasto de energía exigido por todo paso del reposo al movimiento se compensa si dura mucho la velocidad nor-

[30] *Historical and descriptive Account of Brit. India,* etc. *By* Hugh Murray, James Wilson, etc., Edinburgh 1832, vol. II, págs. 449, 450. El telar indio es de fuste vertical, es decir, la cadena se tensa verticalmente.

mal una vez alcanzada. Por otra parte, la continuidad de un trabajo uniforme destruye la energía de tensión e impulso de los espíritus vitales, los cuales encuentran recuperación y estímulo en el cambio mismo de actividad.

La productividad del trabajo no depende sólo del virtuosismo del trabajador, sino también de la perfección de sus herramientas. Herramientas de una misma especie —instrumentos cortantes, de perforación, percusión, ruptura, etc.— se utilizan en procesos de trabajo diferentes, y en un mismo proceso de trabajo un mismo instrumento sirve para operaciones distintas. Pero en cuanto que las diferentes operaciones de un proceso de trabajo se separan unas de otras y cada operación parcial cobra en manos del trabajador parcial una forma de la mayor adecuación posible y, por lo tanto, exclusiva, se imponen alteraciones de las herramientas que antes servían para varios fines. La dirección de ese cambio de forma resulta de la experiencia de las particulares dificultades que presenta la forma sin cambiar. Caracterizan a la manufactura la diferenciación de los instrumentos del trabajo, por la cual instrumentos de un mismo tipo toman particulares formas fijas para cada particular utilización, y la especialización, por la cual cada uno de esos instrumentos especiales no actúa con toda su eficacia sino en manos de trabajadores parciales específicos. Sólo en Birmingham, por ejemplo, se producen unas 500 variedades de martillos, y no es que cada uno sea para un particular proceso de producción, sino más que eso: que a menudo toda una serie de variedades sirve sólo para diferentes operaciones de un mismo proceso. El período manufacturero simplifica, perfecciona y multiplica los instrumentos de trabajo mediante la adaptación de éstos a las funciones especiales exclusivas de los trabajadores parciales.[31] Con eso produce al mismo tiempo una de las condiciones materiales de la maquinaria, la cual consta de una combinación de instrumentos simples.

El trabajador de detalle y su instrumento constituyen los elemen-

[31] En su obra, que hace época, *Sobre el Origen de las especies,* Darwin observa lo siguiente respecto de los órganos naturales de las plantas y de los animales: «Mientras un mismo órgano tiene que ejecutar trabajos diferentes, es tal vez posible descubrir un motivo de su alterabilidad en el hecho de que la selección natural mantiene o suprime cualquier pequeña desviación de la forma menos cuidadosamente de lo que lo haría si ese mismo órgano estuviera destinado a un solo fin particular. Así, por ejemplo, los cuchillos, que están destinados a cortar cosas de todo tipo, pueden ser de formas que en conjunto sean más o menos una, mientras que un instrumento destinado a un solo uso necesita también otra forma si ha de satisfacer otro uso.»

tos simples de la manufactura. Atendamos ahora a su figura de conjunto.

3. *Las dos formas básicas de la manufactura: manufactura heterogénea y manufactura orgánica*

La articulación de la manufactura tiene dos formas básicas que, pese a su entrelazamiento ocasional, constituyen dos especies esencialmente distintas y que, señaladamente, desempeñan papeles del todo diferentes también en la posterior conversión de la manufactura en industria explotada con máquinas, en gran industria. Este carácter doble nace de la naturaleza de la obra producida. Ésta se forma por mera composición mecánica de productos parciales independientes, o bien debe su figura terminada a una sucesión de procesos y manipulaciones conexionadas.

Una locomotora, p. e., consta de más de 5.000 partes sueltas. Pero no se puede tomar como ejemplo del primer tipo de manufactura propiamente dicha, porque es una formación de la gran industria. Sí que se puede tomar, en cambio, el reloj, con el que ya William Petty ejemplificó la división manufacturera del trabajo. El reloj pasó de ser obra individual de un artesano de Nuremberg a ser producto social de un gran número de trabajadores parciales, como los que hacen el material, los muelles, la esfera, la espiral, los orificios y la palanca de los rubíes, las agujas, la caja, los tornillos, los dorados, con muchas subsecciones, como los fabricantes de ruedas (dentro de los cuales se vuelven a separar los de ruedas de latón y los de ruedas de acero), el que hace el muelle motor, el que instala las agujas, el acheveur de pignon (que sujeta las ruedas a los muelles, pule las facettes, etc.), el que hace los piñones, el planteur de finissage (instala varias ruedas y muelles), el finisseur de barillet (hace los dientes de los engranajes, da a los orificios la anchura adecuada, consolida la posición y el paro), el que hace la rueda de escape, y en el mecanismo de freno del cilindro, a su vez, el que hace el cilindro, el que hace la rueda, el del balancín (mecanismo de repercusión con el que se regula el reloj), el planteur d'échappement (que es el que verdaderamente hace el mecanismo de regulación); luego el repasseur de barillet (termina el bloque de muelles y de posición), el pulimentador de acero, el pulimentador de las ruedas, el de los tornillos, el que pinta los números, el esmaltador (funde el esmalte encima del cobre), el fabricante de pendants (que no hace más que el asa de la caja), el finisseur de charnière (pone la bisagra en el centro de la

caja, etc.), el faiseur de secret (pone en la caja los muelles que hacen saltar la tapa), el graveur, el ciseleur, el polisseur de boîte, etc., etc., y finalmente el repasseur, que monta todo el reloj y lo entrega en marcha. Son pocas las piezas del reloj que pasan por manos diferentes, y todos esos membra disjiecta no se reúnen hasta llegar a la mano del que, para terminar, los unifica en un todo mecánico. Esta relación exterior entre el producto terminado y sus diferentes elementos hace que en este caso, como en otros trabajos parecidos, la combinación de los trabajadores parciales en un mismo taller sea accidental. Los mismos trabajos parciales se podrían emprender como artesanías independientes unas de otras, según ocurre en los cantones de Waadt y Neuchâtel, mientras que en Ginebra, p. e., existen grandes manufacturas de relojes, esto es, cooperación directa de los trabajadores parciales bajo el mando de un capital. Incluso en este último caso es raro que se produzcan en la manufactura misma la esfera, los muelles y la caja. La explotación combinada manufacturera no es beneficiosa en esta industria sino excepcionalmente, porque la competición entre los trabajadores que quieren trabajar en su casa es muy grande, la dispersión de la producción en una masa de procesos heterogéneos permite poca utilización de medios de trabajo comunes, y con la fabricación dispersa el capitalista se ahorra el gasto en edificios, etc.[32] De todos modos, la situación de estos trabajadores de detalle que trabajan en casa, pero para un capitalista (fabricante, établisseur) es completamente diferente de la del artesano autónomo que trabaja para sus propios clientes.[33]

El segundo tipo de manufactura, su forma consumada, produce arte-

[32] Ginebra ha producido 80.000 relojes en el año 1854, que no son ni la quinta parte de la producción de relojes del cantón de Neuchâtel. La Chaux-de-Fonds, que se puede considerar toda ella como una sola manufactura de relojes, suministra anualmente ella sola el doble que Ginebra. En 1850-1861 Ginebra suministró 720.000 relojes. Véase «Report from Geneva on the Watch Trade» en *Reports by H. M.'s Secretaries of Embassy and Legation on the Manufactures, Commerce,* etc., n.° 6, 1863. Ya la falta de conexión de los procesos en que se descompone la producción de artefactos simplemente compuestos dificulta por sí misma mucho la conversión de tales manufacturas en las explotaciones maquinistas de la gran industria, pero en el caso del reloj se añaden a eso otros dos obstáculos: la pequeñez y la delicadeza de sus elementos y su carácter de lujo, al que se debe su variedad, de modo que, p. e., en las mejores casas de Londres no se hará en todo el año ni una docena de relojes que se parezcan. La fábrica de relojes de Vacheron & Constantin, que utiliza con éxito maquinaria, no suministra, por esta razón, más que 3-4 variedades, a lo sumo, de tamaño y forma.

[33] En la relojería, ejemplo clásico de la manufactura heterogénea, se puede estudiar muy bien la mencionada diferenciación y especialización de los instrumentos del trabajo, debida a la descomposición de la actividad artesana.

factos que atraviesan fases conexas de desarrollo, una sucesión de procesos graduales, como, p. e., en la manufactura de agujas para coser, el hilo metálico pasa por las manos de 72 y hasta de 92 trabajadores parciales especiales.

En cuanto una manufactura así combina artesanos inicialmente dispersos, disminuye la separación espacial entre las particulares fases de producción del artefacto. Se abrevia el tiempo de paso de un estadio a otro, y también el trabajo que media esas transiciones.[34] Así se gana, en comparación con la artesanía, fuerza productiva, y ese logro nace precisamente del carácter general cooperativo de la manufactura. Por otra parte, el principio de división del trabajo peculiar a ésta determina un aislamiento de las diferentes fases de la producción, que se han independizado unas de otras como otros tantos trabajos parciales artesanos. La consecución y el mantenimiento de la cohesión entre las funciones aisladas impone un transporte constante del artefacto de una mano a otra y de un proceso a otro. Desde el punto de vista de la gran industria, éste es un hecho que destaca como limitación característica, cara e inmanente al principio de la manufactura.[35]

Si se contempla una determinada cantidad de materia prima —p. e., harapos en la manufactura de papel, o hilo metálico en la manufactura de agujas—, se aprecia que recorre en manos de los diferentes trabajadores parciales una sucesión temporal de fases de producción, hasta su forma final. En cambio, si se considera el taller como un mecanismo conjunto, la materia prima se encuentra simultáneamente en todas sus fases de producción. El trabajador conjunto formado por la combinación de los trabajadores de detalle tira del hilo mientras lo estira simultáneamente con otras manos y herramientas, lo corta y afila con otras, etc. Los diferentes procesos graduales han pasado de una sucesión temporal a una copresencia espacial. Eso permite suministrar más mercancía acabada en un mismo tiempo.[36] Aquella simultaneidad se debe, ciertamen-

[34] «Cuando los hombres trabajan tan juntos, el transporte tiene que ser por fuerza escaso.» (*The Advantages of the East India Trade,* pág. 106.)

[35] «El aislamiento de los diferentes estadios de la producción en la manufactura, consecuencia de la utilización de trabajo manual, aumenta enormemente los costes de producción, originándose en lo esencial la pérdida por el simple transporte de un proceso de trabajo a otro.» (*The Industry of Nations,* Lond. 1855, part. II, pág. 200.)

[36] «Ella» (la división del trabajo) «causa también un ahorro de tiempo al descomponer el trabajo en sus diferentes ramas, las cuales se pueden ejecutar todas en el mismo momento... Mediante la ejecución simultánea de todos los procesos de trabajo diferentes que tomados individualmente se habrían tenido que ejecutar por separado se hace, p. e., posible terminar una cantidad de agujas en

te, a la forma cooperativa general del proceso en su conjunto, pero la manufactura no se encuentra simplemente con las condiciones de la cooperación, sino que también las crea ella por descomposición de la actividad artesana. Por otra parte, no consigue esta organización social del proceso de trabajo sino aherrojando un mismo trabajador a un mismo detalle.

Como el producto parcial de cada trabajador parcial no es, al mismo tiempo, más que un particular estadio de desarrollo de un mismo artefacto, un trabajador o un grupo de trabajadores suministra al siguiente la materia prima de éste. El resultado del trabajo de uno constituye el punto de partida del trabajo del otro. Por eso aquí un trabajador ocupa directamente al otro. El tiempo de trabajo necesario para conseguir el efecto útil buscado en cada proceso parcial se determina empíricamente, y el mecanismo conjunto de la manufactura se basa en el presupuesto de que en un tiempo de trabajo dado se conseguirá un resultado dado. Sólo con ese presupuesto pueden seguir ininterrumpidamente, en paralelismo espacial y simultáneamente los procesos de trabajo diferentes y complementarios. Es claro que esa dependencia inmediata de los trabajos y, por lo tanto, de los trabajadores entre sí obliga a cada cual a no utilizar en su función más que el tiempo necesario, con lo que se origina una continuidad, una uniformidad, una regularidad, un orden [37] y, principalmente, también una intensidad del trabajo del todo diferentes de las que se encuentran en la artesanía independiente e incluso en la cooperación simple. El hecho de que no se aplique a una mercancía más que el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción no parece ser, en la producción mercantil, en general y como tal, más que constricción externa por la competición, porque, dicho superficialmente, cada productor individual tiene que vender la mercancía a su precio de mercado. En la manufactura, en cambio, el suministro de una determinada cantidad de producto en un tiempo de trabajo dado llega a ser ley técnica del proceso de producción mismo.[38]

Pero operaciones diferentes requieren tiempos diferentes y, por lo

el mismo tiempo que en otro caso habría hecho falta para cortar, simplemente, o afilar una sola aguja.» (DUGALD STEWART, *loc. cit.*, pág. 319.)

[37] «Cuantos más y cuanto más varios son los trabajadores especiales en cada manufactura ... tanto más ordenado y regular es cada trabajo; éste se tiene que hacer necesariamente en menos tiempo, y el trabajo tiene que disminuir.» (*The Advantages* etc., pág. 68.)

[38] En realidad, la explotación manufacturera no consigue en muchas ramas este resultado sino imperfectamente, porque no consigue controlar con seguridad las condiciones generales químicas y físicas del proceso de producción.

tanto, arrojan en los mismos tiempos cantidades diferentes de productos parciales. Así, pues, si un mismo trabajador tiene que ejecutar cada día exclusivamente la misma operación, hay que utilizar para operaciones diferentes distintas proporciones de trabajadores, por ejemplo, en una manufactura de tipos de imprenta, 4 fundidores y 2 cortadores por cada pulidor, si el fundidor funde 2.000 tipos por hora, el cortador separa 4.000 por hora y el pulidor deja limpios 8.000 por hora. Aquí reaparece el principio de la cooperación en su forma más simple —ocupación simultánea de muchos que hacen cosas análogas—, pero ahora como expresión de una proporción orgánica. La división manufacturera del trabajo no sólo simplifica, pues, y multiplica los órganos cualitativamente distintos del trabajador social conjunto, sino que establece también una razón matemática fija de la dimensión cuantitativa de esos órganos, esto es, del número relativo de trabajadores o de la magnitud relativa de los grupos de trabajadores de cada función especial. Junto con la articulación cualitativa, desarrolla la regla cuantitativa y la proporcionalidad del proceso social de trabajo.

Una vez establecida empíricamente la proporción adecuada entre los diferentes grupos de trabajadores parciales para una determinada escala de la producción, no es posible aumentar esa escala más que utilizando un múltiplo de cada grupo particular de trabajadores.[39] Se añade a eso que un mismo individuo realiza ciertos trabajos igual en gran escala que en pequeña escala, p. e., el trabajo de vigilancia, el transporte de los productos parciales de una fase de la producción a otra, etc. La independización de esas funciones, su asignación a trabajadores determinados, llega, pues, a ser verdaderamente beneficiosa con el aumento del número de trabajadores empleados, pero ese aumento tiene que afectar en seguida proporcionalmente a todos los grupos.

El grupo, esto es, cierto número de trabajadores que realizan la misma función parcial, consta de elementos homogéneos y constituye un órgano particular del mecanismo total. Pero en varias manufacturas el grupo mismo es ya un cuerpo de trabajo articulado, y el mecanismo conjunto se forma por la repetición o multiplicación de esos organismos productivos elementales. Tomemos, p. e., la manufactura de botellas de

[39] «Cuando la experiencia haya enseñado a reconocer, según la naturaleza particular de los productos de cada manufactura, tanto el modo más ventajoso de dividir la fabricación en operaciones parciales cuanto el número de trabajadores necesarios para ella, todos los establecimientos que no utilicen un múltiplo exacto de ese número trabajarán con más costes... Ésta es una de las causas de la ampliación colosal de los establecimientos industriales.» (CH. BABBAGE, *On the Economy of Machinery*, Lond. 1832, ch. XXI, págs. 172, 173.)

vidrio. Se descompone en tres fases esencialmente distintas. En primer lugar, la fase preparatoria, como la preparación de la composición del vidrio, la mezcla de arena, cal, etc., y la fusión de esta composición para obtener una masa de vidrio flúida.[40] En esta fase están ocupados diferentes trabajadores parciales, y lo mismo ocurre en la fase final, con la retirada de las botellas de los hornos de secado, su clasificación, embalaje, etc. Entre esas dos fases se encuentra en el centro la vidriería propiamente dicha, la elaboración de la masa flúida de vidrio. En la boca misma del horno de vidrio trabaja un grupo que en Inglaterra se llama «hole» (agujero) y se compone de un bottle maker o finisher, un blower, un gatherer, un putter up o whetter off y un taker in.*[153] Esos cinco trabajadores parciales son otros tantos órganos especiales de un mismo cuerpo de trabajo que sólo puede actuar como unidad, esto es, mediante la cooperación inmediata de los cinco. Si falta un miembro, este cuerpo de cinco partes queda paralizado. Pero un mismo horno de vidrio tiene varias bocas —de 4 a 6 en Inglaterra, p. e.—, cada una de las cuales acoge un crisol con vidrio líquido y da trabajo a un grupo de esa forma quíntuple. La articulación de cada grupo se basa directamente en la división del trabajo, mientras que el vínculo entre los diferentes grupos de igual composición es cooperación simple que utiliza más económicamente, mediante consumo común, uno de los medios de producción, el horno de vidrio en este caso. Un horno de vidrio así, con sus 4 a 6 grupos, es una vidriería, y una manufactura vidriera abarca una pluralidad de tales vidrierías junto con las instalaciones y los trabajadores necesarios para las fases de producción previas y conclusivas.

Por último, la manufactura se puede desarrollar hasta constituir una combinación de manufacturas diferentes, como se originan ya en parte de la combinación de artesanías diferentes. Las grandes vidrierías inglesas, p. e., fabrican sus propios crisoles de tierra, porque el éxito o el fracaso del producto depende esencialmente de la calidad de ellos. En este caso la manufactura de un medio de producción se enlaza con la manufactura del producto. A la inversa, la manufactura del producto se puede enlazar a manufacturas en las que sirva de materia prima o con cuyos productos se componga luego. Así se encuentra, p. e., la manufactura de cristal de Inglaterra combinada con el pulimento de vidrio y la fundición de cobre, esta última para montar en metal múltiples

[40] En Inglaterra el horno de fundición está separado del horno en el que se trabaja el vidrio; en Bélgica, p. e., el mismo horno sirve para los dos procesos.

*[153] Un productor de botellas, o acabador, un soplador, un iniciador, un amontonador o separador y un acarreador.

objetos de vidrio. Las diferentes manufacturas combinadas forman entonces departamentos, más o menos separados espacialmente, de una misma manufactura global y, al mismo tiempo, procesos de producción independientes unos de otros y cada cual con su propia división del trabajo. Pese a las varias ventajas que ofrece, la manufactura combinada no consigue sobre su propia base ninguna unidad técnica real. Ésta no se produce hasta que la manufactura se convierte en explotación maquinista.

El período manufacturero, que enuncia pronto como principio consciente la disminución del tiempo de trabajo necesario para la producción de mercancías,[41] desarrolla esporádicamente también el uso de máquinas, principalmente para ciertos sencillos procesos iniciales que hay que realizar masivamente y con mucho gasto de energía. Así, por ejemplo, en la manufactura de papel la trituración de los trapos es pronto cosa de molinos de papel, y en la metalurgia la de los minerales se hace mediante los llamados bocartes.[42] El Imperio Romano logró la forma elemental de toda maquinaria, el molino de agua.[43] El período de la artesanía legó los grandes inventos del compás, la pólvora, la imprenta y el reloj automático. Pero en conjunto la maquinaria desempeña el papel subordinado que le atribuye Adam Smith, junto a la división del trabajo.[44] La

[41] Esto se puede apreciar, por ejemplo, en las obras de W. Petty, John Bellers, Andrew Yarranton, en *The Advantages of the East-India Trade* y los escritos de J. Vanderlint.

[42] Todavía a fines del siglo XVI se seguían usando en Francia morteros y cedazos para romper y lavar los minerales.

[43] Toda la historia de la evolución de la maquinaria se puede recorrer con la historia de los molinos para granos. En inglés la fábrica se sigue llamando todavía mill.*[154] En escritos tecnológicos alemanes de las primeras décadas del siglo XIX se sigue encontrando la expresión Mühle *[154] no sólo para designar toda maquinaria movida por fuerzas naturales, sino incluso para nombrar todas las manufacturas que utilizan aparatos más o menos mecánicos.

[44] Como se verá más precisamente por el Libro Cuarto de esta obra, A. Smith no ha enunciado ni una sola proposición nueva sobre la división del trabajo. Pero lo que le caracteriza como economista más representativo del período manufacturero es la acentuación que da a la división del trabajo. La función subordinada que atribuye a la maquinaria provocó la polémica de Lauderdale en los comienzos de la gran industria, y la de Ure en una época de más desarrollo. Además, A. Smith confunde la diferenciación de los instrumentos —proceso en el cual fueron muy activos los mismos trabajadores parciales de la manufactura— con la invención de máquinas. Y los que en esto último desempeñan un papel no son los trabajadores de las manufacturas, sino los científicos, los artesanos, hasta los campesinos (Brindley), etc.

*[154] Molino, en inglés y alemán, respectivamente.

utilización esporádica de la maquinaria en el siglo XVII tuvo mucha importancia porque ofreció a los grandes matemáticos de aquella época puntos de apoyo prácticos y estímulos para la creación de la mecánica moderna.

La maquinaria específica del período de la manufactura es en realidad el mismo trabajador total, formado por combinación de muchos trabajadores parciales. Las diferentes operaciones que ejecuta sucesiva o alternativamente el productor de una mercancía y que se entrelazan en el conjunto de su proceso de trabajo requieren variamente su atención. En una de esas operaciones tiene que aplicar más fuerza, en otra más habilidad, en la tercera más cuidado intelectual, etc., y un mismo individuo no posee todas esas propiedades en la misma medida. Luego de la separación, la independización y el aislamiento de las diferentes operaciones, los trabajadores se distribuyen, se clasifican y se agrupan según las cualidades que predominan en ellos. Si, por una parte, las peculiaridades naturales de los trabajadores son el tronco en el que se injerta la división del trabajo, por otra, la manufactura, una vez instaurada, desarrolla fuerzas de trabajo que por naturaleza no sirven más que para funciones especiales y unilaterales. El trabajador conjunto posee ahora todas las cualidades productivas en el mismo grado de virtuosismo y, al mismo tiempo, las gasta del modo más económico al utilizar todos sus órganos —individualizados en trabajadores o grupos de trabajadores particulares— exclusivamente para sus funciones específicas.[45] La unilateralidad y hasta la imperfección del trabajador parcial se convierten en perfecciones suyas en cuanto miembro del trabajador total.[46] La costumbre de una función unilateral lo convierte en órgano naturalmente seguro de ella, mientras que la cohesión del mecanismo conjunto le obliga a actuar con la regularidad de un elemento de máquina.[47]

[45] «Al dividir la obra en varias operaciones diferentes cada una de las cuales exige diferentes grados de habilidad y energía, el dueño de la manufactura se puede procurar la cantidad de energía y de habilidad exactamente correspondiente a cada operación. En cambio, si un solo trabajador tuviera que realizar toda la obra, ese mismo individuo tendría que poseer a la vez habilidad suficiente para las operaciones más delicadas y fuerza suficiente para las más fatigosas.» (CH. BABBAGE, *loc. cit.*, ch XIX.)

[46] P. e., un desarrollo desequilibrado de los músculos, deformaciones óseas, etcétera.

[47] El señor Wm. Marshall, general manager de una manufactura de vidrio, contesta muy acertadamente a la pregunta del comisario investigador sobre el modo de mantener la laboriosidad entre los niños a los que emplea: «Es que no pueden descuidar el trabajo; si empiezan a trabajar, tienen que seguir haciéndolo; son justo como partes de una máquina.» (*Child. Empl. Comm., Fourth Report,* 1865, pág. 247.)

Como las diferentes funciones del trabajador conjunto son más o menos simples o compuestas, bajas o elevadas, sus órganos, las fuerzas de trabajo individuales, requieren grados de formación muy diferentes y poseen, por lo tanto, valores muy diferentes. La manufactura desarrolla así una jerarquía de las fuerzas de trabajo, a la que corresponde una escala de salarios. Si, por una parte, el trabajador individual se asigna y anexiona de por vida a una función unilateral, por otra, las distintas operaciones laborales se adaptan a aquella jerarquía de capacidades naturales y adquiridas.[48] Pero todo proceso de producción implica ciertas manipulaciones sencillas de las que es capaz cualquier ser humano tal como lo echan al mundo. También estas operaciones se separan de su flúida conexión con los momentos de más contenido de la actividad y cristalizan en funciones exclusivas.

Por eso la manufactura engendra, en cada oficio que aferra, una clase de trabajadores llamados sin habilidades, rigurosamente imposibles en la explotación artesana. Mientras por un lado desarrolla la especialidad recortada, a costa de la capacidad global de trabajo, hasta hacer de ella un virtuosismo, la manufactura empieza ya, por otra parte, a convertir en especialidad la falta de todo desarrollo. Junto a la gradación jerárquica aparece la simple división de los trabajadores en especialistas y peones. Para estos últimos no existen en absoluto costes de aprendizaje, y para los primeros esos costes disminuyen en comparación con el artesano, a consecuencia de la simplificación de la función. En ambos casos disminuye el valor de la fuerza de trabajo.[49] La excepción surge en cuanto que la descomposición del proceso de trabajo engendra nuevas funciones recomponedoras que en la explotación artesana no se daban, o no se daban en la misma medida. La desvaloración relativa de la fuerza de trabajo, originada por la eliminación o la disminución de los

[48] El Dr. Ure percibe, en su apoteosis de la gran industria, los caracteres peculiares de la manufactura más agudamente que los economistas anteriores que no tenían su mismo interés polémico, e incluso que sus contemporáneos, que Babbage, p. e., que sin duda le es superior como matemático y mecánico, pero concibe, a pesar de ello, la gran industria propiamente desde el punto de vista, todavía, de la manufactura. Observa Ure: «La esencia de la distribución de los trabajos es la asignación de los trabajadores a cada operación especial.» Por otra parte dice que esa distribución es «adaptación de las labores a las diferentes capacidades individuales» y, por último, caracteriza todo el sistema manufacturero como «un sistema de gradaciones según el rango de la habilidad», como «una división del trabajo según los diferentes grados de habilidad, etc. (URE, *Philos. of Manuf.*, págs. 19-23, *passim.*)

[49] «Todo artesano al que ... se puso en situación de perfeccionarse por la práctica en una operación única ... se convirtió en un trabajador barato.» (URE, *loc. cit.*, pág. 19.)

costes de aprendizaje, implica inmediatamente una valorización superior del capital, pues todo lo que acorta el tiempo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo prolonga el dominio del plustrabajo.

4. *División del trabajo dentro de la manufactura y división del trabajo dentro de la sociedad*

Consideramos primero el origen de la manufactura, luego sus elementos simples —el trabajador parcial y su herramienta— y, finalmente, su mecanismo global. Ahora tocaremos brevemente la relación entre la división manufacturera del trabajo y la división social del trabajo que constituye el fundamento general de toda producción de mercancías.

Si no se considera más que el trabajo mismo, se puede llamar división general del trabajo a la separación de la producción social en sus grandes géneros, como agricultura, industria, etc.; división particular del trabajo a la particularización de esos géneros de la producción en especies y subespecies; y división singular del trabajo a la división del trabajo dentro de un taller.[50]

La división del trabajo dentro de la sociedad y la correspondiente limitación de los individuos a particulares esferas profesionales se desarrolla desde puntos de partida contrapuestos, como la división del trabajo dentro de la manufactura. Dentro de una familia [50a] y, ya con

[50] «La división del trabajo procede desde la separación de las más diversas profesiones hasta aquella división en la que varios trabajadores se distribuyen en la producción de un mismo producto, como en la manufactura.» (STORCH, *Cours d'Écon. Pol.*, ed. de Paris, t. I, pág. 173.) «En los pueblos que han alcanzado cierto estadio de civilización encontramos tres especies de división del trabajo: la primera, a la que llamamos general, introduce la división de los productores en agricultores, cultivadores de oficios y mercaderes, y corresponde a las tres ramas principales del trabajo nacional; la segunda, a la que se podría llamar particular, es la división de cada rama del trabajo en especies ... por último, la tercera división del trabajo, que se debería llamar división de la ejecución del trabajo o división del trabajo propiamente dicha, es aquella que se forma en las artesanías y los oficios singulares ... y toma pie en la mayoría de las manufacturas y los talleres.» (SKARBEK, *loc. cit.*, págs. 84, 85.)

[50a] {Nota a la 3.ª ed. Posteriores estudios muy cuidadosos de la situación primitiva de la humanidad llevaron al autor al resultado de que no fue originariamente la familia la que se desarrolló hasta formar la tribu, sino, a la inversa, la tribu la forma originaria espontánea de la asociación humana basada en el parentesco de sangre, de modo que las múltiples y diferentes formas de familia se desarrollaron a partir de la disolución incipiente de los lazos tribales. F.E.}

más desarrollo, dentro de una tribu, surge una división espontánea del trabajo por las diferencias de sexo y de edad, o sea, sobre una base puramente fisiológica, división que amplía su material con la expansión de la comunidad, el aumento de la población y, sobre todo, el conflicto entre tribus diferentes y el sometimiento de una tribu por otra. Por otra parte, como ya he observado antes, el intercambio de productos surge en los puntos en que entran en contacto diferentes familias, tribus, comunidades, pues en los comienzos de la cultura no se enfrentan autónomamente personas privadas, sino familias, tribus, etc. Comunidades diferentes encuentran en su entorno natural medios de producción y medios de vida diferentes. Por eso son diferentes sus modos de producción, sus modos de vida y sus productos. Esa diversidad espontánea es la que suscita, en el contacto entre las comunidades, el intercambio de los productos respectivos y, consiguientemente, la paulatina conversión de esos productos en mercancías. El intercambio no crea la diferencia entre las esferas de producción, sino que pone en relación las que son diferentes y las convierte así en ramas más o menos interdependientes de una producción social total. Aquí nace la división social del trabajo por el intercambio de esferas de producción inicialmente diferentes, pero independientes unas de otras. En cambio, allí donde el punto de partida es la división fisiológica del trabajo, los particulares órganos de un todo inmediatamente conjunto se separan unos de otros, se descomponen —proceso de descomposición principalmente provocado por el intercambio de mercancías con comunidades extrañas— y se independizan hasta el punto en el cual la conexión entre los diferentes trabajos queda mediada por el intercambio de los productos como mercancías. En el primer caso hay dependización de lo que antes era independiente, y en el otro independización de lo que antes era dependiente.

El fundamento de toda división del trabajo desarrollada y mediada por intercambio de mercancías es la separación de ciudad y campo.[51] Se puede decir que toda la historia económica de la sociedad se resume en el movimiento de esa contraposición, en la que aquí no vamos a entrar más.

Así como para la división del trabajo dentro de la manufactura es presupuesto material un cierto número de trabajadores utilizados simul-

[51] Sir James Steuart ha tratado esta cuestión del mejor modo. Se ve hasta qué punto es hoy poco conocida su obra, aparecida 10 años antes que el *Wealth of Nations,* por el hecho, p. e., de que los admiradores de Malthus no saben siquiera que éste, en la primera edición de su libro sobre la *Population,* prescindiendo de la parte puramente declamatoria, casi se limita a copiar a Steuart, además de a los curas Wallace y Townsend.

táneamente, así también lo es, para la división del trabajo dentro de la sociedad, la dimensión de la población y su densidad, que ocupa aquí el lugar de la aglomeración en un mismo taller.[52] Pero esa densidad es cosa relativa. Un país de población relativamente escasa, pero con unos medios de comunicación desarrollados, tiene una población más densa que la de un país más poblado, pero con medios de comunicación no desarrollados, y en este sentido los estados septentrionales de la Unión norteamericana, p. e., están poblados más densamente que la India.[53]

Como la producción y la circulación de mercancías son el presupuesto general del modo de producción capitalista, la división manufacturera del trabajo requiere una división del trabajo dentro de la sociedad ya madurada hasta un cierto grado de desarrollo. A la inversa: la división manufacturera del trabajo desarrolla y multiplica retroactivamente aquella división social del trabajo. Con la diferenciación de los instrumentos de trabajo se van diferenciando cada vez más los oficios que producen esos instrumentos.[54] Cuando la explotación manufacturera toma un oficio que hasta entonces estaba unido a otros como oficio principal o auxiliar y se ejercía por un mismo productor, se produce en seguida división e independización recíproca. Si lo que aferra es un particular estadio de la producción de una mercancía, los distintos estadios de la producción de ésta se convierten en oficios independientes. Se ha indicado ya que cuando la obra es un conjunto de productos parciales compuesto de un modo meramente mecánico, los trabajos parciales se pueden independizar a su vez en artesanías propias. Para realizar más perfectamente la división del trabajo dentro de una manufactura se escinde una misma rama de producción según la diversidad de sus materias primas o de las diferentes formas que puede cobrar una misma materia prima, hasta constituir manufacturas diferentes, y a veces

[52] «Hay una cierta densidad de población que es útil tanto para el tráfico social cuanto para la colaboración de energías por la cual aumenta el rendimiento del trabajo.» (James Mill, *loc. cit.*, pág. 50.) «Cuando aumenta el número de trabajadores aumenta la productividad de la sociedad en la misma proporción de ese crecimiento, multiplicada por el efecto de la división del trabajo.» (Th. Hodgskin, *loc. cit.*, pág. 120.)

[53] A consecuencia de la gran demanda de algodón desde 1861, en algunos distritos del este de la India, muy poblados, por lo demás, se amplió la producción de algodón a costa de la de arroz. Así se produjo hambre en algunas partes, porque, no bastando los medios de comunicación ni, por lo tanto, la relación física, la falta de arroz en un distrito no se pudo compensar mediante envíos de otros distritos.

[54] De este modo la fabricación de lanzaderas para telar constituyó ya durante el siglo XVII una rama industrial especial en Holanda.

incluso completamente nuevas. Así, ya en la primera mitad del siglo XVIII se tejía, sólo en Francia, más de 100 productos de seda diferentes, y en Aviñón, por ejemplo, la ley disponía: «cada aprendiz se tiene que dedicar siempre a una sola clase de fabricación y no puede aprender a la vez la ejecución de varias clases de productos». La división territorial del trabajo, que fija determinadas ramas de la producción en determinados distritos, recibe un nuevo empuje de la explotación manufacturera, la cual explota todas las particularidades.[55] La ampliación del mercado mundial y el sistema colonial, que son elementos de las condiciones generales de existencia de la manufactura, ofrecen a ésta un rico material para la división del trabajo dentro de la sociedad. No es éste el lugar adecuado para seguir mostrando cómo la división del trabajo dentro de la sociedad va asumiendo, junto con la económica, toda otra esfera de la sociedad y poniendo en todas partes los fundamentos de ese desarrollo del especialismo, de las especialidades, y esa parcelización del ser humano que hizo estallar ya a A. Ferguson, el maestro de A. Smith, en la exclamación: «Estamos haciendo una nación de hilotas y no hay libres entre nosotros.» [56]

Pese a las numerosas analogías y a las conexiones entre la división del trabajo en el interior de la sociedad y la división dentro de un taller, sin embargo, ambas son distintas no sólo en grado, sino esencialmente. La analogía parece contundentemente indiscutible en los casos en los que un vínculo interno entrelaza diferentes ramas económicas. El ganadero, por ejemplo, produce pieles, el curtidor convierte las pieles en cueros, el zapatero el cuero en botas. Cada uno produce aquí un producto gradual, y la última forma terminada es producto combinado de sus trabajos particulares. Se añaden a eso las múltiples ramas del trabajo que suministran medios de producción al ganadero, al curtidor y al zapatero. Uno puede entonces imaginarse, con A. Smith, que esa división social del trabajo no se diferencia de la manufacturera más que subjetivamente, a saber, para el observador, que en este caso ve especialmente juntos, con una sola mirada, los múltiples trabajos parciales, mientras que en el otro la dispersión de esos trabajos por grandes superficies y el

[55] «¿Y no está dividida la manufactura de lanas inglesa en diferentes partes o ramas que se han establecido en determinados lugares en los que se produce sólo o principalmente tales especialidades, como paños finos en Somersetshire, paños burdos en Yorkshire, de ancho doble en Exeter, seda en Sudbury, crespón en Norwich, mezclilla en Kendal, mantas en Whitney, etc.?» (Berkeley, *The Querist*, 1750, § 520.)

[56] A. Ferguson, *History of Civil Society*, Edinb. 1767, part IV, sect. II, pág. 285.

gran número de las personas ocupadas en cada rama especial oscurecen la conexión.[57] Pero ¿qué es lo que produce esa conexión entre los independientes trabajos del ganadero, el curtidor, el zapatero? La existencia mercantil de sus productos respectivos. ¿Qué caracteriza, en cambio, la división manufacturera del trabajo? El hecho de que el trabajador parcial no produce ninguna mercancía.[58] Sólo el producto común de los trabajadores parciales se convierte en mercancía.[58a] La división del trabajo dentro de la sociedad está mediada por la compra y la venta de los productos de diferentes ramas de trabajo; en la manufactura la co-

[57] En las manufacturas propiamente dichas, dice A. Smith, la división del trabajo parece mayor porque «las personas ocupadas en cada rama del trabajo están a menudo reunidas en un taller, de modo que el observador los puede ver con una sola mirada. En cambio, en las grandes manufacturas (!) destinadas a satisfacer las necesidades principales de la gran masa de la población, están empleados en cada rama del trabajo tantos obreros que es imposible reunirlos en un taller ... la división no es ni mucho menos tan manifiesta.» (A. Smith, *Wealth of Nations,* b. I, ch. I.) El célebre paso del mismo capítulo que empieza con las palabras «Considérese las pertenencias del más corriente artesano o jornalero en un país civilizado y floreciente», etc., para pintar luego cuántos múltiples e innumerables oficios colaboran para satisfacer las necesidades de un trabajador corriente, está copiado bastante literalmente de las *Remarks* de B. de Mandeville a su *Fable of the Bees, or Private Vices, Publick Benefits* (primera edición, sin las *Remarks,* en 1705, con las *Remarks* en 1714.)

[58] «Pero ya no hay nada a lo que se pueda llamar salario natural del trabajo de un individuo. Cada obrero no produce más que una parte del todo, y como cada parte no tiene por sí misma ni valor ni utilidad, no hay nada que el trabajador pueda coger y de lo que pueda decir: esto es mi producto, quiero quedarme con él.» (*Labour defended against the claims of Capital,* Lond. 1825, pág. 25.) El autor de esta obra excelente es el antes citado Th. Hodgskin.

[58a] Nota a la 2.ª ed. Los yankees han ilustrado prácticamente esta diferencia entre la división del trabajo social y la manufacturera. Uno de los nuevos impuestos inventados en Washington durante la guerra civil fue la tributación indirecta del 6 % sobre «todos los productos industriales». Problema: ¿qué es un producto industrial? Respuesta del legislador: una cosa es producida «cuando es una cosa hecha» (when it is made), y es una cosa hecha cuando está lista para la venta. Un ejemplo de entre muchos. Manufacturas de New York y Philadelphia habían «hecho» en otro tiempo paraguas con todos sus adminículos. Pero como un paraguas es un mixtum compositum de elementos muy heterogéneos, estos últimos se fueron convirtiendo en artefactos de ramas industriales independientes unas de otras y desarrolladas en lugares diferentes. Sus productos parciales llegaban ahora como mercancías independientes a la manufactura de paraguas, que se limitaba ya a reunirlos en un todo. Los yankees bautizaron a esos artículos con el nombre de «assembled articles» (artículos reunidos), nombre que realmente merecían por ser lugar de reunión de impuestos. Y así el paraguas «reunió» primero al 6 % del nuevo impuesto sobre el precio de cada uno de sus elementos, y luego el 6 % sobre su propio precio total.

nexión de los trabajos parciales está mediada por la venta de diferentes fuerzas de trabajo a un mismo capitalista que las utiliza como fuerza de trabajo combinada. La división manufacturera del trabajo supone concentración de los medios de producción en la mano de un capitalista; la división social del trabajo supone dispersión de los medios de producción entre muchos productores de mercancías independientes unos de otros. Mientras que en la manufactura la ley de bronce de la razón numérica, o proporcionalidad, subsume determinadas masas de trabajadores bajo funciones determinadas, son el azar y la arbitrariedad los que juegan abigarradamente en la distribución de los productores de mercancías y de sus medios de producción entre las diferentes ramas sociales del trabajo. Es cierto que las diferentes esferas de producción intentan constantemente ponerse en equilibrio —por el hecho de que, por una parte, cada productor de mercancías tiene que producir un valor de uso, esto es, satisfacer una particular necesidad social, y, siendo cuantitativamente distintas las dimensiones de esas necesidades, hay un vínculo interno que encadena las diferentes masas de necesidades hasta hacer de ellas un sistema espontáneo; y, por otra parte, por el hecho de que la ley del valor de las mercancías determina cuánto de todo su tiempo de trabajo disponible puede gastar la sociedad en la producción de cada particular especie de mercancías—; pero esa constante tendencia de las diferentes esferas de la producción a ponerse en equilibrio se actúa sólo como reacción contra la constante supresión de ese equilibrio. La regla observada a priori y según plan en la división del trabajo dentro del taller actúa, en la división del trabajo en el interior de la sociedad, sólo a posteriori, como necesidad interna, muda, perceptible en los saltos del barómetro de los precios de mercado, avasalladora de la arbitrariedad sin regla de los productores de mercancías. La división manufacturera del trabajo supone la incondicional autoridad del capitalista sobre seres humanos que constituyen meros miembros de un mecanismo total que le pertenece a él; la división social del trabajo enfrenta a independientes productores de mercancías que no reconocen más autoridad que la competición, la constricción que ejerce sobre ellos la presión de sus recíprocos intereses, del mismo modo que en el reino animal el bellum omnium comtra omnes *[155] conserva más o menos las condiciones de existencia de todas las especies. La misma consciencia burguesa que celebra la división manufacturera del trabajo, la anexión de por vida del trabajador a una operación de detalle y la subordinación

*[155] Guerra de todos contra todos. La expresión es inicialmente sociológica, no biológica: procede del *Leviathan* de Thomas Hobbes, 1588-1679.

absoluta de los trabajadores al capital como organización del trabajo que aumenta la fuerza productiva de éste, denuncia, por ello, no menos ruidosamente, todo control y toda regulación sociales conscientes del proceso social de producción, condenándolos como intromisión en los intangibles derechos de propiedad, de libertad y de «genialidad» del capitalista individual, definida por él mismo. Es muy característico de los entusiastas apologistas del sistema fabril el que no sepan decir nada peor contra toda organización general del trabajo social sino que convertiría a la sociedad entera en una fábrica.

Mientras que la anarquía de la división social del trabajo y el despotismo de la división manufacturera del trabajo se condicionan recíprocamente en la sociedad del modo de producción capitalista, en cambio, formas de sociedad anteriores en las que la particularización de las profesiones se desarrolla espontáneamente, cristaliza luego y, finalmente, se consolida mediante la ley, ofrecen, por una parte, la imagen de una organización planificada y autoritaria del trabajo social y, por otra, la exclusión completa de la división del trabajo dentro del taller, o su desarrollo a escala enana, o sólo esporádico y casual.[59]

Las arcaicas y pequeñas comunidades indias, p. e., que siguen existiendo parcialmente, se basan en una posesión común de la tierra, una vinculación inmediata a la agricultura y la artesanía y una fina división del trabajo que funciona como plan esquemático dado en la fundación de nuevas aldeas. Forman conjuntos de producción autosuficientes cuyo territorio de producción varía entre 100 y unos 1.000 acres. La masa principal de los productos se produce para la necesidad inmediata de la comunidad misma, no como mercancía, y por eso la producción es independiente de la división del trabajo en el conjunto de la sociedad india, división mediada por el intercambio de mercancías. Sólo el excedente de los productos se convierte en mercancía, y en parte sólo en la mano del estado, al que desde tiempos inmemoriales afluye como renta en naturaleza una cantidad determinada. Diferentes zonas de la India poseen formas diferentes de comunidad. En la forma más simple, la aldea labra comunitariamente la tierra y distribuye los productos de ésta entre sus miembros, mientras que cada familia trabaja en hilar, tejer, etc., entendidos como trabajo secundario y doméstico. Junto a esa masa que

[59] «Como regla general se puede afirmar lo siguiente: Cuanto menos preside la autoridad la división del trabajo dentro de la sociedad, tanto más se desarrolla la división del trabajo en el interior del taller y tanto más está sometida a la autoridad de un individuo. Según esto, la autoridad en el taller y la autoridad en la sociedad respecto de la división del trabajo se encuentran en razón inversa.» (Karl Marx, *loc. cit.*, págs. 130, 131.)

trabaja del mismo modo encontramos al «vecino principal», que es juez, policía y recaudador de impuestos en una sola persona; el contable, que lleva la cuenta de la agricultura y catastra y registra todo lo referente a ella; un tercer funcionario, que persigue a los delincuentes y protege a los viajeros y los acompaña de una aldea a otra; el guardia del término, que vigila los límites de la comunidad con las aldeas vecinas; el inspector del agua, que distribuye para fines agrícolas el agua de los depósitos comunales; el brahmán, que cumple las funciones del culto religioso; el maestro, que enseña a los niños de la aldea a escribir y leer en la arena; el brahmán del calendario, que indica, en funciones de astrólogo, los momentos adecuados para la siembra y la cosecha, así como las horas buenas y las horas malas; un herrero y un carpintero, que hacen y arreglan todas las herramientas agrícolas; el alfarero, que hace todos los recipientes de la aldea; el barbero, el lavandero que se ocupa de la limpieza de las ropas, el platero, en algunas aldeas el poeta, que sustituye en unas al platero y en otras al maestro. Esa docena de personas se mantiene a costa de la comunidad entera. Cuando aumenta la población, se instala una aldea nueva en tierras vírgenes, según el modelo de la vieja. El mecanismo de la comunidad muestra una división del trabajo planificada, pero en él es imposible una división del trabajo manufacturera, pues el mercado del herrero, del carpintero, etc., permanece inmutable, y lo más que puede ocurrir es que, por las dimensiones de las aldeas, en vez de un herrero, un alfarero, etc., haya dos o tres de ellos.[60] La ley que regula la división del trabajo de la comunidad actúa aquí con la inviolable autoridad de una ley de la naturaleza, mientras que cada artesano particular, como el herrero, etc., ejecuta todas las operaciones correspondientes a su especialidad independientemente y sin reconocer en su taller ninguna autoridad. El sencillo organismo productivo de esas comunidades autosuficientes que se reproducen constantemente en la misma forma y que, cuando quedan casualmente destruidas, se reconstruyen en el mismo lugar y con el mismo nombre,[61] nos entrega la clave del misterio de la inmutabilidad de las

[60] Lieut. Col. Mark Wilks, *Historical Sketches of the South of India,* Lond. 1810 a 1817, vol. I, págs. 118-120. Se encuentra una buena exposición conjunta de las diferentes formas de comunidad india en la obra de George Campbell, *Modern India,* London 1852.

[61] «De esta sencilla forma han vivido ... los habitantes del país desde tiempos inmemoriales. Pocas veces se modificaron los límites de los territorios de las aldeas; y aunque la guerra, las hambres y las epidemias acosaron repetidamente las aldeas, y hasta las destruyeron, se han perpetuado a través de generaciones los mismos nombres, los mismos límites, los mismos intereses e incluso las mismas familias. Los habitantes no se dejaron afectar por la ruina y la división

sociedades asiáticas, tan llamativamente contrastada por la constante disolución y reconstitución de los estados asiáticos y por el ininterrumpido cambio de dinastías. La estructura de los elementos económicos básicos de la sociedad no se ve afectada por las tormentas de la política, región de las grandes nubes.

Como ya se ha observado, las leyes gremiales impedían, según plan, mediante una limitación drástica del número de oficiales que se permitía emplear al maestro gremial particular, la conversión de éste en un capitalista. Así tampoco podía emplear oficiales más que en la artesanía, exclusivamente, en la que él mismo era maestro. El gremio se defendió celosamente contra toda extralimitación del capital mercantil, que era la única forma de capital que se le enfrentaba. El mercader podía comprar todas las mercancías, excepto el trabajo como mercancía. Sólo se le toleraba en cuanto traficante con los productos de la artesanía. Si circunstancias externas provocaban una ulterior división del trabajo, los gremios existentes se escindían en subespecies, o bien se disponían nuevos gremios al lado de los viejos, pero sin reunir artesanías distintas en un taller. Por consiguiente, y pese a lo mucho que su particularización, su aislamiento y su configuración de los oficios pertenecen a las condiciones materiales de existencia del período manufacturero, la organización gremial excluía la división manufacturera del trabajo. En conjunto, el trabajador y su medio de produción se mantuvieron unidos el uno al otro, como el caracol con su concha, de modo que en ella no se dio el fundamento primero de la manufactura, la independización de los medios de producción, en condición de capital, frente al trabajador.

Mientras que la división del trabajo en el conjunto de una sociedad es propia de las más diversas formaciones económicas de la sociedad, igual si esa división está mediada por el intercambio de mercancías que si no lo está por él, en cambio, la división manufacturera del trabajo es una creación plenamente específica del modo de producción capitalista.

---

del reino; con tal de que la aldea no sea dividida, les es indiferente el poder que se la anexione y el señor al que revierta. Su economía interior se mantiene inalterada.» (Th. Stamfort Raffles, late Lieut. Gov. of Java, *The History of Java,* Lond. 1817, vol. I, pág. 285.)

5. *El carácter capitalista de la manufactura*

El punto de partida espontáneo de la manufactura, como de la cooperación en general, es un número grande de trabajadores a las órdenes de un mismo capital. Viceversa, la división manufacturera del trabajo convierte en necesidad técnica el aumento del número de trabajadores utilizados. El mínimo de trabajadores que tiene que aplicar un capitalista individual le viene ahora prescrito a éste por la presente división del trabajo. Por otra parte, las ventajas de una ulterior división del trabajo están condicionadas por un aumento ulterior del número de trabajadores, aumento que ya sólo se puede ejecutar por multiplicación. Junto con el variable, tiene que aumentar, empero, también el elemento constante del capital, además de las dimensiones de las condiciones comunes de producción, como edificios, hornos, etc., y señaladamente también, y mucho más deprisa que el número de obreros, la materia prima. La masa de ésta absorbida en un tiempo dado por una cantidad dada de trabajo aumenta en razón directa del aumento de la fuerza productiva del trabajo por su división. Así, pues, es una ley que brota del carácter técnico de la manufactura el que aumente la dimensión mínima del capital que ha de estar en manos de los capitalistas individuales, o sea, que haya una creciente conversión de los medios de vida sociales y los medios de producción sociales en capital.[62]

Al igual que en la cooperación simple, en la manufactura el cuerpo trabajador en funcionamiento es una forma de existencia del capital. El mecanismo social de producción, compuesto de muchos trabajadores individuales, pertenece al capitalista. Por eso la fuerza productiva que nace de la combinación de los trabajos aparece como fuerza productiva del capital. La manufactura propiamente dicha no sólo somete el antiguo trabajador independiente a las órdenes y la disciplina del capital, sino

[62] «No basta con que se encuentre dado en la sociedad el capital necesario para la subdivisión de los oficios» (debería decir: los medios de vida y de producción necesarios para ella); además, es necesario que esté acumulado en las manos de los empresarios en masas suficientemente considerables para capacitarlos para el trabajo en gran escala... Cuanto más aumenta la división, la ocupación constante de un mismo número de trabajadores requiere un capital cada vez más considerable en herramientas, materias primas, etc.» (Storch, *Cours d'Écon. Polit.,* ed. de Paris, t. I, págs. 250, 251.) «La concentración de los instrumentos de producción y la división del trabajo son tan inseparables una de otra como lo son en el terreno de la política la centralización de los poderes públicos y la división de los intereses privados.» (Karl Marx, *loc. cit.,* pág. 134 <OME 23>.)

que, además, crea una articulación jerárquica de los mismos trabajadores. Mientras que la cooperación simple deja en conjunto sin alterar el modo de trabajar de los individuos, la manufactura revoluciona desde el fondo ese modo de trabajo y aferra la fuerza de trabajo individual por su raíz. Anquilosa al trabajador llevándole a una abnormidad, estimulando como en un invernadero su habilidad de detalle mediante la represión de todo un mundo de disposiciones e impulsos productivos, igual que en los estados del Plata se degüella un animal entero para beneficiar el pellejo o las mantecas. No sólo se dividen los particulares trabajos parciales entre diferentes individuos, sino que también se divide el individuo mismo, se convierte en motor automático de un trabajo parcial,[63] y se realiza la fábula insulsa de Menenio Agripa *[156] que concibe a un hombre como mero fragmento de su propio cuerpo.[64] Al principio el trabajador vende su fuerza de trabajo al capital porque le faltan los medios materiales para la producción de una mercancía; pero ahora incluso su misma fuerza de trabajo individual se niega a funcionar si no está vendida al capital. Ya no funciona más que en una trama que no existe sino después de su venta, en el taller del capitalista. El trabajador de la manufactura, incapacitado, por su constitución natural, de hacer algo autónomo, no desarrolla ya una actividad productiva más que como adminículo del taller del capitalista.[65] Así como el pueblo elegido llevaba escrito en la frente que era propiedad de Jehová, así también la división del trabajo imprime al trabajador de las manufacturas un sello que le marca como propiedad del capital.

Los conocimientos, la penetración y la voluntad que, aunque sea en

[63] Dugald Stewart llama a los trabajadores manufactureros «autómatas vivientes utilizados para trabajos parciales.» (*Loc. cit.*, pág. 318.)

[64] En los corales cada individuo constituye, en efecto, el estómago de todo el grupo. Pero suministra alimento al grupo, en vez de arrebatárselo, como el patricio romano.

[65] «El trabajador que domina toda una artesanía puede trabajar en cualquier sitio y conseguir su sustento en todas partes; el otro» (el trabajador de las manufacturas) «no es más que un adminículo y, separado de sus colegas de trabajo, no tiene ni capacidad ni independencia y se ve, por lo tanto, obligado a aceptar la ley que se tenga a bien imponerle.» (Storch, *loc. cit.*, ed. de Petersburgo 1815, t. I, pág. 204.)

---

*[156] Según la leyenda romana, el patricio Menenio Agripa consiguió aplacar a los plebeyos, que el año 494 a. C. habían abandonado la ciudad, en pugna con los aristócratas, contándoles la parábola según la cual el estado es como un organismo humano y los plebeyos son los miembros que han de procurar alimento al estómago del estado, que son los patricios, y si el estómago no los recibe, perece todo el organismo, incluidos los miembros plebeyos.

pequeña escala, desarrolla el campesino o el artesano independiente, igual que el salvaje ejerce como astucia personal todas las artes de la guerra, no se requieren ahora más que para el conjunto del taller. Las potencias intelectuales de la producción amplían su escala por un lado porque desaparecen por otros muchos. Lo que los trabajadores parciales pierden se concentra frente a ellos en el capital.[66] Constituye un producto de la división manufacturera del trabajo el contraponerles las potencias intelectuales del proceso material de producción como propiedad ajena y como poder que los domina. Este proceso de escisión empieza en la cooperación simple, en la cual el capitalista representa frente a los trabajadores individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. Se desarrolla en la manufactura, que amputa al trabajador haciendo de él un trabajador parcial. Se consuma en la gran industria, la cual separa la ciencia, como potencia propia de producción, del trabajo, y la exprime al servicio del capital.[67]

En la manufactura, el enriquecimiento del trabajador global y, por lo tanto, del capital en fuerza productiva social está condicionado por el empobrecimiento del trabajador en fuerzas productivas individuales.

«La ignorancia es la madre de la industria, como de la superstición. La reflexión y la imaginación están sometidas al error; pero la costumbre de mover el pie o la mano no depende ni de la una ni de la otra. Por eso las manufacturas prosperan sobre todo donde uno se desprende al máximo de espíritu, de tal modo que el taller se pueda contemplar como una máquina cuyas partes son hombres.» [68]

Y de hecho algunas manufacturas utilizaron con predilección, a mediados del siglo XVIII, semi-idiotas para ciertas operaciones sencillas que, sin embargo, eran secretos de fabricación.[69]

«El espíritu de la gran mayoría de los hombres», dice A. Smith, «se desarrolla necesariamente partiendo de sus operaciones cotidianas y de consuno con ellas. Un hombre que gasta su vida entera en la ejecución de unas pocas operaciones sencillas ... no tiene ocasiones de ejercitar su entendimiento... Se hace por

[66] A. Ferguson, *loc. cit.*, pág. 281: «El uno habrá ganado lo que el otro haya perdido.»

[67] «El hombre de saber y el trabajador productivo están muy separados el uno del otro y la ciencia, en vez de aumentar, en la mano del trabajador, sus propias fuerzas productivas para él mismo, se le ha contrapuesto casi en todas partes... El conocimiento se convierte en un instrumento, susceptible de ser separado del trabajo y contrapuesto a él.» (W. Thopmson, *An Inquiry into the Principles of the Distribution of Wealth*, London 1824, pág. 274.)

[68] A. Ferguson, *loc. cit.*, pág. 280.

[69] J. D. Tuckett, *A History of the Past and Present State of the Labouring Population*, Lond. 1846, vol. I, pág. 148.

lo común todo lo estúpido e ignorante que es posible serlo a una criatura humana.»

Luego de describir el romo espíritu del trabajador parcial, Smith sigue diciendo:

«La uniformidad de su vida estacionaria estropea también, como es natural, el ánimo de su espíritu... Destruye incluso la energía de su cuerpo y le incapacita para aplicar su fuerza con ímpetu y tenacidad, salvo en la ocupación de detalle para la que está educado. Su habilidad en su tarea particular parece así adquirida a costa de sus virtudes intelectuales, sociales y guerreras. Mas éste es el estado en que ha de caer inevitablemente en toda sociedad industrial y civilizada el pobre trabajador (the labouring poor), o sea, la gran masa del pueblo.» [70]

Smith recomienda una instrucción popular estatal —aunque en dosis cautamente homeopáticas— para impedir el completo anquilosamiento de la masa del pueblo debido a la división del trabajo. Su traductor y comentarista francés G. Garnier —que bajo el primer Imperio francés llegó a revelarse, naturalmente, senador— polemiza consecuentemente contra eso. La instrucción popular, dice, conculca la ley primera de la división del trabajo, por lo que con ella «se proscribe nuestro entero sistema social».

«Como todas las demás divisiones del trabajo», dice, «la división entre el trabajo manual y el trabajo del entendimiento [71] se hace más declarada y resuelta en la misma medida en que la sociedad» (acertadamente utiliza esa expresión para designar el capital, la propiedad de la tierra y su estado) «se hace más rica. Al igual que cualquier otra, esa división del trabajo es un efecto de progresos pasados y una causa de progresos futuros... ¿Puede, pues, el gobierno obrar contra esa división del trabajo y detenerla en su marcha natural? ¿Puede utilizar una parte de los ingresos del estado en el intento de confundir y mezclar dos clases de trabajo que aspiran a dividirse y separarse?» [72]

Cierto anquilosamiento intelectual y físico es inseparable incluso de

[70] A. Smith, *Wealth of Nations,* b. V, ch. I, art. II. A. Smith, discípulo de A. Ferguson, que había expuesto las malas consecuencias de la división del trabajo, tenía plena claridad sobre este punto. Al comienzo de su obra, lugar en el que se celebra ex professo la división del trabajo, indica fugazmente sólo que es la fuente de las desigualdades sociales. Sólo en el libro V, sobre los ingresos del estado, reproduce a Ferguson. En *Misère de la Philosophie* he presentado lo imprescindible acerca de la relación histórica entre Ferguson, A. Smith, Lemontey y Say en su crítica de la división del trabajo, y he expuesto allí también por vez primera la división manufacturera del trabajo como forma específica del modo de producción capitalista. (*Loc cit.,* págs. 122 ss. <OME 8>.)

[71] Ya Ferguson dice, *loc. cit.,* pág. 281: «Y el pensamiento mismo puede convertirse en una profesión particular en esta época de la división del trabajo.»

[72] G. Garnier, t. V. de su traducción, págs. 4-5.

la división del trabajo en el conjunto de la sociedad. Pero como el período manufacturero lleva mucho más adelante esa escisión social de las ramas del trabajo y, por otra parte, aferra finalmente al individuo por su raíz vital con la división que le es peculiar, suministra por fin el material y el estímulo de la patología industrial.[73]

«Subdividir a un hombre significa ejecutarlo, si es que merece la condena a muerte, y asesinarlo si no la merece. La subdivisión del trabajo es el asesinato de un pueblo.» [74]

La cooperación basada en la división del trabajo, esto es, la manufactura, es en sus comienzos una configuración espontánea. En cuanto que cobra alguna consistencia y extensión se convierte en forma consciente, planificada y sistemática del modo de producción capitalista. La historia de la manufactura propiamente dicha muestra cómo la división del trabajo que le es peculiar toma primero las formas adecuadas a la cosa de un modo empírico, como a espaldas de las personas que actúan, pero luego, al igual que la artesanía gremial, intenta fijar tradicionalmente la forma ya encontrada y la fija, en efecto, en algunos casos secularmente. Cuando esa forma se altera es siempre —salvo por lo que hace a cuestiones marginales— a consecuencia de una revolución de los instrumentos de trabajo. La manufactura moderna —no estoy hablando aquí de la gran industria basada en maquinaria— encuentra ya listos los disjecta membra poetæ [157] en las grandes ciudades en las que nace

[73] Ramazzini, profesor de medicina práctica en Padua, publicó en 1713 su obra *De morbis artificum,* traducida al francés en 1777, reimpresa en 1841 en la *Encyclopédie des Sciences Médicales,* 7me. Div. Auteurs Classiques. El período de la gran industria ha ampliado mucho, como es natural, el catálogo de ese autor. V., p. e., *Hygiène physique et morale de l'ouvrier dans les grandes villes en général, et dans la ville de Lyon en particulier. Par le Dr.* A. L. Fonteret, Paris 1858, y [R. H. Rohatzsch,] *Die Krankheiten, welche verschiednen Ständen, Altern und Geschlechtern eigenthümlich sind,* 6 Bände, Ulm 1840. El año 1854 la Society of Arts nombró una comisión investigadora sobre patología industrial. La lista de los documentos reunidos por esa comisión se encuentra en el católogo del *Twickenbam Economic Museum.* Son muy importantes los oficiales *Reports on Public Health.* V. también Eduard Reich, M. D., *Ueber die Entartung des Menschen,* Erlangen 1868.

[74] «To subdivide a man is to execute him, if he deserves the sentence, to assassinate him, if he does not... the subdivision of labour is the assassination of a people.» (D. Urquhart, *Familiar Words,* London 1855, pág. 119.) Hegel tenía opiniones muy heterodoxas acerca de la división del trabajo. «Por hombres cultos hay que entender por de pronto aquellos que son capaces de hacer todo lo que otros hacen», dice en su Filosofía del derecho.

[*157] «Los miembros dispersos del poeta», Horacio, sátira 4.ª del libro I.

—por ejemplo, el caso de la manufactura de ropas— y le basta con reunirlos sustrayéndolos a su dispersión, o bien tiene al alcance de la mano el principio de división, atribuyendo, simplemente, en exclusiva a trabajadores particulares las diferentes operaciones de la producción artesana (p. e., en la encuadernación). No hace falta ni una semana de experiencia para averiguar en esos casos la razón entre las manos necesarias para cada función.[75]

Mediante el análisis de la actividad artesana, la especificación de los instrumentos del trabajo, la formación de los trabajadores parciales, su agrupación y combinación en un mecanismo conjunto, la división manufacturera del trabajo crea la articulación cualitativa y la proporcionalidad cuantitativa de y entre procesos sociales de producción, o sea, una organización determinada del trabajo social, y desarrolla con ello al mismo tiempo una nueva fuerza productiva social del trabajo. En cuanto forma específicamene capitalista del proceso de producción social —y, sobre la base que encontró, no se podía desarrollar más que en forma capitalista—, no es sino un método particular de engendrar plusvalía relativa, o sea, de aumentar la autovalorización del capital —eso que se llama riqueza social, *Welth of Nations,* etc.— a costa de los trabajadores. No sólo desarrolla la fuerza productiva social del trabajo para el capitalista, en vez de para el trabajador, sino que además lo hace mediante el anquilosamiento del trabajador individual. Produce nuevas condiciones de dominio del capital sobre el trabajo. Por eso, si, por un parte, aparece como progreso histórico y momento evolutivo imprescindible del proceso económico de formación de la sociedad, por otro aparece como un medio de explotación civilizada y sutil.

La economía política, que no aparece como ciencia independiente hasta el período de la manufactura, considera la división del trabajo en general exclusivamente desde el punto de vista de la división manufacturera del trabajo,[76] como medio de producir más mercancía con la misma cantidad de trabajo, de abaratar, por lo tanto, las mercancías y acelerar la acumulación del capital. Los autores de la Antigüedad clásica,

[75] La confortable creencia en el genio inventivo que ejercería a priori el capitalista individual en la división del trabajo no se encuentra ya más que en profesores alemanes, como el señor Roscher, p. e., que dedica agradecido «varios salarios» al capitalista de cuya cabeza jupiterina nace ya completa la división del trabajo. La mayor o menor aplicación de la división del trabajo no depende de la grandeza del genio, sino del tamaño de la bolsa.

[76] Escritores anteriores a A. Smith, como Petty, el autor anónimo de los *Advantages of the East-India Trade,* etc., precisan más que él el carácter capitalista de la división manufacturera del trabajo.

en estricta contraposición a esa acentuación de la cantidad y del valor de cambio, se limitan exclusivamente a la calidad y el valor de uso.[77] A consecuencia de la división de las ramas sociales de la producción, las mercancías se hacen mejor, los diferentes impulsos y talentos de los hombres se eligen las correspondientes esferas de acción,[78] y sin limitarse no se puede rendir nada importante en ninguna parte.[79] Así, pues, el producto y el productor mejoran por la división del trabajo. Si en alguna ocasión se hace también referencia al aumento de la masa de productos, ello ocurre sólo respecto de la mayor abundancia de valor de uso. Ni una sola sílaba remite al valor de cambio, al abaratamiento de la mercancía. Este punto de vista del valor de uso domina tanto en

[77] Son excepción entre los modernos algunos escritores del siglo XVIII que, por lo que hace a la división del trabajo, se limitaron a parafrasear a los antiguos, como Beccaria y James Harris. Así dice Beccaria: «La experiencia propia le demuestra a cada cual que, si se dedica la mano y el espíritu siempre a la misma clase de trabajos y productos, se produce éstos más fácil y abundantemente y mejor que si cada cual produjera individualmente para sí lo que necesita... De este modo se dividen los hombres en clases y estamentos diferentes para bien de la generalidad y por su propia ventaja.» (CESARE BECCARIA, *Elementi di Econom. Publica,* ed. Custodi, Parte Moderna, t. XI, pág. 28.) James Harris, luego Earl of Malmesbury y célebre por los *Diaries* que escribió de su embajada en San Petersburgo,[*158] dice explícitamente en una nota a su *Dialogue concerning Happiness,* London 1741, luego reimpreso en los *Three Treatises,* etc., 3.ª ed. Lond. 1772: «Toda la demostración de que la sociedad es una cosa natural» (a través de la «división de las ocupaciones») «se toma del libro segundo de la *República* de Platón.»

[78] Así en la *Odisea,* XIV, 228: «Pues un hombre diferente goza en un trabajo también diferente.» Y Arquíloco, en Sexto Empírico: «Cada cual regocija su sentido en un trabajo diferente.»

[79] "Πολλ' ἠπίστατο ἔργα, κακῶς δ' ἠπίστατο πάντα." [*159] El ateniense, por productor de mercancías, se sentía superior al espartano, porque éste podía disponer en la guerra de hombres, pero no de dinero, como hace decir Tucídides a Pericles en el discurso en el que éste aguijonea a los atenienses para la guerra del Peloponeso: «Los que se administran a sí mismos están más dispuestos a hacer la guerra con sus cuerpos que con dinero.» (TUC., l. I, c. 141.) Pese a ello, su ideal, incluso en la producción material, seguía siendo la αὐταρκεία ,[*160] la cual se contrapone a la división del trabajo, «pues con ésta hay bienestar y con aquélla independencia.» Hay que tener en cuenta a este respecto que todavía en el momento de la caída de los 30 tiranos no llegaban a 5.000 los atenienses sin tierra en propiedad.

[*158] Marx confunde el autor del *Diálogo referente a la felicidad* con su hijo, diplomático del mismo nombre y autor de esos *Diarios.*

[*159] «Muchas cosas supo hacer, y todas mal.»

[*160] Autarquía.

la obra de Platón [80] —el cual trata la división del trabajo como fundamento de la división social de los estamentos— cuanto en la de Jenofonte [81] que, con su característico instinto burgués, se acerca ya más a la

[80] Platón desarrolla la división del trabajo en la república partiendo de la diversidad de las necesidades y de la parcialidad de las predisposiciones de los individuos. El punto de vista principal es para él que el trabajador se tiene que orientar por la obra, no la obra por el trabajador, lo cual sería inevitable si el trabajador cultivara a la vez artes diferentes, o sea, uno u otro como secundario. «Pues la tarea no quiere esperar al tiempo libre de aquel que la hace, sino que el trabajador se tiene que atener al trabajo, y no frívolamente. Eso es necesario. Pero de ello se sigue que se ejecuta más de todo, y a la vez más hermoso y más fácil, si uno hace sólo una cosa, de acuerdo con su talento natural y en el momento oportuno, exento de otros asuntos.» (*De Republica,* II, 2.ª ed. Baiter, Orelli, etc.) Análogamente se lee en Tucídides, *loc. cit.,* 142: «El arte de la navegación es tan arte como cualquier otro, y no se puede practicar cuando llega el caso y como tarea accesoria, sino que, por el contrario, ni siquiera se puede hacer ninguna otra cosa, como tarea secundaria, junto con él.» Si la obra tiene que esperar al trabajador, dice Platón, se perderá muchas veces el momento crítico de la producción y se estropeará la operación, ἔργου καιρὸν διόλλυται .*[161] Esta misma noción platónica se encuentra en la protesta de los propietarios ingleses de talleres de blanqueo contra la cláusula del act fabril que fija una determinada hora de comer para todos los obreros. Según ellos, su negocio no se puede orientar por los trabajadores, pues «ninguna de las diferentes operaciones de calentar, lavar, blanquear, calandrar, prensar y teñir se puede interrumpir en un momento determinado sin riesgo de dañar la pieza... La imposición de una misma hora de comer para todos los obreros puede a veces poner en peligro bienes valiosos por el hecho de que no se termine el proceso de trabajo.» Le platonisme où va-t-il se nicher! *[162]

[81] Jenofonte dice que no sólo es honroso recibir platos de la mesa del rey de los persas, sino que, además, esos platos son mucho más sabrosos que los demás. «Y eso no es sorprendente, pues, del mismo modo que las demás artes están particularmente perfeccionadas en las grandes ciudades, así también los manjares reales se preparan muy especialmente. Pues en las pequeñas ciudades una misma persona hace las yacijas, las puertas, los arados, las mesas; a menudo construye encima casas, y se da por satisfecho si con todo eso encuentra una clientela suficiente para mantenerse. Es absolutamente imposible que un hombre que hace cosas tan diferentes las haga todas bien. Pero en las grandes ciudades, donde cada cual encuentra muchos compradores, basta un oficio para alimentar al que lo ejerce. Aun más, a menudo no hace falta para ello ni siquiera todo un oficio, sino que el uno hace calzado de hombre y el otro calzado de mujer. Aquí o allá hay uno que vive de sólo coser, el otro de sólo cortar el calzado; uno sólo corta los vestidos, el otro no hace más que unir los trozos. Lo necesario es que el que ejecuta el trabajo más sencillo lo haga también del modo más perfecto. Lo mismo ocurre con el arte culinario.» (Xen., *Cyrop.,* l. VIIII, s. 2.) Lo

*[161] «Se disipa la oportunidad del acto».

*[162] ¡Adónde va a meterse el platonismo!

división del trabajo dentro del taller. La *República* de Platón, en la medida en que en ella se desarrolla la división del trabajo como principio configurador del estado, no es más que una idealización ateniense de la organización de castas egipcia, del mismo modo que Egipto es país industrial ejemplar para otros contemporáneos suyos, por ejemplo, para Isócrates,[82] y aún conservó esa significación para los griegos de la época imperial romana.[83]

Durante el período manufacturero propiamente dicho, esto es, durante el período en el cual la manufactura es la forma dominante del modo de producción capitalista, la realización plena de sus propias tendencias tropieza con obstáculos muy variados. Aunque, como hemos visto, la manufactura crea, junto a la división jerárquica de los trabajadores, una división simple entre trabajadores hábiles y trabajadores sin habilidades, de todos modos, el número de estos últimos es muy limitado a causa de la predominante influencia de los primeros. Aunque adapta las operaciones particulares al diferente grado de madurez, fuerza y desarrollo de sus órganos trabajadores vivos y empuja así a la explotación productiva de mujeres y niños, esa tendencia fracasa en líneas generales por causa de las costumbres y de la resistencia de los trabajadores varones. Aunque la descomposición de la actividad artesana rebaja los costes de formación y, por lo tanto, el valor de los trabajadores, sigue siendo necesario, para los trabajos de detalle más difíciles, un tiempo de aprendizaje largo que los trabajadores mantienen celosamente incluso donde ya es superfluo. Así hallamos, p. e., en Inglaterra las laws of apprenticeship,*[163] con su período de aprendizaje de siete años, en plena vigencia hasta el final del período manufacturero, y sólo

único que tiene en cuenta Jenofonte —aunque sabe ya que la escala de la división del trabajo depende de la dimensión del mercado— es la bondad deseada del valor de uso.

[82] «Él» (Busiris) «distribuyó a todos por castas especiales ... mandó que los mismos cultivaran siempre los mismos asuntos, porque sabía que los que cambian de ocupación no llegan a ser cabales en ningún negocio, mientras que aquellos que se quedan con las mismas ocupaciones producen cada cosa del modo más perfecto. Y realmente comprobaremos que en las artes y los oficios superan a sus rivales más que, por lo común, el maestro al chapucero, y que, por lo que hace a la institución por la que mantienen el poder del rey y el resto de su constitución, son tan excelentes que los célebres filósofos que se dedican a hablar de ello elogiaron la constitución de Egipto por encima de las demás.» (Isocr., *Busiris,* c. 8.)

[83] Cfr. Diod. Sic.

*[163] Leyes del aprendizaje.

arrumbadas por la gran industria. Como la habilidad artesana sigue siendo el fundamento de la manufactura y el mecanismo conjunto que funciona en ésta no tiene ningún esqueleto objetivo independiente de los trabajadores mismos, el capital forcejea constantemente con la insubordinación de los trabajadores.

«La debilidad de la naturaleza humana es tan grande», exclama el amigo Ure, «que el trabajador se hace más caprichoso y más difícil de tratar cuanto más hábil es, y, por lo tanto, infiere daños más graves al mecanismo global por sus humores vanos y cabezotas.» [84]

Eso explica que las quejas por la falta de disciplina de los obreros atraviesen todo el período manufacturero.[85] Aunque no dispusiéramos de los testimonios de escritores contemporáneos, ya el mero hecho de que desde el siglo XVI hasta la época de la gran industria el capital no consiga apoderarse de todo el tiempo de trabajo disponible de los obreros manufactureros y el de que las manufacturas sean de vida corta y, con la inmigración o emigración de los trabajadores, dejen su sede en un país y la abran en otro, hablarían por bibliotecas enteras. «Hay que imponer el orden de un modo u otro», exclama en 1770 el autor, repetidamente citado, del *Essay on Trade and Commerce*. ¡Orden!, retumba 66 años más tarde desde la boca del Dr. Andrew Ure; faltaba «orden» en la manufactura, basada en «el dogma escolástico de la división del trabajo», y «Arkwright creó el orden».

Al mismo tiempo la manufactura no conseguía abarcar la producción social en su totalidad ni revolucionarla en su profundidad. Culminó como obra de arte económica sobre la amplia base de la artesanía urbana y de la industria doméstica rural. Alcanzado cierto grado de desarrollo, su propia estrecha base técnica entró en contradicción con las necesidades de la producción creadas por ella misma.

Una de sus formaciones más consumadas fue el taller para la producción de los instrumentos de trabajo mismos, y señaladamente también de los aparatos mecánicos complicados que ya se utilizaban.

«Un taller así», dice Ure, «presentaba a la vista la división del trabajo en sus múltiples gradaciones. La broca, el formón, el torno, cada herramienta tenía su propio obrero, ordenados jerárquicamente por su grado de habilidad.»

Este producto de la división manufacturera del trabajo producía a su vez ... máquinas. Las máquinas son la abolición de la actividad ar-

[84] URE, *loc. cit.*, pág. 20.

[85] Lo que se dice en el texto es más verdad de Inglaterra que de Francia, y más de Francia que de Holanda.

tesana en cuanto principio regulador de la producción social. De este modo, y por una parte, se elimina el fundamento técnico de la anexión de por vida del trabajador a una función parcial. Por otra, se derrumban las limitaciones que ese mismo principio ponía aún al dominio del capital.

ÍNDICE DE CONCEPTOS

abstinencia, teoría de la: 208, 248.
África: 288.
ahorro: 212.
— v.t.: economía.
agio: 108.
agrícola, trabajador: 190, 274, 289-291, 296, 297.
agricultura: 195, 197.
— cooperación en la a.: 353.
— a. y esclavitud: 288.
agricultura depredadora: 287, 385.
— v.t.: despilfarro.
agujas, manufactura de: 365, 371.
Alemania: 334.
— origen de la servidumbre en A: 258.
— guerra de los campesinos: 258.
— desarrollo de la producción capitalista: 6, 7, 12.
— la clase obrera en A.: 12, 14.
— situación de los obreros fabriles prusianos: 290-291.
— trabajo de los niños en A.: 295.
— la economía política en A. y sus peculiaridades: 12, 14, 15.
— estadística social en A.: 7.
— disminución de la estatura de los mozos en A.: 260.
— medidas, pesos y monedas en A.: 26.
alfarería:
— situación de los trabajadores: 266, 267, 268.
— trabajo de los niños: 265, 266.
— legislación fabril: 318.
algodón, industria del: 289-292, 312, 318-321, 394.
— situación de los trabajadores: 318, 319.
— sistema de turnos, 278.
— legislación fabril: 290, 301.
— crisis en la i. del a.: 262.
algodón, producción de: 379, 380.
América:
— agricultura y esclavitud: 288.
— v.t.: Estados Unidos de Norteamérica.
análisis: 18, 43, 58, 59, 68, 86, 90, 91, 233, 234, 341, 349, 350.
— a. de las formas económicas: 5, 6.
— a. científico de las formas de la vida humana: 85.
— v.t.: mercancía; valor; valor, forma de.
anarquía de la producción capitalista: 383.
anónimas, sociedades: v. sociedades por acciones.
antagonismos: 6, 148, 315.
— del modo de producción capitalista: 14, 358.
— entre los explotadores y los explotados: 356-357.
Anti-Corn-Law, agitación: 14, 314.
Antigüedad clásica: 68, 89, 90, 92, 110, 145, 148, 153, 177, 182, 256, 310, 359, 360, 375, 392-396.
apologética: 14, 125.
— apologistas del sistema fabril: 384.
aprendices: 295.
Arabia: 256.
artesanado: 347, 360-366, 373, 394-396.
asalariado, trabajo: v.: trabajo asalariado.
Asia: 143, 153, 359, 384, 385.
ateísmo: 8.
Atenas: 92, 393.
atesoramiento: 142-147.
Australia: 290.
Austria: 299.

balanza comercial: 156.
bancaria, ley de 1844: 155.
banco, billetes de: 141, 150-156, 159-160.
bancos nacionales: 155.
base y sobrestructura: 92, 95, 385.
Bélgica: 299, 323.
beneficio: 30-31, 249.

beneficio, cuota de: 235, 237.
bimetalismo: 107, 108, 155, 156.
bolsa: 150, 208.
Brasil: 48.
burguesía: 13, 14.

cambio, valor de: 44-47, 69, 70, 75, 90, 93, 98, 99, 113, 143, 164, 165, 166, 172-174, 256.
— forma de manifestación del valor: 46, 47, 55.
— v.t.: valor, forma de.
cameralista, ciencia: 12.
campesinado:
— campesinos medievales: 49. v.t. feudalismo.
— campesinos libres: 258.
campesinos, guerra de los: 258.
capital:
— como valor que se valoriza a sí mismo: 335.
— historia del c.: 161.
condiciones históricas de existencia del c.: 184-185.
el dinero como su primera forma de manifestación: 161.
— fórmula general del c.: 161-170.
contradicciones de la fórmula general del c.: 171-181.
— circulación del c.: 167-168.
— composición del c.:
c. constante: 217-225, 226, 227-234, 240, 330, 331.
c. variable: 217-225, 226, 227-240, 327, 330, 331.
composición orgánica: 228-229, 234, 330, 349-350, 387, 388.
— c. mercantil: 179, 180.
— c. de los mercaderes: 161, 170, 386.
— c. usurario: 161, 178, 179.
— c. industrial: 170.
— c. a interés: 151, 170, 179.
— James Mill sobre el c.: 169, 201, 202.
— v.t.: concentración del capital.
capital, acumulación del: v. acumulación del capital.
Capital, El:
— dialéctica en *E.C.*: 17-19.
— modo de citar Marx: 26, 27, 31, 35, 36.
— la clase obrera y *E. C.*: 8, 12-17, 19, 36-40.
capitalista:
— capital personificado: 168, 253, 332, 333.
— su función: 200, 201, 213, 332-334, 355-358.
— su diferencia respecto del atesorador: 168.
Carta (Charter): 303.
Carta Magna: 326.
cartistas: 306, 308.
castas: 366, 367, 395.
categorías:
— de la economía burguesa: 86.
— personificación de c. económicas: 8, 177.
— las c. económicas conservan huellas históricas: 184.
catolicismo: 93.
caza:
— primera forma de cooperación: 359, 360.
— industria extractiva: 197.
ciclo industrial: 13, 19.
— v.t.: crisis.
ciencia: 5, 21.
— métodos de investigación en la c.: 6.
— revolución de las expresiones técnicas de una c.: 30.
— uso de unos mismos términos técnicos en sentidos diferentes: 236.
— como fuerza productiva del trabajo: 48, 389.
— comprimida al servicio del capital: 389, 390.
— v.t.: naturaleza, ciencia de la.
ciudad y campo: 379.
clase obrera: v.: obrera, clase.
clases:
— abolición de las c.: 16.
— v.t.: obrera, clase; proletariado; campesinado; burguesía.
clases, lucha de: 13-16.
— en la Antigüedad: 148.
— entre la clase de los capitalistas y la clase de los trabajadores: 322, 323.

— l. de c. de los trabajadores por acortar la jornada de trabajo: 249, 273, 274, 299, 315, 318, 319, 322, 323, 325, 326.
— movimiento del proletariado agrícola inglés: 274.
colonial, sistema: 381.
colonias: 360.
comercial, balanza: v.: balanza comercial.
comercial, capital: 178, 179.
comercio:
— c. mundial: 155, 157, 161.
— v.t.: mercado mundial.
competición: 372.
— leyes constrictivas de la c.: 292, 341, 344, 383.
comunicación, medios de: 380.
comunismo: relaciones de producción: 88, 90.
— propiedad en el c.: 88, 89.
— le es imprescindible un fundamento material: 90.
— el trabajo en el c.: 88, 89.
— tiempo de trabajo en el c.: 89.
— organización del trabajo social en el c.: 383, 392.
— distribución en el c.: 89.
— asociación de hombres libres: 88.
concentración del capital: 387.
concentración de los medios de producción: 354, 355, 382.
concurrencia: v.: competición.
consciencia burguesa: 383.
consciencia, formas sociales de: 92.
consumo: 253.
— c. individual: 199-201.
— c. productivo: 199-201, 225.
contenido y forma: 44, 90, 91, 357.
contradicciones: 125, 149, 150, 330, 331.
— método para la resolución de c.: 114, 115.
— en el intercambio de mercancías: 114.
— c. del movimiento de los cuerpos: 114, 115.
contraposición: 77, 115.
— de valor de uso y valor: 69, 70, 98, 115, 125.
— de ciudad y campo: 379.
— de clases: 13.
— unidad y lucha de los contrarios: 124, 126.
cooperación: 347-349, 350-361, 365, 379.
— c. simple: 359-364, 372, 373, 387, 388.
— forma básica de la producción capitalista: 361.
cooperativas: 356-357.
cotizaciones: 156-159.
— Ricardo sobre c.: 156-157.
crédito:
— relaciones crediticias entre trabajadores y capitalistas: 189-192.
crematística: 168, 179.
crisis económicas:
— interrupciones violentas del proceso de trabajo: 225.
— bloqueo del proceso de producción y circulación: 132, 133.
— periodicidad: 32.
— posibilidad y realidad de las c.: 125.
— no alteran el impulso de prolongar la jornada de trabajo: 261.
— crisis de 1825: 13.
— c. de 1846/1847: 306.
— c. de 1857/1858: 262, 263.
— v.t.: crisis monetaria; algodón, industria del; ciclo industrial.
crisis monetaria: 150.
cristianismo: 89.
crítica: 9, 17.
cualidad y cantidad: 43, 44, 46, 47, 333.
Cuba: 288.
cultura, historia de la: 18.
currency principle: 157.

China: 81, 143.

danubianos, principados: 257, 260.
deísmo: 89.
derecho:
— relaciones jurídicas de la producción de mercancías: 95.
— la explotación de la fuerza de trabajo es para el capital el primer dedecho del hombre: 315, 335.
— d. burgués: 191, 255.
— d. al trabajo: 324.

— v.t.: tribunales: igualdad.
desarrollo en sentido sociológico: 6, 7, 17.
despilfarro:
— de material: 357.
— v.t.: agricultura depredadora.
despotismo:
— despotismo de la división manufacturera del trabajo: 384.
— despotismo del capital: 357.
dialéctica:
— método dialéctico: 16-18.
— d. hegeliana: 18.
— d. crítica y revolucionaria: 19.
— ley de la inversión de la cantidad en cualidad: 333.
dictadura del proletariado: 16.
diez horas, agitación por la jornada de: 243, 306, 307, 314.
diez horas, ley de la jornada de: 246-248, 303, 304, 306-308, 311, 312, 314, 315, 325, 326.
dinero: 66, 91, 103, 107, 185.
— equivalente general: 78, 79, 97, 100, 101.
— producto necesario del proceso de intercambio: 97.
— es una relación social: 93, 145, 150.
— carácter de fetiche del d.: 86, 102-104, 146.
— conversión de d. en capital: 161-192.
— determinación del valor del d.: 102.
— el d. no tiene precio: 106.
— funciones del d.: 101, 139, 152, 153, 157, 158.
  medida de los valores: 105, 107, 109, 114, 128-129, 140, 141, 142, 149-150.
  escala de los precios: 108, 109, 135, 136, 137.
  dinero contable: 111, 150, 151, 171, 172.
  medio de circulación: 113-142, 147-150, 157, 158, 172-173.
  medio de pago: 139, 146-157.
  medio de atesoramiento: 142-146, 155, 157, 159.
  dinero mundial: 155-159.
— dinero crediticio: 139, 151-153.
— dinero-papel: 138, 139, 140, 141.
— dinero-trabajo: 105.
— circulación metálica: 108, 139, 147.
dinero, falsificación del: v.: falsificación del dinero.
dinero, forma de: 5, 6, 55, 67, 78-80, 86, 99-100, 101, 106.
— v.t.: valor, forma de.
dinero, mercado de: 161.
dinero, teorías del:
— historia de la t. del d.: 5.
— currency principle: 157.
— little shilling men: 253.
dinero, rotación del: 125-142, 161-167, 185.
— Smith sobre la r. del d.: 134-135
dinero-trabajo: 105.
distribución: 89.
división del trabajo: v., trabajo, división del.

economía:
— fundamento material del mundo: 92.
— e. y política: 92.
— e. de los medios de producción: 349-350, 354, 355.
— e. de los medios de pago: 150, 154.
economía política:
— historia de la e.p.: 26, 392.
— la e.p. en Alemania y sus peculiaridades: 12, 14, 16.
— particidad de la e.p.: 8, 12-14.
— punto crítico de la e.p.: 49
— léxico de la e.p.: 30, 31.
— e.p. clásica: 13, 14.
  contrapuesta a la e. vulgar: 16-17.
  crítica de la e.p.: 13-16.
  limitaciones de la e.p. burguesa: 8, 13.
economía vulgar: 13, 14, 90, 92, 125, 329, 331.
— contrapuesta a la economía política clásica: 91.
— la e.v. alemana sobre *El Capital*: 16.
— vulgarización de la teoría de Ricardo en Inglaterra: 13.
— la e.v. sobre el origen de la plusvalía: 236, 242-248.
— la e.v. sobre el valor: 63.
— la e.v. sobre el dinero: 103-104.

— la e.v. presupone que oferta y demanda coinciden: 173.
— v.t.: apologética; malthusianismo.
económicas, crisis: v.: crisis económicas.
Edad Media: 102.
— caracterización de la E.M. europea: 87, 88.
— E. M. y catolicismo: 92.
— cooperación en la E.M.: 360.
— ruina del deudor medieval: 148.
— virements en la Lyon medieval: 150.
— gremios: 333.
— v.t.: feudalismo.
educación:
— Owen sobre la e.: 323.
— Smith sobre la instrucción popular: 390.
Egipto: 256, 359, 366, 383, 395.
emigración: 291, 396.
empobrecimiento: 214-215, 275.
— v.t.: paro; sobrepoblación; sobretrabajo.
emulación: 315, 354.
equivalente, forma de: v.: valor, forma de.
esclavitud: 68, 100, 183, 212, 213, 324, 358, 360.
— forma de plustrabajo: 236, 256.
— instrumentos de trabajo en la e.: 212, 213.
— simpatía de los tories por la e.: 277.
— Aristóteles sobre el trabajo esclavo: 92.
esclavos, trata de: 282, 288, 289.
Escocia: 154.
especulación: 165, 208, 227, 291.
estadística:
— e. social de Alemania y el resto de la Europa continental del oeste en comparación con la inglesa: 7.
estado, poder estatal: 292-294, 390.
— subsidios estatales: 334.
— v.t.: fabril, legislación.
estados cultos: 8.
Estados Unidos de Norteamérica:
— la esclavitud paralizó el movimiento obrero: 324.
— inmigración: 290.
— legislación fabril: 294.
estampados:
— legislación fabril: 318.
Etiopía: 256.
explotación: 315, 335.
— v.t.: trabajo, fuerza de; plustrabajo; mujeres, trabajo de las; niños, trabajo de los.
explotación, grado de: v., plusvalía.

fábrica:
— como lugar de trabajos forzados: 299.
— división del trabajo en la fábrica: 50.
fabril, legislación: 6, 248, 260.
— como legislación de excepción: 217-218, 322.
— rebelión de los fabricantes contra la l.f.: 308-314, 318, 335, 336.
— en Inglaterra: 7, 259, 260, 293-295, 298-326.
— en Francia: 298-300, 323, 324.
— en Austria: 299.
— en los EUN: 293.
fabriles, inspectores: 7, 260-261.
fabriles, leyes:
— de 1833: 244, 298, 300, 301-306, 308.
— de 1845 (estampados): 318.
— de 1850: 260, 290, 315-318, 320.
— de 1863 (blanqueo, panificación): 313, 314, 319, 320.
— v.t.: diez horas, ley de la jornada de.
falsificación de alimentos: 189-190, 269, 270, 271.
falsificación del dinero: 102, 111.
familia:
— su carácter histórico: 378-379.
— trabajo familiar: 88.
fenicios: 144.
ferrocarriles: 156.
— sobretrabajo y accidentes: 274, 275.
fetiche: v.: mercancía; dinero.
feudalismo:
— caracterización general: 87, 88, 358, 360.
— en Alemania: 258.
— en los principados danubianos: 257-260.
física:
— leyes generales de la f.: 51.

fisiócratas: 178.
— doctrina de la improductividad de todo trabajo no agrícola: 207.
— los f. y la renta de la tierra: 93.
forma de equivalente: v.: valor, forma de.
forma y contenido: 44, 90, 96.
Francia: 8, 13, 14, 381.
— estatutos obreros: 293.
— legislación fabril: 299-301, 323, 324.
— impuestos: 152, 153.
— las reparaciones de guerra pagadas en dinero metálico: 157.
— Revolución Francesa (1789): 100.
— insurrección parisiense de junio (1848): 308.
— disminución de la estatura de los mozos: 260.
fuerza de trabajo, v.: trabajo, fuerza de.

general, particular y singular: 378.
Grecia: 68, 144.
gremios: 332, 333, 347, 366, 367, 385, 391.

herramienta: 367, 368.
herreros: 275-277.
historia:
— división de los tiempos prehistóricos: 196.
— comienzo de la h. humana: 195.
— dos grandes períodos de la historia económica: 31.
Holanda:
— estatutos obreros: 293.
— fabricación de lanzaderas: 380.
hombre (ser humano):
— h. y naturaleza: 51, 81, 89, 193, 194, 199, 200.
— es por naturaleza un ser social: 352.
— según Franklin es por naturaleza hacedor de instrumentos: 195, 352.
huelga:
— de los trabajadores de la construcción de Londres en 1860/61: 255.
— de los obreros agrícolas del Buckinghamshire en 1867: 274.

igualdad:
— concepto de i. humana: 68.
— en el intercambio de mercancías: 173-174.
— i. burguesa: 191, 192
Ilustración, la: 102-103
impuestos: 153.
— conversión de las entregas en naturaleza en pagos en dinero: 152, 153, 154.
incaico, estado: 99.
India: 367.
— comunidad aldeana india: 50, 88, 99, 353, 360, 384, 385.
— forma ingenua de atesoramiento: 143.
— importación y exportación de oro y plata: 143, 146.
industrial, ciclo: v. ciclo industrial.
industrial, patología: 391.
industrial, revolución: 321.
Inglaterra:
— como lugar clásico del capitalismo: 6, 261.
— desarrollo del sistema industrial en I. y su perspectiva: 32.
— difusión del trabajo simple: 214.
— los obreros ingleses como adalides de la clase obrera moderna: 323.
— estatutos obreros: 293.
— historia del sistema monetario inglés: 107-109, 151.
inspectores de fábricas: v.: fabriles, inspectores.
intrumentos de trabajo: v.: trabajo, instrumentos de.
intensidad del trabajo: v.: trabajo, intensidad del
intercambio: 64-94, 115-118, 173-178.
— desarrollo del intercambio de mercancías: 75, 98, 99, 379.
— i. y forma de equivalente: 64-65, 66, 70-71, 75-77.
— intercambio de productos: 84, 85, 106, 116, 124, 164, 379.
i. inmediato o directo de p.: 98, 99, 123.
— Ricardo sobre el i.: 86.
— Say sobre el i.: 178.
interés: 249.
— Aristóteles sobre el i.: 179.
inventos:

— del período artesanal: 369, 375.
Irlanda: 273.
— disminución de su población: 291.

Japón: 154.
jornada de trabajo:
— su división en tiempo de trabajo necesario y tiempo de plustrabajo: 249, 337, 338.
— es una magnitud variable: 252, 253.
límite máximo: 252, 287.
límite mínimo: 252.
límite absoluto de la jornada de trabajo media: 329.
— prolongación de la j. de t.:
prolongación más allá de su límite máximo: 287.
leyes que prolongan la j. de t.: 292-295.
— abreviación de la jornada de trabajo:
luchas de los trabajadores por acortar la j. de t.: 255, 273, 299, 303, 304, 314, 315. v. t.: diez horas, agitación por la jornada de; ocho horas, agitación por la jornada de.
limitación legal de la j. de t.: 322. v.t.: fabril, legislación: diez horas, ley de la jornada de.
Owen sobre la limitación legal de la j. de t.: 323.

lana, industria de la: 381.
— legislación fabril: 301.
latifundio: 13, 14.
legislación:
— sobre contratos de trabajo: 183.
— v.t.: fabril, legislación.
leyes: 17, 85, 232.
— l. y tendencias: 6.
— l. de la naturaleza: 77, 367.
— l. sociales: 6, 17-19, 85, 367.
— l. económicas: 17, 85, 97.
su imposición: 6, 113.
— l. del intercambio de mercancías: 172, 173, 181, 210, 211, 254-255.
— l. del modo de producción capitalista: 305.
l. inmanentes de la producción capitalista como leyes coercitivas de la competición: 292, 341.
— l. de la plusvalía:
como ley económica del movimiento de la sociedad moderna: 7.
l. que determinan la masa de la plusvalía: 327-332.
— l. de la rotación del dinero: 131-135, 139, 152, 155.
l. específica de la circulación del papel-moneda:
— v.t.: población, ley de la; valor, ley del.
leyes del trigo, agitación contra: v.: Anti-Corn Law.
— Liga contra las leyes del trigo: 14.
libertad: 78, 187, 190.
— l. y necesidad: 113, 114.
— l. del capital: 300, 383.
librecambio: 14, 32, 260, 303, 306, 317.
— propagandistas del l.: 70.
— librecambistas: 314.
lino, industria del:
— el trabajo en las hilaturas de l.: 247.
— legislación fabril: 301.
little shilling men: 253.

malthusianismo: 379.
manufactura: 347, 361.
— período manufacturero propiamente dicho: 31, 363, 396.
— su carácter capitalista: 387-397.
— el artesanado como punto de partida de la m.: 363-365, 396-397.
— origen dúplice de la m.: 363-365.
— dos formas básicas: m. heterogénea y m. orgánica: 369-377.
— combinación de diferentes m.: 375.
— división del trabajo en la: 363-375, 397.
— trabajador parcial en la m.: 363-369, 376, 377.
— disminución del valor de la fuerza de trabajo: 378, 396.
— m. y fuerza productiva del trabajo: 368, 396.
— la estrechez de la base técnica impide un análisis realmente científico del proceso de producción: 365.
— la maquinaria en la m.: 375, 376.

manufactura de carruajes: 363, 364.
manufactura de cerillas y fósforos:
— trabajo infantil: 267.
— legislación fabril: 321.
máquina: 224.
— desgaste material de la m.: 221, 222, 287.
— desgaste moral de la máquina: 228.
maquinaria: 369, 375, 376.
— m. específica del período manufacturero: 376.
marxismo:
— influencia en el movimiento obrero: 32, 33.
material de trabajo: v.: trabajo, material de.
material en bruto o primero: 202, 205, 220, 227-229, 240-242.
— objeto de trabajo filtrado a través de trabajo anterior: 194, 197.
— como semiacabado o semifabricado: 198.
— como materia principal y como material auxiliar: 197.
— su consumo inadecuado: 213.
materialismo:
— m. histórico: 17-19.
materias auxiliares: 197, 220, 227, 240.
medios de trabajo: v.: trabajo, medios de.
mercaderes, capital de los: v.: capital.
mercado de dinero: v.: dinero, mercado de.
mercado de trabaúo: v.: trabajo, mercado de.
mercado mundial: 155-157, 161, 381.
— pesas y medidas inglesas en el m.m.: 26.
mercado, problema del: 32, 33.
mercancía: 125, 145.
— análisis de la m.: 5, 43, 81, 91, 185, 215.
— producto de trabajo privado independiente: 50, 83.
— su doble carácter: 43-47, 49-55, 69, 70, 81, 83, 96.
— su duplicación en mercancía y dinero: 98, 105, 116.
— su carácter de fetiche: 81-94, 104.
mercancía, forma de: 113.
— es la forma más general y menos desarrollada de la producción burguesa: 93.
mercancía, metamorfosis de la: 115-131, 142, 148-149.
mercancías, circulación de las: 123-130, 132-137, 142, 143, 147, 148, 161-179, 185.
— fórmula de la circulación simple de mercancías: 161-167.
— no es fuente de plusvalía: 171-179.
mercancías, producción de: v.: mercantil, producción.
mercantil, producción: 84, 161, 185, 369.
— sus condiciones históricas: 184, 185.
— en los diferentes modos de producción: 126, 185.
— presupuesto general del modo de producción capitalista: 380.
— la división social del trabajo es condición de existencia de la p.m.: 49.
mercantilismo: 156.
— m. y forma de equivalente: 70.
— m. restaurado y valor: 91.
— definición del capital: 171.
merceología: 44.
metales nobles: 129-130.
— como equivalente general: 100.
— valor imaginario de los m.n.: 103.
— v.t.: oro; plata.
metalurgia: 375.
metalúrgica, industria:
— sistema de turnos: 278-285.
metamorfosis de las mercancías: v.: mercancía, metamorfosis de la.
metafísica: 17.
método:
— m. dialéctico: 19.
— m. de Hegel: 19.
— m. para la resolución de las contradicciones: 115, 116.
— m. aplicado en *El Capital*: 16, 17-19, 21, 31.
— diferencia entre m. de investigación y m. de exposición: 17, 19.
— m. de la apologética de la economía política: 126.
México: 156, 183, 213.
minería: 197.

— situación de los trabajadores: 322.
— trabajo en las minas de oro: 256.
— sistema Truck en las minas inglesas: 190.
modistería: 275, 276.
molino: 375.
— m. de agua: 375.
— m. de agua: 375.
moneda: 136-142.
monetaria, crisis: v.: crisis monetaria.
monetario, signo: 101, 102, 140, 141.
monetario, sistema: 93, 150.
monetarios, nombres: 110, 111.
mortalidad: 277.
— en distritos fabriles comparada con la de distritos agrícolas: 316, 317.
mujeres, trabajo de las: 278, 304, 313, 319-321.
mundial, mercado: v.: mercado mundial.

nación:
— la agricultura que agota las tierras afecta a las raíces de la vitalidad de la n.: 259.
— una n. puede y tiene que aprender de las demás: 7.
natural, economía: 87, 88, 143.
naturaleza:
— n. y trabajo: 50, 51, 193, 194.
— n. y hombre: 51, 81, 89, 194, 199, 200.
— las fuerzas naturales como fuerzas productivas del trabajo: 48.
naturaleza, ciencia de la:
— sistema métrico decimal en la c. de la n.: 26.
negación:
— de lo existente: 19.
niños, trabajo de los: 247, 248, 262-269, 278-285, 289, 290, 295.
— leyes sobre el t. de los n.: 299-305, 309, 310, 315-318.
— en el siglo XVII: 295, 296.
nocturno, trabajo: v.: trabajo nocturno.
nómadas, pueblos: 99.
norteamericana, guerra civil: 7, 208, 262, 277, 324.
norteamericana, guerra de la independencia: 7.
obligaciones: 149, 150.
obrera, clase:
— y capital: 318, 319, 334.
— y revolución: 7, 8.
— en Alemania: 12, 14.
— en Inglaterra: 7, 308, 322, 323.
— v.t.: proletariado, clases, lucha de.
obrero: v.: trabajador.
ocho horas, agitación por la jornada de: 324, 325.
oferta y demanda: 305, 329.
opio: 150.
originaria, acumulación: v.: acumulación originaria.
oro: 142, 143, 157, 158.
— como mercancía equivalente específica: 105.
— como mercancía monetaria: 105, 110, 115, 116.
— relación de valor entre el o. y la plata: 107, 108, 156.
— influencia de su cambio de valor en su función monetaria: 109.

panadería: 269, 288.
— legislación fabril: 319, 320.
— sobretrabajo de los oficiales panaderos: 270-274.
paños, manufactura de: 364.
papel, fabricación de: 365, 371, 375.
— sistema de turnos: 281.
papeles pintados, fabricación de:
— trabajo de niños: 267-269.
— legislación fabril: 320.
parcelaria, propiedad:
— en Francia, 13.
paro: 32.
pauperización: v.: empobrecimiento.
peonaje: 183.
personificación:
— p. de categorías económicas: 8, 177.
— p. de relaciones económicas: 96, 125.
plata: 156, 157.
— como mercancía-dinero: 110.
— relación de valor entre la p. y el oro: 107, 108, 155.
— obtención de p.: 156.
plusproducto: 248.
plustrabajo: 236-242, 249-269, 284, 337-343.

— en la Antigüedad: 256.
— en el esclavismo: 236, 256.
— en el feudalismo: 256-258.
— en el trabajo asalariado como forma de p.: 236.
— en tiempos de crisis: 261, 262.
plusvalía: 165-171, 202, 240, 241.
— incremento o excedente sobre el valor originario: 165.
— la circulación de las mercancías no es una fuente de p.: 171-180.
— p. absoluta: 340.
— p. relativa: 337-339, 340, 341-346.
— superplusvalía, plusvalía extra: 342, 345.
— cuota de p.: 231-233, 234-237, 238-248, 252, 259, 327-332.
— método de cómputo de la cuota de la plusvalía: 237, 238.
— masa de la p.: 327-332.
— p. y aumento de la población: 332.
— división de la p.: 239.
plusvalía, ley de la:
— como ley económica del movimiento de la sociedad moderna: 7.
población, ley de la: 18.
población, magnitud y densidad de la: 380.
pobres, asilos de: 290.
política, economía: v.: economía política.
política y economía: 92.
posibilidad y realidad: 126.
precio (forma precio): 70, 79, 86, 96-111, 112, 113.
— p. y valor: 113, 172, 176, 180, 239.
— p. y magnitud de valor: 113, 172.
— p. de mercado: 181, 373.
— p. medios: 181, 239.
— forma precio imaginaria: 113.
— v.t.: dinero; valor, forma de.
precios, cambios de los: 110, 129, 130, 180, 181, 182, 383.
privada, propiedad: v.: propiedad.
privado, trabajo: v.: trabajo.
producción capitalista:
— su punto de partida: 347, 360, 361.
— la producción de plusvalía es su finalidad determinante: 168, 169, 249, 253, 287, 321, 332, 345, 356.
producción, condiciones de la: 220.
— c. de p. sociales dadas: 204.
— c. de p. sociales medias: 205.
producción, formas de: 95, 153.
producción, medios de: 183, 185, 197, 198-201, 217-229, 240, 241, 256, 354, 383.
— m. de p. y fuerza productiva del trabajo: 48.
— formas materiales del capital constante: 234.
— desde el punto de vista del proceso de valorización: 278.
— v.t.: trabajo, instrumentos de; trabajo, medios de; máquinas; maquinaria; material.
producción, modo de: 86, 89, 92.
— de la vida material: 92.
— persistencia de m. de p. caducados: 7.
— m. de p. capitalista: 6, 43.
su contradicción inmanente: 234.
— v.t.: esclavismo; feudalismo; comunismo.
producción, proceso de:
— p. de p. de la mercancía como unidad de proceso de trabajo y proceso de formación de valor: 202, 214.
— el p. de p. capitalista como unidad de proceso de trabajo y proceso de valorización: 214.
producción, relaciones y circunstancias de: 86, 91.
— r. de p. antiguas: 90.
— de la producción de mercancías: 89.
— del comunismo: 89.
producto, valor del: 217, 226, 232, 233.
producto-valor: 232.
productos, intercambio de: v. intercambio.
productividad (fuerza productiva) del trabajo: v.: trabajo, productividad del.
proletariado: 13, 14.
— su tarea histórica: 16.
— desarrollo de su consciencia de clase: 32.
— consciencia de clase teórica del p. alemán: 14.

— v.t.: trabajador; obrera, clase; dictadura del proletariado.
propiedad:
— de medios de producción: 256, 257.
— revolución de la p.: 8.
— p. común: 88, 258, 360.
— p. privada: 99, 258.
p.p. romana y germánica: 88.
— p. capitalista: 202.
— p. en el comunismo: 88, 89.
protestantismo: 89, 298.
puntillas, fabricación de:
— explotación desmedida: 265.
— legislación fabril: 320.
punto, tejidos de: v.: tejidos de punto.

química: 30, 58, 94, 234, 333.
— función de sistema vascular de la producción: 196.
— se desdibuja la diferencia entre sustancia principal y sustancia auxiliar: 197.

realidad y posibilidad: 125.
realización de las mercancías: 97, 113, 114, 115, 147.
relaciones y circunstancias:
— r. y c. sociales en la Edad Media europea: 87, 88.
— personificación de r. y c. económicas: 96.
religión: 83, 89, 90, 92, 286.
relojes, manufactura de:
— ejemplo clásico de manufactura heterogénea: 369-371.
renta: 31, 249.
— conversión de la r. natural en r. monetaria: 153, 154.
— r. de la tierra: 154.
— r. de la tierra y fisiócratas: 93.
reparaciones: 222.
reproducción: 92, 153.
revolución:
— r. y clase obrera: 7, 8, 16.
— r. con medios pacíficos y legales: 32.
— r. de 1848: 14.
— v.t.: Francia.
revolución industrial: v.: industrial, revolución.
riqueza: 43, 44, 51, 54, 145, 151.
— unión de naturaleza y trabajo: 52.
— el dinero como expresión social de la r.: 143, 144.
— el dinero como representante general de la riqueza material: 145, 156, 157.
Roma: 93, 110, 153, 177, 310.
Rumanía: 256-260.
rural, trabajador: v.: trabajador agrícola.
Rusia: 258.

salario: 189-201, 296, 297.
— deducciones y disminuciones: 306, 307.
Santa Alianza: 13.
seda, industria de la: 364.
— trabajo de los niños: 315, 316.
— legislación fabril: 301.
seguros, sociedades de: 221.
semifabricados: 198.
servidumbre de la gleba: 87-88.
— forma de plustrabajo: 256-257.
servil, trabajo: v.: trabajo servil.
shifting system: 314.
sobrepoblación relativa: 289, 290.
— v.t.: paro.
sobrestructura:
— base y s.: 92, 95, 386.
— s. jurídica y política: 92.
sobretrabajo (sobretiempo): 273, 274.
social, vida:
— carácter histórico de sus formas: 86.
— fundamento de toda vida social: 196.
socialismo: v.: comunismo.
socialismo pequeño-burgués:
— utopía de la intercambiabilidad directa de las mercancías: 77, 78, 79.
— y producción mercantil: 95, 98.
sociedad, formaciones económicas de la: 91, 92, 183, 184.
— su desarrollo como proceso histórico-natural: 7, 8.
— importancia de los medios de trabajo para su estimación: 195, 196.
— división del trabajo en las más diversas f. e. de la s.: 383-386.
— su distinción por la forma del plustrabajo: 236, 256-260.
sociedades por acciones:
— como capitalista combinado: 359.
— sus precedentes: 334.

sofística: 14, 17.
Suiza:
— legislación fabril: 299.
— fabricación de relojes: 370.

técnica: 334, 340, 365, 387.
— v.t.: máquina; maquinaria.
tecnología: 48.
tejidos de punto:
— legislación fabril: 319, 320.
terminología: 26, 30, 31, 236.
tiempo de trabajo: v.: trabajo, tiempo de.
tierra:
— como objeto general del trabajo humano: 194.
— como medio de trabajo: 195, 196.
tierra, propiedad de la: 92, 161.
tierra, renta de la: v.: renta.
tintes y blanqueos:
— legislación fabril: 319, 320, 394.
— trabajo de las mujeres: 319-321.
trabajador:
— libre en dos sentidos: 184.
— génesis del trabajador asalariado: 184, 185, 360.
— t. y división del trabajo: 375, 376, 383, 387-391.
— anquilosamiento intelectual y corporal del t.: 387-391.
— generaciones de t.: sucesión rápida: 291, 292.
— estatutos de los t.: 292-295.
— v.t.: trabajador agrícola; proletariado.
trabajador agrícola: v.: agrícola, trabajador.
trabajo:
— como necesidad natural eterna: 51, 200.
— como actuación normal de la vida: 55.
— es un proceso entre ser humano y naturaleza: 193, 194.
— carácter social del t.: 66, 82-86, 105, 203.
— inmediatamente socializado: 89.
— carácter público del t.: 49, 54, 59, 66-69, 81, 84, 217-219.
t. abstracto: 46, 51-54, 59-61, 66, 67, 76, 84, 86, 89, 218.
concreto (útil): 46-54, 59, 66, 67, 81, 91, 212, 218.
como sustancia del valor: 47, 48, 54, 59, 68.
— t. social simple, t. social medio: 47, 52, 188, 205, 212-215.
— t. social complicado (superior, potenciado): 52, 212-215, 333, 366, 367.
— t. vivo: 198, 199, 209-212, 233, 253, 335.
— t. pasado (muerto): 197-199, 209-211, 233, 253, 335.
— t. productivo: 197, 218, 224.
— t. privado: 67, 83-86, 89, 95.
— Petty sobre el t.: 51.
— Ricardo sobre el t.: 222.
— Smith sobre el t.: 54-55.
— v.t.: trabajo servil; plustrabajo.
trabajo asalariado: 92, 185, 236.
trabajo de las mujeres: v.: mujeres, trabajo de las.
trabajo, división del:
— social: 85, 378, 384-386, 392-394.
— espontánea: 88, 117, 333.
— en general, en particular y en el detalle singular: 378, 379.
— en la manufactura: 363-393, 396-397.
— en la fábrica: 49, 50, 51.
— en el taller: 383, 384, 394.
— territorial: 381.
— disminuye el valor de la fuerza de trabajo: 378.
— d. del t. y producción mercantil: 49, 50, 51, 116-120, 184, 185, 378-380.
— Petty sobre la d. del t.: 369, 392.
— Platón sobre la d. del t.: 393, 394.
— Smith sobre la d. del t.: 375, 382, 390, 392.
trabajo, casas de: v.: workhouses.
trabajo en casa: 88, 322.
trabajo, fuerza de: 181, 200, 206, 209, 224, 227.
— como mercancía: 182-184.
— su valor de uso: 182-189, 193, 201, 210, 254.

— condiciones de su compraventa: 181-185, 189-200, 211, 254, 255, 325.
v.t.: trabajo, mercado de.
— valor de la f. de t.: 325, 327-330, 338-341, 344, 350.
determinación de ese valor: 185-188, 235, 254, 286.
costes de su formación: 187, 219.
elemento histórico y moral: 186.
límite máximo del valor de la f. de t.: 188.
— precio de la f. de t.: 188-190.
pago de la f. de t. por debajo de su valor: 268.
v.t.: salario.
— reproducción de la f. de t.: 187, 188, 235, 236, 287, 327, 328, 332-343, 344.
duración de la f. de t.: 264, 287-292.
trabajo, instrumentos de: 201, 213.
— diferenciación de los i. de t.: 380.
— diferenciación y especialización de los i. de t. en la manufactura: 368, 371.
— revolución de los i. de t.: 391.
— v.t.: trabajo, medios de.
trabajo, intensidad del:
— grado normal: 212.
trabajo, jornada de: v.: jornada de trabajo.
trabajo, material de: 222, 223, 227.
trabajo, medios de: 195, 196-198, 219, 221, 228, 240-242.
— su importancia para la estimación de formaciones económicas de la sociedad ya desaparecida: 195, 196.
— como indicadores de las relaciones y condiciones sociales: 196.
— como barómetro del desarrollo de la fuerza de trabajo humana: 196.
— la tierra como medio de trabajo: 194, 196.
— los m. de t. mecánicos como esqueleto y sistema muscular de la producción: 196.
— como sistema vascular de la producción: 196.
— desgaste físico de los m. de t.: 221, 222, 287.
— desgaste moral de los m. de t.: 228.
— consumo disfuncional de m. de t.: 228.
trabajo, mercado de: 161, 182, 185, 189-191, 200, 288-290, 325, 326, 329.
— como sección particular del mercado: 184.
trabajo nocturno: 278-285, 335.
trabajo, objeto del: 194-197, 206, 216.
— la tierra en cuanto objeto general del trabajo humano: 194.
trabajo, proceso de: 193-206, 211, 217-228.
— sus momentos simples: 194-200.
— la función del hombre en el p. de t.: 193-196.
— la función del capitalista en el p. de t.: 200, 201, 212.
trabajo, productividad del: 48, 53, 392.
— su influencia en la masa de productos: 54.
— su influencia en la magnitud de valor: 48, 53, 54, 62, 63.
— la p. del t. y el valor de la fuerza de trabajo: 339-341, 344.
— fuerza productiva del trabajo social: 351, 354.
— la productividad social del trabajo como fuerza productiva del capital: 359, 360, 388, 392.
— fuerza productiva de la jornada de trabajo combinada: 354.
— aumento de la productividad del trabajo: 339-346.
— productividad del trabajo y perfección de las herramientas: 368.
trabajo servil: 87, 257-260.
trabajo, tiempo de:
— como medida del valor: 48.
— t. de t. socialmente necesario: 47-49, 54, 62, 64, 85, 117, 185, 186, 204, 205, 212, 218, 219, 236, 348, 349, 372.
— t. de t. necesario: 236-239, 241, 248-252, 256, 257, 259, 337-339, 342, 343, 372.
— tiempo de plustrabajo: 236, 252, 261-262.
— en el comunismo: 89.
— la «última hora» de Senior: 243-248.

Trade Unions: 267.
traficantes: 386.
tribunales:
— t. ingleses: 272-274, 311, 312, 314, 319, 320.
— t. en el feudalismo: 358.
tributos: 177.
trigo, leyes del: 13.
— abrogación de las l. del t.: 304, 306.
Truck, sistema: 191.
turnos, sistema de: 278-285, 301-305, 311-315, 335, 336.
Turquía: 153.

uso, valor de: 43, 44, 45-55, 60, 64, 69-71, 90, 93, 94, 97-99, 164, 165, 172-176, 202-204, 218, 219, 224.
— unión de naturaleza y trabajo: 51.
— v. de u. social: 49.
— portador material del valor de cambio: 44.
— su función en el proceso de intercambio: 96, 97.
usurario, capital: 161, 178, 179.

valor: 43-84, 90, 93, 94, 96-99, 106, 172-176, 180, 203-204, 207, 217-224, 236, 340.
— análisis del v.: 90, 91.
— es una relación social: 55, 60, 65, 66, 69-71, 76, 81-85, 89, 91, 93, 94, 102, 119.
— es mera gelatina de trabajo humano indiferenciado: 46, 53, 58, 66, 71.
— medida de los valores: 105, 109.
— v. individual y v. social: 342.
— historia de la teoría del v.: 5.
— la economía vulgar sobre el v.: 90, 91.
— Bailey sobre el v.: 72.
— Petty sobre le v.: 112.
— Ricardo sobre el v.: 90, 91, 94, 203-204.
— Smith sobre el v.: 54, 91.
valor de cambio: v.: cambio, valor de.
valor, cambio de: 145.
valor de uso: v. uso, valor de.
valor, forma de: 5, 6, 48, 55-80, 91, 99, 101.
— análisis de la f. de v.: 58, 59, 68, 69.
— desarrollo de la f. de v.: 57, 58, 70.
— f. de v. simple: 56-71.
— f. de v. relativa: 57-65, 70, 73, 77, 97.
— forma de equivalente: 56, 57, 70, 73, 103.
— forma general de equivalente: 77-85, 99.
— tres peculiaridades de la forma de equivalente: 64-67.
— f. de v. total o desarrollada: 70-74.
— f. de v. desarrollada relativa: 72-79.
— f. de v. general: 74-80.
— forma monetaria: 5, 6, 56, 67, 78-80, 99, 106.
— Aristóteles sobre la f. de v.: 67, 68.
— Bailey sobre la f. de v.: 58.
valor, ley del: 47, 48, 85, 203, 331, 342-344, 383.
valor, magnitud de: 47, 48, 53, 54, 59-64, 73, 76, 81, 86, 90, 92, 103, 113, 164, 165, 169, 173.
— su medición: 47, 48, 85.
— posibilidad de discrepancia del precio respecto de la m. de v.: 113.
valor producido: v.: producto-valor.
valor, signo del: 220.
valor, substancia del: 46, 47, 48, 51-53, 58, 68.
valorización, proceso de: 202-215, 227, 335, 357.
vidriería: 286, 373, 374, 375.
— sistema de turnos: 280, 281, 284, 285, 286.
— legislación fabril: 322.
violencia:
— decide entre derechos iguales: 255.
vulgar, economía: v.: economía vulgar.

workhouses: 290, 298.

yobagie: 259.

ÍNDICE DE NOMBRES

Alejandra: princesa de Gales, 1844-1925, por matrimonio con el príncipe de Gales y posterior rey Eduardo VII de Inglaterra, 275, 280.
Ana Estuardo: reina de Inglaterra, 1665-1714, 178.
Anacarsis, siglo VI a.C. probablemente: filósofo escita, 112.
Arbuthnot, John: granjero inglés, 333.
Ariosto, Ludovico, 1474-1533: poeta italiano autor del *Orlando furioso,* 39.
Aristóteles, 384-322 a.C.: filósofo griego, iniciador de varias disciplinas científicas, como la lógica, la botánica, la zoología, el estudio sistemático de los hechos literarios, etc. Autor también de estudios políticos y económicos (afirmación del carácter natural insuperable de la esclavitud), 68, 69, 92, 96, 167, 179, 352.
Arkwright, Sir Richard, 1732-1792: empresario inglés que construyó varias máquinas de hilar, 396.
Arquíloco de Paros, siglo VII a.C.: lírico griego, 393.
Arquímedes, apr. 287-212 a.C.: matemático y físico griego con el que culmina la mecánica antigua, 329.
Ashworth, Henry, 1794-1880: fabricante algodonero inglés, seguidor del liberal Cobden y uno de los fundadores de la Liga contra la ley del trigo, 311.
Ateneo de Naucratis, siglos II-III a.C.: retórico y gramático griego, 111, 145.
Aveling, Edward, 1851-1898: yerno de Marx; médico y escritor; intervino en la traducción inglesa del libro I del *Capital;* miembro de la Social Democratic Federation y, más tarde, de la Socialist League, 29-32.

Babbage, Charles, 1792-1871: matemático, mecánico y economista inglés, uno de los primeros autores en tratar problemas de política de la ciencia, 373, 376.
Bailey, Samuel, 1791-1870: filósofo y economista inglés crítico de Ricardo, 58, 64, 72, 94.
Baker, Robert: inspector fabril inglés en funciones durante las décadas de 1850 y 1860, 324.
Barbon, Nicholas, 1640-1698: economista inglés; según él el valor de una mercancía depende directamente de su utilidad; sostuvo una doctrina nominalista del dinero, 43-46, 135, 141, 157, 158.
Bastiat, Frédéric, 1801-1850: economista francés; sostuvo que en el capitalismo hay armonía entre las clases, 14, 70, 92, 209.
Bebel, August, 1840-1913: uno de los fundadores y principales dirigentes del Partido Socialdemócrata de Alemania, 37.
Beccaria, Cesare Bonesana, marqués de, 1738-1794: jurista y economista italiano, uno de los principales autores en cuanto a la renovación y humanización del derecho penal, 393.
Bekker, Immanuel, 1785-1871: filólogo alemán, editor de numerosos clásicos griegos; su edición de Aristóteles es la base de todas las posteriores, 168.
Bell, Sir Charles, 1774-1842: cirujano y fisiólogo escocés, 302.
Bellers, John, 1654-1725: economista reformista inglés, favorable a la clase obrera, 143, 151, 158, 351, 375.
Bentham, Jeremy, 1748-1832: el más leído filósofo utilitarista, 191.
Berkeley, George, 1685-1753: principal representante de la filosofía idealista en la Ilustración inglesa; sacerdote; en ciencias sociales, crítico del mercantilismo y partidario de una teoría

Felipe VI de Valois, 1293-1350: rey de Francia 1328-1350, 102.
Ferguson, Adam, 1723-1816: historiador y filósofo escocés, maestro de Adam Smith, 135, 381, 389-390.
Ferrand, William Bushfield: terrateniente inglés, miembro del parlamento, tory, 289.
Ferrier, François-Louis-Auguste, 1777-1861: economista proteccionista francés, 70.
Fichte, Johann Gottlieb, 1762-1814: filósofo alemán, uno de los tres principales, con Hegel y Schelling, del clasicismo idealista alemán; autor también de obras políticas, promotoras de la idea del estado nacional, 61.
Fleetwood, William, 1656-1723: obispo y economista inglés; escribió sobre la historia de los precios en Inglaterra, 294.
Fonteret, Antoine-Louis: médico francés de la segunda mitad del siglo XIX; autor de obras de higiene social, 391.
Forbonnais, François-Véron-Duverger de, 1722-1800: economista francés, profesó la teoría cuantitativa del dinero, 102.
Forster, Nathaniel, apr. 1726-1790: clérigo inglés que escribió sobre cuestiones económicas en favor de los trabajadores, 296.
Fourier, François-Marie-Charles, 1772-1837: importante socialista francés, 313.
Franklin, Benjamin, 1706-1790: político, científico, economista y técnico norteamericano, uno de los redactores y firmantes de la Declaración de Independencia, 59, 179, 195, 352.
Fullarton, John, 1780-1849: economista inglés, autor de escritos sobre la circulación del dinero y sobre el crédito; se opuso a la teoría cuantitativa del dinero, 140, 154, 157.

Galiani, Ferdinando, 1728-1787: economista italiano opuesto a los fisiócratas, 84, 100, 101, 111, 169, 173, 339.
Ganilh, Charles, 1758-1836: político y economista francés de tradición mercantilista, 70, 91, 103, 189, 195.
Garnier, Germain, conde de, 1754-1821: economista y político francés, monárquico, de tradición fisiócrata; tradujo y comentó a Adam Smith, 390.
Genovesi, Antonio, 1712-1769: filósofo y economista italiano, 168.
Gerhardt, Charles-Frédéric, 1816-1856: químico francés, 333.
Gladstone, William Ewart, 1809-1898: político tory inglés, luego liberal; canciller del tesoro y primer ministro en varias ocasiones, 36-40.
Gordon, Sir John William, 1814-1870: general inglés que mandó las tropas de zapadores en la guerra de Crimea, 1854-1855, 190.
Gottsched, Johann Christoph, 1700-1766: escritor alemán, 236.
Gray, John finales del siglo XVIII: escritor inglés, también sobre temas políticos y económicos, 175.
Gray, John, 1798-1850: economista socialista inglés, discípulo de Owen, teórico del «dinero-trabajo», 78.
Greenhow, Edward Headlam, 1814-1888: médico inglés, 265, 266, 316-317.
Greg, Robert Hyde, 1795-1875: fabricante inglés, liberal y librecambista, 314.
Grey, Sir George, 1799-1882: político whig inglés, varias veces ministro del interior y una vez ministro de colonias, 311.
Gülich, Gustav von, 1791-1847: economista alemán, comerciante, agricultor, inventor, historiador de la economía, cabeza de una escuela proteccionista que defendió el trabajo manual contra el de las máquinas, 12.
Guthrie, George James, 1785-1856: cirujano londinense, 302.

Hall, Christopher Newman, 1816-1902: clérigo inglés, 277.
Hamilton, Sir William, 1788-1856: filósofo escocés que editó las obras de Dugald Stewart, 345.
Hanssen, Geirg, 1809-1894: economista, autor de trabajos sobre la agricultura alemana, 258.
Harris, James, 1709-1780: político y filósofo inglés, miembro del parlamento, 393.
Harris: v. t. Malmesbury, James Harris.
Hassall, Arthur Hill, 1817-1894: médico inglés, 190, 269.
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 1770-1831: 17, 19, 52, 102, 114, 183, 195, 284, 333, 391.
Heráclito de Efeso, apr. 540 - apr. 480 a.C.: filósofo griego, 116.
Herrenschwand, Jean, 1728-1812: economista suizo, 133.
Hobbes, Thomas, 1588-1679: filósofo inglés, teórico del estado absoluto, 185.
Hobhouse, John Cam, barón Broughton de Gyfford, 1786-1869: político whig inglés que tomó la iniciativa de la ley fabril de 1831, 312.
Hodgskin, Thomas, 1787-1869: escritor y economista inglés que criticó la economía política desde el punto de vista de los intereses del proletariado, 366, 380, 382.
Homero: 71.
Hopkins, Thomas, comienzos del siglo XIX: economista inglés, 249.
Horner, Leonard, 1785-1864: geólogo, inspector fabril inglés 1833-1856, 244, 262, 263, 300, 304, 307, 311-313, 318.
Howard de Walden, Charles Augustus Ellis, barón, 1799-1868: diplomático británico, 299.
Howell, inspector fabril inglés, 247, 262, 312, 314.
Hume, David, 1711-1776: filósofo, historiador y economista escocés; amigo de Adam Smith; partidario de una concepción cuantitativa del dinero; librecambista, 135.

Isabel I, 1533-1603: reina de Inglaterra 1558-1603, 294.
Isócrates, 436-338 a.C.: retórico griego, 395.

Jacob, William, apr. 1762-1851: comerciante inglés, 48, 239.
Jenofonte, apr. 430-354 a.C.: historiador y filósofo griego, 394-395.
Jerónimo, San, apr. 340-420: padre de la Iglesia que tradujo la Biblia al latín (Vulgata), 114.
Jones, Richard, 1790-1853: economista inglés, 36, 333, 345-346, 354, 359.
Juárez, Benito Pablo, 1806-1872: independentista y revolucionario mexicano, presidente de México 1858-1872, 183.

Kars: v. Williams, Sir William Fenwick.
Kaufman, Ilarion Ignatievich, 1848-1916: economista ruso, profesor de la Universidad de San Petersburgo, escribió sobre circulación del dinero y crédito, 25, 27.
Kisselew, Pavel Dmitrievich, conde, 1788-1872: político, diplomático y general ruso; gobernador de Moldavia y Valaquia 1829-1834, 258.
Kopp, Hermann Franz Moritz, 1817-1892: químico, historiador de la química, 333.
Kugelmann, Ludwig, 1830-1902: médico de Hannover que participó en la revolución de 1848-1849, fue miembro activo de la I Internacional y promovió la difusión de *Capital I;* destinatario de importantes cartas de Marx, 11.
Kusa (Cuza), Alejandro Juan, 1820-1873, hospodar (príncipe) de Rumanía 1859-1866, 183.

Lachâtre (La Châtre), Maurice, 1814-1900: periodista francés que luchó en la Comuna de París en 1871 y editó en francés *Capital I,* 21, 23, 25, 29.
Laing, Samuel, 1810-1897: político liberal inglés, miembro del parlamento; alto funcionario de compañías ferrocarrileras, 214-215.
Lasker, Eduard, 1829-1884: miembro

del Reichstag, cofundador y dirigente del Partido Nacional-Liberal, 37.
Lassalle, Ferdinand, 1825-1864: escritor y político socialista no marxista; principal fundador de la Unión General de los Trabajadores Alemanes en 1863, 5, 116.
Lauderdale, James Maitland, Earl of, 1759-1839: político y economista inglés opuesto a Adam Smith, 375.
Laurent, Auguste, 1807-1853: químico francés, 333.
Law, John of Lauriston, 1671-1729: economista y financiero inglés, ministro de la hacienda francesa bajo Luis XV, 1719-1720; al fracasar sus especulaciones con papel-moneda provocaron una gran crisis financiera, 101-102.
Lemontey, Pierre-Edouard, 1762-1826: político, economista e historiador francés, miembro de la derecha de la Asamblea Nacional 1791-1792, huyó de Francia al tomar el poder los jacobinos, 390.
Lessing, Gotthold Ephraim, 1729-1781: poeta y crítico ilustrado alemán, de mucha influencia en la estética moderna y en la formación del clasicismo alemán (*Laocoonte, Dramaturgia Hamburguesa*), 19.
Letheby, Henry, 1816-1876: médico y químico inglés, 276.
Le Trosne, Guillaume-François, 1728-1780: economista fisiócrata francés, 44, 47-48, 102, 112, 123, 127, 131, 158, 172-176, 178, 228.
Liebig, Justus, barón von, 1803-1873: químico de obra muy importante en la constitución de la química orgánica y de la agroquímica, 260, 353.
Linguet, Simon-Nicholas-Henri, 1736-1794: abogado, historiador y economista francés, crítico del capitalismo, 254, 310, 360.
Locke, John, 1632-1704: filósofo inglés, principal origen del empirismo ilustrado, 43, 44, 101, 112, 136, 165.
Lucrecio (Tito Lucrecio Caro), apr. 99-apr. 55 a.C.: poeta latino que presentó en un poema (*De la naturaleza de las cosas*) la filosofía epicúrea, 234.
Luis XIV, 1638-1715: rey de Francia 1643-1715, 153.
Luis Bonaparte: v. Napoleón III.
Luis Felipe de Orléans, 1773-1850: rey de los franceses 1830-1848, 300.
Lutero, Martin, 1483-1546: 148, 208-209, 334.

Macaulay, Thomas Babington, 1800-1859: político whig e historiador inglés, miembro del parlamento, 295, 296, 299.
MacCulloch, John Ramsay, 1789-1864: economista escocés, 157, 165, 168, 208, 296, 346.
MacGregor, John, 1797-1857: estadístico inglés; miembro del parlamento librecambista; fundador y codirector del British Royal Bank, 296.
Maclaren, James: economista inglés del siglo XIX, 109.
Macleod, Henry Dunning, 1821-1902: economista inglés, 70, 169.
Malmesbury, James Harris, Earl of, 1746-1820: político whig y diplomático inglés; embajador en San Petersburgo, 393.
Malthus, Thomas Robert, 1766-1834, el economista y demógrafo, 177, 232, 338, 379.
Mandeville, Bernard de, 1670-1733: médico, economista y escritor, autor de la fábula de las abejas, 382.
Marx, Karl, 1818-1883: 5, 11, 12, 16, 17-19, 25-40, 119, 333, 364, 378.
Marx-Aveling, Eleanor («Tussy» Marx), 1855-1898: la hija menor de Karl Marx, activa en el movimiento obrero inglés e internacional, casada en 1884 con Edward Aveling (q.v.), 29, 35, 39, 40.
Maurer, Georg Ludwig, caballero von, 1790-1872: historiador medievalista, 82, 258.
Maximiliano de Habsburgo, 1832-1867: archiduque de Austria, gobernador general de las posesiones austríacas en Italia, emperador de México 1864-1867, fusilado allí por los independentistas mexicanos, 183.
Mayer, Sigmund: fabricante vienés, 12.
Meitzen, August, 1822-1910: estadístico e historiador de la economía, 258.
Mendelssohn, Moses, 1729-1786: filósofo alemán, 19.
Menenio Agripa, muerto en 493 a.C.: patricio romano, 388.
Mercier de la Rivière, Paul Pierre, 1720-1793: economista fisiócrata francés, 120, 121, 142, 162, 165, 172, 176, 207.
Meyer, Rudolf Hermann, 1839-1899: economista alemán, 260.
Mill, James, 1773-1836: economista y filósofo inglés, 125, 136, 169, 202, 215, 380.
Mill, John Stuart, 1806-1873: economista y filósofo inglés, hijo de James Mill, 14, 136, 147.
Molesworth, Sir William, 1810-1855: político liberal inglés, miembro del parlamento, 185.
Molinari, Gustave de, 1819-1912: economista liberal belga, 174.
Mommsen, Theodor, 1817-1903: el historiador de la Antigüedad, 182, 186.
Montesquieu, Charles de Secondat, barón de La Brède et de, 1689-1755: 102, 136.
Moore, Samuel, 1830-1912: jurista inglés amigo de Marx y Engels, miembro de la I Internacional, traductor al inglés del *Manifiesto Comunista* y de *Capital I,* 29-32.
Müller, Adam Heinrich, caballero von Nitterdorf, 1779-1829: economista de la escuela romántica, crítico de Adam Smith, 137.
Murray, Hugh, 1779-1846: geógrafo inglés, 367.

Napoleón III, Luis Bonaparte, 1808-1873: presidente de la II República Francesa 1848-1852; Emperador de los Franceses 1852-1870, 299.
Newman, Samuel Philips, 1797-1842: filósofo y economista norteamericano, 174, 225.
Newmarch, William, 1820-1882: economista y estadístico inglés, 319.
Niebuhr, Barthold Georg, 1776-1831: investigador de la Antigüedad, 256.
North, Sir Dudley, 1641-1691: economista inglés, 112, 132-133, 137, 147.

Olmsted, Frederick Law, 1822-1903: agricultor norteamericano, 213.
Opdyke, George, 1805-1880: empresario y economista norteamericano, 179.
Overstone, Samuel Jones Loyd, Lord y luego barón, 1796-1883: banquero y economista inglés, 136, 157.
Owen, Robert, 1771-1858: 87, 105-106, 323.

Pagnini, Giovanni Francesco, 1715-1789: economista italiano, 102.
Papillon, Thomas, 1623-1702: comerciante y político inglés, miembro del parlamento; uno de los directores de la Compañía de las Indias Occidentales, 101.
Parry, Sir William Edward, 1790-1855: viajero inglés, explorador del Polo, 106.
Peel, Sir Robert, 1788-1850: político tory moderado inglés, varias veces ministro; abolió las leyes del trigo, 14, 155, 253.
Pericles, apr. 490-429 a.C.: 393.
Peto, Sir Samuel Morton, 1809-1889: empresario ferrocarrilero y político liberal inglés, 255.
Petty, Sir William, 1623-1687: economista y estadístico inglés, 51, 59, 91, 103, 112, 134, 154, 158-159, 186, 295, 338, 369, 375, 392.
Píndaro, apr. 522 - apr. 442 a.C.: 165.
Pinto, Isaac, 1715-1787: comerciante y economista holandés, 165.
Pitt, William, el joven, 1759-1806: político tory inglés, primer ministro en dos períodos, 225.
Platón, apr. 427 - apr. 347 a.C.: 394.
Postlethwayt, Malachy, 1707-1767: economista inglés, 296, 297.
Potter, Edmund: fabricante y político inglés librecambista, 319.

Price, Richard, 1723-1791: economista y filósofo radical inglés, 296, 297.
Protágoras de Abdera, apr. 480-apr. 411 a.C.: 270.
Proudhon, Pierre-Joseph, 1809-1865: 78, 92, 95.

Quesnay, François, 1694-1774: el iniciador de la fisiocracia (*Tableau économique*), 13, 120, 345.
Quételet, Lambert - Adolphe - Jacques, 1796-1874: matemático, astrónomo, sobre todo estadístico belga, 348.

Raffles, Sir Thomas Stamford, 1781-1826: funcionario colonial británico, 386.
Ramazzini, Bernardino, 1633-1714: médico italiano, 391.
Ramsay, Sir George, 1800-1871: economista inglés, 177, 180, 341.
Redgrave, Alexander: inspector fabril inglés, 290, 291.
Regnault, Elias - George - Oliva, 1801-1868: funcionario francés, historiador y publicista, 259.
Reich, Eduard, 1836-1919: médico alemán, 391.
Ricardo, David, 1772-1823: 13, 16, 63, 72, 86-87, 90-91, 94, 136, 156, 182, 203-204, 222-223, 224, 248-249, 331.
Richardson, Benjamin, 1828-1896: médico inglés, 276-277.
Rogier, Charles-Latour, 1800-1885: político liberal belga, ministro, 299.
Roscher, Wilhelm Georg Friedrich, 1817-1894: economista alemán, fundador de la escuela histórica antigua, 103, 174, 224, 236, 248, 285, 349, 392.
Rossi, Pellegrino Luigi Edoardo, conde, 1787-1848: político, economista y jurista italiano que vivió en Francia, 188.
Rouard de Car de Card, Pie-Marie, clérigo francés, 270.
Roy, Henry: médico y economista inglés, 151.
Roy, Joseph: traductor al francés de *Capital I* y de las obras de Feuerbach, 23, 30.
Rubens, Pedro Pablo, 1577-1640: 320.
Ruge, Arnold, 1802-1880: joven hegeliano amigo del joven Marx; miembro durante la revolución de 1848 de la Asamblea Nacional alemana de Frankfurt; luego liberal, 85, 167.

Saunders, Robert John: inspector fabril inglés de la década de 1840, 314, 325.
Say, Jean Baptiste, 1767-1832: economista francés, 91, 125, 169, 178, 209, 224, 390.
Schorlemmer, Carl, 1834-1892: químico; profesor en Manchester; miembro del Partido Socialdemócrata de Alemania; amigo íntimo de Marx y Engels, 333.
Schulze-Delitzsch, Hermann Franz, 1808-1883: político y economista alemán, 5.
Senior, Nassau William, 1790-1864: economista inglés, 243-248, 285, 346.
Sexto Empírico, apr. siglo II: médico y filósofo griego, 393.
Shakespeare, William, 1564-1616: 144-145.
Sieber, Nicolai Ivanóvich, 1844-1888: divulgador de la economía marxiana en Rusia, 16, 17.
Sismondi, Jean-Charles-Léonard Simonde de, 1773-1842: economista e historiador suizo, 13, 170, 189, 256, 339-340.
Skarbek, Frédéric conde de, 1792-1866: economista polaco, 352, 378.
Smith, Adam, 1723-1790: 16, 54, 55, 91, 135, 136, 181, 296, 375, 382, 389, 390, 392.
Soetbeer, Georg Adolf, 1814-1892: economista y estadístico alemán, 26.
Sófocles, apr. 497 - apr. 406 a.C.: 145.
Sorge, Friedrich Adolf, 1828-1906: miembro de la I Internacional, amigo de Marx y Engels, 30.
Sparks, Jared, 1789-1866: historiador y pedagogo norteamericano, editor de las obras de Benjamin Flanklin, 179.
Spinoza, Baruch (Benito), 1632-1677: 19, 331.

Steuart (Stewart), Sir James, 1712-1780: economista inglés, 36, 135, 158, 163, 194, 358, 379.
Steuart, Sir James, general británico, editor de las obras de su padre, del mismo nombre, 163.
Stewart, Dugald, 1753-1828: filósofo y economista escocés, 345, 371-372, 388.
Storch, Heinrich, Friedrich von (Andrei Karlovich), 1766-1835: economista, estadístico e historiador alemán, miembro de la Academia de las Ciencias de San Petersburgo, 189, 198, 378, 387, 388.
Strousberg, Bethel Henry, 1823-1884: empresario ferrocarrilero, 255.
Stuart, James, 1775-1849: inspector fabril inglés, médico y publicista, 311, 336.

Taylor, Sedley, segunda mitad del siglo XIX - comienzos del XX: cooperativista inglés, 38-40.
Thompson, William, apr. 1785-1833: oweniano inglés, 389.
Thornton, William Thomas, 1813-1880: economista inglés, 186, 291.
Tucídides, apr. 460 - apr. 395 a.C.: 236, 394.
Timur (Tamerlán), 1336-1405: 285.
Tooke, Thomas, 1774-1858: economista inglés, 319.
Torrens, Robert, 1780-1864: economista inglés, 176, 187, 200.
Townsend, Joseph, 1739-1816: clérigo, geólogo, sociólogo inglés; malthusiano, 379.
Tremenheere, Hugh Seymour, 1804-1893: funcionario inglés, 190, 270, 285.
Tucker, Josiah, 1712-1799: clérigo y economista inglés, 296.
Tuckett, John Debell, muerto en 1864: publicista inglés, 389.
Turgot, Anne-Robert-Jacques, barón de l'Aulne, 1727-1781: político y economista fisiócrata francés, discípulo de Quesnay; ministro de hacienda 1774-1776, 195, 338.

Ure, Andrew, 1778-1857: químico y economista inglés, 36, 247, 285, 295, 323, 346, 375-377, 396.
Urquhart, David, 1805-1877: político tory y diplomático inglés, 111, 391.

Vanderlint, Jacob, muerto en 1740: economista inglés, 135, 143, 158, 296, 338, 356, 375.
Vauban, Sébastien le Prêtre, marqués de, 1633-1707: Mariscal de Francia y economista, 153.
Verri, Pietro, 1728-1797: economista italiano, 51, 101, 146, 355.
Victoria, 1819-1901: reina de la Gran Bretaña e Irlanda 1837-1901, 314.
Villiers, Charles Pelham, 1802-1898: político y jurista inglés, miembro del parlamento, 290.

Wade, Benjamin Franklin, 1800-1878: vicepresidente de EUN 1867-1869, 8.
Wade, John, 1788-1875: economista, historiador y publicista inglés, 264, 294.
Wakefield, Edward Gibbon, 1796-1862: político y economista británico, 291, 351.
Wallace, Robert, 1697-1771: estadístico y teólogo inglés, malthusiano, 379.
Ward, John: historiador inglés, 289.
Wayland, Francis, 1796-1865: clérigo norteamericano, 178, 225-226.
Wedgwood, Josiah, 1730-1795: inventor de la cerámica moderna, 288, 292.
Wellington, Arthur Wellesley, Duke of, 1769-1852: 136.
Wilks, Mark, apr. 1760-1831: oficial del ejército colonial inglés en la India, 385.
William IV, 1765-1837: rey de la Gran Bretaña e Irlanda 1830-1837, 312.
Williams, Sir William Fenwick, baronet of Kars, 1800-1883: general inglés, miembro del parlamento, 136.
Wilson, James, 1805-1860: político y economista inglés; fundador del *Economist,* 248, 367.
Wirth, Max, 1822-1900: economista, 87.
Wolff, Wilhelm, 1809-1864: maestro y

periodista; miembro del Comité de correspondencia comunista de Bruselas en 1846-1847; miembro de la oficina central de la Liga de los Comunistas; redactor de la *Nueva Gaceta Renana* en 1848-1849; emigrado a Suiza en 1849 y a Inglaterra en 1851, 3.

Yarranton, 1616-apr. 1684: mecánico y economista inglés, 375.

Young, Arthur, 1741-1820: agrónomo y economista inglés, 134, 249, 296.

RELACIÓN DE PESOS, MEDIDAS Y MONEDAS

Pesos

ton	= 20 hundredweights	= 1.016,05 kg.
hundredweight (cwt.)	= 112 pounds	= 50,805 kg.
quarter (qrtr., qrs.)	= 28 pounds	= 12,700 kg.
stone	= 14 pounds	= 6,350 kg.
pound	= 16 ounces	= 453,592 g.
ounce		= 28,349 g.

Pesos para metales nobles, piedras preciosas y medicamentos

troy pound	= 12 ounces	= 372,242 g.
troy ounce		31,103 g.
grain		0,065 g.

Medidas de longitud

british mile	= 5.280 feet	= 1.609,329 m.
yard	= 3 feet	= 91,439 cm.
foot (feet)	= 12 inches	= 30,480 cm.
inch (inches)		= 2,540 cm.
codo prusiano		= 66,690 cm.

Medidas de superficie

acre	= 4 roods	= 4.046,7 m^2
rood		= 1.011,7 m^2
vara alemana		= 14,21 m^2
área		= 100 m^2
iugerum (plural: iugera)		= 2.523 m^2

Medidas de capacidad

bushel	= 8 gallons	= 26,349 l.
gallon	= 8 pints	= 4,544 l.
pint		= 0,568 l.

Monedas

pound sterling, £	=	20 shilling
shilling, sh.	=	12 pence
penny, d. (pl.: pence)	=	4 farthing
farthing	=	1/4 penny
guinea	=	21 shilling
sovereign	=	1 pound sterling
franc, fr.	=	100 centimes
livre	=	1 franc

Otras monedas mencionadas: cent norteamericano, dracma griego antiguo, ducado italiano y luego europeo, maravedí castellano, rei portugués.

Traducción corriente de algunos de esos términos
(Son traducciones sólo aproximadas)

ton	tonelada
hundredweight	quintal
quarter	arroba
pound	libra
ounce	onza
grain	grano
mile	milla
foot	pie
inch	pulgada
iugerum	yugada
gallon	galón
pint	pinta
pound sterling	libra esterlina
sovereign	soberano
franc	franco
centime	céntimo
livre	libra francesa
cent	céntimo norteamericano

Esta obra, publicada por
EDICIONES GRIJALBO, S. A.,
se terminó de imprimir en los talleres
de Gráficas Diamante, de Barcelona,
el día 20 de enero
de 1976